

De la célebre novela de Manzoni, *I promesi sposi*, se han hecho 118 ediciones italianas, de las cuales corresponden: 37 á Milan, 20 á París, 18 á Florencia, 11 á Nápoles, 7 á Lugano, 6 á Turin, 3 á Parma, 3 á Mendrisio, 2 á Lispia, 2 á Malta, y una á Liorna, Plasencia, Pésaro, Maceraba, Viena, Roma, Bruselas, Urino y Lóndres respectivamente.

De las traducciones se conocen 17 ediciones alemanas, 19 francesas, 10 inglesas, 3 españolas, una sueca, una griega, una holandesa, una rusa, una húngara y una armenia.

Ha sido además convertida en un poema en tercetos y doce cantos, y se han hecho de ella cinco melodramas, una comedia y un drama. —1877—


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

LORENZO,

O

LOS PROMETIDOS ESPOSOS.

SUCESO

DE LA HISTORIA DE MILAN

DEL SIGLO XVII,

publicado en italiano

por el célebre Alejandro Manzoni,

y puesto en castellano

por D. Felix Enciso Castrillon.

Tomo I.

MADRID Y NOVIEMBRE: 1833.
Imprenta, calle del Amor de Dios, n.° 14.

Se halla en la librería de Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Es inútil prevenir la opinion del público al presentar en castellano esta obra tan celebrada por todos los literatos de Europa. Sucesos no maravillosos ni extraordinarios, pero sí muy interesantes: ejemplos de virtudes, no de aquellas filosóficas de que tanto abundan los libros modernos, sino de aquellas virtudes propias de un buen cristiano que obra por el íntimo convencimiento de las verdades de su sagrada Religion, todo ello expresado con la gracia que tanto distingue al célebre Alejandro Manzoni, han colocado esta obra entre las mas bellas de la literatura moderna. Asi pues nada diré de su original, ciñéndome á manifestar que en su

traduccion no he seguido tan á la letra el texto, que haya hecho una version literal de todas sus palabras. Procurando conservar la viveza de sus diálogos, la naturalidad de sus expresiones y la cadena de los sucesos, me he tomado la libertad de suprimir alguna cosa, pues aunque el mundo por desgracia nos ofrece semejantes modelos, muchas veces la prudencia aconseja que se aparente el ignorar que existen. Los que hayan leido el original no podrán desconocer las causas que me han obligado á suprimir ciertas expresiones y ciertos rasgos, que ni contribuyen al verdadero interés de la obra, ni su omision la desfigura, y su lectura pudiera perjudicar algo á la bella moral que en toda ella resplandece.

CAPITULO PRIMERO.

Si no miente el manuscrito de donde se han tomado estas noticias, era el 7 de Noviembre de 1628 cuando, casi al oscurecer, por una de las veredas que se forman en las pintorescas orillas del lago de Como, iba rezando el Oficio Divino D. Abundio, respetable Párroco de un pueblo inmediato. Llevaba en la mano su breviario, unas veces cerrado, y otras abierto, segun le servia su memoria, ó era preciso ayudarla con la lectura del texto, cuando al llegar á una ermita que habia en la separacion de dos caminos, se detuvo, no solo por devocion sino por notar una cosa que ciertamente no quisiera haber visto; pues eran dos hombres de los que vulgarmente se llaman *Guapetones*, especie de gente que por desgracia abundaba entonces en aquella tierra,

á pesar de las sérias providencias de las Autoridades.

D. Abundio conoció desde luego que semejantes hombres estarian aguardando á alguno, y, lo que fue peor, no pudo dudar que el aguardado era él mismo; pues apenas le vieron, cuando uno de los jaques que estaba sentado se levantó, y ambos se vinieron despacito á encontrarle. Como él se habia parado apenas los divisó, permanecia en la misma postura, con su breviario abierto, como si leyese, pero observándolos con cuidado; y al ver que se dirigian á él, le asaltaron mil pensamientos. Calculó de repente si podia evitar la visita huyendo por algun camino, y viendo que era imposible, hizo un rápido exámen de conciencia, recordando si habia agraviado á algun poderoso del pais, y aunque el testimonio de sus buenas y loables costumbres le daba la mayor seguridad, todavia temblaba al ver que el enemigo se iba acercando poco á poco. Maquinalmente puso el dedo índice de su izquierda

en el alzacuello, como para componerle, y girando la cabeza á los dos lados y al frente, por si venia alguno que le socorriese, tuvo el desconsuelo de ver que todo el campo estaba desierto. ¿Qué habia de hacer nuestro respetable eclesiástico? Evitar el encuentro era imposible: volver la espalda era lo mismo que decirles, seguidme, y aun exponerse á algo peor: con que asi no pudiendo huir del riesgo, eligió salirles por sí mismo al encuentro, á fin de abreviar las penas de la incertidumbre, que la imaginacion abulta no pocas veces. Apretó el paso, recitó en voz mas alta un versículo del salmo que rezaba; procuró aparentar en el rostro aquella tranquilidad y alegría que prepara á una dulce sonrisa, y cuando llegó á verse cerca, se paró diciendo entre sí: ya estamos en la estacada. — Señor Cura, dijo uno de ellos mirándole de hito en hito. — ¿Qué hay en que pueda serviros? contestó D. Abundio alzando los ojos del libro, y teniéndole abierto con ambas manos. — Vmd.

tiene intencion, prosiguió el guapeton, con aquel tono con que un superior habla á un inferior cuando quiere atemorizarle: ¿vmd. tiene intencion de casar mañana á Lorenzo Taglino con Lucía Mondella? — Ciertamente, respondió D. Abundio con timidez, vmds. me parecen hombres de juicio, y saben como se manejan estas cosas de bodas. El pobre Cura no entra ni sale para nada en el negocio. Los parientes, ó tal vez los novios mismos, arreglan sus planes, y despues van al Cura. Ya ven vmds., si la cosa está en regla, y no hay impedimento, nosotros tenemos que cumplir. — Todo eso está muy bueno, dijo el valiente con voz mas dulce, pero no menos imperiosa: está muy bueno; pero ese matrimonio no se hará, ni mañana, ni nunca. — Pero, señores, replicó D. Abundio con el tono mas humilde que pudo: si dependiese únicamente de mí.... ya ven vmds. que nada me importa que.... vamos, contestó el otro: si la cosa hubiese de decidirse por charlatanerías

y retóricas, tal vez saldria vmd. con la suya. Nosotros no sabemos ni queremos saber nada del caso. Vmd., señor Cura, queda advertido, y.... ya me entiende. — Pero vmds, señores, son demasiado justos, demasiado razonables para.... en dos palabras, dijo el que aun no habia hablado. El matrimonio no se hará: no se hará voto á.... (y le echó redondo), y si hubiese alguno que le autorizase no se arrepentiria, porque no tendria tiempo para ello, y lo afianzó con otro voto aun mas retumbante.

Vamos, vamos, replicó el primer orador, el señor Cura sabe vivir en el mundo, y nosotros somos hombres de bien, que no queremos hacerle daño, si tiene juicio. Señor Cura, el muy ilustre señor Don Rodrigo, nuestro amo, ofrece á vmd. sus respetos.

Este nombre fue para D. Abundio como un relámpago que en las tinieblas de una noche tempestuosa alumbra los objetos solo el tiempo bastante para aumentar el terror de los viageros. Hizo, asi como por costumbre,

una profunda reverencia, y dijo: si vmds. pudiesen instruirme. — Bravísimo, ¡instruir á un hombre que sabe latin! interrumpió el jaque dando una carcajada entre burlona y feroz. Bien puede vmd. saber cómo ha de portarse, y ademas cuidado con que no se le escape ni una palabra sobre este aviso, porque de otro modo: ehm...: Sería lo mismo que si se celebrase el matrimonio. Ahora ¿qué quiere vmd. que digamos en su nombre al muy ilustre señor D. Rodrigo? — Que pueden vmds. ofrecerle mis respetos. — ¿Y ademas de eso, señor Cura? — Que quedo dispuesto.... dispuesto siempre á la obediencia." Al pronunciar estas palabras no sabia si hacia una promesa, ó una simple expresion de cumplimiento. Sin embargo los dos amenazadores personages aparentaron tomarlo en el primer sentido, y diciendo buenas noches, señor Cura, volvieron las espaldas.

D. Abundio que poco antes hubiera dado un ojo de la cara por evitar esta conferencia, queria entonces

prolongar la conversacion y las explicaciones,.... señores, señores; gritó cerrando el libro; pero ellos sin darle audiencia siguieron su camino y se alejaron cantando una de sus canciones favoritas. Quedó D. Abundio como encantado, con la boca abierta, hasta que al fin siguió la senda que iba derecha á su casa, tan lleno de temores y confusiones, como conocerá el lector luego que sepa quien era el tal D. Rodrigo, y recuerde, si es hombre versado en la historia, la época del suceso; pues entonces, como dice cierto autor del pais mismo, un hombre pacífico, y sin el auxilio de la fuerza, estaba en el peligro de una vasija de barro que va en un carro entre muchas ollas de hierro. Entre la confusion de diversos pensamientos llegó á la puerta de su casa: abrió con el picaporte que llevaba en la mano, cerró llave y cerrojo con la misma precipitacion, y deseando hallarse en compañía de una persona segura, gritó: Perpetua, Perpetua, dirigiéndose á la sala donde debia estar segun

la hora, y estaba ciertamente preparando la mesa para la cena.

Perpetua era, como ya se deja entender, la ama de D. Abundio. Anciana fiel, que á fuerza de años habia aprendido á obedecer unas veces, y otras á mandar á su amo, á fuer de criada celosa y antigua; sufriendo con paciencia las impertinencias del señor Cura, y haciéndole sufrir en recompensa las suyas, que cáda dia se aumentaban, pues se hallaba cerca de la respetable edad de los sesenta, sin haberse casado, por falta de voluntad, como ella decia, ó como se sonaba por el pueblo, por no haberse hallado hombre que quisiese cargar con una muger de genio tan intolerable.

Allá voy, respondió Perpetua á la voz de su amo, colocando en la mesa la botella del vino favorito, y con la lentitud propia de sus años se iba aproximando á la puerta, cuando vió entrar á D. Abundio con el rostro pálido, los ojos desencajados, el pecho sin poder respirar, y en tales térmi-

nos, que otra menos conocedora que Perpetua, hubiera inferido que habia algo de extraordinario. ¡Válgame Dios! exclamó al punto. ¿Qué tiene vmd., señor? — Nada, nada, respondió Don Abundio, dejándose caer en su silla poltrona. — ¿Cómo nada? ¿Y quiere vmd. que yo lo crea? Alguna gran novedad ha ocurrido. — ¡Por amor de Dios! cuando digo que nada, ó es nada, ó es cosa que no puedo decir. — ¿Ni á mí tampoco? ¿Y quién está mas interesada á favor de vmd.? ¿Quién mejor que yo podrá darle un buen consejo? — ¡Ay Dios! Calle vmd., señora Perpetua, y no me mortifique. Deme un vaso de mi vino. — ¿Y aun me quiere vmd. decir que nada le ha sucedido? respondió Perpetua llenando el vaso, y manteniéndole en la mano, como si no quisiese darle sino en recompensa del secreto que tanto se la hacia esperar. — Venga acá, dijo Don Abundio, tomándole con mano trémula, y echándosele de un golpe como quien toma una bebida de la botica. — Con que ello es que me he de

ver obligada á preguntar de nuevo qué cosa ha sucedido á mi buen amo, dijo Perpetua, puesta delante de él con los brazos cruzados, y adelantando mucho la cara como si quisiese sacarle de los ojos aquel secreto. — Por amor de Dios, no me haga vmd. mas preguntas: me va.... me va la vida. — ¿La vida? — Sí, la vida. — Bien sabe vmd. que en diciéndome á mí un secreto siempre es secreto. — No siempre, señora Perpetua, no siempre.

Perpetua se acordó de que no era la prudencia su virtud favorita; y asi, mudando repentinamente de tono, dijo con una voz capaz de ablandar un corazon de bronce: señor amo, me precio de fiel criada, y si ahora le mortifico para que me diga su pena, es porque quisiera darle un buen consejo: consolarle en su afliccion.

El hecho es que D. Abundio era un hombre de suma sencillez, y que asi tenia tanta gana de desahogar su pecho contando sus cuitas, como Perpetua tenia de saberlas; por lo cual despues de haber ido rechazando con

mas y mas debilidad los asaltos de su curiosa criada, despues de haberla hecho prometer mil veces el mas profundo é inviolable secreto, al fin con muchas suspensiones y no pocos suspiros hubo de contarla aquella tan funesta aventura. Cuando llegó á salir de su boca el nombre terrible de D. Rodrigo, poco faltó para que Perpetua interrumpiese con un nuevo y solemne juramento; y D. Abundio al pronunciar aquella terrible palabra lanzó un suspiro; se dejó caer sobre el respaldo de su poltrona, y levantando las manos en ademan de quien manda y suplica, dijo: — Perpetua, ¡por amor de Dios! — Pobres de nosotros, exclamó Perpetua. ¡Oh, que bribon! ¡Que infame! ¡Que hombre sin temor de Dios! — Quiere vmd. callar, muger, ó trata de arruinarme del todo.... — Aquí nadie nos oye.... ¿Pero qué ha de hacer vmd. ahora, pobre amo de mi vida? — Digo, digo, exclamó D. Abundio, no sin enfado. Miren que buen consejo me da esta. Salta con preguntarme qué he de ha-

cer; ¡como si ella fuese la que se hallase en el apuro, y me tocase á mí sacarla á salvo! — Pero señor, yo por mí:...acá á mi modo, bien le daria un consejo, y asi.... — Y asi.... oigamos. — Mi consejo sería, que supuesto que como todos dicen nuestro Arzobispo es un santo, y hombre de muchos estudios, y que no tiene miedo á esos bribones, yo diria y digo que vmd. le escriba una cartita noticiándole cuanto le ha sucedido.... — Contárselo.... ¿y por escrito? Calle vmd., señora. ¿Y si se llegaba á saber? Cuando me hubiesen tirado un balazo, piensa vmd. que me libraria el señor Arzobispo. — ¡Oh, pero los balazos no se dan como los confites! Ademas, pobres de nosotros todos, si esos perros mordiesen siempre que ladran. Lo que yo he visto es que á quien sabe enseñarles los dientes, le tienen respeto, y asi:... Bobadas, bobadas. Ese es mal consejo, y ademas inútil, porque la cosa no da tiempo á esas dilaciones. — Basta: ya callo, y vmd. pensará esta noche lo que le conviene; pero entre tanto no

empiece haciéndose mal á sí propio, y arruinando su salud. Ea, cene alguna cosita.... — Pensaré lo que me conviene, respondió D. Abundio entre dientes: « asi es la verdad, lo pensaré por lo que me interesa," y se levantó prosiguiendo: no quiero tomar nada, nada.... Tengo otro cuidado mayor. A estas palabras cogió la luz, refunfuñando siempre..... «¡ Es una bagatela el lance!...." á un hombre honrado como yo.... « ¿ Y mañana qué se dirá?".... Y con estas y otras lamentaciones se dirigió á su alcoba para acostarse; pero al llegar á la puerta de la sala volvió á mirar á Perpetua: se puso el índice sobre los labios, y con tono triste y solemne dijo: «cuidado por Dios:" cerrando inmediatamente la puerta del cuarto donde tenia su cama.

CAPITULO II.

Cuéntase que el gran Condé durmió profundamente la noche que precedió á la batalla de Rocroi; pero en primer lugar aquel Príncipe se halla-

ba muy cansado, y en segundo habia ya tomado todas las disposiciones necesarias, y establecido con seguridad lo que debia hacer al dia siguiente; pero nuestro D. Abundio solo sabia que el dia siguiente era el de la batalla; por lo cual pasó una gran parte de la noche desvelado, y cavilando en vano. Despreciar las amenazas y celebrar el matrimonio consabido era una cosa tan arriesgada, que ni aun quiso darla lugar en su mente. Confiar al novio el suceso, y buscar con él un medio.... Dios me libre. *Cuidado con que no se le escape una palabra sobre el aviso.... pues de otro modo ehm...* esto habia dicho uno de aquellos jaques, y al resonar en sus oidos el *ehm*, D. Abundio no solo no pensaba en desobedecer, sino que aun se arrepentia de habérselo confiado á Perpetua.... Huir.... ¿Y dónde? y despues qué hablillas, cuántos á quienes dar razon.... A cada partido que desechaba daba un vuelco en su cama, hasta que al fin lo que le pareció mas razonable fue ganar tiempo,

dando largas al novio. Se acordó con mucha oportunidad de que á pocos dias se cerraban las velaciones y venia luego la cuaresma. Si yo consigo, decia entre sí muy contento, entretener unos cuantos dias á este muchacho, despues tengo dos meses por mios, y en tanto tiempo pueden ocurrir grandes cosas. Con esto dióse á pensar pretextos para la dilacion, y aunque le parecian harto frívolos, se tranquilizó algo, creyendo que su autoridad daria valor á todo; y que su edad y experiencia le proporcionarian gran ventaja sobre un jovenzuelo inexperto. Veamos como salimos, decia; él piensa en su novia, y yo pienso en mi pellejo: á la verdad que yo soy el mas interesado. Recobrado un poco el valor con esta determinacion, pudo por fin dormir un rato; pero ¡que sueños tuvo! Valentones, D. Rodrigo, Lorenzo, despeñaderos, huidas, persecuciones, gritos, escopetazos....

Amarguísimo es despertar despues de una noche angustiosa, y en un estado de incertidumbre. Nuestra alma

recurre naturalmente á las ideas de la vida habitual que tenemos; por lo cual luego que se la presenta un nuevo estado de cosas menos lisongero, se borra todo el alegre paisage, y es mayor la pena con la comparacion de lo que hemos perdido, y de lo que nos aguarda. Asi pues Don Abundio apenas abrió los ojos, recapituló en su memoria todos los proyectos de la noche anterior, se afirmó en ellos, los coordinó lo mejor que supo, se vistió y se puso á esperar la venida de Lorenzo con mucho temor y no poca impaciencia.

Lorenzo, ó, como todos le llamaban, Lorencillo, no se hizo esperar largo rato. Apenas le pareció hora de poderse presentar al padre Cura, sin la nota de imprudente, se dirigió á su casa, con aquella alegría propia de un jóven de veinte años que aguarda el momento de lograr la mano de la que ama. Desde muy niño habia quedado sin padres ni parientes; pero su buena inclinacion y probidad natural habia suplido por todo. Se mantenia hi-

lando seda, cuyo oficio era, por decirlo asi, hereditario en su familia, y bastante lucrativo en aquellos tiempos; pues aunque ya el trabajo iba escaseando, la emigracion contínua de los operarios á otros paises vecinos, ya por el atractivo de las promesas, de los privilegios ó de los crecidos jornales, recompensaba la escasez de obra, de modo que no faltaba ocupacion á los que habian querido permanecer en su patria. Ademas, Lorencillo poseia un corto terreno que hacia cultivar, ó cultivaba él mismo cuando no tenia que trabajar en su oficio; por manera que respecto á su condicion podia pasar por un hombre acomodado, y aunque el año era estéril mas que los anteriores, y ya se empezaba á experimentar una verdadera carestía, como él desde que pensó en casarse habia prudentemente aumentado su economía, se hallaba suficientemente provisto para no temer que le faltasen en algun tiempo los medios de mantener su casa.

Presentóse pues en la de D. Abun-

dio vestido de toda gala con plumas de varios colores en el sombrero, su puñalejo con mango de mucho lujo, metido en una especie de faltriquerilla, que se hacia de intento para este uso; y en fin con un cierto aire de fiesta y jovialidad que formó un buen contraste con el modo frio y misterioso con que le recibió D. Abundio.

«Este tiene algun duendecillo en la cabeza, dijo interiormente Lorenzo, y prosiguió despues: señor Cura, vengo para saber la hora en que manda vmd. que estemos en la Iglesia. — Qué dia querrás decir, respondió D. Abundio. — ¿Cómo qué dia? Pues que no se acuerda vmd. que hoy era el determinado por vmd. mismo. — ¡Hoy, eh! (replicó D. Abundio como si oyera hablar de una cosa nueva) hoy.... hoy.... ten paciencia que por hoy no puedo. — ¡Hoy no puede vmd.! ¿Pues qué ha sucedido? — En primer lugar no me siento muy bueno.... Mi cara lo está diciendo; y ya ves que la salud.... — Eso es lo peor; pero sin embargo como es cosa tan fácil, tan cor-

ra, y de tan poca fatiga la que vmd. tiene que hacer. — Ademas.... ademas.... ¡Ademas! ¿Qué quiere vmd. decir con eso, señor Cura....? — Ciertos embrollos. — ¿Y qué embrollos caben aquí? — Si tú fueras de mi ropa, conocerias cuantas cosas hay que hacer en estos casos.... cuantas informaciones: cuantas formalidades hay que observar. Yo soy de un genio muy dulce, no pienso sino en allanar los obstáculos, facilitarlo todo, hacer las cosas á gusto de los demas,.... asi falto un poquillo á mis deberes, y despues me toca sufrir las críticas y.... — Por Dios, señor Cura, no me tenga en ascuas, y dígame de una vez qué novedad ha ocurrido. — ¿Sabes tú cuántas y cuáles formalidades hay que observar para hacer un matrimonio en regla? — Por fuerza tengo que saber algo del asunto, respondió Lorenzo ya bastante alterado. Harto me han hecho patear estos dias esas formalidades; mas ahora ¿no estaba ya todo corriente? ¿no he hecho cuanto vmds. me han mandado? ¿no

está completo todo? — Oh, todo.... todo. Te se figurará que todo está hecho; pero.... ten paciencia. El tonto soy yo que traspaso mis deberes por complacer á los otros; pero ahora.... basta: yo sé lo que me digo. Nosotros los pobres Curas estamos entre el yunque y el martillo. Ya se ve; vosotros los jóvenes sois tan impacientes.... os compadezco; pero los superiores.... basta: no puede decirse todo. — Ahora bien: dígame vmd. que otras cosas hay que hacer, y obedeceré inmediatamente. — ¿Sabes tú cuántos son los impedimentos dirimentes? — ¿Qué quiere vmd. que yo sepa de impedimentos? — Pues sábete que son estos. Error, votum, cognatio, crimen.... — ¿Está vmd. de broma, señor Cura? ¿A qué viene decirme esos latines? — Pues hijo, sino los entiendes, paciencia; y fiate de quien los entiende. — Pero en resumidas cuentas.... — En resumidas cuentas, Lorencito, no te enfades, que yo estoy pronto á hacer.... á hacer cuanto esté en mi mano. Por mi parte qui-

siera verte contento.... ¿Qué otra cosa deseo? Pero vaya.... cuando pienso que estabas tan bien.... tonto, ¿qué te faltaba? ¿A qué esa manía de casarse? — ¿Qué me dice vmd., señor Cura? prorumpió Lorenzo, con un gesto entre atónito y enojado. — Esto es decir por decir. Hombre, ten paciencia;.... repito que quiero verte contento. — ¿Pero en fin? — En fin, hijo mio, yo no tengo la culpa. Yo no he hecho las leyes, y antes de autorizar un matrimonio estamos obligados á hacer muchas diligencias para asegurarnos de que no hay impedimento. — ¿Y no puede vmd. decirme qué impedimento ha sobrevenido? — Ten paciencia. No son cosas que pueden decirse en dos palabras. Será una bagatela, como espero: mas no puedo pasar por otro punto. Estas investigaciones debemos hacerlas nosotros: el texto está claro. Antequam matrimonium denuntiet.... — Ya he dicho á vmd. que no entiendo latin. — Pero es menester que yo te informe. — ¿Y no ha hecho vmd. ya todas

esas investigaciones? — No las hice todas como debia. Ya te lo confieso. — ¿Y por qué no las hizo vmd. á tiempo? ¿Por qué decirme que todo estaba concluido? ¿por qué aguardar á.... — Vea vmd.; me echa en cara mi bondad excesiva. Lo he facilitado todo para servirle lo mas pronto; pero ahora han sobrevenido cosas que.... En fin, yo sé lo que me digo. — ¿Y qué quiere vmd. que yo haga? — Ten paciencia por algunos dias. Hijo mio, quien dice algunos dias no dice para siempre. Vamos.... paciencia; paciencia. — ¿Y por cuántos dias?

No va malo esto, dijo D. Abundio para consigo, y despues prosiguió con alguna mas tranquilidad. Vamos, dentro de quince dias me parece que ya.... — ¡Quince dias! Esta si que es mas negra. Dados ya todos los pasos que vmd. habia dispuesto, señalado el dia para el desposorio, estamos en este dia tan aguardado, y ahora me viene con que espere otros quince.... Quince.... repitió, con voz mas alta y colérica, y quien sabe que diablura hu-

biera añadido á aquel número, si Don Abundio cogiéndole cariñosamente la mano no le hubiera contenido diciéndole: vamos, vamos, amigo mio, por amor de Dios.... Veremos; buscaré el modo de que en una semana.... — ¿Y qué diré á Lucía? — Que ha ocurrido una dudilla. — ¿Y qué dirán las gentes? — Decid á todos que yo he sido un atolondrado. Eso es: por la prisa de serviros: por el cariño que os tengo.... en una palabra, echadme toda la culpa. ¿Puedo yo hablar mas claro? Vamos, paciencia por una semana. — ¿Y despues no habrá otro impedimento? — Hombre, cuanto te digo que.... — Bueno. Aguardaré una semana; pero acuérdese vmd. bien de lo que le digo. Acabada la semana se acabo mi paciencia y no me pararé en barras. Servidor de vmd., señor Cura.... Con esto volvió la espalda haciendo á D. Abundio una cortesía menos expresiva que la de la entrada, y echándole una mirada mas significativa que reverente.

En saliendo á la calle caminaba po-

co á poco hácia la casa de su novia, y sin dejar de recordar punto por punto la conversacion del señor Cura, cada vez la extrañaba de nuevo. La acogida tan fria que le habia hecho; aquel hablar como impaciente; aquellos ojos que cuando le hablaba andaban girando de acá para allá, como si temiesen encontrarse con las palabras que el otro respondia; aquel hacerse de nuevas al nombrar el matrimonio, expresamente señalado para el dia, y sobre todo aquel aparentar siempre algun estorbo sin decir nada de positivo, todo obligaba á Lorenzo á pensar que alli habia algun misterio diverso del que D. Abundio habia pretestado. Está casi casi determinado á volver á la casa, para ponerle en el aprieto de hablar claro, cuando levantando los ojos vió á Perpetua que iba delante de él, y que se dirigió á un huertecillo pocos pasos distante de la casa. Dióla un grito, al tiempo que ella abria la puerta, dobló el paso; llegó, la detuvo á la entrada, y con designio de sonsacarla alguna noticia

mas positiva, entabló la conversacion de este modo. — Buenos dias, señora Perpetua. Yo esperaba que hoy estuviésemos todos reunidos, y con el mayor gusto. — Como ha de ser, pobre Lorenzo; el hombre pone y Dios dispone. — Hágame vmd. el favor de desengañarme. El señor Cura me ha dicho una porcion de cosas que no he entendido: explíquemelas vmd. mejor. ¿Por qué no puede, ó no quiere, que se celebre hoy mi matrimonio? — ¿Y te parece que yo he de saber los secretos de mi amo? — Ola, ¡secretos! Ya conocí yo que habia algo oculto, dijo para sí Lorenzo, y á fin de averiguarlo prosiguió: vamos, Perpetua, tratémonos como amigos. Dígame vmd. lo que sabe en el asunto siquiera por compasion á un pobre jóven. — Mala cosa es ser pobre, querido Lorenzo. — Es verdad, dijo este confirmándose nuevamente en la sospecha; y para asegurarse mas volvió á la cuestion. Es verdad, repitió; ¿pero es justo que esos señores traten mal á los pobres? — Mira, Lorenzo, yo no puedo decirte

nada, porque.... porque no sé nada; pero en cuanto á mi Señor, lo que te puedo asegurar es que no quiere hacer daño á tí, ni á otro alguno, y que no tiene él la culpa. — ¿ Pues quién la tiene? preguntó ya alterado, y previniendo el oido para que no se le escapase ni una sílaba de la respuesta. — Cuando te digo que todo lo ignoro.... Sin embargo, en defensa de mi amo puedo hablar, porque me sabe mal que le echen la culpa, cuando no es capaz de hacer mal ni á un pájaro. Pobre Señor.... Si falta en algo es por un exceso de bondad; pero hay en el mundo hombres poderosos.... mal intencionados.... hombres sin ningun temor de Dios.... — ¡Poderosos! ¡Mal intencionados! repitió Lorenzo entre sí. Vamos, Perpetua, dígame vmd. quién es.... — ¡Ah! tú quieres sacarme las palabras de la boca, y yo no puedo hablar, porque.... no sé nada, y cuando no sé nada es como si hubiera jurado callar. Aunque me dieran tormento no me sacaran ni una sola palabra; y asi á Dios, que ambos estamos perdiendo el tiempo.

Dicho esto entró precipitadamente en el huertecillo y cerró la puerta. Lorenzo la saludó con igual prisa, y siguió despacio su camino para que el ruido de sus pisadas no la diese á conocer que volvia á ver al Cura; pero luego que estuvo fuera del alcance de los oidos de la buena vieja, retrocedió á paso redoblado, llegó á casa de D. Abundio, se dirigió á la sala donde le habia dejado, y se encaminó á su poltrona con el rostro demudado y los ojos que se le saltaban del casco.

Ola: ¿qué novedad es esta? dijo D. Abundio. — ¿Quién es ese hombre poderoso, respondió Lorenzo con el ademan de un hombre que está resuelto á obtener una respuesta positiva? ¿Quién es ese hombre poderoso que no quiere que yo me case con Lucía?

Como, como.... dijo el pobre Cura lleno de terror, poniéndose primero mas blanco que una pared, y despues tan encarnado como una rosa.

Como, como.... y entre tanto dió un

salto de su sillon para dirigirse á la puerta; mas Lorenzo que habia previsto este movimiento, le agarró por la mano, la cerró y se guardó la llave diciendo: Ahora veremos si habla el señor Cura. ¡Ola! ¿todos saben mi desgracia, y yo la ignoro? Pues tambien voto va.... quiero yo saberla. ¿Cómo se llama ese hombre poderoso? — Lorencito, Lorencito, por caridad. Piensa en tu alma: piensa en lo que haces.... — Pienso en lo que quiero saber, pronto: ahora mismo. Y al decir esto, tal vez sin designio, puso la mano en el mango del puñal, que por gala y costumbre traia asomándose fuera del bolsillo. — Pobre de mí, exclamó D. Abundio con voz trémula. — Lo quiero saber. — ¿Quién te lo ha dicho? — Dejemos eso, y vamos al asunto. Hable vmd. claro, y pronto. — ¿Quieres mi muerte? — Quiero saber lo que es muy justo que sepa. — Pero si hablo soy muerto. ¿No he de mirar por mi vida?—No admito excusas. Hable vmd. y pronto. Este pronto fue dicho con tal energía,

y el rostro de Lorenzo tenia un aire tan amenazador, que D. Abundio ni aun pudo suponer siquiera la posibilidad de desobedecerle. — Me prometes.... me juras no hablar de ello con persona alguna, y no decir jamás.... — Lo que juro con todas veras es que haré un disparate sino me dice vmd. al instante cómo se llama ese hombre.

A este nuevo conjuro D. Abundio, con el semblante de un hombre que va á sufrir la muerte, articuló Don.... —Don.... repitió Lorenzo, como para ayudar al paciente á pronunciar lo restante, y entre tanto tenia doblado el cuerpo, y la oreja izquierda casi tocando con la boca del Cura, como para no perder ni una sílaba. — Don Rodrigo, pronunció á toda prisa el Cura, disminuyendo la voz en las últimas sílabas, y quitando las consonantes, ya por su turbacion, ya porque empleando la poca atencion que le quedaba libre en hacer una especie de capitulacion entre los dos miedos, parece que no queria decir en-

tera la terrible palabra en el punto mismo en que le obligaban á pronunciarla. — ¡Ah perro! exclamó Lorenzo. Y cómo ha hecho.... qué le ha dicho á vmd. para.... — ¿Cómo? respondió con voz desdeñosa D. Abundio, el cual despues de un sacrificio tan grande se juzgaba como acreedor á muchas atenciones. ¿Cómo eh? quisiera que te hubiese tocado, como me tocó á mí, que no tengo interés en el asunto. Entonces ciertamente no te hubiera quedado tanto aire en esos cascos;.... y aqui se puso á pintar con el mas fuerte colorido que supo el encuentro de la noche anterior, y viendo que Lorenzo mientras le escuchaba estaba inmóvil con los ojos en tierra, recobró un poco de ánimo, y con mas tranquilidad prosiguió diciendo: Amigo, has hecho una gran hazaña: bellísimo favor te debo.... Dar un paso tan atrevido como este, con un hombre honrado, con su Párroco, en su propia casa: has hecho una bella accion. ¿Y para qué....? Para arrancar de mis labios una palabra en

que consiste mi riesgo.... el tuyo propio.... un secreto que yo te ocultaba por prudencia y para tu bien. Y ya que lo sabes vamos: ¿qué quieres hacer? Por amor de Dios que no se sepa. No se trata de quien tiene razon ni justicia; se trata de la fuerza.... Y cuando hace poco yo le daba un buen consejo, el señor mio montó en cólera. Yo tenia juicio bastante para gobernarme, y gobernarte á tí.... pero ¿qué se ha de hacer? Al menos abre esa puerta, vamos, dame mi llave.

Cierto que he sido imprudente, dijo Lorenzo con voz mas respetuosa hácia D. Abundio; pero en la cual sin embargo se dejaba conocer el furor para con su enemigo. He sido imprudente; pero, señor Cura, ponga vmd. la mano en su pecho; figúrese vmd. en mi lugar, y vea si....

A estas palabras ya habia sacado la llave, y estaba procurando abrir; pero D. Abundio se le puso al lado, y con rostro sério y ansioso le presentó delante de los ojos la cruz formada con los tres dedos diciendo: júra-

me al menos.... He hecho mal, y os pido perdon, contestó él abriendo y saliéndose. Jura, gritó D. Abundio deteniéndole, y él volviéndose contestó: He dicho que conozco mi yerro, y con esto desapareció precipitadamente dejando cortada la cuestion, que si hubiera sido en materia de filosofía ó de literatura, pudiera haber durado un siglo, pues cada cual no hacia mas que repetir lo que habia dicho.

Perpetua, Perpetua, gritó D. Abundio despues de haber llamado varias veces en vano al fugitivo; pero Perpetua no respondia, y su amo no podia averiguar donde estaba. Entre tanto el miedo del encuentro de la víspera, la penosísima noche que habia pasado, el apuro presente y la incertidumbre de lo que sucederia en adelante, le trastornaron de modo, que apenas se sentó en su sillon, cuando comenzó á sentir un frio extraordinario, mucho abatimiento, y otros síntomas desagradables: se miraba las uñas de los dedos, y de cuando en cuando con voz débil llamaba á su

criada. Por fin pareció esta con una gran cesta en el brazo, y con un semblante de ignorar lo que habia pasado. Excusaré referir las exclamaciones de ambos; los cargos y respuestas; el decir muchas veces D. Abundió vmd. sola puede haberle indicado.... el negar ella; y en fin toda la série de la conversacion que puede suponerse; y vamos á que D. Abundio la mandó que cerrase bien las puertas, que para nada saliese de casa, y que si alguien le buscaba dijese desde la ventana que su amo estaba con un calenturon terrible. Dada esta órden bajó poco á poco la escalera, repitiendo á cada escalon.... estoy aviado.... vaya que estoy aviado: llegó á su alcoba, y se metió en la cama.

Entre tanto Lorenzo caminaba á toda prisa hácia su casa, sin haber determinado lo que tenia que hacer en tal apuro, pero sí bien resuelto á hacer alguna que fuese sonada. Todos los que de cualquier modo agravian á otros, no solo son culpables por el mal que cometen ó quieren cometer,

sino por los malos pensamientos que hacen nacer en el corazon del agraviado. Lorenzo era un jóven pacífico, enemigo de derramar sangre, de costumbres puras, y que se horrorizaba con la menor idea del crímen; pero entonces no pensaba sino en el homicidio, y su imaginacion acalorada no le proponia sino asechanzas y traiciones. Hubiera querido correr á casa de D. Rodrigo, agarrarle por el pescuezo, y.... pero se acordaba de que aquella casa era una especie de fortaleza, guarnecida de valentones por dentro, y guardada de otros tantos por fuera, donde no entraban sino los criados y los amigos de toda confianza, teniendo toda otra persona que sufrir el mas rigoroso exámen, y con mayor razon él, que no podia menos de ser allí bien conocido. Otras veces se imaginaba con su arcabuz en la mano, detras de la tapia de una heredad, acechando el momento de que pasase su enemigo; ya oia sus pasos, le reconocia, le apuntaba, le tendia en el suelo, y echándole una maldicion para

mayor desahogo corria á ponerse en salvo. — ¿Y Lucía? Apenas se le ocurrió este nombre en medio de tan disparatadas ilusiones cuando revivieron en su mente los buenos y cristianos pensamientos á que estaba acostumbrado. Viniéronle á la memoria las últimas palabras de sus mayores, se acordó de Dios; pensó en el consuelo interior que varias veces habia experimentado al contemplar se hallaba libre de remordimientos, recordó el horror que le causaba siempre el homicidio, y con tan buenas ideas despertó de aquel sueño de sangre, con terror y al mismo tiempo con la alegría de que todo hubiese quedado en imaginarlo. Pero el nombre de Lucía ¿cuántos otros pensamientos traia consigo? ¡ tantas esperanzas! ¡ tantas promesas! ¡Un porvenir tan halagüeño como tenido por cierto! ¡ aquel dia tan esperado! ¿cómo? ¿con qué palabras habia de anunciar la tal noticia? ¿Y despues qué partido tomar? ¿Cómo conseguir su mano á despecho de aquel hombre poderoso? En medio de todo

esto, no una sospecha formal sino una sombra funesta le ocurrió bien á pesar suyo. El inicuo pensamiento de D. Rodrigo no podia haber nacido sino de su criminal pasion hácia Lucía; pues el que ella hubiese dado motivo ni á la menor esperanza, era una idea que ni por un momento podia caber en la agitada mente de su novio. ¿Pero tendria ella noticia de tan infames proyectos? ¿Podia él haber concebido aquella pasion sin que ella lo sospechase? ¿Habria él dado aquel paso sin haber intentado lograr de otro modo su objeto? ¿Y cómo Lucía jamás habia indicado nada á su novio?

Dominado por estos pensamientos pasó por su casa, que estaba en medio del pueblo, y se dirigió á la de Lucía, situada al otro extremo. Tenia esta delante de su puerta una especie de corralito, dividido de la calle por un pretil no muy alto, y al entrar Lorenzo oyó ruido de gente que hablaban arriba en la sala, por lo cual pensando que serían sus amigas que habrian venido á acompañarla á la Iglesia, no

quiso presentarse en tan alegre sociedad con el mustio semblante que anunciaba la mala noticia que llevaba en el pecho.

Casualmente andaba jugando en el corralito una niña, y viendo á Lorenzo comenzó á gritar: el novio, el novio. — Calla, Betina, calla, dijo él, y llamándola prosiguió. Mira, sube, llama aparte á Lucía, y dila al oido sin que nadie lo advierta que la aguardo en la sala baja para decirla una cosa: que venga pronto. La niña corrió inmediatamente á desempeñar su encargo, y halló á Lucía que en aquel momento acababa de presentarse á sus amigas vestida, y ataviada por mano de su madre. Ellas la cercaron con mil gritos de alegría, y la querian obligar á que se dejase ver, mientras ella con la modestia propia de la sencilla gente del campo, pugnaba por taparse la cara con el pañuelo, mostrando sobre él las hermosas cejas, y ocultando la dulce sonrisa que se presentaba en su boca. No hablaré del adorno que realzaba su belleza, y solo diré que Beti-

na abriéndose paso por entre aquel alegre coro, la tiró del brazo, y desempeñó completamente la comision que llevaba. Amigas, disimuladme, dijo Lucía á sus compañeras, y prometiéndolas volver al momento bajó á ver qué la queria su novio, cuyo aspecto sombrío la hizo gritar apenas entró en la sala. ¿Qué es esto, Lorenzo? ¿Qué te ha sucedido?

Lucía, respondió él, por hoy todo está acabado, y Dios sabe cuando podremos llamarnos esposos. — ¿Cómo, preguntó ella con el mayor asombro? Y Lorenzo la contó en compendio la historia de aquella mañana, escuchando ella con la mayor afliccion y silencio, hasta que al pronunciar el nombre de D. Rodrigo exclamó.... ¡ah! hasta este punto ha llegado. — ¿Con que tú sabias algo? dijo Lorenzo. — « Demasiado," respondió ella. — ¿Pues qué sabias? No me hagas hablar ahora, Lorenzo, ó por mejor decir, no me hagas llorar. Corro á llamar á mi madre, y á despedir las visitas: es preciso que quedemos

los tres solos. Mientras ella iba salien-do, Lorenzo susurró entre dientes. — ¿Y nada me habias dicho? — ¡Ah Lorenzo! respondió ella volviendo un poco la cara, pero sin detenerse, y con un tono que decia claramente, ¿puedes dudar que mi silencio ha tenido un motivo muy poderoso?

Entre tanto la buena Agnes (asi se llamaba su madre), llena de curiosidad por haber visto que Betina habia hablado en secreto á su hija, y que esta habia desaparecido, bajaba á ver qué novedad ocurria. Lucía la dejó con Lorenzo, entró en la sala donde estaba la comparsa de boda, y componiendo el semblante y la voz lo mejor que la fue posible, dijo: — Amigas mias, el señor Cura está enfermo, y por hoy no se hace la boda; dicho lo cual las cumplimentó á toda prisa y salió. Ellas igualmente fueron desfilando, y se esparcieron á divulgar la noticia, y á indagar si era cierta la enfermedad de su Párroco; pero la verdad de este dato hizo que terminasen las conjeturas que ya

empezaban á nacer en algunas maliciosas.

CAPITULO III.

Volvió Lucía á la sala baja, donde Lorenzo con mucho dolor contaba el suceso á Agnes, la que con igual pena le escuchaba, y ambos miraron á la que al parecer sabia mas que ellos del asunto, y de quien aguardaban una explicacion que no podia menos de ser amarga, y asi los dos, dejando entrever en medio de su pena aquella diversa ternura que á cada cual inspiraba, mostraron el resentimiento de que no les hubiese confiado la noticia. Agnes, aunque deseosa de oir á su hija, no pudo menos de empezar á reconvenirla diciendo: ¡ni aun á tu madre has querido confiar una cosa semejante!

Ahora lo contaré, dijo Lucía enjugándose las lágrimas. Habla, habla, contestaron á un tiempo los dos oyentes. ¡Vírgen Santísima! exclamó ella: ¿quién hubiera pensado que la cosa llegase hasta tal punto? Y con voz in-

terrumpida por el llanto, contó que una tarde volviendo de la casa donde se reunian á hilar, se habia quedado un poco detras de sus compañeras, cuando acertó á pasar junto á ella D. Rodrigo con otro caballero. Aquel intentó detenerla diciéndola algunos requiebros; pero ella aceleró el paso, reuniéndose con sus amigas sin haberle respondido palabra; y entre tanto habia oido que el otro reia á carcajadas, y D. Rodrigo decia: probaremos fortuna. A la otra tarde los encontró igualmente en aquel paso, pero como ella iba en medio de sus compañeras, y con los ojos bajos, Don Rodrigo no la dijo nada, y el otro empezó á burlarse, respondiendo él, veremos.... veremos.... — ¡ Dios mio ! exclamó al llegar aqui Lucía, ¿qué dia fue el último que fuí á la labor?.... yo estoy cierta de que conté el lance lo mas pronto que pude.

¿Se lo contaste? ¿y á quién? contestó su madre, resentida de que hubiese buscado otro confidente. — Al padre Cristobal, respondió ella. Si se-

ñora, le informé de todo la última vez que fuimos á la Iglesia del convento. Si vmd. hace memoria se acordará de que aquella mañana andaba yo como una loca por casa buscando ya una cosa, ya otra, todo porque me parecia muy temprano, y queria dar lugar á que fuesen otras gentes por el mismo camino, pues desde aquel encuentro me causan miedo todas esas veredas.

Al nombre del padre Cristobal, varon ciertamente respetable, cesó el resentimiento de Agnes, y la dijo, has hecho muy bien en buscar el auxilio de la ciencia y virtud de ese padre; ¿pero por qué no habérselo contado tambien á tu madre?

Lucía tenia dos razones muy poderosas para justificar su silencio. La primera, el no contristar y asustar inútilmente á aquella buena muger, contándola una cosa á que no podia aplicar ningun remedio; y la otra, porque no queria que viajase de boca en boca su secreto, deseando que aquel lance quedase sepultado

en el olvido, y con tanta mas razon cuanto ella esperaba que su boda hubiera cortado en el principio aquella pasion abominable. De estas dos razones claro está que Lucía no dijo sino la primera. — Por lo que á tí hace, continuó mirando á Lorenzo, y con aquella voz que da á conocer á un amigo que ha sido injusta su queja: ¿debia yo haberte hablado de esto? ¡Ah! demasiado pronto lo has sabido.

¿Y qué te respondió el padre? preguntó Agnes: Me dijo, contestó Lucía, que procurase acelerar lo posible mi boda, que me encomendase á Dios, y esperase que aquel hombre no viéndome otra vez, acaso me olvidaria enteramente, y que entre tanto me mantuviese en casa, saliendo muy poco, y jamás sola, ni por el campo. Entonces fue, prosiguió ella volviéndose de nuevo á Lorenzo, entonces fue cuando me resolví á darte prisa para que avivases las diligencias, y nos casásemos antes del tiempo que teníamos determinado. ¡Quién

sabe lo que tú pensarias de mí cuando te dije esto! pero yo pensaba bien, y obraba segun el consejo que me dieron. ¡Ay! esta mañana cuán lejos estaba yo de sospechar.... Aqui las palabras de Lucía fueron interrumpidas por un torrente de lágrimas.

¡Ah, bribon,.... perro.... asesino! exclamaba Lorenzo paseándose por la sala como un loco, y agarrando de cuando en cuando el mango de su puñal.

¡Oh que lance, gritaba Agnes.... por amor de Dios!.... El jóven se detuvo un momento delante de Lucía, que seguia llorando amargamente, la miró con un aire de terneza acompañada de rabia, y dijo.... esta será la última que haga aquel asesino.

¡Ah! no Lorenzo, gritó ella: no, no por amor de Dios. Deseamos que el Señor nos favorezca, ¿y cómo queremos alcanzar su divino auxilio si cometemos un crímen? No, no, por Dios, repitió Agnes; y Lucía con una cara de esperanza, y de resolucion tranquila, dijo: — Lorenzo, tú sabes un oficio; yo estoy acostumbrada á

trabajar: huyamos tan lejos de este pais que ese malvado jamás oiga hablar de nosotros. —Ah, Lucía, huyamos dices: ¿y despues? Aun no somos esposos.... ¿Querrá el señor Cura darnos la certificacion de solteros? Si ya estuviésemos casados. —Entonces....

Con esta objecion Lucía volvió á su llanto, la madre á sus lamentos, y Lorenzo á sus paseos, los tres en un estado de abatimiento que formaba un particular contraste con la pompa festiva de sus vestidos de boda.

Escuchad, hijos mios, fiaos de mí, dijo Agnes despues de una corta pausa. Yo vine primero que vosotros al mundo y le conozco un poco. No conviene asustarse demasiado, pues como dice el refran, no es tan bravo el leon como le pintan. Para nosotros, pobres ignorantes, todo es un monte inaccesible; pero á veces una sola palabra de un hombre que haya estudiado.... Bien sé lo que me digo. Lorenzo, hijo, toma mi consejo. Anda á Lecco, que bien cerca está, y busca al señor Doctor Azzecca-garbugli, cuén-

tale.... pero mira, no le llames asi: no por Dios; que asi le llaman por apodo. Has de preguntar por el señor Doctor.... ¡Dios mio, cómo se llama!.... Vaya: no me acordaré en dos horas. Ya se ve, como todos le llaman por el apodo. En fin busca á aquel Doctor alto, flaco, con la nariz roma.... — Le conozco de vista, dijo Lorenzo. — Pues bien, prosiguió ella: ese Doctor es todo un sabio. Hombres he visto yo metidos en negocios peores que este, que andaban á sombra de tejado, y despues de haber hablado un rato con el Doctor Azzecca-garbugli.... cuidado no le llames asi,.... los he visto, digo, salir de su casa mas alegres que una Pascua, y riendo á carcajadas. Mira, coge los cuatro capones que estaban destinados para la cena de la boda, y llévaselos, porque no se debe ir con las manos vacías á casa de esos Doctores. Cuéntale todo lo que nos pasa, y verás que él te dice en solo un momento cosas que no nos hubieran ocurrido en un año.

Convino en ello Lorenzo sin difi-

cultad, aprobándolo tambien Lucía; y Agnes, orgullosa por ser autora de tan feliz consejo, agarró una á una aquellas inocentes aves, reunió las ocho patas, las ató en forma de ramillete, y se las entregó á Lorenzo, el cual, dadas y recibidas algunas palabras de esperanza, salió por la puerta falsa que daba al campo, á fin de evitar el encuentro de los muchachos, que al verle no hubieran dejado de gritar: el novio, el novio. Asi atravesando sendas, por los sitios mas solitarios que pudo, hizo su viage sin dejar de pensar en su desgracia, y coordinando sus ideas para informar á aquel sabio personage.

Vivia este á la entrada del pueblo, y asi no le fue dificil hallar la casa; pero apenas pisó el umbral, cuando la timidez ordinaria que acompaña á un pobre ignorante siempre que tiene que hablar con todo un Doctor, fue causa de que se le olvidase casi todo el discurso que llevaba compuesto; mas dando una ojeada á los capones, pensó que ellos le servirian

de exordio, y se presentó atrevidamente en la cocina, preguntando si podia hablar al amo de casa. La criada, viendo el regalo, como aquella que estaba muy acostumbrada á recibir muchos, empezó su respuesta cogiéndolos, aunque Lorenzo los retiraba, deseando presentarse con ellos á fin de que el Doctor viese que llevaba alguna cosa. Precisamense el mismo señor entró cuando la criada decia, dame eso, y entra en el estudio del amo, y visto por Lorenzo le hizo una profunda reverencia, á la que correspondió diciendo: entra, hijo mio; ven conmigo, y le hizo en efecto entrar en el estudio.

Era este una pieza cuadrada, cuyas tres paredes estaban adornadas con retratos antiquísimos: y en la cuarta se veia un estante de libros en fólio, viejos y llenos de polvo. Enmedio se veia una mesa atestada de legajos, pedimentos, y bandos: alrededor tres ó cuatro sillas, y en lugar preferente un sillon de brazos con su respaldo alto y cuadrado, terminados sus án-

gulos por unos adornos que se elevaban á manera de astas, cubiertos de mugrienta vaqueta, una parte de la cual á fuerza de años habia desaparecido, dejando los ángulos en la libertad de asomarse por sus agujeros. El Doctor estaba en trage de casa, esto es, cubierto con una toga que habia sido negra, y era parda, que luengos años habia usado los dias que iba á Milan á defender pleitos de importancia. Cerró la puerta, y quiso animar á su nuevo cliente con estas palabras. Vamos, hijo mio, dime tu negocio. — Yo quisiera decir á vmd., señor Doctor, una palabra en confianza. — Aqui estoy para escucharte, habla claro, dijo el Doctor, y se acomodó en su asiento. Lorenzo de pie enfrente de la mesa, ocupada su mano derecha en hacer girar su sombrero sobre la otra, dijo con timidez: quisiera saber de vmd. que ha estudiado... — Dime el hecho como es, le interrumpió el Doctor. — Disimule vmd., señor Doctor; nosotros los pobres no sabemos hablar como convie-

ne: quisiera preguntar á vmd.... — ¡Que gente! todos son asi. En vez de contar lo que les ha sucedido, se vienen muy frescos á preguntar al Letrado. ¡Por qué diablos no traerán ya pensado lo que han de decir! — Perdone vmd. que ahora lo diré. Quisiera saber si merece castigo el que amenaza á un señor Cura para que no celebre un matrimonio.

Estoy al cabo, dijo para sí el Doctor, aunque en realidad estaba en ayunas de la cuestion. Estoy al cabo; y despues tomando un aire sério, y al mismo tiempo bondadoso, apretó mucho los labios, haciendo salir un sonido inarticulado que indicaba el sentimiento interior que despues manifestó claramente con estas palabras. Caso sério es ese, hijo mio; caso digno de meditarse; y te aseguro que has hecho muy bien en venir á buscarme. Es un caso tratado de exprofeso en mas de cien bandos, y.... poco á poco. En uno del actual señor Gobernador..... Pronto: al momento voy á hacértele ocar con la mano.

Diciendo esto abandonó su sillon, y metiendo ambas manos en aquel caos de papeles, los revolvió de arriba á abajo diciendo dónde estará.... no es este.... este tampoco.... tengo que tener tantos papeles á la mano.... pero aqui ha de estar, porque es documento de importancia.... ¡Ah! ya está aqui. Con esto sacó un impreso, le sacudió el polvo, miró de paso la fecha, y despues de haber murmullado un poco, exclamó.... justamente. Del 15 de Octubre de 1627 este es; del año pasado: bando nuevecito: vigente. Estos son los que dan miedo. ¿Sabes leer, hijo mio? — Un poco, señor Doctor. — Pues bien; ponte á mi lado, y sigue con la vista lo que yo lea. — «Entonces teniendo el papel en el aire, empezó á leer unas veces de paso y entredientes, y otras recargando las frases segun convenia. = *Aunque por los bandos publicados por el señor Duque de Feria el* 14 *de Diciembre de* 1620, *confirmados despues por el excelentisimo señor Gobernador Don Gonzalo Fernandez de Cordoba &c....*

*

Se procuró con remedios extraordinarios y eficaces, prevenir la opresion y actos odiosos que algunos se atrevian á cometer contra estos fieles vasallos de S. M.: sin embargo, la frecuencia de los excesos y la malicia, &c. &c. ha puesto á S. E. en la necesidad &c.... Por tanto, con acuerdo del Senado, y de una Junta &c.... ha resuelto que se publique el presente.... Mostrando la experiencia que muchos, asi en esta ciudad como en los pueblos vecinos de este estado, oprimen de varios modos á los mas débiles, como en procurar que se hagan contratos violentos de compras, arrendamientos, &c.... ¿Dónde estará esto?.... ¡ah! aqui está. Oye, oye. *O impiden que los Curas párrocos cumplan con sus obligaciones; ó no intervengan en lo que les toca....* — Ese es mi caso, dijo Lorenzo. — Oye, oye, continuó el Doctor: luego veremos el castigo. " *Sea que se justifique plenamente ó no, ó que la persona se ausente del pueblo.... que impida que otro vaya al molino, ó que el Párro-*

co desempeñe algunas de sus funciones. — ¿Que tal? parece que el bando se ha dictado para nosotros.... *ó algunas otras violencias, ya sea el que las cometa caballero, ya sea noble, ya del estado medio, ó ya del estado llano....* — ¿Oyes, amigo mio? aqui nadie se escapa. El bando es como el valle de Josafat.... Atiende, atiende al castigo. Y en seguida fue leyendo las graves penas en que incurrian los contraventores, deteniendo particularmente y casi deletreando la última cláusula. = *Lo cual se llevará á efecto irre-mi-si-ble-men-te, y con to-do ri-gor.* Este no es un juego, amiguito mio; y.... mira, mira las firmas. *Gonzalo Fernandez de Cordoba*, y mas abajo *Platonus*, y luego *vidit* = *Ferrer.* Completo, amigo mio: completo. Nada le falta.

Interin leia el Doctor, le seguia Lorenzo con la vista, procurando acertar el sentido claro de aquellas palabras tan ponderadas, y que le parecian escritas en su amparo, y el Doctor, viendo á su nuevo cliente mas

atento que asustado, dijo para sí: ¿á qué quiere engañarme á mí este pájaro? y luego levantando la voz y mirándole añadió: Ola, ola: ¿te has hecho cortar el rizo? has sido prudente; pero fiándote de mí no era necesario. El caso es sério; pero tú no conoces aun lo que yo sé hacer cuando la ocasion se presenta.

Para entender esta extraña salida del Doctor, es preciso tener presente que en aquellos tiempos los que hacian profesion de valientes acostumbraban llevar una larga melena que se dejaban caer sobre la frente como una visera, cuando atacaban á uno, ó tenian por conveniente desfigurarse, ó cuando en fin la empresa era de aquellas que necesitaba fuerza y precauciones. Las autoridades no habian guardado silencio sobre esta moda, y con providencias tan justas como oportunas habian procurado desterrar este signo distintivo de tan infame gremio.

Por mi vida aseguro á vmd., dijo Lorenzo, que jamás he llevado ese ri-

zo. — No haremos cosa de provecho, exclamó el Doctor meneando la cabeza, entre malicioso é impaciente. Mira, hijo mio, quien miente al abogado es un bobo que despues dirá la verdad á los jueces.... Con nosotros se han de tratar las cosas con claridad, que despues acá nos toca el pintarlas como se pueda. Si quieres que yo sea tu defensa es menester que me lo cuentes todo de pe á pa. Debes nombrarme expresamente la persona que te dió la órden. Será, por fuerza, persona de alto rango, y entonces yo iré á ofrecerle mis respetos, y hablarle.... por supuesto que no le diré que yo sé el lance por tu boca. Figuraré que voy á implorar su proteccion á favor de un pobre jóven calumniado, y de acuerdo con él tomaremos las medidas. Pero si la culpa fuese enteramente tuya, no pienses que por eso levanto yo la mano. He sacado muchos de embrollos mayores.... con algun gastillo, se supone. Debes descubrirme quien es el ofendido, y segun su condicion y cualidad, se verá

si conviene aterrarle solo con la sombra de la proteccion; ó encontrarle algun flanco; ó echarle á la oreja algun perro de presa. De cualquier mal paso puede salirse, pero se necesita que lo maneje un hombre. Tu asunto es sério.... es sério, repito: el bando está claro, y si la cuestion ha de ventilarse entre la justicia y tu persona, ya estás fresco. Yo te hablo como amigo: la salida se buscará, pero es preciso pagarla. Si quieres encontrar el camino mas breve y mas llano, dinero y sinceridad. Fíate de quien te quiere bien, obedece y haz todo lo que te aconseje.

En tanto que el Doctor pronunciaba esta larga exhortacion le estaba Lorenzo mirando, como el aldeano que en medio de una plaza mira asombrado al charlatan que se llena la boca de estopas, ofreciendo sacarlas convertidas en cintas. Al fin cuando llegó á comprender lo que el Doctor queria decir le respondió: Pero, señor Doctor, ¿cómo ha entendido vmd. lo que le he dicho? La cosa es en-

teramente al contrario. Yo no he amenazado á nadie, ni soy yo de esa gente que vmd. piensa, no por cierto. Pregunte vmd. á todos los vecinos de mi aldea, y verá vmd. que jamás he tenido que hacer con la justicia. La ofensa se me ha hecho á mí, y vine á ver á vmd. á fin de que me dijese cómo debo manejarme para que me hagan justicia; y por cierto que me alegro mucho de haber visto ese bando.

¡Qué diablos, exclamó el Doctor, abriendo extraordinariamente los ojos! Todos vosotros sois lo mismo. ¿Es posible que no sepais decir claramente las cosas? — Señor Doctor, con licencia de vmd., le diré que no me dió tiempo; mas ahora lo contaré todo como ha pasado. Ha de saber vmd. que yo debia casarme hoy mismo.... y aquí se enterneció el pobre muchacho.... debia casarme hoy con una jóven á quien yo he obsequiado como novio desde el verano. Pues como iba diciendo, hoy era el dia señalado por el señor Cura para el matrimonio, y.... vamos, ya estaba todo dispuesto, cuan-

do el señor Cura empezó á dar ciertas excusas que á mí.... basta: el caso es, para no cansar á vmd., que yo le hice hablar como era justo, y me confesó que dos guapetones, pena de la vida, le habian mandado que nó nos casase; porque parece que ese ricote D. Rodrigo.....

— Anda de aqui, le interrumpió bruscamente el Doctor arrugando las cejas, ensanchando sus romas narices, y haciendo un gesto. Anda fuera de mi casa. ¿ A qué vienes á romperme la cabeza con esos cuentos? Habla de eso allá con tus camaradas que no saben medir las palabras, y no vengas á tratar semejantes negocios con un hombre que sabe donde le aprieta el zapato. Anda, que no sabes lo que te dices: yo no quiero entremeterme en asuntos de bodorrios. Nó: yo no entro ni salgo: me lavo las manos, y al decir esto se las estaba refregando como si efectivamente se las lavase. Aprende á hablar con las gentes. No es razon venir á comprometer asi á un hombre honrado. Escuche vmd., se-

ñor, escuche vmd., repetia Lorenzo de cuando en cuando, y el Doctor rempujándole le llevaba hácia la puerta, hasta que viéndole fuera, salió con él, la cerró, y dirigiéndose á la cocina dijo á la criada: vuelve á este hombre lo que ha traido: yo no quiero recibir nada: nada absolutamente. En el largo tiempo que la criada estaba en aquella casa no habia recibido órden semejante, pero fue dada con tal resolucion, que no pudo menos de obedecer; y cogiendo las cuatro víctimas despreciadas, las devolvió á Lorenzo mirándole con cierta compasion acompañada de desprecio, que parecia decir: es preciso que este haya cometido un crímen imperdonable. Lorenzo queria usar algunos cumplimientos, pero el Doctor se mantuvo inflexible, con que el resultado fue que atónito y sumamente afligido volvió á desandar el camino, para referir á aquellas buenas mugeres el éxito de la consulta en que tanto habian confiado.

Lucía y su madre, despues de ha-

berse despojado tristemente de sus galas nupciales, y vestido su modesto trage diario, pusiéronse á tratar de nuevo sobre el asunto: Lucía sollozando, y Agnes suspirando; pero luego que esta hubo hablado largamente del buen resultado que aguardaba de la visita del Doctor, dijo Lucía, que era indispensable no perdonar medio alguno: y que pues el padre Cristobal era no solo un hombre muy capaz de dar un buen consejo, sino de hacer otras diligencias cuando se trataba de consolar al afligido; sería muy oportuno darle noticia de lo acaecido, asi como se le habia dado la del principio. Digo que me parece muy bien, contestó Agnes, y se pusieron las dos á consultar el modo con que harian llegar el suceso á los oidos de aquel respetable Consejero, pues el irle á buscar á su convento, que estaba en despoblado, y algo distante, era cosa que nadie á no estar loco hubiera pensado en aquellas circunstancias.

Mientras ellas estaban arreglando sus planes sonó el aldabon de la puer-

ta, y en seguida se oyó un devoto Deo gratias, á cuya voz Lucía, no dudando quien llamaba, corrió á abrir llena de gozo. En efecto, era fray Galdino, religioso lego Capuchino, que iba por aquellas aldeas recogiendo la limosna de las nueces. Era un hombre virtuoso, y por lo mismo siempre había sido muy bien recibido en aquella casa tan honrada, y mucho mas en aquella ocasion en que su venida fue muy oportuna. Hiciéronle tomar asiento, marchó Lucía á buscar las nueces, y entre tanto Agnes le estuvo preguntando acerca de la limosna, conviniendo ambos en que la carestía general que se experimentaba en todo el pais no podia menos de haber tenido mucho influjo en la diminucion de las limosnas. Es de advertir que Lucía antes de salir, y aguardando el momento de que el lego estuviese de espaldas, habia hecho á su madre una seña para que callase; y es muy probable, que á no haber sido por este aviso, el nombre de D. Rodrigo se hubiese mezclado con las nueces. Tal

era el carácter de Agnes, que por sencillez y buen corazon era muy capaz de decir lo mismo que deseaba callar. En fin, volvió Lucía con su delantal henchido de nueces en tal cantidad, que su madre, aunque muy caritativa, no pudo menos de mirar á la hija manifestando la causaba extrañeza; pero ella la contestó con un gesto expresivo que parecia decirla: me justificaré á su tiempo.

Fray Galdino dió las gracias á las bienhechoras, y llevando casi llena la alforja, dijo: que sin mas andar aquella tarde se iba en derechura á su convento; pero antes de que saliese le dijo Lucía. — Quisiera que me hiciese vmd. un favor, fray Galdino. — Mande vmd. en cosa que yo pueda, respondió el buen Capuchino. Solo es, continuó, que diga vmd. á fray Cristobal que nos vemos en la precision de hablarle sobre un asunto de mucha importancia, y que asi nos haga la caridad de venir á vernos pronto, pronto. Bien conocemos que está lejos; pero que se tome esta molestia

por amor de Dios, pues la cosa es muy urgente, y nosotras no podemos ir al convento. Se lo diré palabra por palabra, contestó fray Galdino, apenas llegue al convento. Sí por Dios: que no pierda vmd. un instante, añadió ella; y con los cumplimientos de costumbre se despidieron.

Pero, hija, exclamó Agnes luego que quedaron solas, ¡apenas habrás dejado nueces para nosotras! — Perdóneme vmd, mamá, replicó ella. Si le hubiera dado la cantidad regular, el pobre fray Galdino hubiera tenido que recorrer todas estas aldeas para recoger su limosna; y por consiguiente hubiera tardado mucho mas en ir á su convento, y aun tal vez esta noche no hubiera podido dar el recado á fray Cristobal. Ya ve vmd. que su venida nos interesa mucho.

Es verdad, y digo que tuviste razon; ademas de que toda limosna trae consigo buen fruto, contestó la madre; la que á pesar del defectillo de hablar mucho, era, como se ha dicho, una buena muger, y que se mi-

raba en su hija como en un espejo.

En esto se presentó Lorenzo á la puerta; le abrieron, y al tiempo de entrar con el semblante mustio, tiró los capones sobre una mesa, y se sentó para comenzar sus lamentaciones. Por mi vida que me dió vmd. un buen consejo, dijo mirando á Agnes: vaya que me habeis enviado á casa de un hombre que sabe perfectamente auxiliar á un pobre afligido; y en seguida comenzó á contar la conversacion que habia tenido con el sabio Azzecca-garbugli. Agnes le escuchaba maravillándose de tan mal éxito, y aun emprendia demostrar que el Doctor habia tenido razon, y que el daño estaria en que Lorenzo no supo explicarse ni entenderle; y mas hubiera dicho si Lucía no hubiese cortado la apología del Doctor, anunciando que ella esperaba haber encontrado mejor auxilio. Lorenzo dió tambien crédito á este pronóstico, pues ya se sabe que el hombre muy abatido en cualquier cosa confia; pero sin embargo añadió: Ello es que

si el padre Cristobal no encuentra algun recurso, sea de un modo ó de otro, le sabré yo buscar por mí mismo. Las dos mugeres tomaron de aqui ocasion para aconsejarle la paz, la prudencia y la paciencia. — Mañana, dijo Lucía, espero que vendrá á vernos fray Cristobal, y desde luego espero que nos indicará un medio que nosotros pobres no supiéramos ni imaginar siquiera. Yo tambien lo espero asi, respondió Lorenzo; pero lo dicho dicho: en todo caso sabré buscarle por mi mano. Al cabo en este mundo todavía hay justicia.

Con tan tristes coloquios, y con los viages que quedan referidos, habia pasado el dia, y ya empezaba á oscurecer. — Buenas noches, dijo tristemente Lucía á su novio, que no podia resolverse á salir de aquella casa. — Buenas noches, contestó él. — Ten confianza, añadió ella, que Dios ha de ayudar nuestra inocencia: solo te encargo la prudencia y la resignacion. La madre añadió otros consejos de la

misma especie, y Lorenzo volvió á su casa con muy distinto gusto del que tenia aquella mañana cuando salió de ella, y sin cesar de repetir todo el camino: al cabo en este mundo todavía hay justicia. Tan cierto es, que el hombre afligido no sabe hablar de otra cosa que de su pena.

CAPITULO IV.

El convento de Parasenico, donde residia fray Cristobal, estaba situado á las orillas del Adda, enfrente del camino que va desde Lecco á Bergamo, no lejos de un grupo de humildes casas habitadas por pescadores, y gente empleada en fabricar los aparejos necesarios para la pesca. El sol no estaba enteramente sobre el horizonte, cuando el caritativo Capuchino salia de la portería de su convento para dirigirse á proteger del modo que su caridad le inspirase á la desgraciada familia que á toda prisa imploraba su auxilio. La campiña estaba pintoresca segun se observa siem-

pre en la infancia del dia; pero toda figura humana que se hallaba al paso, contristaba con su aspecto, y borraba aquella impresion halagüeña. Por todos lados se veian pobres, no sólo de aquellos que lo son siempre, sino de aquellos que la carestía de los años anteriores y la del presente habia reducido á la mayor miseria. Los ganados flacos y lánguidos buscaban en vano el pasto que la sequedad habia hecho desaparecer; y en fin tal era el espectáculo que nuestro buen religioso conocia que se aumentaba el dolor que llevaba con los presentimientos de que iba á oir noticias desagradables.

¿Pero cuál era la causa que tenia este docto y benéfico religioso para interesarse con tantas veras á favor de aquella desgraciada familia? ¿cómo fue que á su primer aviso habia madrugado tanto, poniéndose en marcha al instante como si le llamase la órden de un superior? Y en fin, ¿quién era este padre cuyo excelente corazon ya queda bosquejado? parece que el editor está obligado á informar de

todo esto á sus lectores, y va á hacerlo con tanta mas satisfaccion, cuanto le parece justo referir en compendio la historia de un hombre respetable, que despues ha de figurar en los sucesos siguientes con el carácter mas bello y digno de elogio.

Fray Cristobal no siempre se habia llamado Cristobal, ni siempre habia sido fraile. Su nombre de pila era Ludovico, y su padre poseyó muchos bienes que ganó con una tienda de lienzos y paños, cuyo modo de vivir habia dejado, luego que sus riquezas le hicieron desear, hacer mas brillante figura en el teatro del mundo. Dominado por este capricho, no solo quitó la tienda, sino que deseando que todos olvidasen que la habia tenido, empezó él mismo á no querer acordarse; y aun tal vez lo hubiera conseguido, á no ser que en la mejor ocasion una casualidad se lo recordó vivísimamente.

Gastando con profusion los frutos de su antigua economía y tareas mercantiles, estaba como los principales

señores de la ciudad, rodeado de aduladores y de parasitos que deseando complacer á quien los mantenia, se habian impuesto una ley de evitar toda palabra que ni remotamente pudiese hacer alusion al primitivo estado del amo de casa, ni á la raiz de su opulencia. Sin embargo de este silencio tan estudiado y tan seguido, sucedió en hora menguada que estando en los postres de un gran convite, cuando no se podia decir quien estaba mas en sus glorias, si los comilones, ó el que los regalaba, empezó este á chanzearse amigablemente con uno de aquellos cuyo apetito y voracidad era el principal adorno de aquella abundante mesa. Seguia él comiendo á pesar de las chanzas, y con aquel candor propio de un hombre que ha bebido bien, y que se halla en sus mayores delicias, dijo: *hable vmd. lo que quiera, que yo hago oidos de mercader.* Apenas salió de su boca esta funesta palabra cuando el pobre conoció su yerro. Miró con timidez al dueño de casa, y por su ges-

to entendió que el inoportuno refrancillo no habia caido en saco roto: uno y otro hubieran querido recoger la desgraciada palabra; pero ya no era tiempo, y aunque cada uno de los comensales pensaba interiormente el modo de cortar aquel escándalo, nadie se atrevía, no solo á hablar, sino ni aun á mirarse mútuamente; por manera que pensando todos, callando todos, y cada cual mirando á su plato, este silencio general daba mas realce á lo sucedido. La voz *mercader* fue como una voz sepulcral que hizo desaparecer la alegría, y el festivo convite terminó á manera de duelo. De resultas de este lance el padre de Ludovico perdió su vida en continuos recelos de que se supiese su orígen, y temiendo ser descubierto, sin reflexionar que el vender paños y lienzos no es cosa mas ridícula que el comprarlos, y que aquel ejercicio de que se avergonzaba delante de unos pocos amigos, era el mismo en que por muchos años se habia ocupado con honradez, y utilidad de-

lante de un pueblo entero. Tal es la inconsecuencia de los hombres que se entregan á los delirios de la imaginacion, y desprecian la voz de la verdad que jamás engaña. En fin murió dejando á Ludovico jóven, rico, y bien educado, pues el único uso prudente que habia hecho de sus riquezas era el dar á su hijo buenos maestros de toda clase de estudios, y ejercicios caballerescos.

Por buenas que sean las disposiciones del corazon, es preciso que las riquezas y la juventud extravien algo los primeros pasos de la vida, y mas cuando la segunda trae consigo el orgullo, y las primeras abren el paso á amigos aduladores; y asi es que los que rodearon desde entónces á Ludovico le acostumbraron á ser tratado con el mas profundo respeto, á que se mirasen como leyes sus caprichos, y en fin á ser un caballerete al estilo de aquellos tiempos, y de aquellos paises. Esto era muy bueno en el teatro de su casa: pero cuando tenia que rozarse con la familia ilustre de

la ciudad, la escena era un poco diferente. Alli las riquezas presentes no hacian desaparecer la tienda y los fardos: por manera que si habia de frecuentar aquella sociedad brillante, le era preciso hacer un papel secundario, que no estaba de acuerdo ni con su educacion, ni con su genio; y asi sentia en su corazon una decidida inclinacion á la elevada clase, mezclada con la pena de que los personages ilustres que la formaban no fuesen mas olvidadizos, ó mas tratables. Con esta mezcla de amor y de odio á la gente privilegiada, no pudiendo tratar con ellos con la familiaridad de amigos, y queriendo alternar con ellos de cualquier modo que fuese, se dió á contrariarlos todo lo posible, comprándose de este modo á dinero contante las enemistades, las envidias, y los peligros. Su carácter que á un mismo tiempo era honrado y valiente, le hacia mirar con horror toda accion contraria á las leyes y al honor: tomaba fácilmente el partido del oprimido: se complacia en

detener en su carrera el orgullo del opresor: metíase en una intriga apenas salia de otra; y en fin no tardó mucho en ser conocido por el glorioso renombre de Vengador de los débiles. Este papel era arriesgado, y no hay que preguntar si el pobre Ludovico tendria enemigos y encuentros peligrosos. Ademas de esta guerra exterior, se hallaba su corazon atribulado por otra interior y no menos fuerte; pues para salir airoso de los empeños, (sin contar con aquellos en que salia desairado) tenia que poner en accion muchos medios, que, aunque empleados con fin laudable, no podia menos su conciencia de desaprobar altamente. Estaba en la precision de ir siempre rodeado de valentones, y tanto por su propia seguridad cuanto por tener mas pronto el auxilio en los casos urgentes, le era indispensable escogerlos entre los mas atrevidos, y mas capaces de hacer frente á los que formaban la comparsa de sus rivales, por lo cual tenia que vivir entre pícaros, por amar de-

masiado la justicia. Mas de una vez, ó desmayado despues de haber salido mal de un empeño, ó inquieto por algun peligro, ó en fin disgustado por las malas compañías que llevaba consigo, le habia ocurrido la idea de abandonar el mundo y tomar el hábito; pero esta, que por entonces pudo parecer una idea momentánea, fue despues una resolucion tan séria como afortunada, de resultas de un suceso el mas terrible que le habia acaecido.

Paseábase cierto dia por una calle, acompañado de dos guapetones y de un tal Cristobal, antiguo dependiente de la casa de su padre, á quien este cuando quitó la tienda ascendió á mayordomo: hombre muy afecto á Ludovico, pues le habia visto nacer, y que parte con su sueldo, y con la liberalidad de su señorito, mantenia una esposa y ocho hijos. Por una desgraciada casualidad venia por el frente uno de aquellos caballeros de linage, el hombre mas orgulloso y menospreciador de cuantos podian hallarse, y

aunque jamás los dos se habian hablado, él como por instinto aborrecia á Ludovico, y este le pagaba aun con ventaja su odio. Este señoron pues venia derecho á encontrar á Ludovico, con la cabeza erguida, el paso lento, y el rostro y la boca amenazando el desprecio. Los dos iban por una acera, y ya se deja conocer que el choque sería sobre quien habia de cederla al otro, pues aunque Ludovico llevaba la derecha, cosa que segun la opinion general le daba la preferencia, ni la arrogancia del otro respetaba esta ley, ni Ludovico pensaba que debia ceder de su fuero en favor del orgullo. Asi los dos se quedaron parados junto á la pared, como dos figuras de bajo relieve, el mayordomo y los dos valientes á las espaldas de Ludovico, y los cuatro que formaban la escolta del otro se colocaron detras de su padrino, todos empuñando sus dagas y aguardando la señal de la batalla. Las gentes que se hallaban en la calle suspendieron su marcha, y colocándose á la debida distancia, se constituyeron es-

pectadores de la lucha que amenazaba.
El caballero despues de un corto silencio dijo con tono imperioso: retírate y dejame el paso. — Retírate tú, contestó Ludovico, pues la acera es mia. — Con tus iguales siempre es mia. — Eso fuera bueno si la arrogancia de tus iguales fuese una ley para nosotros. — Salte al arroyo, vil mecánico, ó te enseñaré de una vez las atenciones que debes á un caballero. — Mientes en decir que yo soy vil. — Tú mientes en decir que yo he mentido, y si fueses caballero como yo, te haria ver con la espada y con la capa que tú eres el embustero. — Bonito pretesto es ese para dispensarse de sostener con las armas la insolencia de las palabras. — Echad al arroyo á ese insolente, dijo el caballero á los de su escolta. — Veamos si se atreven, contestó prontamente Ludovico, dando un paso atrás y sacando la espada. — Temerario, gritó el otro desenvainando la suya: yo tiraré y romperé la mia luego que la vea manchada con tu vil sangre.

A estas palabras avanzaron uno contra otro, haciendo lo mismo las dos escoltas; pero el combate era desigual, no solo por el número, sino porque Ludovico atendia mas que á matar á su enemigo, á defenderse y desarmarle, cuando el otro por el contrario, queria matarle de cualquier modo. Ludovico habia ya recibido en un brazo una puñalada de mano de un valenton, y otra herida, aunque ligera, en tanto que el caballero se dirigia derecho contra él para quitarle la vida de un solo golpe. El buen mayordomo viendo en el mayor peligro á su amo, se tiró al caballero con su puñal levantado, y él volviendo toda su ira contra el brazo amenazador le pasó de parte á parte con su espada. Al ver esto Ludovico no pudo contenerse, y manejó de tal modo la suya, que el matador del pobre mayordomo cayó moribundo á su lado. La escolta del difunto viendo que era inútil su auxilio volvió la espalda; los que acompañaban á Ludovico no tardaron en desaparecer, pues aun-

que vencedores no tuvieron por prudente aguardarse á recoger los laureles; por manera que en un minuto se halló Ludovico solo, con los heridos á sus pies, y cercado, aunque de lejos, por una porcion de gente.

Qué ha sucedido. — Uno hay muerto. — No, que son dos. — Jesus que boqueron tiene en el pecho. — Ay: es el ilustre caballero D.... — Dios le perdone, pero merece lo que le sucede. — Amigo, quien busca el peligro.... Caramba que ésto va á tener malas resultas. — Y el vencedor tambien está herido. — Cuanta sangre echa: pobrecito: — Infeliz de él si le pillan. — Sálvate, desgraciado. — Huye, huye, no te dejes prender, corre.

Estos y otros gritos semejantes manifestaban cuanto los espectadores se interesaban á favor de Ludovico; y no solo le animaron á la fuga sino que le auxiliaron para ella. Por una feliz casualidad no estaba muy lejos un convento de P.P. Capuchinos, asilo en aquellos tiempos impenetrable, y alli el mismo grupo que habia pre-

senciado la accion, condujo como en volandas á Ludovico, y se le entregaron á aquellos caritativos penitentes, diciendo á gritos. — Es un hombre honrado que se ha visto en la precision de defenderse. Ha dado muerte á un orgulloso que le ultrajó, que le obligó á sacar la espada. — Es digno de compasion.

Ludovico segun hemos visto no era cobarde, y aun puede añadirse que por su excesivo amor á la justicia podia pasar por temerario; sin embargo todavía no habia derramado sangre, y aunque en aquella desgraciada época el homicidio era tan comun, que se veia y se escuchaba sin extrañeza, con todo la vista de un hombre muerto por su mano, y la de otro muerto por defenderle, causaron tal impresion en su alma, que le excitaron sentimientos que aun no habia conocido. El ver caer á su enemigo, la alteracion de aquellas facciones que en un momento pasaban desde la amenaza y el furor al abatimiento y á la quietud de la muerte, fue un

espectáculo que trastornó enteramente las ideas del matador, de manera que sin saber donde le llevaban se dejó conducir al convento; entró sin advertirlo, y cuando volvió en su acuerdo, se halló en una cama de la enfermería, y en manos de un cirujano que le estaba curando las heridas. Uno de aquellos padres que inmediatamente fue á dar los socorros espirituales á los moribundos, no tardó en presentarse junto á la cama, y llegándose á Ludovico le dijo: consolaos: al fin ha muerto como cristiano, y me ha encargado os diga que le perdoneis, pues él por su parte os perdona.

" Estas palabras acabaron de despertar, por decirlo asi, á Ludovico, y le hicieron ver con mas viveza y distincion los pensamientos que estaban como embrollados y confusos en su agitada mente. El dolor de haber perdido un antiguo y fiel criado, el remordimiento de haber quitado á un hombre la vida, y la compasion de la desgracia que habia tenido, todo se le puso presente con la mayor viveza.

— ¿Y el otro? preguntó al Padre. — El otro, contestó el religioso, era ya cadáver cuando llegué.

Entre tanto el convento estaba cercado no solo de la justicia, sino de la familia del difunto. Un hermano de este, dos primos, y un tio anciano, se presentaron armados de pies á cabeza, y con su correspondiente comitiva de guapetones se pusieron á rondar, sin descuidarse de manifestar con sus gestos y amenazas el furor que los animaba. Ludovico, apenas pudo coordinar sus ideas, llamó á un religioso y le suplicó que buscando la viuda de su mayordomo la hiciese presente cuanto deseaba que le perdonase el haber sido causa, aunque involuntaria, de aquel suceso, y que para resarcir en lo posible la pérdida de un esposo, él se encargaba de la manutencion de su desamparada familia. Reflexionando en seguida el suceso presente, y todos los pasos de su vida, sintió renacer, pero con la mayor viveza y seriedad, sus antiguas ideas de tomar el hábito, separándose totalmente del mundo. Pa-

recíale que la divina Providencia le habia llevado como por la mano á que cumpliese aquellos deseos tan justos que en otro tiempo habia mirado con indiferencia. Tomada esta resolucion, pidió que viniese el padre Guardian, le hizo presente su solicitud, y recibió por respuesta, que era prudente desconfiar de estas resoluciones tomadas de pronto, y en circunstancias tan críticas; pero que si con el tiempo, ya mas tranquilo, insistía en ello, sería muy posible que lo consiguiese. Sosegado en parte con esta esperanza, hizo venir un escribano, cedió á favor de la viuda é hijos de su mayordomo todos los bienes que aun le quedaban, que eran todavía muy considerables, y con esta accion benéfica sintió algun alivio aquella alma siempre inclinada á la virtud.

Consideradas bien todas las circunstancias, é insistiendo el pretendiente en sus deseos, quiso el padre Guardian obtener para ello la licencia de la familia ofendida, y se dirigió al hermano del difunto; quien despues

de exhalar su furor en amenazas y baladronadas, al fin dió su consentimiento, con la condicion de que el nuevo Capuchino habia de salir inmediatamente de aquella ciudad.

De este modo contenta la familia agraviada, que se hallaba en un empeño y salia de él muy airosa: contentos los religiosos, que sin granjearse ningun enemigo salvaban del peligro á quien se habia acogido al convento: contentos los doctores en legislacion caballeresca, que veian terminado fácilmente un lance que en lo regular debia tener largas y no agradables resultas: contento el pueblo, que veia libre de un gran compromiso á un hombre bien querido de todos; y en fin contento mas que todos nuestro Ludovico, que en medio de su dolor veia con gusto la perspectiva de una carrera santa y penitente, donde ya que no pudiese olvidar del todo aquel homicidio, podia al menos embotar las espinas de los remordimientos, se arregló el dia para tomar el hábito con todas veras deseado. La reflexion de

que este paso tenia apariencias de cobardía le mortificó por un momento; pero se tranquilizó bien pronto considerando que este mismo juicio infundado sería pára él un castigo, y un nuevo medio de espiacion. En suma al cumplir la edad de treinta años, vistió el humilde sayal franciscano, y debiendo segun la costumbre mudar de nombre, tomó el de fray Cristobal, con la intencion de que el mismo nombre fuese un constante aviso que no le permitiese olvidar la desgracia de su mayordomo.

El padre Guardian, terminada la ceremonia de la toma de hábito, le intimó que inmediatamente habia de marchar á hacer su noviciado á un pueblo distante sesenta millas. El novicio se inclinó profundamente diciendo: permitidme, Padre, que antes de salir de esta ciudad donde he derramado la sangre de un hombre, y donde dejo una familia sumamente agraviada, manifieste mi pena por no poder resarcir el daño, pidiendo perdon al hermano del difunto, y bor-

rando, si Dios es servido, el rencor de su alma.

Considerando el Guardian que este paso, ademas de ser bueno por sí mismo, serviria para que enteramente quedase reconciliada con el convento la familia ofendida, marchó inmediatamente á pedir el permiso á aquel caballero, quien despues de haber desahogado su enojo con vanas amenazas, obligado de la paciencia y modestia del embajador, contestó desdeñosamente.... *bueno: le recibiré: que venga mañana á tal hora.*

Cada hombre ve las cosas á su modo, y asi no es extraño que donde el virtuoso Guardian, y el penitente novicio veian un acto de virtud y humildad loable, viese el orgulloso caballero un paso que daba mayor esplendor á su familia, y á su vanidad mas fomento. Se dió á pensar que cuanto mas solemne y fastuosa fuese esta ceremonia, tanto mas crédito adquiriria entre toda la parentela y entre el público, y sería (para usar una frase de elegancia moderna) una bella

página de la historia de su casa. Con esta idea convidó á todos sus parientes, citándolos á determinada hora, para que presenciasen la satisfaccion que redundaba en honor de la familia; por manera que llegada la hora estaba brillantísimo el palacio, llena la sala de trages lucidísimos, las antesalas de pajes y criados, y el portal y cercanías era un hormiguero de valentones y de curiosos. Fray Cristobal vió desde lejos aquel aparato, adivinó el motivo, y aunque se conmovió un poco, venció su virtud, y dijo: asi debe ser: yo le dí muerte en público: en presencia de tantos enemigos suyos; aquel fue un escándalo público: ahora debe ser pública la reparacion.

Con esta resolucion, clavados los ojos en tierra, y acompañado de otro religioso, atravesó nuestro novicio el portal, y subió la escalera entre una infinidad de espectadores, que sin ceremonia le miraban de hito en hito. Llegó á la sala, donde estaba toda la parentela formada en dos filas, y en

medio el hermano del difunto en pie, con la mano izquierda en el pomo de la espada, y la derecha agarrando una punta del ferreruelo. Su aire era imponente, y se veia en él todo el orgullo de su familia. Fray Cristobal con rostro sereno y humilde pasó por medio sin mirar á nadie, y su modestia no solo cautivó los corazones de todos, sino que no hubo uno que no conviniese en que habia sin duda tomado aquel Santo hábito por un motivo mas noble que el miedo de ser el blanco de la familia ofendida.

Apretó el paso luego que llegó cerca del primer personage de la escena, y puesto de rodillas delante de él, dijo con voz firme: Yo soy el homicida de vuestro hermano. Dios sabe que á costa de mi sangre quisiera volverle la vida; pero no pudiendo ofreceros sino tardías é ineficaces disculpas, os suplico que las acepteis en el nombre de Dios. Todos estaban inmóviles mirando al novicio, y al personage á quien hablaba: todos en el mas profundo silencio aguardaban cual sería la res-

puesta. El caballero que estaba con cierto ademan de desdeño y de ira comprimida, quedó como atónito al oir las claras y afectuosas palabras del ofensor: é inclinándose un poco hácia él le dijo con voz alterada: Alzad.... la ofensa.... el hecho verdaderamente.... pero el respetable hábito que vestís.... no solo por esto, sino tambien por vos mismo.... alzaos, Padre.... sí: alzaos.... Mi hermano.... no lo puedo negar, era un caballero, era un hombre algo precipitado.... algo violento de genio.... en fin todo sucede por disposicion de Dios ... no se hable mas de el asunto.... pero Padre, ¿aun estais en esa postura?.... eso no es regular.... y cogiéndole por los brazos le levantó. Fray Cristobal quedó en pie, mas prosiguió con los brazos cruzados sobre el pecho, y dijo sin levantar la cabeza: ¿Con que podré esperar que me concedereis el perdon? Y si le obtengo de vos, ¿de quién no deberé esperarlo? ¡Ah! ¡Si yo pudiese oir la palabra perdon, pronunciada por vuestra boca!

- Perdon, respondió el caballero, no

le necesitais; pero en fin pues lo deseais, ciertamente yo os perdono de corazon, y todos.... — Todos, todos gritaron á una voz cuantos estaban presentes, á cuyo acento el rostro de fray Cristobal se animó con cierta alegría, aunque sin que por ella se dejase de conocer una humilde y profunda tristeza por el mal que habia causado, y que no bastaba á reparar el perdon de los hombres. El caballero vencido de aquel aspecto, y trasportado al notar la conmocion general le echó los brazos al cuello, y le dió y recibió el ósculo de paz.

Un viva general resonó por toda la sala: cada cual se apresuró á cumplimentar al Capuchino, y la escena cambió enteramente. A poco rato entraron los criados para servir una especie de almuerzo. El caballero quiso que fray Cristobal se sentase á su lado, y viendo que modestamente se excusaba, le dijo con el mayor afecto, Padre: tomad alguna friolera: dadme esta prueba de amistad, y acabó de hablar presentándole algunos dulces: Estos

manjares delicados, dijo fray Cristobal, no me pertenecen; pero no quiera Dios que yo rehuse vuestros obsequios; y asi, pues ahora mismo voy á ponerme en camino, dignaos mandar que me den un pan, á fin de que yo pueda decir que he disfrutado de su caridad, que he comido su pan; y que llevo una señal de su perdon. El caballero enternecido con esta súplica tan humilde como inesperada, mandó que asi se hiciese, y á poco rato se presentó en el salon un mayordomo vestido de gala con un pan en una riquísima bandeja. Tomóle fray Cristobal, dió las gracias, y pidió licencia para retirarse, como lo hizo, abrazándole antes el dueño de la casa, y todos sus parientes, no siendo menores los obsequios de todos los que habia á la entrada, pues uno le besaba la punta del manto, otros el cordon seráfico; por manera que salió á la calle llevado como en triunfo, y acompañado por un grupo de admiradores hasta la puerta de la ciudad, desde la cual empezó su camino, dirigiéndose al con-

vento donde debia pasar su noviciado.

El hermano del difunto, y toda la parentela que se habian preparado para disfrutar aquel dia el triste placer del orgullo, vieron trastornados sus planes por la humildad del Capuchino, y en vez de hablar de satisfacciones ruidosas y humillantes, de represalias, de venganzas, &c., no supieron tratar sino de la dulce tranquilidad del novicio, y del placer de la reconciliacion. Aun dice la historia que muchos de aquellos sugetos se portaron en adelante con mas circunspeccion y mas prudencia. Tal es el imperio de la virtud, por mas que el hombre malvado se niegue á conocerle.

Caminaba entre tanto el nuevo Capuchino con un consuelo interior cual jamás habia experimentado; especialmente desde aquel dia terrible, á cuya expiacion debia consagrar la vida entera. Se detuvo á comer en casa de un bienhechor de la órden, y gustó con indecible complacencia el pan del perdon, guardándose lo que le sobró, á fin de conservar un eterno recuer-

do de todo lo sucedido. No es del caso referir la vida claustral ni la exactitud con que se aplicó á cumplir todos los deberes de su estado; baste decir que fue un modelo de religiosidad, y se granjeó el aprecio de todos. Si una persona, aunque le fuese desconocida, hubiera implorado su proteccion, es indudable que la hubiese encontrado; y con mucha mas razon tratándose de Lucía, cuyo candor é inocencia merecian el mayor aprecio. Asi temia tanto mas el peligro á que se hallaba expuesta cuanto mas conocia su docilidad y sencillo carácter, por cuyas circunstancias no extrañará el lector que al primer aviso de su riesgo, se apresurase á socorrerla.

Pero mientras hemos contado su historia, él hizo el corto viage desde su convento á la casa: llamó á la puerta, y Lucía y su madre tirando la una la rueca, y la otra la aspa, gritaron: ¡Fray Cristobal! Bendito sea Dios.

CAPITULO V.

Apenas entró en la sala, cuando mirando á Lucía la dijo con el tono con que se pregunta una cosa cuya respuesta debe ser poco agradable. — Y bien ¿qué ha sucedido? Lucía solo respondió llorando, y su madre comenzaba á pedirle mil perdones por haberse atrevido á incomodarle, cuando él cortó la conversacion, sentándose en un banquillo de tres pies, y exigiendo que con claridad y sin rodeos le informasen de todo. Agnes se puso á referirle la triste historia del mejor modo que supo, y mientras la narracion él no hacía mas que alzar los ojos al cielo, ponerse unas veces pálido, otras veces colorado, hasta que viéndola ya terminada se cubrió el rostro con las dos manos, y exclamó: ¡Dios mio! Hasta cuando.... Hasta cuando.... y sin concluir la frase dirigió la palabra á las desconsoladas mugeres, y las dijo: infelices.... Dios os ha visitado: ¡pobre Lucía!

¿No nos abandonareis, Padre, dijo suspirando Lucía? — ¡Yo abandonaros, hija mia! contestó él.... ¡Yo abandonaros en tal estado! vamos, no te aflijas, y espera en Dios. Su Divina Magestad lo ve todo, y nos abrirá camino. Dios puede servirse hasta de un gusano como yo, para salvaros y confundir á un.... Vaya, pensemos lo que se debe hacer.

Dicho esto apoyó su frente en la mano derecha, teniendo el codo sostenido en la rodilla, y se puso la izquierda en la barba, como si quisiese tener sujetas y unidas todas las potencias del alma; pero la mas atenta consideracion no servia sino para hacerle descubrir con mayor claridad cuan urgente é intrincado era el caso, y cuan espinosos é inciertos eran los recursos. Afear á D. Abundio su timidez, y hacerle conocer cuan feo era que faltase á sus deberes, esto era muy bueno; pero la vergüenza y los deberes eran de poca importancia para un hombre tan tímido como él, cuando le habian amenazado con un pistoletazo. Informar de

todo al Cardenal Arzobispo é implorar su autoridad, requeria tiempo; ¿y entre tanto? ¿y aun despues? Aunque aquella infeliz inocente lograse casarse, sería la santidad del matrimonio un freno para aquel malvado?.... ¿Quién sabe hasta que extremo podia llevar su venganza? ¿Oponerle una abierta y vigorosa resistencia? ¿Y cómo?.... En fin despues de mucho cabilar, contrapesado el pro y el contra de todo, le pareció lo mas seguro hablar al mismo D. Rodrigo; procurar distraerle de su infame proyecto, ya fuese con ruegos, ya con el terror de las penas eternas, y aun con las de esta vida si fuese posible. Si todo esto era inútil, á lo menos podia llegar á conocer hasta qué punto estaba obstinado en su empeño, descubrir algo mas el terreno, y adquirir nuevas ideas para frustrar las suyas.

Mientras esto meditaba fray Cristobal, llegó á la casa el desconsolado Lorenzo, quien por las razones que cualquiera puede adivinar, no acertaba á separarse de aquellas cercanías. Entró

en la sala, pero viendo al Padre absorto en sus reflexiones, y á las dos mugeres que por señas le decian que no le distrajese, quedó como una estátua junto á la puerta. Fray Cristobal queriendo comunicar á las interesadas su resolucion, alzó la cabeza, y viendo á Lorenzo le saludó de un modo que manifestaba su cordialidad y compasion. — Sabe ya V. P. lo que nos pasa, le dijo Lorenzo con voz interrumpida por los suspiros. — Demasiado lo sé, hijo mio, y por eso he venido. — ¿Y qué dice V. P. de aquel infame? — ¿Que quieres que diga de él? Está muy lejos, y no puede oirme.... Lo que te digo á tí, Lorenzo mio, es que confies en Dios, y su Divina Magestad no te abandonará. — Benditas sean esas palabras, exclamó el jóven: que poco se parecen á las de otros.... — No recuerdes lo que no puede servir sino para atormentarte inútilmente.

Yo soy un pobre fraile; pero te repito lo que he dicho á estas señoras; con lo poquísimo que valgo no te abandonaré. — ¡Ah! no sois como los

amigos del mundo. ¡Inconsecuentes! ¿Quién hubiera creido las protestas que muchos me hacian en otro tiempo? Estaban prontos á derramar por mí hasta la última gota de sangre: me hubieran defendido contra el mismo diablo. Si yo hubiese tenido un enemigo, bastaba nombrarle, y me decian que no volveria á comer pan; y ahora, si viéseis como todos se han retirado.... A este punto miró casualmente á fray Cristobal, y vió su rostro encendido, por lo cual pensando que habia dicho cosa que le desagradase quiso enmendarlo, pero no sabia como. — Yo queria decir.... ya veis, yo no entiendo nada.... mi intencion era....

¿Y qué querias decir? ¿Vamos,... qué? ¿Ibas á cortar enteramente mis proyectos antes de que los pusiese en planta? Felíz eres en quedar desengañado á tiempo. ¿Cómo? tú andabas buscando amigos.... ¡y qué amigos!.... gente que no te hubieran podido ayudar aun queriendo, y te olvidabas de aquel que quiere y puede dar el auxilio verdadero. ¿No sabes que Dios es el ami-

go de los atribulados que confian en su bondad ? A esta palabra le asió fuertemente del brazo; su aspecto, sin perder nada de su autoridad, expresaba una compuncion solemne; sus ojos bajos, y toda su actitud era respetable: Lorenzo, le dijo, quieres confiar en mí.... que digo en mí, hombre débil: ¿quieres confiar en Dios? — Oh, sí, contestó Lorenzo: ese es el Señor de los señores. — Pues bien: prométeme que no te expondrás á nada: que no provocarás la ira de nadie, y que te dejarás guiar por mí. — Lo prometo de veras. Al oir esta palabra suspiró Lucía como si se hubiese quitado un gran peso de su corazon, y Agnes le dijo: viva un jóven de juicio.

Escuchad, hijos mios, continuó fray Cristobal: yo voy hoy mismo á hablar á ese hombre: si Dios le toca en el corazon, y da fuerza á mis palabras, todo irá bien: sino su Magestad nos inspirará otro medio: Entre tanto estaos quietos y retirados: excusad las conversaciones y bachillerías. Esta tarde, ó mañana á mas tardar, si Dios quie-

re, volveré á veros. Dicho esto tomó la puerta sin querer oir las bendiciones y gracias que le daba la afligida familia. Marchó á su convento, y por la arde se dirigió á la cueva de la fiera que pensaba amansar con sus palabras.

El Palacio de D. Rodrigo era una verdadera casa fuerte, colocada en una colina, y llena de armas, y gente acostumbrada á ellas que mantenia para su resguardo. Cuando llegó á ella fray Cristobal estaban las puertas cerradas; señal cierta de que el amo de casa estaba en la mesa, y no queria que le incomodasen: reinaba en toda ella un profundo silencio, de modo que si un viagero hubiera pasado por alli, creeria que estaba desalquilada, á no ser por la presencia de dos guapetones que estaban como de centinela. Observando todo esto fray Cristobal se paró, resuelto á esperar que alguien saliese, cuando reparando en el uno de los valientes le gritó; Padre, lléguese: aqui no hacemos aguardar á los capuchinos, pues somos amigos del

convento: y yo estuve dentro de él en cierta ocasion, en que me hubiera sabido muy mal hallar cerrada su puerta. Acabando de decir esto dió dos golpes con el aldabon, á que contestaron mas de seis perros, y poco despues abrió la puerta un criado anciano que saludó á fray Cristobal, y le convidó á que le siguiese, mirándole con toda atencion y sorpresa, hasta que al fin le dijo: ¿no sois fray Cristobal de Parasenico? — El mismo soy. — ¿Jesus, vos aqui? — Ha sido preciso.... — Ya, ya: vendreis para hacer algun bien.... Algun bien repitió como entre dientes y sin pararse.... ¡Ay! no en todas partes se puede hacer algun bien. — Le hizo atravesar algunos salones oscuros, y en fin llegó á la puerta de la sala del convite. Oíase dentro un confuso ruido de tenedores, cuchillos, platos de plata, y sobre todo de voces discordes que hablando á un tiempo queria cada una sobresalir á las otras. El Capuchino queria retirarse, y estaba porfiando en la puerta con el criado, cuando un cierto Conde, que esta-

ba sentado enfrente de la puerta (era primo de D. Rodrigo; y ya hemos hecho mencion de él sin nombrarle) viendo una capucha y un cerquillo gritó: eh, eh: no se escape, Padre reverendo, adelante, adelante. D. Rodrigo sin adivinar precisamente el motivo de aquella visita, por no sé que presentimiento confuso, no le hubiera hecho semejante instancia; pero como Atilio le habia llamado con tal estrépito, gritó igualmente: venga acá el Padre, venga. En efecto este entró haciendo una profunda cortesía al amo de casa, y correspondiendo con ambas manos al saludo de los concurrentes. Eran estos el Conde Atilio, primo de D. Rodrigo, y su compañero en aventuras y picardías que desde Milan habia venido á respirar por algunos dias el aire del campo. A la izquierda de D. Rodrigo estaba el Podestá (Magistrado) el mismo que si se hubiera apelado á los tribunales, debia hacer justicia á Lorenzo, y aplicar al otro la pena de las leyes: junto á este Magistrado, y

con la actitud mas respetuosa, estaba nuestro Doctor Azzecca-garbugli, con su capa negra, y la nariz mas reluciente que lo acostumbrado; y mas allá estaban dos convidados oscuros: de quienes la historia solo dice que no hacian mas que comer, inclinar la cabeza de cuando en cuando, y sonreirse para aprobar cuanto decia algun comensal antes que otro le contradijese.

Sentóse fray Cristobal en una silla que le presentó un criado, y dirigiendo la palabra á D. Rodrigo le pidió perdon por haber venido á incomodarle en una hora tal vez inoportuna, y bajando la voz le insinuó que desearia hablarle á solas. — Bueno, bueno: ya hablaremos, respondió este, y entre tanto que traigan de beber al Padre. Queria este excusarse; pero Don Rodrigo alzando la voz, dijo: no por Baco: no se me hará tal desaire; ni se dirá que un Capuchino ha salido de esta casa sin haber probado mi vino, ni un acreedor insolente sin haber experimentado lo que pesa la le-

ña de mis bosques. Una carcajada general resonó aprobando esta discreta salida; presentóse un criado con un vaso y un gran bizcocho, que tuvo que aceptar fray Cristobal por no desagradar al mismo á quien deseaba hallar propicio.

Pues si señor, señor Podestá ilustrísimo, dijo el Conde renovando la conversacion interrumpida: la autoridad del Tasso no sirve para su defensa, pues aquel hombre erudito mas bien habla en contra, supuesto que siendo un literato tan grande, y que sabia de pe á pa todas las reglas de la caballería, hizo que el comisionado de Argante, antes de presentar el papel del desafio á los caballeros cristianos, pidiese licencia al pio Buglion....

Pero señor Conde, replicó el Podestá, ese es un adorno, un mero adorno poético, porque el mensagero por su misma naturaleza es inviolable, por derecho de gentes *jure gentium*; y por abreviar recordaré el proverbio antiguo: *el embajador no lleva pena*: y los proverbios, señor Conde, son el

compendio de la sabiduría del género humano. Ademas no habiendo hablado palabra el mensagero sino presentando el papel.... — ¿Pero cuando queria conocer el señor Podestá que el embajador era un asno, un temerario, que no sabia donde tenia su mano derecha?

Con licencia de V. SS., interrumpió D. Rodrigo, remitamos la cuestion al Padre Cristobal, y conformémonos con su sentencia.

Perfectamente, dijo el Conde, á quien parecia cosa divertida hacer que un Capuchino fuese juez de una cuestion de caballería.

Segun he podido comprender, dijo el Padre, no me parece que se trata de materia que esté á mis alcances.

Excusas de tabla, contestó D. Rodrigo: ¿Pues qué no sabemos que el Padre no vino al mundo con la capucha en la cabeza, y que el mundo le ha conocido en otro tiempo? Vaya, vaya: la cuestion es esta.

El hecho es.... comenzó á gritar el Conde: — Dejadme hablar á mí que

soy neutral, dijo D. Rodrigo. Esta es la historia. Un caballero español envia un billete de desafio á un caballero milanés. El criado no encontrando en casa al desafiado, entregó el billete á un hermano, el cual enterado de su contenido hizo aplicar unos buenos palos al mensajero.

Buenos palos, y palos bien dados, gritó el Conde. Fue una verdadera inspiracion.

Inspiracion del demonio, replicó el Podestá. Apalear á un embajador: persona sagrada. Ahora nos dirá el Padre si esta fue accion de un caballero.

Sí señor, fue accion de caballero, dijo el Conde; y creedme, pues debo entender algo de estos negocios. Si hubiesen sido bofetones, era otra cosa; pero el palo no empuerca las manos á nadie. Lo que no puedo entender es por qué os causan tal compasion las espaldas de aquel villano.

¿Quién ha hablado de espaldas, señor Conde de mi alma? Me hareis decir despropósitos que jamás me han ocurrido. He hablado de la represen-

tacion de la persona, mas no de sus espaldas: y en fin yo hablo segun las leyes de la caballería. Díganme por favor el señor Conde, si los Feciales, que los antiguos romanos enviaban á intimar la guerra á las naciones, pedian licencia á alguien antes de exponer su embajada. A que no se me cita ni un solo escritor que cuente que un embajador fue apaleado.—¿Qué tienen que ver con esto los ministros y embajadores de los antiguos romanos? Aquella gente andaba á la pata la llana, sin entender una palabra de estas cosas. Segun las leyes de la caballería moderna, que es la verdadera, digo y sostengo, que un comisionado que se atreve á poner en mano de un caballero un billete semejante sin pedir antes licencia, es un temerario, violable, violabilísimo, apaleable, y apaleabilísimo. — Responda por favor el señor Conde á este silogismo. — Nada: nada: nada. — Pero escuchad, escuchad, escuchad. Herir á un hombre desarmado es un acto proditorio; pero es asi que el men-

sagero de que se trata estaba desarmado, Ergo.... — Poco á poco, señor Podestá.—Como poco á poco. — Poco á poco digo: ¿Con que cuentos se viene ahora? Acto proditorio es herir con la espada por la espalda, ó á escondidas &c., ó tirarle un balazo detras de una esquina, y aun asi pueden darse ciertas circunstancias.... pero atengámonos á la cuestion. Concedo que lo dicho pueda llamarse acto proditorio; ¡pero aplicar cuatro palos á un villano! sería muy bueno que hubiese que decirle: defiéndete que te voy á dar un palo, como si se dijese á un caballero, saca esa espada. Y vos, señor Doctor reverendo, en lugar de hacerme gestos para manifestar que es de mi opinion, por qué no me sostiene con sus buenas razones, para ayudarme á hacer conocer la verdad á este Señor.

Yo.... respondió con timidez el Doctor: yo por mi parte estoy disfrutando esta docta disputa, y doy mil gracias á la casualidad que ha producido una guerra de ingenio tan graciosa

Ademas á mí no me compete sentenciar esta causa, pues su Señoría Ilustrísima ha delegado ya un juez, que es el Padre.

Es verdad, dijo D. Rodrigo; ¿pero cómo ha de hablar el juez si los litigantes no callan? Enmudezco, dijo el Conde; y el Podestá manifestó lo mismo con un gesto.

Ya estamos en el caso de que hableis, dijo D. Rodrigo á fray Cristobal. Ya me excusé con decir que es una cuestion de que nada entiendo.

Vanas excusas, dijeron á un tiempo los dos primos. Queremos oir la sentencia.

Puesto que es asi, respondió el Padre, mi opinion sería que no hubiese desafios ni comisionados para tales encargos, ni palizas.... Al oir esto los comensales se miraron unos á otros con la mayor sorpresa.

Esta sí que es gorda, exclamó el Conde: Perdóneme el Padre, pero se conoce que no sabe de mundo. — ¿No sabe de mundo? dijo D. Rodrigo: ¿no es verdad, Padre, que en otro tiempo

ha corrido tambien sus caravanas?

En vez de responder fray Cristobal, hizo un pequeño soliloquio diciéndose á sí mismo. Esto va dirigido á tí; pero acuérdate que no has venido á esta casa por tí, y que todo lo que te toca á tí solo no entra para nada en el cuento.

Será asi, respondió el primo; pero el Padre.... el Padre.... ¿Cómo se llama el Padre? — Fray Cristobal, respondió uno. — Bueno: el Padre fray Cristobal, respetabilisimo dueño mio, puede ir á gobernar con sus máximas otro mundo. Con que no haya desafios ¡he! con que no haya palizas.... Entonces á Dios el punto de honor; impunidad absoluta para todos los villanos y descamisados, y.... Por fortuna el supuesto es imposible.

Ea, señor Doctor, gritó D. Rodrigo que deseaba prolongar la disputa, ya que sois un hombre capaz de dar razon de todo, veamos como os componeis para darla de lo que ha dicho fray Cristobal.

A la verdad, contestó el Doctor

enarbolando su tenedor, y volviéndose hácia el Capuchino: á la verdad no puedo comprender como el padre fray Cristobal que es á un mismo tiempo un perfecto religioso, y un gran conocedor del mundo, no ha pensado que su opinion, excelente, bellísima, y de mucho peso en el púlpito, no vale nada, hablando con el debido respeto; no vale nada respecto en una disputa caballeresca. Pero el Padre sabe mejor que yo que cada cosa es buena á su tiempo, y ahora habrá querido zafarse ingeniosamente para evitar el empeño de pronunciar una sentencia definitiva. ¿Qué se podia responder á unos razonamientos deducidos de una sabiduría tan antigua, y siempre nueva? Nada sin duda, y esto es lo que ha hecho nuestro Padre.

A esto D. Rodrigo para cortar esta disputa propuso otra diciendo: he oido que en Milan corren voces sobre ciertos convenios amistosos que pondrán fin á esta guerra. — No estoy lejos de creerlo, contestó el Conde; y en seguida la cuestion del escudero apaleado cesó

para hablar de política, sobre los disturbios que habia ocasionado la sucesion al ducado de Mántua á la muerte de Vicente Gonzaga. Luis, Rey de Francia, y su Ministro el Cardenal de Richelieu querian sostener al Duque de Nevers, que habia entrado en posesion, y Felipe IV con su ministro el Conde de Olivares, comunmente llamado el Conde-Duque, se oponian. Cada comensal habló lo que quiso, y en particular el Podestá se esplayó en elogios del citado Conde-Duque, y tal vez hubiera sido interminable el elogio si D. Rodrigo no le hubiera hecho hacer punto, mandando á un criado que sacase un frasco de cierto vino reservado para los mayores festines. Señor Podestá y demas señores, dijo D. Rodrigo: un brindis al señor Conde-Duque, y despues me dirán si el vino es digno del personage. El Podestá correspondió con una cortesía, en que manifestaba un sentimiento de gratitud particular, porque todo lo que se hacia ó decia en honor del Conde-Duque, él lo admitia como si fue-

se hecho por sí mismo, y asi levantando el vaso gritó: viva largos años Don Gaspar de Guzman, Conde de Olivares, Duque de san Lucar, ministro del Rey D. Felipe el Grande nuestro Señor. Viva, viva, respondieron todos. — Servid al Padre, dijo D. Rodrigo. — Perdonad, contestó él, ya he hecho un exceso, y no puedo.... — ¡Cómo! exclamó D. Rodrigo. Excusarse tratándose de un brindis al Conde-Duque! ¿Quiere el Padre fray Cristobal ser tenido por Navarrino?

Navarrino ó Navarrés se apellidaba entonces á los partidarios de los franceses, cuyo nombre probablemente venia desde el tiempo en que al Rey de Navarra Enrique IV se disputaba la sucesion al trono de Francia, y asi tambien los mismos contrarios le llamaban el Navarrés.

Al oir tal conjuro nuestro Capuchino tuvo que beber, al compás de los elogios que prodigaban al vino todos los comensales, excepto el Doctor, quien con levantar la cabeza, abrir mucho los ojos, y chuparse los labios,

decia mas callando que los otros hablando, hasta que preguntado por D. Rodrigo no pudo menos de responder pronunciando con énfasis cada sílaba: «Digo, profiero y sentencio que este es el Conde-Duque de los vinos: *censui, et in eam ivi sententiam*, que un licor semejante no se halla en los veinte y dos reinos del Rey N. S. que Dios guarde, y ademas declaro que la mesa del Ilustrísimo señor D. Rodrigo, supera á las cenas de Eliogábalo; y que la escasez del año está para siempre desterrada de este palacio, donde la esplendidez reina y tiene su asiento." — Bien dicho: bien definido, gritaron á una voz los comensales; pero la palabra escasez, pronunciada por casualidad, llamó la atencion de todos hácia aquel triste objeto. En el principio todos convenian en una misma cosa; pero el ruido era acaso mayor que si estuviesen discordes, pues todos gritaban á una voz: No hay tal escasez, decia uno: son los panaderos los que.... — Y los usureros que ocultan los granos.... ahorcarlos....

— Sí, sí, ahorcarlos sin compasion. —Formarles causas, gritaba el Podestá. —Qué causas, gritaba mas fuerte el Conde Atilio: justicia sumaria. Pillarme tres, cuatro, cinco, ó veinte de los que la voz pública designa como mas ricos, y mas perros, y colgarlos. — Ejemplares, ejemplares: sin esto nada se logra. — Horcas, horcas, y saldrá el trigo hasta de las piedras.

El que pasando por una feria ha oido el estruendo que hace una porcion de malos músicos, cuando al concluir una copla cada uno esfuerza su instrumento haciéndolo sonar cuanto mas puede, á fin de que él mismo pueda oirle entre la gresca de los demas, este tal, digo, podrá formar una idea del estrépito que hacian aquellas voces sonando todas á un tiempo. Entre tanto iban y venian los vasos de aquel delicado vino, y sus alabanzas andaban mezcladas con las sentencias de jurisprudencia económica, y asi las palabras que se oian con mas frecuencia y claridad eran horca, y ambrosía.

D. Rodrigo miraba de cuando en

cuando al Capuchino, y le veia esperar sin dar la menor señal de impaciencia; por lo cual conociendo que estaba resuelto á permanecer hasta que lograse el objeto de su visita, quiso salir de dudas: se levantó, todos le imitaron, y condujo consigo á otra pieza á fray Cristobal despues de haber pedido el correspondiente permiso á los convidados.

CAPITULO VI.

Y bien, Padre mio, ¿en qué puedo servirle? dijo D. Rodrigo quedándose en pie en medio de la sala, y con un aire de orgullo que parecia añadir: mira con quien hablas, y pesa bien tus palabras.

Para animar á fray Cristobal no habia medio mas seguro que hablarle con tal orgullo, y asi cuando él estaba suspenso, moviendo maquinalmente las cuerdas de su rosario, como si quisiese encontrar en alguna de ellas el exordio de su discurso, al ver la postura y tono de D. Rodrigo se le

ocurrieron mas cosas que las que hubiera querido decir. Sin embargo pensando rápidamente cuan inoportuno era irritarle, se contuvo, y respondió con la mayor humildad. Vengo á proponer á V. S. un acto de justicia, y suplicarle que haga una obra de caridad. Ciertos hombres de mala moral han tomado por escudo el respetable nombre de V. S. para intimidar á un pobre cura Párroco, impedir que cumpla su deber; y en fin para arruinar á dos inocentes. V. S. con una sola palabra puede confundir á esos malvados, tranquilizarlo todo, y aliviar á aquellos á quienes se ha causado tanto daño. Puede hacerlo V. S., y pues está en su mano.... La conciencia: el honor.— Me hablareis de mi conciencia, respondió D. Rodrigo, cuando yo tenga por conveniente pediros consejo. «En cuanto á mi honor debeis saber que yo cuido de él, yo solo, y que todo el que se atreva á querer dividir conmigo este cuidado, le miraré como un temerario que me ofende."

Bien comprendió fray Cristobal lo

que debia aguardar apenas oyó esta respuesta, mas sin embargo prosiguió en su tono humilde diciendo: — Si he dicho cosa que desagrade á V. S., ciertamente la dije sin intencion. Corríjame V. S., repréndame si no hablo como conviene; pero dígnese escucharme. Por amor de Dios; de aquel Dios en cuya presencia todos hemos de comparecer, no se obstine en negar una justicia tan fácil, y tan debida á aquellas pobres gentes. Piense V. S. que Dios oye los suspiros del que injustamente padece; y que sus clamores llegan hasta el trono del excelso. La inocencia tiene tambien mucho poder.

Padre, Padre, interrumpió bruscamente D. Rodrigo: el respeto que tengo á su hábito es ciertamente muy grande; pero si algo pudiera hacérmele olvidar, sería el ver que le viste uno que se atreve á venir á ser espía de mi conducta en mi propia casa.

Esta palabra tan inesperada encendió el rostro de fray Cristobal; pero conteniendo su justo resentimiento contestó: Es imposible que V. S. crea

que tal título me convenga, y en su corazon no puede menos de conocer que el papel que aqui estoy haciendo no tiene nada de vil ni de despreciable. Escuchadme, señor D. Rodrigo, y quiera Dios que no venga un dia en que os arrepintais de no haberme escuchado. El Omnipotente que.... — El P. Fr. Cristobal debe saber (interrumpió segunda vez D. Rodrigo) que cuando me ocurre la idea de oir un sermon, sé muy bien ir á la Iglesia como van todos; pero predicarme en mi casa. — ¡Oh! (continuó con una fingida sonrisa) esto es elevarme á una clase muy superior á la mia. Solo los monarcas tienen los predicadores en sus casas. — El mismo Dios (contestó fray Cristobal) que pide cuenta á los príncipes de los sermones que oyen en sus palacios, este mismo Señor os muestra ahora su misericordia enviando á un ministro suyo, indigno y miserable, pero al fin ministro suyo, para suplicarle á favor de una inocente. — En suma, Padre, dijo D. Rodrigo haciendo ademan de retirarse, yo no puedo entender de

qué se me habla, ni comprendo otra cosa sino que se trata de alguna muchachuela, por quien el Padre se interesa. Sea en buen hora: id á hacer esa confianza á otro cualquiera, y no vengais á importunar á un caballero.

Al moverse D. Rodrigo, nuestro Capuchino le conoció que iba á retirarse, y se le puso respetuosamente delante, levantando un poco la mano, como para detenerle y suplicarle al mismo tiempo. Me interesa, sí señor, (dijo en seguida) me interesa mucho esa jóven. Son dos almas que ambas me interesan mas que mi propia sangre. No puedo hacer por ellas otra cosa que rogar á Dios, y lo haré con todo mi corazon. Pero, Señor, no me negueis esta gracia: no querais tener llena de angustias y terrores á aquella pobre inocente. Una palabra vuestra puede hacerlo todo.

Pues bien, respondió D. Rodrigo: ya que os figurais que yo puedo hacer tanto por esa persona, y ya que tanto os interesa....

¿Y bien? respondió ansiosamente

el Padre Cristobal, aunque la postura de D. Rodrigo y lo que antes habia dicho no le permitia entregarse á esperanzas halagüeñas.

Y bien, siguió D. Rodrigo: podeis aconsejarla que venga á mi casa á ponerse bajo mi proteccion. No la faltará nada, y ninguno se atreverá á inquietarla, os lo juro por la fé de caballero.

Al oir una propuesta tan ridícula como inesperada, no es de admirar que fray Cristobal se entregase á toda la indignacion que aquel malvado le inspiraba. Desvaneciéronse todos aquellos buenos propósitos de paciencia y prudencia: el hombre viejo se halló de acuerdo con el hombre nuevo, y en aquel caso nuestro Capuchino valia ciertamente por dos hombres. ¡Vuestra proteccion! exclamó dando dos pasos atrás, afirmándose sobre el pie derecho, y señalándole con el dedo. ¡Vuestra proteccion! Está bien que hayais hablado asi, y me hayais dado semejante respuesta. Habeis colmado la medida, y ya no os temo. — ¿Qué

modo es ese de hablarme?.... — Hablo como debe hablarse á un hombre que no teme á Dios, y que por consiguiente no puede causar miedo á nadie. ¡Vuestra proteccion! Bien sabia yo que aquella inocente está bajo la proteccion del Altísimo; pero vos, vos mismo me lo haceis conocer ahora con tanta certeza, que no necesito andar con miramientos para hablar de ella: De Lucía hablo: mirad como pronuncio su nombre con la cabeza erguida, y con los ojos serenos. — ¿Cómo? ¡en mi propia casa! — Tengo compasion de vuestra casa. La maldicion del Eterno la amenaza por vuestra conducta. ¿Pues qué se os figura que el Todopoderoso tendrá respeto á cuatro paredes, ni á cuatro arboles? ¿Qué son en su presencia todas las grandezas del mundo? ¿Habeis creido que Dios no querrá, ó no podrá defender á una inocente; á una jóven virtuosa que le ama, é implora su divino auxilio? Vos por el contrario, habeis despreciado sus avisos: vos mismo habeis pronunciado vuestro jui-

cio. El corazon de Faraon estaba endurecido como el vuestro, y Dios supo humillarle. Lucía está segura de vos: os lo digo yo que soy un pobre fraile; y en cuanto á vos.... atended bien lo que os anuncio. Vendrá un dia en que....

D. Rodrigo estaba hasta entonces luchando entre la ira y la admiracion; no hallando palabras que fuesen capaces de expresar lo que sentia, pero cuando oyó empezar una prediccion, el terror de un porvenir lejano y misterioso se unió á su rabia, y levantando la voz para contener la del otro, exclamó: villano, temerario, agradece el hábito que te cubre, y que te pone á cubierto de las caricias que aqui se hacen á los que tienen tu osadía, y no saben hablar como conviene. Sal inmediatamente de mi casa, y si otra vez.... ya nos veremos.

Diciendo esto abrió de golpe la puerta opuesta á la otra por donde habia entrado, y fray Cristobal salió dejándole dar paseos por el campo de batalla.

Luego que salió á la otra pieza, y estaba ya cerrada la puerta de la anterior, observó un hombre que estaba como pegado á la pared á fin de no ser visto desde la sala donde habia sido la conferencia, y pronto conoció que era el anciano criado que habia ido á recibirle á la puerta de la calle. Servia este hombre en aquella casa hacia mas de cuarenta años, es decir, antes que D. Rodrigo naciese, en tiempo de su padre, el cual era hombre muy distinto. Su hijo aunque mudó de familia luego que entró en posesion de la herencia, conservó á este, ó porque era viejo, ó porque si bien tenia genio y costumbres diversas de las del amo, recompensaba este defecto con dos cualidades: primera un alto concepto de la dignidad de la casa, y segunda un profundo conocimiento de la etiqueta, acompañado de la noticia del orígen del ceremonial, por manera que podia pasar como por maestro de ceremonias y archivero. El pobre viejo delante de su amo jamás se hubiera atre-

vido no digo á censurar, pero ni aun á manifestar con un gesto su desaprobacion sobre las cosas que alli veia; pero ya con una exclamacion, ya con medias palabras solia desfogarse delante de sus compañeros, quienes por divertirse solian tomar de aqui ocasion para hacerle desplegar sus máximas de moral, ó para que repitiese los elogios del modo de vivir que antiguamente alli se observaba. Sus censuras no llegaban á los oidos del amo, sino acompañadas de la burla que se hacia del censor, por manera que excitaban la risa en vez de provocar su enojo.

El Padre Cristobal le miró, le saludó y siguió su camino; pero él se colocó misteriosamente á su lado, y por señas le manifestó que le siguiese á un callejon oscuro, y viéndole alli le dijo: Padre, todo lo he oido, y tengo necesidad de hablaros. — Pues bien, hablad pronto, buen hombre. — Aqui no: ay de nosotros si el amo.... pero yo podré descubrir muchas cosas, y mañana iré á buscaros al convento.

— ¿Hay acaso algun proyecto?....— Alguno hay sin duda, aunque no le he podido descubrir; pero ya estoy avisado y lo sabré todo. Dejadme hacer... Me toca vér y oir cosas.... cosas del diablo.... Estoy en una casa.... pero yo quisiera salvar mi alma. — Dios os bendiga, dijo el Padre poniéndole la mano sobre la cabeza, ínterin el buen viejo estaba inclinado en su presencia como si fuera un niño. Dios os bendiga, y os conserve en tan buenos propósitos. No dejeis de ir mañana.— Haré lo que pueda, Padre; y ahora idos, y por Dios que no se descubra.... Dicho esto salió á reconocer el campo, le halló libre, y por un postigo de la casa despidió á fray Cristobal, quien mas sereno con la promesa de este anciano, iba diciendo entre sí: este es un hilo, un hilo que la Providencia me pone en la mano para salir de este laberinto. Y dentro de aquella casa misma, y cuando yo ni remotamente pensaba en tal hallazgo. Con estas consoladoras reflexiones iba caminando, cuando alzó los ojos y vió que el sol

no distaba mucho del Ocaso; y aunque estaba cansado con lo que aquel dia habia sufrido su espíritu, aceleró el paso con la idea de ir á dar alguna noticia á la afligida familia, y llegar al convento antes de oscurecer en cumplimiento de la regla de su órden.

Mientras nuestro benéfico fray Cristobal estaba en el Palacio de D. Rodrigo habian pasado en casa de Lucía unas escenas dignas de saberse. Al salir de ella aquel religioso quedaron los tres interesados luchando entre el temor y esperanza; las dos mugeres se pusieron á continuar sus labores, Lorenzo se sentó entre ellas, todos callando, y Agnes atenta en la apariencia á hacer voltear el aspa, mas en realidad combinando un proyecto que le habia ocurrido, y cuando ya le creyó bien dispuesto, rompió el silencio diciendo.

Oid, hijos mios: si quereis tener valor y maña, y os fiais de vuestra madre (este *vuestra* hizo dar un suspiro á Lucía) yo me empeño en sacaros de este apuro, y tal vez mejor y

mas presto que fray Cristobal, aunque es un sugeto tal como todos sabemos. Lucía dejó de trabajar para mirar á su madre con unos ojos que expresaban mas admiracion que confianza en tan magnífica promesa, y Lorenzo contestó inmediatamente: ¿valor? ¿maña? Decid, decid, que es lo que se puede hacer. ¿No es verdad, prosiguió Agnes, que si estuviéseis casados tendríamos adelantado mucho camino? ¿y que dado este paso todo lo demas era ya muy fácil?

Sin duda, respondió Lorenzo. En estando casados todo el mundo es pais: y á dos pasos de aqui, en la tierra de Bergamo, es recibido con los brazos abiertos el que trabaja en seda. Bien sabeis cuantas veces mi primo Bartolomé me ha escrito que fuese allá, que haria fortuna como él la ha hecho.... Vaya: si yo he despreciado sus ofertas ha sido porque.... ya se ve: mi corazon estaba aqui. Los esposos van juntos donde quieren, fijan su residencia en cualquiera parte: se vive en santa paz, lejos de estos rivales; lejos de la

tentacion de hacer un disparate.... ¿no es verdad, Lucía?

Sí, dijo ella, ¿pero cómo se ha de lograr eso? — Ya lo he dicho, respondió Agnes: valor y maña, y la cosa es fácil. — ¡Fácil, exclamaron á un tiempo los dos! — Fácil si sabe hacerse, contestó Agnes. Escuchadme bien, que yo procuraré dárosla á entender. Yo he oido decir á gente que lo sabe, y aun yo me acuerdo de haber visto un caso de estos, que para hacer un matrimonio, aunque ciertamente es preciso que esté el señor Cura, no es necesario que él quiera, y basta con que materialmente esté delante. (*) — ¿Cómo, cómo es eso? Yo no lo entiendo, dijo Lorenzo. — Escúchame y lo entenderás, repuso Lucía: Es preciso tener dos testigos bien listos y bien conformes. Se va

(*) Los lectores que extrañen esta ridícula opinion, pueden considerar el año en que pasó este lance, y cesará su extrañeza.

en busca del Cura: el punto está en atraparlo de improviso, que no tenga tiempo de escaparse; el hombre dice, señor Cura, esta es mi muger: ella dice, señor Cura, este es mi marido: es necesario que el Cura lo oiga bien: que lo oigan igualmente los testigos: y el matrimonio es tan válido como si los hubiese casado el Papa. Luego que están dichas las palabras, el Cura puede patear, protestar, hacer lo que quiera: todo vale un comino, y ellos quedan esposos. Es posible, exclamó Lucía. — ¿Pues no? dijo Agnes. ¿Pensais que en treinta años que yo vine al mundo antes que vosotros no he visto nada? La cosa es como la he dicho: por señas que una amiga mia que queria casarse con uno contra la voluntad de sus padres, haciendo lo que he dicho logró su intento. El Cura que se maliciaba algo, estaba alerta; pero aquellos dos diablejos supieron tomarle las vueltas de modo que me le cogieron, dijeron las palabras; y fueron marido y muger; aunque la pobre tuvo muchos

motivos de arrepentirse antes de pocos dias.

A la verdad Agnes tenia razon, pues semejante abuso no carecia de ejemplos en aquella época: y muchos ignorantes tenian por válidos semejantes matrimonios clandestinos. Tales son los efectos de la ignorancia. Sin embargo no se acudia á este paso violento, sino en el último apuro, y si los Párrocos sospechaban que alguna pareja acompañada de testigos queria sorprenderlos, hacian cuanto podian para evitar esta comparecencia forzada, y buscaban todos los medios de escaparse como Proteo, de las manos de los que por fuerza querian hacerle vaticinar. — Lucía, ¿si fuese verdad? dijo Lorenzo mirándola de un modo que significaba esperanza y súplica. — Cómo si fuere verdad, replicó Agnes. ¿Con que se os figura que yo digo patrañas? Yo me afano por vosotros, y no me creeis: bueno, bueno, salid del apuro como podais; yo me lavo las manos. — Ah, no: no nos abandoneis, dijo

Lorenzo. Hablo así porque la cosa me parece demasiado lisongera. Me pongo en vuestras manos: os considero como si fuéseis mi madre de veras.

Estas palabras desvaniecieron el enfado momentáneo de Agnes, y desmintieron tambien un propósito que á la verdad no habia sido sino de palabra. — Pero, Mamá, dijo Lucía, con aquella dulzura y sumision que acostumbraba, si esa cosa es tan fácil ¿cómo no le ha ocurrido á fray Cristobal? — ¿No le ha ocurrido? contestó Agnes: ¿Y te parece que no le habrá ocurrido? pero no habrá querido proponerla. — ¿Por qué,.... preguntaron á un tiempo los dos jóvenes... ¡Por qué! Ya que quereis saberlo; los Religiosos y los Curas dicen que la cosa ciertamente no está bien hecha. — ¿Cómo puede ser que no esté bien hecha, y que quede bien hecha? preguntó Lorenzo. — Qué quieres que te responda, contestó Agnes.... pero mira, hay mil cosas que no están bien hechas, y quedan hechas. Por ejemplo, el dar un bofeton á uno no está bien

hecho, y despues de dado no hay nadie que se le quite. — Si la cosa no está bien hecha, no debe hacerse, dijo Lucía. — ¿Presumes, dijo Agnes, que yo te daria un consejo contra el temor de Dios? No, hija mia. Si fuese para casarte contra mi voluntad, ahí con un mozalvete, no digo que no; pero yo soy contenta: tu novio es un jóven honrado, y quien mueve todo esto es un bribon.... un pícaro.... — La cosa es clara como el sol, respondió Lorenzo. — Es preciso que nada sepa el Padre Cristobal, antes de que se verifique, prosiguió Agnes; pero luego que haya salido el negocio segun pensamos, ¿qué tendrá que decir el Padre? Nada: se encojerá de hombros, y dirá para sí: cáspita que han sido diestros. Lucía sin hallar qué responder á un razonamiento tan sólido, no parecia aun muy satisfecha, cuando Lorenzo lleno de alegría exclamó: supuesto que os afirmais en lo dicho, manos á la obra.

Ante todas cosas, repuso Agnes, hay que pensar en los testigos, y en el modo de coger al señor Cura, que

hace dos dias que se está zampado en casa. ¿Y cómo lograremos que se esté en ella hasta que nos convenga? Pues aunque está enfermo, ciertamente yo os aseguro que apenas os vea aparecer en està conformidad, se pondrá listo como un gato, y se escapará como el diablo huye del agua bendita.

Ya he hallado el modo: le he hallado, exclamó Lorenzo dando una palmada sobre la mesa, y á continuacion manifestó su plan, que Agnes aprobó en todas sus partes.

No nos precipitemos, dijo Lucía: la cosa no es tan segura como parece. Oigamos primero al Padre fray Cristobal.

Déjate gobernar de quien mas sabe, contestó Agnes revistiéndose de gravedad. ¿Qué necesidad tenemos de consultar á nadie? Dios dice, ayúdate y te ayudaré. Ya se lo contaremos todo al Padre cuando esté logrado.

Lucía, dijo Lorenzo, ¿quieres faltarme ahora? ¿No nos hemos portado con honradez? ¿No hemos buscado el camino derecho? ¿No debíamos ser ya

marido y muger? ¿Y el mismo señor Cura no habia ya señalado el dia? ¿Y de quién es la culpa si ahora nos obligan á ayudarnos con un poco de astucia? No: no me faltarás en la mejor ocasion: así lo espero. Voy, y muy pronto vuelvo con la respuesta. Dicho esto saludando á Lucía con ademan de suplicante, y á Agnes con cierta cara de inteligencia y misterio, salió á toda prisa.

El plan que habia combinado en su cabeza era tal que bien podia hacer honor á un letrado. Se dirigió á casa de su amigo Antonio, que no estaba de allí distante, y le halló cocineando; su madre, un hermanito, y su esposa, estaban sentados á la mesa con tres chiquillos, fija la vista en la cazuela de sopas que él hacia, y esperando el momento de trasladarla á sus hambrientos estómagos. El tamaño de la cazuela era en razon del tiempo, pero no en razon del número ni buena voluntad de los convidados, y cada uno de ellos mirando el plato comun, parecia calcular de antemano

cuanta porcion de apetito debia sobrarle. Mientras Lorenzo saludaba á toda la familia, Antonio volcó la cazuela en una fuente que estaba aparejada para recibirla. Si vmd. gusta, dijeron las mugeres á Lorenzo, y él dando las gracias añadió: he venido á decir cierta cosa á Tonio, y asi si quieres, por no incomodar á estas señoras, podemos ir á comer á la hostería inmediata, y alli hablaremos largamente. La propuesta fue para el convidado tanto mas agradable cuanto menos esperada, y las mugeres vieron con gusto que se apartase de la fuente de sopas el concurrente mas formidable.

Llegados á la hostería, tan magnífica como de aldea, y sentados en un banco solos, pues la miseria general habia desterrado completamente los parroquianos, mandando sacar aquello poco que podia pedirse, y bebido un sorbito de vino para hacer boca, dijo Lorenzo á su amigo con un aire de misterio: Si quieres hacerme un favor pequeño, yo te recompensaré con otro mas grande.

Habla pronto, respondió Antonio, mándame lo que quieras. Hoy me meteré por tí aunque sea en el fuego. — Tú estas debiendo veinte y cinco liras al señor Cura por el arrendamiento del campo que cultivaste el año pasado.

Ay Lorenzo, exclamó él, ya me has aguado la alegría del convite. A qué fin recordarme esa deuda? — Si te la recuerdo, contestó Lorenzo, es porque si quieres pienso pagarlas por tí. — ¿Con formalidad? — Con toda mi alma. (el lector debe acordarse de que Lorenzo tenia algun dinerillo). Vaya, dime si te agrada la propuesta. — ¿Cómo si me agrada? Me vuelve loco. Aunque no fuera mas que por no ver el gesto que me pone siempre que le encuentro, y no oir tantas veces, Antoñito acuérdate de mí. — Antoñito ¿cuándo saldremos de esa cuentecita? Y ademas recobraré el collar de oro de mi muger que le dí en prendas, y le venderé para comprar pan, que harta falta nos hace. — Pues si quieres servirme, las veinte y cinco liras están á tus órdenes. — ¿Necesi-

tas alguna cosa ?.... Ya me conoces. — El señor Cura anda buscando pretestos vanos para dilatar un matrimonio, y yo quiero echar por el atajo. Me dicen que es cierto que presentándose los novios con dos testigos, y diciendo, señor Cura, esta es mi muger, y ella este es mi marido, se queda el Cura con sus pretestos y nosotros casados. ¿Me has entendido? — Ya estoy: quieres que yo sea un testigo. — Eso quiero. — ¿Y pagarás por mí las veinte y cinco liras? — Al momento. — Bribon sea el que falte. — Sí bribon, y muy bribon; pero nos falta buscar otro testigo. — Ya está encontrado: mi cuñado Gervasio hará cuanto yo le diga. Tú le pagarás un trago.... — Y una comida: vendrá con nosotros, y los tres nos divertiremos. ¿Pero sabrá él hacerlo segun conviene? — Yo le instruiré. — Conque mañana. — Cuando quieras. — Al oscurecer. — Muy bien. — Pero cuidado, añadió Lorenzo poniéndose el dedo en los labios, á cuyo gesto respondió Antonio con otro que parecia decir me ofendes con el

encargo. Pero si tu muger te pregunta, como te preguntará lo que hemos hablado, qué la dirás. — La diré cualquier cosa. — Mañana quedará todo arreglado, para que se haga del mejor modo posible. — Eso es: hasta mañana.

Con esto se separaron. Antonio se encaminó á su casa inventando el modo de conservar el secreto, y contentar á su muger, que no era poco curiosa, y Lorenzo á dar cuenta de su comision.

En este intermedio Agnes estaba empeñada en convencer á su hija, que á cada argumento respondia alternativamente con una ú otra parte de su dilema. O la cosa es buena, ó es mala. Si mala no debe hacerse, si buena no debe ocultarse á fray Cristobal.

Etele aqui á Lorenzo que entra con aire de triunfo: hace su relacion y termina con un *ahn*, interjeccion milanesa que quiere decir: sépase que soy un hombre. Nadie podia pensar cosa semejante. Lucía meneaba su cabeza, y los dos enfrascados en sus pro-

yectos la dejaban como se deja á un niño que no quiere convencerse con razones, y se aguarda á hacerle por fuerza convenir cuando llegue el caso. — Todo eso va muy bien, dijo Agnes; pero no has pensado en una cosa importante. — ¿Cuál es? respondió Lorenzo. — En Perpétua, contestó Agnes. Dejará entrar sin dificultad á Antonio y su cuñado; ¿pero á vosotros dos? oh, eso es lo difícil. ¿Te parece que no tendrá la órden de alejaros del cuarto del señor Cura, mas que se aleja un muchacho de una canasta de fruta que se quiere conservar? — ¿Y cómo venceremos ese obstáculo? dijo Lorenzo. — Pensaremos el modo, contestó Agnes: yo iré con vosotros, y sé un secreto para encantarla de manera que no se acuerde de vosotros, y os deje entrar. Yo la llamaré, y la tocaré una cuerda.... Ya vereis.

Bendita seais, exclamó Lorenzo. Siempre he dicho que sois nuestro consuelo.

Sin embargo, dijo ella, todo esto no vale nada sino se persuade á esta que se obstina en que es malo.

Lorenzo desplegó toda su elocuencia, pero Lucía se mantuvo inflexible. Yo no sé que responder, decia ella, á todas vuestras razones; pero veo que para hacer eso que quereis es preciso andar con engaños, con sorpresas, con embustes.... Ah, Lorenzo, no hemos comenzado asi. Yo quiero ser tu esposa (y no dijo esto sin ponerse colorada como la grana) quiero ser tu esposa; mas ha de ser por el camino derecho, con el temor de Dios, delante del altar. Dejemos hacer á aquel que habita en los cielos. Su Magestad sabrá hallar un medio de vencerlo todo, mejor que nosotros podemos hacer con todas estas supercherías. Y ademas, ¿por qué guardar secreto con fray Cristobal?

La disputa duraba todavía, y sin visos de terminarse, cuando desde la ventana vieron á fray Cristobal que venia muy de prisa. Todos callaron, y Agnes apenas tuvo tiempo de decir al oido á su hija: cuidado con el secreto.

CAPITULO VII.

El Padre Cristobal llegó en la actitud de un buen general que perdida sin culpa suya una batalla importante, afligido, pero no desanimado, se retira sin huir, se dirige donde la necesidad del momento le llama, procura fortificar los puestos amenazados, reunir las tropas, y dar nuevas órdenes.

– La paz de Dios sea con vosotros, dijo al entrar; la paz de Dios, pues del hombre no hay que esperarla: tanto mas es preciso aguardarla de sus divinas manos, y yo tengo alguna señal de su proteccion.

Aunque ninguno de los tres esperaba mucho de la conferencia del Padre con D. Rodrigo, porque el hacer que un hombre semejante desistiese de su empresa por mera condescendencia á unas súplicas, y reconvenciones desarmadas, era una cosa jamás vista ni oida; sin embargo las palabras de fray Cristobal entristecieron de nuevo á las mugeres, y en medio de la pena

dieron nuevo valor á Lorenzo, que ya estaba tambien algo incomodado con la tenaz incredulidad de Lucía.

Quisiera saber, dijo, mordiéndose los labios, y levantando la voz, mas de lo que acostumbraba delante del Capuchino: quisiera saber qué razones ha dado aquel perro, para sostener que mi esposa no debe ser mi esposa.

Pobre Lorenzo, respondió el Padre con dulzura, y como aconsejándole que se moderase. Si el hombre poderoso que abusando de sus facultades quiere cometer una injusticia, fuera siempre obligado á dar las razones de su conducta, muy de otro modo andarian las cosas. —¿Ha dicho que no quiere, porque no quiere? —Ni aun eso ha dicho. Sería una ventaja si el que va á cometer una iniquidad, confesase abiertamente que va á cometerla. — Pero algo habrá respondido aquel tizon del infierno. — He oido sus palabras y se me han olvidado. La palabra del inicuo que tiene poder, penetra y se disipa. El

puede quejarse de que tú sospechas de él injustamente, y dentro de algun tiempo hacerte ver que tù sospecha es cierta: puede insultarte y darse por ofendido: puede aterrarte, y quejarse de tí: puede en fin ser un delincuente, y aparecer irreprensible. No me preguntes mas. Él no ha pronunciado el nombre de esta inocente, ni el tuyo: ni ha dado señas de conoceros: ni ha dicho que pretende alguna cosa.... pero sin embargo, demasiado he comprendido que es inexorable. A todo esto, confianza en Dios. Y tú, Lorenzo... creeme: yo sé ponerme en tu lugar: conozco bien lo que pasa en tu corazon; pero paciencia.... Ya se ve: esta palabra es dura para quien no cree; pero tú... no querrás conceder á Dios un dia, dos dias, los que su divina Magestad determine para darnos el consuelo. El tiempo es suyo, y nos ha prometido tanto si confiamos en su bondad. Déjale hacer, Lorenzo, y sabe, y sabed todos, que yo tengo ya un hilo para guiarme. Por ahora no puedo decir

mas. Mañana es preciso que por vuestro mismo bien no salga yo del convento. Tú, Lorenzo, irás á buscarme, y si por una casualidad no pudieses ir, envíame un hombre de confianza y de juicio con quien yo pueda avisarte lo que ocurra. La noche viene, y es preciso que yo me retire al convento. Fé, valor, y buenas noches. A estas palabras salió lo mas aprisa que pudo para llegar á tiempo á su convento.

Habeis oido lo que ha dicho de un no sé que.... de un hilo que tiene para guiarse, dijo Lucía: conviene fiarse de él, es hombre que cuando promete diez....—Pues, hija, respondió Agnes, debia haber hablado claro: á lo menos conmigo, llamarme aparte, y decirme lo que sepa.

Cuentos de viejas: yo lo acabaré pronto, dijo Lorenzo, paseándose muy de prisa, y con un gesto que no dejaba duda sobre el sentido de sus palabras.

¡Lorenzo! exclamó Lucía.

¿Qué quieres decir? gritó Agnes.

Que es preciso que esto concluya, y yo lo concluiré. Aunque él tenga cien diablos, mil diablos, dentro de su cuerpo, al fin es de carne y hueso como todos.

No: no; por amor de Dios, comenzó á decir Lucía, y no la dejó acabar el llanto.

Eso no se dice, ni aun en chanza, dijo Agnes.

¿En chanza? gritó él poniéndose frente á frente de ella, y queriéndola comer con los ojos. Ya vereis si es en chanza....

Lorenzo, clamó Lucía, nunca te he visto asi.

Por Dios no digas tales cosas, suplicó Agnes con voz mas baja. No sabes cuántos valentones tiene á sus órdenes, y cuántos amigos.... ay, Dios nos libre.... y luego la justicia.... — Yo me la haré por mi mano; y pronto. La cosa no es fácil, bien lo conozco.... — El asesino sabe lo que merece, y anda bien acompañado; pero no importa.... — Paciencia y resolucioncuando llegue el caso.

El horror que sintió Lucía al oir estas clarísimas expresiones la impidió el llanto, y la dió fuerzas para hablar de este modo. ¿Con que ya conozco que no te importa tenerme por muger? Yo me habia prometido á un jóven que tenia temor de Dios; pero un hombre que hiciese un atentado.... aunque estuviese á cubierto de toda venganza y de toda justicia.... aunque fuese un Príncipe. — Bueno, dijo Lorenzo con el mayor ardor. No serás mia, pero tampoco de otro. Yo aqui sin tí, y el otro en casa del....

¡Ah! no: por misericordia: no hables asi: no pongas de ese modo los ojos. No puedo mirarte sin extremecerme, decia Lucía llorando, mientras Agnes le llamaba cien veces por su nombre, le daba palmaditas en la espalda, le estrechaba afectuosamente la mano, y de mil modos procuraba sosegarle. Él estaba inmóvil, pensativo, y como si meditase un plan nuevo: despues miró atentamente aquella cara bañada en lágrimas, y de repente fijando en ella los ojos, y seña-

lándola con el dedo gritó: esta.... esta ha de morir.

¿Qué mal te he hecho yo para que me quites la vida? dijo Lucía arrojándose á sus pies.

¿Y qué has hecho por mí? contestó él con una voz que manifestaba la ira, pero de distinta especie. ¿Qué prueba me has dado? no te he suplicado yo una, dos.... treinta veces, y no he podido conseguir. — Sí, sí, respondió Lucía prontamente. Iré á casa del señor Cura mañana, hoy mismo si quieres. — Me lo prometes de veras, contestó Lorenzo. — Con todas veras. — Ah, señor, exclamó Agnes: os doy las gracias. — Lo he prometido, añadió Lucía; con un acento tímido y afectuoso; pero tambien tú me habias prometido no dar escándalo, y fiarte del Padre. — Ved aqui por quien me afano yo tanto. ¿Quieres ahora desdecirte, y obligarme á hacer un desatino? — De ningun modo, dijo Lucía pronta á caer en el primer terror. Lo he prometido, y no retiro mi palabra. Pero ya ves el modo con que me

lo has hecho prometer. No quiera Dios que luego.... —¿Por qué quieres asustarte con tristes anuncios? Dios sabe que no hacemos daño á nadie. —Prométeme al menos que esta será la última.... — Te lo prometo á fé de hombre de bien. —Ea pues, manteneos los dos en esos propósitos, añadió Agnes, y á poco rato se acabó la conversacion, pues la noche estaba oscura, y no parecia prudente que Lorenzo retardase la vuelta á su casa.

Ya se sabe como se descansa despues de un dia tan agitado, y en vísperas de ejecutar un proyecto importante, y asi baste decir que á la mañana muy temprano volvió Lorenzo á tratar con las dos mugeres, ó por mejor decir, con Agnes, las operaciones de la noche, suponiendo las dificultades, buscando remedios para ellas, previniendo estorbos, formando proyectos para allanarlos, repitiendo mil veces lo ya dicho, y contando la batalla como si se tratase de una cosa ya pasada. Lucía escuchaba, y sin aprobar de palabra lo que desaprobaba su co-

razon, prometia que haria su papel lo mejor que supiese. — A todo esto, dijo Agnes á Lorenzo, irás cuanto antes al convento como te encargó ayer fray Cristobal.

Que si quieres, respondió él. ¿No sabeis que ojos tan penetrantes tiene aquel Padre? Leeria en mi cara como en un libro, que tengo algun proyecto en la cabeza, y en comenzando á hacerme preguntas, no salgo por fiador del secreto. Ademas, yo debo estar aqui para arreglar lo que convenga. Mejor será que envieis á alguno. — Mandaré á Menico. — Sea en buen hora, respondió Lorenzo; y marchó á tratar el negocio segun habia dicho.

Agnes fue á la casa inmediata á buscar á Menico, muchacho de cerca de doce años, vivaracho, y sobrino suyo. Pidió permiso á sus padres para ocuparle aquel dia; le condujo á su cocina, le dió de almorzar, y le encargó fuese á Parasenico, y buscase á fray Cristobal, quien le daria la respuesta: Aquel Padre anciano, con la

barba blanca. — Ya le conozco, respondió Menico; aquel que acaricia á los niños, y les encarga tanto que sean buenos, y que á veces les da estampitas de Santos. — Ese mismo; y si te dice que te aguardes un rato allí junto al convento, mira no te vayas á jugar al lago con los otros muchachos, ni á ver pescar, ni á tirar piedras á las redes. — Calle vmd., señora, ¿pues qué soy yo como esos muchachos? — Pues bien: ten juicio, y cuando vuelvas con la respuesta yo te daré un regalito.

En lo restante de aquella larga mañana se vieron algunas cosas que exaltaron la imaginacion de aquellas dos mugeres, ya demasiado afligidas. Un mendígo, ni flaco, ni muy puerco como son todos, y con un no sé qué de oscuro y de sombrío en el semblante, entró á pedir limosna, mirando á todas partes, como si quisiese reconocer la casa. Diéronle un pedazo de pan que recibió con una indiferencia mal disimulada. Se detuvo un ratillo haciendo algunas preguntas, á las cuales

contestó Agnes todo al contrario de lo que era verdad, y al marcharse fingió que equivocaba la puerta, y se iba al interior de la casa, registrando lo que podia con la vista. Despues de este continuaron dejándose ver algunas otras figuras extrañas. No podian comprender que casta de gente era; pero bien se conocia que no eran aquellos transeuntes que solian atravesar el pueblo. Alguno entraba con pretesto de preguntar las señas de tal ó tal huerta; otros detenian el paso al llegar al corralillo, y miraban y examinaban la puerta. En fin á eso de medio dia concluyó esta fastidiosa procesion. Agnes se levantaba repetidas veces, salia á la calle, miraba á derecha é izquierda, y decia: — *No se ve nadie:* — palabras que pronunciaba con cierta satisfaccion, y que Lucía escuchaba con gusto, aunque ninguna de las dos supiese bien el motivo. Sin embargo ambas quedaron con un terror indeterminado, que las quitó una buena parte de aquel valor que la tarde anterior se habian prometido.

Ahora es preciso que el lector sepa alguna cosa en cuanto á los referidos observadores; y asi vamos á retroceder al dia anterior, cuando fray Cristobal dejó á D. Rodrigo paseándose por la sala.

Pensativo continuó este sus paseos, midiendo aquel salon adornado con los retratos de sus mayores. Habia alli personages de todas carreras, y todos distinguidos en ellas, y cuanto mas él los miraba menos podia comprender como se habia dejado amenazar de un pobre viejo. Formaba proyectos de venganza; los desechaba: queria sacar airoso lo que él llamaba su honor, y de cuando en cuando se le recordaba aquel *vendrá un dia*, que fray Cristobal le habia dicho; y á esta voz estaba casi para abandonarlo todo. Finalmente por hacer algo llamó á un criado, se informó de que sus convidados habian ido á paseo, y queriendo imitarlos hizo que le trajesen su capa, su espada y su sombrero adornado con hermosas plumas de colores.

Mas orgulloso, y mas petimetre

que lo que acostumbraba, se dirigia hácia Lecco, y al verle venir los artesanos salian á sus puertas á saludarle, y los que encontraba por la calle si eran plebeyos se arrimaban respetuosamente, haciéndole los honores, á que nada respondia; y si eran caballeros recibian en respuesta un desdeñoso cumplimiento, pues en realidad por todo aquel pais nadie le excedia ni en riquezas, ni en conexiones, ni en el deseo de servirse de uno y otro para hacer cuanto le diese la gana.

Nada de particular refiere la historia acerca de este paseo, pero añade que cuando aquella noche cenó con su sobrino el Conde Atilio, estuvo pensativo y habló poco. Retirados los sirvientes, y quedándose ambos de sobremesa, movió el Conde la conversacion diciendo: Y bien, ¿cuándo quiere el caballero mi sobrino pagar aquella apuesta que hizo conmigo? Esto alude á la que habian hecho la segunda vez que encontraron á Lucía. — Aun no ha llegado el dia del plazo, respondió D. Rodrigo. — Lo mismo te da

pagarla ahora. Pasará ese dia y todos los del año sin que logres tu intento. — Eso es lo que veremos, ó no veremos. — Sobrino mio, tú quieres hacer el político, y yo lo sé todo; hallándome tan cierto de ganar la apuesta, que estoy pronto á hacer otra si convienes en ello. — ¿Apuesta? Y sobre qué. — Sobre tu conversion. Sí, amado sobrino, convertido estás. — Es pensamiento como vuestro. — Repito que estás convertido, y me alegro. Sabes que será un bello espectáculo verte compungido, y con los ojos bajos. ¡Y qué gloria para aquel Padre! Cómo habrá salido de tu palacio mas hueco que un pavo. Y en eso tendria razon. Caramba, los peces de tu clase no son muy comunes, ni se dejan coger en todas redes: puedes contar con que serás citado como ejemplo, y que tal vez allá en otro pueblo algo lejos hablará de tí á su auditorio. Me se figura que le oigo. = «Y aqui este burlon é impio haciendo el papel de Satanás se puso á imitar el tono de la predicacion, pronunciando con ri-

sa estas palabras." En cierta parte de este mundo, que por debidos respetos paso en silencio, vivia, oh carísimo auditorio, y vive todavía, un caballero camastron mas amigo de las mugeres que de los hombres de bien, el cual acostumbrado á no reparar en pelillos, habia puesto los ojos en una muchacha:.... — Basta, interrumpió D. Rodrigo algo resentido de la burla, y si quereis verificar la segunda apuesta, yo estoy pronto. — ¿Si será el diablo que tú hayas convertido al fraile? — No me hableis del Padre; y en cuanto á la apuesta ya hecha decidirá el dia señalado.

Bien queria el Conde satisfacer su curiosidad; pero D. Rodrigo se obstinó en callar sometiéndose siempre al dia señalado, y asi dejándole con sus dudas se retiró á su alcoba.

Aquella sombra de arrepentimiento que manifestó D. Rodrigo al recordar el saludable anuncio de fray Cristobal habia desaparecido enteramente, ya fuese porque la amortiguase el tiempo que habia pasado, ó ya por-

que la burla del Conde exasperó su natural carácter, y asi apenas salió de la cama el dia siguiente, cuando mandó llamar ál Griso. Importante es el negocio, dijo entre sí el criado que llevó la órden, porque el tal Griso era nada menos que el gefe de los valentones, y á quien se confiaban las empresas mas arriesgadas y atrevidas, asi por su osadía como por su lealtad para con el amo, con quien estaba unido por los vínculos del interés y de la gratitud. Era un reo de público homicidio, y para ponerse á cubierto de la espada de las leyes se habia acogido á D. Rodrigo; quien admitiéndole á su servicio le habia dado la impunidad mas completa ínterin le protegiese; por lo cual hacer un nuevo delito por mandado de tal amo, era para él lo mismo que tener una prenda mas para no temer el castigo del primero. Por otra parte la adquisicion de este hombre era muy interesante para D. Rodrigo, pues sobre ser el hombre mas guapeton de todos, su presencia en libertad era una prueba

pública del poder de D. Rodrigo, y su grandeza se aumentaba con solo mirar al Griso pasearse bajo su sombra. — «Griso, le dijo D. Rodrigo, ahora veremos quien eres. Aquella Lucía que sabes debe hallarse en este palacio antes de mañana. — » No se dirá que el Griso ha desobedecido una órden del ilustre señor D. Rodrigo, sú venerado amo. — » Elige la gente que necesites: ordénalo todo, segun mejor te parezca, para que la empresa tenga éxito; pero cuidado con que se la haga á ella ni el mas ligero daño." — Señor, lo que es asustarla un poco, para que no meta ruido, será indispensable. — Asustarla, pase: conozco que es inevitable; pero no se la toca ni á un cabello, y al contrario se la trata con todo respeto: ¿ has entendido? — ¿Señor no se puede arrancar una flor de la planta y presentarla á V. S. sin que se la cause algun ligero daño.... Pero se hará lo meramente preciso. — Bajo tu responsabilidad, y.... ya me entiendes. ¿Con que vamos, cómo te compondrás?

Es inútil referir los planes que propusieron en aquella diabólica junta los dos vocales que parecia se habian escapado del infierno, y baste decir que el resto de la mañana se pasó en reconocer el terreno. El mendígo que tanto dió que sospechar á las dos mugeres era el mismo Griso en persona, y los demas fingidos caminantes que miraban con tanto cuidado la casa, eran sus compañeros, tan prácticos en tales aventuras, que para no equivocarse les bastaba un simple reconocimiento de la posicion que iba á ser atacada.... Asi fue que hecha la descubierta, no se habian vuelto á presentar para no dar mayores sospechas.

Reunidos todos en el palacio, Griso examinó á sus colegas, y cerrando definitivamente el plan de la empresa, asignó los puestos, y dió las instrucciones. Todo esto no pudo hacerse sin que observase que se maquinaba gran empresa aquel buen viejo, que ya sobre aviso andaba escuchando cuanto podia por todos lados. A fuerza de oir, y de preguntar, recogiendo una me-

dia noticia de aqui, otra media de allá, glosándolas él luego y combinándolas, se dió tal maña que vino á descubrir el negocio que se iba á poner en planta aquella noche. Pero cuando lo averiguó estaba ya muy avanzada la tarde, y aun ya una pequeña vanguardia habia salido á campaña, con la órden de emboscarse en un edificio medio arruinado que no distaba mucho de la casa de Lucía, la cual, segun ya hemos dicho, estaba á la salida del pueblo. El pobre viejo aunque por un lado conocia el riesgo á que se exponia, y por otro recelaba que el socorro fuese inútil, no quiso faltar á la palabra que habia dado al Padre, y pretestando ir á dar un paseo, se dirigió al convento con toda la prisa que su edad le permitia. Poco despues fueron desfilando los demas uno á uno, y dos á dos, para que no se notase verlos juntos, llevando á retaguardia á su gefe Griso; de modo que no quedó en casa mas que una litera, que debia llevarse á cierto parage, y se llevó en efecto, cuando ya la noche estaba muy entrada.

A su debido tiempo destacó el Griso tres compañeros para que tomasen posicion en la hostería de la aldea, con la órden de que uno se quedase hácia la puerta á fin de observar los movimientos de la calle, y avisar cuando ya todos los habitantes estuviesen en sus casas; y los otros dos para que bebiendo y jugando en la hostería estuviesen prontos al menor aviso.

Nuestro zeloso viejo iba caminando, cuando ya los tres amigos habian llegado á la hostería, y ocupado sus puestos. El sol iba ya á ponerse, y Lorenzo entró en casa de Lucía diciendo: Tonio y Gervasio están en la calle, voy á cenar con ellos en la hostería, y al toque del Ave María vuelvo á buscaros. Ea, valor, Lucía; todo depende de un momento. Lucía suspiró, y repitió, sí: valor: pero con una voz que desmentía la palabra.

Cuando Lorenzo y sus camaradas llegaron á la hostería, hallaron al centinela, cuyo vestido y armas que ocultaba algo con la capa, dieron mucho que sospechar á Lorenzo, él

cual tuvo que pasar rozando con él, pues casi ocupaba toda la entrada. Él le miró atentamente lo mismo que á los otros dos. Dentro hallaron á los que hemos dicho debian alli colocarse jugando á la morra con voces descompasadas; y echándose alternativamente sendos vasos de vino de un gran frasco que tenian sobre la mesa. Igual exámen hicieron con los ojos á los que entraban, sin que lo dejase de observar Lorenzo, quien pasó á otra pieza inmediata, hizo que tomasen asiento sus convidados; llamó al hosterero y pidió la cena.

¿Quiénes son esos forasteros, le dijo Lorenzo en voz baja cuando le vió volver con unos manteles debajo del brazo, y un frasco de vino en la mano? No los conozco, respondió él desdoblando los manteles. — ¿Cómo, replicó Lorenzo, á ninguno de ellos conoceis? — Sabed, amigo mio, repuso el hosterero estirando con ambas manos los manteles, que la regla primera de nuestro oficio es no averiguar vidas agenas, tanto que ni aun

nuestras mugeres son curiosas. Estaríamos frescos si anduviésemos en esas informaciones con tanta gente como aqui viene.... digo en los años buenos, que ahora no entra una alma en dos horas.... pero Dios querrá que veamos mejores dias. A nosotros nos basta que el marchante sea hombre de bien: su patria ni su calidad nada nos importa; y ahora voy á traeros un plato de pulpetas, que no se presentan mejores en todo el mundo.

Pero cómo quereis conocer.... replicó Lorenzo, cuando el huésped ya entraba en la cocina en busca de las pulpetas. Llegóse al fogon uno de los jugadores de la morra, y le dijo en voz baja: ¿quiénes son esos? — Buena gente del mismo pueblo, respondió el huésped echando en un plato las pulpetas: — Bueno es eso, continuó el otro; ¿pero quiénes son: cómo se llaman?.... — Uno se llama Lorenzo, buen muchacho, hila seda, y sabe su oficio: el otro es Tonio, buen camarada, y de genio alegre; y el otro es un muchacho que come muy bien cuan-

do alguno le convida. Con licencia.... y pasando entre el preguntador y el fogon fue á poner el plato en la mesa.

Lorenzo continuando su conversacion interrumpida le dijo; ¿y cómo sabeis que esa es buena gente sino los conoceis? — Por sus acciones, querido mio. Los que beben el vino sin criticarle; los que ponen sobre la mesa la moneda sin regatear; los que no mueven disputas con los demas que hay delante, ó si tienen algo que decirles callan su pico, y van á decidir la cuestion lejos de la hostería, á fin de que el pobre amo de casa no tenga un sentimiento, esos son nuestros hombres de bien; ¿pero á que diablos quereis saber tantas cosas cuando vais á casaros, y debeis tener otras muchas cosas en el pensamiento, y cuando veis delante un plato de pulpetas que puede resucitar á un muerto? Diciendo esto se volvió á su cocina.

El lector observando el diverso modo que el hosterero tuvo de responder á los dos que le preguntaron, habrá adivinado que el hosterero aun-

que en todos sus discursos hacia profesion de ser él amigo de los hombres de bien en general, en la práctica era mas complaciente con aquellos que menos tenian la facha y la reputacion de hombres honrados. Él se sabria sus motivos; pero ciertamente era de un carácter singular.

La cena no fue muy alegre. Los convidados hubieran querido disfrutar despacio el buen rato; pero el convidador preocupado con lo que ya se sabe, é inquieto con la vista de aquellos desconocidos, no veia la hora de marcharse. Se habló bajito por respeto á los testigos, y aun eso cosas indiferentes. Sin embargo, Gervasio no pudo contenerse, y con un vaso de vino en la mano dijo: es gracioso que Lorenzo para casarse tenga necesidad de.... Lorenzo le hizo una seña bien expresiva, y Tonio le dijo: quieres callar, bestia. Asi pronto se acabó la conversacion y la cena, en la que Lorenzo estuvo muy parco, procurando solamente que sus amigos bebiesen lo necesario para alegrarse sin ex-

cederse. Llamado el huésped, y satisfecho el gasto, hubieron de pasar por delante de los desconocidos, quienes los examinaron con silencio como á la entrada, y cuando ya estaban á algunos pasos de la hostería, volviendo Lorenzo la cabeza vió que los dos que habia dejado en la cocina le venian siguiendo, por lo cual se paró con sus camaradas, como diciendo: veamos que nos quieren estos. Lo mismo hicieron ellos reuniéndose, y si Lorenzo hubiese estado mas cerca hubiera oido que uno dijo, sería muy bueno si asi de paso les diésemos á estos unos cuantos palos, sin aguardar las órdenes del señor Griso. — Nos exponíamos, dijo el otro, á perder el negocio principal: volvámonos á nuestro puesto, y dejémoslos que se vayan con mil diablos. — Con efecto: volvamos, dijo el otro, pues viene mucha gente por la calle.

En efecto era la hora en que las gentes del pueblo volvian de sus labores, y se oia aquel ruido confuso de distintas voces. Veíanse mugeres car-

gadas con sus cestas, y trayendo sus niños ya en brazos, ya de la mano, haciéndolos repetir la oracion acostumbrada mientras el magestuoso sonido de la campana anunciaba el fin del dia. Veíase en algunas casas el resplandor del fuego donde se estaba preparando la pobre cena, y á lo largo de la calle se notaban grupos de gentes que se saludaban, ó hablaban de sus labores, ó se quejaban del mal tiempo. Cuando vió Lorenzo que los otros se habian retirado, se dirigió despacio á buscar á Lucía dando en voz baja un recuerdo de sus papeles á cada uno de los dos amigos, pues se fiaba mejor de su voluntad que de su memoria.

Ha dicho con razon un sabio que entre el primer proyecto de una empresa arriesgada y su ejecucion media un intervalo lleno de fantasmas, esperanzas y temores; y asi Lucía estaba con las mayores angustias; Agnes, la misma autora del plan, estaba como fuera de sí, y no hallaba palabras para tranquilizar á su hija. Particular-

mente esta al ver entrar á Lorenzo, se llenó de tal terror que en aquel instante resolvió en su corazon sufrirlo todo, y aun pasar por la pena de no ser su esposa, antes que dar un paso tan aventurado. Sin embargo luego que subió y le oyó decir vamos, viendo que todos estaban prontos como á una cosa decidida é irrevocable, Lucía no tuvo espacio ni corazon para oponer dificultades, y como fuera de sí, se enlazó con los brazos de su madre y de su novio, y marchó á la terrible escena.

Con silencio y muy despacio tomaron una senda que por fuera del pueblo conducia á casa de D. Abundio, pues aunque el camino mas corto hubiera sido seguir la calle derecha, eligieron el otro por mas oculto. Atravesando huertos y campos labrados se hallaron á la entrada de la casa: los dos esposos á retaguardia: Agnes delante de ellos una corta distancia, para hablar y entretener á Perpetua, y en primera fila Tonio, y el necio Gervasio que no sabia que hacer por sí

mismo, y sin el cual nada podian hacer los demas. Al fin los dos avanzaron denodadamente y tocaron el aldabon.

¿Quién llama á estas horas, gritó Perpetua desde la ventana?.... Enfermos no hay en el pueblo que yo sepa. ¿Ha sucedido alguna desgracia? — Yo soy, respondió Tonio, con mi cuñado que necesitamos hablar al señor Cura. — ¿Y es hora regular esta? respondió Perpetua con aspereza: volved mañana. — Escuchad, señora Perpetua, contestó Tonio. Volveré ó no volveré: he recogido algun dinero, y vengo á pagar aquella deudilla que sabeis. Tengo aqui veinte y cinco liras nuevas; pero si no se puede hablar al señor Cura, paciencia. Bien tengo en que gastar esta moneda, y volveré cuando Dios quiera que junte otras. — Aguardad, aguardad: pronto vuelvo.... ¿Pero por qué venís á esta hora? — Si podeis mudar la hora yo no me opongo. Por mí no he querido incomodaros, si no quereis abrir me voy. — No: no. Aguardad un momento, vuelvo con la respuesta.

Diciendo esto cerró la ventana; y Agnes acercándose á sus hijos les dijo en voz baja. Valor por un instante: esto es como el que se saca una muela; despues de cuya corta exhortacion, volvió á unirse con los otros; y junto á la puerta se puso á hablar con Tonio, de manera que al volver Perpetua creyese que ella pasaba por casualidad y que Tonio la detuvo.

¿Quién llamaba? preguntó D. Abundio sentado en su poltrona, entretenido en leer un libro viejo. — Es Tonio, contestó Perpetua. — A estas horas. — Son imprudentes, pero estos negocios sino se pillan al vuelo..... viene á pagar su deuda.... — ¡Ya: eso es otra cosa! ¡Pero á estas horas! En fin si le dejo ir, Dios sabe cuando podré cogerle. Que entre.... pero venid. ¿Estais segura de que es Tonio? — ¿Pues qué no le he de conocer? respondió ella, y bajando á abrir la puerta se encontró con Tonio y con Gervasio, y Agnes se presentó á saludarla. — Buenas noches, Perpetua.... Ola, Agnes, ¿de dónde vienes tan tarde? — Vengo de.... y

nombró una aldea inmediata: y por cierto que he tenido una buena por defenderte. — ¿Con quién? preguntó Perpetua, y volviéndose á los otros les dijo: entrad y entornad la puerta. — Pues sí, continuó Perpetua, he reñido terriblemente con una de esas mugeres que hablan por hablar. Se empeñó en defender que no te habias casado con Bepo Suolavecchia, ni con Anselmo Lunghigna porque ellos te habian despreciado: cuando yo sé que fue al contrario, que tú no los quisiste. — No que no, dijo Perpetua; ¿pero quién es esa bribona, esa habladora? — No me lo preguntes, pues no me gusta indisponer á nadie con otros. — Es preciso que yo sepa quien es esa chismosa.

— No te lo digo, vaya. ¿Sabes lo que yo he sentido? el no saber á punto fijo toda la historia, para dejarla sin tener que responder. — Bueno hubiera sido, y bien tenias con que hacerla callar. En primer lugar todo el pueblo sabe que Bepo.... Oyes, Tonio.... — Aqui estoy, respondió él desde aden-

tro, y ella continuó: sube y entorna la puerta que ya iré yo. — Muy bien, respondió él, y se estuvo quieto. Es de saber que la casa de D. Abundio hacia esquina, y que á un lado tenia un callejoncillo sin salida, y Agnes que ya llevaba hecho su plan, cogió por la mano á Perpetua, y la llevó hácia el callejoncillo como para hablarla con mas seguridad, y luego que la vió de espaldas á la calle tosió para avisar á Lorenzo. Este apretó con su brazo el de su novia, como para darla esfuerzo, y en puntillas entraron hasta encontrar á los otros hermanos: subieron juntos la escalera, los primeros pisando fuerte y hablando de la oscuridad que habia, y los novios muy quedito y sin hablar palabra. Llegado que hubieron á la sala donde estaba D. Abundio, abrió Lorenzo la puerta, y el rayo de luz que salió aterró á Lucía, como si se viese ya descubierta; pero asustada ó no, tuvo que permanecer hasta que llegase el momento crítico.

Ola: eres tú, dijo D. Abundio le-

vantando la cabeza, y desembarazando un poco la vista de una especie de visera que le cubria los ojos para que no le ofendiese la luz. — Dirá el señor Cura, respondió Tonio, que he venido tarde. — Y muy tarde en todos sentidos. ¿No has sabido que estoy malo? — Lo siento mucho. — Pues sí: ya se sabe en todo el pueblo. Estoy malo, y no sé cuando podré dejarme ver. — ¿Pero por qué traes contigo á Gervasio? — Para que me acompañe como ya es algo tarde, y traia dinero. — Ya, ya estoy: ¿con que á qué es la visita? — Tengo aqui veinte y cinco berlingas nuevas, de aquellas que tienen la imágen de San Ambrosio á caballo, y al decir esto puso una bolsita sobre la mesa. — Veamos, dijo D. Abundio calándose los anteojos, y volcando el bolsillo. Una por una fue examinando todas las monedas, y hallándolas irreprensibles, dijo: está bien. — Ahora el señor Cura me dará el collar de oro de mi Tecla, dijo Tonio. — Es justo, replicó D. Abundio, y se dirigió á un armario, sacándole y entregándosele

á su amo — Está bien, dijo Tonio; pero es preciso que el señor Cura tenga la bondad de escribir cuatro letras. — ¿Tambien eso? contestó el Cura. Vaya que todo se vuelve desconfianza en el mundo. ¿Pues qué no te fias de mí? — Jesus, señor Cura, yo me fio de vmd. como de mi padre. Pero asi como escribió en aquel librote la deuda, parece regular que escriba que está pagada. Ya veis que somos mortales. — Bueno, bueno, dijo D. Abundio, y rasgando una cuartilla de papel tomó la pluma, y conforme iba escribiendo pronunciaba en alta voz las palabras. Entre tanto Tonio hizo una seña á Gervasio, y ambos empezaron á mover los pies como por diversion, á fin de ocultar con el ruido las pisadas de los que entraban. D. Abundio enfrascado en lo que escribia no se cuidaba de nada; y al ruido de los cuatro pies entró Lorenzo trayendo como por fuerza á Lucía, que por sí jamás se hubiera atrevido á presentarse. Concluido el recibo le leyó nuevamente D. Abundio, le dobló, y alargándosele

á Tonio le dijo: ¿estás ya satisfecho? Si señor, contestó él, y separándose un poco de Gervasio, que tambien segun estaba ensayado se corrió mas allá, dejaron ver á Lorenzo y Lucía. Don Abundio los columbró, se aseguró, montó en cólera, y de pronto tomó su partido, todo ello en el brevísimo tiempo que Lorenzo empleó en decir, señor Cura, esta es mi muger. Aun no lo habia acabado de pronunciar cuando D. Abundio tirando el recibo, cogió el tapete de la mesa, y derribando al suelo libros, cartapacios, anteojos, escribanía y todo, se acercó á Lucía con el tapete de la mesa enarbolado. La pobrecilla con aquella voz suáve y trémula apenas habia empezado á decir y *este* es.... cuando ya Don Abundio la habia echado el tapete sobre la cabeza para impedirla que acábase de decir la fórmula. En seguida dejando caer la vela que aun tenia en la otra mano, se valió de ellas para envolver mas y mas la cabeza de Lucía, de modo que la quitaba la respiracion, y en tanto gritaba como un loco. Per-

petua, Perpetua. La vela en el suelo aun conservaba alguna llama que servia para iluminar á Lucía, que cubierta con la vayeta verde parecia una estátua que el artífice ha tapado; mas luego que la luz se apagó completamente, D. Abundio soltó á Lucía, y buscando á tiento la puerta de una pieza contigua, entró en ella, cerró por dentro y siguió gritando: Perpetua, echadme de casa á esos bribones. En la otra sala todo era oscuridad y confusion. Lorenzo procurando coger al Cura, parecia que estaba jugando á la gallina ciega; y habiendo encontrado casualmente la puerta gritaba: señor Cura, abra y no tenga miedo. Lucía llamaba á Lorenzo, y llorando le suplicaba que la sacase de alli: Tonio andaba á gatas buscando por el suelo su recibo; y Gervasio aturdido saltaba por todos lados deseando encontrar la puerta de la escalera para ponerse en salvo.

En medio de esto no podemos menos de hacer una reflexion muy sencilla. Lorenzo que sin licencia y á es-

condidas habia entrado en aquella casa, y tenia como sitiado á su dueño, parecia un opresor, aunque en realidad era el oprimido: y D. Abundio gritando, asustado y encerrado parecia la víctima, cuando en realidad su timidez era la que mas parte tenia en aquel lance. Tanto engaña la apariencia á quien se contenta con ella, y no procura examinar las causas.

En fin el Cura viendo que el enemigo no daba señas de retirarse abrió una ventana que caia á un lado de la Iglesia y frente de la habitacion del Sacristan, y le llamó á grandes voces. Él se dispertó, abrió su ventanilla, y preguntó qué sucedia. Pronto, Ambrosio, pronto, socórreme: ha entrado gente en casa. Allá voy, contestó él, y aunque medio dormido se arropó con la manta, y se le ocurrió que lo mejor era fiarse de la campana, y empieza á tocar á rebato. A este sonido todo el pueblo se puso alerta: Unos querian salir de sus casas; otros se veian detenidos por sus mugeres y sus hijos; unos pensaban que era fue-

go; otros que habia ladrones, y en fin los mas animosos armándose como pudieron, corrieron á ver de cerca el peligro.

Pero antes de que nadie acudiese, el alboroto habia llegado á oidos de otras personas que estaban bien en vela. Hablo de los guapetones, y de Agnés y Perpetua. Diremos primero lo que sucedió á aquellos que hace poco dejamos unos en la hostería, y otros en el caseron inhabitado cerca del pueblo. Los tres camaradas viendo que ya la calle estaba sola, y las puertas cerradas, salieron de la hostería fingiendo iban á seguir su camino: dieron una vuelta por toda la aldea para asegurarse, y en realidad no hallaron á nadie, ni oyeron el menor ruido. Pasaron tambien por delante de la casa de Lucía, la que hallaron tan en silencio como que nadie habia en ella, y asi fueron á dar el informe á su gefe. Este se puso el disfraz que traia prevenido, y era el trage de peregrino, y diciendo á su gente, vamos á la batalla, se dirigieron á casa

de Lucía por otra senda distante de la que ella habia tomado con su comparsa. El Griso mandó hacer alto algunos pasos antes: se adelantó á reconocer el campo; y viendo que estaba tranquilo mandó que dos escalasen las pequeñas paredes del corralillo, y se mantuviesen ocultos en un rincon. Hecho esto dió unos golpes á la puerta con intencion de decir que era un peregrino que pedia posada por aquella noche. En vano llamó varias veces, nadie le respondió, por lo cual hizo que otro de la tropa saltase tambien las tapias, y abriese por dentro la puerta; todo se hizo con el mayor silencio, pero aunque él se adelantó á tantear la puerta interior de la casa, ninguno respondió ni preguntó quien está ahí. Llama á los demas, coloca sus centinelas, fuerza la puerta, y se introduce en la sala baja donde aquella mañana le habian dado la limosna; saca el eslabon y la yesca, y enciende una linterna que llevaba prevenida. Con ella y con todas las precauciones de ladrones vete-

ranos registran toda la casa, llegan hasta las mismas camas de Agnes y de Lucía: ven que todo está desierto, y mirándose unos á otros no saben que pensar, y convienen en que su intencion se ha descubierto, y la familia se ha puesto en salvo.

Entre tanto los dos que estaban de centinela en la calle, oyen pasos de persona que muy de prisa venia entrando en el pueblo, y creyendo que pasaria de largo se esconden detrás de la puertecilla del corral, sin dejar de estar prevenidos por si acaso. Siguen las pisadas, y el que las daba se pára á la puerta, porque era Menico que de parte de fray Cristobal venia á avisar que sin perder tiempo se retirasen al convento. Ve que la puerta está entornada, y aunque lo extrañó, entra dentro, cuando se siente cogido por una robusta mano, y que dos voces á un tiempo le dicen: silencio, ó mueres. Él dió un grito, y uno de los que le agarraban le aplicó un fuerte manoton en la boca, mientras otro le amenazaba con un puñal. El mucha-

cho lleno de miedo no piensa ya en meter ruido; pero de repente se oye otro estruendo mas fuerte y de mayores consecuencias, pues era el de la campana que tocaba á rebato. El delito es un buen acusador, suele decirse con todas veras, pues en aquel punto cada valenton creyó verse descubierto, y conocido por su nombre, y asi soltando los dos su presa, dejando á Menico huir por la calle abajo, y ellos acogiéndose á la casa á reunirse con el grueso de su tropa. Menico tuvo la fortuna de ir hácia el campanario donde ya se iba juntando la gente armada; y los valentones intimidados por aquella repentina alarma se vieron obligados á desistir de todo, y aun necesitaron de todo su esfuerzo para que la retirada no pareciese fuga. Por fin su gefe los tranquilizó algo, y viendo que querian huir les dijo: poco á poco, la pistola en la mano: el puñal pronto: reunámonos y saldremos. ¿Qué nos importa la campana si estamos unidos? al contrario cada uno suelto corre peligro. Yo voy delante,

y nadie se separe. Despues de esta corta arenga comenzó su marcha con tanta mas seguridad cuanto la casa como ya hemos dicho estaba al fin del pueblo.

Dejémoslos seguir su camino, y volvamos á las dos amigas que quedaron en conversacion tirada. Agnes á fuerza de maña habia logrado separar á Perpetua de la casa todo lo posible; pero ella recordando que la entrada estaba franca, habia querido aproximarse á ella, y Agnes no tuvo que replicar para no darla indicio de su idea, y lo que hizo fue manifestar una gran atencion á sus palabras, respondiendo únicamente con monosílabos, pero en su interior diciendo: qué pasará allá dentro. Si estará dado el golpe: si habrán ya salido.... necia fuí en no prevenirles que me avisasen: pero en fin lo mas que puede ser es perder un rato escuchando á esta. Asi se hallaban cuando se hizo oir el primer grito de D. Abundio. — Ay Dios mio, exclamó Perpetua: qué es esto, y quiso entrar en la casa. — ¿Qué será, qué será? decia Agnes asustada y deteniéndola. — Alguna des-

gracia sucede, respondió ella procurando soltarse; pero la otra sujetándola de nuevo por el brazo continuaba sus preguntas. Soltadme, dijo Perpetua con enfado: ya veremos lo que es, y se encaminó á entrar decididamente.

En este momento comienza el estrépito de la campana. Perpetua pone la mano en la puerta entornada, se abre esta, y otra mano agarra la suya. Gritó ella, y al compás de sus gritos salieron precipitadamente los cuatro que habia dentro. — Qué es eso que ha sucedido, preguntó Perpetua á Gervasio, quien nada la respondió, y ella entonces viendo á Lucía y su novio, ola, dijo: ¿qué hacíais vosotros en casa? Tampoco obtuvo respuesta, y sin ella tuvo que acudir á cerciorarse al cuarto de su amo.

Los dos esposos todavía novios, se encontraron con Agnes, quien les hizo mil preguntas; pero Lorenzo gritó: á casa, á casa antes que venga la gente. Iban á obedecerle, cuando ételе que llega Menico á carrera abierta, y cas sin poder echar el aliento. Los reco

noce, y parándose les dice: dónde vais: atrás, atrás al instante: idos al convento. — Sabes tú algo.... comenzó á preguntar Agnes. — Dinos qué es esto, preguntaba Lorenzo, y Lucía llena de terror no pronunciaba una palabra.

En casa está el diablo, respondió Menico: yo le he visto: me han querido dar una puñalada. Ya lo conoció el Padre Cristobal, y tambien dijo, que Lorenzo vaya pronto al convento. Gracias á Dios que os he encontrado. Ya os contaré muchas cosas cuando estemos lejos.

Lorenzo que conservaba mas serenidad, pensó que de cualquier modo era preciso huir de aquel sitio antes que comenzase á venir la gente, y haciendo que Menico fuese delante, aconsejó á las dos mugeres que le siguiesen, dándolas esperanzas de que en viéndose fuera del riesgo de ser escuchados sabrian por Menico la causa de la fuga. A toda prisa pues eligieron las sendas que les parecieron mas ocultas, y se pusieron en marcha.

Aun no habian andado cuarenta

pasos, cuando comenzó á venir la gente: llenóse todo el espacio alrededor de la Iglesia: la campana seguia llamando, nadie veia el riesgo, y asi estuvieron hasta que uno consiguió que el Sacristan le oyese. — Ambrosio, ¿qué diablos es esto? — Allá voy, contestó él, y soltando la cuerda de la compana se vistió las ropas que llevaba debajo del brazo, y abrió la puerta del campanario. — Vamos, le preguntaron, á qué es tanto alboroto. — ¿Cómo qué es, contestó él, no lo sabeis? Gente en casa del señor Cura. — En casa del señor Cura, dijeron algunos: ea, vamos á socorrerle. Con esto se agruparon al rededor de la casa: miraban á las ventanas y las veian cerradas: fueron á la puerta y la hallaron bien atrancada; por último se pusieron á gritar: quién está ahí dentro: ola, señor Cura. — Señor Cura.

D. Abundio luego que se aseguró de la fuga de los invasores, habia cerrado la ventana, y á la sazon se hallaba peleando con Perpetua, porque le habia dejado solo en aquel lance; pero

en fin oyendo las voces del pueblo se asomó de nuevo á las ventanas, y visto aquel gran socorro, se arrepintió de haberle invocado.

Cincuenta voces á un tiempo le gritaban. ¿Señor Cura qué os han hecho? — ¿Dónde están esos malvados? — ¿Quiénes son? — No hay nadie, hijos mios: muchas gracias, idos á vuestras casas. — ¿Pero qué ha sido.... — Cómo ha huido esa gente. — ¿Quiénes eran? — Gente mala, hijos mios: gente que anda de noche; pero ya se han ido. Retiraos á vuestras casas, y creed que agradezco mucho vuestra buena voluntad. — Dicho esto se quitó de la ventana, y la cerró de golpe. Con esto algunos comenzaban á enojarse del mal rato; otros lo tomaban á broma, y ya empezaban á desfilar cuando llega un vecino de Lucía, que desde su casa habia visto los valentones que andaban por el corralillo cuando Griso se afanaba por reunirlos, y conducirlos ordenados. Muchachos, ¿qué haceis aqui parados? No está aqui el diablo: está en

casa de Agnes Mondela. Gente armada hay dentro; parece que quieren coger un Peregrino, ó que sé yo quien diablos es.

Con esto principia de nuevo el alboroto. Es preciso ir. — Por fuerza. — ¿Cuántos son ellos? — Cuantos somos nosotros.... el Cónsul.... dónde está el Cónsul. (*) Aqui estoy: aqui estoy, responde una voz. Pues vamos, vamos contra ellos. En medio del nuevo alboroto llega otro que los habia visto salir del pueblo, y dice: muchachos, corred tras unos ladrones que se llevan á un Peregrino. Ya van fuera del pueblo, corred tras ellos. Pronto, pronto, gritan de todas partes; y sin aguardar las órdenes del gefe que antes habian llamado, se mueve en masa aquel grupo adelantándose á todos los mas valientes. Llegan á la casa de Agnes, y ven las señales de la invasion: las puertas abiertas: una forzada; comienzan á gritar:

(*) Como si dijeran el alcalde del pueblo.

Agnes, Lucía, ¿y el Peregrino? y viendo que nadie responde piensan algunos que es un sueño lo del Peregrino: sostienen que era verdad los que le habian visto, y otros mas prudentes observan que pues la casa está abierta, y las dos mugeres no parecen, es preciso que se las hayan llevado. Al oir esto proponen álgunos que se siga á los raptores: claman que es una vergüenza para los vecinos el que unos bribones puedan impunemente robar las mugeres como los pájaros de un nido. Nueva consulta y mas tumultuosa, hasta que se oye una voz que dice que Agnes y su hija se habian puesto en salvo, corre la noticia: de boca en boca es creida y el grupo se disuelve yéndose cada cual á su casa. Quedó en el pueblo un rumor ocasionado por los que preguntaban desde las ventanas, los que respondian desde la calle, y aunque cesó despues de un rato, volvió á renovarse por la mañana, pues apenas los vecinos se vieron en las calles cuando comenzaron á tratar de la alarma pasada.

Aquella misma mañana estaba el Cónsul en su heredad, bastante pensativo sobre la ocurrencia de la noche anterior, y reflexionando qué es lo que debia hacer, ó qué era lo que convenia no hacer, cuando ve venir por el camino dos hombres de gallarda presencia, y con el ropage muy semejante al de aquellos dos que hicieron pocos dias antes la expresiva advertencia á D. Abundio. Llegados al Cónsul se pararon, y aun con menos ceremonias que allá habian gastado le intimaron que se guardase bien de decir parte de lo sucedido la noche anterior, ni de fomentar de modo alguno las hablillas del pueblo, ni tomar providencia alguna cualquiera que fuese; pues si desobedecia, no tenia esperanza ni aun remota de morir en su cama.

Dejémosle hacer sus reflexiones sobre este aviso, y retrocedamos á la noche pasada, cuando nuestros fugitivos iban por aquellas veredas llenos de terror, y en el mayor silencio. Agnes fue la primera que preguntó á

Lorenzo lo que habia pasado delante de D. Abundio, é informada por él de como se habia malogrado la empresa, juzgaron que convenia hacer hablar á Menico, que continuaba siendo el guia del camino. Contó el niño mas por extenso la órden que le habia dado fray Cristobal, y lo que él mismo habia pasado, y los tres oyentes comprendieron mucho mas de lo que el niño habia dicho. Casi involuntariamente se pusieron á agasajarle, viendo en él su ángel tutelar que les habia impedido caer en manos de los que en casa los aguardaban sin duda; y Agnes le dijo: mira, ahora vuelve á tu casa, porque tus padres estarán con sumo cuidado: «le dió algunas monedas, Lorenzo le dió igualmente, le acariciaron de nuevo y le despidieron diciendo: pide á Dios que nos volvamos á ver pronto." Con esto el niño marchó, y los tres siguieron su viage siempre por fuera de camino, agarrada Lucía del brazo de su madre, y llevando á Lorenzo á retaguardia como de escolta.

Sin obstáculo alguno se hallaron felizmente en la plazuela que estaba delante del convento, y al oir sus pasos en el silencio de la noche les abrió la puerta fray Cristobal, que con un lego los estaba esperando. Gracias á Dios, exclamó luego que vió á los tres, y haciéndolos entrar en el cuarto donde la comunidad recibia las visitas les dijo: dad gracias y muchas al Señor, que os ha librado de un gran peligro. Sin su Providencia, ¿quién sabe á estas horas lo que hubiera sucedido? Y despues les fue contando lo que le pareció necesario, pues el buen Religioso pensaba que Menico los habia hallado tranquilos en su casa; y ninguno le desengañó por no contar el lance de la casa del Cura, que aquel sabio varon hubiera desaprobado. Asi todos le callaron con gran pena de Lucía, que llevaba muy á mal se guardase tal secreto con un hombre semejante.

Segun están las cosas, prosiguió el Padre, ya veis que no podeis estar seguros en este pais. Es vuestra pa-

tria: aqui habeis nacido: no habeis hecho mal á nadie; pero Dios asi lo dispone. Es una prueba, hijos mios: llevadla con resignacion, con esperanza, y creed que algun dia os alegrareis de lo que ahora os sucede. Yo he buscado un asilo para todos vosotros estos primeros momentos. Agues y Lucía pueden estar retiradas en * * * Alli estareis seguras de todo insulto. Preguntad en el convento de mi órden por el Padre Guardian; entregadle esta carta, y él será para vosotros otro fray Cristobal. Yo espero en Dios que presto podreis volver á vuestra casa; pero de todos modos pongámonos en manos de la divina Providencia que dispondrá lo mejor. Tú, Lorenzo, es preciso que te pongas á cubierto de la ira de los otros, y de la tuya misma. Lleva esta carta al Padre Buenaventura de Ludi en nuestro convento de la puerta oriental de Milán: él te favorecerá, tú procurarás trabajar en tu oficio hasta que puedas volver á tu patria.

Restaba tratar de la custodia de

las dos casas abandonadas. Fray Cristobal convino en ser el depositario de las llaves, para entregarlas á las personas que ellos indicasen, y Agnes al señalar la suya dió un suspiro muy profundo recordando que estaba abierta, que el diablo habia andado por ella, y que no se sabia lo que él habria dejado que custodiar.

Antes de partir, prosiguió el Padre, vamos á la Iglesia, y juntos roguemos al Señor que os acompañe en el camino y siempre: y que os dé fuerzas para resignarse en su voluntad divina. Con efecto entraron en la Iglesia débilmente alumbrada por la luz de las lámparas, y despues que hubieron orado un rato, pronunció el Padre con voz sumisa, pero inteligible, estas palabras. Tambien os rogamos, Señor, por aquel que es causa de nuestra fuga. Seríamos indignos de vuestra misericordia si de todo corazon no la imploràsemos á favor de él, que tanta necesidad tiene de ella. En nuestra tribulacion tenemos el consuelo de que estamos en el camino que

vos nos habeis puesto, y podemos ofreceros nuestras penas, y convertirlas con la resignacion en verdaderos bienes: ¡ Pero él! Él es vuestro enemigo: pues ama el pecado. ¡ Oh infeliz! tened piedad de él, Señor: tocadle en el corazon: haced que se arrepienta, y concededle todos los bienes que nosotros podemos desear para nosotros mismos.

Acabada esta súplica se levantó y dijo: el alba no tardará á venir; y el tiempo urge. Pronto: á poneros en marcha. Dios os guarde y su Angel os acompañe. Despues con aquella tierna conmocion que no deja explicarse con palabras, y que es propia de las almas virtuosas, se despidió de ellos diciendo: el corazon me anuncia que nos volveremos á ver muy pronto.

Sin esperar respuesta se retiró fray Cristobal: los tres salieron del convento: el lego cerró la puerta deseándoles un feliz viage. Ellos siguiendo la ruta que el Padre les habia indicado se fueron aproximando al lago; hallaron el barquillo que se les habia di-

cho: dieron la seña, y á la luz de la luna pasaron á la otra orilla.

Mientras navegaban no pudieron menos de volver la vista hácia la querida Pátria que dejaban, sin esperanzas ciertas de verla pronto. Lucía se estremeció al ver á lo lejos el Palacio de D. Rodrigo, que colocado en una altura parecia dominar todo el pais. Miró una y muchas veces su casita; buscó ansiosa la ventana de su cuarto; y llena de sensibilidad aquella alma que solo respiraba virtud é inocencia, apoyóla la cara en sus manos, y creyeron se dormia, cuando estaba entregada al mas profundo llanto.

CAPITULO IX.

El golpe que dió la proa contra la ribera derecha del Adda, hizo volver en sí á Lucía, quien enjugándose las lágrimas como pudo, y fingiendo que habia dormido, se levantó para saltar en tierra. Lorenzo salió el primero, la dió la mano, y luego á su madre, y los tres dieron tristemente gracias al

barquero. No teneis motivo de darlas, dijo este, pues aqui estamos para auxiliarnos unos á otros, y retiró la mano cuando Lorenzo procuró darle algunas monedas del dinero que aquella noche se habia echado en el bolsillo, aunque sin otro designio que la vaga prevencion para lo que pudiese ofrecerse. Bien se conoce que ya fray Cristobal le tenia prevenido; pero sin embargo le instaron á que recibiese aquella muestra de gratitud; él la admitió, y partió dejando á los tres viajantes en un pais nuevo para ellos.

Nuestro autor calla el nombre de este pais donde el Padre habia dirigido á Lucía, ni refiere este viage nocturno, y antes expresa que lo calla de intento. Sus motivos son fáciles de conocer: las aventuras de Lucía en aquella tierra están envueltas con la intriga tenebrosa de una persona dependiente de una familia poderosa ó que á lo menos lo era cuando se escribió la historia. Sin embargo lo que esta ha callado por la prudencia de su autor se ha descubierto despues á fuerza de di-

ligencias, y un historiador milanes (*) que ha tenido que hacer mencion de aquella misma persona, aunque en verdad no la nombra, ni dice cual era el pais, da tales señas que no puede ser sino Monza. Dejemos las demas conjeturas y volvamos á nuestros viageros, quienes se reunieron con un hombre tambien preparado por la diligencia del respetable amigo para que los acompañase á Monza. Su conductor los hizo entrar en una hostería, y como práctico en el lugar y conocido de la casa hizo que diesen un buen cuarto donde pudiesen descansar, y dejándolos en él y negándose absolutamente á recibir ninguna gratificacion se marchó á la cocina.

Despues de un dia tan agitado, y una noche tan penosa por todos estilos, era natural que se sentasen con gusto en unas buenas sillas, y respirasen en seguridad tras los peligros an-

(*) Josephi Ripamontii, Historiæ Patriæ. Decad. V. lib. 6.º, pág. 358 y siguientes.

teriores. Desayunáronse con la abundancia que exigia la penurria del año, y los cortos medios de ellos, que lejos de su pais necesitaban economizar lo poco que casualmente habian llevado consigo, y recordando en la mesa aquella frugalidad y el opíparo banquete de boda que estaba dispuesto para pocas noches antes, suspiraron, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Bien hubiera querido Lorenzo detenerse alli todo aquel dia, dejar bien alojadas las señoras, y hacerlas los primeros servicios; pero el Padre Cristobal le habia mandado que inmediatamente se pusiese en camino. A la necesidad de no disgustarle, se agregaron otras razones, como el evitar las hablillas de las gentes, y que la separacion cuanto mas se retardase sería mas dolorosa; y en fin tanto se dijo que se resolvió Lorenzo á partir. Lucía no pudo ocultar sus lágrimas, él hizo cuanto le fué posible para contener las suyas, y estrechando fuertemente la mano de Agnes la dijo: hasta la vista, y marchó.

Las mugeres se hubieran visto bien aturdidas en aquel pueblo desconocido si no hubiesen tenido el consuelo del conductor, que segun la órden de fray Cristobal debia acompañarlas al convento, y hacer por ellas cuanto fuese necesario. Con esta escolta se dirigieron al citado convento, que como todos saben está á poca distancia del pueblo. El conductor tocó la campanilla, preguntó por el Padre Guardian, salió este á breve rato, y recibió la carta.

¡Ola! de fray Cristobal, exclamó conociendo la letra del sobre, y con un tono que demostraba la verdadera amistad que unia á aquellos dignos religiosos. Es de advertir que el Padre en su carta no solo le recomendaba á Lucía con todo empeño, sino que le referia el suceso; por manera que segun iba leyendo manifestaba ya la sorpresa, ya la indignacion, y de cuando en cuando separaba los ojos del papel para fijarlos en Lucía con la expresion de la compasion mas tierna. Acabada la lectura, estuvo un rato

pensativo, y despues dijo. Esto quien puede hacerlo es la Señora.... Sí: la Señora es la única, si quisiera encargarse de este asunto.

En seguida llamó aparte á Agnes, la hizo algunas preguntas, á las que ella contestó, y haciendo acercar á Lucía las dijo: Señoras mias, yo haré cuanto pueda por vosotras, y espero encontrarlas un asilo el mas seguro, el mas honrado, y en fin tal que parece le ha dispuesto el cielo para vuestro bien. ¿Quereis venir conmigo? Ellas contestaron reverentemente que le seguirian donde mandase, y el Guardian prosiguió: vamos al monasterio de la Señora; pero dejadme ir algo delante, pues no parece regular que vamos juntos. Con efecto guiados por el religioso, y acompañadas del conductor se dirigieron á buscar el asilo prometido.

Agnes que no se habia atrevido á preguntarle qué Señora era aquella, tuvo mas confianza con el conductor, el cual respondió: esa Señora es.... es.... yo no sé como me explique, no es

monja, y sin ser monja manda en el monasterio mas que la misma Abadesa; porque dicen que en aquella casa nunca han tenido una persona semejante. Esto es decir que es una gran Señora, y asi se la llama comunmente, y su familia allá en Milán es muy poderosa, y aqui lo mismo, pues aunque su padre no esté en la ciudad es siempre el primero del pais, por lo cual ella puede todo lo que quiere, y si toma á su cargo una cosa malo será que se empeñe.... ¡Caramba! una palabra suya basta para hacer milagros. Creed que como la dé la gana de proteger á esta Señorita, estará tan segura como si estuviese guardada por un ejército.

Junto á la puerta del pueblo que ahora está metida en un torreon, y un pedazo de muralla antigua, se paró el Guardian para ver si le seguian, y continuando su paseo llegó al monasterio, y se detuvo en la portería aguardando su gente. Encargó en seguida al conductor que por la tarde fuese á su convento para llevar á fray Cristobal la

respuesta; él lo prometió, y se despidió de ellas, quienes le llenaron de expresiones y de gracias para tan buen amigo. El Guardian las hizo entrar en el cuarto de la mandadera, á la que las recomendó, y entró solo á entablar la solicitud meditada. No tardó mucho en volver alegre diciéndolas que le siguiesen, y su venida fue muy á tiempo, supuesto que la madre y la hija no sabian como avenirse para contentar la curiosidad de aquella muger, y satisfacer á sus molestas y repetidas preguntas.

Al atravesar un patio el Padre Guardian, dió algunas lecciones á sus protegidas sobre el modo de presentarse á la Señora. Está bien dispuesta á vuestro favor, y puede seros muy útil si quiere. Sed humildes y respetuosas, y responded con sinceridad á las preguntas que se sirva haceros; y cuando no os pregunte callad, y dejadme hacer.

Entraron en una sala baja, desde donde se pasaba al locutorio, á cuya puerta se paró de nuevo el Guardian diciéndolas en voz baja: aqui está la

Señora, como para recordarlas la leccion que las habia dado. Lucía que jamás habia entrado en un monasterio, apenas puso los pies en el locutorio buscó con la vista la Señora, pero no halló á quien hacer la cortesía que pensaba, y solo vió una especie de ventana guarnecida con dos rejas de hierro. Detrás de estas rejas estaba de pie la Señora, cuya edad parecia como de veinte y cinco años, y su rostro aunque bello tenia las señales del abatimiento y del disgusto. Su trage no era el hábito religioso, pero se asemejaba mas á él que á las galas de la alta clase, ya que no en la hechura, en la materia. Se hallaba como hemos dicho en pie: puesta una mano en la reja é inclinando la cabeza como para ver las que entraban. El Guardian se acercó y haciéndola una cortesía la dijo: Señora, esta es la pobre jóven á quien V. S. se digna segun me ha ofrecido conceder su proteccion, y esta que la acompaña es su madre.

Las dos recomendadas estaban mientras tanto haciendo profundas reveren-

cias hasta que la Señora las indicó, haciendo una seña que ya estaba satisfecha de su respeto, y volviéndose al Padre Guardian le dijo: celebro mucho de tener esta ocasion de complacer á nuestros buenos amigos los PP. Capuchinos; pero hágame el favor de contarme mas por menor el suceso de esta jóven, para que yo mejor conozca lo que puedo hacer por ella.

Lucía se puso colorada, y fijó la vista en el suelo. — Ha de saber V. S., empezaba á decir Agnes, cuando el Guardian imponiéndola silencio con una ojeada, continuó. Esta jóven, Señora Ilustrísima, me ha sido recomendada segun he dicho antes por un hermano y compañero muy respetable. Segun me dice ha tenido la pobre que salir de su pais, para evitar grandes peligros, y necesita un asilo donde por algun tiempo pueda vivir desconocida, sin que nadie se atreva á inquietarla, aun cuando fuese un....

¿Pero qué peligros son esos? le interrumpió la Señora. Por favor, Padre Guardian, no me diga las cosas en

enigmas. Bien sabeis que las mugeres somos curiosas, y no gustamos de oir las historias en extracto.

Hay riesgos de tal naturaleza, contestó el Guardian, que ni aun referidos deben llegar á los purísimos oidos de V. S., y solo diré que un caballero muy poderoso.... no todos los que lo son se sirven de los dones de Dios para su gloria, ni para provecho del prógimo como tan loablemente hace V. S.... Pues como iba diciendo, este poderoso caballero despues de haber perseguido á esta inocente con miras indignas, conociendo que sus tentativas eran inútiles, tuvo intencion de perseguirla ya sin rebozo, y á viva fuerza, de modo que la pobrecilla se ha visto reducida á huir de su propia casa.

Que se acerque esa jóven, dijo la Señora, haciendo señas á Lucía con la mano. Bien sé, la dijo, que la boca del Padre Guardian es la boca de la verdad; pero como nadie puede saber mejor que vos misma lo que os ha pasado, os toca decirme si aquel

caballero era un perseguidor odioso.

En cuanto á acercarse bien pronto obedeció Lucia; pero eso de responder era cosa muy diversa. Semejante pregunta aun hecha por una amiga ó igual suya siempre la hubiera consternado, y proferida por aquella Señora, y con cierto aire de duda maliciosa, la quitó enteramente la facultad de darla respuesta..... Señora..... Ilustrísima..... yo quisiera..... esto decia entre dientes y no daba muestras de poder decir otra cosa, á cuyo tiempo Agnes, como aquella que estaba mejor informada, se creyó autorizada para contestar por su niña, y dijo: yo puedo asegurar delante de Dios y de los hombres que esta hija mia tenia y tiene á ese caballero tanto odio como el diablo al agua bendita, quiero decir, para que lo entienda V. S. que el diablo era aquel caballero. V. S. bien puede perdonarme si hablo mal, porque nosotros somos gente asi..... sin etiquetas. El hecho es que esta pobre muchacha estaba para casarse con un jóven igual á nosotros, temeroso de

Dios, y no mal de dinero en cuanto á nuestra clase, y si el señor Cura hubiese tenido mas valor.... no quisiera faltarle al respeto, pero el Padre Cristobal, amigo del Padre Guardian, es un buen religioso, lleno de caridad para con los pobres, y cuando llega la ocasion sabe tener espíritu, porque como dicen....

— Muy pronta sois para hablar sin que os pregunten, la interrumpió la Señora con un aire de altivez, y un gesto que no hizo ningun favor á la hermosura. Callad: ya sé que los padres y las madres siempre tienen una respuesta pronta á favor de sus hijos.

Agnes mortificada miró á Lucía, como diciéndola: mira lo que llevo por no saber tú hablar cuando es preciso. El Guardian tambien la miraba como queriéndola animar á que hablase; de modo que ella haciendo violencia á su carácter tímido contestó: Señora, cuanto ha dicho mi madre es la verdad misma. El jóven que debia ser mi esposo (y aqui se puso como una grana) era de mi gusto, y yo le

daba con todo mi corazon la mano. Perdone V. S. si hablo con esta claridad, pues únicamente lo hago para que no se piense que mi madre queria engañaros. En cuanto á aquel caballero, Dios le perdone el daño que me causa; pero mas quisiera morir que caer en sus manos. Si V. S. hiciere la caridad de proporcionarnos un lugar seguro, ya que nos vemos reducidas á pedir esto, é incomodar á los que no nos conocen.... pero hágase la voluntad de Dios: crea V. S., Señora, que nadie rogará á su Divina Magestad por las felicidades de V. S. con mas veras que nosotras.

Ahora lo creo todo, contestó la Señora con un tono mas dulce, pero tendré gusto en hablaros á solas. No es esto porque necesite otras aclaraciones ni otros motivos para servir al Padre Guardian, y al decir esto volvió la cara hácia él con cierta complacencia forzada, prosiguiendo, y aun tengo ya pensado el modo mejor que por ahora me ocurre. La demandadera del monasterio ha colocado hace po-

cos dias la última de sus hijas, que tambien servia en casa. Esta niña puede ocupar el cuarto que ella ha dejado; y suplirla en lo poco que tiene que hacer para la comunidad. Verdaderamente.... aqui hizo señas al Padre Guardian para que se acercase á la reja, y prosiguió en voz baja: verdaderamente atendida la carestía del año, no se pensaba en substituir á aquella jóven; pero yo hablaré á la madre Abadesa; y creo que una palabra mia.... y la recomendacion del Padre Guardian.... En suma: doy la cosa por hecha.

El Guardian comenzaba á darla gracias, pero ella dijo: no gastemos ceremonias; yo tambien si se me ofreciese me valdria del favor de los PP. Capuchinos. En seguida llamó á una hermana conversa (dos de las cuales por una distincion singular estaban empleadas en servirla) y la mandó que informase de todo á la Abadesa; y habiendo hecho venir la demandadera á la puerta del cláustro, dispuso que con Agnes y el Padre Guardian

se pusiesen de acuerdo para la ejecucion del proyecto. En fin despidió á los dos, y mandó que se quedase Lucía

El Guardian acompañó á Agnes á la conferencia con la demandadera, y despues se encaminó á su convento, preparando en la mente la relacion que iba á hacer respondiendo á la carta de su amigo. Algo loquilla es esta Señora, pensaba á sus solas segun iba andando: loquilla y curiosa en extremo; pero en sabiéndola pillar por su flaco se hace de ella lo que se quiere. Ciertamente mi buen amigo Cristobal no esperará que yo le haya servido tan bien y tan pronto. ¡Qué buen hombre! No hay que cansarse, él siempre ha de tener algun negocio entre manos, y todo por favorecer al infeliz. Por fin ahora no le ha sido inútil tener un amigo que sin estrépito, sin aparato y sin nada, en un abrir y cerrar de ojos ha puesto el negocio en un estado brillante. Por fuerza quedará satisfecho cuando lea mi carta, y verá que aun somos buenos para alguna cosa.

La Señora que en la presencia de un padre Capuchino habia estudiado los modales, y medido las palabras, quedándose silla á silla con una jóven inexperta y sencilla, no pensaba tanto en contener su carácter , y sus discursos fueron siendo poco á poco tan extraños, que en vez de referirlos nos vemos obligados á contar brevemente la historia de esta infeliz, solo aquello que baste para dar razon de lo extraño de su conducta, y hacer comprender la que despues observó en los sucesos que tenemos que contar.

Esta Señora era la última hija del Príncipe de * * * caballero milanés, tan ilustre como el primero, y el mas rico de todos; pero el concepto indefinido que él tenia de la grandeza de su orígen, le hacia creer que sus cuantiosos bienes eran únicamente los necesarios para los gastos que exige su esclarecida prosapia, y asi todos sus cuidados se habian dirigido á conservar perpetuamente sus bienes en el mismo estado en que se hallaban íntegros y unidos. No dice la historia

cuantos hijos tenia; pero sí dice que de antemano tenia destinados al cláustro cuantos hijos de ambos sexos tuviese, con el fin de dejar al primogénito sus estados íntegros, como encargado único de la conservacion del lustre de su casa. Nuestra infeliz estaba aun en el vientre de su madre cuando ya estaba irrevocablemente establecido el papel que habia de hacer en el teatro del mundo, y solo faltaba decidir si sería fraile ó monja, cuya decision no podia hacerse sin la presencia del interesado. Nació por fin niña, y el Príncipe queriendo ponerla un nombre que abrazase á un tiempo la idea del cláustro y la de una ilustre cuna, la puso el de Gertrudis. Muñecas vestidas de monjas fueron las que para su entretenimiento se la pusieron en las manos; si alguna vez el Príncipe, la Princesa, y el primogénito querian alabar sus gracias infantiles no la decian sino ¡que madre Abadesa! Si la niña se dejaba en alguna ocasion llevar de su genio naturalmente altivo é imperioso, la de-

cian sus padres: poco á poco: ese tono es impropio de una niña: allá cuando tú seas Abadesa podrás mandar con imperio. En una palabra, aunque materialmente no la decian serás monja, lo estaban diciendo todo el dia y fomentando en vez de contener su carácter demasiado inclinado al mando.

A los seis años fue preciso tratar de su educacion, y ya se supone que sería en un convento. El de Monza fue el elegido, y no sin causa, pues segun las noticias que se han podido adquirir de aquella familia el tal Príncipe era el feudatario del pueblo, y era natural que pensase que alli mas que en otra parte sería su hija tratada con todo respeto y atencion como hija del dueño del pueblo. No se engañó en esta idea, pues las religiosas miraron como un favor singularísimo la preferencia que se daba á su casa; y desde luego correspondieron, aunque sin intencion, á las ideas del Príncipe. El nombre de Señorita que desde el principio la dieron: el señalarla un sitio distinguido en la mesa,

y en el dormitorio: el proponer su conducta como un modelo á las ótras educandas; y el distinguirla por todos los medios imaginables era tanto mas lisongero para ella como que convenia con su natural carácter.

El hombre pone y Dios dispone, se dice con mucha verdad, y asi se verificó en el caso presente, pues aunque el ardid del Príncipe iba logrando el efecto deseado, una simple niña involuntariamente trastornó todos sus planes. Gertrudis sin conocer mas terreno que el monasterio, ni concebir en su imaginacion puesto mas elevado que el de Abadesa, no hablaba sino de esto con sus compañeras, ni en sus conversaciones suspiraba sino por el dia en que debia mandar la comunidad, y ser la Princesa de aquel aislado imperio. Pero entre las educandas habia una que sabia estaba destinada á casarse con un jóven heredero de una ilustre y opulenta familia: y con esta perspectiva, no escuchaba en silencio el magnífico cuadro del estado futuro de Gertrudis. Contábala ella

con igual énfasis; los saraos, los banquetes, las galas que se prodigarian en su boda; el brillante Palacio que se la destinaria: la multitud de criados que estarian aguardando sus órdenes; y esté paralelo fue poco á poco disgustando á Gertrudis; y tras el disgusto vino el deseo de preferir la opulencia del mundo, á la soledad y retiro del cláustro. Para no ser menos que sus compañeras, y para condescender al mismo tiempo con su nuevo genio, siempre que se hablaba de la felicidad de ambos estados decia que al cabo ninguno la pondria el velo en la cabeza sin su consentimiento, y que tambien ella podria casarse, habitar un Palacio, y gastar mucho lujo, y aun mas que ninguna, pues su casa era de las mas opulentas, y que todo estaba en que de veras lo quisiese. Al hablar asi no conocia que ya lo estaba queriendo. La idea de su consentimiento para tomar estado, que hasta entonces habia estado metida en un rinconcillo de su cabeza, se desenvolvió bien pronto, y se manifestó en

toda su fuerza: excitándola varias veces ella misma para saborearse mejor con la idea de una perspectiva brillante. Algunas veces, aunque no siempre, se asociaba á esta idea la de que aquel consentimiento habia de negarse á su padre: orgulloso por su genio y su poder, y que ya tenia manifestada su voluntad del modo mas positivo, y cuando asi pensaba Gertrudis su alma estaba muy distante de tener la misma seguridad que mostraban sus compañeras. Comparábase con ellas, y experimentaba que ella tenia en realidad la envidia que habia pensado causarles. Con envidiarlas las aborrecia, y aun de cuando en cuando las mostraba este odio con apodos, con chanzas picantes, asi como otras veces la conformidad de inclinaciones hacia aparecer una amistad poco duradera. Hubo ocasiones en que deseando lisongearse con una cosa sólida y presente, se complacia de las preferencias que en aquel recinto gozaba, y daba á conocer su superioridad á las otras, quienes por esto mismo la

trataban con menos familiaridad, hasta que viéndose sola, y combatida de temores y deseos, iba ella misma á reconciliarse con las que estaban sérias, buscando su cariño y sus consejos.

Era en aquellos tiempos y en aquel pais una especie de ley, ó fuese costumbre, segun la cual una niña educanda no podia aspirar al hábito de religiosa, sino despues de haber pasado algunos meses en su casa, cuya práctica tenia el muy fundado motivo de probar la vocacion de la interesada á un estado tan respetable. Ya Gertrudis se hallaba en la edad de sufrir esta prueba; y ya estaba cerca el dia en que su familia debia llevarla á gozar una opulencia y un mundo que no conocia sino por noticias ó confusas memorias, cuándo hablando con sus compañeras, y recapitulando todo el proceder de su familia, la hicieron conocer que estaba destinada al estado religioso, y que solo una resolucion muy firme podria ser bastante á resistir la batalla que la esperaba. ¿Y es-

ta resolucion debia manifestarse frente á frente de su padre, ó era mas conveniente prevenirle y anunciárselo? El papel no tiene vergüenza, se dice por adagio, y esta fue la opinion de las amigas que estaban en consulta. Determinóse que á pretesto de manifestar deseo de ver su casa despues de tantos años, indicase que su gusto sería no separarse de su amada familia, de modo que indirectamente era la respuesta á lo que indirectamente la habian estado preguntando desde que supo hablar. Entre cuatro se redactó la carta, se dirigió á su destino, se aguardó con ansia la respuesta, pero no la hubo; y aun creerian que algun accidente la hubiese extraviado, á no ser porque dentro de breves dias la Abadesa llamándola aparte la habló aunque por rodeos de que su padre estaba descontento con ella, y la dejó entrever que portándose bien cesaria el enojo, y se desmentirian ciertas sospechas que la habian causado.

Llegó por fin el dia tan suspirado,

y aunque Gertrudis no ignoraba que iba á una batalla, sin embargo el gusto de salir del monasterio; el de pasar aquella puerta que ocho años antes se abrió para admitirla; el gusto de correr en el coche por el campo, y el placer de ver de nuevo la ciudad y su casa, la causaron una alegría que la hizo olvidarlo todo. Ademas para el lance crítico ya habia conferenciado con sus compañeras, y por sus consejos tenia tomadas sus medidas. Decíase á sí misma, ó se trata de violentarme para que vuelva al convento, y entonces yo me mantendré en un *no* redondo, ó bien me querrán obligar á buenas, y entonces mi humildad y mis lágrimas les moverán á compasion; pero como sucede frecuentemente en semejantes proyectos anticipados, no sucedió ninguno de estos extremos. Pasaban dias y mas dias sin que ni sus padres ni nadie la hablase de la carta ni del monasterio, ni por bien ó por mal quisiesen exigir respuesta; y solo notaba que delante de ella todos estaban sérios aun-

que sin decirla el motivo. Veíase mirada como una rea, una indigna de su cariño: una especie de anatema misterioso parecia que pesaba sobre su cabeza, y la separaba de su familia, teniéndola unida á ella solo aquello que bastaba para hacerla conocer la sujecion de etiqueta, y solo á ciertas horas era admitida á la sociedad de sus padres y del primogénito. En las conversaciones que mútuamente tenian estos tres personages reinaba la franqueza y la cordialidad; pero sucedia al contrario cuando hablaban con ella, cosa que hacia su proscripcion mas sensible y dolorosa. Ninguno la dirigia la palabra, si alguna ella decia tomando parte en la conversacion, jamás era respondida á no ser que tuviese un objeto de evidente necesidad, y aun entonces se la contestaba lacónicamente, y sin mirarla á la cara. Si ella no pudiendo sufrir tan amarga distincion se quejaba é imploraba un poco de amor se la respondia con altivez, y de modo que se la indicaba que la eleccion de estado era

el único camino para reconciliarse con la familia.

La sensacion de cuanto veia y escuchaba formaba un terrible contraste con aquellas risueñas visiones que tanto la habian ocupado, y aun la ocupaban en el secreto de su alma. Habia esperado que en la espléndida y concurrida casa paterna encontraria la realidad de los fantasmas que la habian seducido, y conoció que se habia engañado. En su casa era tan estrecha y tan completa la clausura como en el monasterio: ni aun se trataba de salir á dar un paseo: y una tribuna que pasaba á la Iglesia contígüa quitaba la única precision de salir de casa. La compañía era mucho menos numerosa y mas triste que en el monasterio. Al anuncio de cualquier visita ella debia retirarse con una antigua dama de la Princesa, con la cual tambien comia siempre que en la mesa se sentaba persona de fuera de casa. El grupo de sirvientes se uniformaba en seriedad, y reserva al grupo de los amos, y asi Gertru-

dis, cuyo carácter era mandar con imperio se veia precisada á hacer cuanto podia para descubrir un poco de cariño entre aquella circunspeccion afectada y frio respeto que hallaba en los criados. Sin embargo es menester decir que un page, bien al contrario de los demas, la miraba con mayor respeto, con mas ternura, y parecia tenerla una compasion cariñosa. La figura de aquel jóven era la que Gertrudis habia hasta entonces encontrado mas semejante ó menos opuesta á la imágen de aquel esposo ideal que su imaginacion la habia dibujado. Poco á poco se descubrió un no sé qué de nuevo en los modales de la Señorita; una tranquilidad y una inquietud diversas de lo que antes era; y en fin un aire como el que se observa en aquel que ha encontrado una cosa largo tiempo deseada, y que no quiere descubrirla á nadie y que la sepan todos. No se ocultó este nuevo estado á los ojos penetrantes de su familia: comenzaron á observarla, y cuando todos andaban entre si será esto, ó será

lo otro, una mañana su camarera la sorprendió escribiendo una carta, que ojalá nunca hubiera escrito. No hubo remedio, la carta dió en manos de la camarera, de ellas pasó á las del Príncipe, y no es posible pintar ni aun imaginar cual fue el terror de la niña cuando oyó los acelerados pasos de su padre; mas cuando le vió presentarse echando fuego por los ojos, y con aquella funesta carta en la mano, Gertrudis hubiera querido hallarse no digo en su monasterio, sino mil varas debajo de tierra. Las palabras fueron pocas y terribles. El castigo que se la intimó al momento fue un encierro absoluto en su cuarto, bajo la vigilancia de la camarera que habia hecho el descubrimiento; bien que todo esto no era mas que por pronta providencia, pues se la insinuó para en adelante un castigo oscuro, indeterminado, y mas espantoso.

El page fue inmediatamente despedido como era regular, y se le advirtió que tendria motivo de arrepentirse con todas veras en el caso de que se

supiese algo de lo sucedido. No es dificil hallar causa para despedir un page, ni tampoco lo fue hallar pretesto para el retiro de ella diciendo que estaba algo enferma.

Contemplémosla pues sola en su cuarto, con la confusion de haber sido descubierta, con el remordimiento, con el terror de peor suerte, y con la compañía de aquella muger á quien odiaba como á testigo de su culpa, y única autora de su desgracia. Ella tambien miraba mal á Gertrudis, pues por su causa se hallaba reducida sin saber hasta cuando á la odiosa vida de carcelera, y hecha para siempre guarda de un secreto peligroso.

Poco á poco se fue aquietando aquel confuso tropel de pensamientos para dar lugar á que cada uno la fuese mas ó menos atormentando. ¿Cuál podia ser aquel castigo amenazado? Muchos y extraños se presentaban á su imaginacion; pero el mas probable era el volverla á encerrar en el monasterio, no ya como una Señorita mimada, sino en

forma de una niña culpable, de órden de su padre, y para estar encerrada, Dios sabe hasta cuando y con que rigor. Lo que tal posibilidad tenia para ella mas temible era la vergüenza que sufriria en tal estado si se ponia en comparacion con el que alli mismo habia disfrutado siendo el ídolo del universal obsequio. Por fin despues de muchos temores y reflexiones á cual mas penosa, conoció que la única plaza fuerte donde podia estar mas tranquila era el cláustro, siempre que ella misma le pidiese. Sin duda era durísima esta súplica, pero su encierro actual, la idea de otro mas penoso, y en fin el mal gesto de su carcelera, todo contribuia á ponerla en disposicion de obedecer á su padre. Pasó sin embargo en esta agitacion unos cuantos dias que se la figuraron siglos, hasta que uno se sintió tan cansada de aquel género de vida, que como fuera de sí corrió á una mesita, tomó una pluma, y escribió á su padre un billete implorando su perdon, y manifestando hallarse algo dispuesta á obedecerle.

La lectura de este papel hizo renacer la esperanza en el corazon del Príncipe, llamó á la suplicante, y mientras venia se preparó á aprovechar los momentos de su miedo. Gertrudis se arrodilló á sus pies y temblando pronunció la palabra perdon. Él la hizo una seña para que se levantase y con una voz poco á propósito para darla esperanza, la dijo que no bastaba desear ni pedir el perdon, siendo cosa muy natural que le pidiese el culpado, y le desease el que temia el castigo, sino que la dificultad estaba en merecerle. Gertrudis con la mayor humildad preguntó ¿qué debia hacer para ello? á cuya pregunta el Príncipe (pues en aquella ocasion no mereció el nombre de padre) no respondió directamente sino que comenzó por rodeos á hablar de la eleccion de estado. Díjola que aun cuando él por casualidad,.... alguna vez hubiese pensado en casarla, ya conocia que despues del lance ocurrido se habia hecho algo dificil por el pronto la eleccion de un esposo, y que asi ella misma

debia ver en aquel triste accidente una prueba de cuán peligrosa es la sociedad, y cuán segura y tranquila la vida del cláustro.

¡Ah! sí, exclamó Gertrudis conmovida en aquel instante por el temor de lo pasado y la idea de lo futuro. —¿Tambien lo conoces tú asi? contestó el Príncipe lleno de alegría y creyendo ya cumplidos sus deseos. Pues entonces si quieres volver al cláustro, no se hable mas del suceso; todo queda perdonado.... enteramente borrado de la memoria.

Verificada la reconciliacion, conservó ella bastante presencia de ánimo para exigir de su padre que por entonces no se la obligase á tomar el velo, contentándose con que habitase en el monasterio, sin hacer los votos ni vestir el hábito, y que entre tanto era fácil que la costumbre, la reflexion, el tiempo y los ejemplos que alli encontraria, venciesen la repugnancia que tenia por entonces al estado religioso. En este convenio se advierte desde luego que Gertrudis queria evitar la moles-

tia presente, disminuir sus penas, ya que no podia terminarlas, y ganar tiempo. Su padre por el contrario apartándola del mundo, y desprendiéndola de visitas y lujo, aguardaba que dentro de poco sería una buena monja, convencida de que alli solo encontraba los aplausos y los respetos, cuando en su casa no veia sino desaires. Bajo este plan Gertrudis volvió al monasterio, siendo monja sin ser monja, como habia dicho á Agnes el paisano que la acompañaba, y siendo mas que todas las monjas, pues ademas del respeto que se tributaba á su elevada clase, influia en su autoridad en el monasterio la órden expresa del Príncipe para que nada se la negase en cuanto á su servicio, y sus cariñosas insinuaciones á las superioras para que fuese mirada con toda la indulgencia y amor imaginables, pues en esto creia el buen Señor que estribaba toda la dificultad, y que era el único medio de hacerla pedir el velo.

Hasta aqui la historia de Gertrudis; y puesto que la dejamos en conversa-

sion con la tímida Lucía, diremos que estuvo tan preguntona sobre los pormenores de la persecucion de D. Rodrigo, que ella no sabia que responderla. Aparentaba reir del gran temor que aquella niña inexperta habia concebido, y aun la preguntaba si era tan feo y tan despreciable que pudiese inspirar odio á las mugeres, en términos que por ellas no estaba muy distante de culpar á Lucía, si ella no hubiese antes confesado la preferencia que en su corazon daba á Lorenzo.

Ello es que la jóven salió del locutorio asombrada del carácter de la Señora, y luego que pudo hablar á solas con su madre no dejó de manifestárselo; pero ella como mas experimentada: no te maravilles, la dijo: cuando tengas tanto mundo como yo conocerás y verás que estas son cosas que no deben admirar á nadie. Estas Señoras, quien mas, quien menos, cual por un lado, cual por otro todas tienen sus manías. Conviene dejarlos decir, especialmente cuando se les necesita; y aparentar que se les oye con

mucha seriedad aun cuando solo digan bagatelas. ¿Has visto como se puso conmigo, como si yo hubiese dicho un disparate? Pues yo me quedé tan fresca. Sí todos son del mismo modo. Y ¡ola! gracias á Dios que ella segun parece te ha tomado bajo su proteccion, y quiere ampararte de veras.

El deseo de obligar al Padre Guardian, la complacencia de proteger, el pensamiento del buen concepto que podia ganarla una proteccion concedida tan generosa y piamente, una cierta inclinacion hácia Lucía, y en fin aquel gusto que encuentra el corazon cuando favorece al inocente y da auxilio al oprimido habian realmente dispuesto á aquella Señora á tomar á su cargo la suerte de aquella pobre fugitiva. Por respecto á las órdenes que dió, y á lo que encargó su pronto cumplimiento, fueron alojadas en el cuarto de la demandadera contiguo al cláustro, y tratadas como si fuesen empleadas en el monasterio, de modo que las dos se congratulaban de haber hallado tan pronto un asilo segu-

ro y honrado. Tambien hubieran deseado permanecer ignoradas de todos; pero no era fácil en una casa como aquella, y tanto mas cuando habia un hombre demasiado tenaz y empeñado en saber de ellas, pues á la pasion que tenia á la una, se juntaba la rabia de haberse visto burlado. Nosotros dejándolas por ahora en su nuevo domicilio volveremos al palacio de D. Rodrigo en la hora en que precisamente estaba aguardando el éxito de sus proyectos.

CAPITULO X.

Como un galgo que en vano ha seguido la liebre, vuelve á la presencia de su amo con el hocico bajo, y el rabo entre piernas, asi aquella cuadrilla de valentones volvia á presentarse á D. Rodrigo. Él se paseaba inquieto por una sala no habitada del último piso de su palacio, cuyas vistas daban á la campiña. De cuando en cuando se paraba á escuchar y mirar al campo, lleno de impaciencia, y no falto de

inquietud, no solo por la incertidumbre del éxito, sino por sus consecuencias posibles, porque esta era la mas grande y arriesgada empresa que habia ideado. Sin embargo procuraba tranquilizarse meditando las precauciones que habia tomado, para que no quedasen indicios contra su persona — En cuanto á las sospechas (decia) me rio de ellas. Quisiera yo ver quien era el curioso que venia á saber si estaba ó no aqui esa muchacha. Venga, venga el que fuere y será bien recibido. Venga el fraile: venga la vieja: vaya á paseo la vieja.... ¿ la justicia ? ¡ bobada ! El Podestá no es ni un niño, ni un loco. ¿ Y en Milán ? ¿Y quién alli ha de pensar en esa gente? ¿ Quién sabe quienes son ? Los pobres son como gente perdida en el ancho espacio de la tierra: no tienen ni un solo protector. Ea, fuera miedos. ¿Cómo se quedará Atilio mañana? Verá que no soy yo de aquellos que charlan en vano.... Mas si despues se originase algun embrollo.... algun.... ¿qué sé yo ? Tal vez haya algun enemigo que quiera

aprovechar la ocasion ; pero entonces Atilio sabrá tambien aconsejarme. En esto se halla empeñado el honor de toda la parentela.

Pero el pensamiento que mas le aquejaba era el que á un mismo tiempo servia para aquietar sus dudas, y dar pábulo á la pasion principal: es decir que este pensamiento eran los regalos y las promesas con que podia adormecer á Lucía, para que recibiese con resignacion su destino. Tendrá tanto miedo (decia) de hallarse sola entre esa gente, y luego cara á cara conmigo.... ¡Por Baco que yo soy demasiado humano! Ella deberá recurrir á mi bondad: me suplicará, y entonces.... Interin se entretenia en estos pensamientos oye ruido de gente: abre la ventana: se asoma: ve los bultos, pero no la litera.... ¡Diablos! exclama: dónde está la litera.... tres.... cinco.... ocho: ninguno falta, ni aun Griso.... y la litera no parece. ¡Diablos! El señor Griso me dará cuenta de su comision.

Entrados que fueron en palacio, el Griso dejó en una sala baja su disfraz

de Peregrino, y subió á dar cuenta á su amo que le aguardaba á la punta de la escalera, y luego que le vió aparecer con aquella facha de bribon burlado le gritó con enojo. Ola: señor fanfarron.... Señor capitan.... Señor, *dejádmelo á mí.*

Cosa dura es, contestó el Griso quedándose inmóvil con el pie en el primer escalon: cosa dura es oir improperios despues de haber trabajado fielmente y procurado hacer su obligacion exponiendo su pellejo.

Te oiremos, te oiremos, dijo Don Rodrigo, y volvió á la sala donde Griso le hizo una relacion circunstanciada de lo que habia dispuesto, hecho, visto, y no visto, entendido y reparado, en fin le informó de todo con aquella forma y aquel aturdimiento que por fuerza habia de reinar en su cabeza.

Ya veo que no tienes la culpa, y que te has portado bien, respondió D. Rodrigo: has hecho cuanto estaba en tu mano.... ¿ pero aquí hay un espía debajo de este techo? Pero si

le hay.... si le llego á descubrir te aseguro, Griso, que entonces....

— Tambien á mí (contestó este) me ha pasado eso por el pensamiento, y si fuese verdad, y se llegase á descubrir el pájaro.... el Señor amo me ha de hacer el favor de entregarle á estas manos. Quien se hubiese permitido la diversion de hacerme pasar una noche como esta me tocaba á mí darle las gracias. Pero reflexionando en todo lo que ha sucedido me parece que aqui se oculta algun otro embrollo, que por ahora no puedo comprender. Mañana se verá el agua mas clara. — Pero á lo menos, dijo D. Rodrigo, nó hemos sido conocidos. — Creo que no, respondió él, y se dió fin á esta conferencia dándole D. Rodrigo tres órdenes para el dia siguiente. 1.ª Enviar muy temprano dos hombres que hiciesen al Cónsul la intimacion que queda referida. 2.ª Mandar otros dos á que rondasen las cercanías del caseron arruinado donde se ocultaba la litera, á fin de alejar de alli los curiosos que pudiesen reconocerla, hasta que á la noche se trajese

á casa ; y 3.ª comisionar otros dos de los mas expertos para que fuesen al pueblo y oyesen y averiguasen lo que se pensaba del lance pasado. Tomadas tales disposiciones se retiró D. Rodrigo á su cuarto, y despidió al Griso elogiándole mucho, ya para animarle á seguir la empresa, ya para hacerle olvidar la aspereza con que le habia recibido.

Cuándo se levantó D. Rodrigo á la mañana siguiente ya el Griso estaba trabajando, y luego que lo supo fue á buscar al Conde Atilio, quien apenas le vió le gritó.... y la apuesta. — No sé que decirte, respondió él, la pagaré tal vez, pero no es esto lo que mas me importa. Yo no te habia dicho lo que hay, porque, lo confieso, pensaba desengañarte esta propia mañana :.... mas ahora sabrás lo que sucede.

En seguida le contó el lance que el Conde escuchó con asombro, y con mas seriedad que la que era de esperar de su carácter atolondrado, y luego dijo: Que me maten sino anda en esto el tal fray Cristobal. Aquel Padre con su aire de gatita muerta, y su

hablar comedido sabe mas que todos nosotros. Tú me has reservado el motivo de su visita, pero.... Aqui D. Rodrigo le interrumpió contándole cuanto le habia dicho, lo que oyó el Conde con el mayor enojo, protestando que se habia de vengar de fray Cristobal, recetando palizas á todo el mundo, y en fin tan loco se puso, que el mismo D. Rodrigo temiendo ver comprometido su nombre en un asunto peligroso, tuvo que sosegarle repetidas veces. Él no queria admitir composicion, y protestaba que habia de conseguir la venganza: deja por mi cuenta á ese aconsejador, decia por último el Conde; sin comprometernos ha de llevar su merecido. Aun no sé el cómo; pero le encontraré, y mi señor tio el consejero del Consejo secreto me servirá en esta ocasion. Oh querido Conde, amabilísimo tio, cuanto me alegro de hallar ocasion de emplear á un politicon de grueso calibre. Pasado mañana voy á Milán, y de un modo ó de otro fray Cristobal tendrá motivo de acordarse de la familia.

Ni el desayuno que se sirvió al instante pudo interrumpir las amenazas del tal Atilio, quien despues de haber desfogado su ira, comenzó á usar de su genio chanceándose con el chásco de su sobrino, quien como interesado se resentía de las chanzas, sobre lo cual se originó un sério altercado, que no concluyó hasta que el Griso vino á dar cuenta de sus comisiones.

Refirió que el lance de la noche era el objeto de todas las conversaciones, y el blanco de las conjeturas. Que Perpetua no era dueña de asomarse á una ventana sin que la sitiasen muchos curiosos para que les contase qué gente habia entrado en su casa, y dado motivo al toque de la campana. Ella por su parte resentida del ardid con que Agnes la habia detenido á la puerta necesitaba desahogar su cólera. Ni podia llevar en paciencia el tiro hecho á su buen amo, sobre todo cuando habia sido calculado y tan bien combinado, por una muchacha sosita, un jóven bonazo, y una reverenda viuda. El señor Cura podia mandarla

formalmente, y suplicarla de todo corazon que callase: ella respondia que no tocaba nada á su secreto, sino que hablaba de sus propios resentimientos. Gervasio, á quien no parecia verdad el hallarse por la única vez mejor informado que otros sobre alguna cosa, ni tenia por pequeña gloria el haber tenido un gran miedo; y á quien por haber puesto mano en una cosa que tenia apariencias de arriesgada parecia que ya debia ser mirado por un hombre como todos, ardia en deseos de contarlo todo para darse honor. En cuanto á Tonio, que pensaba sériamente en las resultas que podia tener la intentona, escusaba cuanto podia el hablar de ella; pero por desgracia al volver á casa aquella noche, á hora desacostumbrada, entre tal estrépito, y en una situacion que predispone á la sinceridad, habia informado de todo á su muger que no era muda. Quien habló menos que todos fue Menico, pues sus padres apenas oyeron la historia de su expedicion cuando dieron su hijo por perdido supuesto que ha-

bia tenido la osadía de entremeterse en un asunto que interesaba al temible D. Rodrigo, y asi le impusieron el mas profundo silencio; y no contentos con esto le tuvieron encerrado en su casa todo aquel dia; ¿pero qué importó esta precaucion? Ellos mismos charlando con la gente del pueblo sobre el suceso, cuando se llegaba á aquel punto oscuro de la fuga de nuestros tres infelices, y del cómo, y por qué, y dónde, añadian como una cosa cierta que se habian refugiado en el convento de Parasenico. Asi esta circunstancia circuló de boca en boca por todo el pueblo.

Ni se quedaba en el tintero la vista de los valentones, ni la llegada del peregrino. Todo el pueblo habia visto á los que se hallaban en la hostería; pero el hosterero, aunque mil veces preguntado, solo respondia que su casa era un puerto de mar, y que no era posible tomar la filiacion á cuantos entraban en ella. El nombre de D. Rodrigo tambien era pronunciado; y en fin se hacian sobre aquel embro-

llado lance todas cuantas conjeturas eran imaginables, y aun algunas muchas disparatadas; pero al fin su narracion hizo que todos conociesen que Lucía y su madre habian huido á favor del padre Capuchino.

Estas circunstancias fueron las que mas exasperaron á D. Rodrigo, y furioso pateaba exclamando: Los dos juntos han huido.... los dos juntos... y aquel Padre.... voto va.... Me las pagará, sí, Griso, me las pagará ó he perder mi nombre.... Griso, quiero saberlo todo.... quiero hallarlos.... esta misma noche me has de traer la noticia de donde están. Hasta entonces no descanso. — Pronto á Parasenico, á indagar, á saber de fijo la verdad. Cuatro escudos al instante, y mi proteccion para siempre. Esta noche, esta noche misma he de saberlo.

Con esta órden sale Griso de nuevo á campaña, y con tal felicidad, que á su vuelta pudo tranquilizar á su protector, y he aquí el modo con que lo supo al pie de la letra.

La amistad es uno de los mayores

consuelos de la vida, y uno de los mayores de la amistad es poder confiar un secreto, y como cada uno tiene sus amigos y sus secretos, de aqui es que cuando uno se procura el placer de confiar al amigo su secreto, dá á él la gana de buscar igual placer con otro amigo. Es verdad que estas confianzas se hacen bajo la condicion de no comunicarlas á nadie; pero si esta palabra se tomase al pie de la letra se cortaria enteramente el curso de los mútuos consuelos. Por esto la práctica general es no fiar los secretos sino á un amigo fiel, y con la misma condicion del sigilo: por manera que haciéndolo asi no se falta á la ley, y de amigo en amigo gira el secreto por una inmensa cadena. Ademas hay hombres privilegiados que tienen muchos amigos fieles: y cuando el secreto llega á noticia de uno de estos, el giro es rápido y tan variado que corre por toda una poblacion y en todas direcciones. Nuestro autor no pudo descubrir por cuantas bocas pasó el negocio que Griso iba á indagar; pero lo

cierto es que aquel buen hombre que desde el lago las acompañó hasta el convento de Monza, volviendo al anochecer con su respuesta á Parasenico, se detuvo primero á echar un trago en casa de un amigo de toda confianza, le contó la buena obra á que acababa de contribuir, y, ó porque este amigo se lo dijo á otro, ó qué sé yo como, el Griso lo supo con sus pelos y señales.

Luego que supo D. Rodrigo que Lucía y su madre se habian refugiado en un convento de Monza, y que Lorenzo habia marchado á Milán, se alegró de esta separacion: empleó gran parte de aquella noche en arreglar sus planes, y madrugando mucho llamó á Griso para mandarle á Monza á tentar el vado, y dar noticias que sirviesen para concertar los proyectos. — Señor.... dijo Griso meneando la cabeza.... — Qué dices. ¿No te he hablado bien claro? — Si V. S. pudiese mandar á otro.... — ¿Cómo? — Señor.... yo estoy pronto á dar la vida por V. S.; esta es mi obligacion: pero

bien séque V. S. no gustará de exponer tanto la vida de sus fieles criados. — Qué diablos quieres decir. — No ignora V. S. aquel asuntillo que yo tengo pendiente, y.... aqui estoy bajo la proteccion de V. S.: el señor Podestá es amigo de casa: los alguaciles me toleran, y yo.... es cosa que no hace honor á mi espada; pero al fin para vivir tranquilo los trato como amigos. En Milán es conocida la librea de V. S.; pero en Monza.... Alli soy yo el conocido. Y no lo digo por alabarme; pero ya sabe V. S. que quien me pudiese presentar á la justicia no perderia el trabajo. La promesa por mi cabeza son cien escudos en la mano, y la facultad de librar dos presos. — Ahora me sales con eso; ¡perro faldero que ladra mucho en el cuarto de su amo, y no se atreve á salir á la puerta de la calle! — Creo, señor Padrino, que he dado buenas pruebas.... — Con que en dos palabras. Concluyamos....

Todo el inmenso poder de la casa de D. Rodrigo se presentó á la imaginacion de Griso, apenas vió que le

obligaba á decidirse, y aterrado dijo.... en dos palabras haga V. S. cuenta que no he hablado. Corazon de leon, piernas de liebre, y yo parto al instante.
— Y digo yo por ventura que vayas solo. Llévate contigo dos de los mejores. V. g. Sfregiato y el Tiradritio; y ten valor, sabe ser hombre. ¡Que diablos! Tres caras como las vuestras que van por un camino, ¿quién será el que se atreva á decir nada? Era preciso que los alguaciles de Monza tuviesen poco cuidado con su vida, si quisiesen jugarla contra cien escudos á un juego tan peligroso. Y ademas no creo que allá sea yo tan desconocido que se cuente por nada la cualidad de dependiente de mi casa.

Excitado asi el valor del Griso, le dió mas amplias y circunstanciadas instrucciones. Él, elegidos sus dos compañeros, se puso en marcha con aparente serenidad, pero punzándole en el corazon su causa abierta, las mugeres que iba á buscar, y los caprichos de su protector.

Otro pensamiento tenia tambien Don Rodrigo, y era el separar para

siempre á Lorenzo de la compañía de su amada. Pensaba esparcir las voces de amenazas y asechanzas, que llegando á sus oidos por boca de algun amigo le quitasen la gana de volver á su tierra. Sin embargo creia que aun sería mejor enredarle en una causa criminal, á pretesto del atentado cometido en casa de D. Abundio; y aun deliberó confiarse al Doctor Azzecca-garbugli, que como expresaba su nombre burlesco, era capaz de inventar mil ardides y mil criminalidades para aterrar á un hombre. Pero (asi sucede muchas veces en el mundo) mientras que D. Rodrigo pensaba acudir para este negocio al Doctor, como el hombre mas hábil en la materia, otro hombre en que nadie podia pensar, el mismo Lorenzo trabajaba en complacerle de un modo mas cierto y mas pronto que hubiera sabido inventar el Doctor con toda su práctica en embrollos.

Despues de la dolorosa despedida que hemos contado, iba caminando nuestro jóven hácia Milán con el co-

razon tan oprimido como cualquiera puede figurarse. Cuando se recordaba que D. Rodrigo era la única causa de tantas penas, se embebia todo en ira, y en deseos de venganza; pero la idea de aquella devota súplica que con fray Cristobal habia hecho en la Iglesia de Capuchinos, le restituia la serenidad, y tanto que en cuantas cruces é imágenes hallaba en el camino, en otras tantas se paraba á rezar y pedir á Dios por su mismo enemigo: asi es que no llegó á la ciudad sin haber muerto veinte veces en su imaginacion al Don Rodrigo, y haberle resucitado otras tantas.

Llegó por fin á ver las torres de Milán, y como aquel que jamás habia pisado la tierra, quiso proceder con seguridad, y arrimándose cortesmente á un hombre que venia por el mismo camino, le preguntó por dónde iria mas cerca al convento de Capuchinos. El tal caminante era un vecino de un pueblo inmediato que aquella mañana habia ido á Milán á sus negocios, no hizo ninguno, y se vol-

via á su casa tan de prisa, que no veia la hora de hallarse en ella, tanto que con gusto hubiera excusado aquella paradita. Con todo por su vanidad se detuvo y le dijo: dos son los conventos que hay en Milán: sepamos cual es el que buscais. Lorenzo sacó la carta, y leyendo en el sobre la circunstancia de *junto á la puerta oriental*, contestó el otro: Por cierto que sois afortunado en que sea ese convento, pues sin tener que atravesar la ciudad podeis llegar á él con tal de que sepais tomar bien las señas que os diere. Con efecto le indicó el modo de verificarlo, y se despidió dejando á Lorenzo muy prendado de su cortesía.

Las cercanías de Milán no estaban entonces como están ahora, y como no interesa describirlas diremos que nuestro jóven sin extrañar que todos aquellos caminos estaban desiertos, aunque próximos á una ciudad tan populosa, siguió constantemente el suyo, y casi al llegar al convento notó en un rellano unos grandes mon-

tones que le parecieron nieve: pero ni la estacion era para que asi fuese, ni su figura tampoco, por lo cual se llegó, tocó con la mano y se convenció de que era harina. Gran abundancia, dijo para sí, debe reinar en Milán, pues de este modo se abandona en el campo la gracia de Dios. Poco se parece esto á la carestía que hay por esas tierras. Algunos pasos mas allá vió que en los escalones de una columna habia esparcida una porcion de bultos que á primera vista parecian piedras, pero que bien consideradas si hubiesen estado sobre un mostrador cualquiera hubiese dicho que eran panes. No podia Lorenzo creerlo aunque sus ojos se lo decian, hasta que acercándose vió con efecto que eran panes, y panes blanquísimos, cuales Lorenzo jamás habia comido sino algun dia de mucha solemnidad. Es pan verdaderamente, exclamó en voz alta sin poder contener su alegría: ¿y asi lo esparcen y abandonan por las calles? ¿Y nadie se digna de cogerlo? ¿Y en un año como este? ¿Si

será aqui el pais de la ganancia? Despues de diez millas de camino al fresquito de una mañana de otoño, la vista de aquel pan maravilloso le excitó el apetito. ¿Cogeré uno? se preguntaba á sí propio. Y qué: lo han dejado aqui á discrecion de los perros, con que mucho mejor será que se aproveche de él un cristiano. Al cabo si viniese su amo, se le pagaré, y punto concluido. Con este pensamiento acomodó en un bolsillo el pan que habia cogido: otro en el otro, y un tercero en la mano, y comenzó á comer y andar mas deseoso que antes de saber el motivo de aquel hallazgo. A pocos pasos asomó gente que salia de la ciudad, y miró atentamente á los que venian los primeros. Eran un hombre, una muger, y algunos pasos detrás un niño, todos mal vestidos, de fea catadura, y con apariencias de enfermos, y asi por esto como por el enorme peso que llevaban apenas podian caminar, aunque se conocia que deseaban hacerlo muy de prisa. El hombre llevaba acuestas un gran saco

de harina que por ir mal atado, á cada vaiven derramaba un poco en el suelo, y la muger tambien llevaba lleno de harina otro saco que apenas podia sostener con sus dos largos y descarnados brazos: é igualmente rodeado al cuerpo otro lienzo lleno del mismo modo. El niño iba sosteniendo una gran columna de panes, pero como sus piernas no igualaban á las de sus padres, se veia precisado á quedarse muy á la espalda, y aun asi se le solia caer uno. Al suceder esto delante de Lorenzo, volvió la muger la cara, y rechinando los dientes dijo: Otro te se ha caido, bestia inútil. — Yo no los tiro, que ellos mismos se caen: ¿Cómo puedo remediarlo? — Agradece que llevo las manos ocupadas, contestó ella soltando una del saco, y manifestando la accion de golpear al muchacho, con cuyo movimiento dejó caer harina muy suficiente para hacer dos panes como el que habia ocasionado la amenaza. — Vamos, vamos, dijo el hombre: volveremos á cogerle, ú otro le cogerá. Ya que tan-

to tiempo hemos esperado un poco de abundancia, ahora que ha venido gozémosla en santa paz.

Entre tanto se iba juntando gente, y uno preguntó á la muger, dónde se va á coger el pan.... Por ahí, por ahí adelante, respondió ella, y viendo que ya estaba distante, prosiguió; estos bribones forasteros vendrán á agotar todos los hornos y todos los almacenes; de modo que no quedará nada para nosotros.

De estas y de otras expresiones infirió Lorenzo que se hallaba en una ciudad sublevada, y que aquel era un dia de conquista, donde cada uno cogia mas ó menos en razon de su voluntad y de sus fuerzas. La verdad histórica nos obliga á decir que Lorenzo no se disgustó mucho de esta novedad, pues ademas de otras razones que tenia para no tomar parte en los intereses de aquellos habitantes, él no era un hombre superior á su siglo, y estaba en la opinion vulgar de que la carestía y escasez de pan provenia de los amaños y avaricia de

los logreros y panaderos. Sin embargo formó el propósito de mantenerse fuera del alboroto, y se dió la enhorabuena de ir recomendado á un padre Capuchino, pues contaba con que le recogería en parte segura. Con estos pensamientos, y divertido al ver los nuevos conquistadores que venian cargados de despojos, concluyó el breve camino hasta llegar al convento. Dirigióse á la portería, se guardó el medio pan que le quedaba, sacó su carta, y tiró de la campanilla. No tardó en ver abrir un postiguito resguardado con su rejilla, y el portero se asomó á preguntar quién era. Un forastero, respondió el, que trae una carta para el Padre Buenaventura de parte de su amigo fray Cristobal. — Venga la carta, respondió el portero sacando la mano por la rejilla. — No: no, contestó él. Tengo que entregársela en propia mano. — No está en el convento. — Pues abrid, y le aguardaré. Es cosa urgente y debo hablarle. — Idle á esperar á la Iglesia, y en tanto podeis hacer algo bueno. En el

convento no se entra ahora, á cuya palabra cerró la ventanilla.

Quedó Lorenzo como una estátua con la carta en la mano. Dió algunos pasos hácia la Iglesia para seguir el consejo del portero, mas tomó la resolucion de ir antes á dar una ojeada al bullicio. Atravesó la plazuela, salió al camino, púsose á mirar con los brazos cruzados hácia la puerta de la ciudad, donde el estrépito era terrible, y al fin la gresca que siempre convida á los espectadores le hizo desear ser uno de ellos. Vamos á ver que es esto, dijo, y se metió en la ciudad; pero mientras se interna en ella parece regular que informemos á nuestros lectores de la causa de aquel extraño acontecimiento.

CAPITULO XI.

Era aquel año el segundo de una cosecha muy escasa, por lo cual, y á consecuencia de la guerra, que siempre es destructora, apenas se hallaba trigo; sin que bastase á remediar su excesi-

vo precio las providencias que tomaban las autoridades. Bien conocian esto los hombres sensatos; pero el pueblo que no reflexiona, y solo vé con los ojos, se desentendia de la falta de lluvias, olvidaba el extraordinario consumo de granos de los años pasados; y en una palabra, no veia sino que faltaba pan, y que si alguno se hallaba era á tal precio que no podian comprarle sino los que tenian algunas comodidades. En su opinion, los usureros guardando el trigo, y los panaderos no queriendo trabajar hasta ser bien pagados, eran los que causaban la miseria que afligia no solo al pueblo de Milán sino al de otros paises circunvecinos.

Guiados de tan falsa lógica los que no sabian pensar, y aguijoneados por muchos de aquellos que en todas las naciones aman las novedades y solo viven cuando hay desórdenes, amenazaban romper los diques de la obediencia, y como si el trigo naciese con gritos y alborotos, se prometian que algunas horas de bulla restablecerian

la abundancia deseada... Por último, sin que nadie pudiese remediarlo ni preveerlo estalló el alboroto una mañana, en que saliendo el criado de un panadero con una espuerta de pan á distribuirle entre los parroquianos, se vió sitiado por un grupo de gente, que tiró la cesta, y en un abrir y cerrar de ojos hizo desaparecer todo el pan que contenia. La cantidad de este no era bastante para satisfacer los deseos de los muchos que se habian reunido, y como el número de los que solo habian sido espectadores excedia mucho al de aquellos que habian logrado alguna presa, comenzaron á gritar que era preciso asaltar los hornos.

En la calle que se llama la *Corsia dei Servi*, habia entonces y aun ahora cuando esto se escribe un horno, adonde con preferencia se dirigió el primer golpe. Los dueños de la casa viendo venir tanta gente, y conociendo por los gritos su intencion, procuraron evitar la visita. Unos fueron á implorar el auxilio de las autoridades; otros

cerraron, y apuntalaron las puertas, y los amotinados no pudieron hacer otra cosa que agolparse gritando: pan, pan, abrid esas puertas. No tardó en presentarse el Capitan de justicia, con una buena porcion de alabarderos, y con dificultad se formaron cubriendo la fachada de la casa. A casa, á casa, hijos mios, gritaba el Capitan. ¿Qué escándalo es este? ¿Qué desobediencia á las leyes? Vaya, portaos como hombres de bien. Asi mas se empeora que se remedia el mal que á todos aflige. Con estas y otras reflexiones procuraba el buen oficial disipar el inmenso grupo; mas los que le oian, por ser los primeros, aun cuando hubieran querido retirarse con docilidad les era imposible por estar como encajonados entre el inmenso gentío que ocupaba la calle, y se aumentaba por instantes llenando las inmediatas. Hacedlos retirar, dijo con ira el Capitan á su tropa, pero no dañeis á nadie. *Atrás, á la espalda*, gritaron los soldados amenazando con sus alabardas; los primeros se replegaron como pudieron en-

tre los rempujones y pisotones, á favor de cuyo movimiento el capitan y los soldados pudieron entrar en la casa, y encerrarse bien en ella. De aqui se originó otra escena: el grupo viendo que faltaba quien le contuviese prosiguió su gritería: el capitan desde la ventana les hizo varias intimaciones ofreciendo perdon general á los que se retirasen, á cuyas ofertas solo respondian desde la calle, pan, pan, y abrir las puertas. Al cabo de un rato de amonestaciones inútiles el capitan viendo que despreciaban sus palabras montó en cólera, y comenzó á llamarlos canalla insolente, jurando que habia de hacer un escarmiento si al momento no le obedecian. Esta rápida mudanza de estilo fue correspondida por una gruesa piedra que dió al capitan en la frente. Canalla; ¡infames! continuaba él gritando y cerrando la ventana, aunque á decir verdad por mas que hubiera pedido ó mandado, sus palabras buenas ó malas se perdian entre los gritos de los amotinados. Rotas las hostilidades con aquella pedra-

da, empezó la accion con tal seriedad que llovian las piedras á las ventanas, ínterin otros trataban de forzar las puertas. La gente de la casa, los mozos y los alabarderos reuniendo cuantas piedras hallaron á mano, se asomaban á las ventanas mas altas, y las enseñaban amenazando con ellas, lo que no bastando á contener el tumulto, se hallaron en la necesidad de tomar la ofensiva. Comenzó una lluvia de piedras, ladrillos y cuanto podia tirarse, ocasionando muchas desgracias, pues como la calle estaba tan llena de gente apenas se desperdiciaba golpe. El furor aumentó los esfuerzos; á poco rato se vieron rotas las puertas, los de casa retirados, algunos á manera de gatos huyendo por los tejados, y la multitud dueña absoluta de la tahona. Pan, trigo, harina, cuanto habia en una palabra, tanto fue robado en pocos minutos.

No estaban mas seguros los demas hornos, aunque ninguno sufrió un ataque tan decidido como este, ya porque en unos sus amos habian ama-

sado pan que distribuian entre los que llegaban, sin mas condicion que el que se retirasen, ya porque los grupos no eran tan numerosos, y temian á las patrullas de alabarderos y justicia que se iban reuniendo; por manera que los mas amigos de la bulla no osaban apartarse del primer horno donde tenian el grueso de su fuerza.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando Lorenzo habiendo concluido el pan que iba comiendo, se fue acercando sin designio al sitio donde estaba el centro del tumulto, deteniendo el paso, ó acelerándole segun mas le convenia para oir las conversaciones, con la idea de ver si podia adquirir un conocimiento exacto de aquel negocio. He aqui lo mas que pudo saber entre tan confusas voces.

Ya está descubierta, decia uno, la impostura infame de aquellos bribones que decian que no habia pan, ni harina, ni trigo. Ahora se vé la cosa clara como el agua. Viva la abundancia. —Lo que yo digo es, contestó otro, que con esto nada hemos logrado; pues

aunque nos hartemos hoy, mañana se acabó el pan, quién sabe hasta cuando.—Amigos, dijo uno que venia cargado con un costal de harina, paso á un hombre que lleva de comer á la familia; pero ninguno se daba por entendido, y tenia que contener su carga sin poder adelantar su camino.

No nos cansemos, gritó una voz sonora que llamó la atencion de Lorenzo, el que protege á los panaderos, y el que tiene la culpa de todo esto es el Vicario de provisiones, y de aqui siguió diciendo tanto disparate, que mas parecia un loco que un hombre en su sano juicio.

Es de advertir que este Vicario de provisiones era un empleado que se nombraba todos los años en una lista compuesta de seis nobles, formada por el Consejo de los Decuriones, y su cargo era presidir este Consejo, y el Tribunal de las provisiones, compuesto de doce nobles, y que entre otras atribuciones, tenia la de atender á cuanto pertenecia al ramo de abastos. Quien tenia tal empleo y en ta-

les circunstancias, cuando la hambre se hacia sentir, y la ignorancia queria encontrar la causa, era preciso que á los ojos del pueblo pasáse como el autor de todos los males.

Al fin mas aturdido que informado con semejantes discursos llegó Lorenzo á la vista de aquel horno conquistado y casi demolido por la ira del populacho. — Gran cosa han hecho, dijo él para consigo. Si de este modo destruyen todas las tahonas, ¿dónde querrán ir á buscar el pan? ¿á los pozos?

De cuando en cuando salia de la casa gente, unos con artesas, otros con palas, otros con varios utensilios pertenecientes á aquel desgraciado horno, y diciendo plaza, plaza, se encaminaban con gran prisa como á un parage ya de antemano señalado. Curioso en extremo nuestro jóven no pudo menos de observar un hombre que reuniendo un gran haz de leña se le cargó á la espalda encaminándose donde los demas iban. Lorenzo le siguió aprovechando para andar

entre el gentío, la misma calle que el otro iba abriendo con su enorme carga, y asi pudo llegar al punto céntrico del tumulto, donde vió reunidas las reliquias de la tahona, á las que pegaron fuego entre las palmadas de aprobacion de unos y las imprecaciones y amenazas de otros. Viva la abundancia, decian muy pagados de su trabajo, muera la carestía.

A la verdad el quemar los instrumentos que sirven para hacer pan, y destruir las casas en que se hace, no es el mejor medio para que viva la abundancia; pero esta es una de aquellas sutilezas que no están al alcance de la multitud. Lorenzo que aunque ignorante era bien intencionado, y tenia talento, consideraba aquella injusticia y aquel enorme disparate; pero tuvo que callar porque entre tanta gente no veia uno que indicase en su rostro la docilidad necesaria para recibir consejo.

Ya la llama no tenia materiales que consumir, ni se veia venir gente con nuevos despojos, cuando se oye una voz

que dice que en el Condusio (una plazuela poco distante) se habia puesto sitio á otro horno. Vuela la noticia, y todos se disponen á marchar. ¿Vas tú? — Yo voy. — Vamos juntos eran las voces que se oian por todas partes. Lorenzo pensó sériamente si le convendria separarse de la turba, ó ir á buscar al Padre Buenaventura, ó ver en que paraba aquello. Venció la curiosidad, y aunque con la resolucion de no mezclarse en nada, sino ver los toros desde lejos, siguió la retaguardia del grupo. Llegados á vista del horno se contuvieron, porque en lugar de los locos que pensaban hallar, encontraron las ventanas llenas de gente bien armada, y con cara de aguardar á pie firme el ataque. Unos pensaban verificarle, otros se negaban, y entre la diversidad de pareceres todo era ir y venir, avanzar y retirarse, cuando repentinamente se oye un grito que dice: A casa del Vicario de provisiones. — A saquearla y recompensarnos con sus bienes. A esta voz, como si fuese un acuerdo ya muy deliberado, re-

pitieron centenares de voces, á casa del Vicario de provisiones, y el grupo desapareció dirigiéndose á aquel punto.

CAPITULO XII.

El pobre Vicario de provisiones se hallaba á la sazon desayunándose con bastante frugalidad, comiendo un pedazo de pan pequeño y muy malo, pensando en los resultados que tendria el alboroto, pero muy distante de sospechar que la nube venia á descargar sobre su cabeza. Un amigo tuvo el cuidado de avisarle, y mientras deliberan sobre lo que ha de hacerse, se descubre la vanguardia del enemigo. Trata entonces de huir, pero se le advierte que no es posible: apenas los criados tienen tiempo de cerrar las puertas, y dejando estas bien aseguradas acuden á hacer lo mismo con las ventanas. Los gritos hacen estremecer la casa, y el golpe de las piedras se oye en las puertas. Al Vicario.... al orígen de la carestía.... le que-

remos vivo ó muerto, eran las voces que mas se distinguian, ínterin él temblando recorria la casa, sin hallar lugar que seguro le pareciese.

Lorenzo se hallaba en lo mas fuerte del alboroto, en un puesto no tomado por casualidad sino elegido de intento. Apenas oyó que se trataba de derramar sangre cuando se llenó de horror, y aunque al ver lo que todos detestaban al tal Vicario, él estuviese persuadido de que era la causa de todo, sin embargo se extremecia al considerar el crímen de matar á un hombre; por lo cual, y animado con ciertas voces de algunos que aunque no tan alto, parecia como que deseaban salvar aquella persona, resolvió contribuir en cuanto pudiese á tan buena obra. Asi se colocó junto á la puerta que muchas manos á un tiempo y de varios modos intentaban abrir, animados por los gritos de los que desde lejos excitaban con voces ya que no podian trabajar por sí mismos. Gracias al cielo que por ser tantos los que intentaban echar la puerta aba-

jo, unos á otros se estorbaban de modo que nadie hacia cosa de provecho.

Los magistrados que primero supieron la amenaza, enviaron á buscar auxilio de tropa al castillo que entonces se llamaba de Puerta Giovia, y su gobernador destacó una compañía; pero entre la órden, el reunirse, y el salir, se gastó mas tiempo del que convenia, por manera que cuando llegó la tropa ya la casa estaba sitiada, y por tanta gente que el capitan no creyó prudente empeñarse, y mandó hacer alto á vista del enemigo, pues á la verdad no traia instrucciones para tomar abiertamente la ofensiva. Los amotinados juzgaron miedo lo que era precaucion muy justa, y asi mas animosos proseguian en su intento. Distinguiase entre la multitud un viejo mal vestido que no cesaba de levantár su mano y enseñar una cuerda y un puñal, como si dijese que queria tomar á su cargo la muerte del Vicario. Enardecido Lorenzo con esto, no fue dueño de sí mismo, y sin advertir el peligro á que se expo-

nia, gritó.... ¡qué desvergüenza es esa! ¿Cómo? ¡matar á un cristiano! ¿Y cómo quereis que Dios os ayude si cometeis una accion tan infame? Enviará rayos en lugar del pan que necesitamos.

Ah perro, ah traidor, le contestó uno con una cara de diablo mas que de hombre, á cuya voz enterados los demas ínterin él le miraba comenzaron á decir: espera espera, ¡es un criado del Vicario, disfrazado en aldeano! ¡es un espía! dale, dale, cien voces se esparcieron alrededor... ¿quién es? ¿dónde está? ¿quién es? — Un criado del Vicario.... un espía.... el Vicario vestido de aldeano.... que se escapa.... ¿dónde está? dale, dale.

Lorenzo sin hablar mas palabra se bajó poco á poco escondiéndose entre la gente, y hubiera querido desaparecer como por mágica. Algunos de los que estaban á su lado comenzaron á gritar otras voces para confundir las amenazas, y le ayudaron á ocultarse; pero lo que mas le sirvió fue un *aparta.... á un lado, señores*, que

se oyó al momento, con la añadidura de aqui está el socorro.

¿Y cuál era este? Una larga escalera de mano que varios traian al hombro para arrimarla á la casa y entrar por las ventanas; pero afortunadamente aquel instrumento que hacia fácil la empresa, no era fácil de colocarse entre tanta gente. Sus portadores andaban serpenteando sin poder casi adelantar un paso, ademas de los sendos golpes que con ella pegaban, y aun se lastimaban ellos mismos. Por fin ella vino á ocasion muy oportuna para dividir los enemigos de Lorenzo, el cual fue alejándose poco á poco, ya decidido á buscar á fray Buenaventura y dejarse de curiosidades.

De repente se excita un movimiento general, y de boca en boca corre la voz de *viene Ferrer.... Ferrer.* Sorpresa, favor, despecho, alegría y cólera se advirtió á un tiempo en diversos sugetos al oirse tal nombre. Cual le victorea, cual le amenaza, uno afirma, otro niega; aquel le bendice, y otro le maldice.

¡Aqui está Ferrer! — No es verdad. — Sí, sí... viva Ferrer: este es quien nos bajará el pan. — No, no. — Y dónde está.... Alli, alli, en su coche. — ¿Y qué viene á hacer? Que no entre.... no queremos á ninguno. — Ferrer, viva Ferrer, el amigo de los pobres. — Viene á prender al Vicario. — No, no. — Sí, sí. — Venga Ferrer; á la cárcel el Vicario.

Veíanse todos en puntillas empinándose cuanto podian hácia la parte por donde anunciaban su venida; y aunque nadie alcanzaba á ver cosa alguna, sin embargo todos se empinaban. Sin embargo su venida era cierta; pues entraba su coche por el otro extremo de la calle que no ocupaban los soldados. Era el Gran Canciller que noticioso del peligro del Vicario de provisiones venia á sosegar el pueblo, impedir uno de los mas tristes efectos del alboroto y aprovechar en beneficio del amenazado la popularidad que habia adquirido.

Los partidarios de la moderacion que estaban en aquel grupo cobra-

ron ánimo con la llegada de D. Antonio Ferrer, y procuraban apartar á los otros que decididamente estaban por el saqueo de la casa y la muerte del pobre dueño de ella, y asi en cuanto podian se esforzaban á fin de que el coche no llegase. ¿Es este el Ferrer que tambien firma en los bandos? preguntó Lorenzo á uno que estaba á su lado, acordándose de aquel *Vidit Ferrer* que el Doctor le habia hecho reparar. — Es el Gran Canciller, le respondió el preguntado. — Muy hombre de bien: no es verdad. Mucho mas que hombre de bien. Ahora viene á prender al Vicario, que jamás ha hecho cosa justa. A este elogio no hay que decir que Lorenzo se declaró por su amigo; quiso colocarse á su lado, y aunque la cosa no era fácil, como jóven fornido trabajó tanto con los pies y con los brazos que al fin se puso en primera fila á la portezuela del coche. Habia este ya penetrado bastante en el grupo, mas entonces estaba parado, mientras Ferrer asomándose con semblante risueño, ya á una, ya á

otra ventanilla, hablaba al pueblo, pero nadie le entendia entre los *vivas* y los *afueras* de los dos partidos. Al cabo á fuerza de gritar llegó á oírsele pan y abundancia. Vengo á hacer justicia, dejadme pasar. Sofocado despues con el ruido de tantas voces, y de tantas caras que tenian fija en él la vista, se dejaba caer en la testera, suspiraba y decia entre sí: *por mi vida*, ¡qué de gente!

Viva Ferrer, decian muchos. Ya no hay miedo. Es un hombre de bien. Pan, pan: sí, sí: pan, respondia él, abundancia: os lo prometo, y ponia la mano en el pecho. — Vamos, dejadme pasar: vengo á conducirle á una prision, para darle el justo castigo, y en voz baja añadia: *si está culpable*, é inclinándose hácia el vidrio daba prisa al cochero diciendo: *Pedro, adelante si puedes.*

El cochero por su parte miraba sonriéndose al pueblo, con una gracia afectuosa, como si hubiese sido un gran personage, y con un garbo indecible meneaba á uno y otro lado su lá-

tigo, como para que se apartasen los molestos vecinos: por favor, les decia, un poquito de lugar: una callejuelita en cuanto pueda pasar el coche.

Entre tanto los mas dóciles se apiñaban para abrir el paso tan cortesmente pedido: algunos colocados delante de los caballos hacian retirar la gente con buenas palabras, con gestos cariñosos.... vamos, vamos, señores, un poco de lugar. Otros procuraban lo mismo á los lados del coche para que pudiese pasar sin que las ruedas hiciesen daño, lo que si hubiera sucedido hubiera sido muy desventajoso para la opinion de Ferrer, ademas del daño causado.

Lorenzo despues de haber considerado la decorosa vejez de aquella cara, conmovida un poco por la pena y la fatiga, pero animada por la tierna solicitud y la esperanza de salvar un hombre de tan mortales angustias, olvidó sus proyectos de ir al convento, y se propuso dar la mano á Ferrer cuando bajase de su coche, y no abandonarle hasta ver conseguido su

intento. Bajo este supuesto comenzó á ayudar á los demas á abrir calle; y por cierto no era el que menos trabajaba. Al fin se hizo lugar: andad, decian algunos al cochero haciéndose cuanto podian á la espalda: *adelante presto*, *con juicio*, decia desde dentro el amo, y el coche se movia. Ferrer en medio de los saludos que hacia á la masa del pueblo, dirigia algunos particulares, y con cierta sonrisa de inteligencia á aquellos que veia estrecharse para franquearle paso; y de estas sonrisas tocó mas de una á Lorenzo, quien en verdad lo merecia, y en aquella ocasion sirvió al Gran Canciller mejor que lo hubiera podido hacer el mas hábil de sus secretarios; y el jóven aldeano muy hueco con aquella demostracion amistosa, se figuraba que aquel dia habia hecho amistad con D. Antonio Ferrer.

Una vez puesto el coche en movimiento siguió con mas ó menos lentitud y alguna que otra paradita, por manera que aunque la distancia era cortísima, atendidos los obstáculos,

era dificil, de modo que por el tiempo que en ello se gastó, hubiera parecido un viagecillo, aun á aquel que no hubiese tenido la justísima prisa de Ferrer.

La turba se movia delante del coche, ya á un lado, ya al otro: el ruido era mas agudo, mas disonante y estrepitoso por momentos: y Ferrer, moviéndose de una á otra ventanilla, procuraba entender alguna cosa, para acomodar su respuesta á la necesidad; aun queria entrar en conversacion con aquellos que se le mostraban amigos; pero la cosa era dificil, y la mas dificil que podia haber encontrado en tantos años de Cancillerato. De cuando en cuando sin embargo se hacia oir alguna palabrilla y aun alguna frase entre las demas voces, como el estallido de un cohete mayor se hace distinguir entre el estrépito de los otros en un fuego artificial. Él, ya ingeniándose á responder de un modo satisfactorio á aquel alboroto; ya gritando á buena cuenta las expresiones que sabia eran de mas aceptacion, lo cierto

es que fuè hablando todo el camino. — Sí, señores, pan, pan, abundancia: le conduciré yo mismo á la prision; será castigado.... Si *está culpable*: Sí, sí, yo lo mandaré: el pan barato. Eh.... eh.... no se haga daño á nadie.... *Pedro, adelante con juicio.* Abundancia, abundancia.... Por favor, abrid calle. Pan, pan.... á la prision.... ¿Qué es eso? preguntó á uno que subiéndose en el estribo habia metido medio cuerpo dentro del coche, para gritarle al oido su consejo, su pretension, ó su aplauso; pero él no pudo responder ni aun oir ¿el qué es eso? pues fue quitado de su puesto por otro que le veia ya casi medio estrujado. Con esta alternativa, entre las incesantes aclamaciones, y algunos gritos de los del bando opuesto que se dejaban oir acá y allá, aunque los otros los sofocaban, al fin llegó Ferrer á la casa, á beneficio del trabajo de sus auxiliares. Los demas que tenian las mismas buenas intenciones habian conseguido separar la gente en dos filas dejando libre un corto espacio delante de la puerta, y Lo-

renzo logró colocarse entre los primeros de estas dos filas, que formando un callejon estaban conteniendo con sus espaldas á los que se hallaban detrás bien apiñados.

Ferrer se consoló al ver aquel espacio libre, y la puerta aun cerrada; esto es, cerrada porque no estaba abierta; pues en cuanto á lo demas sus dos hojas estaban casi desquiciadas, y entre el hueco de una y el poste se dejaba ver una cadena, que era la que mantenia las dos hojas unidas por dentro. Un benévolo oficioso se habia puesto allí á gritar que abriesen: otro corrió á abrir la portezuela del coche; el respetable anciano sacó la cabeza, dejó su asiento, y apoyándose en el brazo que aquel amigo le presentaba, salió y puso el pie en el escalon de la puerta. Los espectadores por un lado y otro estaban en puntillas; mil caras, mil barbas en el aire: la curiosidad y la atencion produjo un momento de silencio general. Y Ferrer, afirmándose en el escalon, dirigió una mirada á todos, saludó con una inclina-

cion de cabeza á la multitud, y puesta la mano en el pecho, gritó.... pan y justicia.... Es hombre franco, hombre recto, buen togado, decian entre tanto las aclamaciones elevándole hasta las estrellas.

Mientras esto pasaba habian abierto los de adentro la puerta; esto es, habian acabado de arrancar la cadena con los anillos ya casi desencajados. Abrieron una rendija para que entrase el huésped tan deseado; pero teniendo uno cuidado de medir la abertura con el espacio que podia ocupar la persona. Presto, presto, decia él, abrid bien para que pueda yo entrar, y vosotros, amigos mios, contened la gente, que no me siga nadie; por amor de Dios.... eh, eh.... señores, decia á los de adentro, mi toga, mi toga.... Con efecto se le habia quedado cogido el estremo de la toga, y se hubiera rasgado entre las hojas de la puerta, si él no hubiera tenido bastante destreza para cogerla.

Juntas las dos hojas, y resguardadas por los de dentro del mejor modo po-

sible, los de afuera, que se habian constituido guardias de corps de Ferrer, trabajaban con las espaldas y los brazos en tener expedito el lugar, deseando que saliese presto.

Presto, presto, decia él tambien desde dentro á los criados, que ansiosos se le rodearon gritando: bendito sea, bendito sea V. E. — Presto, presto, repetia él, dónde está ese hombre de Dios.

El Vicario iba bajando la escalera medio á remolque por otros sirvientes, y con el rostro blanco como un papel. Luego que vió á su favorecedor dió un gran suspiro, se le restituyó el pulso, le corrió un poco de vida por las piernas, le salió un poco de color al rostro, y le dijo: Estoy en las manos de Dios, y en las de V. E.; ¿pero cómo salir de aqui? Por todas partes hay gente que pide mi cabeza. — Venga vmd. conmigo, y tenga ánimo: mi coche nos aguarda á la puerta; y cogiéndole por la mano le animaba, pero entre sí iba diciendo: aqui está el busilis. Dios nos valga.

La puerta se abre, Ferrer sale el

primero, el otro detrás de él agachado y asido de la toga tutelar, como un niño de los vestidos de su madre. Los que habian mantenido la plaza libre, enarbolando sus sombreros, y levantando las manos, hicieron lo posible para ocultar al Vicario de la peligrosa vista del pueblo: entra él en el coche, y se esconde en uno de sus ángulos: Ferrer le sigue: ciérrase la portezuela, la multitud adivina lo que acaba de suceder, y se oye un rumor de aplausos y de imprecaciones.

La parte del viage que restaba podia parecer la mas dificil y la mas arriesgada; pero el voto del pueblo se habia manifestado bastante para dejar ir preso al Vicario, y muchos de aquellos que habian celebrado la llegada de Ferrer, se habian empeñado en preparar y mantener libre una carrera entre la multitud, de modo que el coche pudo ir algo mas ligero, y sin paradas. A proporcion que avanzaba, las dos filas se acercaban á un lado y otro.

Ferrer apenas ocupó su asiento se inclinó para advertir al Vicario que

se mantuviese bien arrinconado en el fondo del coche sin dejarse ver, aunque esta advertencia era muy inútil. Por el contrario él debia dejarse ver de la gente, para atraer á sí toda la atencion del público, y mientras este segundo viage fue haciendo al mudable auditorio la arenga mas continua respecto al tiempo, y la mas inconexa respecto al sentido, interrumpiéndola de cuando en cuando, asi como *por apartes*, con algunas frases españolas que de prisa se inclinaba á susurrar al oido de su contristado compañero. —Si, señores.... pan y justicia.... á un castillo.... á una prision: bajo mi responsabilidad.... Gracias, gracias.... mil gracias.... No, no se escapará.... por *ablandarlos*.... Es muy justo.... se examinará.... se verá.... Yo soy tambien un amigo vuestro.... Un castigo severo.... esto *lo digo por el bien de vmd*.... — Una tarifa justa: un precio moderado, y castigo á los que causan la carestía..... Sí, sí: yo soy un hombre de bien: un amigo del pueblo. Será castigado de veras.... es un bribon.... un

malvado.... *Perdone vmd....* Lo pasará mal, lo pasará mal.... Si *está culpable.* Sí, sí: haremos andar derechos á los tahoneros.... Viva el Rey, y los buenos Milaneses sus fidelísimos vasallos. Está fresco.... está bien aviado....—*Animo : ya estamos casi fuera.*

En efecto habian ya atravesado el mayor tropel, y estaban casi para salir á campo abierto: ya Ferrer comenzaba á tranquilizarse cuando vieron el auxilio aunque tardío de los soldados españoles, que sin embargo no habian sido enteramente inútiles, pues ayudados y dirigidos por algunos paisanos, al llegar el coche se formaron en dos filas para hacer los honores al Gran Canciller, quien los contestó cariñoso, y el oficial que los mandaba se acercó á saludarle, á quien respondió con un *beso á vmd. las manos*, palabras que el oficial tomó en su verdadero sentido; esto es, *me habeis dado un buen auxilio.* En seguida repitió el saludo, y se recostó en la testera. Verdaderamente aquel era el caso de decir con Ciceron: *Cedant arma*

togæ ; pero Ferrer no estaba entonces para citas, y ademas hubieran sido palabras al aire, pues el oficial no sabia latin.

Pedro al pasar entre aquellas dos filas de Miqueletes, y entre aquellos bigotes tan respetuosamente elevados, recobró el ánimo, salió de su aturdimiento, se acordó de quien era y á quien conducia, gritó: eh, señores, y arreando los caballos los hizo partir de carrera hácia el castillo.

Levántese vmd. levántese: ya estamos fuera, dijo Ferrer al Vicario, el cual sosegado por ver que habia cesado la gritería, y el rápido rodar del coche, se levantó dando infinitas gracias á su libertador. Este despues de haberse condolido con él por el peligro que habia pasado, y haberle felicitado por su libertad, exclamó poniéndose la mano en la cabeza: ¿Qué se dirá, qué se dirá en la Corte de este atentado..... y se habrá ya concluido?.... Dios lo sabe.

Por mi parte, exclamó el Vicario, no quiero tomar cartas en el juego....

me lavo las manos: hago dejacion de mi empleo en manos de V. E., y me retiro á una cueva, á un monte, á vivir como un ermitaño lejos de aquesta gente brutal. — Vmd. hará lo que sea mas conveniente al servicio de S. M., respondió gravemente el Canciller. — Pero S. M., contestó el Vicario, no querrá la muerte de sus fieles servidores.... á una cueva, á una cueva lejos de esta gente.

Que resultado tuvieron estos propósitos no lo dice nuestro autor, el cual despues de haber acompañado á aquel pobre hombre al castillo, no vuelve á hacer mencion de tal persona.

CAPITULO XIII.

La gente quedándose detrás del coche, empezó á dispersarse por todos lados: los unos á entender en sus negocios: otros á disfrutar el placer de respirar el aire libre despues de tanta apretura, y otros á buscar amigos á quienes contar los triunfos del dia. Lo mismo estaba sucediendo al otro extre-

mo de la calle, donde la gente habia quedado tan disminuida que la tropa española pudo sin ningun obstáculo colocarse junto á la casa del Vicario. Es verdad que junto á ella estaba aun reunido un grupo que podia mirarse como el foco del alboroto, compuesto de los muchos que descontentos de ver un desenlace tan frio despues de tal aparato, votaban, amenazaban, y se animaban unos á otros buscando si algo podria emprenderse, y como por prueba andaban rempujando y pinchando aquella pobre puerta, que de nuevo habia sido apuntalada por dentro. Sin embargo á la llegada de la tropa, todos estos con un movimiento unánime y sin consulta, se pusieron en marcha hácia la parte opuesta dejando el puesto libre á los soldados, que le ocuparon formándose en defensa de la casa y de la calle. Pero las inmediatas asi como las plazuelas del contorno estaban llenas de grupos: donde estaban parados tres ó cuatro se reunian otros veinte: algunos se paraban á lo lejos, y eran como las naves que

ya se separan, ya se reunen despues de un temporal, y dicen al observador aun no está el tiempo seguro. Aqui se oian conversaciones variadas y confusas; allá se contaban con énfasis casos particulares, vistos por ellos mismos; cual contaba lo que él habia hecho; quien se alegraba de que la cosa hubiese concluido sin desgracias, alababa á Ferrer, y pronosticaba un mal éxito al Vicario; y otros en fin murmuraban de que la cosa no se habia hecho bien, y que debia tenerse por locura mover tanto alboroto para concluir de aquel modo.

Entre tanto el sol se ocultaba las cosas iban poniéndose todas de un color, y muchos cansados de la fatiga del dia, y de hablar al aire se retiraban á sus casas. Nuestro jóven despues de haber seguido el coche mientras creyó que necesitaba auxilio, aun habia estado á su lado detrás de las filas de la tropa como en triunfo, se alegró cuando le vió fuera de peligro: dió un paseo con la gente, y por la primer callejuela se marchó para an-

dar con libertad y gusto. Habiendo andado algunos pasos con anchura entre la agitacion de tantas ideas, y memorias recientes y confusas, sintió que tenia mucha necesidad de alimento y de descanso, y comenzó á mirar si veia alguna hostería, pues ya era demasiado tarde para ir al convento de Capuchinos. Caminando asi con la cabeza levantada mirando si divisaba alguna muestra de hostelero, se halló junto á un peloton de gente, y escuchando lo que hablaban, notó que la conversacion giraba sobre las conjeturas que presentaban las circunstancias, y los proyectos para el dia siguiente. Habiendo oido el parecer de algunos, no pudo menos de desear que luciese el suyo, pareciéndole que sin vanidad tenia derecho á hablar en un asunto en que tanto habia trabajado. Con la idea de cuanto habia visto en aquel dia, y de que para llevar á efecto una cosa bastaba entonces hacérsela aprobar á los que andaban por la calle; señores mios, dijo por via de exordio: yo quisiera

tambien manifestar mi débil opinion. Esta es que no solamente en el negocio del pan es donde se cometen injusticias; y supuesto que hoy se ha visto claramente que con dejarse sentir se consigue todo lo que es razon, es preciso valerse en adelante de este mismo recurso, á fin de que se ponga remedio á todas las demas cosas; hasta que el mundo vaya un poco mas areglado. ¿No es verdad, señores mios, que hay una porcion de hombres que no se acuerdan de los diez mandamientos, y van á meterse con la gente quieta que ni aun piensa en ellos; buscándola para hacerla todo agravio? ¿y despues siempre quieren tener ellos la razon? y aun hacen de modo que despues de haber cometido una maldad mayor que las que acostumbran, van muy erguidos como luciendo sus gracias. Aun tambien en Milán habrá muchos de estos. — Demasiados hay, contestó una voz. — Si es lo que yo digo, prosiguió Lorenzo, y continuó disparatando, y gobernando el mundo á su modo, siempre como dicen

arrimando el ascua á su sardina, pues la memoria de D. Rodrigo, y el ver que su capricho le habia hecho dejar su casa le obligaba á desear el remedio universal de tantos males.

Desde su palabra primera habia manifestado tal calor en su expresion, que aun los que estaban hablando entre sí abandonaron sus conversaciones por escucharle. Levantábase de cuando en cuando un confuso rumor de bravo.... ciertamente tiene mil razones.... es demasiado cierto.... —Sí, sí, decia uno; dejad hablar á estos aldeanos, todos son abogados.— Ahora, susurraba otro, cada descamisado querrá decir su opinion, y á fuerza de meter leña en el fuego no tendremos el pan barato que es lo que apetecemos. Lorenzo no atendia á estas críticas embebido en los elogios; quien le cogia una mano, quien la otra.... ea, hasta mañana. —¿Dónde? —En la plaza del Domo. —¿Y haremos algo de bueno? —Harémos algo de bueno sin duda.

Ahora bien, continuó Lorenzo,

quien es entre tanta gente honrada el que me hace el favor de decirme donde hallaré una hostería para cenar alguna cosa, y pasar la noche. — Eso haré yo con mucho gusto, dijo uno que habia estado oyendo el sermon y no habia hablado palabra. Sé bien cual es la hostería donde os tratarán perfectamente, y aun os recomendaré al amo, que es amigo mio.

¿Y está cerca, preguntó Lorenzo? — No está lejos, continuó el otro; con esto la gente que aun quedaba se separa, y Lorenzo despues de muchos apretones de manos desconocidas, comenzó á caminar con su conductor dándole millones de gracias. — No hay motivo, respondia él. En este mundo una mano lava la otra, y las dos la cara. ¿Pues qué no tenemos obligacion de servir al prógimo? Asi caminando hacia á Lorenzo algunas preguntillas. — No es esto curiosidad, ni meterme en vuestros negocios; pero me pareceis forastero. ¿De qué pais habeis venido? — Vengo de las cercanías de Lecco. — ¡Ola! de Lecco. Sois

de alli. — De sus inmediaciones. — Pobre jóven: segun he podido entender por vuestros discursos os han jugado una buena pasada. — ¡Ay, amigo mio! He tenido que hablar con un poco de política para no decir en público lo que me sucede; pero.... basta. Algun dia se sabrá, y entonces.... Pero aqui veo la muestra de una hostería, y por mi vida que no quisiera pasar mas adelante. — No, no: venid donde os he dicho, que poco falta. Aqui no estareis con comodidad. — Si tal. No penseis que soy un señorito acostumbrado á melindres. Cualquier cosa que cenar, y una cama buena ó mala es para mí lo suficiente: lo que mas deseo es hallar pronto uno y otro. Veamos si lo hay aqui, y diciendo y haciendo entró en la hostería sobre cuya puerta pendia por muestra una luna llena. — Sea asi, respondió el desconocido: os conduciré aquí, pues que lo quereis. — No quisiera que os incomodáseis mas, dijo Lorenzo; pero añadió, quisiera que me hiciéseis el favor de venir á beber un traguito

conmigo. — Admito vuestro convite, contestó el otro, y como práctico en el terreno guió por un callejoncillo, y entraron en la cocina. Salió el hostterero á su encuentro, y viendo al guia, torció el gesto diciendo entre sí: maldito, siempre has de venir á perseguirme: cuando te veré manco; y dando una ojeada á Lorenzo prosiguió: no te conozco; pero viniendo con tal cazador, ó eres perro, ó eres liebre. Ya te conoceré apenas hables. Pero de todo este soliloquio no dió muestra alguna en su cara, que estaba inmóvil como un retrato, gordiflona y lustrosa, con una barbilla mal pergeñada, y los ojillos claros y parados. — Qué me mandais, les dijo él. — Ante todo un buen frasco de vino, respondió Lorenzo, y despues algo que cenar; diciendo lo cual se sentó en un banco, lanzando un ¡ay! sonoro, como si quisiese decir: bien sabe un poco de banco despues de haber estado de pie tanto tiempo, y en tales ocupaciones; pero pronto le ocurrió á la memoria el parage en que en otra

hostería estuvo sentado con Agnes y con Lucía, y este recuerdo le hizo suspirar de nuevo. Se refregó despues la cabeza como para desechar aquel pensamiento, y en esto vió venir al huésped con el frasco de vino. El compañero ya estaba sentado enfrente de Lorenzo, este le echó un vaso diciendo: para mojar los labios; y se echó otro que bebió de un solo trago. — Que me dareis de cenar, dijo luego al huésped. — Un buen pedazo de estofado, contestó él. — Muy bien, un buen trozo de estofado. — Al instante, respondió el huésped, y mandó al mozo que sirviese la mesa, y él se marchaba, pero volvió á decir á Lorenzo: el caso está que por hoy no hay pan en casa. — En cuanto al pan, contestó Lorenzo, ya me le ha dado la Providencia, y sacando el tercero y último pan de los que cogió en el pedestal de la Cruz de san Dionisio le levantó en la mano gritando: ¡he aqui el pan de la Providencia! Al oir esta exclamacion, muchos de los presentes volvieron la cabeza, y viendo el pan

en el aire, gritaron: ¡viva el pan barato! — Y tan barato, respondió él: *gratis, et amore.* — Mejor que mejor, respondió el otro. — Sin embargo, añadió inmediatamente Lorenzo, no quisiera que estos señores pensásen mal de mí. No se crea de ningun modo que yo le he robado, sino que me le encontré en el suelo; y si pudiese todavía hallarse su dueño, estoy pronto á pagárselo. Bravísimo, exclamaron á un tiempo los presentes, sin que ninguno de ellos creyese que aquellas palabras expresaban un verdadero deseo.

Puede que se piense que yo miento, dijo Lorenzo á su guia; pero la cosa es como la digo: y dando vueltas en su mano á aquel pan añadió: mirad como le han estrujado, parece una torta; pero no era del prógimo. Si alli se hubieran hallado los que tienen los huesos un poco tiernos, hubieran estado frescos: y luego cortando y tragando dos ó tres pedazos, echó otro vaso de vino diciendo: este pan no quiere andar solo. En mi vida he te-

nido tan seco el gaznate: ¡bien es que tal se ha gritado!

Preparad una buena cama á este honrado jóven, dijo el guia al huésped, porque piensa pasar aqui la noche.

¿Quereis dormir aqui? preguntó él á Lorenzo. — Sin duda, contestó el: dadme una cama decente: basta que las sábanas estén limpias, porque aunque pobre aldeano estoy acostumbrado á la limpieza. — ¡Oh en cuanto á eso! dijo el huésped, y sin acabar la frase, fue á un banco que estaba en un ángulo de la cocina, y volvió trayendo en la mano el tintero, y un pedazo de papel. — Qué quiere decir esto, exclamó Lorenzo llevándose á la boca un pedazo de la carne estofada que el criado le habia puesto delante, y añadió sonriéndose: ¿es esta la servilleta para el estofado?

El huésped sin responderle colocó su papel, á su lado el tintero, se encorvó apoyándose sobre el codo izquierdo, y con la pluma prevenida, y la cara alzada hácia Lorenzo, le di-

jo: hacedme el favor de decirme vuestro nombre, apellido y patria.

¡Ola! contestó el: ¿pues qué tienen que ver esas historias con la cama? Yo hago lo que debo, añadió el huésped mirando al guia: estamos obligados á dar razon de todas las personas que vienen á alojarse á nuestras casas: *nombre, apellido, de qué nacion es, á qué negocio viene, si trae consigo armas, y cuánto tiempo piensa detenerse en la ciudad*: Estas son las palabras del bando.

Antes de contestar Lorenzo, echó otro vaso; (era el tercero, y en adelante es de temer que no se puedan contar los que siguieron) y despues dijo: ¡ah! ¿teneis ese bando? Yo hago cuenta de que soy doctor en leyes, y sé repentinamente ahora el caso que debe hacerse de los bandos.

Yo digo la verdad, contestó el huésped sin dejar de mirar al mudo compañero de Lorenzo, y dirigiéndose de nuevo al banco, tomó un cartelon que era el ejemplar del bando, y vino á presentársele á Lorenzo.

Este llenando otro vaso, y recordando aquel bando que le habia enseñado el Doctor Azzecca-garbugli, comenzó á chancearse, infiriendo que pues D. Rodrigo menospreciaba lo mandado, y hacia lo que no debia, él tambien tenia libertad para faltar á la obediencia. Los concurrentes que tampoco debian ser amigos de bandos, en vez de extrañar tan disparatada lógica, y hacerle conocer lo infundado de su raciocinio, y las utilidades que á la sociedad produce la vigilancia de las Autoridades sobre las personas que viajan; rieron mucho sus simplezas, y aun añadieron algunas chanzas que dieron lugar á que Lorenzo, por la menoría de lo pasado hablase mas de lo que era razon sobre lo presente. — Y qué he de hacer yo ahora, dijo el huésped mirando al desconocido que no lo era para él. — Dejadle, dejadle, gritaron todos, y Lorenzo continuó: llevaos ese bando á la puerta, y en cambio traedme otro frasco, porque ya veis este está roto.... oid, oid, como suena á cascado; y al decir esto daba

con los nudillos en el frasco ya desocupado.

En medio de esta gritería el desconocido, lanzando una mirada de desaprobacion al huésped por su intempestiva pregunta, le dijo: andad, dejarle que haga lo que guste, y traedle otro frasco de vino. No deis escándalo. — He cumplido mi obligacion, dijo el huésped en alta voz, y entre sí añadió: ya tengo cubiertas las espaldas, tomó el tintero, el papel, la pluma, y el bando con el frasco vacío para entregárselo al mozo.

Sacad del mismo vino, dijo Lorenzo, que he visto que es hombre de bien, y le pondremos á dormir con el otro, sin preguntarle nombre ni apellido, ni lo que viene á hacer, ni si ha de estar mucho tiempo en esta ciudad.

De aquel mismo, dijo el huésped al mozo, y volvió á sentarse donde estaba diciendo entre sí: — ¡qué liebre! y en que manos ha caido.... anda, habla lo que quieras; pero el hosterero de la luna llena no ha de meterse en un laberinto por tus majaderías.

Lorenzo dando gracias á su guia, y á cuantos habian tenido parte en la escena anterior, los graduó sin mas ni mas de íntimos amigos, y animado con su aprobacion, continuó hablando en el mismo tono, y diciendo cada vez mas disparates.

Entre tanto algunos de los presentes se habian vuelto á su juego: otros cenaban: otros gritaban: algunos se iban, entraban otros, y el huésped atendia á todos. El desconocido no veia la hora de marcharse, porque al parecer nada tenia que hacer en aquella casa; pero no queria partir antes de haber sonsacado unas cuantas palabras mas á Lorenzo en particular. Volvióse á él, y despues de haber traido la conversacion al asunto del pan, se decidió á tomar su partido, y dijo: — Si yo mandase, bien pronto hallaria el modo de que la cosa fuese derecha.

Y cómo haríais, preguntó Lorenzo, mirándole con unos ojos mas brillantes que debian estar, y torciendo un poco la boca, como para mejor enten-

derle. — Yo queria, dijo el otro, que hubiese pan abundante para todos, así para los ricos como para los pobres. — Eso es justísimo: ¿pero cómo os compondríais si mandáseis? — Facilísimamente. Estableceria un precio moderado que cada uno pudiese pagar, y luego distribuiria el pan en razon de las bocas; pues hay tragones que quisieran comérselo todo, y asi falta el pan para los pobres. El remedio único es distribuir el pan. ¿Y cómo? de este modo. Dar á cada familia un billete en proporcion de las bocas, á fin de que con él acudiesen á tomar el pan en las tahonas. A mí, por ejemplo, debian darme un billete que dijese: — *Ambrosio Fusella, de profesion espadero*, con muger y cuatro hijos, todos en edad de comer pan. Dénsele tantos panes, y pague tantos sueldos. Pero se habia de dar las raciones justas, siempre con referencia al número de bocas. — A vos, por ejemplo, deberia darse un billete para:... ¿vuestro nombre? — Lorenzo Tramaglino, contestó él, que embebido en el proyecto no

pensó que todo él estaba fundado en papel, tinta y pluma, cosas de que tan mal habia hablado, y que para ponerle en práctica, lo primero habia de ser recoger los nombres de las personas. — Bravísimo, dijo el otro: pero teneis muger é hijos. — Bien pudiera.... lo que es hijos, no.... es demasiado presto.... pero muger.... si el mundo fuese como debia. — ¡Ah sois soltero! Pues amigo tened paciencia, vuestra racion sería mas corta. — Es justo; pero si pronto como espero.... y con la ayuda de Dios.... basta: en fin si tuviese muger. — Entonces se cambia el billete, y la porcion se aumenta como he dicho, siempre en razon de las bocas. Al decir esto se levantó de su asiento. — Así va bien, dijo Lorenzo, y continuó dando palmadas en la mesa; ¿y por qué no hacen una ley de ese modo? — ¿Por qué no lo hacen? contestó el desconocido, que sé yo por qué. Ahora os deseo buena noche, y me voy, porque mi muger y mis hijos hace rato que me estarán aguardando.

Otro traguito, otro, gritaba Lorenzo apresurándose á llenar el vaso del proyectista, y levantándose de pronto le cogió por el extremo de su vestido para obligarle á que se sentase, gritando siempre: otro traguito: no me hagais tal desaire; pero el amigo dando un tiron, y dejando á Lorenzo hacer nuevas instancias, repitió, buenas noches, y marchó.

Quedó Lorenzo aun convidándole cuando ya él estaba en la calle; por fin puso en la mesa el vaso que habia llenado, y viendo pasar al mozo, le llamó, como si quisiese decirle algo importante; le enseñó el vaso, y con una pronunciacion pausada y solemne, expresando separadas las palabras con un cierto aire particular dijo: he aqui: le habia preparado para aquel buen hombre: ya le veis lleno.... colmado.... como para un amigo; pero él no ha querido. A veces la gente tiene ideas raras.... Yo no puedo obrar de otro modo: he hecho ver mi buen corazon. Ahora bien: pues que la cosa está hecha es menester no desper-

diciarla, y al concluir su discurso cogió el vaso, y le bebió de un golpe. — Está entendido, dijo el mozo, y siguió su camino. — Ola: lo habeis entendido tambien.... Ya se ve cuando las razones son justas....

Ahora es preciso valernos de todo el amor que profesamos á la verdad para proseguir fielmente una narracion que tan poco honor hace á un personage tan principal, que puede llamarse el protagonista de nuestra historia. Por esta misma razon de imparcialidad debemos advertir que aquella era la vez primera que á Lorenzo hubiese sucedido un caso semejante, y en verdad la falta de uso fue el motivo porque entonces le sucedió tan fatal cosa. Aquellos primeros tragos que bebió al principio uno sobre otro contra su costumbre; parte para humedecer la seca garganta, y parte por una cierta alteracion de ánimo que no le dejaba hacer nada con medida, le trastornaron bien pronto la cabeza; pero á un bebedor veterano apenas le hubieran hecho una impresion ligera.

Como quiera que sea, luego que aquellos primeros humos se encaramaron al cerebro de Lorenzo, el vino y las palabras comenzaron á andar uno arriba y otro abajo, sin modo ni regla; y en el punto en que le hemos dejado, el pobre estaba ya como podia. Vióse dominado de un gran deseo de charlar, no faltaban oyentes, es decir, habia delante hombres á quienes él pudiese tener por tales, y por algun tiempo las palabras se le ocurrieron sin dificultad, y se dejaron colocar en un cierto órden; pero despues comenzó á hacérsele dificultosa la tarea de concluir las frases. El pensamiento que con viveza y resolucion se le habia presentado á su mente, se desvaneció repentinamente, y la palabra signo de este pensamiento despues de haberse hecho esperar un buen rato, no era la que convenia. En estas circunstancias, por uno de aquellos falsos instintos que en tantas ocasiones arruinan al hombre, recurria á su querido frasco, y cual fuese el auxilio que este podia prestarle

ya se deja conocer sin que se diga.

Referiremos solamente algunas de las muchísimas palabras que salieron de aquellos entorpecidos y balbucientes labios: las otras que omitimos serían demasiado importunas, porque no solo no forman sentido, sino que no tienen traza de formarle nunca.

Ah, huésped, huésped, exclamó siguiendo con la vista á aquel, y aun buscándole donde no estaba: ¿qué hombre eres tú, huésped? — No puedo olvidar aquella pasada del nombre, apellido y negocio.... á un muchacho honrado como yo.... vamos, qué satisfaccion, qué provecho, qué gusto te resulta de poner mi nombre en un papel.... ¿Hablo bien, señores?.... Los huéspedes deberian cumplir mejor con los parroquianos.... Oye, oye, huésped, que te quiero convencer con una comparacion.... Ola, ¿se rien los señores?.... Estoy un poco trastornado; pero las razones que digo son justísimas.... Dime, huésped, ¿quién es el que mantiene tu hostería? Los marchantes.... ¿digo bien? Mira si esos señores de los ban-

dos vienen alguna vez á tu casa á mojarse la boca. — Esa es gente que bebe agua, dijo uno que estaba inmediato. — Es que quieren saber lo que se dicen, contestó otro.

Ah, gritó Lorenzo : es un poeta el que ha hablado, (lo cual dijo porque tomaba este nombre, no en la significacion general, sino en la de un hombre que dice cosas mas agudas y chistosas que razonables); y siguió con sus reflexiones : Responde, huésped; Ferrer que es el mejor de todos, ¿ha venido alguna vez á tu casa á echar un brindis, ó á gastar algun dinero? Y aquel perro asesino de D. Rod.... Callo porque tengo la cabeza demasiado caliente, y el Padre Crrr.... yo sé por quien hablo, son dos hombres de bien, pero hay pocos como ellos. Los viejos peores que los jóvenes, y los jóvenes peores todavía que los viejos.... Sin embargo estoy contento de que no ha habido sangre.... barbarie.... eso de matar de ningun modo. Pan.... eso sí. Yo he recibido grandes apretones, pero.... y los he dado tambien.... Plaza,

plaza.... abundancia.... viva. Y tambien Ferrer.... alguna palabrita en latin.... *Sies baraos, trapolorum:* Maldito vicio. ¡Viva! ¡Justicia! Pan.... estas son las buenas palabras.... Esto queríamos los camaradas, cuando se escapó por aquel maldito ton, ton, ton.... y despues rodavía ton, ton, ton.... No se huiria ahora.... tened ahí al señor Cura.... yo sé en quien pienso.

A estas palabras inclinó su cabeza, y estuvo un rato como embebido en una imaginacion; despues dió un gran suspiro, y dejó ver su cara con los ojos tan furiosos, y con un cierto aspecto que ¡ay! de aquel que era el objeto, si por entonces se hubiese presentado. Pero los concurrentes que ya habian comenzado á divertirse con su elocuencia tan apasionada como tosca, viéndole asi empezaron á burlarse. Mírale, mírale, se decian unos á otros los mas inmediatos, y todos se volvian hácia él, tanto que llegó á ser el arlequin ó monote de la tertulia. No era porque ellos estuviesen en su juicio, pues aun algunos se hallaban bien cargados;

pero á decir verdad ninguno lo estaba tanto como el pobre Lorenzo, y ademas era forastero. Ahora uno, luego otro se empeñaron en embromarle, ya con chanzas pesadas, ya con preguntas intempestivas, ya con ceremonias bufonas, á las cuales él unas veces mostraba escandalizarse, otras lo tomaba á risa; y ya sin atender á aquellas voces hablaba de otra cosa muy lejana: ya preguntaba, ya respondia, y siempre fuera de propósito. Por su fortuna entre aquel atolondramiento le habia quedado una atencion como por instinto á callar aquello que mas profundamente debia estar grabado en su memoria, es decir, el nombre de las personas, y asi fue que en medio de tanto hablar no pronunció siquiera el de aquel objeto, que ya se ha ganado nuestro aprecio, y que si hubiese sido nombrado por aquellas vinosas bocas, se hubiese visto, por decirlo asi, profanado entre gente semejante.

*

CAPITULO XIV.

El hosterero viendo que aquel juego sobre ser ya demasiado molesto era largo, se habia aproximado á Lorenzo, y rogando con atencion á los demas que le dejasen en paz, le cogia por los brazos, y procuraba hacerle entender, y persuadirle que se fuese á la cama; pero él siempre volvia á su tema del nombre, del apellido, y de los hombres de bien. Sin embargo las palabras *cama*, y *dormir*, repetidas á su oido, le causaron alguna impresion, y le dieron á conocer la necesidad que tenia de aquello que significaban dichas palabras, produciendo un momento de lucido intervalo. Aquel rayo de razon que le volvió, le dió á entender la que le faltaba, y fue como el último palo de una hoguera que luce para hacer ver que los demas ya no existen. Tomó su resolucion: se apoyó en la mesa, probó una ó dos veces á levantarse, suspiró, se bambaleó, y por último apoyado en la mano del

huésped se puso en pie, conduciéndole, ó por mejor decir, arrastrándole fuera de la pieza. Lorenzo al rumor de los saludos y despedidas que le hacian los de dentro, se volvió de pronto, y si el que le sostenia no hubiera andado bien listo para contenerle por un brazo, su caida hubiera sido completa: por fin se volvió y con el brazo que le quedaba libre anduvo haciendo garabatos en el aire, para corresponder á aquellos cumplimientos.

A la cama, á la cama, dijo el huésped medio arrastrándolo, hízole pasar la puerta, y con mayor trabajo le subió por una escalera, y le colocó en el cuarto que ya estaba dispuesto. Él viendo la cama que le aguardaba se alegró, miró cariñosamente al huésped con sus ojillos que ya lucian como unos faroles, y ya se amortiguaban, procuró mantenerse en equilibrio sobre sus piernas, y alargando su mano para coger la derecha del huésped en señal de amistad y gratitud no pudo conseguirlo; sin embargo acertó á decir: ¡Hombre honrado! aho-

ra veo que eres hombre de bien : esta es una buena obra : dar una cama á un pobre muchacho; pero aquella manía del nombre y el apellido, esa no era propia de un hombre de bien. Por fortuna yo soy algo picarillo por mi parte.

El huésped que no se imaginaba que este pudiese estar tan porfiado: el huésped que por una larga experiencia sabia que los hombres en aquel estado se hallan muy sujetos á mudar de opinion repentinamente, quiso aprovecharse de aquel lucido intervalo para hacer otra tentativa. Querido mio, le dijo con la voz mas cariñosa que pudo, no lo hice por molestaros, ni por meterme en vuestros negocios. ¿Qué quereis? tenemos una ley, y somos obligados á cumplirla : de otro modo seríamos los primeros que sufriéramos el castigo. Lo mejor es contentar á los que mandan, y.... vamos, en resumidas cuentas, ¿de qué se trata? ¡Gran cosa! de decir dos palabras. No por ellos de ningun modo, sino por hacerme á mí un favor, vamos aqui en-

tre nosotros, á solas concluyamos el negocio. Decidme vuestro nombre, y..., despues id á la cama con el corazon tranquilo.

Ah, bribon, exclamó Lorenzo: ah, taimado. Ahora vuelves á marearme con aquella infamia del nombre, apellido y negocio....

Calla, loquillo, decia el huésped: calla y vete á la cama; pero el otro continuaba con voz mas fuerte. — Ya te entiendo: tú eres del bando de ellos. Aguarda, aguarda, yo te ajustaré las cuentas.... y dirigiendo la boca á la puerta de la escalera, comenzaba á gritar con todas sus fuerzas.... amigos, el huésped es del:::.

Si lo he dicho por chanzearme, gritó igualmente el huésped, procurando arrimarle á la cama.... pues, por chanzearme.? ¿No has entendido que es una chanza?

¡Ah por chanza! ahora hablas en razon. Lo has dicho por reir.... sí: ellas son cosas propiamente de risa.... y diciendo esto cayó en su cama.

Ea, á desnudarse presto, dijo el

huésped, y al consejo añadió el auxilio que era bien necesario. Cuando llegó á quitarse la ropilla, el otro la cogió: puso la mano sobre los bolsillos para ver si alli estaba el muerto. Con efecto le encontró, y pensando que su marchante á la mañana tendria un negocio de mayor entidad que el pagar su gasto, y que probablemente aquel muerto iria á unas manos de las que un hosterero no podria hacerle resucitar, quiso aventurar otra tentativa y le dijo: vos sois un buen muchacho, un hombre de bien: ea, pagadme ahora nuestra cuentecita porque mañana debo salir temprano para mis negocios. — Eso es justo, respondió él.... pero y el dinero..... ¡calla! ¿dónde se habrá ido?... — Aqui está, dijo el huésped, y poniendo por obra toda su práctica, toda su paciencia y toda su destreza llegó á ajustar la cuenta, y recibir el importe. — Dado el dinero, le dijo Lorenzo. Ea, ayúdame á desnudarme lo que falta, pues bien conozco que tengo un gran sueño.

El huésped le ayudó con efecto, y

ademas le cubrió con la ropa, y le dió las buenas noches, cuando ya él estaba roncando. En seguida por aquella especie de atraccion, que á veces nos obliga á detenernos y considerar un objeto de pena, ó de odio, lo mismo que otro de amor; y que puede ser nó sea mas que el deseo de conocer aquello que obra fuertemente sobre nuestro ánimo; el huésped se detuvo un momento á contemplar aquel jóven, para él tan fastidioso, alzando la luz, arrimándosela, y haciéndose sombra con la mano, en aquella actitud en que se pinta á Psichis cuando procura ver furtivamente la forma del esposo desconocido; dijo en su mente al pobre Lorenzo.... bestia de carga, tú propio te has buscado tu ruina. Mañana me sabrás decir qué contento te hallas. Locos, que quieren correr el mundo sin saber por donde sale el sol, para embrollarse á sí mismo y al prógimo.

Dicho, ó pensado esto, retiró la luz, salió del cuarto, cerró su puerta con llave, y en el descansillo de la escale-

ra llamó á su muger, la impuso en lo que debia hacer, que era dejar bien cuidados sus hijos, y bajar á la cocina para hacer en ella sus veces. Tengo precision de salir de casa, la dijo, por un diablo de un forastero que por mi desgracia.... y la contó en compendio lo sucedido; y despues añadió, alerta con cien ojos; y prudencia en este dia crítico. Ahí quedan unos hombres, que asi por lo que han bebido, como porque de su natural son largos de lengua, dicen.... basta: si algun temerario.... — Oh, no soy yo una niña, y conozco bien lo que va hecho. Hasta ahora me parece que.... — Bueno, bueno.... — Y en tocando á aquellos puntos del Vicario de provisiones, y el Gobernador y Ferrer, y los decuriones, y los caballeros, aparentar que no se entiende lo que hablan, porque de contradecirlos te podrá venir un daño de presente, y si les das la razon te puede venir en adelante, y aun tú misma conoces que en estas ocasiones aquellos que hablan mas.... basta: en oyendo semejantes cosas se vuelve la

cabeza y se dice allá voy, como si te llamáran de otro lado. En fin yo haré por volver lo mas pronto que pueda.

Dicho esto bajó con ella á la cocina, dió una ojeada alrededor por ver si habia novedad, sacó su capa y su sombrero, recopiló en una mirada á su muger las instrucciones que la habia dado, y salió. Al hacer todas estas operaciones habia allá en su interior atado el hilo al apóstrofe comenzado junto á la cama de Lorenzo, y le prosiguió en la calle diciéndose á sí propio: «Testarudo aldeano (esto aunque Lorenzo habia callado su nombre, se conocia en sus palabras, su pronunciacion, y su trage) ¡testarudo!" En un dia como este, yo á fuerza de política y de juicio habia salido limpio de polvo y de paja, y al fin tú debias venir á romper los huevos en la cesta. ¡Faltaban hosterías en Milán, y no que has venido expresamente á perderte á la mia! Aun si hubieras venido solo, yo hubiera hecho la vista gorda por esta noche, y mañana te hubiera hecho saber lo que conviene;

pero no señor, vino acompañado, y nada menos que de uno de justicia.

A cada paso encontraba en la calle cuadrillas de gente que iban susurrando como descontentos, y en este punto de su soliloquio vió venir á una patrulla, y arrimándose á la pared, la miró de rabo de ojo, y dijo: ahí van los que corrigen á los locos. ¡Y tú, pedazo de asno, por haber visto alguna gente amotinada y loqueando, te se puso en la cabeza que el mundo se iba á volver patas arriba! ¿Y sobre qué fundamento te has arruinado, y querias tambien arruinarme, lo que no es justo? Yo hacia lo posible por salvarte, y tú, bestia, en cambio por poco no me pones en revolucion la hostería. Ahora tú verás como te desenredas, que yo por mi parte no me descuidaré en salir del paso. Como si yo quisiese saber tu nombre por curiosidad. ¡Qué me importa que te llames Mateo ó Bartolomé! Valiente gusto tengo yo en coger la pluma en la mano. Prosiguió asi hablando con Lorenzo que no podia oirle, y al concluir su soliloquio se halló en la

escalera del señor Capitan de justicia.

Alli como en todas las demas secretarías se estaba trabajando con ardor. En todas partes se atendia á dar las órdenes que parecian convenientes, para prevenir los sucesos del dia siguiente, para quitar los pretestos á los amigos de novedades, y asegurar la fuerza en las manos que debian tenerla. Se reforzó la tropa que guardaba la casa del Vicario: las entradas de las calles de travesía fueron atrincheradas con carros; se mandó á todos los horneros que trabajasen toda la noche: se expidieron órdenes á los paises circunvecinos para que mandasen trigo á la ciudad; y se comisionaron personas distinguidas para que desde muy temprano se hallasen en las tahonas, velasen sobre la distribucion del pan, y contuviesen los inquietos con su presencia, su autoridad y buenas palabras. Mas para dar, como dice el refran, un golpe en el aro y otro en la bota, y hacer mas eficaces los halagos con un poco de terror, se buscó el modo de echar la

mano á algunos de los sediciosos, y esto era lo que principalmente pertenecia al Capitan de justicia, el cual ya puede suponerse cuan mal estaria con el alboroto y los alborotadores. Todos sus agentes y ministros estaban en campaña desde el principio del tumulto, y aquel fingido Ambrosio Fusella era como ya ha dicho el hosterero, un alguacil disfrazado, enviado de intento para ver si podia coger á alguno en el hecho, y prenderle, ó tener sabida su morada para echarle mano durante la quietud de la noche, ú al otro dia. Este habiendo oido cuatro palabras del sermon de Lorenzo, se le puso al lado, graduándole ya como un reo, muy buen hombre, y propio para el caso, y viendo que era nuevo en la ciudad habia intentado un golpe maestro, como era conducirle á la cárcel en caliente, como á la posada mas segura de todas. Frustrósele esta idea como hemos visto; pero ya llevaba la noticia del nombre, apellido y patria, con otras mil noticias congeturales, de modo que al llegar el

hosterero á hablar de Lorenzo lo que podia, ya los otros sabian mucho mas que lo que dijo. Entró pues en la oficina, hizo su exposicion de como habia ido á su casa un forastero que se habia negado á dar su nombre. — Habeis cumplido vuestra obligacion, dijo un escribano criminal, viniendo á dar el aviso, pero ya lo sabíamos. — Gran misterio, dijo el otro para sí: ¿quién tendrá tanta habilidad? — Y aun sabíamos, añadió el escribano, su respetable nombre. — Que diablos, contestó el otro para sí, ¡el nombre tambien! ¿cómo se habrán compuesto para saberlo? — Y vos, prosiguió el otro con mucha seriedad: Vos no decís todo lo que sabeis. — ¿Y qué puedo yo decir mas? — Ah, ah: sabemos muy bien que ese hombre llevó á vuestra hostería una porcion de pan robado, arrebatado por fuerza, adquirido por hurto y por sedicion. — Con que viene uno á mi casa con un pan en el bolsillo: ¿cómo sé yo dónde ni de que manera le ha adquirido? Porque hablando como si me hallára

en el artículo de la muerte, yo no le he visto sino un pan. — Eso es, siempre disculpar, siempre defender. Si fuéramos á creeros, todos serían inocentes. ¿Cómo podeis probar que aquel pan fuese bien adquirido? — ¿Y qué tengo yo que probar? Yo no entro ni salgo: soy un hosterero. — Pero no podeis negar que vuestro hombre tuvo la temeridad de proferir palabras injuriosas contra los bandos. — Pero hágame V. S. el favor de considerar, ¿cómo puede llamarse *mi hombre* ese á quien no he visto en mi vida hasta esta noche? El diablo es (Dios me perdone) quien le llevó á mi casa, y si le conociese yo, bien puede figurarse V. S. que no hubiera tenido necesidad de preguntarle su nombre. — Pero en vuestra hostería, y delante de vos se han proferido expresiones incendiarias, palabras escandalosas, proposiciones sediciosas, gritos, murmuraciones contra los bandos. — Cómo quiere V. S. que yo preste oidos á lo que pueden decir los muchos que alli se juntan, y que ha-

blan todos á un tiempo. Yo debo atender á mis intereses, porque soy un pobre. Ademas, bien sabe V. S. que quien es largo de lengua suele serlo tambien de manos, y especialmente cuando se ven muchos juntos. — Sí, sí, dejadlos charlar. Mañana, mañana lo verán. ¿Qué creeis vos? — Yo, señor, no creo nada. — ¿Creeis que esto ha de durar siempre? — Bobadas. — Ya vereis, ya vereis. — Eso es claro. — ¿Teneis mucha gente en casa? — Muchísima. — ¿Y qué hace vuestro parroquiano? ¿Continúa gritando, alarmando la gente, y preparándola para la sedicion? — El forastero, quiere decir V. S.... ese ha ido á dormir. — ¿Con que teneis mucha gente?.. — Basta: andad, y no le dejeis que se marche. — Está buena (dijo entre sí el hostelero) con que ahora tengo que hacer el papel de alguacil. — Volved á vuestra casa, continuó el escribano, y tened juicio. — Yo siempre le he tenido. Bien puede decir V. S. si yo he dado algo que hacer á la justicia. — Bueno, bueno. Y no creais que la justicia ha

perdido su fuerza. — Yo por mí no creo nada. Solo atiendo á mi oficio. — La cancion acostumbrada. ¿No teneis otra cosa que decir? — ¿Y qué quiere V. S. que le diga mas? La verdad es una sola. — Basta. Por ahora conservemos lo que habeis declarado: se verá despues el caso, é informareis á la justicia de todo lo que se os pregunte. — Y qué cosa puedo yo informar. Nada sé, y apenas tengo cabeza para atender á mis negocios. — Marchad, y no dejarle salir. — Espero que el ilustrísimo Capitan de justicia sabrá que he venido al instante á cumplir como debo. Beso á V. S. la mano.

Al salir el alba estaba Lorenzo roncando, y con sueño para muchas horas, cuando le hicieron volver en sí dos fuertes sacudidas que experimentó en sus brazos, y una voz que desde los pies de la cama le gritaba: Lorenzo Tramaglino. Dispertó él; estiró los brazos, y vió deplantado á los pies de su cama un hombre vestido de negro, y otros dos armados, uno á la derecha y otro á la izquierda. Él entre

la sorpresa, y el no estar bien dispierto, pues aun le duraba el aturdimiento del vino, se quedó por un momento como encantado; creía que soñaba, y como no era cosa de su gusto, se movia á todos lados como para librarse de lo que veia. — ¿Habeis oido, Lorenzo Tramaglino? dijo el hombre de la capa negra, que era el mismo escribano de la noche anterior, y continuó: pronto arriba, levantaos y venid conmigo. — ¡Tramaglino! dijo Lorenzo, ¡Tramaglino! ¿qué quiere decir esto? ¿Qué exigís de mí? Quién os ha dicho mi nombre. — Menos charlatanerías, y pronto arriba, dijo uno de los ministros, cogiéndole de nuevo por el brazo. — Ea: ¿qué modo es ese? gritó Lorenzo retirando el brazo.... Huésped, huésped. — ¿Le llevamos en camisa? preguntó el ministro al escribano. — Ya lo escuchais, dijo este á Lorenzo, y asi habrá de hacerse como no os levanteis pronto y vengais con nosotros. — ¿Y por qué motivo? preguntó Lorenzo. — Ya le sabreis de boca del señor Capitan de justicia. ¿Yo?

Yo soy un hombre de bien, no he hecho mal á nadie, y me admiro.... — Mejor para vos: asi en dos palabras quedareis despachado, y podreis ir á vuestros negocios. — Déjenme ir desde ahora, yo no tengo nada que ver con la justicia. — Acabemos, dijo un ministro. — ¿Le llevamos asi como está? dijo el otro. — ¡Lorenzo Tramaglino! dijo el escribano. — Cómo sabe mi nombre V. S. — Haced vuestro deber, dijo el escribano á los ministros, los cuales á un tiempo le echaron la mano para sacarle de la cama. — Poco á poco. No toqueis á un hombre honrado que... aun sé vestirme. — Pues vestíos pronto, dijo el escribano. — Allá voy, dijo él, y andaba efectivamente recogiendo aqui y alli la ropa esparcida sobre la cama, como los restos de un naufragio en la playa, y comenzando á vestirse aun proseguia diciendo: » pero no quiero ir al Capitan de justicia: nada tengo que hacer con él. Puesto que me quieren hacer esta afrenta injustamente, quiero ser conducido á la presencia de Ferrer, le conoz-

co, sé que es hombre de bien; y me debe obligaciones. — Bien está, hijo mio: os llevaremos á casa de Ferrer, contestó el escribano, quien en cualquier otro tiempo se hubiera reido de una proposicion semejante; pero aquella no era ocasion de reir. Ya al venir habia observado en las calles un cierto movimiento que no se podia bien definir, si eran rezagos de la sublevacion anterior aun no acabada, ó principios de una nueva, y entonces sin hacer caso, ó al menos aparentando no hacerle, aplicaba el oido, y le parecia que se aumentaba el bullicio: deseaba cerciorarse, pero hubiera querido antes conducir á Lorenzo de bien á bien; pues si le declaraba abiertamente la guerra, no podia estar cierto de que en saliendo á la calle no se hallasen tres contra uno. Asi con miradas indicaba á los ministros que tuviesen paciencia y no exasperasen á aquel jóven, mientras que por su parte procuraba sosegarle con buenas palabras. Lorenzo mientras se vestía despacito, recapitulando en su embro-

llada memoria los sucesos del dia anterior, conocia muy bien que aquello de los bandos, y del nombre y del apellido debia ser la causa de lo que le pasaba; ¿pero cómo diablos se habia sabido su nombre? ¿y qué cosas habrian pasado aquella noche, para que la justicia con tanta seguridad viniese á echar mano á uno de aquellos hombres de bien que el dia anterior tenian tanto voto en el capítulo, y que no debian estar todos retirados, pues se oia un alboroto en la calle, y cada vez se aumentaba? Por todo lo cual, asi para aclarar sus conjeturas, que confirmó viendo al escribano que en vano queria ocultar su miedo, como por descubrir terreno, ganar tiempo y aun intentar un golpe de mano dijo: conozco bien cual es la causa de todo esto: sin duda es el nombre y el apellido. Ayer verdaderamente estaba un poco atolondrado. Estos hostereros suelen tener ciertos vinos traidores, y ya se sabe que cuando el vino ha pasado por el canal de la palabra, él tambien quiere decir la suya. Pero si no se tra-

ta de otra cosa, ahora estoy pronto á darle satisfaccion de todo punto. Ademas ya sabeis mi nombre. ¿Quién diablos os le ha dicho?

Bravo, hijo mio, bravo, contestó el escribano muy placentero: veo que teneis juicio, y creédmelo pues soy del arte, sois mas avisado que otros. Es el mejor medio para salir pronto y bien del negocio: con semejantes disposiciones en dos palabras quedais despachado y puesto en libertad. Pero yo, hijo mio, ya lo veis, tengo las manos atadas: no puedo dejaros aqui como quisiera. Ea, daos prisa, y venid de bien á bien; que luego que sepamos quien sois.... ademas yo diré.... dejadme hacer.... basta: abreviemos, hijo mio. ¡Ah, no podeis! ya entiendo, contestó Lorenzo, y seguia vistiéndose, evitando con cierto aire de disgusto las embestidas que hacian los ministros para ayudarle con su mano. — ¿Pasaremos por la plaza del Domo? preguntó despues al escribano. — Por donde gusteis: por el camino mas corto á fin de dejaros mas

presto en libertad, dijo él recogiendo en su corazon la pena de dejar perder aquella pregunta misteriosa, que podia servir de tema á cien preguntas. — ¡Cuando uno nace desgraciado!... (pensaba entre sí) aqui se me viene á las manos uno que se está viendo que no quiere sino cantar, y con un poco de sosiego que se tuviese, asi: *extra formam*, académicamente, como por via de conversacion familiar se le haria confesar sin tormento lo que uno quisiere.... Hombre es que se le podia conducir á la cárcel ya bien examinado, sin que él lo conociese, y un hombre de esta naturaleza se me ha presentado en un momento tan crítico.... Ay: aun no ha escampado.... (continuó diciendo, aplicando el oido) no hay remedio: en peligro estamos de tener un dia peor que el pasado. Lo que le hizo pensar asi fue un rumor extraordinario que se oyó en la calle, y no pudiendo contenerse abrió las cortinas para dar un vistazo, y observó que era un grupo de paisanos, que mandados separar por

una patrulla, habian respondido primero con malas palabras, y despues se habian dividido con muestras de enojo; pero lo que le pareció una señal mortal fue el ver la mucha urbanidad con que procedian los soldados. Juntó las cortinas, y estuvo un poco reflexionando sobre si debia concluir la empresa, ó dejar á Lorenzo á cargo de los ministros é ir en persona él mismo á dar parte al Capitan de justicia. Pero pensó de pronto, se me dirá que soy un para-poco, un cobarde, y que debia cumplir la órden. Ya estamos en el baile, y es preciso bailar.... Maldita sea esta prision y mi oficio.

Ya Lorenzo estaba vestido y en pie; los dos satélites á sus lados, y el escribano encargándoles por señas que no le causasen demasiada molestia: le dijo á él. Ea, pronto; y veníos con nosotros como amigos. Lorenzo oia, veia y pensaba. No le faltaba mas que ponerse la casaquilla que tenia en una mano, ínterin con la otra andaba reconociendo los bolsillos. Ola, señor mio, dijo mirando al escribano con cierto aire significativo: aqui tenia yo

una carta y diez sueldos. Todo se os entregará puntualmente cumplidas que sean ciertas formalidades, contestó el escribano. Vamos, vamos pronto. Eso no, dijo Lorenzo meneando la cabeza: eso no va conmigo. Yo quiero lo que es mio. Daré cuenta de mis acciones, pero quiero lo que es mio. Quiero mostrar que me fio de vos, tomad, y vamos, dijo el escribano sacando de su bolsillo y entregando á Lorenzo con un suspiro las cosas confiscadas. Este reponiéndolas en su lugar, hablaba entre dientes diciendo: al fin, á fuerza de tratar con ladrones, se les ha pegado algo del oficio. Los ministros no podian contenerse, y el escribano continuaba sosegándolos por señas, y diciendo entre sí: calla, que si tú llegas á pisar aquella jaula, la pagarás, y con usura, sí, la pagarás.

Mientras Lorenzo se vestia la casaquilla, y se ponia el sombrero, el escribano hizo señas á un alguacil de que fuese delante por la escalera. Lorenzo le siguió, y detrás el escribano con el otro. Llegados á la cocina preguntó Lorenzo: ¿y dónde se ha metido

aquel bendito huésped? El escribano hizo otra seña á los ministros, que al punto cogieron cada uno una mano de Lorenzo, y de pronto le ataron las muñecas colocándole en regla la muletilla. Luego que él lo advirtió dijo: qué traicion es esta: ¡á un hombre honrado! pero el escribano que para cada accidente triste habia prevenido algunas palabras suaves le sosegó diciendo: tened paciencia: hacen su obligacion. ¿Qué quereis? todas estas son formalidades, y ni aun nosotros podemos tratar la gente segun quisiéramos... Si no hiciésemos al pie de la letra lo mandado estaríamos frescos: nos hallaríamos peor que vos.... tened paciencia.

Mientras él hablaba, los dos ministros dieron una vuelta á la muletilla; y Lorenzo resintiéndose como un caballo brioso que siente el freno, exclamó: ¡paciencia! Buen muchacho, exclamó el escribano. ¿Qué quereis? esta es una cosa molesta, bien lo conozco; pero portándose bien en un momento quedais fuera de todo. Y ya que os veo con tan buenas disposicio-

nes, y yo me siento inclinado á favoreceros, os quiero dar un consejo por vuestro bien. Creedme á mí que soy práctico en estas cosas, seguid vuestro camino sin mirar atrás ni á los lados, por manera que no llameis la atencion de nadie, ni se conozca lo que es; y asi conservareis vuestra reputacion. De aqui á una hora ya estaréis en libertad. Hay tanto que hacer que los mismos jueces se darán prisa á despacharos; ademas de que yo hablaré.... luego os vais á vuestros negocios, y ninguno sabrá que habeis estado en manos de la justicia. Y vosotros, añadió mirando con severidad á los ministros, cuidado con no hacerle daño, porque yo le protejo. Es preciso que cumplais vuestra obligacion; pero atended á que es un hombre de bien, un jóven muy atento, que dentro de poco se verá en libertad, y que tiene que mirar por su honor. Que no se conozca nada: id como tres amigos que van de paseo. Y con tono imperativo, y un ceño amenazador, concluyó: ¿me habeis entendido? Volviéndose despues á Lorenzo con una

sonrisa cariñosa, como si quisiese decirle : *nosotros sí que somos amigos*, le repitió. «Juicio, no mireis á ninguna parte, seguid mi consejo, y fiaos de quien os quiere bien. Marchemos: y á esta voz salieron de la hostería."

A pesar de tan bellas palabras, Lorenzo no creia ni que el escribano le quisiese á él mas que á los ministros, ni que se interesase con tanto calor en su reputacion, ni que tuviese intencion de favorecerle, y lo que entendió perfectamente fue, que aquel su nuevo amigo temiendo que se le presentase en la calle alguna ocasion favorable para lograr salir de sus manos, le ponia delante aquellos especiosos motivos á fin de disuadirle de lo que podia intentar. De este modo todas aquellas exhortaciones solo sirvieron para mejor persuadir á Lorenzo lo que ya se habia propuesto, que era hacer todo lo contrario.

Luego que salieron á la calle comenzó Lorenzo á mirar á todas partes, hecho todo él oidos y orejas: no se notaba á la verdad concurso extraordinario; y aunque en el rostro de algu-

nos transeuntes se podia notar un no sé que de sedicioso, sin embargo cada uno iba por su camino, y no puede decirse que habia sedicion verdadera. Juicio, juicio, le decia el escribano por la espalda: el honor, el honor, hijo mio; pero cuando Lorenzo hubo notado tres que venian muy sofocados, y oyó hablar de una tahona, de harina escondida y de justicia, comenzó á hacer señas con el rostro hácia ellos, y á toser de aquel modo que todo quiere significar menos un resfriado. Ellos miraron con mayor atencion la comparsa, y se pararon: con ellos se pararon otros que venian, y aun otros que habian pasado retrocedieron é hicieron rueda. — Mirad por vos mismo: juicio, hijo mio: es peor para vos: no lo echeis á perder: el honor, la reputacion; pero cuanto mas predicaba asi el escribano, peor lo hacia el otro, y los ministros despues de haberse consultado con una mirada, pensando acertar (ya se ve que todos estamos sujetos á equivocaciones) dieron un apreton á las muletillas.

Ay, ay, ay, grita el atormentado: al

grito se reune la gente alrededor, corren otros de varios puntos de la calle, y escribanos y alguaciles se encuentran metidos en medio. Aquel decia á los que estaban mas cerca: es un pícaro, un ladron cogido en el hecho: ea, apartarse, y dejar á la justicia que haga sus funciones. Lorenzo vista la ocasion, y observando que los ministros estaban blancos como un papel, dijo entre sí, perdido soy, si ahora no me ayudo; y gritando cuanto pudo dijo: Amigos mios, me llevan porque he gritado pan y justicia, no he hecho otra cosa, soy hombre de bien: ayudadme; no me abandoneis, amigos mios.

En respuesta se oyen gritos de favor por todas partes: los ministros mandan al principio, luego suplican á los mas inmediatos que se aparten y les den paso; pero la turba se apiña mas y mas en vez de retirarse. Ellos visto el mal aspecto que aquello presentaba, sueltan las muletillas, y no cuidan sino de escabullirse entre la gente para salir sin ser vistos. El escribano deseaba con todo su corazon hacer lo mismo; pero su posicion era

mas crítica, á causa de su capa negra. El pobre hombre pálido como la cera, y oprimido el corazon, se encogia cuanto le era posible, y andaba casi agachado para ver si podia introducirse entre los espectadores, pero no levantaba vez alguna la vista sin que hallase muchos ojos que le estaban observando. Estudiaba todos los modos imaginables de parecer un cualquiera, que pasando casualmente por la calle se habia hallado metido en el corro, y encontrándose cara á cara con uno que le miraba con peor gesto que los otros, compuso el suyo aparentando sonrisa, y haciendo la desecha, preguntó: ¿qué viene á ser esto? — Una picardia, contestó el otro. Picardía, picardía, resonó alrededor: á los gritos se añadieron los apretones, y en breve el escribano, parte con sus propias piernas, parte con la ayuda de otros consiguió lo que mas queria, que era verse fuera de aquel corro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LORENZO,

Ó

LOS PROMETIDOS ESPOSOS.

SUCESO

DE LA HISTORIA DE MILAN

DEL SIGLO XVII,

publicado en italiano

por el célebre Alejandro Manzoni,

y puesto en castellano

por D. Felix Enciso Castrillon.

Tomo II.

MADRID Y NOVIEMBRE: 1833.
Imprenta, calle del Amor de Dios, n.° 14.

Se halla en la librería de Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

CAPITULO XV.

Escapa, huye, pobre jóven... mira, allí hay un convento.... allá una iglesia, por aqui... por allá... todos en fin aconsejan á Lorenzo, que en cuanto á escapar no tenia necesidad de que se lo aconsejasen. Desde el punto en que se le habia presentado una esperanza de huir de aquellas uñas, habia comenzado á hacer sus cuentas, y tenia resuelto, si lograba su libertad, escapar sin pararse hasta que estuviese fuera no solo de la ciudad sino del ducado: «Mi nombre, aunque no sé como diablos le han sabido, ya le tienen escrito en sus librotes; y con el nombre y el apellido me vendrán á buscar cuando se les antoje." En cuanto á un asilo, no debo buscarle sino en el último apuro: si puedo ser pájaro del campo, no quiero ser pájaro de jaula. — Habia pues designado por término de su viage, y

*

por refugio aquel pais en el territorio de Bergamo, donde estaba establecido su primo Bartolo, que como ya dejamos dicho, le habia hecho repetidas instancias para que fuese. La dificultad estaba en hallar el camino. Dejado en un parage desconocido de una ciudad tambien desconocida, no sabia por que puerta debia salir para tomar el camino de Bergamo, y aun cuando la hubiese sabido ignoraba las calles para ir á ella. Estuvo un momento resuelto á pedir estos informes á alguno de sus libertadores; pero como en el corto tiempo que habia tenido para meditar en sus negocios y sucesos le habian pasado por la imaginacion extrañas ideas sobre aquel espadero tan obligante, padre de cuatro hijos, no quiso manifestar sus designios delante de tanta gente, donde podia haber alguno como el otro, y asi resolvió alejarse de alli cuanto antes, reservando el preguntar el camino para cuando ya estuviese bien separado, y en lugar donde nadie supiese quien era, ni la causa de su pregunta.

Dadas mil gracias, y colmando de bendiciones á sus favorecedores, salió por el callejon que ellos mismos le abrieron, dió á correr, y sin saber por donde anduvo un buen rato galopeando, hasta que pareciéndole estar ya bien lejos, acortó el paso para no dar sospechas, y comenzó á mirar alrededor, buscando una cara que inspirase confianza para hacer su pregunta. Esta por sí misma era sospechosa: el tiempo estrechaba: los ministros, ya libres de aquel peligro, debian sin duda pensar en seguir las huellas del fugitivo: la voz de aquella fuga podia haber llegado hasta aquel parage, y en tal premura, Lorenzo debia formar mil congeturas fisonómicas antes de encontrar la figura que le pareciese á propósito. Aquel hombre gordinflon que estaba como una estátua á la puerta de su tienda, con las piernas largas, la panza fuera de la casa, y que por ocio andaba alternativamente bambaleando su enorme masa, ya sobre las puntas de los pies, ya sobre los talones, tenia una cara de burlon curioso, que era

de temer que en lugar de respuesta hubiese hecho varias preguntas. El otro jovenzuelo, que en verdad tenia traza de ser vivaracho, mostraba tambien ser muy malicioso, y probablemente se hubiera divertido enviando á un pobre forastero á la parte opuesta á la que preguntaba. Tanto es verdad que al hombre que por sus cosas está embrollado todo le presenta un nuevo embrollo. Encarándose finalmente con uno que venia muy de prisa, pensó que este, teniendo probablemente algun negocio interesante, le responderia pronto y bien para despachar cuanto antes, y oyéndole, ademas que iba hablando solo, juzgó que sería un hombre sincero. Llegóse á él y le dijo. Por favor me direis ¿por qué puerta se sale para ir á Bergamo? — ¿A Bergamo? Por la puerta oriental. — Gracias: ¿y para ir á la puerta oriental? — Seguid esta calle de la izquierda, saldreis á la plaza del Domo, y despues.... — Basta, Señor; ya conozco ese terreno. Mil gracias, y comenzó á andar por el camino que le habia indicado. El otro

le estuvo mirando un rato, y combinando en su pensamiento aquel modo de caminar con la pregunta, dijo entre sí, ó este ha hecho alguna buena, ó alguno quiere hacérsela.

Lorenzo llegó á la plaza del Domo: la atravesó; vió un monton de cenizas y carbones apagados, y reconoció los restos de la bullanga á que él habia concurrido el dia anterior, pasó al lado de la escalinata del Domo: reconoció el horno de la Crúz medio derribado, y los soldados que le guardaban: vió la calle por donde habia venido con el tropel, llegó enfrente del convento de Capuchinos, dió una ojeada á la plazuela y á la puerta de la Iglesia, y dijó entre sí suspirando: buen consejo me dió el Capuchino de ayer, que entrase en la Iglesia á esperar al Pádre, y haria algo bueno.

Alli habiéndose parado un momento á mirar la puerta por donde debia salir, y observando aunque de lejos que tenia una numerosa guardia, su imaginacion acalorada (es preciso compadecerle, pues tenia muchos mó-

tivos para temer) experimentó una cierta repugnancia en exponerse á aquel peligro. Hallábase inmediato á un lugar de asilo, donde con la carta hubiera sido bien recomendado, y asi estuvo casi resuelto á entrar, pero de repente cobrando ánimo se dijo á sí mismo: ¡Pájaro del campo mientras que pueda! ¿Quién me conoce? Los ministros no es natural que se hayan dado el mal rato de avisar mi fuga, ni se habrán dividido en pedazos para irme á esperar en cada una. — Despues de este soliloquio miró si le seguian, y no viendo persona que le diese sospechas contuvo aquellas benditas piernas que rabiaban por correr cuando solo debian andar: y poco á poco y disimulando llegó á la puerta. Hallábase en la misma entrada una tropa de Guardas, y por refuerzo una compañía de Miqueletes españoles, pero todos tenian sus arcos dirigidos á la parte de afuera, como para no dejar entrar á los que de otros pueblos viniesen con el atractivo del alboroto, como los cuervos van al cam-

po donde se ha dado una gran batalla. Viendo él esto, muy mesurado, con los ojos bajos, y con un paso entre viage y paseo, salió al camino sin que nadie le dijese cosa alguna, pero palpitándole el corazon fuertemente. Viendo á la derecha una senda entra en ella por huir del camino real, y anduvo un gran trozo sin volver la cabeza.

Caminando sin cesar encontró alquerías, aldeas, pasa adelante sin hacer ninguna pregunta, pues está seguro de que se alejaba de Milán, esperaba dirigirse á Bergamo, y esto le bastaba por entonces. Entre tanto se entregaba á sus reflexiones sobre los sucesos del dia pasado, se arrepentia, se avergonzaba, y en fin era un tropel de cosas que ni él mismo acertaba á ordenarlas.

Pero bien pronto ocupó el primer lugar entre tan molestos pensamientos la necesidad de buscar el camino. Experimentaba una cierta repugnancia á pronunciar el nombre de Bergamo, como si esta palabra tuviese un

no sé qué de sospechoso; pero no se podia pasar por otro punto, y se resolvió á hacer lo mismo que en Milán, esto es, á preguntar al primero que encontrase, en cuya cara hallase las señales de buen corazon que él se figuraba.

Hízolo, y le respondió el preguntado. Estais fuera de camino, y parte con palabras, parte con gestos, le indicó el que debia tomar para entrar en el camino real. Lorenzo le dió gracias, fingió seguir el consejo, pero con la intencion de aproximarse al camino real lo bastante para no perderle de vista, y de andar en cuanto fuese posible paralelo á él, sin pisarle. El proyecto era mas fácil de concebir que de practicar. El resultado fue, que andando asi de derecha á izquierda, siguiendo un poco las señas dadas, y corrigiéndolas otro poco segun sus ideas, nuestro fugitivo habia andado tal vez doce millas; no se habia separado de Milán sino seis, y poco faltaba para que no se hubiese alejado de Bergamo. Comenzó á entender que

de aquel modo no lograria su intento, y pensó en hallar otro recurso. El primero que le ocurrió fue obtener el nombre de algun pais vecino á los confines, y al cual se pudiese ir por los caminos inmediatos, y preguntando por este, se podia hacer informar, sin nombrar á Bergamo, pregunta directa que le parecia llevar consigo la idea de la fuga y del delito.

Mientras pensaba el modo de lograr aquellas noticias sin dar sospechas, vió una casilla solitaria, á un lado de la senda, y sintiéndose con necesidad de tomar algun alimento, pensó que alli podia hacerlo, y adquirir la noticia que deseaba. — Estaba sola una pobre vieja hilando: pidió una friolera para desayunarse y comer todo junto, rehusó el vino acordándose de lo mal que le habia parado la noche anterior, y mientras comia tuvo que aguantar la conversacion de la vieja, que le hizo mil preguntas sobre las cosas de Milán, cuyo rumor hasta alli habia llegado. Lorenzo no solo supo diestramente eludir las pre-

guntas, sino que halló el modo de sacar partido ventajoso de la curiosidad de la vieja que le preguntaba donde se dirigia. — Tengo que andar recorriendo varios pueblos, y si encuentro unos dias desocupados quisiera tambien dar antes un vistazo á ese pueblo grande, que está sobre el camino de Bergamo.... «Válgame Dios: ¿cómo se llama?" Por fuerza ha de haber alguno en esta situacion, decia entre sí. — Gorgonzola querreis decir, respondió la vieja. — Eso es: Gorgonzola, repitió él, como para fijar mejor la palabra en su memoria, y continuó ¿está muy lejos? — No estoy cierta si habrá diez ó doce millas. Si estuviese aqui alguno de mis nietos os lo sabria decir. — ¿Y creeis que puedo ir por estas veredas, sin entrar en el camino real? ¡Hay alli un polvo insufrible! ¡Ya se ve como hace tanto tiempo que no llueve! — «Me figuro que sí. Lo que podeis hacer es preguntarlo en el primer pueblo que encontrareis á la derecha," y se le nombró. — Muy bien, contestó Lo-

renzo, y levantándose cogió un pedazo de pan que le habia quedado de su frugal banquete, y que era muy distinto de aquel que el dia anterior habia encontrado junto á la cruz de San Dionisio; pagó su cuenta, y marchó tomando el camino de la derecha, y para no alejarse mas de lo necesario con el nombre de Gorgonzola en la boca, anduvo tanto de pueblo en pueblo que una hora antes de ponerse el sol llegó á pisar sus calles.

Ya por el camino habia determinado hacer alli otra parada, y tomar una refaccion algo mas sustanciosa. Su cuerpo hubiera tambien agradecido un poco de cama; pero antes de darle este gusto, le hubiera Lorenzo dejado caer en medio del camino. Su designio era informarse en la hostería de cuanto distaba el rio Adda; averiguar con maña alguna cosa que le pudiese guiar para dirigirse á él apenas concluyese su comida. Habiendo nacido y crecido en aquellas orillas habia oido decir que á un cierto punto, y á un cierto paso el mismo rio señala-

ba los límites de los estados Milanés y Veneto: no tenia idea exacta de cual era este punto: mas por entonces el negocio era llegar solo al rio, sino podia conseguirlo con la luz del dia, estaba determinado á caminar de noche mientras la oscuridad y el frio lo permitiesen, y esperar el alba, ó en el campo, ó donde Dios quisiese, con tal de que no fuese en posada.

Dados algunos pasos en Gorgonzola, vió una muestra de hostería: entró, pidió un plato caliente, y una medida de vino, pues el camino que habia andado y el tiempo, le habian disipado aquel ódio que habia concebido el vino. Despachadme pronto, dijo al huésped, pues necesito ponerme al instante en camino. Esto lo dijo no solo porque era verdad, sino por temor de qué el huésped imaginándose que iba á pasar alli la noche, no viniese á preguntarle el nombre y apellido, y dónde iba y á qué negocio.

El huésped respondió que sería servido, y Lorenzo se sentó al extremo de la mesa, y al lado de la puerta,

que es el puesto de los vergonzosos.

Habia en aquella sala algunos ociosos, los cuales despues de haber disputado y discurrido sobre los grandes sucesos de Milán el dia antecedente, deseaban saber lo que habia ocurrido tambien aquel dia, tanto mas cuanto las primeras noticias eran mas propias para excitar la curiosidad que para satisfacerla: una sublevacion ni sosegada ni victoriosa, suspendida mas bien que terminada por la noche; una cosa imperfecta, y que mas bien podia llamarse el final de un acto que el desenlaze de un drama. Uno de los tertuliantes se separó de los demas, y colocándose al lado de Lorenzo le preguntó si venia de Milán. — ¡Yo! respondió Lorenzo, para tomarse tiempo de buscar la respuesta. — Vos: si no llevais á mal la pregunta. — Lorenzo meneando la cabeza, y frunciendo los labios dijo: Milan, segun lo que he oido.... por ahí.... no debe ser por ahora un pais agradable donde uno pueda ir, á menos de una gran urgencia. — ¿Prosigue aun el alboroto? pre-

guntó con mucha instancia el curioso. — Era menester hallarse alli para saberlo, contestó Lorenzo. — ¿Pues qué no venís de Milán? — Vengo de Liscate, respondió bien claro Lorenzo que ya habia meditado su respuesta. — No era esta exacta, pues solo habia pasado por aquel pueblo, y el nombre le habia sabido en el camino por habérsele preguntado á un pasagero, quien se le indicó como el primer pueblo que debia atravesar para llegar á Gorgonzola. — ¡Ya, ya! dijo el amigo como si quisiese expresar.... mejor fuera que vinieses de Milán ¡pero paciencia! y añadió, ¿y en Liscate no se sabe nada de Milán? — Puede muy bien que algunos sepan algo, contestó Lorenzo, pero yo nada he oido; pronunciando estas palabras con aquel modo particular que indica: ya he concluido. El curioso volvió á su asiento, y poco despues se presentó el huésped á servir la mesa. — Cuánto hay de aqui al Adda, preguntó Lorenzo en voz baja, y con cierto aire simplon. — ¿Al Adda, para pasarle? preguntó el huésped.

— Eso es.... sí.... al Adda. — ¿Quereis pasarle por el puente de Cassano, ó por el de Canonica? — Por cualquiera que sea: pregunto esto solo por curiosidad. — Dígolo porque aquellos son los parages por donde pasan los hombres de bien: aquellos que pueden dar razon de su persona. — Muy bien: ¿cuánto hay hasta esos puentes? — Haced cuenta, que tanto al uno como al otro, poco mas, ó poco menos habrá seis millas. — ¡Seis millas! No lo sabia, dijo Lorenzo, y añadió con una apariencia de desden llevada hasta el extremo de la afectacion, y quien tuviese necesidad de tomar un atajo para abreviar, hallará otro parage para pasar el rio? — No es eso seguro, respondió el huésped mirándole de hito en hito con ojos llenos de una maligna curiosidad, lo cual fue bastante para que Lorenzo contuviese entre los dientes las otras preguntas que tenia dispuestas. Se arrimó el plato y mirando la botella del vino que habia puesto sobre la mesa dijo: ¿es sincero? — Como un oro, respondió el

huésped. Preguntádselo á la gente del pueblo y de sus cercanías que entienden bien la materia, y entonces lo sabreis. Dicho esto volvió á la tertulia. — Malditos hostereros, dijo Lorenzo en su corazon, cuantos mas veo, peores los hallo. Empezó á comer con mucho apetito, atendiendo con disimulo á lo que hablaban para descubrir el campo y conocer como se pensaba allí de los grandes acontecimientos en que él habia tenido muy buena parte, y observar si entre los tertuliantes habia algun hombre de bien á quien un pobre jóven pudiese fiarse para que le enseñase el camino, sin verse en la precision de tener que dar cuenta de sus negocios.

«Pero ello es, decia uno, que ahora los milaneses han querido hacer algo bueno. Basta: mañana á mas tardar se sabrá alguna cosa." Me pesa no haber ido á Milán esta mañana, dijo otro. »Si vas mañana yo voy tambien, dijo otro, y yo, y yo, contestaron varios. »Lo que yo quisiera saber, dijo el primero, es si aquellos

señores de Milán piensan tambien en la pobre gente de los pueblos, ó se harán formar una buena ley solo para ellos. Ya sabeis los que son. Ciudadanitos orgullosos; todo para ellos, y los de afuera como si no fuesen cristianos." — Pues tambien tenemos nosotros boca, sea para comer el pan, ó sea para pedirle, dijo otro con voz tanto mas modesta cuanto la proposicion era atrevida.... Y cuando la cosa esté ya en camino.... dejó sin concluir la frase por prudencia. — No es solo en Milán donde hay grano escondido, comenzó á decir otro con una cara oscura y maliciosa, cuando sintieron el ruido de un caballo que se aproximaba. Corrieron todos á la puerta, y conociendo al ginete salieron á su encuentro. Era un mercader de Milán, que yendo muchas veces al año á Bergamo para sus negocios, acostumbraba á pasar la noche en aquella posada, y como allí siempre se hallaba la misma tertulia, era muy conocido de cada uno. Inmediatamente le cercaron; uno cogió la brida, otro sujetó el es-

tribo diciéndole bien venido. — Bien hallados, caballeros. — ¿Habeis tenido buen viage? — Buenísimo. ¿Y vosotros cómo estais? — Bien, bien. ¿Y qué noticias hay en Milán? — ¡Ah! ya me preguntan novedades, dijo el mercader apeándose y dando el caballo al mozo: pero.... continuó entrando con la tertulia, á esta hora ya lo sabreis mejor que yo. — En verdad que nada sabemos, dijo uno poniéndose la mano en el pecho. — ¡Es posible! dijo el mercader.... ¿huésped está desocupada mi cama? — Muy bien, venga un traguito de vino, y mi cena acostumbrada, pues quiero acostarme temprano, y salir de madrugada para estar en Bergamo al medio dia. Y vosotros, continuó sentándose al otro extremo de la mesa en que estaba Lorenzo callado y escuchando: ¿vosotros no sabeis nada de las diabluras de ayer? — De ayer si hemos oido hablar. — Pues ya veis si sabeis la novedad. Yo bien lo decia que estando siempre de guardia para examinar á los que pasan.... — Pero hoy ¿cómo anduvo la cosa? — ¡Ah,

hoy!... ¿No sabeis nada de hoy? — Ni una palabra. No ha pasado gente. — Pues dejadme humedecer los labios, y despues os diré los sucesos de hoy... sabreis. — Al llegar aqui llenó el vaso, le cogió con la derecha, y con los dos dedos primeros de la otra mano se alzó los bigotes, sujetó la barba con la palma, bebió y despues dijo. Hoy, amigos mios, estuvo en un tris el que tuviésemos un dia como el de ayer, ó peor. Aun no me parece verdad que estoy aqui contándolo, porque ya habia desistido de ponerme en camino, para quedarme en mi casa á guardar mi tiendecilla. — ¿Pues qué hubo? preguntó uno. — Ya, ya oireis: y trinchando la carne que le habian puesto delante, y comiendo prosiguió su narracion. Los tertuliantes en pie á los lados de la mesa le escuchaban con la boca abierta, y Lorenzo en su asiento, sin que pareciese interesarse en el cuento atendia mas que ninguno, mascando poco á poco los últimos bocados. — Esta mañana, pues, aquellos bribones que ayer hicieron tan-

to ruido, se hallaban ya en los puestos convenidos (porque era cosa toda ya preparada), y reuniéndose comenzaron de nuevo á correr por las calles, gritando de una en otra para hacer gente. Sabeis que es como cuando, hablando con perdon, se barre una casa, que el polvo que arranca la escoba se va aumentando cuanto mas se adelanta el barrido. Pues bien: cuando ya les pareció tener el número suficiente se dirigieron á la casa del señor Vicario de provisiones, como si no bastase la infamia que ayer hicieron, y con un señor de su carácter.... ¡ Oh que bribones! ¿Y las cosas que decian contra él? Todo mentira. Un señor bellísimo: muy puntual.... y yo lo puedo decir, que sé todas sus cosas, y de mi casa se lleva el paño para las libreas de su familia. Se encaminaron pues hácia aquella casa.... ¡pero habíais de ver qué canalla! ¡qué caras! figuraos que pasaron por la puerta de mi tienda.... con unas caras que.... los judíos del Via-crucis no tienen que ver con ellos. ¿Y las palabradas que salian

de aquellas bocas? Vamos, era cosa de taparse los oidos.... Iban pues con la buena intencion de saquearla, pero... Aqui levantando la mano izquierda, se puso la punta del dedo pulgar á la nariz; peró.... dijeron con impaciencia los que escuchaban: pero, continuó el mercader, hallaron la calle bien asegurada con maderos, y con carros, y detrás de aquella trinchera una buena fila de Miqueletes con sus arcabuces bien preparados. Cuando vieron esta ceremonia.... ¿Qué hubiérais hecho vosotros? — Volver atrás. — Seguro; y lo mismo hicieron ellos. Pero ved sino era el mismo diablo quien los tentaba. Se van al horno que desde ayer pensaron saquear, ¿y qué se estaba haciendo alli? Se distribuia pan á todo el que llegaba: habia unos caballeros.... la flor de la nobleza, con el encargo de cuidar que todo fuese en buen órden: y los bribones.... repito, que tenian el diablo en el cuerpo, y despues no faltaba quien los hablase al oido; los bribones pues se ponen furiosos: entran en la casa; pilla

tú: coge tú, tomo yo.... en un abrir y cerrar de ojos, caballeros, horneros, pan, mostrador, palas, artesas, harina, masa, todo desaparece: — ¿Y los Miqueletes? — Los Miqueletes estaban guardando la casa del señor Vicario. No se puede repicar y andar en la procesion. En un momento, repito, coge, coge, todo lo que podia ser llevado desapareció, y despues vuelven con aquel buen proyecto de ayer de hacer un monton con el resto en la plaza, y darle fuego. Ya empezaban á trabajar los picarones, cuando uno mas pícaro que todos propuso dar fuego á toda la casa. — ¿Y lo verificaron? — Quiso Dios que un buen hombre de la vecindad lo estorbó, y luego salieron en procesion los señores del Domo; y el señor Archipreste comenzó á predicar por un lado, otros por otro, aconsejando la paz; ofreciendo que habria pan en abundancia, y barato; animándolos á que fuesen á ver el precio que se habia señalado, y decian los carteles que acababan de fijarse. — ¿Y se sosegaron? —

¡No que no! El pan á un sueldo, ocho onzas de peso. — Que barato. — Yo lo creo: ¿y sabeis cuánta harina se ha desperdiciado desde ayer? Pues bien habia para mantener el Ducado de Milán por dos meses. ¡Necios! ¿Y asi quieren que haya abundancia? — Y para nosotros los de afuera ¿no se ha tomado providencia alguna? — Todo lo que se ha hecho en Milán ha sido á costa de la ciudad. En cuanto á vosotros no sé qué decir. Será lo que Dios quiera. A buena cuenta el alboroto ha concluido, porque aun no le he contado todo. Ahora entra lo bueno. — Qué es.... ¿qué es? — Que ayer tarde, ó esta madrugada, han sido presos muchos de los cabezillas, y al instante corrió la voz de que cuatro de ellos iban á pagar con su cabeza. Apenas se divulgó la noticia cuando cada cual marchó á su casa por el camino mas corto para no exponerse á ser el quinto, y Milán cuando yo salí parecia un convento de frailes. — ¿Y los quitarán efectivamente la vida? — Y muy presto. La cosa era necesaria. Sabed

que ya la canalla empezaba á tomar el gusto á eso de entrar en las tiendas, y proveerse de lo que se les antojaba sin echar la mano al bolsillo. Si no se hubiese contenido la gresca, despues del pan hubiera entrado el vino, y asi de mano en mano.... Pensad si ellos por su voluntad hubieran dado fin á una cosa tan cómoda. Os puedo asegurar que para un hombre honrado que tiene tienda abierta, era un pensamiento bien poco alegre. — Asi es, dijo uno de los concurrentes, y todos repitieron: asi es. — ¡Ah! continuó el mercader limpiándose la boca con la servilleta: la trama venia ya urdida de muy largo.... era una liga. — ¡Una liga! — Una liga. Intrigas de los Navarrinos, y de aquel cardenal allá de Francia: aquel que tiene un nombre medio turco, y que cada dia inventa un nuevo modo de hacer daño á la corona de España. Pero sobre todo dirige el tiro á Milán, porque el taimado sabe bien lo que vale este Ducado. ¿Quereis ver una prueba? Pues sabed que los que han movido

mas estrépito eran forasteros, y asi se veian en Milán unas caras que jamás se habian visto en la ciudad. Y aun os diré una cosa que me han asegurado. La justicia habia atrapado á uno en cierta hostería.... Lorenzo que no perdia una letra de este discurso, apenas se tocó esta cuerda se extremeció, y sin poderse contener, casi se levantó de su asiento. Por fortuna suya nadie le miraba, y el mercader sin detenerse prosiguió.... uno que aun no se sabe de cierto de qué parte habia venido, ni quién le habia mandado, ni qué casta de pájaro era; pero él sin duda estaba en el número de los cabecillas. Ayer en lo fuerte del alboroto habia hecho mil diabluras, y luego no contento con esto se habia puesto á predicar disparates. La justicia que ya le habia atisbado, le puso la uña encima, se le encontró un paquete de cartas, y ya le llevaban á la cárcel, ¿pero qué importa? Sus compañeros que hacian la guardia alrededor de la hostería acudieron en gran número, y le libraron. — ¿Y qué se

ha hecho de ese hombre? — Nada se sabe del él; estará fuera de Milán huyendo, ó se habrá escondido en la misma ciudad. Es gente que no tiene casa propia, y en cualquier parte halla alojamiento, esto es, mientras el diablo puede y quiere ayudarlos, pues luego cuando menos se piensan caen en la trampa. La pera en estando ya madura es indispensable que venga al suelo. Por ahora se sabe de cierto que las cartas están en manos de justicia, y que alli está claro todo el plan, y segun se dice hay metida en el ajo mucha gente. Tal les suceda como daño han causado á medio Milán, y aun querian hacer mas.

La cena se le convirtió en veneno á Lorenzo al oir este bello razonamiento. Parecíale larguísimo el tiempo que le faltaba para verse fuera de aquella hostería y de todo el pueblo, y varias veces se habia dicho á sí mismo: vámonos, pero aquel miedo de no dar sospechas se habia apoderado absolutamente de todas sus facultades mentales, y le habia tenido como en-

cadenado y quieto en su banco. En aquella incertidumbre pensó que el mercader concluiria hablando de él, y determinó aguardarse hasta que se tocase otro punto.

Por esas cosas, dijo uno de la tertulia, y porque sé que en los tumultos no están bien los hombres honrados, no me he dejado vencer de la curiosidad, y me he estado quieto en mi casa.—¿Y yo me he movido de ella? respondió otro.

Por mi parte, añadió el tercero, si por casualidad me hubiese hallado en Milán, hubiera dejado sin concluir cualquier negocio, y me hubiera metido en casa. Tengo muger é hijos, y ademas, hablando claro, no me gustan esas bullas. A este punto el hostero que habia estado escuchando en el corro, se dirigió al otro extremo de la mesa para ver que hacia aquel forastero. Se valió de la ocasion, Lorenzo le llamó por una seña, le pidió la cuenta, la pagó sin regatear, aunque su bolsillo no estaba para galanterías, y sin decir nada salió dirigiéndose en

línea recta hácia la salida del pueblo, encomendándose en manos de la Providencia.

CAPITULO XVI.

Por lo comun basta una sola idea para no dejar en sosiego al hombre; con que figurémonos cual tendrian á Lorenzo dos ideas opuestas, y en continua guerra, esto es, el deseo de huir y ocultarse, cuyas dos ideas habian tomado mayor viveza con la conversacion que acababa de escuchar. ¿Con que ya su aventura era pública? ¿Con que habia un empeño formal en prenderle? Dios sabe cuántos alguaciles estarian ya en campaña para buscarle: cuántas órdenes se habrian expedido para que se estuviesen con cuidado en los pueblos, en las posadas, en los caminos. No dejaba de pensar tambien que dos eran los únicos alguaciles que le conocian, y que no llevaba escrito en la frente su nombre; pero al mismo tiempo se le recordaban mil historietas que habia oido de fugitivos co-

gidos y descubiertos por raros modos, conocidos en el modo de andar, en su gesto sospechoso, ó en otras señales impensadas. Todo lo cual le causaba miedo, de modo que al salir de Gorgonzola tocaban el Ave María, y aunque la oscura noche que venia á pasos largos hacia menores aquellos peligros, sin embargo entró de mala gana en el camino real, y con propósito de seguir la primera trocha que le pareciese iba á parar donde él queria. Al principio hallaba algunos pasageros, pero preocupada su imaginacion con aquellos temores, no se atrevió á llegarse á alguno para tomar señas.... Seis millas me han dicho (pensaba entre sí) pues aunque yendo por camino de travesía tuviese que andar ocho, ú diez, las piernas que han andado las otras andarán tambien estas. Hácia Milán no voy ciertamente, luego camino hácia el Adda. Caminemos, caminemos, que tarde ó temprano hemos de llegar. El Adda tiene muy buena voz, y cuando esté cerca, no necesitaré preguntar á nadie. Si encuentro una barca,

pasaré al instante, sino la hallo me esperaré hasta el dia en un campo, bajo un árbol como un pájaro. Mejor estaré alli que en una prision.

Bien pronto vió abrirse una sendita á mano izquierda, y sin titubear empezó á caminar por ella. En semejante hora si hubiese encontrado á quien preguntar no lo hubiera omitido; pero no se oia gente alguna, de modo que seguia el camino atientas, y entretenido en estas reflexiones.— Yo hacer diabluras.... ¡yo portador de un paquete de cartas! ¡Y mis compañeros me estaban haciendo la guardia! Daria cualquiera cosa por encontrarme cara á cara con aquel mercader al otro lado del Adda. (Ah: ¡cuándo pasaré ese bendito rio!) Yo le detendria, y le preguntaria muy despacio dónde habia adquirido tales noticias. Sabed, señor mio, que las cosas pasaron asi, asi; y que las diabluras que yo hice fueron el haber ayudado á Ferrer, como si hubiese sido un hermano mio. Sabed que aquellos amigos mios, segun decis, porque una vez les dije una pa-

labra propia de un buen cristiano, me quisieron jugar una mala pasada : sabed que mientras estábais empleado en guardar vuestra tienda, yo estaba expuesto á que me aplastasen las costillas, por salvar á vuestro Vicario de provisiones, á quien ni he visto ni oido. Aguarda que yo me mueva otra vez para ayudar á nadie.... vive Dios que si no fuera porque Dios manda que nos ayudemos.... ¿Y aquel gran paquete de cartas donde estaba toda la intriga, y que ha caido en manos de la justicia segun sabeis de cierto? ¿Qué direis si yo os le enseño aqui sin que sea por arte de encantamiento? ¿Tendreis mucha curiosidad de verle? Pues aqui está.... ¿Cómo? ¿una carta no mas?—Si, señor, una no mas; y esta, si lo quereis saber, la ha escrito un religioso que puede enseñar la doctrina aunque sea al mas pintado. ¡Veamos ahora cuáles son los bribones que tengo por amigos! ¡Oh! aprended á hablar un poco mejor otra vez, especialmente cuando se trata del prógimo.

Dentro de un rato cedieron estos

pensamientos y otros semejantes para dar lugar á las circunstancias actuales que absorvieron todas las facultades mentales de nuestro pobre peregrino. La sospecha de ser seguido y descubierto, que tanto le habia aquejado en su viage todo el dia, no le molestaban ya por la noche; ¿pero cuántas otras circunstancias hacian fastidioso y molesto su camino? Las tinieblas, la soledad, el cansancio que se aumentaba: una niebla constante, sutil, que debia hacerle poco favor, y que caía sobre aquellas mismas ropas que se habia puesto para ir á su desposorio, y volver á casa triunfante, y á pocos pasos, y en fin lo que hacia todo esto mas doloroso era el ir á la ventura, buscando, como suele decirse, á tiento un lugar de seguridad y de reposo.

Cuando tenia que atravesar alguna poblacion andaba poco á poco, observando si habia alguna casa abierta; pero no halló mas señal de gente que alguna que otra luz al través de alguna ventana. En campo raso se paraba de cuando en cuando por si llega-

ba á sus oidos aquella bendita voz del Adda; pero la esperaba en vano. Nada oia sino el ladrido á un mismo tiempo triste y amenazador de algun perro en las casas que habia apartadas. Al acercarse á alguna oia ladrar con mas fuerza al animal, y cuando pasaba por la puerta veia asomar por debajo el hocico, avisando con sus ladridos á los que estaban dentro, lo cual le quitaba la gana de detenerse y llamar buscando albergue. Y aun cuando no lo estorbasen los perros, se lo hubiera impedido su corazon. Me dirán (decia entre sí) ¿quién está ahi? ¿qué buscais á estas horas? ¿Cómo habeis venido? manifestad quien sois. ¿No hay posadas donde recogerse? Esto es lo que me preguntarán pensando lo mejor, pues si vamos á lo peor, acaso se despierte algun medroso que empiece á gritar: ladrones, ladrones. Es preciso tener preparada una buena respuesta. ¿Y cuál podré yo dar? Quien á deshora siente ruido solo se acuerda de ladrones y gente de mal vivir, y no piensa en que un hombre de bien pue-

de tambien hallarse por la noche en un camino sin ir en coche. Asi reservaba este partido para la extrema necesidad, y seguia andando con la esperanza de descubrir al menos el Adda, aunque no le pasase aquella noche.

Andando y andando llegó á un parage donde cesaba el campo cultivado, comenzando una tierra arenisca sembrada de helechos y matorrales, cosa que sino le pareció una señal segura, la tuvo al menos por una razon para creer la proximidad del rio, y asi prosiguió su viage por el sendero que veia. Dados algunos pasos se detuvo á escuchar; pero nada se oia. El tedio del camino se aumentaba con la aspereza del terreno; aquel no hallar siquiera una señal de cultivo humano, ni una huerta, ni un sembrado, ni una viña, mudos objetos que antes como que le hacian compañía. Sin embargo no se detuvo, y porque en su agitada fantasía comenzaban á excitarse ciertas imágenes de espectros, de aparecidos y de terrores, antiguas re-

liquias de varios cuentos que en su lugar habia oido, comenzó á rezar mientras seguia su camino, procurando asi desechar ó tranquilizar sus temores.

Poco á poco los matorrales iban en aumento, y se veian algunas encinas y otros árboles que le hicieron conocer se aproximaba á un bosque adonde dirigia el mismo sendero: no pudo menos de sentir alguna repugnancia de entrar en él, pero la venció, sin embargo de que su disgusto crecia á cada paso que daba. Las plantas que divisaba á los lejos se le figuraban bajo aspectos extraños, disformes, y admirables: le desagradaba la sombra de las copas de los árboles que ligeramente agitadas ofrecian su movible retrato en el sendero iluminado por la luna, y aun el mismo ruido de las hojas secas que pisaba tenia para su oido un no sé que de odioso. Las piernas querian correr, y al mismo tiempo como que flaqueaban y apenas podian sostener su persona. Sentia el rocío nocturno cada vez mas fuerte reunirse en gotas, y correr entre su ro-

pa y sus carnes, y penetrando el frio hasta sus huesos parecia que le quitaba aquel poco vigor que le quedaba. A un cierto punto casi le venció aquel horror indefinido, y aquellas angustias con que luchaba tanto tiempo; mas al fin recordó su antiguo valor, y se entregó á él venciendo todos los miedos. Tranquilo asi por un momento se paró, á fin de aconsejarse consigo propio, y resolvió salir pronto del bosque por el mismo camino que habia traido, dirigirse al último pueblo por donde habia pasado, volver á los hombres, y buscar albergue aun cuando fuese en una posada. Mientras asi estaba reflexionando, suspendido el ruido de las hojas secas bajo sus pies, y reuniendo al rededor un profundo silencio, llega á sus oidos un rumor, un murmullo como de agua corriente. Oye con mas atencion, se cerciora y exclama.... «Es el Adda.» — Aquel fue el encuentro de un amigo, de un hermano, de un libertador. Volvió á cobrar la firmeza que casi habia perdido, sintió su sangre correr plácidamente por todas sus

venas, experimentó que su confianza se animaba, se disipaban sus temores; y en fin no dudó internarse mas en el bosque, llevando por guia el amigable ruido de la corriente.

Llega en breve al extremo de aquel plano, reconoce la profunda márgen, y mirando entre los matorrales que la guarnecian ve deslizarse allá abajo el agua tan deseada. Alzando despues la vista quiere reconocer la llanura de la otra orilla: ve á la débil luz de la luna los pueblos esparcidos en ella, las colinas, y en una de ellas un considerable grupo que blanqueaba, creyó distinguir una ciudad y no dudo que era Bergamo. Estuvo un rato observando, y separando con los pies y los brazos las zarzas, registró si alguna barca se movia en el rio, y escuchó por si acaso oia el ruido de los remos; pero no tuvo el gusto de ver ni oir cosa alguna. Si el Adda no hubiera sido tan caudaloso, Lorenzo hubiera intentado pasarle al instante nadando; pero bien sabia que no era aquel rio para entregarse á su rápida corriente.

Púsose pues á considerar consigo mismo, aunque con mayor tranquilidad el partido que convenia tomar en aquellas circunstancias. Meterse entre unas ramas, y aguardar la venida de la aurora cuando podian faltar cinco ó seis horas para que llegase, con aquel frio, aquella humedad, y aquella ropa, era cosa para considerarse despacio. Dar paseos á uno y otro lado para hacer ejercicio, ademas de ser remedio poco eficaz contra el sereno, era demasiado exigir de aquellas pobres piernas que ya habian trabajado tanto. En este punto se acordó que habia visto un *Cascinotto* en uno de los campos inmediatos. Este nombre dan los labradores milaneses á una especie de choza, cubierta de paja, y formada con ramage, con el fin de recoger su cosecha, y pasar la noche guardándola; y asi es que en las demas estaciones del año no la usan para nada. Por eso la designó por su habitacion aquella noche, volvió pies atrás, pasó el bosque, llegó al campo cultivado, y tuvo el gusto de ver el

rústico edificio donde con seguridad podia entregarse al descanso. Una especie de puertecilla carcomida y mal perjeñada, sin llave ni sujecion alguna estaba colocada en la entrada de la tal choza. La abrió Lorenzo, y viendo un poco de paja en un rincon, aunque podia aumentarle con mas que habia colgada en haces, se contentó con él, y creyó que le sería muy dulce un sueño en aquella cama.

Antes de aprovecharse del lecho que la Providencia le habia deparado, se puso de rodillas á dar las gracias, tanto por aquel beneficio como por los demas que en aquel dia le habia dispensado. Dijo luego sus oraciones acostumbradas, se arrepintió de haber omitido esta piadosa diligencia la noche antecedente, y haberse acostado como un perro. «Aun por esto, añadió luego entre sí, disponiéndose para acostarse," aun por esto se me proporcionó esta mañana tan bella visita. Recogió luego cuanta paja habia alrededor, y formando con ella una especie de manta para resguar-

darse del frio, que aun allí dentro se hacia sentir razonablemente, se abrigó con la intencion de lograr el sueño que en aquel dia tenia bien merecido.

Pero apenas habia cerrado los ojos cuando comenzó en su memoria ó en su fantasía (no sabré decir de positivo si en una ó en otra) comenzó, digo, un ir y venir de gente, tan continuo, y tan sin intermision, que alejó de sus párpados las delicias del descanso. El mercader, el escribano, los alguaciles, el hosterero, Ferrer, el Vicario de provisiones, la tertulia de la hostería, los inmensos grupos de las calles, y D. Abundio, y D. Rodrigo, y entre tantos ninguno que no trajese consigo la idea de la desgracia y del rencor.

Entre tantas imágenes de amargo recuerdo, se le ofrecian tres desnudas de toda sospecha, amables en toda la extension de la palabra, y dos de ellas, aunque muy desemejantes entre sí, igualmente gratas al corazon del jóven: una trenza negra, y una

barba blanca. Pero el consuelo con que se detenia á contemplarlas estaba muy lejos de ser puro y tranquilo. Acordándose de aquel virtuoso Capuchino sentia vivamente el haberse desviado de sus santos consejos, y sentia tambien la intemperancia de la noche anterior, y la fuga que ella le habia causado. En cuanto á la imágen de Lucía no podemos decir cuales eran las sensaciones que le causaba, pues el lector podrá imaginarlas fácilmente. Ni se olvidaba tampoco de aquella bondadosa Agnes, que le habia igualado en el amor con su hija única, y que antes de recibir de su boca el título de madre, ya habia acreditado con su tierna solicitud que lo era. Experimentaba ademas otro dolor, y no el menos agudo, cual era el ver que en cambio de tanta benevolencia, aquella pobre muger se hallaba sin casa, fugitiva, sin saber cual habia de ser su suerte, y que todo esto era ocasionado por aquel en quien habia cifrado las esperanzas de una vejez descansada.

¡Qué noche, pobre Lorenzo! ¡La noche que debia ser la quinta de tu boda! ¡que tálamo! ¡y que dia! ¡y que mañana, y que dias los siguientes! ¡Sea lo que Dios quiera, repetia él para acallar tan funestos recuerdos! Dios sabe lo que me conviene.

Desesperanzado de dormir entre tantos pensamientos, y aumentándose la frialdad de la noche en términos que tiritaba y le sonaban los dientes, suspiraba por la llegada del dia, midiendo con impaciencia el lento paso de las horas. Digo esto, porque cada media hora resonaba por aquel profundo silencio la campana de un relox que segun la cuenta debia ser el de Trezzo. La vez primera que llegó á sus oidos aquel sonido tan inesperado, y sin tener idea de donde pudiese venir, le excitó en su alma una especie de sensacion misteriosa y solemne, como si hubiese sido una advertencia de persona no vista, y de una voz desconocida. Por fin cuando en aquella campana sonó la hora tan deseada de Lorenzo, y que él habia designado

para dejar su dura cama, se levantó, y puesto de rodillas recitó las oraciones de la mañana con mas fervor que solia, estiró brazos y piernas como para llamar la vida que, por decirlo asi, se le habia retirado á las espaldas: se refregó las manos para calentárselas, abrió la puerta de la choza, dió una ojeada alrededor para ver si alguien le espiaba, y no hallando cosa de sospecha, dirigió la vista al sendero que habia recorrido la noche anterior, le reconoció sin quedarle duda, y se puso á caminar con toda confianza.

El Cielo anunciaba un dia sereno: los objetos que le rodeaban alumbrados por la tierna luz de la aurora, hubieran sido capaces de divertirle si él no estuviese concentrado en sus interesantes proyectos de llegar presto y calentarse. Pasó uno por uno todos los sitios que anduvo la noche anterior, y como que se compadeció ó burló de sí mismo recordándose los terrores que le habian causado pocas horas antes: llegó á vista de la orilla, regis-

tró cuanto pudo, y divisó una barquilla de pescador que venia lentamente agua arriba cortando aquellas espumas. Se apresuró á bajar entre los matorrales por el camino mas corto, llegó á flor del agua, y llamó al pescador como si no tuviese intencion sino de pedirle un favor de poca importancia. El pescador dió una ojeada á lo largo de la ribera, otra al frente, y despues dirigió la proa hácia donde estaba Lorenzo. Este que ya casi tenia un pie en el agua, afianzó el pico de la proa y saltó dentro.

Por favor, y tambien por el dinero, ¿quereis pasarme al otro lado? dijo al entrar en la barca, cuyo dueño habia adivinado la pretension, y ya estaba volviendo la proa hácia la opuesta ribera. Lorenzo cogió del fondo de la barca otro remo, se inclinó y le puso en su puesto. Poco á poco, dijo el patron, pero viendo el garbo con que manejaba el remo, añadió: ola, ola, parece que entendeis el oficio. Un poquito, contestó él, y siguió remando con un vigor y una maes-

tría mucho mayor que la de un mero aficionado. Sin embargo de este trabajo no dejaba de dirigir algunas tímidas miradas á la orilla de que se iba apartando, y otras mas ansiosas á la orilla donde se encaminaba, no siendo poca su impaciencia al ver que era preciso ir dando bordos porque la corriente del agua era demasiado violenta para cortarla en línea recta, de modo que la barca, parte rompiendo, y parte siguiendo el curso del rio, tuvo que trazar una diagonal. Sucede en todas las cosas algo oscuras y embrolladas que al principio se presentan las dificultades de mucho bulto, y luego en la ejecucion van por sí mismas desapareciendo; lo cual aconteció á Lorenzo, pues cuando ya el Adda estaba vencido, comenzó á pensar si sus aguas serian ciertamente los límites del estado, ó si vencido aquel obstáculo le restaria que vencer otro. Para cerciorarse llamó con una voz la atencion del pescador, y haciéndole con la cabeza una indicacion hácia aquel grupo blanco que ha-

bia notado la noche antecedente, y que ahora veia con toda claridad, le dijo: ¿es aquel Bergamo? — La ciudad de Bergamo, respondió el pescador. — Y aquella orilla es bergamesca. — Tierra de San Marcos. — Viva San Marcos, exclamó Lorenzo; y el pescador no respondió cosa alguna.

Tocaron finalmente á aquella orilla. Lorenzo saltó en tierra, dió gracias á Dios con el corazon, y al barquero con la boca, y metiendo la mano en su bolsillo sacó una berlinga, que no fue pequeña recompensa, atendido su corto caudal, y la alargó al barquero, quien dando una ojeada á la otra orilla por ambos lados, tomó el regalo, le guardó, frunció los labios y se aplicó á ellos la señal de la cruz formada con sus dedos, con una demostracion bastante expresiva, y diciéndole buen viage, volvió á coger sus remos.

Para que el lector no extrañe demasiado esta pronta y discreta cortesía de un hombre desconocido, debemos informarle de que aquel barquero bus-

cado muchas veces para semejante servicio de parte de algunos fugitivos, estaba muy acostumbrado á prestarle, no tanto por la corta é incierta ganancia que le podia producir, como por no grangearse enemigos en aquella clase de gente. Prestaba, repito, este servicio siempre que podia hacerlo con la seguridad de no ser visto de los guardas ni ministros, de modo que sin estimar mas á estos que á los que de ellos se escapaban, procuraba contentar á todos con aquella imparcialidad á que se acomoda regularmente quien tiene que tratar con ciertos sugetos, y se ve precisado á dar cuenta á ciertos otros.

Paróse Lorenzo unos instantes á contemplar esta orilla, y á mirar la otra cuya tierra habia pisado tanto; ¡ah, ya estoy fuera de tí! fue el primer pensamiento: la despedida á la patria fue el segundo, y consagró el tercero á las personas que dejaba en aquel terreno. Cruzó despues los brazos sobre el pecho: dió un suspiro: fijó los ojos en el agua que corria á sus pies

y la dijo: *¡ay! tú has pasado por debajo del puente.* Asi llamaba él, segun el uso de sus paisanos, por antonomasia al puente de Lecco, y prosiguió. ¡Ah mundo infame! Basta: sea lo que Dios quiera.

Vuelta la espalda á aquellos tristes objetos se puso en marcha, tomando por punto de direccion el grupo blanquizco en el monte, hasta que encontrase quien con mas seguridad le diese señas. Era ciertamente de ver con que desembarazo se llegaba á los viageros, y como sin titubear, ni andar con rodeos midiendo las palabras, pronunciaba con toda claridad el nombre del pais donde habitaba su primo, para que le indicasen el camino, siendo la primer noticia que adquirió el que le faltaban seis millas.

No fue alegre aquel viage, pues sin hablar de los cuidados que interiormente aquejaban á nuestro Lorenzo, se veia contristado á cada paso por los objetos que encontraba, y de los cuales infería que hallaba en aquel pais la misma penurria y hambre que de-

jaba en el suyo. Por todas partes, y con especialidad en los campos cultivados y en las aldeas veia tropas de mendígos, de los cuales la mayor parte no lo eran por oficio, sino por las circunstancias del tiempo, viéndose el retrato de la miseria mas en sus rostros que en sus ropas; vecinos de la ciudad, vecinos de las aldeas, artesanos, familias enteras, aquello era un continuo rumor de súplicas, lamentos y suspiros. Esta vista, ademas de la piedad que abrigaba en su corazon, le excitaba tambien á pensar con nuevo ahinco en su propia suerte.

¿Quién sabe, decia para consigo, si hallaré lo que busco? —¿Si habrá donde trabajar en mi oficio como en los años anteriores? Basta: Bartolo me estima mucho: es un buen muchacho: ha hecho algun dinerillo: no me abandonará. Y ademas de eso la Providencia me ha ayudado hasta ahora, y me ayudará en adelante.

Mientras asi reflexionaba, el apetito que ya hacia tiempo se dejaba sentir se aumentó en razon del camino,

y aunque Lorenzo creia que sin mucha violencia podia en ayunas concluir el camino que le faltaba, que no era mas que dos millas, sin embargo reflexionó que no sería bien visto presentarse á su primo como un hambriento, y decirle por primer saludo: *sentémonos á la mesa.* Sacó de su bolsillo el caudal que le quedaba, le pasó revista sobre la palma de la mano, y aunque para contarle no era menester ser un aritmético, halló que aun le quedaba lo bastante para tomar un refrigerio. Asi pues entró en la primer posada, comió lo que quiso, y efectivamente despues de haberlo pagado, aun le quedó algun sueldo.

Al salir vió junto á la puerta, tendidos en la calle, que casi los hubiera pisado si no hubiese salido con cuidado, dos mugeres, una muy aviejada, la otra con mejor aspecto tenia un niño, que despues de haber mamado en vano uno y otro pecho, sollozaba lastimeramente, pálido como un cadáver, y junto á ellos un hombre, en cuya fisonomía apenas podia encon-

trarse una señal de su antigua robustez, domada, y casi extinguida por el dilatado ayuno. Los tres á un tiempo alargaron la mano al que salia, con buen aspecto, y pisando firme. Ninguno habló; ¿pero qué podian añadir sus palabras á la expresion de aquellas manos, y aquellos semblantes?

Esto quiere la Providencia, dijo él: y metiendo la mano precipitadamente en su bolsillo le desocupó de los ducados que le quedaban, y los colocó en la mano que vió mas cerca, prosiguiendo al momento su camino.

El refrigerio y la obra de caridad (pues al fin somos compuestos de alma y de cuerpo) habian serenado y alegrado sus pensamientos, y en verdad el verse despojado de aquel modo de todo el dinero que le habia quedado, le inspiró mas confianza para lo futuro, que si se hubiese encontrado diez veces tanto. Porque si para sostener aquel dia á aquellos desgraciados la Providencia habia, por decirlo asi, conservado las últimas monedas de un extrangero fugitivo, le-

jos de su patria, é incierto sobre la suerte que le aguardaba, ¿cómo se podia pensar que esta misma Providencia abandonase á aquel de quien se habia servido para socorrer á los otros, y á quien habia dado un sentimiento tan vivo de sí misma, y un pensamiento tan eficaz y laudable? En lo restante del camino, meditando sobre las circunstancias y los contingentes que le habian parecido mas seguros, se lo facilitaba todo en su imaginacion exaltada. La carestía y la miseria habian de concluir alguna vez: todos los años se siega: entre tanto tenia á su primo Bartolo, y á su propia habilidad: para ayuda de costa aun le quedaba en su casa alguna provisioncilla de dinero, que pronto haría se le trajesen: con este auxilio viviré económicamente dia por dia, hasta que llegue el buen tiempo. — Ea: ya ha llegado este buen tiempo, continuaba entregado á su fantasía: renace la prisa de las tareas: los amos andan á caza de los oficiales milaneses, que son los que mejor entienden el

oficio: estos oficiales se hacen de rogar: quien quiere tener buena gente debe pagarla: se gana la vida: se guarda algo ahorrado: se coloca en el cofre, y luego se escribe á las otras que se vengan.... ¿Y á qué aguardar tanto tiempo? ¿No es verdad que con aquello poco que tengo en casa habrá para vivir hasta el invierno? Sin duda asi podemos vivir aqui En todas partes hay Curas para celebrar mi desposorio. Vengan aquellas dos queridas personas: pondremos nuestra casa. ¿Qué placer será pasearnos los tres juntos por este mismo camino? Llegar hasta el Adda, y comer juntos en su ribera: sí, en su misma orilla, y enseñarlas yo el sitio donde me embarqué, el otro desde donde estuve mirando si habia alguna barca....

Con tan alegres pensamientos llegó al pueblo que habitaba su primo, y al entrar observó una casa muy alta, con varias filas de ventanas, y en fin con todas las señas de una casa de aquellas donde están los tornos para hilar la seda. Entra, y gritando para

que se oiga su voz entre el estrépito de los tornos, y el agua que caia, pregunta si vive alli Bartolo Castagneri. — ¿El señor Bartolo? alli está. — El señor.... buena señal es esta, pensó Lorenzo, y se dirige hácia su primo. Este vuelve la cabeza, reconoce á Lorenzo, abre los brazos, y le estrecha tiernamente. Despues de esta amistosa acogida, Bartolo retira á su primo del estrépito y de la vista de los curiosos; le hace entrar en un cuarto y le dice: te veo con mucho gusto, ¡pero eres un alma de Dios! No has querido venir las muchas veces que te he llamado, y ahora llegas á una ocasion un poco apurada. — Qué quieres que te diga, contestó Lorenzo: aun ahora no he venido por mi gusto, y con la mayor brevedad, aunque no sin mucha conmocion, le refirió su dolorosa historia.

Ese es otro cantar, dijo Bartolo despues de haberle oido. ¡Pobre Lorencillo! Pero tú has contado conmigo, y no te abandonaré. A la verdad ahora no se buscan oficiales, y apenas, apenas cada casa conserva los suyos,

únicamente por no perderlos, pero el amo me quiere bien, y no deja de tener fondos. A decirte verdad en gran parte debe á mí lo que tiene. No lo digo por alabarme, pero él tiene el capital y yo esta poca habilidad. Soy su primer oficial, y en una palabra, soy su *factotum*. ¡Pobre Lucía Mondela! me acuerdo de ella como si ayer la hubiese visto. ¡Una buena muchacha! siempre la mas devota en la Iglesia; y cuando se pasaba por su casa.... parece que estoy viendo la tal casa, á la salida del pueblo, con una hermosa higuera que sobresalia por encima del tejado. — Por Dios, no hablemos de eso. — Iba diciendo que cuando se pasaba por aquella casita, siempre se oia el ruido de aquella devanadera que andaba, andaba, andaba. Y el tal D. Rodrigo, ya en mi tiempo visitaba aquel camino; ¡pero ahora hace completamente el papel del diablo! y segun veo le hará mientras viva. Pues como te decia, tambien aqui se siente la hambre.... Y á propósito de hambre, ¿cómo estás de apetito? — He comido

hace poco, en una posada. — ¿Y de dinero cómo estamos? — Lorenzo contestó aplicando una mano á la boca, y soplando ligeramente. — ¿Estás en blanco? respondió Bartolo: yo tengo dinero, anímate, que presto, presto mudándose las cosas si Dios quiere, me le volverás. — Tengo algunas monedas en casa, y las haré venir. — Bien hecho: y entre tanto cuenta conmigo. Dios me ha dado algunos posibles para que favorezca á otros, y sino favorezco á mis parientes, y á mis amigos, ¿á quién tengo de favorecer?

Ya lo he dicho yo: la Providencia, exclamó Lorenzo, estrechando afectuosamente la mano de su buen primo.

Con que, dijo este, ¿allá en Milán han hecho tantos disparates? Siempre me parecieron algo locos. Tambien aqui han llegado esas noticias; pero deseo que me lo cuentes todo pormenor. Tambien nosotros padecemos; pero aqui, ya lo ves, estamos tranquilos y se hace la cosa con mas juicio. La ciudad ha comprado una gran porcion de trigo de un comerciante que está en Vene-

cia: trigo que viene de Turquía; pero verdaderamente cuando se trata de comer no se repara en esas sutilezas. Mira lo que ha sucedido. Sucede que las autoridades de Verona y de Brescia cerraron el paso y dijeron, por aqui no pasa el trigo. ¿Qué hacen los Bergameses? Despachan á Venecia un hombre que sabe hablar. El tal hombre marchó por la posta, se presentó el Dogo, y le dijo: ¿qué quiere decir esta niñería? Pero con un discurso.... un discurso, segun cuentan, digno de darse á la prensa. ¡Lo que es tener un hombre que sepa hablar! Al instante una órden para que pase el trigo, y las autoridades no solo tienen que dejarle pasar sino escoltarlo para que venga con seguridad, y ya está en camino. Y aun se ha hecho mas. Otro hombre honrado hizo presente al Senado que la gente de las cercanías padecia hambre, y el Senado les ha concedido cuatro mil fanegas de mijo. Tambien con esto se hace pan. Y despues, ya te digo, Dios me ha dado algunas facultades. Ahora te pre-

sentaré al amo; le he hablado de tí varias veces, y te recibirá bien. Es un buen bergamesote á la antigua; hombre de excelente corazon. Es cierto que ahora no te esperaba, pero cuando sepa tu historia.... Y despues de eso, es preciso atender á los oficiales, porque la carestía pasa, y el negocio queda. Pero antes de todo es preciso que te advierta una cosa. ¿Sabes como llaman en este pais á los que somos del estado de Milán? — ¿Cómo nos llaman? — Nos llaman tontos. — Pues no es un nombre honorífico. — ¿Y qué se ha de hacer? Quien ha nacido en el estado de Milán y quiere vivir en Bergamo, es preciso que oiga en paz este nombre. Para esta gente dar el *tonto* á un Milanés, es como dar la *ilustrisima* á un caballero. — Yo creo que darán ese nombre á quien quiera dejársele dar. — Hijo mio, sino estás dispuesto á oir *tonto* á cada paso, no hagas cuentas con vivir aqui. Y si quisieses andar siempre con el cuchillo en la mano, cuando por un supuesto tu hubieses muerto

á dos, á tres, á cuatro, verias cuantos querian matarte á tí, y entonces que bello gusto es presentarse en el tribunal de Dios con tres ó cuatro homicidios acuestas. « Y un Milánes que tenga un poco de.... al decir esto se puso el dedo en la frente con un gesto igual al que hizo en la hostería de la Luna llena, y continuó.... quiero decir, uno que sepa su obligacion.... — Todo es uno: ese mismo será un tonto como cualquiera. ¿Sabes como dice mi amo cuando habla de mí con sus amigos?... Ese tonto ha venido á mi casa bajado del cielo para mis intereses.... si no tuviera conmigo ese tonto, me hallaria bien apurado. Es un uso general. — Es un uso muy necio. Y viendo lo que sabemos hacer, y que nosotros somos los que hemos traido aqui, y conservado en auge este arte, ¿es posible que no se hayan corregido? — Hasta ahora no. Puede ser que andando el tiempo se corrijan los que ahora son muchachos; pero en cuanto á los hombres que hay, no tiene remedio. Han tomado este vicio, y no

le olvidarán. Y despues de todo, hablando claro, ¿qué mal hay en ello? Peor gracia es la que han usado contigo, y aun mucho peor la que trataban de hacerte nuestros amados compatriotas. — En eso dices bien. Si no hay otro mal, por fin una palabra.... — Ahora que estás convencido, todo irá bien. Vamos al cuarto del amo y ten valor.

Efectivamente todo fue bien, y de tal modo se confirmaron las promesas de Bartolo, que creemos inútil referir el resultado de la visita al dueño de la casa, lo cual ciertamente fue un beneficio de la Providencia, porque el repuesto que Lorenzo habia dejado en su casa, ahora veremos de cuan poco le pudo servir.

CAPITULO XVII.

Aquel mismo dia 13 de Noviembre llegó un propio, y entregó al señor Podestá de Lecco un pliego del señor Capitan de justicia, que contenia la órden de hacer la mas activa pesquisa

para saber si un cierto jóven llamado Lorenzo Tramaglino, hilador de seda, fugado de los ministros *praedicti egregii domini capitanei* (*) habia regresado *clam vel palam*, á su tierra, *ignotum* con puntualidad el lugar ó aldea, *verum in territorio Lauci; quod si compertum fuerit sic esse*; el dicho señor Podestá, *cuanta maxima diligentia fieri potuerit*, procure haberle á las manos, y atado muy á propósito, *videlicet*, con buenas esposas, atendida la ineficacia de las muletillas para con aquel sugeto, le haga conducir á la cárcel, y alli le conserve á buen seguro, para entregarle á quien se comisione al intento: y tanto en el caso del *sí*, como en el del *no*, *accedatis ad domum praedicti Laurentii Tramallini, et facta debita diligentia quidquid ad rem repertum fuerit: adferatis; et informationes de illius prava cualitate, vita et com-*

(*) El autor ha conservado algunos trozos en latin, sin duda para dar á conocer el estilo forense de aquel tiempo.

plicibus sumatis, y de todo lo dicho y lo hecho, lo hallado y no hallado, el preso ó el no preso, *diligenter referatis.* El señor Podestá despues de haberse humanamente cerciorado de que el sugeto no habia vuelto al pueblo, hace venir al cónsul de la aldea, y juntos van á la casa indicada con gran séquito de escribanos y alguaciles. La casa está cerrada; el que tiene la llave, ó no se halla, ó no se deja hallar: se descerraja la puerta, se hace la debida diligencia, y se trata la casa como una ciudad entregada al saqueo. La fama de semejante expedicion corre por todo el pais, y llega á oidos del Padre fray Cristobal, quien atónito, no menos que afligido, fue preguntando á unos y á otros para adquirir algunas luces sobre la causa de un hecho tan inesperado; pero no se hallan mas que conjeturas al aire y voces contradictorias; por lo cual escribió inmediatamente al Padre Buenaventura, por cuyo medio esperaba saber noticias mas positivas. Entre tanto los parientes y amigos de Lorenzo fueron cita-

dos á declarar lo que podian saber sobre las *perversas cualidades* del prófugo; el tener por apellido Tramaglino era una desgracia, una vergüenza, un crímen. Poco á poco se viene á saber que Lorenzo se habia escapado de las manos de la justicia en medio del alboroto de Milán, que habia hecho una cosa muy mala; pero no se decia cual, y si se decia era de cien modos. Cuanto mayor pintaban su delito menos era creido de la gente del pueblo, donde Lorenzo era bien conocido y tenido por un jóven honrado, de modo que empezó á susurrarse aun que en secreto de unos á otros, que aquella era una intriga inventada por el poderoso D. Rodrigo para arruinar á su pobre rival. Tanto es verdad que juzgando por induccion, y sin el necesario conocimiento de los hechos, se expone uno á ser injusto aun pensando mal de los que son malos.

Pero nosotros, con los hechos á la vista, como suele decirse, podemos afirmar, que si D. Rodrigo no habia tenido parte alguna en la desgracia de

Lorenzo, se alegró de ella, y cantó el triunfo con sus amigos, y especialmente con el Conde Atilio. Este, segun sus primeros designios, debia haber estado en Milán á aquella hora; pero al primer anuncio de la gresca que alli se habia levantado, y de la canalla que andaba revuelta, en una actitud muy distante de recibir una paliza, habia tenido por mas conveniente permanecer fuera del peligro hasta mejores noticias. Hacia esto con tanta mayor razon, cuanto habiendo ofendido á muchos, tenia motivo de temer que alguno de tantos que solo por impotencia se estaban quietos, cobrase ánimo con las circunstancias, y juzgase el momento á propósito para vengar á todos. Esta suspension no fue muy dilatada: la órden expedida en Milán para proceder contra Lorenzo daba ya un indicio de que las cosas habian recobrado su curso ordinario, y no dejaron duda las noticias posteriores. El Conde Atilio partió inmediatamente animando á D. Rodrigo á seguir en su empresa, y salir airoso del empeño,

y prometiéndole que por su parte él trabajaria para libertarle del Padre, á quien el afortunado accidente del pícaro rival debia hacer muy mala obra. Apenas habia partido Atilio cuando llegó de Monza el Griso sano y salvo, y contó á su Señor las noticias que habia adquirido: que Lucía estaba encerrada en tal monasterio bajo la proteccion de tal Señora; que alli estaba tan encerrada como si tambien fuese monja; que no ponia los pies en la calle, ni aun para ir á la Iglesia, pues asistia á los Divinos Oficios desde una tribuna con muy buenas rejas, cosa, añadió, que disgustaba á muchos que habiendo oido hablar de sus sucesos y su mérito, querian ver que tal era su cara.

Esta relacion acabó de avivar la pasion de D. Rodrigo. Tantas circunstancias favorables á su designio inflamaban mas y mas su pasion, y aquella mezcla de pundonor mal entendido, de rabia, y de infame talento, de que ella estaba compuesta. Lorenzo ausente, prófugo, desterrado, le autorizaba

para hacer cualquier cosa contra él, y aun su futura esposa podia en cierto modo ser considerada como prenda de un rebelde: el único hombre en el mundo que pudiese y quisiese tomar cartas en su favor, y hacer algo de ruido, era el tal Padre Cristobal; pero este dentro de poco ya estaria fuera de combate. En medio de tantas cosas buenas he aqui un nuevo impedimento, que si bien no contrapesaba todas aquellas ventajas, al menos puede decirse que las hacia inútiles. Un monasterio en Monza, aun cuando no estuviese en él una Princesa, era un bocado muy duro para los dientes de D. Rodrigo, y por mas que él anduviese con su fantasía rondando aquel recinto, no podia encontrar medio ni para rendirle por la fuerza, ni para conquistarle por sorpresa. Estuvo casi casi para desistir de la empresa: ya medio resolvió marchar á Milán, y entre los amigos y las diversiones ver si podia desvanecer aquel pensamiento que ya le atormentaba demasiado. Pero, pero.... pero, ¡los amigos! Poco á poco

con estos amigos. En vez de una distraccion podia esperar en su compañía un aumento continuo de su dolor, porque Atilio ya indudablemente habria cogido la trompeta, y los tendria en expectacion á todos. No cesarian de preguntarle por la bella aldeana, y era preciso dar alguna razon de su persona. Se habia metido en un empeño, y empeño á la verdad no muy noble; pero vaya: el hombre no puede á veces sujetar sus caprichos: el punto está en satisfacerlos. ¿Y cómo salia de este empeño? ¿Cómo? vencido por un villano, y por un Padre Capuchino. ¡Oh! y cuando una buena suerte le habia quitado de en medio á uno, y un buen amigo le iba á librar del otro, y sin trabajo alguno, el necio y muy necio no habia sabido aprovecharse de la ocasion, y se retiraba vilmente de la empresa. Era cosa que en adelante no le dejaria levantar los ojos para mirar á un caballero, y que le haria estar á cada instante con la mano en la espada. Ademas, ¿cómo volver, ó cómo permanecer en aquel pais donde, sobre

los recuerdos incesantes y vivos de la pasion, experimentaria la afrenta de un golpe frustrado? ¿donde en un momento hubiera crecido el odio público, debilitándose la reputacion de su poderío? donde á la vista de cualquier descamisado, aun en medio de las ceremonias del respeto se hubiera leido un amargo.... *se ha engañado: se ha llevado chasco*: yo *me alegro*. El camino de la iniquidad, dice aqui el manuscrito, es largo; pero esto no quiere decir que sea cómodo: tiene sus grandes obstáculos, y sus espinas.

D. Rodrigo ni queria retroceder, ni podia adelantar camino por sí solo, y asi le ocurrió un medio por el cual la empresa era asequible, y era el tomar por compañero ó auxiliar un hombre tal cuyas manos llegaban donde no podia alcanzar la vista de los otros: un hombre, ó por mejor decir un diablo, para quien la dificultad de la empresa era precisamente un estímulo poderoso para tomarla á su cargo. Pero este partido tenia tambien sus inconvenientes y sus pe-

ligros: tanto mas graves cuanto menos se podian calcular con anticipacion; pues ninguno hubiera podido prever hasta dónde hubiera llegado, una vez que se hubiese embarcado con aquel hombre, poderoso auxiliar sin duda alguna, pero no menos despótico y peligroso conductor.

Tales pensamientos tuvieron á Don Rodrigo por algunos dias entre un sí, y un no; entrambos sobremanera fastidiosos, cuando llegó una carta del Conde avisándole de que la cosa iba viento en popa, y poco despues el relámpago produjo al trueno, quiero decir que una mañana se oyó decir que fray Cristobal habia marchado de su convento de Parasenico. Este suceso tan feliz y tan pronto; y la carta del Conde que al paso que le animaba mucho, le amenazaba con una gran burla, hicieron que D. Rodrigo se inclinase mas al partido arriesgado; pero lo que le dió mas valor, fue la inesperada noticia de que Agnes habia regresado á su casa, lo cual era un impedimento menos al lado de Lucía.

Demos cuenta á los lectores de ambos sucesos, empezando por el último.

Apenas las dos pobres mugeres se habian alojado en su retiro cuando se esparció por Monza, y de consiguiente por el monasterio, la noticia del tumulto de Milán, guarnecida de otra porcion de noticias particulares que crecian y variaban á cada momento. La mandadera colocada por su oficio entre la calle y el claustro, recogia las de ambas partes, las escuchaba con ansia, y las comunicaba á sus huéspedas. «Dos, seis, ocho, siete han preso, y los quitarán la vida: parte mañana en el horno de la Cruz, y parte en la calle donde vive el Vicario de provisiones.... y hay mas, hay mas.... oid esto: se ha escapado uno que es de Lecco, ó de sus cercanías. No sé su nombre; pero no faltará quien me lo diga, para ver si le conoceis.

Este anuncio con la circunstancia de que Lorenzo debia haber llegado á Milán aquel dia fatal, inquietó algo á las dos afligidas, y principalmente

á Lucía; pero qué fue cuando aquella oficiosa noticiera vino á decirlas; el que se ha escapado para no morir en un suplicio es propiamente de vuestro pueblo: un hilador de seda que se llama Tramaglino: ¿le conoceis?

Lucía que estaba sentada bordando un pañuelo no fue dueña de sí misma. Se la cayó la labor de las manos, se puso como un cadáver, y ciertamente su turbacion lo hubiera explicado todo si la mandadera se hubiese hallado á su lado. Por fortuna estaba á la puerta hablando con Agnes, y esta, aunque muy turbada, pudo aparentar serenidad y respondió: que en un pueblo chico, cada uno conoce á todos, y que asi conocia bien á Tramaglino; y aun por lo mismo se le hacia dificil creer que hubiese tenido parte en cosa semejante, porque era un jóven pacífico. Pero (añadió) se sabe de cierto que se ha escapado, ¿y á dónde ha ido? — Que se ha escapado lo dicen todos; dónde no se sabe; puede ser que le cojan todavía, y puede ser que se ponga en salvo; pe-

ro ello es que si le cogen á vuestro jóven pacífico.....

Al llegar aqui llamaron oportunamente á la mandadera, y partió quedando la madre y la hija como puede cualquiera figurarse. Mas de un dia tuvieron las dos que permanecer en semejante incertidumbre, imaginando las causas, los modos, las consecuencias de aquel lance doloroso, y comentando cada una entre sí, ó juntas cuando podian, aquellas terribles palabras.

Un jueves por fin llegó al monasterio un hombre y preguntó por Agnes. Era un pescador de Parasenico que iba á Milán segun su costumbre á vender su pesca, y el buen Padre Cristobal le habia encargado que pues pasaba por Monza, diese una vuelta hácia el monasterio, saludase á las dos huéspedas en su nombre, las contase lo que sabia del triste suceso de Lorenzo, las animase á tener paciencia y esperar en Dios, asegurándolas que aquel pobre religioso jamás se olvidaria de ellas, que aprovecharia las oca-

siones de serlas útil, y que en tanto no dejaria semanalmente de comunicarlas algunas noticias, bien fuese por aquel medio, ó por otro. En cuanto á Lorenzo el comisionado no supo decir sino el allanamiento de su casa, como cosa positiva; y que tambien lo era el que se habia puesto en salvo en Bergamo. Esta certeza fue un bálsamo excelente para calmar el dolor de Lucía: desde entonces sus lágrimas fueron menos abundantes y mas dulces: halló mayor consuelo en sus conferencias secretas con su madre, y una accion de gracias se mezclaba siempre en todas sus oraciones.

Gertrudis la llamaba frecuentemente á su locutorio particular, y conversaba con ella largos ratos, complaciéndose en ver la docilidad y dulzura de aquella niña, y en oir las gracias y bendiciones que ella la daba. La contaba en confianza una parte de su historia, y lo que habia padecido para venir allí á padecer de otro modo, y Lucía al oirlo iba convirtiendo en compasion aquella extrañeza con que

la oyó las primeras veces. Hallaba en aquella historia razones mas que suficientes para explicar lo que extrañaba en el lenguaje de su bienhechora, y para esta explicacion se valia tambien de la doctrina de Agnes, sobre las rarezas de los poderosos. Con todo, aunque se sentia inclinada á pagar aquella confianza con la suya, se guardó bien de hablarla de sus nuevos miedos, de la nueva desgracia, ni decirla que por ella habia dejado su pais aquel muchacho, para no arriesgarse á que se divulgase una voz tan llena de dolor y de escándalo.

Al jueves siguiente llegó aquel mismo pescador ú otro, con expresiones y avisos paternales de fray Cristobal, y la confirmacion de la completa fuga de Lorenzo; pero ninguna otra noticia positiva acerca de los pormenores de la desgracia de este, pues como ya dejamos dicho, el buen Capuchino las aguardaba de su compañero de Milán, á quien le habia recomendado; y este le respondió que no habia visto ni la persona ni la carta;

aunque le habian dicho que un forastero habia ido á buscarle al convento, pero que no habiéndole hallado se habia marchado y no habia vuelto.

El tercer jueves no hubo visita alguna, lo cual no solo las privó de un consuelo deseado y esperado, sino que fue causa de que se entregasen á mil sospechas y cavilaciones, como regularmente sucede á los afligidos que la mas pequeña incidencia aumenta su pena. Ya antes de esto Agnes habia tenido idea de dar una vueltecilla á su casa, y esta novedad de faltar el mensagero le hizo que se decidiese. Lucía sentia mucho verse separada de su madre; pero vencieron su repugnancia á consentir en esta separacion, lo uno el deseo de saber algo mas, y lo otro la seguridad que hallaba en aquel asilo tan seguro y tan sagrado. Se resolvió entre las dos que Agnes el dia siguiente iria al camino real á esperar al pescador cuando volviese de Milán, y le pediria el favor de ir en su carro hasta su pueblo. Hízolo

así : halló al que buscaba : le preguntó si fray Cristobal le habia dicho algo para ella; contestó él que la víspera de su partida habiá estado pescando todo el dia, y no habia tenido noticia ni comision alguna del Padre; pidióle Agnes que la permitiese subir en su carro, lo obtuvo al instante; volvió al monasterio á despedirse de la Señora, y de su hija, no sin muchas lágrimas; prometió darla noticias de su llegada, y volver cuanto antes, y partió.

No tuvieron novedad en su viage: reposaron parte de la noche en una posada segun la costumbre general; volvieron á marchar mucho antes del alba, y á buena hora llegaron á Parasenico. Agnes se apeó en la plazuela del convento, despidió á su conductor dándole mil gracias, y antes de ir á su casa quiso visitar á su fiel amigo y protector. Tiró de la cadena de la campanilla, y se presentó fray Galdino, aquel limosnero de las nueces. — Oh, señora Agnes, qué buen viento la trae por esta tierra. — Vengo á bus-

car al Padre fray Cristobal. — Si no está. — Lo siento. ¿Tardará mucho en volver? — ¡Oh!.... dijo fray Galdino encogiéndose de hombros. — ¿Pues dónde ha ido? — A Rimini. — ¿A dónde? — A Rimini. — ¿Y dónde está ese pueblo? — Allá, allá.... dijo esto moviendo la mano derecha como para indicar una gran distancia. — ¡Pobre de mí! ¿Pero cómo ha sido una marcha tan repentina? — Porque asi lo ha dispuesto el Padre Provincial. — ¿Y por qué le ha hecho salir de aqui, donde hacia tanto bien? — Si los superiores tuviesen que dar razon de las órdenes que expiden, ¿dónde estaria la obediencia, Señora mia? — Sí: pero esto me arruina del todo. — Sabeis lo que será. Pues será que en Rimini necesitarian un buen predicador. Nosotros los tenemos en todas partes; pero en ocasiones se necesita un hombre á propósito. El Padre Provincial de allá habrá escrito al Padre Provincial de aquí, si tenia un sugeto de tales y tales circunstancias, y el Padre Provincial habrá dicho, allá

se quiere al Padre Cristobal. — Pobre de mí. ¿Y cuándo marchó? — Antes de ayer. — Eso es: si yo hubiera seguido mi idea de venir antes.... ¿Y no se sabe cuando volverá? — Ay Señora mia: eso lo sabrá el Padre Provincial, si es que lo sabe. Cuando uno de nuestros predicadores toma el vuelo no se sabe en que arbol ha de pararse. Le llaman acá, le buscan allá, y como tenemos conventos en las cuatro partes del mundo.... Suponed que en Rimini luzca esta cuaresma el Padre Cristobal, como debe lucir, pues tiene un gran mérito; ya veis que entonces pueden llamarle de.... de qué sé yo donde. ¿Y qué se ha de hacer? Es preciso que vaya: porque nosotros vivimos de la caridad de todo el mundo, y es preciso que sirvamos á todo el mundo. — ¡Oh infeliz de mí! exclamó Agnes medio llorando. ¿Qué he de hacer yo ahora sin este hombre que era quien me servia de Padre? Para mí es una desgracia total su viage. — Oid, Señora, oid. El Padre Cristobal es ciertamente un hombre, pero

tenemos otros muchos llenos de caridad, y de ciencia, y que saben tratar igualmente con los pobres que con los ricos. ¿Quereis al Padre Atanasio? ¿Quereis al Padre Guillermo? ¿Quereis al Padre Zacarías? Es un hombre que vale un tesoro el Padre Zacarías. — Oh santa paciencia, exclamó Agnes con aquella mezcla de gratitud y de impaciencia que se experimenta al oir un consejo en que se halla mas buena intencion que utilidad. ¿Qué me importa á mí que ese Padre sea lo que sea, cuando aquel buen amigo que ya no está aqui era quien sabia mis penas, y habia ya hecho tanto para aliviarlas? — Por ahora es preciso tener paciencia. — Bien lo conozco. Quedaos con Dios y perdonad la incomodidad. — No hay incomodidad: yo lo siento por vos; y si resolveis valeros de alguno de nuestros Padres, el convento está aqui, que no se mueve. — Muchas gracias, contestó Agnes, y se encaminó á su aldea, desamparada, confusa y en la apurada situacion de un ciego que ha perdido su guia.

Algo mejor informados que fray Galdino podemos decir como sucedió este viage de fray Cristobal. El Conde Atilio, apenas llegó á Milán pasó, segun habia prometido á D. Rodrigo, á visitar al consejero del Consejo secreto, tio de ambos. Este Consejo era una junta compuesta de trece personages de toga y de espada, á quien el Gobernador consultaba, y en hallándose vacante el gobierno, la junta tomaba interinamente el mando. El Conde tio, togado y uno de los antiguos del Consejo, gozaba un cierto crédito, pero ni en hacerle valer, ni en darlo á entender á todos no tenia semejante. Un hablar ambiguo, un callar significativo, un quedarse á medio decir, un arquear de ojos que expresaba: *no puedo hablar*; un ofrecer sin ofrecer, un amenazar por ceremonia, todo iba dirigido á su fin, y todo mas ó menos resultaba en su provecho. Tanto que hasta un.... *no puedo hacer nada en ese negocio*, dicho con toda verdad, pero dicho de un modo que no era creido, servia

para aumentar su crédito, y con él la realidad de su valimiento. Este crédito que hacia algun tiempo habia ido creciendo con lentísimos pasos, habia dado últimamente uno de gigante como suele decirse, por haber pasado á Madrid con una comision de la Corte, y era menester oirle contar á él mismo la acogida que en la Capital habia tenido. Bastará decir que el Conde Duque le habia tratado con una dignacion particular, y le habia admitido á su íntima confianza; hasta tal punto, que una vez en presencia de media Corte, por dedirlo así, le habia preguntado que tal le parecia Madrid; y otra vez haberle dicho cara á cara en el hueco de una ventana que el Domo de Milán era el templo mas hermoso que habia en los dominios del Rey.

Atilio, pues, luego que hubo cumplido con las palabras de etiqueta, y haberle presentado los respetuosos afectos de D. Rodrigo, tomando aquel aire grave que él sabia tomar en ocasiones dijo: Creo que hago mi deber, sin faltar á la confianza de D. Rodrigo,

poniendo en noticia del Señor tio un negocio en que sino pone su mano, es de temer llegue á ser muy sério y de malas consecuencias. — Ya veo que será alguna de las suyas. — A la verdad debo decir que D. Rodrigo no tiene la culpa, sino que está exasperado, y como digo, solo el Señor tio puede.... — Veamos de que se trata. — Un Padre Capuchino que ha cogido á mi primo en una travesurilla, y la cosa está en términos que.... en fin el Padre le ha provocado de todos modos.... — ¿Pues qué diablos tiene él que ver con mi sobrino? — En primer lugar es una cabeza dura, inquieta, conocido por tal y que hace profesion de dar que sentir á los caballeros. Este protege á una aldeanota de allá, y tiene para con ella una caridad.... pero una caridad demasiado celosa. — Ya entiendo. Adelante. — Hace algun tiempo que se le ha puesto en la cabeza que D. Rodrigo tiene algunos proyectos con respecto á esa muchacha... — ¡Se le ha puesto en la cabeza! ¡Se le ha puesto en la cabeza! Tambien conozco

yo al señor D. Rodrigo, y se necesita otro abogado mejor que V. S. para justificarle en estas materias. — Que D. Rodrigo haya gastado algunas chanzas con esa jóven hallándola en el camino, es cosa que no dejaré de creer: es un jóven, y al fin no es Capuchino; pero estas son bagatelas con que no debe molestarse al Señor tio. Lo sério del negocio es que el fraile se ha atrevido á hablar á D. Rodrigo como si hablase con un villano, á pique de indisponerle con todo el pais. — ¿Y los demas frailes? — No se mezclan en nada, porque le conocen por una cabeza exaltada; y todos ellos tienen un gran respeto á D. Rodrigo: pero por otra parte el tal fraile tiene un gran crédito entre los aldeanos. — Me figuro que ignorará que D. Rodrigo es mi sobrino. — Lo sabe, y aun por eso mismo tiene mas empeño. — ¡Cómo, cómo! — Él lo va diciendo por todas partes. No halla mayor gusto que hacérselo conocer á D. Rodrigo; precisamente porque tiene un protector natural de tanta autoridad como V. S.

para manifestar qué él se rie de todos. — ¡Hombre temerario! ¿Y cómo se llama? — Fray Cristobal, contestó Atilio, y el Conde tio sacó un lapicero, y bufando, bufando escribió en su libro de memorias aquel pobre nombre, mientras Atilio proseguia. Siempre ha sido de ese carácter: bien sabida es su vida. Era un plebeyote que hállandose con algun dinero queria competir con los caballeros de su pueblo, y que furioso por no poder acabar con todos, mató á uno, y luego.... — Muy bien: nos veremos las caras, decia el tio, bufando todavía. — Ahora, continuó el otro, está mas rabioso que nunca, porque se le ha frustrado una idea que hace tiempo meditaba. Queria casar á esa muchacha, ya fuese para quitarla de los peligros del mundo, ó en fin por lo que fuese: él queria casarla á toda costa, y habia encontrado el hombre que necesitaba, tambien ahijado suyo: un muchacho que tal vez, ó por mejor decir sin duda le conocerá el Señor tio de nombre, porque tengo por cierto que el Consejo

secreto habrá tenido que hablar algo de tan digna personita. — ¿Pues quién es? — Un hilador de seda: Lorenzo Tramaglino: aquel que.... — ¡Lorenzo Tramaglino, exclamó el tio! Bravo, bravisímo, Padre. Seguramente: él tenia una carta para un tal.... Lo malo es que esta carta.... pero no importa: vá bien la cosa. ¿Y por qué el señor Don Rodrigo no me dice palabra de esto, y deja llegar las cosas hasta ese punto? ¿por qué no hace caso de quien puede y quiere sostenerle? — Os diré la verdad tambien en este punto. En primer lugar sabiendo cuantos asuntos, y cuan interesantes ocupan esa cabeza, (aqui el tio se puso la mano en la frente para significar el gran peso de negocios que le abrumaba): le pareció en cierto modo un cargo de conciencia incomodarle con otro asunto. Y despues para decir todo lo que he llegado á entender, él está de tal modo acosado, y resentido de las groserías de ese hombre, que mas bien ha pensado en hacerse pronta justicia por su mano, que en reclamarla de la

prudencia y autoridad del Señor tio. Yo he procurado echar agua en el fuego, pero viendo que la cosa se empeora, he creido de mi deber noticiarlo al Señor tio, que es la cabeza y la columna de la familia. — Mejor hubieras hecho en hablar antes. — Es verdad, pero yo esperaba, ó que la cosa se desvaneceria por sí misma, ó que el tal fray Cristobal procederia con mas juicio, ó en fin, se iria de aquel convento á otro, como sucede á varios que hoy están aqui, mañana alli; y entonces todo estaba concluido. Pero.... — Ahora me toca á mí el arreglarlo. — Es lo que yo he pensado. Me he dicho á mí mismo: el Señor tio con su talento, con su autoridad, sabrá bien prevenir un escándalo, y salvar el honor de D. Rodrigo que es el suyo. El Señor tio tiene mil recursos que yo no conozco: el Padre Provincial tiene como es justo toda aquella deferencia con el Señor tio, y en este caso me parece que lo mejor sería hacer mudar de aires al Padre Cristobal: solo con dos palabras.... — Deje

V. S. pensar á quien le toca, contestó ásperamente el Conde. — Es verdad, exclamó Atilio con un gesto como que se compadecia de ser tan necio que diese consejos. — ¿Soy yo hombre para dar mi parecer al Señor tio? Pero es el afecto que tengo á la familia el que me hizo hablar. Y aun temo haber cometido otra imprudencia, cual es la de haber perjudicado á Don Rodrigo en el concepto del Señor tio. No hallaria sosiego si fuese causa de que el Señor tio pensase que D. Rodrigo no tiene para con su Señoría toda aquella confianza, toda aquella sumision que debe. Crea el Señor tio que en este caso.... — Vaya, vaya: que perjuicio podeis causaros vosotros, que sereis siempre amigos hasta que uno de los dos recobre el juicio. Calaveras, calaveras, que siempre habeis de estar haciendo cosas, para que luego yo las componga, y que.... me hareis decir un disparate; pero es verdad: vosotros me dais mas en que pensar, (considere el lector que resoplido daria al decir esto) mas en que pensar,

que todos estos benditos negocios.

Atilio pronunció todavía algunas disculpas, promesas y sumisiones, pidió licencia, y se retiró acompañado de un.... *tengamos juicio*, que era la fórmula con que el Señor tio despedia á sus sobrinos.

CAPITULO XVIII.

Quien hallando en un campo mal cultivado una yerba señalada se empeñase en averiguar si procedia de una semilla caida y madurada en el mismo terreno, ó de un grano que el viento alli casualmente habia llevado, ó que se habia caido á uno que pasaba, por mas que discurriese siempre tendria muy poca seguridad en la conclusion que sacase. Del propio modo no sabremos decir, si del fondo natural de su cabeza, ó de la insinuacion del sobrino provino al Conde tio la resolucion de valerse del Padre Provincial para cortar del mejor modo aquel nudo que se habia formado. Lo cierto es que Atilio no habia echado

á volar aquella palabra sin intencion, y aunque debia esperar muy bien que á una insinuacion tan clara se habia de incomodar el tio, quiso de cualquier modo presentarle la idea de aquella callejuela, é indicarle el camino por donde queria echase. Por otra parte este medio era tan conforme al carácter del tio, y estaba tan indicado por las circunstancias, que sin que nadie se le sugiriese, es de pensar que por sí mismo le habria imaginado y elegido. Se trataba de que en una guerra ya demasiado abierta, uno de su apellido, un sobrino suyo no quedase desairado, punto esencialísimo para conservar la reputacion del poder que él tanto amaba. La satisfaccion que él podia tomar por su mano hubiera sido un remedio peor que la enfermedad, un semillero de quejas y disgustos, y asi era preciso evitarlo á toda costa y sin perder un momento.

El Padre Provincial y el Conde tio eran conocidos antiguos, y aunque apenas se veian, siempre que se hallaban se daban mútuamente las mayores

pruebas de amistad, y se hacian las mayores protestas de servirse. Asi pues, habiéndolo bien pensado el Conde tio convidó á comer cierto dia al Padre Provincial, preparándole un cerco de comensales adornados de un finísimo entendimiento, parientes de las primeras familias en quienes el título de su linage era mucho mérito, y que solo con su aire, con una cierta seguridad nativa, con un desden señoril, con hablar en términos familiares de los mas interesantes asuntos, lograban, aun sin querer, imprimir en el auditorio la idea de la superioridad y del poderío. Ademas habia otros clientes unidos á la casa por un afecto hereditario, y al amo de ella por una dependencia de toda la vida, los cuales desde que desdoblaban la servilleta empezaban á decir que sí con la boca, con los ojos, con las orejas, con toda la cabeza, con todo el cuerpo, y con toda el alma, de modo que á los postres no habia quien se figurase que se podia decir un no.

En la mesa el Conde hizo caer la

conversacion á su tema de Madrid. Se dice que á Roma se va por muchos caminos; pero él llegaba á Madrid por todos. Habló de la Corte, del Conde Duque, de los Ministros, de la familia del Gobernador, de las corridas de toros que podia describir exactamente, pues las habia visto desde un puesto señalado, de el Escorial, de cuyo templo podia dar exacta cuenta, porque un criado del Conde Duque le habia acompañado enseñándole todos los rincones. Por algun tiempo todos estuvieron oyéndole con el mayor silencio: despues se dividieron en conversaciones particulares, y él prosiguió contando algunas de aquellas cosas mas singulares al Padre Provincial que estaba á su lado, y que le dejó hablar y mas hablar á su gusto, y poco despues de levantados los manteles rogó al Padre que se sirviese pasar con él á una pieza inmediata.

Dos gefes, dos cabezas canas, dos experiencias consumadas se hallaron frente á frente. El magnífico Señor hizo sentar al Padre Reverendo, se sentó

igualmente y comenzó: Mediante la amistad que nos une he creido hablar á V. P. de un negocio de comun interés, y que exige sea concluido entre nosotros sin apelar á otros medios que pudieran.... Por lo mismo, de buena fé, con el corazon en la mano le diré de que se trata, y en dos palabras estoy seguro de que nos pondremos de acuerdo. Dígame V. P., en su convento de Parasenico hay un Padre Cristobal de.... El Provincial le contestó que sí. —Y dígame V. P. con la franqueza de un buen amigo: ese sugeto.... ese Padre.... Yo no le he visto, y aunque sé que los PP. Capuchinos son hombres de oro, celosos, prudentes, humildes... yo soy un amigo de la Orden desde niño.... pero en toda familia un poco numerosa hay siempre algun individuo.... algun genio... Y ese Padre Cristobal sé por ciertos informes que es un hombre... algo amigo de los contrastes.... que no tiene toda aquella prudencia.... todos aquellos miramientos.... Apostaré á que ese Padre ha dado mas de una vez que pensar á V. P. — Ya entiendo

este es un empeño, dijo para sí el Provincial, y continuó en alta voz: Siento que vuestra Magnificencia tenga en ese concepto al Padre Cristobal; pues yo por mi parte sé que es un hombre,.. ejemplar, estimado no solo en el convento, sino fuera de él. — Entiendo perfectamente. V. P. debe.... pero yo, como amigo sincero, quiero decirle una cosa que le importa saber, y sin faltar á mis deberes me precisa hacerle advertir ciertas consecuencias.... posibles.... no digo mas. Ese Padre Cristobal sabemos que protegia á un hombre de aquel pueblo: un hombre.... V. P. tendrá de él alguna noticia: aquel que con tanto escándalo se escapó de manos de la justicia despues de haber hecho en aquel terrible dia de San Martin unas cosas...: unas cosas.... Lorenzo Tramaglino.

¡Ay Dios! exclamó para sí el Provincial, y añadió en alta voz: No tenia noticia de eso, pero vuestra Magnificencia conoce muy bien que una de nuestras obligaciones es procurar que los extraviados se reduzcan á...—Lo

concedo: pero el trato con cierta especie de extraviados.... Son cosas espinosas, negocios delicados.... Al llegar aqui hizo un gesto expresivo y misterioso, y añadió: he creido conveniente dar á V. P. este aviso, porque si acaso S. E.... podia haber enviado algun oficio á Roma.... no sé nada.... y acaso de Roma venirle.... — Agradezco mucho á vuestra Magnificencia este aviso; pero estoy muy cierto de que si tomamos informaciones sobre este asunto hallaremos que el Padre Cristobal no habrá tratado con ese hombre sino con el fin de corregirle y atraerle al buen camino. Conozco bien al Padre Cristobal. — V. P. sabe mejor que yo quien fue en el siglo ese Padre, y las cosas que hizo. — Esa es la gloria de nuestro hábito, señor Conde: que un hombre que en el siglo dió que hablar, en poniéndose el Santo hábito ya es otro hombre. — ¿Quereis creerlo? lo digo de corazon; ¿quereis creerlo? A veces, como dice el proverbio, el *hábito no hace al monje.*

El proverbio no venia con exacti-

tud á este caso, pero el Conde le citó en lugar de otro que le habia ocurrido, y era: el lobo muda el pelo, pero no las costumbres. Yo tengo noticias.... continuó: tengo informes ciertos....—Si vuestra Magnificencia sabe de cierto que ese religioso ha cometido alguna falta.... (todos podemos errar) me hará el favor de informarme de ella. Soy superior, aunque indigno; pero al fin lo soy, y mi obligacion es corregir, remediar.... —Lo diré á V. P. Junto con la circunstancia de la proteccion de ese Padre al sugeto que le he dicho, interviene otra cosa desagradable, y que pudiera.... pero á bien que entre nosotros se arreglará en un momento.... Pues como digo, el mismo Padre Cristobal se ha empeñado en chocar con mi sobrino D. Rodrigo.... —Eso es lo que siento; sí, lo siento de veras. —Mi sobrino es jóven, fogóso, conoce bien quien es, y no está acostumbrado á que nadie le provoque. —Es de mi obligacion tomar buenos informes de un hecho semejante. Segun ya he dicho á vuestra Magnificencia, y como

vuestra Magnificencia mismo conoce mejor que yo, por su gran práctica del mundo, y su justificacion, todos somos de carne, y estamos expuestos á cometer faltas, tanto de una parte como de otra, y si la culpa estuviese en nuestro fray Cristobal....—Estas cosas, como ya he dicho á V. P., son de tal naturaleza, que deben concluirse entre nosotros, sepultarlas enteramente, pues revolviéndolas se sale mucho peor. Bien sabe V. P. como suceden las rencillas entre las gentes: comienzan á veces por una bagatela, y crecen, y crecen.... Si se trata de buscar la raiz, ó no se encuentra, ó empiezan á brotar mil ramificaciones, y embrollos. Adormecer, cortar, Padre Reverendísimo: cortar, adormecer. Mi sobrino es un jóven: el religioso de que se trata tiene aun todo el entusiasmo y.... y.... y las inclinaciones de un jóven, y nos toca á nosotros, que tenemos nuestros años (demasiados ¡eh! Reverendísimo mio) toca á nosotros tener juicio por ellos, y ver de componer sus travesuras. Por fortuna aun es-

tamos á tiempo: la cosa aun no ha hecho ruido: y aun es el caso de aplicar el axioma: *principiis obsta.* Separemos el fuego del lado de la paja. A veces un sugeto que no es útil, ó que puede causar perjuicios en un pueblo, progresa á la maravilla en otro cualquiera. V. P. sabrá muy bien encontrar el nicho conveniente donde meter ese hombre. Se añade tambien la otra circunstancia que puede haber inspirado desconfianza á aquellos que pudiera ser muy agradable que se le removiese de su convento; y colocándolo en otro algo distante, haremos con un solo viage dos servicios: asi todo se compone por sí mismo, ó por mejor decir no puede suceder asi nada malo.

Ya el Padre Provincial aguardaba desde el principio esta conclusion; y ya pensaba entre sí, diciendo: veo donde vàs á parar. Ya se sabe: cuando un pobre religioso quiere contradeciros en algo, ó se os figura que os hace mala obra, de pronto, y sin averiguar si es ó no culpado, es preciso que dé un paseo forzado. — Asi cuan-

do el Conde calló, dió un fuerte resoplido que equivalia á un punto final, dijo el Padre: entiendo perfectamente cuanto quiere decir el señor Conde; pero antes de dar un paso.... — Es un paso, y no es un paso, reverendísimo Padre; es una cosa natural, y que se ve todos los dias; y sino se acude á ella, yo veo un monte de desórdenes, y una cadena de disgustos. Una locura.... mi sobrino no quiere creer que yo ando en el negocio.... Pero en el punto á que han llegado las cosas, sino las damos un corte sin perder tiempo es imposible que concluya y quede secreta.... y entonces no es solamente mi sobrino.... sino.... en fin somos muchos, P. Reverendo; y V. P. puede ver que no somos solos, sino que somos una familia, y tenemos conexiones. — Ya, ya estoy. — Ya me entiende V. P., somos muchos; toda gente que tiene su sangre en las venas, y despues en este mundo.... á cualquier cosa entra el pundonorcillo, se hace un negocio comun, y entonces, aun el que es amigo de la paz.... Sería co-

sa que á la verdad me traspasaria el corazon el verme obligado.... el hallarme.... yo que siempre he tenido tanta inclinacion á los PP. Capuchinos. Ellos mismos por su parte, para hacer el bien que hacen con tanta edificacion del público, necesitan de la paz, huir de las intrigas, y estar en buena armonía con los que.... Y ademas, tambien tienen parientes en el siglo.... y estos asuntejos del pundonor, por poco que se dilaten, se extienden, se ramifican, y abrazan dentro de sí á.... á medio mundo. Yo me hallo en este bendito puesto que me obliga á conservar un cierto decoro.... Su Excelencia.... estos señores mis compañeros.... todo se mira como un negocio general de la corporacion, especialmente con esta segunda circunstancia.... Ya sabe V. P. como van estas cosas. — Verdaderamente, dijo el Padre Provincial, el Padre Cristobal es un buen predicador, y ya tenia yo alguna idea.... Me le han pedido no hace mucho.... Pero en este momento, en estas circunstancias pudiera pare-

cer un castigo; y un castigo antes de haberse puesto enteramente en claro. — ¡Castigo! calle V. P. ¡castigo! una providencia de precaucion, un paso de conveniencia comun para impedir lo que pudiera acontecer de funesto....me explico ¿Padre mio? — Sí señor. Entre los dos la cosa está en esos términos, bien lo entiendo: pero estando el lance en la disposicion que han referido á vuestra Magnificencia, digo yo que es imposible que alguna cosa no se haya traslucido en el pueblo. En todas partes hay atizadores, amigos de poner en mal, ó á lo menos curiosos malignos que si logran contrapuntear á los nobles con los religiosos, tienen en ello un gusto criminal, y charlan y chismean.... Cada uno tiene su decoro que conservar, y ademas yo, como superior, tengo una obligacion expresa.... El honor del hábito no es cosa mia, es un depósito del que.... Y el caballero su sobrino, supuesto que está tan resentido, pudiera tomar esta medida como una satisfaccion, y.... no digo vanagloriarse, ni cantar el

triunfo; pero.... — ¿Se chanzea V. P.? Mi sobrino es un caballero, que en el mundo goza la consideracion.... la justa consideracion que se merece; pero delante de mí es un niño, que no hará ni mas ni menos de lo que yo le mande. Y mas diré á V. P., mi sobrino no ha de saber ni una palabra de esto. ¿Qué necesidad tenemos de darle cuenta? Son cosas que tratamos acá nosotros, como buenos amigos, y todo ha de quedar sepultado. No se hable de eso. Yo debo estar acostumbrado al silencio. — Aquí dió un resoplido y continuó: En cuanto á los charlatanes ¿qué quiere V. P. que le diga? El viage de un religioso que va á predicar á otro pueblo, es cosa tan ordinaria.... Y ademas nosotros que vemos claro.... nosotros que preveemos.... nosotros que debemos atender á.... es preciso que nos desentendamos absolutamente de las hablillas. — Pero á fin de prevenirlas, sería muy oportuno que en esta ocasion su señor sobrino diese alguna señal visible, alguna demostra-

cion de deferencia, de amistad.... no por nosotros, sino por el hábito. — Es cierto, eso es justo, pero no es necesario. Sé que los Capuchinos son siempre respetados por mi sobrino segun es debido. Él lo hace por inclinacion: es una costumbre de la familia; y ademas él desea darme gusto. Por lo demas en este caso.... alguna demostracion mas notable.... es justísimo. Dejádmelo á mi cuidado, reverendísimo Padre. Yo mandaré á mi sobrino.... Eso será preciso insinuárselo con prudencia, á fin de que no se malicie lo que ha pasado entre nosotros. Porque no quisiera que ahora pusiésemos un parche donde no hay llaga. Y en lo que hemos determinado, lo mejor es lo mas pronto. Y si se hallase algun agujerillo... algo lejos, para quitar de raiz las ocasiones. — Me han pedido un predicador para Rimini, y aun sin otra causa, tal vez hubiera yo pensado en fray Cristobal. — Muy á propósito.... muy á propósito. ¿Y cuándo? — Pues que la cosa ha de hacerse será presto. — Presto, presto, reve-

rendísimo Padre: mejor hoy que mañana, y.... continuó dejando su asiento; si alguna cosa puedo yo hacer por mí, ó por mis relaciones á favor de los PP. Capuchinos. — Ya tenemos experiencia de la bondad de vuestra familia, contestó el Provincial que tambien se levantó, y seguia á su vencedor dirigiéndose á la puerta. — Hemos apagado una chispa, dijo este andando muy despacio: una chispa, reverendísimo mio, que pudiera haber causado un incendio.... Entre buenos amigos con dos palabras se arreglan grandes cosas.

Llegados á la puerta se empeñó absolutamente en que el Provincial pasase primero, y entraron en la sala mezclándose con los convidados.

Una tarde llegó á Parasenico un Capuchino de Milán, y entregó al Padre Guardian un pliego en que la obediencia mandaba á fray Cristobal que pasase á Rimini á predicar la Cuaresma. Otro para el Padre Guardian en que le daba el Provincial sus instrucciones para que insinuase al referido

Padre que olvidase enteramente cualquier asunto que pudiera dejar empezado en el pais que iba á dejar, y que no conservase en él correspondencia. En fin, el hermano que conducia estas cartas debia ser su compañero en el viage. El Guardian no dijo nada aquella tarde; por la mañana llamó á fray Cristobal, le mostró la órden, le dijo que fuese á tomar su baston, y el equipage de camino, y que con aquel Padre que le presentó comenzase al momento su marcha.

Piense el lector que golpe sería este para nuestro caritativo fray Cristobal: Lorenzo, Lucia, y Agnes se le representaron al momento en su imaginacion, y exclamó interiormente. ¡Oh Dios mio! ¡qué harán aquellos infelices faltando yo de su lado! pero pronto levantó los ojos al cielo: se acusó de haber un instante faltado á la confianza en la providencia, y haberse creido necesario para alguna cosa.

Cruzó las manos sobre el pecho en señal de obediencia: inclinó la cabeza para contestar al Padre Guardian,

y este llamándole aparte, le dió el referido aviso, como por via de consejo; pero con la eficacia de precepto. Fray Cristobal pasó á su celda, tomó su espuerta, puso en ella su breviario, su cuaresmal, y el pan del perdon; se despidió de los demas religiosos, recibió la bendicion del Padre Guardian, y con el compañero tomó el camino que le habian mandado.

Hemos dicho que D. Rodrigo, entusiasmado mas que nunca con el deseo de conseguir su empresa, se habia determinado á buscar el auxilio de un hombre temible, del cual no podemos decir ni nombre, ni apellido, ni título, ni aun la menor conjetura sobre nada de esto, lo cual es tanto mas extraño, cuanto del mismo personage hallamos mas de una memoria en los libros impresos de aquel tiempo. No deja lugar á dudar que el personage sea el mismo la identidad de los hechos, pero en todas partes hay el mismo silencio. Francisco Rivola, en la vida del Cardenal Borromeo, teniendo que hablar de aquel hombre le

llama « Un señor tan poderoso por sus riquezas, como noble por su cuna." José Ripamonti, en el libro 5.º de la 5.ª década de su *historia patria* no hace de él otra mencion: le llama uno, este, aquel, este hombre, aquel personage. Referiré (dice en buen latin) el caso de uno que siendo de los primeros entre los grandes de la ciudad, habia establecido su domicilio en la aldea, y alli asegurándose á fuerza de delitos, tenia en nada los juicios, los jueces, las leyes y los magistrados. Puesto en el último confin del estado llevaba una vida independiente; protector de los delicuentes, delincuente él mismo y luego vuelto á mansalva.... De este escritor tomaremos en adelante algun trozo que nos convenga para confirmar ó aclarar la narracion de nuestro autor anónimo que vamos prosiguiendo.

Hacer cuanto impedian las leyes, ó estorbaba una fuerza cualquiera, ser el árbitro y el dueño de los negocios de otro, sin mas interés que el gusto de mandar, ser respetado de todos, y

mandar á los que antes habian dominado; tales habian sido en todos tiempos las pasiones principales de este hombre.

Desde muy jóven teniendo á la vista el espectáculo de tantos poderíos, tantos choques, tantas intrigas, y tantas violencias, comenzó á experimentar un sentimiento mezclado de desden, y de envidia impaciente. Jóven, y viviendo en la ciudad, no desperdiciaba ocasion, y aun la buscaba de intento, de hacer frente á los mas famosos de aquella época, seguirlos los pasos, hacerlos detener en sus empresas, ú obligarlos á buscar su amistad. Superior á la mayor parte de ellos en riquezas y en relaciones, y casi á todos en ardid y en fortaleza, redujo á muchos á separarse de toda rivalidad, escarmentó á otros, y otros se le hicieron amigos; no amigos como iguales, sino solamente en los términos que podian lisongear su orgullo, esto es, amigos subordinados, que hicieron una especie de pacto de inferioridad. En realidad él venia á ser el instru-

mento de todos ellos, pues en todos sus empeños no dejaban de buscar el auxilio de tal protector, y él por su parte hubiera creido que era desaire de su misma reputacion el no sacarlos con bien de sus empresas. De este modo, ya por cuenta suya, ó ya por cuenta de otros, hizo tales cosas, que no bastando ni su nombre, ni su parentela, ni sus amigos, ni su audacia á sostenerle contra las providencias legales, y contra el odio de tantos poderosos, se vió en la precision de salir del estado. Creo que á esta salida se refiere un rasgo notable que pone Ripamonti. — «Una vez, dice este, que tuvo que acudir á la fuga, fue tal el secreto con que lo hizo, y el respeto y timidez que manifestó, que atravesó la ciudad á caballo, con gran séquito de perros, al son de corneta de caza, y pasando por delante del Palacio de Corte, dejó á los que estaban de guardia una larga embajada de picardías para el Gobernador....."

En la realidad él no dejó sus intrigas, ni interrumpió la corresponden-

cia con aquellos sus amigos, los cuales, como dice el citado Ripamonti, permanecieron unidos con él en una alianza oculta de consejos atroces, y de cosas funestas. Parece tambien que entonces extendió á otros lugares distantes ciertas nuevas y terribles relaciones, de las cuales el citado historiador habla con una brevedad misteriosa diciendo: tambien algunos principales Señores acudieron á su inmediacion para varias importantes venganzas, y aun le enviaron desde lejos refuerzos de gente que sirviese bajo sus órdenes.

Finalmente, (no se sabe de fijo en qué tiempo) ó fuese porque cesaron las providencias contra él, por alguna poderosa intervencion, ó fuese que su misma audacia le sirviese de salvoconducto, determinó volver á su casa, y en efecto se estableció no en Milán sino en un castillo de un feudo suyo, confinante con el territorio bergamesco, que entonces era como todos saben dominio veneto, y allí fijó su morada. Aquella casa (son pa-

labras de Ripamonti) era como una oficina donde se expedian órdenes sanguinarias: esclavos condenados á muerte, por reos de muerte; ni cocinero ni nadie exceptuados de la nota de homicida; y hasta las manos de los últimos sirvientes ensangrentadas. Ademas de esta bella familia doméstica tenia, como afirma el mismo historiador, otra de semejantes sugetos dispersos, y como de cuartel en varios puntos de sus estados, prontos siempre á su órden, y viviendo á la sombra de ellos.

En un radio bastante dilatado desde su castillo todos los poderosos que habitaban, cual en una ocasion, cual en otra, habian debido elegir entre la amistad y la enemistad de aquel hombre extraordinario; pero á los primeros que quisieron hacer la prueba de resistirle les habia salido tan mal la empresa, que ninguno se hallaba con deseos de renovarla. Ni aun con estar en paz con él, y vivir como quien dice á sus órdenes, podia nadie creerse independiente de su poder. Envia-

ba á uno de los suyos á intimar que se abandonase tal empresa, que se dejase de perseguir á tal deudor, ó cosa semejante, y entonces era preciso responder sí ó no. Cuando alguno rindiéndole homenages de esclavos iba á poner en sus manos un negocio cualquiera, se hallaba en la dura necesidad, ó de condescender con su sentencia ó declararse su enemigo, lo cual equivalia á hallarse, como se decia en otro tiempo, tísico en tercer grado. Muchos teniendo culpa, acudian á él para tener razon: otros teniéndola se valian de él para cerrar al contrario la salida, y unos y otros quedaban ya bajo su dependencia. Acaeció algunas veces que un débil oprimido, acosado, y hostigado por un poderoso se amparó de él, y por un capricho se le puso en la cabeza defender al débil obligando al ofensor á reparar la ofensa, y en estos casos aquel nombre tan aborrecido, se veia lleno de bendiciones por un momento.

El Palacio de este monstruo distaba solosiete millas del de Don Rodri-

go, y este apenas se vió dueño de su hacienda, y quiso entregarse á sus criminales caprichos, debió conocer que á tan corta distancia del tal personage no le era posible ejercer sus funciones sin ser su aliado, ó su enemigo. Asi le habia ido á ofrecer su persona, y habia llegado á ser su amigo, en la forma que lo eran todos los otros, y aun le habia prestado algunos servicios (el manuscrito no dice cuales), y en cambio habia recibido la promesa de ayudarle en cualquiera ocasion urgente. Sin embargo ponia mucho cuidado en ocultar semejante amistad, ó por lo menos procuraba que se ignorase cuan estrecha era, y de que naturaleza las relaciones que la habian formado; pues D. Rodrigo no queria ser un tirano selvático; esta profesion era para él un medio de lucir y divertirse, no un blanco de su ambicion; queria vivir libremente en la ciudad, gozar de todas las comodidades, deleites y honores de la vida civil, y por lo mismo le era preciso guardar ciertas consideraciones,

atender á su familia, cultivar la amistad de los personages de alta clase y de mando, y tener una mano sobre la balanza de la justicia para darla un golpe que la inclinase á su favor cuando le convenia, ó para levantarla de modo que no se viese, ó ya para dejarla caer sobre la cabeza de cualquiera que de aquel modo pudiese ser vencido mejor que con las armas de una violencia particular. Segun esto la intimidad, ó por mejor decir la alianza con un monstruo de aquella especie, con un enemigo abierto de la fuerza pública, no le hubiera hecho buena obra, especialmente al lado del Conde tio. Aquel grado de semejante amistad que no se podia ocultar, se disfrazaba bajo el nombre de una atencion indispensable hácia un hombre cuya enemistad era en extremo peligrosa, y por lo tanto podia recibir alguna excusa de la necesidad.

Una mañana pues D. Rodrigo salió á caballo, con aparato de caza, con una pequeña escolta de sirvientes á pie; y llevando al Griso y otro

cuatro por via de guardias se dirigió al Palacio del innominado.

CAPITULO XIX.

El castillo de este se hallaba como puesto á caballo á la vista de un valle angosto y sombrío, sobre la cima de una colina que sobresale al terminar una áspera cadena de montes, y no se sabe de fijo, si junto á esta, ó separada por unos peñascos y despeñaderos, y por una tortuosa senda de cuevas y precipicios asi á la derecha como por el frente. El lado que miraba al valle era el único practicable; una cuesta áspera, pero igual y continua, empleada en yerbas de pasto por su parte mas alta, y cultivada hácia su falda con algunas chozas esparcidas. En el fondo un lecho de guijaros por donde corre, segun las estaciones, un arroyo, ó un riachuelo que entonces servia de límites á los dos dominios. Las montañuelas opuestas que forman por decirlo asi la otra parte del valle, tienen sus declives menos pendientes, y algo

cultivados; pero un poco mas alla el resto se compone de peñascos, cuestas escarpadas, sin adorno de vegetales, y sin camino, donde nada se halla sino algun césped en las hendiduras y en los surcos.

De lo alto de este castillo como el águila desde su nido ensangrentado, aquel salvaje señor dominaba alrededor todo el espacio donde el hombre podia fijar su planta, y con una ojeada descubria todas aquellas habitaciones, las subidas, el fondo, y los caminos ó veredas. Aquella que por rodeos y recodos guiaba al terrible domicilio, se presentaba á la vista del que la mirase desde abajo como una cinta que iba serpenteando; desde las ventanas, y desde las troneras, podia el señor contar muy á su placer los pasos del que salia; y aunque se viese acometido de una buena porcion de tropa, le era fácil con la guarnicion de guapetones que arriba tenia, ó dejar en el sitio á sus enemigos, ó hacerles retroceder mal desugrado; y asi era que ni en la cima, ni aun en el valle se atrevia

á poner el pie ninguno que no estuviese en la gracia del dueño del castillo. El ministro ó empleado de la justicia que se hubiese dejado ver hubiera sido tratado como un espía que se acerca á un campamento. Contábanse varias historias trágicas de algunos que habian querido intentar esa empresa, pero eran historias antiguas, y ninguno de los jóvenes aldeanos se acordaba de haber visto alli gente de esta especie.

Tal es la descripcion que nos dejó el anónimo, acerca de aquel lugar, pero ninguna seña de su nombre, y aun para no verse en la precision de descubrirle, aunque entre sombras, nada refiere del viage de D. Rodrigo, y nos le planta como en volandas en el valle, y al pie del referido tortuoso sendero, donde habia una taberna que bien hubiera podido tener el nombre de cuerpo de guardia. Una tabla vieja colocada sobre la puerta mostraba por ambas partes la imágen de un sol radiante; pero la voz pública que unas veces repite los nombres segun

los ha oido, y otras los compone á su modo, no la designaba sino con el nombre de la taberna de la Malanoche.

Al oir las pisadas de los caballos que se aproximaban, salió á la puerta un mozalvete bien provisto de cuchillo y pistolas, y dando una ojeada á los que venian, entró á informar á tres bribones que jugaban sobre la mesa, con unas cartas pringosas, y abarquilladas á manera de teja. El que parecia ser gefe salió á la puerta, y reconociendo un amigo de su amo le saludó cortesmente. D. Rodrigo contestándole con mucho agrado le preguntó si estaba en casa su amo, y habiéndole contestado el otro que asi lo creia, se desmontó, y dió las riendas del caballo á *Tira-dritto* uno de su comitiva. Se quitó la escopeta que llevaba terciada á la espalda y la entregó á *Montanarolo*, como para descargarse de un peso inútil y caminar mas expedito; pero en la realidad era porque sabia bien que en aquella cuesta no era lícito ir con armas. Sacó del

bolsillo algunas monedas y se las dió á Tanabuso diciendo, quedaos aquí hasta mi vuelta, y en tanto bebed alegremente con estos buenos amigos. Sacó finalmente algunos escudos de oro, y se los dió al gefe que le recibia, expresándole que la mitad era para él y el resto para que en su nombre los distribuyese á sus camaradas: hecho lo cual comenzó á pie á subir la cuesta, acompañado del Griso, que tambien habia dejado su escopeta. Entre tanto los tres valentones referidos con Squinternotto, que era el cuarto, (qué bellos nombres para conservarse con tanto cuidado) quedaron con los tres del innominado, y con aquel zagalote escapado de la horca, entreteniéndose en jugar, beber, y contarse mútuamente sus proezas.

Otro valenton del innominado que salia, se reunió á poco con D. Rodrigo, le miró, le reconoció y volvió acompañandóle, y le evitó la molestia de decir su nombre, y de dar cuenta de su persona á cuantos hubiese encontrado, y que no le conociesen.

Llegados al castillo, é introducido en él D. Rodrigo, (pues el Griso se quedó á la puerta) le hizo su guia pasar por unos callejones oscuros, y por varias salas adornadas con toda especie de armas, cada paso con su correspondiente centinela, y por fin despues de haberle hecho aguardar un rato, fue admitido en la sala donde estaba el innominado.

Este se adelantó á recibirle, respondiendo á su saludo, y mirándole con atencion á la cara y á las manos como hacia por costumbre y casi involuntariamente con cuantos venian á verle, aunque fuesen sus mas viejos y experimentados amigos. Era alto, adusto, calvo, y á la primera vista su calva interrumpida por algunas canas que le habian quedado, y las arrugas de su rostro le presentaban como de mas de sesenta años, aunque apenas los tenia: por lo demas su aire, la viveza de sus facciones, y un fuego disimulado que brillaba en sus ojos, indicaban una energía de alma y de cuerpo, que hubiera pasado por

extraordinaria aun en un jóven.

D. Rodrigo le dijo que su venida era á buscar su consejo y su auxilio en aquella ocasion, pues hallándose en un empeño dificil que por su honor mismo no podia abandonar, se habia acordado de las promesas de un hombre que jamás habia prometido ni demasiado ni en vano. Despues de esta entrada se puso á explicar su malvada intriga. El innominado, que ya sabia alguna cosa aunque en globo, le oyó atentamente, como veterano en semejantes historias, y por incluirse en esta un nombre para él muy conocido y muy odioso cual era el de fray Cristobal, enemigo declarado de los malvados, así con las palabras como con las obras cuanto le era posible. El relator se puso á exagerar la dificultad de la empresa, la distancia del lugar, el monasterio, la Señora.... pero el innominado, como si le inspirase un demonio escondido en su corazon, le interrumpió bruscamente diciendo que la empresa quedaba á su cargo; apuntó el nombre de nuestra

pobre Lucía, y despidió á D. Rodrigo diciendo que dentro de poco le avisaria de lo que tenia que hacer.

El motivo de haber dado tan de pronto su palabra era que junto al monasterio donde estaba Lucía habitaba un tal Egidio, hombre malvado, y de los mas íntimos amigos y confidentes de su iniquidad; pero apenas quedó solo cuando no diré que se arrepintió, pero le pesó el haberla dado. Hacía algun tiempo que experimentaba sino un remordimiento formal, una especie de tedio de sus maldades. Las muchas que se habian amontonado ya, sino sobre su conciencia, al menos sobre su memoria, se dispertaban con cualquiera otra que iba á cometer de nuevo, se le representaban como demasiadas, y aumentaban mas y mas un peso ya por sí mismo incómodo. Aquella primera repugnancia con que cometió los primeros delitos, aunque vencida despues y casi anonadada con la costumbre empezaba á hacerse sentir; pero en aquellos antiguos tiempos la imágen de un porvenir largo, in-

determinado, y el sentimiento de una vitalidad vigorosa llenaban el alma de una confianza descuidada; ahora por el contrario, la idea de lo futuro era la que le hacia mas odioso lo pasado. — ¡ Envejecer! ¡ morir! ¿y despues? — Es cosa notable que la imágen de la muerte, que en un peligro próximo, y á vista de un enemigo era la que solia reanimar los espíritus de aquel hombre, é infundirle una ira llena de valor, era la que presentándosele en el silencio de la noche, y en la seguridad de su castillo, le llenaba de una consternacion repentina. No era aquella muerte con que le amenazaba un enemigo tambien mortal: ni se la podia rechazar con armas mas fuertes, ni con un brazo mas pronto: esta muerte que se le representaba venia sola, nacia de adentro, era tal vez lejana, pero cada momento daba un paso, y en tanto que su mente pugnaba dolorosamente para alejar de ella el pensamiento, ella se iba aproximando. En sus primeros años los ejemplos tan frecuentes, el espectáculo, por decirlo asi,

constante de la violencia, de la venganza y del homicidio, inspirándole una emulacion feroz, le habian servido tambien como de una especie de autoridad contra la conciencia; ahora brotaba de nuevo en su alma la idea confusa mas terrible de un juicio individual, de una razon independiente de los ejemplos; ahora el haber salido de la turba comun de los malvados, y el haberse adelantado á todos le daba á veces el sentimiento de una soledad tremenda. Aquel Dios de quien habia oido hablar, pero que largo tiempo hacia que no se cuidaba de negar ni de reconocer, ocupado solamente en vivir como si no le hubiese, ahora en ciertos momentos de abatimiento sin causa, y de terror sin peligro, se le figuraba que le oia decir dentro de su alma. *Yo existo.* En el primer hervor de las pasiones la ley que habia oido anunciar en nombre de este Dios, le habia parecido odiosa; mas ahora cuando de improviso se le presentaba á su entendimiento, este á su pesar la concebia como una cosa que debe tener

su cumplimiento. Pero no se crea que él ni en palabras ni en obras dejase conocer esta nueva inquietud; pues la ocultaba cuidadosamente, la enmascaraba con la apariencia de una profunda y acrisolada ferocidad, y con este medio procuraba ocultársela á sí mismo ó sofocarla envidiando (ya que no podia olvidarlos ni desmentirlos) aquellos tiempos en que habia acostumbrado entregarse á la iniquidad sin remordimientos, y sin otro cuidado que el del feliz éxito: hacia los mayores esfuerzos para recuperar, conservar ó fortificar aquella antigua voluntad absoluta, atrevida é imperturbable, y para convencerse á sí mismo de que aun era aquel hombre.

Asi es que en esta ocasion habia empeñado su palabra con tal precaucion para cerrarse á sí mismo la puerta á toda duda; pero apenas partió el otro, sintiendo debilitarse aquella firmeza que se habia prometido tener, conociendo que poco á poco revivian aquellos pensamientos que le tentaban á faltar á su palabra, y le hubieran

obligado á comparecer delante de un amigo, y de un cómplice subalterno, para cortar de un golpe aquel contraste penoso, llamó al Nibio, uno de los mas diestros y atrevidos ministros de su enormidad, y áquel de quien se servia para su correspondencia con Egidio, y le mandó resueltamente tomase un caballo, fuese á Monza, y manifestase á Egidio el empeño que habia contraido pidiéndole el plan y el auxilio para salir airoso.

Estuvo de vuelta mas pronto de lo que pensaba, y dijo de parte de Egidio que la empresa era fácil, que se le enviase al momento un coche, escoltado por tres ó cuatro valentones disfrazados, y que él tomaba á su cargo lo demas, que requeria la empresa. Con este aviso el innominado, aunque pensase lo que pensase, dió órden al mismo Nibio, para que lo dispusiese todo conforme se lo habian dicho, y marchase con otros dos compañeros que le señaló.

Si para hacer este horrible servicio no hubiese contado Egidio sino con

sus propias fuerzas, ciertamente no hubiera sido tan fácil en comprometerse; pero en aquel mismo asilo donde todo parecia ofrecer un nuevo obstáculo, el atroz jóven tenia un medio conocido de él solo, y asi lo que para otros hubiera sido la mayor dificultad, era para él la cosa mas sencilla. En una palabra, la protectora de Lucía, inclinada mas á la galantería que al silencio del claustro donde querian tomase el hábito, asi como habia sabido negar este gusto á su padre, supo tambien condescender con su propio carácter, y aunque vivia entre religiosas conservaba con la libertad de seglar el deseo de ser esposa. Egidio era su amante, su intriga que debia parar en un abismo de crímenes y de sangre, fue la causa de que Gertrudis olvidando su nobleza, y la cualidad de protectora, se prestase á entregar la víctima, para que Egidio quedase con honor en el infame plan que habia concebido.

La propuesta pareció espantosa á la misma Gertrudis, perder á Lucía

por un caso imprevisto y sin culpa la hubiera parecido una desventura, un castigo amargo; y se la proponia separarse de ella con una horrible perfidia, y convertir en un nuevo remordimiento aquel medio de espiacion. La infeliz probó cuantos medios pudo para escusarse; pero solo habia uno, infalible, y que estaba en su mano; y de este no quiso valerse. El delito es un tirano del alma, tan fuerte y tan inflexible, que solo puede vencerle quien contra él se revela enteramente: Gertrudis no queria resolverse á esto, y se vió precisada á prestar obediencia.

Llegó el dia fatal, y se acercaba la hora determinada. Gertrudis sola en su locutorio particular con Lucía, la hacia mas caricias que lo que acostumbraba, y la inocente respondia á ellas con la mayor terneza, semejante al cordero que llevado por el pastor, se vuelve á lamer aquella mano que le conduce, y no sabe que á pocos pasos se halla su nuevo amo, á quien el pastor le ha vendido.

Necesito (la dijo Gertrudis) una co-

sa muy importante, y vos sola podeis hacerla. Tengo muchos que están dedicados á servirme, pero ninguno de quien pueda fiarme. Para un asunto mio importantísimo que os contaré despues necesito hablar pronto, pronto con aquel Padre Guardian que os presentó en el monasterio; pero es preciso que nadie sepa que yo le llamo. Solo puedo fiarme de vos para esta comision.

Lucía se aterró al oir estas palabras, y con todo aquel encogimiento propio de su carácter, pero no sin manifestar una gran extrañeza, pasó á enumerar las razones que la misma Señora debiera haber previsto:... sin su madre, sin nadie que la acompañase, por una calle solitaria, en un pueblo desconocido.... pero Gertrudis amaestrada en la escuela de la iniquidad, mostró tanta maravilla y tal disgusto de encontrar escusas en aquella á quien tanto habia favorecido, que vino á desvanecerlas todas. De dia claro, una distancia corta, por una calle que Lucía misma habia pasado pocos dias antes, y en la que no podia equivocarse dán-

dola las señas, aunque jamás la hubiese visto. Tanto dijo que la pobrecilla sonrojada á un tiempo por la gratitud, y la vergüenza de haberse negado, dejó escapar de su boca: bien, ¿qué cosa debo hacer?—Id al convento de Capuchinos (y de nuevo la indicó el camino) haced que llamen al P. Guardian, decidle que venga á verme pronto, al instante, pero que nadie entienda que yo le he llamado.—¿Pero qué diré á la mandadera que no me ha visto salir nunca, y me preguntará dónde voy? —Procurad salir sin que os vea, y si esto no es posible, decidla que vais á tal Iglesia, donde habeis prometido ir á hacer oracion.

Esto era mentir: nueva dificultad para Lucía, pero la Señora se mostró de nuevo tan enojada por la repulsa, la reprendió de tal modo que antepusiese un vano escrúpulo á la gratitud; que la pobrecilla aturdida, mas que persuadida, y sobre todo obligada por aquella palabra gratitud respondió: ya voy. Dios me favorezca, y salió del locutorio.

*

Cuando Gertrudis, que desde la reja la seguia con la vista, la miró en la puerta, como dominada de un sentimiento irresistible la dijo: Lucía, oid.

Volvióse ella; pero ya otro pensamiento, aquel que estaba acostumbrado á triunfar habia prevalecido en la agitada mente de Gertrudis, y aparentando no quedar satisfecha con las señas que la habia dado, la indicó de nuevo el camino que debia seguir, y la despidió diciendo: hacedlo todo como os digo y volved presto. Lucía efectivamente marchó.

Sin que nadie la viese salió del monasterio, y con los ojos bajos, y muy arrimada á la pared, pasó la callejuela, vió la puerta de la ciudad, siguió el camino real, y llegó pronto á la senda que conducia al convento. Aquella vereda estaba, y aun subsiste todavía, en una hondonada, á manera de un rio entre dos elevaciones guarnecidas de árboles. Lucía entró en esta vereda, y viéndola tan sola se aumentó su miedo, pero se tranquilizó algo viendo que en el camino estaba un co-

che parado, con la portezuela abierta, y dos viageros junto á ella mirando á todas partes como dudosos del camino. Llegando mas cerca oyó que uno de ellos decia, aqui viene una niña que nos dará mejores señas, y al acercarse al coche, él mismo con mas atencion que la que de su cara podia esperarse dijo: bella jóven sabreis decirnos ¿por dónde se va á Monza?—Teneis que dar la vuelta, dijo ella, pues Monza está alli, y se volvió para señalar, á cuyo tiempo el otro viagero que era el Nibio, cogiéndola de improviso por la cintura la levantó en el aire. Lucía aterrada volvió la cabeza, y dió un grito; pero el malvado la metió en el coche; otro que estaba en la testera la recibió, y la obligó á sentarse, á pesar de su resistencia; otro la puso un pañuelo en la boca, para imponerla silencio: el Nibio entró precipitadamente en el coche, cerraron la portezuela, y empezaron á correr los caballos. El que habia hecho aquella pregunta traidora permaneció en el camino, miró á todos lados por si alguno

venia, y no viendo á nadie trepó por el terraplen de los lados, sacó una estaca de la cerca, entró en ella, y entre unas montañuelas siguió su camino, escondiéndose para no ser visto de los que pudieran haber oido los gritos de Lucía. Era uno de los bribones al servicio de Egidio: habia estado de centinela á la puerta del monasterio: habia visto salir á Lucía: habia notado bien sus señas, y por una vereda que atravesaba, habia corrido al puesto señalado.

¿Quién podrá describir el terror, la angustia de Lucía, ni significar lo que pasaba en su alma? Abria cuanto la era posible sus hermosos ojos para reconocer su horrible situacion, y los cerraba al instante por el terror que la infundian aquellas caras: procuraba desasirse, pero la sujetaban por todos lados; recogia todas sus fuerzas y daba un envion para acercarse á la portezuela, pero dos robustos brazos la tenian como encadenada en el fondo del coche, y otras cuatro manos la sujetaban por el pecho. A la menor señal que daba de levantar la voz, el

pañuelo venia á colocarse en sus labios, y en tanto las tres bocas de infierno, con la voz mas humana que las era permitido formar repetian: silencio, silencio: no tengais miedo, no queremos haceros daño. Despues de un rato de una lucha tan angustiada, pareció tranquilizarse un poco, extendió los brazos, inclinó la cabeza, y se rindió á un desmayo.

¿Qué es eso? ¿qué es eso? decia el Nibio; ánimo.... ánimo, repetian los otros, pero la falta de sentido preservaba entonces á Lucía de oir los consuelos de aquellas horribles voces. — ¡Qué diablos! parece muerta, dijo uno de ellos. ¿Y si fuese verdad? entonces.... — ¿Qué?.... dijo el otro: este es uno de los patatuses que dan á las mugeres. Yo sé que cuando he querido mandar al otro mundo á cualquiera, sea hombre ó muger, ha sido preciso mas. —Vamos, dijo el Nibio: atended á vuestra obligacion, y no hableis de otra cosa. Sacad esos trastos de debajo de los almohadones, y estad listos que en este bosque donde entramos siem-

pre anda mala gente. No así.... no la tengais en la mano: arrimadlas á las esquinas. ¿No conoceis que esta tiene un corazon de pulga, y si ve armas es capaz de morirse de veras? Y cuidado que cuando vuelva en sí no la causeis miedo. No la toqueis si yo no hago una seña; yo solo basto á sujetarla. Dejadme hacer á mí.

El coche á carrera abierta seguia su viage, y ya estaba en el bosque. Despues de un rato la pobre Lucía comenzó á resentirse como de un sueño penoso y molesto, y abrió los ojos, tardó un poco en poder distinguir los infaustos objetos que la rodeaban, y en recoger sus pensamientos, pero al fin comprendió su situacion horrorosa. El primer uso que hizo de las pocas fuerzas que habia recobrado fue arrojarse hácia la portezuela, pero la detuvieron, y solo pudo ver la soledad y aspereza del sitio por donde pasaban. Levantó de nuevo la voz, pero el Nibio enarbolando con su manaza el pañuelo, vamos, la dijo con la mayor dulzura que pudo: estaos quie-

ta, y será lo mejor para vos. No queremos haceros mal, pero sino callais os haremos callar por fuerza. — «Dejadme ir: ¿quiénes sois? ¿dónde me llevais? ¿por qué me habeis preso? Dejadme ir." — Os digo que no tengais miedo: no sois tonta, y debeis entender que no queremos haceros daño. ¿No veis que hubiéramos podido asesinaros cien veces si hubiésemos tenido malas intenciones? Asi pues estaos quieta. — No, no; dejadme ir por mi camino. Yo no os conozco. — Nosotros os conocemos. — ¡Oh Vírgen Santísima! Dejadme ir por caridad. ¿Quiénes sois? ¿por qué me habeis preso? — Por que nos lo han mandado. — ¿Quién, quién? ¿Quien puede haberlo mandado? — Silencio, dijo con seriedad el Nibio. A nosotros no se hacen esas preguntas.

Lucía intentó otra vez lanzarse á la portezuela; pero viendo que era en vano, recurrió de nuevo á las súplicas, y con el rostro bañado en lágrimas y la voz interrumpida por los suspiros, y las manos cruzadas junto á

la boca decia: Por amor de Dios, y de la Vírgen Santísima, dejadme ir. ¿Qué mal he hecho yo? Soy una pobre criatura que no ha hecho mal á nadie. El que vosotros me habeis hecho os lo perdono de todo corazon, y rogaré á Dios por vosotros. Si teneis una hija, ó muger, ó madre, pensad lo que padeceria si se hallase en mi situacion. Acordaos de que todos hemos de morir, y que algun dia deseareis que Dios os mire con misericordia. Dejadme salir: el Señor me hará encontrar el camino. — No podemos. — ¡No podeis! ¿y por qué? ¿Dónde quereis conducirme? Por qué.... — No podemos: es inútil: no tengais miedo: estaos quieta que ninguno os hará daño.

Aterrada y contristada mas que nunca al ver que sus ruegos eran inútiles, se volvió Lucía á aquel que tiene en su mano el corazon de los hombres, y cuando quiere puede ablandar los mas empedernidos. Se arrinconó en el ángulo del coche, cruzó los brazos, rogó á Dios con el mayor fervor que pudo, y luego sacando de

su bolsillo el rosario, se puso á rezarle con mas devocion que en su vida. De cuando en cuando esperando haber alcanzado la misericordia que pedia, se volvia á suplicar á sus conductores, pero envano. Despues casi se desmayaba, y luego recobraba sus sentidos para perderlos de nuevo. Pero ya apenas podemos referir aquel penoso viage que duró mas de cuatro horas; digamos lo que pasaba en el castillo adonde se dirigia.

Aguardábala allí el innominado con una inquietud, y una suspension de ánimo que le era desconocida. ¡Cosa extraña! el que con la mayor serenidad habia dispuesto de tantas vidas: el que en tantas proezas habia reputado por nada los tormentos y angustias que hacia sufrir, sino cuando los recordaba para saborearse con un bárbaro deleite de la venganza: ahora en la arbitrariedad que ejercitaba respecto á Lucía, una muchachuela desconocida, y villana, sentia un remordimiento, y por decirlo asi un terror. Desde una ventana de las mas altas de su castillo

azechaba hacía un rato la entrada del valle, cuando ve aparecer el coche, y adelantarse lentamente, porque la primera carrera de la fuga habia cansado mucho los caballos. Y aunque desde aquel punto en que le veia, no se le figuraba sino un coche como los que tienen para jugar los muchachos, le conoció desde luego, y sintió latir su corazon con mas violencia.

¿Si será el coche? pensaba entre sí, y continuaba diciéndose: ¡que fastidio me dá este lance! Me libraré de él.

Ya se disponia á mandar que uno de sus bribones saliese al encuentro y dijese á Nibio que diese la vuelta y se dirigiese al Palacio de D. Rodrigo; pero un *no* imperioso que resonó de pronto en su mente, desvaneció aquel designio. Obligado sin embargo de la necesidad de disponer alguna cosa siéndole intolerable aguardar ociosamente aquel coche que venia tan despacio hizo llamar á la vieja.

Habia esta nacido en aquel mismo castillo, era hija de un conserge, y alli habia pasado toda su vida. Lo que

en él habia visto y oido la habia dado un concepto grandioso y terrible del poder de su amo; y la máxima principal que habia deducido de las instrucciones y de los ejemplos era obedecer en todo, porque podia hacer mucho bien, y causar grandes males. La idea del deber depositada como un germen en el corazon de todos los hombres, en el suyo se habia desenvuelto acompañada de la del respeto y del terror, y de una obediencia servil. Cuando el innominado viéndose ya dueño de su casa empezó á hacer un uso tan feróz de sus facultades, la pobre muger habia experimentado al principio un cierto estremecimiento unido á un profundo sentimiento de sujecion. Con el tiempo se habia acostumbrado á lo que veia y oia continuamente, y la voluntad poderosa y desenfrenada de aquel gran Señor, era para ella como una especie de justicia dimanada del hado. Ya en edad madura se habia casado con uno de aquellos esclavos, que yendo á una expedicion peligrosa habia quedado muer-

to en un camino, dejando su viuda en el castillo, y el modo con que su Señor vengó aquella muerte la dió un consuelo feroz y la aumentó la idea y el orgullo de estár bajo semejante proteccion. Desde entonces raras veces salia del castillo, y asi no la quedó otra idea de la sociedad humana sino aquella que recibia alli dentro. No estaba encargada de ningun servicio particular, pero en aquella caterva de pícaros, ya uno, ya otro la daba que hacer continuamente, pues ya tenia que remendar la ropa de unos, ya que preparar de pronto la comida á los que venian ó iban á una expedicion, ya finalmente tenia heridos que curar. Las órdenes de aquella gente, y sus expresiones de gratitud eran desprecios y burlas: vieja era su nombre mas comun, y los adjetivos que acompañaban eran varios segun las circunstancias ó el humor del que hablaba. Ella entre la pereza y la cólera, que eran sus pasiones predominantes, les pagaba estos cumplimientos con tales palabras, que Satanás las hubiera reconocido por hi-

jas de su ingenio, antes que por frutos de aquellos que las provocaban.

¿Ves aquel coche que alli viene? la dijo su amo. — Ya le veo, respondió ella sacando cuanto pudo sus ojos de los cóncavos en que estaban sumidos. — Haz que pongan pronto una litera, entra en ella y marcha á la *Malanoche*. Pronto, prontísimo, que esté alli antes que llegue el coche, que ya viene adelantándose con el pan de la muerte. En aquel coche viene.... ó debe venir, una jóven: si viene di al Nibio de mi órden que la ponga en la litera, y que venga acompañándola, y despues venga á verme. Tú entrarás en la litera con la jóven, y cuando llegueis aqui llévala á tu cuarto. Si ella te pregunta dónde la llevas, di que al castillo: y guárdate bien.... — Oh, dijo la vieja. — Pero, continuó el innominado, procura animarla. — ¿Qué la diré? — ¿Cómo que la dirás? te digo que la animes. ¿Has llegado hasta esa edad sin saber como se anima á otro cuando se quiere? ¿No has sentido nunca el corazon oprimido? ¿No has

tenido miedo? ¿No sabes las palabras que dan placer en semejantes casos? pues dila esas palabras, búscalas, maldita seas, y ve pronto.

Luego que salió, se quedó él en la ventana mirando á aquel coche, que conforme se iba acercando le parecia mayor: miró despues el sól, que en aquel momento se escondia detrás de la montaña; observó las nubecillas que le rodeaban, y que en un instante se pusieron casi de fuego: y cerrando la ventana se puso á pasear por la sala con un paso de caminante que lleva prisa.

CAPITULO XX.

La vieja habia ido corriendo á obedecer, y á mandar con la autoridad de aquel nombre, que por cualquier boca que fuese pronunciado, avivaba á todos los que allí vivian, porque nadie podia figurarse que alguno fuese osado á pronunciarle falsamente. Efectivamente se halló en la taberna de la Malanoche, un poco antes que

el coche llegase, y viéndole venir salió de la litera, hizo señas al cochero de que se parase, y habiendo asomado Nibio la cabeza por la portezuela, le dijo al oido la órden del amo.

Lucía al pararse el coche se extremeció y volvió en sí de una especie de letargo: probó un nuevo sobresalto de terror, é hizo cuanto pudo para ver lo que pasaba. Ya el Nibio se habia apeado, y la vieja asomándose á la portezuela la decia: venid, señorita: venid, pobrecilla, que tengo órden de trataros bien, y de animaros.

Al eco de una voz femenina Lucía se consoló algo, pero pronto se convirtió el consuelo en un terror mas fuerte. ¿Quién sois? dijo ella con voz trémula clavando los ojos en el rostro de la vieja.

Venid, venid, pobrecilla, repetia la otra, y el Nibio y sus compañeros deduciendo de las palabras y del tono tan raramente dulcificado de la vieja cuales serían las intenciones del amo, intentaban persuadir con cariño á Lucía á que obedeciese. Ella miraba el

terreno, y aunque su aspereza, su soledad, y la confianza de sus guardianes la daban pocas esperanzas de hallar socorro, abria la boca para gritar; pero viendo que el Nibio la amenazaba con el pañuelo, calló, tembló, y se dejó poner en la litera. La vieja entró á su lado, y Nibio dejando á los otros para que fuesen de escolta, corrió á ver lo que su amo le mandaba. — ¿Quién sois? la preguntaba Lucia con ansia: ¿por qué estoy con vos? ¿dónde me hallo? ¿dónde me llevais? — A la presencia de uno que quiere haceros bien: á la presencia de un gran.... Dichosos aquellos á quienes él quiere favorecer. La dicha es para vos. No tengais miedo: alegraos: me ha mandado que os anime. ¿Le direis que lo he hecho?

¿Quién es ese? ¿Por qué me trae? ¿Qué quiere de mí? Yo no soy suya. Decidme donde estoy: dejadme ir: decid á esos que me dejen pasar: ¿por qué me traen en esta litera? Oh: vos sois una muger, en nombre de la Vírgen Santísima....

Este santo y dulce nombre, ya repetido con veneracion en los primeros años, y luego jamás invocado, ni acaso oido pronunciar en aquella casa, causaba en la mente de aquella vieja que le oia una especie confusa, lenta y extraña, como el recuerdo de la luz y de los cuerpos á un viejo que en su juventud ha cegado.

En tanto el innominado plantado en la puerta del castillo, miraba la litera acercarse poco á poco como antes el coche, y delante á una distancia que cada instante crecia, observaba el Nibio venir á toda prisa. Cuando este se halló cerca, ven acá, le dijo, y le llevó consigo á una sala. — Y bien, ¿que tal ha sido el viage? — Todo á pedir de boca, respondió él haciendo una cortesía. Él avisó á tiempo; la niña á tiempo, nadie por allí: un grito solo; ninguno acudió: el cochero pronto: los caballos valientes, ningun encuentro; pero.... — Pero que.... — Pero, digo la verdad: mas hubiera querido que me hubiéseis mandado darla un tiro allí mismo, sin haberla vis-

to el rostro, ni oir lo que decia. — ¿Qué quieres tú decir con eso? — Me ha dado mucha compasion. — ¡Compasion! ¿Qué sabes tú de eso? Vamos, ¿qué cosa es compasion? — Jamás lo he sabido mejor que ahora. La compasion es.... así como el miedo: si uno se deja dominar de ella, ya no es hombre. — Oigamos como ha hecho ella para moverte á compasion. — ¡Oh, Señor ilustrísimo! ¡tanto tiempo! llorar, rogar, darme ciertas miradas.... quedarse blanca, blanca como una muerta.... despues suspirar.... rogar de nuevo, y ciertas palabras.... — No la quiero en mi casa, decia para sí el innominado: en mala hora me he comprometido.... pero mi palabra es palabra.... Cuando esté lejos.... Y levantando la cara en actitud imperiosa dijo al Nibio. Mira, deja ahora la compasion, toma un caballo, y uno ó dos compañeros si quieres, y sin parar corre al Palacio de D. Rodrigo.... ¿tú sabes?... Dile que pronto envie.... pero ha de ser pronto, porque de otro modo....

Otro *no* mas imperioso que el pri-

mero le prohibió que concluyese. No, dijo él tambien con resolucion, como para intimarse á sí propio la órden de aquella voz secreta. No: vé á descansar, y mañana harás lo que yo te mande. — Algun demonio tiene esa muchacha, pensaba luego entre sí, quedándose inmóvil con los brazos cruzados, y los ojos fijos en el suelo, en el sitio en que el rayo de la luna entrando por una ventana alta dibujaba un cuadro de luz pálida interrumpido por la sombra de las barras de hierro, y cortada por los vidrios que atravesaba.... tiene algun demonio, ó algun ángel que la proteja... ¡inspirar compasion al Nibio!... Mañana de madrugada, sin perder tiempo.... Fuera de aqui esa jóven, á su destino, y no se hable mas de ella, y.... proseguia hablándose á sí mismo con aquel tono con que se habla á un muchacho indócil sabiendo que no obedecerá.... y no se hable mas de ella.... No tiene que venir ese animal de D. Rodrigo á darme gracias, que.... no quiero oir hablar mas de ella. Yo le he servido

porque.... porque lo prometí, y lo prometí porque....es mi destino; pero quiero que me lo pague bien. Meditemos un poco.

Con esto andaba imaginando alguna empresa escabrosa que cometer á Don Rodrigo, como por castigo; pero al través de estos pensamientos volvieron á ofrecérsele aquellas palabras del Nibio.... Compasion....! ¿Y cómo se habrá compuesto para conseguirlo? continuaba diciendo siempre quieto en aquel pensamiento. Quiero verla.... no, no.... sí: yo quiero verla.

De una sala á otra encontró una escalerilla, la subió á oscuras, llegó al cuarto de la vieja, y dió una patada á la puerta. — ¿Quién es? — Abre. — A esta voz la vieja dió tres saltos. Inmediatamente se oyó el cerrojo correr por los anillos, y se abrió la puerta. Desde el umbral dió una ojeada al cuarto, y á la luz de una vela que estaba sobre la mesa vió á Lucía sentada en el suelo en el rincon mas distante de la entrada.

Quién te ha dicho que la colocases

asi como un saco de ceniza: dí, bribona, dijo á la vieja con la mayor severidad. — Señor, respondió humildemente, ella se ha puesto donde ha querido. Yo hice cuanto pude para animarla, como puede informaros, pero no ha querido. — Levantaos, dijo él á Lucía; pero ella á quien el llamar, el abrir, el entrar y el hablar habian dado un nuevo y oscuro motivo de aumentar su terror, se estaba quieta en su rincon, ocultando la cara entre las palmas de las manos, y no moviéndose, sino en cuanto temblaba de pies á cabeza. Levantaos, que no quiero haceros mal, y puedo haceros bien, repitió el Señor. Levantaos, digo, tronó aquella voz airada por haber mandado dos veces en vano.

Cobrando fuerzas con el mismo espanto aquella desgraciada, se puso de rodillas, y juntando las manos como si estuviese delante de una imágen, levantó los ojos al rostro del innominado, y bajándolos inmediatamente dijo: aqui me teneis: matadme. — Ya he dicho que no quiero haceros daño,

respondió con tono mas dulce el innominado mirando aquellas facciones alteradas por la afliccion y el terror. —Valor, valor, repetia la vieja, si el mismo Señor dice que no quiere haceros daño. —¿Y por qué, respondió Lucía con una voz en la que entre el temor se distinguia una cierta seguridad de la indignacion desesperada? ¿por qué me hace padecer las penas del infierno? ¿Qué le he hecho yo? —¿Os han maltratado acaso? Hablad. —¡Oh, maltratado! Me han preso á traicion: por fuerza. ¿Y por qué? ¿Por qué me han preso? ¿Por qué estoy aqui? ¿Dónde me hallo? Soy una pobre criatura: ¿qué le he hecho yo? En el nombre de Dios.... —Dios, Dios, siempre Dios, la interrumpió el innominado. Los que no pueden defenderse por sí, porque son débiles, siempre tienen este Dios en la boca, como si él los hubiese hablado. ¿Qué pretendeis con esa palabra?... Quereis obligarme á.... y dejó la frase incompleta. —Oh, Señor, ¿yo pretender? Qué cosa puede pretender una infeliz sino que useis con ella de

misericordia. ¡Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia! Dejadme ir: por caridad dejadme ir. No tiene cuenta á uno que ha de morir el hacer sufrir tanto á una pobre criatura. Oh, vos que podeis mandarlo, decid que me dejen salir. Me han traido aqui por fuerza. Hacedme encerrar ahora con esta muger, y luego mandad que me lleven á *** donde está mi madre. Tal vez no estará lejos de aqui: yo he visto al paso mis montañas. ¿Por qué me haceis padecer? Hacedme llevar á una Iglesia: yo rogaré por vos toda mi vida. ¿Qué os cuesta decir una palabra? ¡Oh! ya lo veo: os moveis á compasion: decid una palabra, decidla. ¡Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia! — ¡Oh! ¡por qué no eres hija de uno de aquellos que me han desterrado, pensaba el innominado.... por qué no eres hija de uno de aquellos viles que quisieran verme muerto! entonces me deleitaria con tu padecer; pero ahora....

No cerreis los oidos á una buena inspiracion, proseguia ella con fervor,

y animada al observar la conmocion y la duda en el rostro de su tirano. Si no teneis misericordia de mí la tendrá el Señor: me hareis morir, y para mí todo habrá acabado; pero vos.... tal vez vos algun dia.... pero no, no: yo rogaré al Señor que os preserve de todo mal. ¿Qué os cuesta decir una palabra? Ah, si padeciéseis lo que yo padezco. — Vamos, tened valor, interrumpió el innominado con una dulzura que asombró á la vieja. — ¿Os he hecho yo algun daño? ¿Os he maltratado? ¡Oh, no! Veo que teneis buen corazon, y sentís piedad por esta pobre criatura: si hubiéseis querido pudiérais haberme dado mas miedo que todos los otros: pudiérais haberme hecho morir, y en lugar de esto vos.... me habeis ensanchado un poco el corazon. Concluid la obra de misericordia: libradme, libradme. — Mañana.... — Oh, libradme ahora, ahora mismo. — Digo que mañana lo veremos. Entre tanto cobrad ánimo, y descansad. Debeis tener necesidad de alimento. Ahora mandaré que traigan.... — No, no:

yo muero si alguno entra. Conducidme á la Iglesia: Dios os recompensará esos pasos.

Vendrá una muger á traeros la cena, dijo el innominado, y se quedó inmóvil, admirándose de que le hubiese ocurrido este recurso, y como le hubiese producido la necesidad de buscar uno para tranquilizar á una muchachuela.

Y tú, prosiguió inmediatamente volviéndose á la vieja, anímala á que cene, y hazla acostar en esa cama: si quiere que la acompañes, bien: si no bien puedes pasar una noche en el suelo. Anímala te digo: mantenla alegre, y que no tenga qué quejarse de tí.

Dicho esto salió precipitadamente; Lucía se levantó para detenerle, pero ya habia marchado.

Oh pobre de mí, cerrad, cerrad pronto. Y oyendo cerrar el cerrojo volvió á colocarse en su rincon exclamando: ¡pobre de mí! ¿á quién suplicaré ahora? decidme, decidme por caridad quien es este Señor que me ha

hablado. — ¡Quién es, eh! ¿Quereis que yo lo diga?... Si, aguardad que yo pronuncie su nombre.... Porque os proteje habeis ya tomado alas, y quereis quedar satisfecha poniéndome á mí por medio. Preguntádselo á él.... Si yo os diese gusto en eso no me tocarian las buenas palabras que habeis oido. Yo soy vieja, soy vieja ya, continuo murmurando entre dientes. Malditas sean las jóvenes que dan gusto, ya rian, ya lloren, y siempre tienen razon. Pero oyendo á Lucía sollozar, y recordando el precepto de su amo se inclinó hácia ella, y con voz mas humana la dijo: vamos, vamos: yo no os he dicho nada de malo: alegraos: No me pregunteis esas cosas que yo no puedo decir, y en lo demas estad de buen ánimo. Si supiéseis cuantos se alegrarian de oirle hablar como vos le habeis oido. Alegraos, que ahora traerán de comer, y yo entiendo.... segun el modo con que os ha hablado que será cosa buena. Y luego os acostareis, y me dejareis tambien á mí un rinconcillo, añadió con un acento de rencor com-

primido. — No quiero comer, no quiero dormir. Dejadme estar: no os acosteis, no os separeis de aqui. — No, no: vamos, dijo la vieja retirándose á sentarse en una silleta desde la cual miraba á Lucía como con terror y fastidio á un mismo tiempo: y despues volvia los ojos á su cama, doliéndose del martirio de verse excluida de ella toda la noche, y murmurando contra el frio. Sin embargo recreaba su alma con la esperanza de la cena, no dudando que tambien fuese para ella. Lucía no se cuidaba del frio, ni sentia hambre, y como aturdida no tenia de sus penas ni de sus terrores mismos sino una idea confusa, parecida á las imágenes de un delirante. Se asustó cuando oyó llamar, y dijo: ¿quién es? ¿quién es? que no entre nadie. — Nada, nada: buena nueva: es Marta que trae la cena. — Cerrad, cerradla pronto, gritaba Lucía. — Ea, pronto, pronto, respondió la vieja, y despidiendo con toda prisa á Marta, recibió de su mano una cesta, cerró, y vino á colocarla sobre una mesa en medio del cuarto. Convidó repetidas

veces á Lucía á que viniese á gozar de aquel banquete; y para excitar el apetito de la pobrecilla acompañaba su convite con ponderaciones sobre la cualidad de los manjares. Estos son bocaditos que cuando las personas ordinarias podemos hincar en ellos el diente, nos acordamos por mucho tiempo. ¡Y el vino! el mismo que bebe el amo con sus amigos cuando coge á alguno de aquellos.... y quieren estar alegres. Viendo que todos sus extremos eran en vano, dijo: vos sois la que no quereis. No vayais mañana á decir al amo que yo no os he animado. Cenaré yo; y aun quedará bastante para cuando tengais juicio y querais obedecer. Dicho esto, se abalanzó al plato, y luego que hubo saciado su apetito se levantó, se acercó al rincon, é inclinándose hácia Lucía la convidó de nuevo á comer, ó á acostarse.

No quiero nada, respondió ella con voz flaca, y como soñolienta; y luego con mas resolucion preguntó: ¿está cerrada la puerta, y bien cerrada? y despues de haber mirado alrededor se

levantó, y con las manos hácia adelante, y con pasos tímidos se dirigió á la puerta.

La vieja se adelantó, puso la mano en la cerradura, torció la llave, descorrió el cerrojo y le volvió á correr diciéndola, veis como está cerrado. ¿Estais ahora contenta? — Oh, ¡contenta yo aqui! respondió Lucía, y volvió á alojarse en su rincon; pero el Señor sabe que estoy aqui. — Venid á dormir: ¿qué quereis hacer ahí tirada como un perro? ¿Quién ha visto rehusar las comodidades cuando se pueden disfrutar? — No, no: dejadme aqui. — Vos sois quien así lo quereis. Yo os dejo el buen lugar: yo me acomodo aqui en la orilla: estaré algo incómoda por vos. Si quereis venir á la cama ya sabeis como debeis hacer. Recordaos de que os lo he suplicado mas de una vez. Dicho esto se tendió vestida como estaba, y todo quedó en silencio.

Lucía estaba inmóvil en su rincon, apoyadas las manos en las rodillas y la cara en las manos. Su situacion no era ni la del sueño, ni la de la vigilia, si-

no una rápida serie de pensamientos, de imaginaciones, y de angustias. Ahora mas sabedora de sí misma, y recordándose mas claramente de los horrores vistos y sufridos aquel dia, se aplicaba dolorosamente á descifrar las circunstancias de aquella terrible y formidable realidad en que se hallaba envuelta: ahora el entendimiento llevado á una region aun mas oscura, luchaba contra los fantasmas, hijos de la incertidumbre y del terror. En esta angustia estuvo largo tiempo, al fin rendida y abatida se entregó á una especie de sueño. De repente sintió como un llamamiento interior, probó la necesidad de pasar de nuevo revista á sus pensamientos y procurar conocer dónde estaba, cómo, y por qué. Aplicó el oido á un ruido, y era el lento y compaseado roncar de la vieja: abrió los ojos y vió un resplandor que se aumentaba, y desaparecia, producido por la luz que poco á poco se iba acabando. A aquella claridad reconoció la infeliz su prision: y las memorias del horrible dia que habia pa-

sado, y los terrores de lo futuro la exaltaron á un tiempo. Aquella quietud misma despues de tantas agitaciones; aquella especie de reposo; aquel abandono en que la habian dejado la causaron un nuevo terror, y se halló tan angustiada que hubiera recibido con gusto la muerte. En aquel instante se acordó de que aun podia rezar, y junto con este pensamiento sintió en su corazon una repentina esperanza de consuelo. Sacó otra vez su rosario, y empezó á rezarle, y á medida que las santas palabras salian de sus trémulos labios sentia crecer en su corazon una confianza indeterminada. De repente la ocurrió otro pensamiento; y fue que su oracion sería mas bien oida cuando ella en su desconsuelo hiciese alguna promesa. Se procuró acordar de lo que mas queria, ó de lo que mas habia querido, y aunque entonces su alma no podia sentir otra afecion que la del terror y el espanto, ni concebir otro deseo que el de la libertad, resolvió hacer inmediatamente un sacrificio. Púsose de rodillas, y

teniendo aplicada al pecho la mano en que tenia el rosario, levantó los ojos al cielo, y dijo: Virgen Santísima; vos á quien tantas veces me he encomendado, y que tantas me habeis consolado; vos que habeis sufrido tantos dolores, y estais ahora en tanta gloria, y habeis hecho tantos prodigios por los pobres atribulados, ayudadme; hacedme salir de este peligro; hacedme volver salva al lado de mi madre. Madre de Dios, yo os prometo permanecer virgen, renuncio para siempre á aquel desgraciado, para no ser nunca de otro que vuestra.

Acabadas estas palabras inclinó la cabeza, se puso el rosario al cuello como una señal de su promesa, y al mismo tiempo una salvaguardia, y una arma de la nueva milicia en que se habia alistado. Volvió á sentarse en el suelo, y sintió en su alma una cierta tranquilidad, y una mas amplia confianza. Se acordó de la palabra *mañana* repetida por aquel poderoso, y creyó ver en ella una promesa de salvamento. Los sentidos fatigados de tan-

ta batalla se adormecieron poco á poco entre aquel tropel de pensamientos, y finalmente ya cerca de la aurora, Lucía nombrando á su protectora se quedó en un sueño profundo y verdadero.

Alguno habia en aquel mismo castillo que hubiera querido hacer otro tanto pero no pudo. Separado, ó mas bien escapado de Lucía; dadas las disposiciones para que la llevasen la cena, hecha la acostumbrada visita á ciertos puestos del castillo, siempre con aquella idea fija en la mente, y en el oido resonando aquella palabra, el Señoron habia ido á ocultarse en su alcoba, se habia encerrado en ella tan furioso, como si hubiese tenido que atrincherarse contra una tropa de enemigos, y al fin se habia acostado. Pero aquella imágen mas que nunca presente parece que le dijo: *no dormirás*, ¡que necia curiosidad, decia entre sí, la que me ha hecho ver á esa jóven! Tiene razon ese bribon del Nibio: uno no es hombre; vamos no es hombre. ¿Yo? ¿pues qué no soy yo hom-

bre? ¿qué cosa ha habido? ¿qué diablos me ha ocurrido? ¿qué hay de nuevo? ¿Podia yo ignorar que las mugeres lloran? Lloran tambien los hombres á veces cuando no pueden lo que quieren. ¡Qué diablos! ¿No he oido nunca llorar las muchachas?

Al llegar aqui, sin que él tuviese que fatigarse en recordar lo pasado, la memoria por sí misma le representó varios lances en que ni lágrimas, ni suplicas le habian hecho retroceder de sus designios. Pero la memoria de tales empresas, aunque no le diese la serenidad que ya le faltaba para cumplir esta, ni tampoco extinguiese en su alma aquella molesta piedad, le inspiraba una especie de terror y una cosa asi á modo de arrepentimiento; en términos que le pareció una especie de consuelo volver á aquella primera imágen de Lucía, contra la cual habia intentado reanimar su valor. Viva ella, decia, y pues estoy á tiempo puedo decirla: andad, alegraos; puedo ver cual se muda aquel rostro: aun puedo decirla perdonadme.... ¡Perdo-

nadme! ¿Yo pedir perdon á una muger? ¿Yo?... ¡Ah, y ciertamente! si una palabra, una palabra semejante me pudiese hacer un beneficio: quitarme de encima este peso diabólico, la diria: ah.... conozco que la diria. ¡A qué me veo reducido! No soy un hombre: no lo soy. ¡Vaya! dijo despues dando una vuelta con rabia en su cama que para él era bien dura, y bajo las mantas que le parecian bien pesadas: vaya: son locuras que otras veces me pasaron por la cabeza: tambien pasará esta.

Y para desviarla de su imaginacion se dió á pensar alguna cosa importante, alguna de aquellas que solian ocuparle fuertemente, para aplicar á ella todo su conato, pero no pudo encontrarlas; todo le parecia mudado. Lo que antes estimulaba con mas fuerzas sus deseos, ya no tenia para él ningun atractivo: su imaginacion semejante al caballo que en medio de su carrera se planta á la vista de un objeto que le asombra, no queria pasar adelante. Reflexionando en la empresa con-

seguida, pero no acabada, en vez de animarse á concluirla; en vez de irritarse con los obstáculos (pues la ira en aquel momento le hubiera parecido dulce) sentía una tristeza, y como un pesar de los pasos ya dados. Se le representó el tiempo venidero vacío de todo interés, de todo deseo, de toda accion, y lleno solamente de recuerdos intolerables: todas las horas semejantes á aquella que corria tan lenta, y tan pesada sobre su cabeza. Pasaba revista en su imaginacion á todos los bribones que tenia á sus órdenes, y no hallaba cosa interesante que mandar á ninguno; y aun la idea de volver á verlos, y hallarse entre ellos, le causaba un nuevo peso, era una idea repugnante, y como que le causaba hastío. Solo hallaba una cosa en que ocuparse al otro dia: una accion fácil, y era el pensar que por la mañana podia dejar en libertad á aquella desgraciada. — La daré libertad; sí, la daré libertad apenas venga el dia. Iré á buscarla y la diré: idos: Haré que la acompañen.... ¿Y la promesa? ¿y el

empeño? ¿ Y D. Rodrigo?.... ¿Quién es D. Rodrigo?

A manera de aquel á quien un superior sorprende con una pregunta inesperada y embarazosa, pensó el innominado responder á la que él mismo se habia hecho, y halló que aquel *¿quien es él?* tomando repentinamente un cuerpo gigantesco, se levantaba á juzgar al hombre antiguo. Andaba pues buscando las razones porque antes de haberse empeñado se habia podido resolver á admitir el empeño de hacer padecer tanto, sin odio y sin temor, á una infeliz desconocida, solo por servir al otro; pero no consiguió encontrar razones que en aquel momento le pareciesen buenas para excusar el hecho; ni aun podia entender bien el como se habia comprometido. Aquello mas bien que una deliberacion habia sido un movimiento repentino del alma obediente á los sentimientos antiguos: una consecuencia de mil hechos anteriores; y el rígido examinador de sí mismo para darse razon de un solo hecho se halló

engolfado en el exámen de toda su vida. Retrocediendo de año en año, de empeño en empeño, de sangre en sangre, y de maldad en maldad, ninguna comparecia ante su alma, separada de los sentimientos que le habian conducido á querer cometer la nueva, y venia acompañada de una monstruosidad que aquellos sentimientos no le habian dejado entonces descubrir. Ellas eran todas suyas, ellas eran él mismo, y el horror de aquel pensamiento, brotando de nuevo de cada una de aquellas imágenes, y uniéndose á todas creció hasta llegar á la desesperacion. Se sentó furioso en la cama, echó la mano hácia su cabecera, cogió una pistola, la montó, se la dirigió, y.... al momento de terminar una vida que le era insoportable, su pensamiento sorprendido de un terror, de un cuidado, por decirlo asi, venido repentinamente, se lanzó en el tiempo que ciertamente correria despues de su muerte. Imaginaba con espanto su cadáver desfigurado, inmóvil en poder del mas despreciable que

alli se hallase; la sorpresa, el trastorno del castillo al dia siguiente todo revuelto, y él sin fuerza, sin voz, y echado en cualquier parte. Pensaba en las hablillas que correrian, los discursos que se harian alli alrededor, mas lejos la alegría de sus enemigos. Aun la oscuridad, aun el silencio mismo le hacian ver en la muerte algo de mas triste y mas espantoso. Absorto en estos pensamientos andaba subiendo y bajando el dedo por la pistola con un movimiento convulsivo, cuando le ocurrió otro pensamiento. Si esa otra vida de que me hablaban cuando era niño, y de que me hablan todavía como si fuese una cosa segura no existiese, y únicamente fuese invencion de los sacerdotes, ¿qué hago yo? ¿Por qué morir? ¿qué importa todo cuanto he hecho? es una locura la mia.... ¿Y si efectivamente hay otra vida?

A tal duda, y á vista de tal riesgo, se unió una desesperacion mas negra y mas pesada, de la cual ni aun con la muerte se podia librar. Dejó caer

la pistola, y estaba con las manos en los cabellos, dando diente con diente, y temblando todo su cuerpo. De repente se le vinieron á la memoria las palabras que habia oido pocas horas antes. *¡Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia!* Y no se le recordaron ya con aquel acento de humilde súplica, sino con un tono de autoridad, y trayendo consigo una lejana esperanza. Fue aquel un momento de consuelo. Apartó las manos de la cabeza, y en una actitud mas compuesta fijó los ojos del entendimiento en aquella que habia pronunciado estas palabras, y la vió no como su prisionera y en acto de suplicarle, sino en la actitud de una que dispensa gracias y consuelos. Esperaba con ansia el dia para correr á librarla, á oir de su boca otras palabras de consuelo y de vida: se imaginaba conducirla él mismo á su madre. ¿Y despues qué haré mañana, el resto del dia? ¿qué haré pasado mañana? ¿qué haré al dia siguiente? ¿Y la noche? La noche que volverá dentro de doce horas. Oh, la

noche..., no, no: ¡la noche! — Cayendo de nuevo en la penosa idea del porvenir buscaba un modo de emplear el tiempo, un modo de vivir los dias y las noches. Ya se proponia abandonar el castillo, y marcharse á un pais lejano donde no se tuviese noticia de su vida, pero reflexionaba que él siempre iba consigo: ya le renacia una loca esperanza de recobrar su antiguo ánimo y sus antiguas inclinaciones, y que aquel sería un delirio pasagero. Ya temia el dia que debia mostrarle á los suyos tan completamente mudado; ya deseaba que viniese, como si hubiera de traer la luz á sus pensamientos. He aqui que al rayar el dia, pocos momentos despues que Lucía se habia rendido al sueño, mientras él estaba sentado en su cama, oye un confuso ruido que parecia tener algo de festivo. Escucha con atencion y oye á lo lejos un repique de campanas renovado por los ecos del monte, ya mas claro, ya mas confuso. De alli á poco escucha unas campanas mas vecinas, y no duda que tocan á fiesta. ¿Qué

alegría es esta? ¿De qué se regocijan esos? ¿Qué buen tiempo tienen? Saltó de aquel lecho de espinas, y á medio vestir fue á asomarse á una ventana. Los montes estaban medio cubiertos de niebla: el cielo mas bien que nublado estaba cubierto de una niebla cenicienta, pero con la luz de la aurora que poco á poco iba creciendo se distinguia en el fondo del valle gente que cruzaba, otros que salian de sus casas, todos dirigiéndose á un mismo punto, á la derecha del castillo, y se podia distinguir los trages y el aire festivo que todos llevaban.

¿Qué diablos tiene esa gente? ¿Qué alegría hay en este maldito pais? ¿Dónde va toda esa canalla? Y dando una voz al valenton, que como por guardia dormia en la pieza inmediata, le preguntó cual era la causa de aquel movimiento, y no sabiéndole responder, le mandó que saliese á averiguarlo, quedándose él apoyado en la ventana, considerando con la mayor atencion aquel movible espectáculo. Por todas partes se veian hombres, muge-

res, niños, unos en cuadrillas, otros solos, que reuniéndose con los que iban delante, marchaban juntos como amigos á un viage ya convenido. Todo manifestaba una alegría general, y el estruendo discorde pero simultáneo de tantas campanas á varias distancias, parecia, por decirlo asi, la voz comun de aquellos gestos, y el suplemento de las palabras que no podian llegar allá arriba. Miraba, miraba, y en su corazon crecia una mas que curiosidad de saber que cosa podia comunicar una alegría, y una voluntad tan unida á tanta gente diversa.

CAPITULO XXI.

Poco tardó en llegar el valenton refiriendo que el dia antecedente habia llegado á * * * el Cardenal Federico Borromeo, Arzobispo de Milán, y que alli debia permanecer aquel dia que empezaba, cuya noticia esparcida la tarde anterior por todo aquel contorno á mucha distancia habia excitado los vecinos deseosos de ver aquel hom-

bre, y que se tocaban las campanas asi por aviso como por alegría. El Señor quedó solo continuando en mirar el valle, y cada vez mas pensativo.... Por un hombre tantos se dan prisa: tantos se alegran por ver á un hombre. ¡Y ninguno de esos tendrá su diablo que le atormente! ¡Ninguno, ninguno tendrá uno como el mio! ¡ninguno habrá pasado una noche como la mia! ¿Qué tiene aquel hombre para causar tal alegría á tanta gente? Algunas monedas que distribuirá asi, á la ventura.... pero no todos esos van por limosna. ¡Bueno! será alguna señal que hará en el aire, algunas palabras.... ¡Oh, si tuviese para mí unas palabras que pudiesen consolarme! Si.... ¿Y por qué no voy yo tambien? ¿Por qué no?.... Y si quiero hablarle.... frente á frente quiero hablarle.... ¿Qué le diré?.... Bien: le diré.... le diré.... Oiré lo que sabe decir ese hombre.

Tomada esta resolucion acabó con toda prisa de vestirse: se puso una casaca de un corte que tenia alguna cosa de militar, se acomodó á los lados

la pístola que se habia caido al suelo, y otra que sacó de su sitio: cogió una carabina, que era casi tan famosa como él, púsose el sombrero, y antes de todo se dirigió al cuarto donde habia dejado á Lucía. Dejó fuera en un rincon la carabina, y tosió haciendo oir su voz. La vieja saltó de la cama, y corrió á abrir. Entró, y dando una ojeada vió á Lucía quieta en su rincon. ¿Duerme? dijo en voz baja á la vieja: ¿y es ahí donde duerme? ¿Eran estas mis órdenes, bribona?

Yo hice cuanto pude, contestó ella; pero no ha querido cenar ni acostarse.

Déjala dormir en paz: cuidado con que no la incomodes, y cuando dispierte.... Marta estará en el cuarto inmediato, y tú la enviarás á buscar lo que ella necesite. Cuando se dispierte dila que yo.... que el amo de casa ha salido por poco tiempo.... que volverá.... y que hará cuanto ella quiera.

La vieja quedó como una estátua pensando entre sí.... si será esta alguna princesa.

El Señor salió, tomó su carabina,

mandó á Marta que estuviese alerta, y encargó al primer valenton que halló al paso que hiciese la guardia para que nadie sino aquella muger entrase en el cuarto donde estaba Lucía, y saliendo del castillo bajó precipitadamente la cuesta.

El manuscrito no dice cuanto distaba el castillo de la aldea donde estaba el Cardenal; pero se conoce que solo debia ser un paseo largo. Esta proximidad la deducimos de la prisa de aquellos aldeanos para ver á su Eminencia, aunque en las memorias de aquel tiempo hallamos que de mas de veinte millas concurria la gente para verle. Los valentones que se hallaron á la salida se formaron respetuosamente cuando pasó el Señor, esperando si tenia algunas órdenes que darles, ó si queria llevarlos consigo para alguna expedicion, y se admiraban al ver su cara, y las ojeadas que los dirigia en respuesta de sus sumisiones y saludos.

Otra fue la escena cuando ya se halló abajo y en el camino público. Entre

los primeros que le vieron hubo mucho hablarse en secreto, mirarle como recelosos, y apartarse acá y allá. En todo el camino no dió dos pasos al lado de alguna persona: todo el que le veia acercarse le miraba con asombro, le hacia una cortesía, y acortaba el paso para quedarse detrás. Junto á la aldea, donde era mayor el concurso, luego que él se presentó corrió su nombre de boca en boca, y le abrieron calle. Él se acercó á uno de los mas prudentes y le preguntó donde estaba el Cardenal. En casa del señor Cura, le respondió haciéndole cortesía, y le indicó donde era. Dirigióse á ella: entró en una sala donde habia una porcion de eclesiásticos, quienes le miraron con una atencion entre maravilla y sospecha. Vió una puerta abierta que daba paso á un gabinetillo, donde tambien habia muchos esclesiásticos. Se quitó la carabina de la espalda, la colocó en un rincon, entró en el gabinete, se armó un murmullo sordo entre los que alli estaban, pronunciaron repetidas veces su nombre, y

quedaron en silencio. Él acercándose á uno le preguntó donde estaba el cardenal, y que deseaba hablarle.

Yo soy forastero, dijo el preguntado, y mirando alrededor llamó al Capellan crucífero, que precisamente se hallaba entonces á un extremo de la pieza, diciendo en secreto á otro compañero.... ¿Ese es? ¿aquel famoso? ¿Qué tiene que hacer aqui? pero al oir que le llamaban, cuyo llamamiento resonó en aquel silencio general, se acercó, hizo una cortesía al innominado, y oida su pretension alzó los ojos para ver aquel rostro, los bajó inmediatamente, estuvo un poco meditando, y luego dijo como entredientes: no sé si Monseñor ilustrísimo.... en este momento.... se halla.... pero puede ser. — En fin voy á verlo. Con esto marchó aunque de mala gana á la pieza inmediata donde estaba su Eminencia.

Al llegar á este punto de nuestra historia no podemos menos de detenernos un poco, asi como el viagero que cansado y entristecido por haber cami-

nado largo tiempo entre breñas y maleza, se sienta y pierde un poco de tiempo á la sombra de un hermoso árbol sobre la fresca yerba, junto á una cristalina fuente. Vamos á hablar de un personage cuyo nombre y memoria siempre que se ofrece al alma la recrea con una plácida conmocion de reverencia, y mucho mas despues de tantas imágenes de dolor, y despues de haber referido tantas acciones de una perversidad siempre fastidiosa aunque bajo varias formas. Acerca de este personage es preciso decir cuatro palabras, quien no quiera leerlas, y tenga deseo de seguir la historia, salte algunas páginas y pase al capítulo siguiente.

Federico Borromeo, nacido en 1574, fue uno de los hombres raros en todos tiempos, que habiendo reunido en su persona un vivísimo ingenio, todos los medios de una gran opulencia, todas las ventajas de una clase privilegiada, unió á todo esto una atencion continua á buscar y practicar lo mejor. Su vida es como un arroyo que anchuroso y cristalino limpio de toda

paja ó yerbecilla, sin estancarse ni enturbiar sus aguas en su largo curso por diversos terrenos, va puro á entrar en el rio. Desde su niñez se fijó en aquellas palabras de abnegacion y de humildad, en aquellas máximas acerca de la vanidad de los placeres, la injusticia del orgullo, la verdadera dignidad, y los verdaderos bienes, que sentidas ó no en los corazones vienen trasmitidas de generacion en generacion, y siempre se emplean en la elemental enseñanza de la religion. Se fijó, repito, en aquellas máximas, las recibió como verdades, las gustó, las halló ciertas, y asi comprendió que no podian ser verdaderas otras palabras y otras máximas opuestas, que tambien van pasando de una á otra edad con la misma seguridad, y acaso por los mismos labios. Por las primeras saludables máximas comprendió que la vida no se ha concedido para ser un peso inútil respecto á unos, ni una fiesta respecto á otros, sino para ser respecto á todos un caudal, del cual cada uno dará su cuenta, y asi desde

niño comenzó á pensar como podia hacer que su vida fuese útil y santa.

En 1580 manifestó su resolucion de seguir la carrera eclesiástica, y recibió su ropa de manos de aquel su primo Carlos, á quien desde entonces la voz universal aclamaba con título de Santo. Poco despues entró en el colegio que el referido fundó en Pavía, y que aun conserva el nombre de su familia; y alli atendiendo á las obligaciones que halló establecidas se impuso voluntariamente otras dos que fueron; enseñar la doctrina cristiana á los mas rudos, y desamparados del pueblo, y visitar, servir y consolar á los enfermos. Se valió de la autoridad que sus circunstancias le daban en aquel lugar para atraer á sus compañeros á participar de tan santas obras, y en toda obra honesta y provechosa ejercitó una primacía de ejemplo, primacía que segun el ingenio y alma que tenia la hubiera sin duda obtenido aunque hubiese sido el último en cuanto á la clase y la fortuna. No solo no buscó sino que puso cuidado en huir las

ventajas de otro género que le hubieran podido dar las circunstancias y la suerte. Quiso una mesa mas bien pobre que frugal, usó un vestido mas pobre que modesto, y conforme á esto fue siempre el tenor de su vida y su porte, y no creyó debia mudar de opinion aunque algunos parientes le criticaban y aparentaban sentir que degradase la dignidad de su familia. Otra guerra tuvo que sufrir con sus maestros, los cuales furtivamente y como por sorpresa buscaban modo de ponerle algun distintivo que le hiciese sebresalir entre los otros, presentándole como el príncipe de aquella casa; ó ya porque creyesen ganar asi su favor para en adelante, ó ya porque les moviese aquel gusto con que algunos miran los honores de otro, y aun se envanecen con ellos como si fuesen suyos; ó ya en fin porque eran de aquellos demasiado prudentes que se asombran de la virtud como del vicio; predicando siempre que la perfeccion consiste en el medio, y este medio le colocan precisamente

en el punto adonde ellos han llegado.

No es de maravillar que viviendo el Cardenal Carlos, que le llevaba veinte y seis años, delante de aquella persona autorizada, y por decirlo asi solemne, cercada de tantos homenages, acreditada con tanta fama, y señalada con las señales de la santidad, Federico ya niño, ya jóven, procurase conformarse al tenor y al talento de tal primo; pero es muy de notar que despues de su muerte ninguno pudo advertir que á Federico, entonces de veinte años, le faltaba un censor y una guia. El crédito de su talento, doctrina y piedad; la parentela, los empeños de mas de un Cardenal poderoso, el nombre de su familia, y el mismo apellido, al cual las virtudes de Carlos habian parece asociado una idea de santidad; en fin todo lo que debe y puede conducir á un hombre á las dignidades eclesiásticas concurria á pronosticárselas. Pero él embebido en las verdaderas máximas de la religion, temia las dignidades, y las huia, no ciertamente porque rehusase servir á

sus hermanos, pues pocas vidas fueron mas dedicadas á esto, sino porque lleno de humildad no se juzgaba digno ni capaz de tan alto y peligroso servicio. Por esto habiéndole propuesto el Papa Clemente VIII el arzobispado de Milán, le renunció sin titubear, y para que le admitiese fue menester un mandato expreso del mismo Pontífice.

Federico, ya Arzobispo de Milán, puso un singular y continuo cuidado de no tomar para sí ni de los haberes, ni del tiempo, ni de los negocios, ni en fin de todo él mismo sino lo que fuese estrictamente necesario. Decia como todos dicen que las rentas eclesiásticas son el patrimonio de los pobres, y conforme á esta máxima arregló su vida. Quiso que se calculase cuanto sería necesario para su manutencion, y la de sus familiares precisos, y habiéndole dicho que seis mil escudos, dió órden para que anualmente se entregasen de las rentas de su patrimonio. De sus propios fondos era tan económico para sí que ponia cuidado en no desechar un vestido si-

no cuando estaba inservible, uniendo sin embargo, como notan los escritores de su tiempo, á una sencillez, una exquisita limpieza. Deseando que nada se desperdiciase de su frugal mesa, asignó lo que de ella sobraba á un hospicio, y todos los dias entraba un pobre en la misma sala á recoger los restos que habian quedado.

Esto acaso podrá llamarse por algunos una mezquindad, signo de una alma incapaz de elevarse á grandes proyectos; pero la opinion de los que esto digan, quedará desmentida á vista de la magnífica biblioteca ambrosiana, que Federico ideó, y erigió á tanta costa desde sus cimientos; y para proveerla de libros y manuscritos ademas de los que la regaló y habia recogido á costa de mucho esmero y gasto, comisionó ocho sugetos de los mas instruidos que pudo hallar para que buscasen y comprasen libros y manuscritos viajando por la Italia, Francia, España, Alemania, la Flandes, el Líbano, la Grecia y Jerusalen. Asi reunió cerca de treinta mil

volúmenes impresos y catorce mil manuscritos. Unió á esta biblioteca un colegio de doctores (que fueron nueve al principio y luego se redujeron á dos) cuya obligacion era cultivar varios ramos de estudio, teología, historia, literatura, antigüedades eclesiásticas, y lenguas orientales, con el cargo de publicar algo sobre la materia designada á cada uno. Puso tambien otro colegio, al que dió el nombre de *trilingüe* para el estudio de las lenguas griega, latina é italiana: otro de alumnos para que de allí saliesen profesores: una imprenta de las lenguas hebrea, caldea, arábiga, persiana y armenia: una galería de pinturas, otra de estátuas, y una escuela de las tres principales partes del diseño.

Muchas pruebas pudiéramos dar de la grandeza de alma y sólida virtud de este digno Prelado, pero como no escribimos su historia, y lo dicho basta para que el lector vea con interés la parte que tuvo en el desenlace de esta historia, pasemos á verle en ac-

cion siguiendo á nuestro autor italiano.

CAPITULO XXII.

Hallábase estudiando como solia para aprovechar el tiempo, ínterin llegaba la hora de ir á la Iglesia á celebrar los Divinos Oficios, cuando el Capellan entró muy agitado diciendo. Una visita extraña, Señor Eminentísimo: extraña con todas veras. — ¿Quién es? preguntó el Cardenal. — Nada ménos que el Señor.... y con mucho énfasis y casi silabeando pronunció el nombre que nosotros no podemos repetir á nuestros lectores. Él mismo ha venido en persona, y desea presentarse á vuestra Eminencia. — ¡Él mismo! dijo el Cardenal con el rostro animado, y cerrando el libro. Venga, venga al instante. — Pero.... replicó el Capellan sin moverse. Vuestra Eminencia debe saber que es aquel desterrado: aquel famoso.... — ¿Y no es una buena ventura para un Prelado que semejante hombre venga á bus-

carle? — Pero, insistió el Capellan, nosotros no podemos hablar de ciertas cosas, porque Monseñor dice que son hablillas; pero cuando viene al caso me parece que es un deber.... El zelo tambien se grangea enemigos: y sabemos positivamente que mas de un bribon se ha atrevido á decir que un dia ú otro.... — ¿Y qué han hecho? interrumpió el Cardenal. — Digo que este es un arrendador de crímenes, un desesperado que está en correspondencia con los desesperados mas furiosos, y pudiera venir comisionado.... ¡Oh! ¿qué disciplina es esa? interrumpió otra vez sonriendo el Cardenal: ¡que los soldados exhorten al General á tener miedo! y despues pensando un poco añadió con gravedad. «San Carlos no se hubiera detenido en deliberar si debia ó no recibir á tal hombre: él mismo hubiera ido á buscarle." Haced que entre. Ya ha esperado demasiado.

El Capellan se retiró diciendo entre sí: no hay remedio: todos estos hombres son obstinados.

Abierta la puerta miró al gabinete y vió que el tal Señor estaba solo en un lado, y todos los demas reunidos y agrupados al otro hablando en secreto. Le miró de pies á cabeza aunque de rabo de ojo, considerando entre sí que armas podrá traer ocultas debajo de esa casaca, y por su gusto antès de dejarle entrar le hubiera registrado, pero no se atrevió. Acercóse á él y dijo. El Señor Arzobispo os aguarda: Sírvase Vueseñoría venir conmigo. Asi yendo delante atravesó por el grupo de concurrentes que le abrieron paso, y mirándolos á unos y otros les decia con sus ojeadas: ¿qué quereis? ¿No sabeis que su Eminencia obra siempre á su modo?

Luego que el Capellan abrió la puerta de la sala, Federico salió á su encuentro con mucha serenidad, y presentándole la mano como si fuese un amigo que esperaba, hizo señal al Capellan para que se retirase. Quedando solos permanecieron ambos sin hablarse por algunos momentos. El innominado que habia sido llevado

allí pór una fuerza inconcebible, mas bien que por un designio premeditado, estaba tambien como violento, atormentado de las dos pasiones opuestas, esto es, el deseo y la esperanza de hallar sosiego en sus confusiones, y una especie de rubor de presentarse como un penitente, un miserable á confesar su culpa, é implorar el perdon, y asi no hallaba palabras que decir, ni apénas las buscaba. Sin embargo levantando la vista á mirar el rostro de aquel hombre venerable se sentia mas y mas oprimido de un sentimiento de veneracion imperioso, al paso que suave, y creciendo la confianza, iba á menos la displicencia, de modo que sin mortificar su orgullo le daba lugar á permanecer en silencio.

La presencia de Federico era de aquellas que anuncian una superioridad, y la hacen amable. Su aire naturalmente compuesto, y casi involuntariamente magestuoso, pero no encorvado, ni débil por los años. Su mirar con gravedad y viveza: pintada la

franqueza y sencillez en su frente; entre las canas y la palidez, efectos de su abstinencia y meditaciones y tareas, se divisaba una especie de candor virginal: el todo de su rostro indicaba que en otra edad habia tenido lo que propiamente se llama belleza; el contínuo hábito de pensamientos grandiosos y benévolos; la paz interior de una larga vida; el amor á la humanidad; la alegría contínua de una esperanza infalible habian substituido á la belleza de la juventud una, por decirlo asi, belleza senil que brillaba mas con aquella magnífica sencillez de la púrpura.

Tuvo por algun rato fijos en el innominado aquellos ojos penetrantes y ejercitados largo tiempo en deducir de los semblantes los pensamientos, y pareciéndole que debajo de aquel ceño adusto notaba alguna cosa conforme á la esperanza que habia concebido, apenas le anunciaron su llegada le dijo con la mayor expresion. Oh que buena es esta visita, y cuanto debo agradeceros una tan feliz resolucion, aun-

que ciertamente es ella una especie de reprension para mí. Reprension para vos: exclamó el Señor maravillado, pero tambien prendado de aquellas palabras y del modo de decirlas, asi como tambien contento de que el Cardenal hubiese roto el silencio, y entablado un discurso cualquiera. — Cierto es una reprension para mí, el que haya dejado que os adelanteis, cuando tanto tiempo hace que yo hubiera podido y debido ir á vuestra casa. — ¡Vos á mi casa! ¿Sabeis quién soy? ¿Os han dicho mi nombre? — Y este consuelo que siento, y que á la verdad se manifiesta en mi rostro, ¿os parece que debiera experimentarlo al anuncio de la visita de un desconocido? Vos sois quien me le haceis disfrutar; vos, repito, á quien yo debia haber ido á visitar; vos á quien tanto he amado, por quien tanto he rogado y llorado; vos el que entre todos mis hijos, á quienes amo con todo mi corazon, sois el que mas he deseado acoger, y abrazar si hubiese creido que podia esperarlo. Pero Dios es el único que obra estos

prodigios y suple la debilidad y lentitud de sus pobres siervos.

El innominado estaba atónito al oir estas palabras que tanto se conformaban con las que él aun no habia dicho ni aun determinado decir resueltamente, y asi conmovido callaba. ¿Y qué, volvió á seguir con mayor afecto Federico, vos teneis que darme una buena noticia, y me la haceis esperar tanto? — ¡Una buena noticia yo! tengo el infierno en mi corazon, ¿y os daré una buena noticia? Decid si lo sabeis cual es esta buena noticia que aguardais de un hombre como yo. — Que Dios os ha tocado en el corazon, y quiere haceros suyo, respondió tranquilamente el Cardenal. — ¡Dios! ¡Dios! Si le viese: ¡si le oyese! ¿Donde está ese Dios? — ¿Y vos me lo preguntais? ¿Quién le tiene mas cerca que vos? ¿No le sentis en el corazon, que le oprime, le agita, no le deja sosiego, y al mismo tiempo le atrae, le da una esperanza de quietud, y de un consuelo, pero de un consuelo, que será completo, inmenso, tan pronto

como vos le reconozcais, le confeseis, y le imploreis? — ¡Oh! ciertamente yo tengo aqui en el corazon una cosa que me oprime y me devora. ¡Pero Dios! Si hay Dios, si hay Dios como dicen, ¿qué quereis que haga de mí?

Estas palabras fueron dichas con el acento de la desesperacion; pero Federico con un tono solemne de plácida inspiracion respondió. ¿Qué puede hacer Dios de vos? ¿Qué quiere hacer? Dar una señal de su poder y de su bondad: quiere sacar de vos una gloria que no pudieran darle otros que no tuviesen vuestros crímenes. Que el mundo grite ha tanto tiempo contra vos; que mil y mil voces detesten vuestras acciones (el innominado se extremeció, y quedó como estático al oir un lenguage tan nuevo para sus oidos, y mas aturdido todavía de oirle sin sentir enojo, sino casi un consuelo) ¿qué gloria, proseguia Federico, no viene á Dios? Son voces de terror, voces de interés, voces acaso tambien de justicia; pero de una justicia tan fácil, tan natural: acaso tambien

algunas fueron voces de envidia de ese vuestro desgraciado poderío; de esa hasta hoy deplorable seguridad de ánimo. Pero cuando vos mismo os levanteis á condenar vuestra vida, y acusaros vos mismo, entonces, entonces Dios será glorificado. ¿Y me preguntais qué cosa puede hacer de vos? ¿Quién soy yo, hombre miserable, para poder decir desde ahora qué provecho puede sacar de vos? ¿qué cosa puede hacer, qué giro puede dar á esa voluntad impetuosa, á esa imperturbable constancia, cuando la haya animado, inflamado de amor, de esperanza, y de arrepentimiento? ¿Quién sois vos, pobre hombre, que os imaginais haber podido por vos idear y ejecutar en el mal cosas mayores que Dios puede hacer en el bien? ¿Qué cosa puede Dios hacer de vos? ¿y perdonaros? ¿y salvaros? ¿y completar en vos la obra de la redencion? ¿no son estas cosas magníficas y dignas de su Divina Magestad? Pensad, si yo hombrecillo, yo miserable, yo tan lleno de mí mismo, me alegro ahora tanto de veros en el camino de la

salvacion, que por ella daria con gusto (si: bien lo sabe Dios) esos pocos dias que me quedan de vida: pensad cual deberá ser la caridad de aquel que me infunde esta tan imperfecta pero tan viva, y como os ama aquel que me inspira hácia vos un amor fraternal que me devora.

A medida que estas palabras salian de sus labios, expresaba su sentido con el rostro. El oyente se mostró al principio atónito y atento: luego se inclinó su rostro á una conmocion mas profunda y menos angustiada: sus ojos que desde la infancia no habian conocido las lágrimas se llenaron de agua, y cuando el Cardenal cesó de hablar, él se cubrió con ambas manos el rostro y prorumpió en un llanto efectivo, que fue la última y mas clara respuesta. — ¡Cuán bueno es Dios! exclamó Federico levantando los ojos y las manos al cielo: ¡Dios mio! que he hecho yo siervo inútil, pastor soñoliento, para que vos me llamáseis á este convite de gracia, y me hiciéseis digno de asistir á un tan alegre prodigio.

Diciendo esto alargó la mano para coger la del innominado.

No.... gritó este retirándola: no.... lejos vos de mí. No mancheis esa mano inocente y benéfica. No sabeis todo lo que ha hecho esta que vos quereis estrechar.

Dejad, decia Federico cogiéndola con amorosa violencia: dejad que yo estreche esta mano que reparará tantos daños, que esparcirá tantos beneficios, que consolará tantos afligidos, y que desarmada, pacífica y humilde se alargará á tantos enemigos.

Esto es demasiado, dijo sollozando el innominado. Dejadme, Monseñor; buen Federico, dejadme. Un pueblo agolpado á vuestra casa os espera: tantas almas buenas, tantos inocentes; tantos que desde muy lejos han venido para veros una vez, para oiros, y vos os deteneis.... con quien....

Dejemos, contestó el Cardenal, las noventa y nueve ovejas, seguras están en el monte: yo quiero permanecer con esta que andaba descarriada. Acaso aquellas almas están ahora mas

contentas que viendo á este pobre obispo. Tal vez Dios que ha obrado en vos el prodigio de la misericordia difunde ahora en ellas una alegría cuya causa ignoran: tal vez ese pueblo está ahora unido á nosotros sin saberlo: tal vez el espíritu pone en sus corazones un ardor indistinto de caridad, una súplica por vos, una accion de gracias de que vos sois el objeto aunque no conocido. Diciendo esto echó los brazos al cuello del innominado, el cual despues de haber intentado desprenderse, cedió como vencido de aquel ímpetu de caridad, abrazó tambien al Cardenal, y apoyó sobre su hombro aquel rostro trémulo y demudado. Sus lágrimas ardientes caian sobre la púrpura incontaminada de Federico, y las puras é inculpables manos de este estrechaban afectuosamente aquellos miembros, y apretaban aquella casaca acostumbrada á llevar las armas de la traicion y de la violencia.

El innominado desprendiéndose de aquellos brazos se cubrió los ojos con la mano, y levantando al mismo tiem-

po la cara exclamó: ¡Dios verdaderamente grande! ¡Dios verdaderamente bueno! yo me conozco ahora, comprendo quien soy, mis iniquidades están delante de mis ojos: me avergüenzo de mí mismo, y sin embargo siento un consuelo, una alegría,.... sí, una alegría cual nunca experimenté en todo el curso de mi horrible vida.

Es una prueba que Dios os da (respondió Federico) para cautivaros á su servicio; para animaros á entrar con firme resolucion en la nueva vida en que tendreis tanto que deshacer, tanto que reparar, y tanto que llorar.

Infeliz de mí, exclamó el otro: cuantas cosas, cuantas que no podré hacer mas que llorarlas. Pero al menos ya que otras no pueda, he de romper pronto, deshacer y reparar una que está en mi mano.

Federico le oyó atento, y él contó brevemente pero con términos acaso mas fuertes y mas llenos de execracion, que los que nosotros pudiéramos emplear, su empresa acerca de Lucía, los

terrores que le habia hecho sufrir, lo que ella le habia implorado, los efectos que sus ruegos habian hecho en él, y como aun la tenia en su castillo.

¡Ah! no perdamos tiempo, exclamó Federico lleno de compasion y de tierna solicitud. Dichoso vos: estas son las arras, la señal del perdon de Dios, hacer que podais ser instrumento de salvacion, á la que queriais ser instrumento de ruina. Dios os bendiga: Dios sea bendito. ¿Sabeis de qué pueblo es esa inocente? Es de *** respondió el otro. — No está lejos de aqui, contestó Federico; bendito sea Dios, y al momento acercándose á la mesa tocó una campanilla. Entró precipitadamente el Capellan crucífero, y lo primero que hizo fue mirar al innominado, y viendo aquella cara mudada, y aquellos ojos humedecidos con el llanto, volvió á mirar al Cardenal, descubriendo en medio de aquella inalterable compostura, un grave contento, y una extraordinaria solicitud; de modo que se hubiera quedado como una estátua, si el Cardenal no hubie-

se hecho cesar aquella contemplacion, preguntándole si entre los Párrocos que habian venido á verle estaba el de * * *. — Ahí está, respondió el Capellan. —Que entre al instante, dijo Federico, y tambien el Párroco de esta Iglesia.

Cuando salió el Capellan y pasó á la sala donde estaban reunidos los eclesiásticos, todos fijaron en él la vista. Él con su boca abierta, y llevando aun pintada la admiracion en su rostro, levantó las manos y dijo. Señores, señores. *Haec mutatio dexterae Excelsi*; y se mantuvo un momento sin decir mas palabra. Despues añadió: Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima llama al señor Cura de esta parroquia, y al señor Cura de * * *.

El primer llamado se presentó al instante, y al mismo tiempo salió de entre el grupo un ¿yo? pronunciado con un tono de maravilla. —¿No sois el señor Cura de * * * ? contestó el Capellan. —Si lo soy; pero.... — Pues á vos llama su Eminencia. — ¿ A mí ? dijo otra vez aquella voz significando cla-

ramente en aquel monosílabo.... ¿Cómo puedo yo entrar allá? y al mismo tiempo se presentó el hombre: Don Abundio en persona, con un paso como forzado, y una cara entre admirado y violento. El Capellan los hizo señas con la mano, y los introdujo en la sala.

El Cardenal soltó la mano del innominado con quien ya habia convenido en lo que debia hacerse, y llamando con una seña al Cura de aquella parroquia, le dijo sucintamente de lo que se trataba, y si sabria encontrar pronto una muger de confianza que quisiese pasar en una litera al castillo á buscar á Lucía: pero que fuese una muger al paso que virtuosa, de ancho corazon, que supiese manejarse bien en una expedicion tan nueva, usar los modales mas á propósito, y hallar las palabras mas adecuadas para reanimar y tranquilizar á aquella pobrecilla, á quien despues de tantas angustias y temores, la misma libertad podia ser causa de nuevas confusiones. Despues de un momento de reflexion contestó el Cura, que creia en-

contrar la que se necesitaba, y marchó. El Cardenal llamó con otra seña al Capellan, y le mandó que hiciese aprontar la litera, y ensillar dos mulas para cabalgar, y luego que se retiró á cumplir la órden llamó á Don Abundio.

Este que ya estaba cerca de su Eminencia, por separarse todo lo posible del otro, y que en tanto miraba alternativamente á los dos calculando entre sí que podia ser aquella escena, dió un paso adelante, y haciendo una profunda cortesía dijo: me han indicado que vuestra Eminencia queria hablarme; pero creo que será una equivocacion.

No es equivocacion por cierto, contestó el Cardenal: tengo una noticia muy alegre que daros. Una feligresa vuestra que creeriais perdida, y es Lucía Mondela, ha parecido aqui cerca, en el castillo de este mi querido amigo, y vos ireis ahora con él, y con una muger que buscará el señor Cura; ireis, digo, á buscar á vuestra feligresa, y conducirla aqui.

D. Abundio hizo lo posible para ocultar la pena, ó por mejor decir el afan, la amargura que le causó este precepto; pero no teniendo ya tiempo de deshacer el gesto que se habia formado en su rostro, le inclinó en señal de sumision y obediencia, y no le levantó sino para hacer una cortesía al innominado, acompañada de una ojeada suplicante como si dijese: en tus manos estoy: *parcère subjectis.* — El Cardenal le preguntó qué parientes tenia Lucía. — Parientes con quienes viviese solo tiene su madre, respondió D. Abundio. — ¿Y está en el pueblo? — Si señor Eminentísimo. — Supuesto, añadió el Cardenal, que esa pobre jóven no podrá regresar tan pronto á su casa, le servirá del mayor consuelo ver pronto á su madre, por lo cual si este señor Cura de aqui no vuelve antes de que yo vaya á la Iglesia, le direis de mi parte que busque un hombre de confianza y una caballería, y vaya á buscar á esa pobre madre. — ¿Y si yo mismo fuese? preguntó Don Abundio. —

No, no: vos ya teneis otro encargo. — Lo decia, respondió él, para prevenirla: es una muger muy sensible, y se requiere uno que la sepa conocer y coger por su flaco, á fin de no causarla un daño en lugar de un bien. — Por esto os encargo que digais al señor Cura que busque un hombre á propósito: vos sereis mas útil por acá; y hubiera debido añadir el Cardenal: aquella pobre muchacha necesita ver una cara conocida y de confianza en aquel castillo despues de tantas horas de angustia, y en la mayor incertidumbre de lo futuro: pero estas no eran razones para decirse claramente delante de aquella tercera persona. Lo que le pareció extraño fue que esto mismo no le hubiese ocurrido, y estorbado hacer tal propuesta, y mirándole á la cara conoció en ella el gran miedo que tenia de viajar con aquel hombre terrible, y ser su huésped aunque por pocos instantes. Queriendo pues disipar aquel espanto, y aquella sombra cobarde, y no pareciéndole oportuno hablarle en secreto

delante del innominado, pensó que el mejor médio era hacer lo que hubiera hecho aun sin este motivo, y fue hablar con el mismo innominado, para que por sus respuestas conociese D. Abundio que ya no era un hombre tan temible. Se acercó pues á él, y con aquel aire de confianza que se halla en una nueva y fuerte inclinacion, lo mismo que en una intimidad antigua, le dijo: No creais que me contento por hoy con esta visita. ¿Volvereis, no es verdad, en compañía de este buen eclesiástico?

¿Que si volveré? respondió el innominado, aunque no quisiérais recibirme yo me estaría á vuestra puerta como un porfiado mendígo. Necesito hablaros, oiros, veros, y en fin necesito de vos.

Federico le estrechó la mano y le dijo. Asi pues nos hareis el favor, al Párroco de este pueblo y á mí, de comer con nosotros. En tanto yo voy á la Iglesia á dar gracias á Dios con el pueblo, y vos ireis á coger los primeros frutos de la misericordia.

Don Abundio á tales demostraciones estaba como un niño miedoso que ve á uno acariciar á un perrazo arisco, con los ojos inflamados, y una enorme bocaza para dar un buen mordisco, y oyendo decir á su amo que aquel perro es una oveja, le mira, sin contradecirlo ni aprobarlo, y volviendo los ojos al perro no se atreve á acercarse temiendo que la ovejita no le enseñe los dientes aunque no sea mas que por costumbre, y tampoco no se atreve á retirarse por no parecer cobarde; pero dice en su interior: ¡ah quien se hallára lejos de tí!.

El Cardenal que ya iba saliendo asido siempre de la mano de el innominado miró al pobre hombre que estaba de pie, con aspecto de mortificado y á disgusto, y pareciéndole que sentiría verse como solo y desairado, especialmente en vista de la buena acogida que merecia áquel facineroso, se volvió al pasar por su lado, se sonrió y le dijo: Señor Cura, vos éstais siempre conmigo en la casa de nuestro buen padre; pero este *perierat et inventus est*.

Oh cuanto me consuela eso, respondió él, haciendo á los dos una profunda reverencia.

El Arzobispo se adelantó, tocó la puerta que al punto le fue abierta por dos familiares, y la admirable pareja se presentó á la vista de todos los que estaban esperando. Viéronse aquellos dos rostros en quienes estaba pintada una conmocion diversa, pero igualmente profunda: una ternura y una humilde alegría en la cara venerable de Federico; y en la del innominado una confusion mezclada con algun consuelo, y una compuncion en que todavía se divisaban algunas señales del vigor de aquel salvage carácter. Y despues se supo que á algunos de los que estaban mirando le vino á la memoria aquello de Isaías: El lobo y el cordero irán juntos al pasto: el leon y el buey comerán juntos. Detrás de ellos venia D. Abundio en quien ninguno hizo reparo.

Cuando llegaron al medio de la sala vino el ayuda de cámara á decir que se habian cumplido las órdenes

dadas por el Capellan, que la litera y las mulas estaban prontas, y solo se aguardaba la muger que habia ido á buscar al Párroco. El Cardenal le mandó que al volver el Párroco le advirtiese que hablase con D. Abundio, y que todo despues se hiciese segun la órden del innominado, á quien apretó de nuevo la mano, en señal de despedida, saludó tambien á D. Abundio, y tomó el camino de la Iglesia acompañado de todo el clero, y dejando solos á los dos compañeros de viage.

Estaba el innominado recogido en sí mismo, pensativo, y deseando que llegase el momento de ir á sacar de penas y de prision á su Lucía: suya entonces en distinto sentido de lo que fue el dia anterior, y su rostro expresaba una agitacion concentrada, que á los ojos tímidos de D. Abundio podia parecer otra cosa peor. Le miraba, le miraba, y hubiera querido entablar con él un discurso amistoso.... ¿pero qué tengo de decirle, pensaba? ¿Le diré de nuevo, me sirve de consuelo?... ¿pero qué es lo que me con-

suela? ¿El que habiendo sido hasta ahora un demonio os hayais vuelto hombre de bien como otros? ¡Bello cumplimiento! Con que si digo *me sirve de consuelo*, ya no podré añadir otra cosa. ¿Y si será verdad que tan de pronto se haya vuelto hombre de bien?... Se ven cosas que.... Pero entre tanto me toca ir con él á su castillo. ¡Qué lance! ¡Quién me lo hubiera dicho esta mañana! Si puedo salir en paz y salvo, me ha de oir la señora Perpetua, que me ha hecho salir de mi casa sin necesidad fuera de mi pueblo; diciéndome que todos los Párrocos, aun los mas distantes, venian á presentarse, y que esto, y que lo otro; y al fin me ha conducido á meterme de patas en un negocio de esta especie. ¡Oh pobre de mí! Sin embargo algo será preciso decir á este hombre. Ya habia determinado decirle no aguardaba yo verme tan honrado como me veo en vuestra compañía; y ya iba á abrir la boca para decirlo, cuando entró el ayuda de cámara con el Párroco del pueblo, diciendo que la

comisionada estaba ya en la litera, y despues se dirigió á D. Abundio para que le dijese el otro encargo de su Eminencia. D. Abundio se explicó lo mejor que pudo entre aquella confusion de ideas, y acercándose al ayuda de cámara, le preguntó si la mula era falsa, añadiendo, porque á la verdad soy muy mal ginete.

Figuraos si será buena, respondió haciendo un gesto. Es la mula del Secretario, que es un literato.

Basta con eso, replicó D. Abundio, y dijo entre sí: Dios me saque con bien.

El innominado que al primer anuncio se habia dirigido á la puerta, aguardó antes de salir á D. Abundio, que se habia quedado atrás, y apenas llegó, cuando muy obsequioso le hizo una cortesía, y dejó que pasase el primero, lo cual tranquilizó algo al pobre atribulado.

Pero apenas pusieron el pie en el recibimiento vió otra novedad que le aguó todo el contento, y fue que el innominado se dirigió al rincon don-

de habia dejado su carabina, y con un movimiento marcado como si hiciese el ejercicio, se la terció á la espalda.

Ola, ola, dijo entre sí D. Abundio. ¿Qué querrá hacer con este instrumento? Bella disciplina, buen silicio para un penitente. ¿Y si ahora se le pone en la cabeza cualquier capricho? Válgame Dios: ¡qué viage! ¡qué expedicion!

Si aquel Señor hubiera solo sospechado qué especie de pensamientos molestaban á su compañero, es de creer que hubiera hecho cualquier cosa para disiparlos: pero estaba mil leguas distante de tal sospecha, y Don Abundio se guardaba bien de hacer cosa que le descubriese y dijese no me *fio de Vueseñoría.* Junto á la puerta hallaron las dos mulas: el innominado montó en la primera que le presentó un mozo.

¿No tiene resabios esta? preguntó Don Abundio al ayuda de cámara, teniendo un pie en el estribo, y el otro en el suelo. — No tengais miedo, señor Cura, le respondió el otro. Es un cor-

derillo. Con esto D. Abundio agarrándose de la silla, y con mil dificultades se puso á caballo. La litera que estaba poco mas adelante con dos mulas se puso en marcha á la voz del literero, y la siguieron los otros.

Tenian que pasar por delante de la Iglesia á cuya puerta habia mucha gente, y por una plazuela que tambien estaba ocupada por cuantos no habian cabido en el primer sitio. Ya se habia divulgado la gran noticia, y al presentarse el convoy á la vista de aquel hombre poco antes objeto de terror y de execracion, y ahora de alegre maravilla, se levantó entre todos un mormullo como de aplauso, y aunque abrieron calle, cada cual se esforzaba á verle de cerca. Al pasar por la puerta de la Iglesia que estaba abierta, el innominado se quitó su sombrero é inclinó casi hasta tocar el arzon delantero aquella cabeza tan temible, entre el aplauso de cien voces que decian: Dios os eche su bendicion. D. Abundio se quitó igualmente su sombrero y se recomendó á Dios todavía lleno de miedo.

Luego que se vieron en campo raso se extendió sobre sus pensamientos un velo aun mas oscuro. No tenia otro objeto en que reposar la vista que el literero, quien por pertenecer á la familia del Cardenal, era desde luego hombre de bien, y ademas tenia trazas de no ser lerdo. De cuando en cuando se veian algunos que corrian para ver á su Prelado, lo cual animaba algo á D. Abundio, pero pensaba que dentro de poco llegarian á aquel valle donde solo se encontrarian súbditos del amigo: ¡y qué súbditos! Con el tal amigo hubiera deseado mas que nunca entablar conversacion, asi para sondearlo mas, como para hacerle propicio, pero al verle tan pensativo y silencioso se le quitó la gana de hablarle, y tuvo que reducirse á un largo soliloquio, donde no cesó de apostrofar contra su suerte que le habia traido á tal punto; dudar algo de la efectiva conversion de aquel hombre, dudar aun de si Lucía estaría ó no de acuerdo con D. Rodrigo, y en fin rectificar sus temores, de modo que mi-

rando sin cesar aquella cara temible decia: ¡qué tal! ahora parece un San Antonio en el desierto, y luego parece un Olofernes en persona. ¡Oh pobre de mí! Al fin Dios me ayudará, pues sabe que no me he metido yo en esto por mi capricho.

Efectivamente en el rostro del innominado se conocia que por su mente iban y venian mil pensamientos diversos, como en un dia tempestuoso se ven pasar por delante del sol las ráfagas de nubes que ya le oscurecen, ó ya de varios modos modifican sus rayos. Su alma encantada con la memoria de las dulces palabras del Cardenal se elevaba á aquellas ideas de misericordia, perdon y amor, pero luego volvia á abatirse bajo el peso de sus acciones. Buscaba con ansia cuáles fuesen sus crímenes, que aun podian tener reparacion, qué cosas se podian cortar, cuáles serían los remedios mas prontos y mas seguros, cómo habia de desènredar tantos nudos, y qué habia de hacer con tantos cómplices: todo lo cual era en verdad un

laberinto que daba bien en que pensar. En aquella misma expedicion, que era la mas fácil y mas cercana á su término, iba con una angustia, pensando que en aquellos instantes aquella criatura estaba padeciendo, Dios sabia cuanto, y que el que ahora iba á darla libertad era el mismo que la hacia padecer. A cualquier encrucijada del camino, el literero se volvia para preguntar las señas, y el innominado le indicaba la senda que habia de seguir.

Entraron por fin en el valle. ¡Cuál estaba entonces el corazon del pobre Don Abundio! Aquel valle famoso del que habia oido tantas y tan negras historias, ahora estaba en él mismo. Aquellos hombres, la flor y la nata de los bribones de Italia: aquellos en quienes no se hallaba ni temor ni misericordia, ahora los hallaba dos á dos, y tres á tres á cada paso. Inclinábanse respetuosamente á su Señor; pero D. Abundio notaba ciertos semblantes amostazados, ciertos bigotes encrespados, y ciertas ojeadas que le

parecia que expresaban: hagamos un agasajo á ese Cura. Tanto fue su miedo, que una vez dijo entre sí: mas me valiera haberlos casado; al fin no me pudiera suceder cosa peor que la que me sucede.

Pasaron por delante de la taberna de la Malanoche. Valentones á la entrada, cortesías al amo, y ojeadas á su compañero y á la litera. Ellos no sabian que pensar de lo que veian. Ya la salida del innominado tan de mañana era muy extraña; su vuelta no lo era menos. ¿Era una nueva presa que conducia? ¿Y cómo la habia hecho sin ellos? ¿Y cómo en una litera agena? ¿Y de quién podia ser aquella librea? Miraban y mas miraban, pero nadie se movia, porque esta era la órden que él los habia dado con la vista y con el gesto.

Ya están en la cima del monte. Los valentones que están de guardia á los lados de la puerta y en la esplanada se retiran á ambas partes para dejar libre el paso. El innominado les hace seña de que no se muevan: dá de es-

puelas y pasa delante de la litera, haciendo señas á D. Abundio y al literero de que le sigan. Entran en un patio, pasan á otro, va hácia una puertecita, detiene á uno de los suyos que corria á tenerle del estribo, y le dice: tú allí, y ninguno mas cerca; se apea, y con las riendas en la mano se dirige á la litera, se acerca á la muger que ya habia descorrido la cortina y la dice en voz baja: consoladla pronto, dadla pronto á entender que está libre y en manos de sus amigos, Dios os lo premiará. Manda despues al literero que abra y haga salir la muger; se acerca á D. Abundio, y con un semblante tan sereno cual nunca le habia visto, y ni aun pensaba que jamás podia tener, como que le alegraba la buena obra que iba á completar, le alargó el brazo para que se apease y le dijo: señor Cura, yo no os pido perdoneis la incomodidad que os he causado, lo haceis por uno que paga bien, y por esta pobrecilla su feligresa.

Estas palabras le volvieron el alma al cuerpo, y dió un suspiro que hacia

mucho tiempo estaba para salir, pero no hallaba la salida. ¿V. S. se chancea? le dijo; pero.... pero.... pero.... y aceptada la mano que tan cortesmente le ofrecia, se apeó lo mejor que pudo. El innominado tomó tambien las riendas de su mula, y entregó ambas al literero, previniéndole que aguardase allá afuera. Sacó del bolsillo una llave, abrió la puertecita, hizo que los dos entrasen, púsose él delante, se dirigió á la escalera y los tres caminaron con silencio.

CAPITULO XXIII.

Lucía habia poco que estaba despierta: la vieja se la habia puesto al lado, y con voz cariñosa de por fuerza la dijo: ¡Ola! ¿habeis dormido? Mejor hubiérais estado en la cama, ¡os lo dije anoche tantas veces! y no recibiendo respuesta habia continuado con tono de súplica.... Vamos, comed ahora.... tened juicio.... ¡Oh que áspera sois! ¿teneis necesidad de comer? ¿Y si despues cuando vuelva el amo la

toma conmigo? — No, no: yo quiero irme con mi madre. El amo me lo ha prometido, ha dicho mañana. ¿Dónde está el amo? — Ha salido; pero volverá pronto, y me ha dicho que hará cuanto querais. — ¿Ha dicho eso? ¿Ha dicho eso? pues bien, yo quiero ir con mi madre: pronto, pronto.

En esto se oyen pasos en la pieza inmediata, despues junto á la puerta: la vieja corre y pregunta, ¿quién es? — Abre, responden en voz baja: la vieja descorre el cerrojo: el innominado abre un poco la puerta, manda que salga la vieja é introduce á Don Abundio y á la muger. Junta de nuevo la puerta, manda que la vieja se vaya á la otra parte del castillo como habia hecho con la otra criada que estaba de guardia en aquella pieza.

Todo este movimiento, aquel instante de espera y la entrada de personas nuevas fueron un aumento de terror para Lucía, á la cual si era intolerable el estado presente, toda mudanza la parecia mas peligrosa. Miró, vió un eclesiástico y una muger, esto

la tranquilizó algo, miró con mas atencion y exclamó: ¿es él ó no es? Reconoció á D. Abundio y permaneció mirándole como encantada. La muger se acercó, se inclinó hácia ella, y cogiéndola las manos como para acariciarla y ayudarla á levantar, al mismo tiempo la dijo: Ah pobre niña: venid, venid con nosotros.

¿Quién sois? respondió ella; y volviendo á mirar á D. Abundio que estaba algo mas retirado y con la lástima pintada en la cara, exclamó: ¡es él, es él! El señor Cura, ¿dónde estamos? ¡Ay pobre de mí! he perdido el juicio.

No, no, dijo D. Abundio. Yo soy verdaderamente, cobrad ánimo. ¿Veis? Aquí estamos para sacaros fuera: soy vuestro Párroco, venido de intento á buscaros á caballo....

Lucía reuniendo todas sus fuerzas se levantó de un golpe, fijó la vista en los dos y dijo: ¿Con que es María Santísima quien os ha mandado?—Yo creo que sí, dijo la buena muger.— Pero ¿podemos salir, podemos salir

de veras? preguntó Lucía bajando la voz y con un aire receloso. ¿Y toda aquella gente? continuó temblándole los labios, y aquel Señor.... aquel hombre.... bien me habia prometido....

Él mismo ha venido en persona con nosotros y nos aguarda ahí fuera.... Vamos presto: no hagamos esperar á un Señor como él.

A este punto el innominado abrió la puerta y se presentó. Lucía que poco hace le deseaba ver, y como no teniendo esperanza en otra cosa del mundo no deseaba sino verle; ya despues de haber visto caras conocidas y oido voces amigas no pudo dejar de extremecerse, detuvo el aliento, abrazó á aquella muger y escondió la cara en su pecho. Él notando este movimiento se detuvo y dijo: *es verdad.... perdonadme.*

Viene á poneros en libertad, ya no es el que era, ya se ha mudado enteramente. ¿Oís que os pide perdon? decia aquella muger al oido de Lucía.

¿Se puede decir mas? añadió D. Abundio. Vamos, levantad la cabeza, no

seais niña, que podamos salir de aqui presto. Lucía alzó la cabeza, miró al innominado, y viendo humilde aquella frente, aterrados y contristados aquellos ojos, dijo llena de un sentimiento de consuelo, gratitud y piedad: Dios os haga digno de su misericordia. Y á vos, respondió él, os premie el consuelo que me dan esas palabras.

Dicho esto se dirigió hácia la puerta, salió el primero, siguió Lucía reanimada, apoyándose en el brazo de aquella muger, y D. Abundio á retaguardia. Bajaron la escalera, llegaron á la puertecilla que daba al patio: el innominado se acercó á la litera, abrió la puertecilla, y con una cierta gentileza, aunque tímida (dos cosas nuevas en él), cogiendo el brazo de Lucía la ayudó á subir, y luego á su compañera: tomó las riendas de las mulas de mano del literero, dió la mano á D. Abundio que se habia puesto junto á su mula, y diciendo él ¡oh que bondad! montó con mas viveza que lo habia hecho antes.

El convoy se puso en movimiento antes que el innominado saliese. Su frente se habia serenado; su rostro habia recobrado aquel aire de imperio que acostumbraba. Los bribones que se hallaban al paso descubrian en su semblante las señales de un fuerte pensamiento, de una solicitud extraordinaria; pero ni entendian ni podian entender otra cosa. Aun no se sabia alli nada de la mudanza de este hombre, y ciertamente lo que es por conjeturas ninguno podia pensarla.

La buena muger habia corrido la cortinilla, y tomando afectuosamente la mano de Lucía, se habia dedicado á animarla con palabras de piedad, congratulacion y ternura, y conociendo que la fatiga de tantos trabajos como habia sufrido, la confusion y la oscuridad de los sucesos la impedian alegrarse de su libertad, la dijo cuanto la pareció mas oportuno para renovar su memoria, distraerla y ordenar, por decirlo asi, sus pensamientos. La habló de su pueblo y hácia donde caminaban. ¿Si? dijo ella, que sabia cuan

poco distaba del suyo. Ah, Vírgen Santísima, yo os doy gracias. Mi madre, mi madre. La mandaremos al instante á buscar, respondió la otra que ignoraba que ya estaba hecha esa diligencia.—Sí, sí, Dios os lo premiará. ¿Y vos quién sois? ¿Cómo habeis venido? —Me ha enviado nuestro Cura, porque ese señor Dios le ha trocado el corazon (bendito sea), y fue á mi pueblo á hablar con el señor Arzobispo que ha venido á hacer la visita, se ha arrepentido de sus pecados y quiere mudar de vida; y ha dicho al Cardenal que habia hecho robar una pobre inocente, que sois vos, por servir á otro, que el Cura no me ha indicado quien pueda ser. Lucía levantó los ojos al cielo. Tal vez lo sabreis vos, continuó la otra. Basta: pues el señor Cardenal ha pensado que tratándose de una jóven se necesitaba una muger para acompañarla, ha dicho al señor Cura que le buscase una, y él por su bondad se acordó de mí.—¡Oh! el Señor os recompense vuestra caridad.— ¡Figuraos, pobre niña mia! Y me dijo

el señor Cura que os animase y procurase daros valor y haceros entender que el Señor os ha salvado milagrosamente.—Ah, sí: propiamente por milagro, por intercesion de la Vírgen Santísima. — Con que asi tened buen ánimo y perdonad al que os ha hecho la ofensa, y alegraos de que Dios haya tenido misericordia de él, y aun rogad á su Divina Magestad por él, porque esto, ademas de ganaros méritos, servirá para ensanchar ese corazon.

Lucía respondió con una mirada, que condescendia con lo mismo, y lo expresó con mas viveza que hubieran podido expresarlo las palabras.

¡Excelente jóven! replicó la muger. Hallándose pues en nuestro pueblo tambien vuestro Cura, quiso el Cardenal que nos acompañase, aunque no nos ha servido de mucho. Ya habia yo oido decir que era hombre apocado.

¿Y ese señor que se ha enmendado quién es? — ¿Pues qué no lo sabeis? respondió la otra, y le nombró. — Misericordia del Señor, exclamó Lucía. ¡Qué nombre! Cuantas veces le

habia oido repetir con horror en mas de una historia, y ahora recordando que habia estado con él en aquella terrible fortaleza, que se habia visto en su poder, á vista de un peligro tan cierto, y de una tan imprevista redencion, y al considerar de quien era aquel rostro que la habia parecido tan conmovido, tan humillado, abismada en estos pensamientos, estaba como absorta, y solo decia de cuando en cuando: ¡oh misericordia divina!

En verdad que es una gran misericordia, respondió la otra. Ha de ser un gran consuelo para medio mundo, todo alrededor de este pais. Al pensar cuanta gente tenia aterrada, y ahora, como me ha dicho nuestro Cura, solo con mirar á la cara al señor Cardenal se ha vuelto un santo; y pronto se verán los efectos.

Decir que esta buena muger no tenia gran curiosidad de saber toda la aventura en que ya tenia parte, no fuera decir la verdad; pero se ha de añadir en su alabanza, que llena de una compasion respetuosa hácia Lucía,

sintiendo en cierto modo la delicadeza de su comision, no pensó en hacerla una pregunta indiscreta y ociosa: todas sus palabras en el viage fueron de consuelo á la pobre afligida. — ¡Dios sabe cuánto habrá que no habeis comido! — No me acuerdo de eso, dijo Lucía. — ¡Pobrecita! teneis necesidad de recobrar las fuerzas. — Sí, respondió Lucía con voz débil. — En mi casa, á Dios gracias, hallaremos pronto cualquier cosa. Animaos que ya falta poco.

Lucía se dejó caer como adormitada en el fondo de la litera, y la muger la dejó descansar.

En cuanto á D. Abundio este viage de vuelta no fue tan penoso como el de la ida; pero sin embargo no fue un viage de placer. Luego que cesó su miedo se halló como gozoso, pero pronto comenzaron á ocurrirle otros pensamientos de disgusto. Sentia mas que antes aquel modo de viajar á que no estaba acostumbrado, y especialmente en la pina bajada desde el castillo al fondo del valle. El literero obe-

diente á las señas del innominado hacia ir la litera á buen paso, las dos bestias iban rectamente á paso igual, de modo que en ciertos pasos mas pinos el pobre Don Abundio se caia hácia adelante, y para sostenerse tenia que apoyarse con las manos en el arzon de la silla; ni se atrevia á pretender que se anduviese mas despacio, pues por otra parte él deseaba verse cuanto antes fuera de aquellos sitios. Ademas cuando el camino iba sobre una eminencia, ó sobre un surco, la mula, segun todas acostumbran, parece se empeñaba en ir de la parte de afuera, y poner las manos en la márgen, y Don Abundio veia debajo de sí un hoyo, ó como él decia, un precipicio. Tambien tú, decia á la pobre bestia, tienes el maldito gusto de ir á buscar los peligros ¡cuándo hay tantos senderos! Tiraba de la brida, pero en vano; y asi consumiéndose de rabia y de miedo se dejaba conducir por donde ella queria. Los valentones no le daban cuidado ya que sabia de cierto como pensaba el gefe; pero reflexionaba si la

noticia de esta gran conversion se esparce aqui, cuando aun estamos dentro, quién sabe como la tomará esta gente. Quién sabe lo que de aqui se originará. Si se les antojase pensar que yo he venido á ser su misionero.... Dios me guarde. ¡Me martirizarian!.

Por fin cesaron los temores: salieron de la cuesta, y salieron tambien del valle. La frente del innominado se serenó: Don Abundio tambien se tranquilizó, alzó su cabeza, estiró los brazos, y las piernas, respiró con libertad y con ánimo mas reposado y tranquilo principió á pensar en nuevos peligros aunque mas lejanos. ¡Qué dirá ahora aquel brutazo D. Rodrigo! Quedar con una cuarta de narices, con el daño y con las burlas: figurémonos que debe serle muy amargo. Ahora falta que pegue conmigo porque he hecho parte de esta comitiva. Si tuvo valor antes de ahora para enviarme aquellos dos demonios á hacerme una jugada de aquella especie en el camino, ahora.... Dios sabe. Con su Eminencia

no puede tomarla porque es un personage mas elevado que él, y tendrá que morder el freno. En tanto conservará el veneno en el cuerpo: querrá desfogarse con alguno, y.... ¿cómo acabará este embrollo? Los golpes van á dar sobre la parte mas flaca. En cuanto á Lucía, Monseñor es natural que piense ponerla en salvo: el otro pobrecillo ya está fuera de tiro, con que yo solo quedo en la estacada. ¡Sería bueno que despues de tantas agitaciones, tantas incomodidades, y sin méritos para ello tuviese yo que sufrir la pena! ¿Qué hará ahora su Eminencia para defenderme despues de haberme sacado al baile? ¿Puede evitar que aquel condenado no me juegue una perrada peor que la primera? Ademas tiene tantos negocios en aquella cabeza: ¡toma á su cargo tantas cosas! ¿Cómo ha de atender á todo? Asi las cosas quedan muchas veces mas embrolladas que estaban. Los que hacen un bien le hacen todo junto: luego que han probado la satisfaccion de la obra buena, tienen ya bastante con eso, y no

se cuidan de poner la vista en todas las consecuencias; pero aquellos que hacen un daño y tienen ese gusto van derechos á su fin; obran con mas diligencia, no se permiten descanso, y todo porque tienen dentro aquel cancer que les roe. ¿He de ir yo á decir que he venido por mandato expreso de su Eminencia y no por mi propia voluntad? Pareceria que yo me inclinaba á la parte de la iniquidad. ¡Ay Dios mio! ¡Yo de parte de la iniquidad! Lo mejor será contar á Perpetua la cosa tal como es, y luego dejarla que ella la divulgue, para que á su Eminencia no se le antoje hacer alguna publicidad, alguna escena visible, y venga á meterme á mí en ella. A buena cuenta, si cuando lleguemos ha salido ya de la Iglesia, voy corriendo á despedirme, y me marcho á mi casa. Lucía está bien amparada: no necesita de mí, y despues de tantas fatigas es muy justo que yo vaya á descansar. Y que no venga á Monseñor la curiosidad de saber toda la historia, y me tocase dar cuenta del nego-

cio del matrimonio. No me faltaba otra cosa. ¿Y si viene la visita tambien á mi Iglesia? Oh, será lo que será. : no quiero entristecerme de antemano: bastantes penas tengo con las presentes. Por de pronto voy á encerrarme en mi casa. Mientras que su Eminencia ande por estos pueblos D. Rodrigo no tendrá humor de hacer locuras.... ¿Y despues? ¿Y despues? ¡Ah! ya veo que en mis últimos años no lo pasaré muy bien.

La comitiva llegó al pueblo antes que terminase la funcion de Iglesia, y pasó por entre la misma gente, con igual admiracion y aplauso que á la ida. Los dos caballeros se quedaron en la casa donde Monseñor estaba alojado, y la litera marchó en derechura á casa de aquella buena muger.

Don Abundio cumplió su palabra: apenas se apeó, hizo los mas reverentes cumplimientos al innominado, le suplicó que le escusase con su Eminencia, pues negocios urgentes le obligaban á ir á su parroquia, buscó su caballo como él le llamaba, y era un

baston que habia dejado en un rincon de la sala, y se puso en camino, dejando al innominado aguardando la venida de su Eminencia.

La buena muger hizo sentar á Lucía en la mejor silla, y en el mejor lugar de su cocina: se afanó para prepararla algun alimento, y con una aspereza cordial se negaba á recibir las gracias que ella le daba.

Presto, presto, arrimando ramitas secas debajo de una gran cazuela donde nadaba un buen capon, hizo levantar el hervor al caldo, llenó una taza bien guarnecida de rebanaditas de pan, y se la presentó á Lucía. Era de ver como la pobrecilla se reanimaba á cada cucharada, y su bienhechora notándolo se congratulaba consigo misma de que la cosa hubiese sucedido en un dia en que como ella decia no estaba el gato sobre el fogon: todos, añadia, se esmeran hoy en tener algo de bueno en su mesa, á excepcion de esos pobres.... pero hoy aun estos con un señor tan caritativo esperan tener alguna cosilla. Nosotros, á Dios gra-

cias, no estamos en ese caso. Con el oficio de mi marido, y alguna cosa que tenemos al sol, vamos pasando. Asi pues, comed con buen apetito, que pronto el capon estará en su punto, y podeis reanimaros mucho mejor. Con esto empezó á preparar la mesa para su familia.

Lucía reparadas algun tanto sus fuerzas, y siempre mas tranquilo su espíritu andaba como por costumbre, y por un instinto de limpieza y de urbanidad, componiéndose las trenzas de su cabeza; arreglándose el vestido, y al llegar á su cuello se enredaron sus dedos en el rosario que alli habia colocado por la noche en su mayor apuro. Al tocar este se recordó del voto que habia hecho: esta idea oprimida hasta entonces y sofocada por tantas sensaciones, se la suscitó de improviso, y se la presentó clara y distinta. Entonces todas las fuerzas de su alma apenas alentadas, quedaron de un golpe rendidas, y si aquel ánimo no hubiese estado preparado con una vida de inocencia, de resignacion y de con-

fianza, la conmocion que entonces experimentó hubiera pasado á ser desesperacion decidida. Despues de aquel tumulto de pensamientos que no se sujetan á las palabras, las primeras que pronunció fueron: ¡Pobre de mí! ¿Qué he hecho?

Pero apenas las pronunció, sintió como una especie de espanto. Se la recordaron todas las circunstancias del voto; la angustia intolerable, la ninguna esperanza de humano auxilio; el fervor de su súplica; la plenitud del sentimiento con que hizo la promesa. Y despues de haber obtenido la gracia, arrepentirse del voto, la pareció una ingratitud sacrílega, una perfidia hácia Dios y la Vírgen: la pareció que semejante infidelidad la atraeria nuevas y terribles desventuras, en las cuales ni aun podria esperar en sus oraciones, y se apresuró á desdecirse de aquel arrepentimiento momentáneo. Se quitó reverentemente el rosario del cuello, y teniéndole en la mano renovó el voto, pidiendo al mismo tiempo con fervorosos ruegos que

la fuese concedida la fuerza de cumplirle: que se la desvaneciesen aquellos pensamientos, y que se alejasen las ocasiones en que pudiera sino darse por vencida su alma, atormentarse demasiado. La permanencia de Lorenzo á tanta distancia, y sin esperanzas de regreso á su patria, que hasta entonces la habia sido tan amarga, la pareció una disposicion de la Providencia que habia hermanado dos sucesos para un fin solo; y procuraba encontrar en uno de ellos razones para consolarse en el otro. Despues de este raciocinio se figuraba tambien que la misma Providencia dispondria las cosas de modo que Lorenzo se resignase tambien y no pensase en.... Apenas tal pensamiento entró en su mente, la pobrecilla sintiendo que su corazon queria de nuevo arrepentirse, volvió á su oracion, á la conformidad, y al combate del cual salió.... no sé si es buena esta comparacion, como el vencedor que herido se levanta de encima de su contrario caido.

En esto se oyó un estrépito y un

bullicio festivo, y era la familia que venia de la Iglesia. Dos muchachas y un muchacho entraron saltando, y se pararon á mirar con curiosidad á Lucía; despues corrieron á su mamá, y se agruparon alrededor de ella; cual pregunta el nombre de la huéspeda, y el cómo y el por qué.... cual quiere contar lo que ha visto en la Iglesia, y la buena madre responde á todos: quietos, quietos. Entra despues con pasos mas moderados pero con una premura cordial el amo de la casa. Era el Sastre de la aldea, y de un trozo del pais alrededor: hombre que sabia leer y habia leido efectivamente los libros que andan en manos de todos, de modo que pasaba entre sus paisanos por hombre de talento y de ciencia, á lo que él respondia modestamente que habia errado la vocacion, y que si hubiese estudiado en lugar de tantos otros...; y con esto el mejor genio del mundo. Habiéndose hallado presente cuando su muger fue buscada para aquel viage caritativo, no solo la habia dado su aprobacion, sino

que añadió sus persuasiones aunque no eran necesarias. Ademas entonces la pompa, el concurso, y sobre todo el sermon del Cardenal habian, por decirlo asi, exaltado sus buenos sentimientos, y volvia á su casa con el mayor deseo de saber el éxito de la empresa, y hallar en salvo aquella inocente. Mira, mira, le dijo cuando entraba su esposa señalándole á Lucía, la cual se levantó y comenzaba á pronunciar algunas palabras, que él interrumpió acercándose á ella y diciéndola con el mayor cariño: bien venida, bien venida. Traeis la bendicion del Cielo á esta casa. ¡Cuán contento estoy de veros en ella! Era bien seguro que habíais de llegar á buen puerto, porque jamás se ha visto que el Señor haya comenzado un milagro sin concluirle bien. ¡Pobre jóven! Pero es una gran cosa haber recibido un milagro.

No se crea que el Sastre era el único que calificase de milagro este suceso, pues por todo el pais y en todo aquel contorno jamás se habló de él en otros términos; y á decir ver-

dad, con los accesorios que despues se desplegaron no se le podia dar otro nombre.

Acercándose despues poco á poco á su muger que andaba sacando del fuego la comida, la dijo: ¿Se hizo todo con bien? — Perfectamente. Ya te lo contaré despues. — Sí, sí, despacio y con comodidad.

Puesta ya la mesa, la ama de casa fue á buscar á Lucía, la hizo sentar, y separando un trozo del capon, se le puso delante; despues se sentó ella y su marido, exhortándola ambos á que comiese con buen apetito. El Sastre comenzó entre los primeros bocados á discurrir con gran énfasis, entre las interrupciones de los niños que comian en pie alrededor de la mesa, y que aquel dia habian visto cosas demasiado extraordinarias para hacer por mucho tiempo el papel de meros oyentes. Él describia las ceremonias solemnes, despues saltaba á hablar de la conversion milagrosa; pero lo que mas impresion le habia hecho, y sobre cuyo punto volvia siempre, era el

sermon del Cardenal. Al verle, decia, delante del altar como un Cura, un Señor de su carácter.... ¿Y aquella cosa de oro que llevaba en la cabeza? decia una de las niñas. — Calla tú. Al pensar digo que un Señor de aquella clase, y hombre tan sabio que, segun dicen, ha leido todos los libros que hay aqui; cosa á que ningun otro ha llegado, ni aun en Milán, á pesar que sabe decir aquellas cosas de modo que todos le entendemos.... — Yo tambien la he entendido, dijo la otra niña. — Calla tú. ¿Qué puedes haber entendido? — Que explicaba el Evangelio en lugar del señor Cura. — Calla tú. No lo digo por los que saben alguna cosa, que entonces uno está obligado á entender; pero aun los mas duros de cabeza, y los mas ignorantes sentian dentro de su pecho lo que él decia. Id ahora á preguntarlos si conservan las palabras que oyeron. Ni una sola; pero el sentimiento queda en el corazon. Y sin nombrar á aquel Señor, ¡cómo se conocia que queria hablar de él! Y despues para entenderlo, bastaba ver las

lágrimas que corrian de sus ojos; y entonces todos lloraban. — Es verdad, dijo el muchacho sin poderse contener. ¿Pero por qué lloraban todos como niños? — Calla tú. ¡Y bien que hay de corazones duros en este pais!... Y ha hecho ver claramente que aunque sintamos ahora la carestía en este pais, debemos dar gracias á Dios, y estar contentos. Hacer cada uno lo que pueda, industriarse, ayudarse, y despues estar contentos. Porque la desgracia no consiste en padecer, ni en ser pobres; la desgracia está en hacer mal á otro. Y no son unas meras palabras, pues se sabe que él mismo vive como un pobre, y se quita el pan de la boca para dárselo á los que tienen hambre, cuando podia reirse del mal tiempo mejor que ninguno. Da gusto oir hablar á un hombre asi, no como á tantos otros que dicen: haz lo que te digo, y no hagas lo que hago. Y ademas ha probado claramente que aun aquellos que no son, propiamente hablando, unos señores, si tienen mas de lo necesario están obligados á socorrer al necesitado.

Aqui interrumpió él mismo su discurso, como obligado por un profundo pensamiento. Calló por un rato: despues compuso un plato de lo que habia sobrado; añadió un pan, lo puso todo en una servilleta, y cogiéndola por las cuatro puntas dijo á la niña mas pequeña, toma esto: la hizo coger con la otra mano un frasquito de vino, y añadió: ve á casa de María la viuda; déjala esto, y dila que es para que pase un rato alegre con sus niños; pero con mucho cariño, para que no conozca que se la hace una limosna, sino una fineza. Si encuentras á alguien no digas adonde vas, y cuida de no romper nada.

Los ojos de Lucía se llenaron de lágrimas, y sintió en su corazon una ternura que la recreaba, asi como en los discursos anteriores habia recibido un consuelo tal que no podia dársele mayor un sermon escrito de intento para consolarla. El alma atraida por aquellas descripciones de la solemne y devota funcion, por aquellas conmociones de piedad y de maravilla, y

prendada del mismo entusiasmo del que lo contaba, se apartaba de los pensamientos tristes, y volviendo á ellos, se encontraba mas fuerte para vencerlos. El mismo pensamiento del gran sacrificio de su voto, aunque no habia perdido su amargura, se unia á un no sé que de alegría austera y solemne.

A poco rato entró el Párroco y dijo que el Cardenal le enviaba á saber de Lucía, y advertirla que queria verla, como tambien á dar gracias en su nombre á los dos esposos. Los tres conmovidos á vista de semejante bondad, no hallaban razones para responder al recado de tal personage. — ¿Y no ha llegado vuestra madre, dijo el Cura á Lucía? — Mi madre, exclamó ella! y supo por su narracion como la habia enviado á llamar de órden del Prelado. Ella se arrimó el pañuelo á los ojos; y rompió en un gran llanto, que aun duró un rato despues que el Cura se habia ido. Luego que se serenaron los afectos tumultuosos que excitó aquel anuncio, dieron lugar á pensamientos mas reposados, y la pobreci-

lla comenzó á pensar que aquel contento inmediato que iba á recibir, contento tan poco esperado unas horas antes, era una cláusula expresa del voto que habia hecho en aquellas mismas horas, poniéndole como una condicion cuando dijo: *hacedme volver salva con mi madre.* Cuyas palabras se la renovaron con toda distincion en su memoria. Se confirmó de nuevo en mantener su promesa, y se arrepintió mas y mas del pesar que por ella habia sentido un solo instante.

Efectivamente, Agnes entonces solo distaba un breve espacio de la casa. Es fácil conocer cómo la pobre muger se quedaria al recibir el convite de pasar á aquel pueblo y al anuncio incompleto y confuso de un peligro ya pasado, pero espantoso, de un caso oscuro que el mensagero no sabia explicar ni ella podia entenderle por lo que habia antes sucedido. Despues de mil exclamaciones y mil preguntas habia montado rápidamente en el carro, prosiguiendo todo el camino sus exclamaciones é inútiles pregun-

tas. En un cierto punto habia encontrado á Don Abundio, que paso tras paso, y señalando cada uno con su baston, venia muy despacio: despues de un ¡oh! pronunciado á un tiempo por ambas partes, él se paró; ella se bajó del carro, y apartándose á un lado del camino junto á unos castaños, la informó D. Abundio de lo que hábia podido saber ó debido ver. La cosa no era clara; pero al menos Agnes supo que su hija estaba en salvo, y respiró.

D. Abundio hubiera querido entrar en un largo razonamiento é instruirla del modo con que se habia de gobernar si el Arzobispo, como era regular, quisiese verlas, y sobre todo advertirla que no convenia hablar del matrimonio.... pero Agnes conociendo que él no iba á hablar sino de su propio interés, le dejó plantado y se puso en camino.

Finalmente, el carro llegó al pueblo, y paró á la puerta del Sastre: Lucía baja corriendo, entra Agnes precipitada y se abrazan estrechamente. La buena muger que se hallaba pre-

sente, las animó, las consoló, se congratuló con ellas, y despues como discreta las dejó solas, pretestando que iba á disponer una cama para las dos, añadiendo que á Dios gracias tenia proporcion para ello; pero que si no, mas hubiera querido pasar la noche en el suelo, que permitir que fuesen á otra casa.

Pasado aquel primer momento de lágrimas y caricias, quiso Agnes saber lo que habia pasado á su hija, y ésta se lo contó con el mas amargo llanto; pero como ya el lector sabe esta historia, que ninguna de ellas conocia por entero, baste decir que ambas se perdian en conjeturas, sin dar ni aun acercarse con mucho al punto verdadero: solo en cuanto al autor de la trama que únicamente pensaban era D. Rodrigo.

¡Oh alma negra! ¡Oh tizon del infierno! exclamaba Agnes; pero su dia le llegará, Dios le dará el premio segun sus obras, y entonces pobre de él.

No, no, Mamá, no: no le anuncieis esos padecimientos ni á él ni á ningu-

no. ¡Si supiéseis que cosa es padecer! ¡Si lo hubiéseis probado! No, no: pidamos antes á Dios y á María Santísima que le toquen al corazon como á este otro señor que era peor que él, y ya es un santo.

La repugnancia que Lucía experimentaba al renovar la memoria de cosas tan recientes y tan crueles, la hizo mas de una vez cortar su narracion, y mas de una vez dijo que la faltaban las fuerzas para proseguir, y solo despues de muchas lágrimas continuó su discurso. Pero á un cierto paso de su historia, esto es, al llegar á lo del voto, se halló sorprendida por un sentimiento diverso, que era el temor de que su madre la reprendiese de imprudente y precipitada, y que esta, segun habia hecho en el asunto del matrimonio, saliese con alguna antigua regla de conciencia, ó que descubriese el secreto á cualquiera, aunque no fuese mas que por buscar consejo, y asi le divulgase, cosa en que Lucía experimentaba un rubor extraordinario, unido á una inexplicable repug-

nancia de hablar de tal materia: por todo esto ella guardó en silencio esta importante parte de su historia, proponiendo en su corazon que el Padre Fray Cristobal la supiese antes que nadie. Como entonces preguntase por él, oyó que no estaba en su convento por haberle enviado allá.... á un pais muy distante. — ¿Y Lorencito? dijo Agnes. — ¿No es verdad que está en salvo? preguntó ansiosamente Lucía. — Eso es seguro porque todos lo dicen. Se tiene por cierto que ha ido á Bergamo, pero el lugar fijo todos le ignoran. Ademas él tampoco ha dado noticia de sí; tal vez será por no haber encontrado un buen conducto. — ¡Ah! si está en salvo, sea Dios bendito, exclamó Lucía, y buscaba otra materia que proporcionase seguir la conversacion, cuando se escuchó en la calle la comitiva del Cardenal Arzobispo.

Este señor, luego que volvió de la Iglesia y habló con el innominado, supo de su boca la salida de Lucía, y se sentó á la mesa colocándole á su

derecha y entre una porcion de eclesiásticos que no podian hartarse de mirar aquel semblante abatido sin debilidad, y humillado sin abatimiento, comparándole con la idea que de tal personage tenian hace tiempo formada.

De sobre mesa habian quedado los dos á solas, y despues de una conferencia mas larga que la primera, el innominado habia marchado á su castillo en aquella propia mula que le habia servido para los viages de la mañana, y el Cardenal, llamando al Párroco, le habia dicho que queria fuesen juntos á la casa donde estaba Lucía.

¡Oh Monseñor! habia respondido el Párroco, mejor será que venga esa jóven y su madre si ha llegado, y aun los amos de la casa si gusta vuestra Eminencia. — Deseo yo mismo ir á buscarlos habia respondido Federico. — No hay para que se incomode vuestra Eminencia, yo enviaré al instante á buscarlos, habia replicado él mismo, no entendiendo que el Cardenal

con aquella visita queria hacer honor á la desgracia, á la inocencia y á su propio ministerio; pero viéndole empeñado en ello no tuvo mas que obedecer.

Luego que el pueblo los vió entrar en la calle salió á verlos, y á poco rato tenian que andar entre dos filas de gente. A un lado, á un lado, decia el Párroco, retiraos... y Federico lleno de bondad le detenia diciendo: dejadlos, dejadlos; y proseguia andando, unas veces bendiciendo la gente y otras deteniéndose á acariciar los niños que se le ponian delante. Asi llegaron á aquella casa, y entraron quedándose la gente agolpada á la puerta. Entre tantos se hallaba el Sastre, quien como todos los demas estaba parado, con los ojos fijos, y la boca abierta, no sabiendo donde se dirigia el Prelado; pero cuando vió la inesperada fortuna de que iba á su casa, se hizo abrir paso con todo estrépito gritando: dejen pasar al que tiene precision de ir; y con esto logró la entrada.

Agnes y Lucía oyeron el rumor de

la gente en la calle, y cuando estaban pensando lo que podia ser, vieron abrirse la puerta de la sala y presentarse el Purpurado y el Párroco. ¿Es aquella? dijo el primero al segundo, el cual respondió con una seña afirmativa, y al momento se dirigió hácia Lucía que con su madre estaban estáticas, llenas de confusion y de asombro á vista de tan extraordinaria fortuna. Pronto cobraron ánimo al oir el tono cariñoso de aquella voz, y al ver el respetable aspecto de quien pronunciaba las palabras. Pobre jóven, dijo el Cardenal: Dios ha permitido que fuéseis expuesta á una gran prueba; pero bien os ha hecho conocer que no habia separado los ojos de vos ni os habia desamparado. Os ha puesto en salvo y se ha servido de vos para una gran obra, para usar de una gran misericordia con uno, y para tranquilizar á muchos al mismo tiempo.

Aqui se presentó en la sala la ama de casa, que al oir el rumor de la gente se habia asomado á una ventana del otro piso, y viendo que su casa

era la dichosa, habia bajado casi saltando, y despues de haberse detenido á la puerta para tranquilizarse, se hizo presente á ocasion que tambien llegaba su marido. Al ver que el Cardenal hablaba con las huéspedas, se mantuvieron ambos retirados, y el Prelado despues de saludarlos cortesmente, prosiguió hablando con Lucía, alternando sus consuelos con algunas preguntas, á fin de ver si hallaba ocasion de hacer mas favores á la que tanto habia padecido.

Ojalá todos fuesen como Vueseñoría que se interesasen por los pobres y no pensasen en meterlos en mas embrollos para quedar ellos en salvo, dijo Agnes animada por el tono afable de Federico, y atizada por el pensamiento de que el señor D. Abundio despues de haber siempre sacrificado á los otros pretendiese tambien estorbarles el pequeño desahogo de exponer sus quejas al que era su superior, cuando la ocasion se presentaba por un raro acaso.

Decidme cuanto querais, dijo el

Cardenal, habladme libremente. Quiero decir, que si nuestro señor Cura hubiese hecho su deber, la cosa no hubiera llegado á estos términos.

El Cardenal la hizo nuevas instancias para que se explicase mas claro, y ella empezó á verse muy embrollada para contar una historia en que tambien tenia una parte de que no deseaba hablar, especialmente á presencia de tal personage. En fin, halló modo de contarla con un pequeño salto: habló del matrimonio concertado, de la negativa de Don Abundio; no calló aquel pretesto de *los superiores* que habia puesto por delante aqui Agnes, saltó á hablar del atentado de D. Rodrigo; y como habiendo estado advertidos habian podido escapar.... escapar, dijo, para enredarnos de nuevo. Si entonces el señor Cura hubiese dicho francamente la cosa y hubiera casado á estos pobres jóvenes, nosotros nos hubiéramos marchado secretamente allá muy lejos á una parte donde ni el aire supiese que estábamos. Asi se perdió tiempo, y ha salido lo que ha sa-

lido. — El señor Cura me dará cuenta de ese hecho, dijo el Cardenal. — No señor: No señor, respondió Agnes, no lo he dicho por eso, no le riña vuestra Eminencia, porque ya lo hecho esta hecho y no sirve para nada. Es un hombre asi por su naturaleza, si volviese á hallarse en el mismo caso haria lo propio.

Lucía descontenta de aquel modo de contar la historia, añadió: tambien nosotras hemos hecho algo malo: se ve que no era la voluntad de Dios que saliese bien la cosa.

¿Qué cosa mala habeis podido hacer vos, pobre jóven? preguntó Federico.

Lucía á pesar de las ojeadas que su madre á escondidas la dirigia, contó la tentativa hecha en casa de D. Abundio, y concluyó diciendo: obramos mal, y Dios nos ha castigado.

Recibid como de su mano las penas que habeis sufrido, y cobrad ánimo, respondió Federico; porque ¿quién tendrá razon de alegrarse y de esperar sino el que ha padecido y piensa en acusarse á sí mismo?

Preguntó luego dónde se hallaba el novio, é informado por Agnes (pues Lucía estaba callada, con la cabeza baja y los ojos en el suelo) de que andaba huido, preguntó la causa. Agnes refirió lo poco que de ella sabia, á lo que contestó Federico. He oido hablar de ese hombre; ¿pero cómo puede ser que uno que se mezcló en negocios de aquella naturaleza estuviese tratado de casar con esta niña? — Era un jóven muy honrado, dijo Lucía llorando, aunque con una voz firme. — Un jóven sumamente pacífico, añadió Agnes, y esto se puede preguntar á cualquiera: al mismo señor Cura. Quién sabe qué laberinto habrán armado alli, y qué intrigas. Bien poco se necesita para hacer que un pobre pase por un bribon.

Por desgracia, dijo el Cardenal, es eso demasiado cierto, yo me informaré de él con toda puntualidad, y escribiendo su nombre, dijo: que pensaba ir al pueblo de ellas dentro de pocos dias: que entonces Lucía podia ir sin recelo, y que él pensaria en bus-

carla un asilo seguro, hasta que la cosa terminase del mejor modo posible.

Se volvió despues al amo de casa, renovó las gracias que habia dado por medio del Párroco, y preguntó á ambos esposos si estarian contentos de recibir por unos cuantos dias aquellos huéspedes que Dios les habia enviado.

Oh, si señor, respondió ella con un tono que expresaba mucho mas que aquella corta respuesta; pero su marido trémulo con la presencia de tal interrogante, y excitado por el deseo de hacerse honor, y lucir en una ocasion de tanta importancia, buscaba ansiosamente alguna elegante respuesta. Se estregó la frente, miró al través, frunció los labios, buscó, escudriñó en su mente: se le ocurrieron en tropel varias ideas incompletas, y medias palabras; pero el tiempo estrechaba: el Cardenal parecia que ya habia interpretado el silencio: el pobre hombre abrió la boca y dijo: *Figúrese Vueseñoria.*

El Cardenal marchó diciendo: la bendicion del Señor sea en esta casa. Aquella misma tarde preguntó al Pár-

roco el modo con que se podria recompensar á aquel hombre de la hospitalidad que habia usado en aquellas circunstancias, supuesto que no debia vivir en la abundancia. Contestó el Párroco, que en verdad ni su oficio, ni la renta de algunas heredades, no le pondrian en aquel año tan caro en estado de ser liberal con los otros; pero que habiendo tenido algunos ahorros los años anteriores, era uno de los mas bien acondicionados del pais, y podia sin mucha molestia hacer algun favor, como sin duda le haria de todo corazon: y que ademas tal vez se ofenderia su delicadeza si se le propusiese alguna recompensa pecuniaria. — Es probable, dijo el Cardenal, que le deban varias gentes que no puedan pagarle. — Ya puede conocer Vueseñoría que asi será, respondió el Párroco. Esta pobre gente paga con lo que les sobra de la cosecha: el año anterior faltó este sobrante, y en el presente todos carecen aun de lo necesario.

Siendo eso, respondió el Cardenal, yo tomo á mi cargo satisfacer lo que

le deban, y vos me hareis el gusto de pedirle una nota de las partidas que sean, y pagarlas. — Será una suma algo crecida. — Tanto mejor. Y sin duda tendreis en la parroquia muchos de aquellos infelices mas desnudos que no puedan proporcionarse ropas. — Demasiados hay de esos. Bien se hace cuanto se puede; ¡pero quién ha de bastar á socorrer á tantos en tiempo de tal miseria! — Haced que los vista de mi cuenta, y pagádselo bien. A la verdad este año me parece que es robado todo lo que no se emplea en pan; pero este es un caso particular.

No queremos concluir la historia de este dia sin decir como le terminó el innominado.

De esta vez la fama de su conversion le habia precedido, estaba esparcida en todo el valle, procediendo un increible murmullo, muchas cabilaciones y no pocas conjeturas. Hizo señas de que le siguiesen á los primeros valentones que encontró en el camino, y sucesivamente á los demas: todos le siguieron suspensos, y en vir-

tud de la sumision acostumbrada, de modo que llegó al castillo con un séquito que crecia á cada instante. Mandó lo mismo á los que se hallaron á la puerta, entró en el primer patio, se colocó en medio, y manteniéndose á caballo hizo oir su voz tonante, cuyo grito era la señal, á la que todos corrian á tomar sus órdenes.

Luego que los vió juntos los mandó ir á esperarle en la sala grande, y sin apearse los siguió con la vista, observando si le obedecian. Echó luego pie á tierra, llevó por su mano la mula á la cuadra, y fue donde le aguardaban. Al presentarse cesó el murmullo que traian, y dejándole desocupada una gran parte de la sala, todos se colocaron á un lado, llegando su número como á unos treinta.

El innominado levantó la mano como para mantener el silencio que ya su presencia habia impuesto: levantó su cabeza que sobresalia entre las de todos, y dijo: escuchad, y ninguno hable sino se lo mando. Hijos mios: el camino que hasta ahora llevamos va

á parar sin remedio al centro del infierno. No es esto reprenderos ni haceros cargos, cuando yo he sido el que os ha capitaneado, siendo el peor de todos; pero oidme lo que voy á deciros. Dios misericordioso me ha llamado á mudar de vida: y la mudaré, ó mejor diré, ya la he mudado. Asi quiera su divina Magestad hacer con todos vosotros. Sabed pues, y tened por cierto, que me hallo resuelto á morir antes que hacer cosa que sea contra su santa ley. Retiro á cada uno de vosotros las órdenes que le he dado.... ya me entendeis: y asi os mando que no cumplais ninguna de ellas. Tened igualmente por cierto que de aqui en adelante nadie podrá obrar mal bajo la salvaguardia de mi proteccion, ni en mi casa. Quien bajo esta condicion quiera permanecer en ella, será tratado como un hijo, y me quedaré contento el dia en que yo no hubiese comido, por dar el pan de mi mesa al último de vosotros. El que no quiera estar recibirá el importe de su salario, y una gratificacion mas; pero

no ponga los pies en casa, como no sea para mudar de vida, que entonces será recibido con los brazos abiertos. Pensadlo esta noche: mañana os llamaré uno á uno para oir vuestra respuesta, y entonces os daré nuevas órdenes. Por ahora retiraos cada uno á su puesto, y Dios que tanta misericordia ha usado conmigo, os inspire buenos pensamientos.

Calló él, y callaron todos, pues aunque fuesen varios y tumultuosos los pensamientos que les ocurriesen, ninguno dió señal de ellos, porque estando acostumbrados á tomar la voz de su Señor como la manifestacion de una voluntad á que no se podia contradecir; la misma voz, aunque anunciando que su voluntad se habia mudado, no dejaba lugar á la réplica. A ninguno le pasó por el pensamiento que por verle convertido podian contradecirle: es decir que veian en él un santo, pero un santo con la cabeza erguida, y la espada en la mano. Ademas de el temor, tenian para con él (especialmente los que habian nacido

en su casa, y eran la mayor parte) un cariño como de hombres sujetos, y á su presencia sentian aquel no sé que, que aun los mas rudos sienten delante de una superioridad bien reconocida. Lo que acababan de oir de aquella boca, si bien no era agradable á sus oidos, no era falso ni del todo extraño á su entendimiento, y si repetidas veces se habian burlado de ello, no era porque no lo creyesen, sino porque haciendo burla habian querido evitar la tristeza que les hubiera causado el pensar en ello sériamente; de modo que ahora viendo el efecto que en su amo habia hecho aquel miedo, unos mas y otros menos cada cual se habia aplicado á sí mismo al desengaño. Agregábase á esto, el que aquellos que primero habian oido la noticia fuera del valle, habian visto, y referido luego el placer de todo el pueblo, el favor universal que su amo se habia ganado, y la veneracion que repentinamente habia substituido al odio y al terror con que antes era mirado. Asi aquel hombre á quien ellos siem-

pre habian mirado de abajo á arriba, como suele decirse, aun cuando ellos mismos componian gran parte de su fuerza, le veian ahora hecho el ídolo y la maravilla de la multitud, y le miraban muy superior á los demas, por un medio bien diverso, pero mas afectado, y siempre fuera de la esfera comun, siempre como cabeza.

Estaban pues como fuera de sí, desconfiados uno de otro, y cada uno de sí propio. Cual murmuraba; cual formaba sus planes sobre la casa donde iria á buscar amparo y ocupacion; cual se examinaba sobre si podria acomodarse á la enmienda; y cual tambien movido de aquellas palabras sentia una cierta inclinacion á ser hombre de bien: otro sin resolverse á nada imaginaba prometerlo todo á buena cuenta, permanecer entre tanto comiendo aquel pan ofrecido de tan buena voluntad, y en aquella época tan escaso, y ganar asi tiempo, de manera que ninguno chistó despues de la arenga. Cuando el innominado al concluirla levantó aquella mano imperiosa para

que se retirasen, todos á fuer de sumision se dirigieron á la puerta. Él los siguió, y plantándose en medio del patio, observó si se dirigian á sus puestos; tomó luego la linterna, reconoció de nuevo los patios, los corredores, las salas; visitó las accesorias, y cuando estuvo cierto de que todo estaba tranquilo, se fue á dormir. Sí, á dormir, porque ciertamente tenia sueño.

Aunque jamás le habian faltado negocios enredados y urgentes, sin embargo en ninguna época de su vida habia tenido tantos como entonces, pero á pesar de todo sentia sueño. Los remordimientos que la noche anterior le habian desvelado aunque todavía existiesen, eran mas moderados, porque los consolaba la esperanza, y asi es que tenia sueño. El órden y la especie de gobierno establecido por él alli dentro tantos años hacia, con tantos cuidados, y con teson tan singular, tal vez quedaba debilitado por su propia boca al pronunciar aquellas palabras: el afecto ilimitado que los

suyos le profesaban; aquella su disposicion á todo; aquella fé picaresca sobre la que tanto tiempo habia reposado, ya estaba rota por él mismo: sus propios medios le hacian nacer una porcion de intrincados laberintos: habia introducido en su casa la confusion y la incertidumbre; pero á pesar de todo tenia sueño.

Dirigióse pues á su alcoba, se acercó á aquella cama donde la noche pasada habia encontrado tantas espinas, y se arrodilló á su lado para rezar antes de acostarse. Encontró en un rinconcillo oculto de su mente las oraciones que habia aprendido cuando niño; comenzó á recitarlas, y aquellas palabras que tan largos años estaban como en peloton, se iban presentando aunque con dificultad una despues de otra. Experimentaba en aquella ocasion una mezcla de sentimientos que no podia definir: una cierta dulzura en aquel retroceso material á los primeros años de su infancia: un extremecimiento doloroso al pensar el abismo que él habia puesto entre

aquel tiempo y el presente, un vivísimo deseo de lograr con obras de espiacion, una conciencia nueva, un estado el mas parecido á la inocencia, ya que no era posible retroceder á esta, un reconocimiento, una confianza en aquella misericordia, que le podia conducir al punto que deseaba, y que ya le habia dado pruebas de querérselo conceder. Levantóse pues, se acostó, y en breve se durmió profundamente.

Asi concluyó aquella jornada tan famosa cuando escribia nuestro anónimo, y que sin él hubiera quedado en el olvido, al menos en cuanto á sus particularidades; pues el Ripamonti, y el Rivola que dejamos ya citados, no dicen sino que este hombre tan famoso como temible, de resultas de una conferencia con Federico, mudó admirablemente de vida, y para siempre. ¿Y cuántos habrán leido las obras de estos autores? Menos tal vez de los que lean la nuestra. ¿Y quién sabe si en aquel propio valle, si alguno tuviese el gusto de buscarle, y la ha-

bilidad para hallarle, habrá quedado alguna señal ó alguna confusa tradicion de este hecho? ¡ Desde aquel tiempo á este han sucedido tantas cosas!

CAPITULO XXIV.

Ni en la aldea de Lucía ni en todo el territorio de Lecco, se hablaba de otra cosa al dia siguiente que de ella, del innominado, del Arzobispo y del señor D. Rodrigo, no porque antes no se hubiese hecho mencion de los atentados de este; pero eran discursos vagos, aislados, secretos, y era preciso que dos se conociesen bien mútuamente para descubrirse sus pechos sobre asunto semejante. Aun entonces no expresaban todo el sentimiento de que eran capaces, porque los hombres, hablando en general, cuando no pueden desfogar su indignacion sin grave peligro, no solo no muestran lo que sienten sino que ciertamente sienten menos de lo que deben. Pero ya en aquel dia ¿quién se hubiera detenido en indagar y raciocinar sobre un he-

cho tan estrepitoso, donde tan claramente se habia visto la mano del cielo, y donde hacian tan brillante papel dos personages semejantes, el Arzobispo y el innominado? El primero en quien el amor á la justicia tan vivo y tan animoso iba unido á tanta autoridad, y el otro en quien parecia que el predominio personificado se habia humillado; y la valentía y la temeridad habian venido á rendirse y entregar las armas. En comparacion de estas personas D. Rodrigo parecia muy pequeñito. Entonces se entendia lo que era atormentar la inocencia para luego deshonrarla, perseguirla con una constancia tan imprudente, con una violencia tan atroz, y con tan abominables asechanzas. Pasábanse en revista tantas otras hazañas del mismo, y sobre todo hablaban lo que sentian, y cada uno se alegraba de estar de acuerdo con todos. Era un murmullo, una indignacion general; pero sin embargo algo reservada, por los guapetones que él tenia consigo.

Una buena parte de este odio pú-

blico tocaba tambien á sus amigos y tertuliantes. Hablábase del señor Podestá, siempre ciego, mudo y sordo sobre los hechos de aquel caballero; pero con reserva, porque el Podestá tenia sus alguaciles; pero en cuanto al Doctor Azzecca-garbugli que no tenia sino su lengua y sus intrigas, bien asi como con otros tertuliantes de su calaña, no se gastaban tantos miramientos, y se les retrataba de frente, de perfil, y de todos modos, en disposicion que ambos juzgaron prudente no presentarse en la plaza aquellos dias.

Don Rodrigo consternado por esta noticia tan impensada como diversa del aviso que por momentos aguardaba, se estuvo encerrado en su Palacio, sin mas compañia que la de sus valientes, por espacio de dos dias que empleó en tragar veneno, y al tercero tomó el camino de Milán. Si solo se hubiese tratado de las hablillas de la gente, acaso se hubiera quedado expresamente para contradecirlas, y aun para buscar la ocasion de dar á los mas atrevi-

dos un brillante ejemplo de osadía; pero lo que le aterró fue la seguridad de que el Cardenal iba tambien por aquel pais. El Conde tio que de toda aquélla historia sabia únicamente lo que le habia contado Atilio, hubiera pretendido seguramente que en tal coyuntura Don Rodrigo hubiese hecho el primer papel cerca del Cardenal, y hubiese recibido en público la mas cariñosa acogida por parte de tan respetable Prelado. Esto hubiera pretendido, y á no haberlo visto es sin duda que se hubiera hecho dar cuenta exacta del motivo que lo impedia; pues la ocasion era importante para manifestar en qué grado de estimacion estaba su familia. Para librarse de tal apuro D. Rodrigo se levantó una mañana antes del alba, se metió en un coche llevando de escolta el Griso y valentones delante, detrás y á los lados, dejó dispuesto que el resto de la familia le siguiese á su tiempo, y marchó como huyendo, (ó si me es lícito compararle con otro célebre personage) marchó como Catilina salió de Roma, hecho un tigre, y

jurando volver pronto y mas acompañado á vengar sus desaires.

Entre tanto el Cardenal venia visitando, una por dia, todas las Parroquias esparcidas en el territorio de Lecco. El dia que debia llegar al pueblo de Lucía, ya una parte de sus habitantes habia salido á su encuentro, y en la misma entrada junto á la casita de nuestra heroina se habia levantado un arco triunfal, rústico y cubierto de hojas como obsequio campestre, y la fachada de la Iglesia, asi como las ventanas de las casas, estaban adornadas con las mejores cortinas que se hallaron. Por la tarde, á la hora en que su Eminencia acostumbraba llegar á los pueblos, ya todos los que aun estaban en sus casas, hombres, mugeres y niños, salieron á recibirle, parte en fila, y parte en grupos precedidos de Don Abundio, quien á pesar de ser tanta la fiesta y el regocijo público iba como de mala gana, lo uno por la bulla de la gente que le aturdia, lo otro porque la misma concurrencia le mareaba como él decia; y lo otro en fin por

aquella espina secreta de lo que las dos mugeres podian haber contado al Cardenal, de donde tal vez resultarian algunas preguntillas sobre el asunto del matrimonio que no se habia celebrado.

Llegó por fin su Eminencia, y no sin mucha dificultad pudo pasar á la Iglesia, pues la gente ansiosa de verle apenas le dejaba libre el camino. Hizo oracion, habló cuatro palabras al pueblo segun su costumbre, haciéndole ver el amor paternal que profesaba á todos, cuanto deseaba su salvacion, y el modo con que debian disponerse para asistir á la solemne funcion del dia inmediato. Retirándose despues á la casa del Cura, entre varias otras cosas que tuvo que conferenciar con él, le preguntó acerca de las cualidades y conducta de Lorenzo. D. Abundio contestó que era un jóven algo vivo, un poco testarudo, y tambien algo colérico; pero á otras preguntas mas circunstanciadas tuvo que confesar que era un jóven muy honrado, y que no sabia entender cómo en Milán hubiese podido

hacer todas las diabluras que de él se contaban. — En cuanto á la jóven, prosiguió el Arzobispo, ¿sois de opinion que puede venir ya con seguridad á su casa? — Por ahora, respondió Don Abundio, bien puede venir y estarse en su casa; pero.... añadió con un suspiro, era preciso que Vueseñoría estuviese siempre aquí, ó muy cerca. — El Señor siempre está cerca, dijo el Cardenal; pero en fin, yo pensaré en proporcionarla un lugar seguro, é inmediatamente mandó que á la mañana á buena hora marchase la litera bien acompañada, para que las dos volviesen á su pueblo.

Sumamente contento salió D. Abundio de que el Cardenal no le hubiese hablado del matrimonio. ¿Con que no sabe nada? decia entre sí. — ¡Agnes ha guardado silencio! Milagro. Ahora las volverá á ver; pero antes las daremos unas buenas instrucciones.... Sí, se las daremos. — Y el pobre hombre ignoraba que Federico de exprofeso no habia tocado aquel punto, porque entendia hablar de él mas á la larga, y

en tiempo mas desocupado; y que antes de decirle lo que era justo queria oir sus razones.

Las ideas del buen Prelado sobre la colocacion de Lucía eran inútiles, pues desde que se habia separado de ella habian sucedido otras cosas que vamos á contar inmediatamente.

Las dos mugeres, en aquellos pocos dias que tenian que pasar en la casa del Sastre, habian vuelto á su modo de vivir acostumbrado. Lucía habia buscado que trabajar, y como habia hecho en el monasterio, cosía, y cosía sin cesar retirada en un cuartito lejos de la gente, y Agnes andaba por el pueblo, y otras veces remendaba algunas ropas ayudando á la familia. Cuando hablaba con su hija, sus conversaciones eran tanto mas tristes cuanto mas afectuosas; ambas estaban preparadas para separarse, porque la oveja no debia vivir tan cerca de la cueva del lobo; ¿pero cuándo sucederia esto? y en llegando el caso ¿cuál sería el término de esta separacion? El porvenir es oscuro y em-

brolladísimo, especialmente para Lucía; pues Agnes allá en su interior se formaba conjeturas alegres; v. g., que Lorenzo si no le habia sucedido otra desgracia, daria noticias de su paradero; y si habia encontrado modo de subsistir, y si permanecia (¿quién podia dudarlo?) en el propósito de ser esposo de Lucía, ¿por qué no podian ir á vivir donde él residiese? Con estas y otras esperanzas queria entretener á su hija, la cual, no sabré decir si sentia mas dolor al verlas, que pena al contestarlas. Guardaba dentro de su pecho aquel gran secreto; la disgustaba tener esta reserva con tan buena madre, pero detenida por la irresistible fuerza de aquella vergüenza y de aquellos temores de que ya hemos hablado, andaba retardando el contestar á tan lisongeras esperanzas. Sus designios eran muy diversos de los de su madre, ó por mejor decir no tenia ninguno, y se habia entregado del todo en manos de la Providencia. Buscaba solamente el modo de terminar semejante conversacion, ó respon-

dia en términos generales que no tenia deseo ni esperanza de otra cosa en el mundo sino de unirse pronto con su madre, y las mas de las veces el llanto venia oportunamente á substituir las palabras.

¿Sabes por qué te parece eso? respondió Agnes; pues solo consiste en que como has padecido tanto, te parece imposible que vuelvas á estar bien; pero deja hacer al Señor, y si nos envia un rayo, un solo rayo de felicidad, entonces me podrás decir sino piensas en nada.... Lucía abrazaba á su madre y lloraba.

Por lo demas, entre ellas y la familia de casa se habia entablado una gran amistad. ¿Y dónde mejor podia nacer esta sino entre beneficiados y bienhechores cuando todos son buena gente? Agnes especialmente tenia largas conversaciones con la ama de casa: el Sastre las divertia á ratos con sus historias y sus discursos morales, y de sobremesa siempre tenia alguna cosa que referir de los Padres del desierto.

Á pocas millas de allí vivia una pareja de otra especie, que era D. Ferrante y D.ª Praxedes, que habitaban en un Palacio situado como todos los de aquel tiempo. D.ª Praxedes era una anciana muy inclinada á hacer bien, oficio ciertamente el mas digno de cuantos puede ejercer el hombre; pero que llevado al exceso puede incomodar como todos los demas. Para hacer bien es preciso conocerle, y en igualdad de circunstancias no podemos conocerle sino con relacion á nuestras pasiones y nuestros juicios. Con sus ideas D.ª Praxedes se gobernaba como dicen debe uno gobernarse con sus amigas, y aunque tenia pocas las amaba demasiado, y aun entre ellas habia por desgracia muchas disparatadas, y no eran ciertamente á las que menos se adhería.

Sucedíala muchas veces, ó proponerse como bien lo que no lo era, ó tomar para conseguirle un camino que debia producir lo contrario, ó creer que eran medios lícitos los que no tenian esta cualidad, ó ver en los hechos

lo que no habia, y dejar de ver la realidad de ellos, ú en fin otras cosas semejantes que pueden acaecer y que ciertamente acaecen á todos aun á los mejores.

Al oir el gran suceso de Lucía y todo lo que entonces se hablaba de ella, se la excitó la curiosidad de verla, y envió un coche con un viejo criado á buscar á las dos forasteras. Lucía se encogia de hombros y rogaba al Sastre que era el embajador de tal nueva que la disculpase. Si se hubiese tratado de una gente cualquiera que hubiese querido conocer á la jóven del milagro, el Sastre la hubiera disculpado con mucho gusto, pero en el caso presente, la negativa era á sus ojos una especie de desacato. Entre mil exclamaciones dijo una porcion de cosas, como que aquello no era urbanidad que era una casa principal; que con los señores no se debe usar el *no*; que podia ser principio de su fortuna; que ademas de todo la señora D.ª Praxedes era tambien una santa; y en fin, tales cosas fue ensartando, que Lucía se

vió precisada á rendirse, y mas cuando su madre confirmaba todas aquellas razones, repitiendo: asi es.... ciertamente, yo lo creo.

Llegada á casa de la Señora, esta las recibió con el mayor cariño, las hizo muchas preguntas, las dió muchos consejos, y todo con una cierta superioridad cuasi innata, moderada con tantas expresiones amistosas, templada con tanto interés y adornada con tanto talento, que Agnes casi de pronto, y Lucía poco despues, empezaron á sentirse aliviadas de aquel respeto opresor que se habia apoderado de ellas al principio. Brevemente D.ª Praxedes enterada de que el Cardenal habia tomado á su cargo buscar un asilo seguro á Lucía, manifestó deseo de prevenirle y llevársela á su casa donde no se la daria otra ocupacion que la aguja ó el huso, y aun añadió que ella pensaria en participárselo á Monseñor.

Ademas del beneficio claro é inmediato que habia en tal oferta, veía y se proponia D.ª Praxedes otro, en su opinion tal vez mas considerable, cual era

el de dirigir y encaminar por la buena senda una cabeza que no tenia ninguna necesidad de su auxilio. Pensaba asi porque desde la vez primera que habia oido hablar de Lucía, se habia persuadido repentinamente que en una jóven que habia podido prometer su mano á un bribon, un tunante, un alborotador, debia haber alguna cosa oculta, segun aquello de *dime con quien andas.* La visita de Lucía la habia confirmado en esta persuasion: no porque asi en globo, como suele decirse, no la hubiese parecido una buena jóven, sino porque hallaba mil cosas que reparar en ella. Aquella cabecita baja, aquel no responder, ó responder á pausas ó como por fuerza, podian indicar vergüenza, pero denotaban ciertamente mucha terquedad, y era fácil adivinar que aquella cabecita tenia allá sus ideas.... Aquel llanto prodigado á cada paso.... aquel suspirar.... y despues aquellos ojuelos que á D.ª Praxedes no la agradaban, todo la hacia creer, como si lo tuviese bien averiguado, que cuanto Lucía habia

padecido era un castigo del cielo para separarla de la amistad de aquel tunante (Lorenzo por supuesto) y considerando las cosas bajo este punto de vista, se habia propuesto cooperar con todas sus fuerzas á un fin tan bueno. Ella decia siempre que todo su estudio era secundar la voluntad del cielo; pero frecuentemente se equivocaba, tomando por voluntad del cielo la que era solamente suya. Se guardó bien de dar ningun indicio de esta segunda intencion que hemos dicho, siendo una de sus máximas que para salir con victoria en cualquier proyecto lo mas importante era tenerle secreto.

La madre y la hija se miraron mútuamente. Supuesta la dolorosa necesidad de separarse, las parecia digna de ser admitida la propuesta, aunque no hubiese otro motivo que la inmediacion de aquella casa á su aldea, lo que las proporcionaba verse con frecuencia en la aldea intermedia; y asi, leyendo cada una en los ojos de la otra la conformidad de opiniones, se volvie-

ron las dos á D.ª Praxedes dando las gracias con aquel tono que manifiesta el favor ya admitido. Ella renovó sus finezas y ofrecimientos, y dijo que dentro de poco las enviaria la carta que debian presentar al Arzobispo. Luego que ellas se retiraron, hizo D.ª Praxedes que escribiese el borrador de la carta Don Ferrante, de quien por ser literato como diremos luego, se servia como de secretario en las ocasiones de importancia. Tratándose de una carta de esta especie, D. Ferrante hizo los últimos esfuerzos de ingenio, y entregando á su esposa el borrador para que le copiase, la encargó sobre todo la ortografía, que era una de las muchas cosas que habia estudiado, y una tambien de las pocas en que él mandaba en su casa. Doña Praxedes sacó su copia con todo esmero y la hizo llevar á casa del Sastre, lo cual sucedió dos ó tres dias antes que el Cardenal enviase la litera para llevarlas á su pueblo.

Llegaron á él, cuando Federico aun no habia ido á la Iglesia, y asi se di-

rigieron á la casa del Cura, donde habia órden de presentarlas inmediatamente al Prelado. El Capellan, que fue quien las recibió, cumplió la órden deteniéndolas solamente el tiempo necesario para darlas aunque de prisa una leccioncilla sobre el ceremonial que habian de usar, y el tratamiento que debian darle: cosa que hacia cuantas veces le era fácil hacer á escondidas del Cardenal. Era para aquel pobre hombre un tormento contínuo el ver el poco órden que reinaba delante de aquella respetable persona en el punto de las ceremonias, y todo, decia, por la suma bondad de ese bendito Señor y lo mucho que se familiariza con todos; y contaba que mas de una vez habia escuchado con sus propios oidos responderle á secas, *si señor, no señor.*

Estaba en aquella ocasion el Cardenal tratando con Don Abundio sobre asuntos pertenecientes á la Parroquia, de modo que este no tuvo tiempo de dar las instrucciones que habia pensado, y solo al pasar junto á ellas las

hizo unas señas como para manifestarlas que estaba contento de su conducta y que siguiesen callando.

Despues de los primeros cumplimientos, Agnes le entregó la carta diciéndole, es de la señora D.ª Praxedes, la cual conoce mucho á vuestra Señoría Ilustrísima, como naturalmente sucede entre V. SS. los señores que todos se conocen. Cuando Vueseñoría Ilustrísima haya leido la carta verá lo que dice.

Muy bien, respondió Federico, y leyéndola y sacándola el jugo de su sentido entre las flores retóricas de D. Ferrante, dijo conocia aquella casa lo bastante para creer que Lucía habia sido convidada con buena intencion, y que alli estaría segura de las asechanzas y violencias del que la perseguia. No sabemos de positivo cual era el concepto que tenia del carácter de D.ª Praxedes; pero probablemente no era ella la persona que hubiera elegido en aquellas circunstancias; mas no era su costumbre deshacer lo que otros hacian para hacerlo mejor.

Admitid con resignacion la pena de esta separacion y la incertidumbre en que os hallais, añadió despues: confiad en que pronto concluirá, y que Dios querrá guiar las cosas al término á que ya parece las ha encaminado, y en todo caso tened por cierto que lo que su Divina Magestad quiera que sea, eso será lo mejor para vosotras. Dió á Lucía en particular algunos otros consejos piadosos, animó á ambas, las echó la bendicion y las despidió. Al salir á la calle se encontraron cercadas de un enjambre de amigos y de amigas, y aun se puede decir de todo el pueblo que las esperaba, y las condujo á su casa como en triunfo. Formaban entre todos una algarabía de parabienes, de pésames y de preguntas, y todos exclamaban manifestando el disgusto de que Lucía marchase al dia siguiente. Los hombres echándola de valientes se brindaban á servirlas: cada cual queria quedarse de guardia aquella noche en la puerta de su casa, y al contemplar esto nuestro anónimo, tuvo por convenien-

te formar este proverbio. = *Si quieres tener muchos que te favorezcan, haz por no necesitar de nadie.*

Tantos extremos de amistad confundian y embrollaban á Lucía; mas sin embargo la causaron algun bien, pues la distrajeron un poco de los pensamientos y recuerdos que debia excitarla, y aun la excitaba á pesar de todo, la vista de aquella puerta, aquellas veredas; y en una palabra, todos aquellos objetos.

Al toque de la campana, que anunciaba iba á comenzar la funcion, todos se dirigieron á la Iglesia, y este fue un segundo paseo triunfal. Concluido todo, Don Abundio que habia ido á ver si Perpetua habia dispuesto lo necesario para la mesa, fue advertido de que el Cardenal queria hablarle. Corrió pues al cuarto de tan ilustre huésped, el cual le dejó acercar y le dijo: *Señor Cura*, cuyas palabras fueron pronunciadas de un modo que daban á entender eran el principio de un discurso largo y sério. Señor Cura, prosiguió, ¿por qué no ha-

beis unido en matrimonio á esta Lucía con su prometido esposo?

Ea, ya vaciaron el saco esta mañana, dijo Don Abundio entre sí, y tartamudeando respondió: Vueseñoría Ilustrísima habrá oido hablar de los laberintos que nacieron de este negocio, y tal ha sido la confusion, que no me fue posible, ni aun hoy lo es, el ver claro en este asunto, como Vueseñoría Ilustrísima puede inferir, al ver que la jóven se halla aqui como por milagro despues de tantos incidentes, y el novio, por otros sucesos, ha ido á parar no se sabe donde.

Pregunto, replicó el Cardenal, si es verdad que antes de todo eso, rehusásteis celebrar este matrimonio cuando fuísteis buscado para ello, en el dia señalado, y el por que lo rehusásteis. — Verdaderamente.... Si vuestra Señoría Ilustrísima supiese qué amenazas.... qué preceptos terribles me han impuesto para no hablar.... y quedó sin concluir en una actitud respetuosa, que daba á entender sería indiscrecion querer saber lo restante.

Pero, dijo el Cardenal con una voz y un tono mas grave que lo que acostumbraba: es vuestro Obispo quien por su deber, y para vuestra justificacion quiere saber el motivo porque no habeis hecho lo que por el órden regular estábais obligado á ejecutar. — Monseñor, dijo Don Abundio con la mayor timidez: no he querido ya decir que.... Pero me ha parecido que siendo cosas ya pasadas, tan viejas, y sin remedio, es inútil volver á ellas.... Por fin, yo sé que Vueseñoría Ilustrísima no quiere arruinar á un pobre Párroco: porque, ya se ve, Vueseñoría Ilustrísima no puede estar en todas partes, y yo quedo aqui expuesto. Sin embargo, pues se me manda hablar lo diré todo. — Decidlo. Yo no deseo otra cosa que hallaros sin culpa.

Entonces Don Abundio se puso á contar la dolorosa historia, callando el nombre principal y diciendo solo un *gran Señor*, como si quisiese dar á la prudencia todo lo que podia darla en tal apuro. — ¿Y no habeis tenido otro motivo? preguntó el Cardenal

despues de oida toda la relacion.

Tal vez no me habré explicado bien, dijo D. Abundio: bajo pena de la vida me mandaron que no hiciese aquel matrimonio. — ¿Y os parece causa bastante para dejar de cumplir una obligacion precisa? — Yo siempre he cumplido mi obligacion, aunque con bastante incomodidad; pero cuando se trata de la vida.... — ¿Y cuando os presentásteis en la Iglesia, dijo con mas gravedad Federico, para recibir ese ministerio, hizo ella cuenta de vuestra vida? ¿Os dijo que los deberes anejos á ese ministerio estaban francos de todo obstáculo, y libres de todo peligro? ¿Os dijo qué donde comenzasen los peligros alli cesarian las obligaciones? ¿O no os ha expresado todo lo contrario? ¿No os ha advertido que os enviaba como un cordero entre los lobos? No sabiais que habria hombres violentos á quienes desagradaria lo que os fuese mandado. Aquel de quien recibimos la doctrina y el ejemplo; aquel á cuya imitacion nos llamamos Pastores, ¿cuando vino á la tierra á ejerci-

tar este oficio, puso por condicion el tener salva su vida? ¿Y para salvarla, ó mejor diré para conservarla unos pocos dias mas sobre la tierra, á expensas de la caridad y del deber, se habrá instituido la uncion Santa, la imposicion de las manos, y la gracia del sacerdocio? Basta el mundo para dar esta virtud, y para enseñar esta doctrina. ¿Qué digo? ¡Oh vergüenza! El mundo mismo lo refuta; el mundo tambien hace sus leyes que prescriben el bien y prohiben el mal: el mundo mismo tiene tambien su especie de evangelio, y con ser un evangelio de soberbia y de odio, no quiere que se diga que el amor á la vida sea un motivo que autorice la transgresion de sus mandatos; no lo quiere, y es obedecido. ¡Y nosotros! ¿Nosotros hijos y anunciadores de la promesa? ¿Qué sería de la Iglesia, si ese vuestro lenguaje fuese el de todos vuestros cohermanos? ¿Dónde estaria si se hubiese esparcido por el mundo con semejante doctrina?

D. Abundio tenia la cabeza baja, y

su espíritu estaba entre aquellos argumentos como un polluelo en las garras del halcon que le eleva á una region desconocida, en un aire que jamás ha respirado. Viendo que era preciso responder algo, dijo con una especie de sumision aun no persuadida. Monseñor, seré culpable: supuesto que la vida no se ha de contar para nada, no tengo que responder; pero cuando se ha de tratar con gente de cierta especie, con gente que tiene la fuerza, y que no quiere atender á razones, no sé que cosa se pudiese adelantar aun cuando uno quisiera hacer el guapo. Es un Señor aquel con quien no se puede sacar partido.

¿Y no sabeis que el padecer por la justicia es nuestra victoria? ¿Y si esto ignorais, qué es lo que predicais? ¿qué es lo que enseñais como maestro? ¿cuál es la *buena nueva* que anunciais al pueblo? ¿Quién exige de vos que repelais la fuerza con la fuerza? Ciertamente no se os preguntará un dia si habeis contenido á los poderosos con las armas, pues para esto no se

os dió ni mision ni medios; pero os será preguntado si empleásteis los medios que estaban á vuestros alcances, y si habeis hecho lo que os estaba mandado, aun cuando los otros tuviesen la temeridad de estorbároslo.

Estos hombres así son terribles, se decia á sí mismo D. Abundio. Juzgando por lo que oigo, mas se interesa por esos jóvenes que por mi pobre pellejo. Y ya se hubiera contentado con que el sermon no pasase adelante, pero á cada pausa veia el Cardenal en actitud de aguardar una respuesta, una confesion, una disculpa ó cualquier cosa.—Vuelvo á decir (contestó al Cardenal) que seré culpable. Uno no es dueño de su valor.—¿Y por qué habeis abrazado un ministerio que os impone la obligacion de hacer la guerra á las pasiones del siglo? O mejor diré, ¿cómo no habeis pensado que si en este Santo ministerio os falta el ánimo necesario para cumplir vuestros deberes, está en el cielo aquel que os le dará infaliblemente cuando se lo pidais con todas veras? ¿Creeis que todos esos mi-

llares de mártires tuviesen naturalmente el valor que mostraron, y mirasen con desprecio la vida? Tantos jóvenes que empezaban á gozarla; tantos ancianos acostumbrados á considerar que iba cerca de su fin; tantas doncellas tiernas; tantas madres de familia: todos tuvieron valor, porque el valor les era necesario, y ellos mismos confiaban tenerle. ¿Conociendo vuestra debilidad y vuestros deberes habeis pensado en prepararos para los pasos difíciles en que podíais hallaros, y en que efectivamente os hallásteis? Ah: si en tantos años de oficio pastoral habeis (¿y cómo he de creer que no?) amado vuestra grey, si habeis puesto en ello vuestro corazon, vuestros cuidados, vuestras delicias, no debió faltaros el valor en la ocasion, porque el amor es intrépido. Ahora bien: si amábais á vuestros feligreses, aquellos que estaban cometidos á vuestros cuidados espirituales, aquellos á quienes llamábais hijos; cuando vísteis dos de ellos amenazados como vos igualmente, ciertamente asi como la debilidad de la

carne os hizo temblar por vos, la caridad debió haceros temblar por ellos. Os hubiérais entonces humillado á vista de aquel primer temor porque era un efecto de vuestra miseria: hubiérais trabajado para vencerle porque era una tentacion, pero el santo y noble temor por otro, y especialmente por vuestros hijos espirituales, ese le hubiérais escuchado, ese no os hubiera dejado sosegar, ese os hubiera matado, obligado á pensar y hacer cuanto se pudiese para desviar el peligro que les amenazaba. ¿Qué cosa os ha inspirado el temor ó el amor? ¿qué habeis hecho, qué habeis pensado por ellos?

Aqui se detuvo aguardando una respuesta.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LORENZO,

ó

LOS PROMETIDOS ESPOSOS.

SUCESO

DE LA HISTORIA DE MILAN

DEL SIGLO XVII,

publicado en italiano

por el célebre Alejandro Manzoni,

y puesto en castellano

por D. Felix Enciso Castrillon.

Tomo III.

MADRID Y NOVIEMBRE: 1833.

Imprenta, calle del Amor de Dios, n.° 14.

Se halla en la librería de Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

CAPITULO XXV.

Al oir semejante pregunta, D. Abundio que estaba preparado para responder cualquier cosa á otras menos precisas, se quedó sin poder articular palabra. ¿No me respondeis? dijo el Arzobispo. ¡Ah! si hubiéseis hecho por vuestra parte lo que exigian la caridad y vuestra obligacion, aunque las cosas hubiesen ido como quisiesen, ya tendríais ahora algo que responder. Mirad ahora vos mismo lo que habeis hecho. Habeis obedecido á la iniquidad, no cuidando de lo que el deber prescribia. Sí, la habeis obedecido puntualmente. Ella se habia mostrado á vos para significaros su deseo, pero queria permanecer oculta á quien hubiera podido ponerse en defensa contra ella: no queria que se diese el alarma, queria el secreto para madurar á su despacio sus designios de traicion ó de

*

fuerza: os mandó la transgresion á vuestros deberes, y vos callábais habiendo obedecido lo primero. Ahora os pregunto si no habeis hecho mas, y me direis si es verdad que habeis buscado pretestos á vuestra negativa para no descubrirme el motivo. «Aqui volvió á detenerse aguardando una respuesta.»

Hasta esto le contaron aquellas habladoras, decia entre sí D. Abundio; pero sin dar señas de responder cosa alguna, por lo cual prosiguió el Cardenal, ¿con qué será verdad que dijísteis á aquellos pobrecillos lo que no era, á fin de mantenerlos en la oscuridad en que la malignidad queria envolverles?.. ¿Con que lo debo creer? Con que no me resta sino ruborizarme con vos, y esperar que vos llorareis conmigo. Ved á lo que os ha conducido (oh Dios de bondad) aquella solicitud por la vida temporal. Os ha conducido á.... contradecid estas palabras si os parecen injustas, y sino escuchadlas con una humillacion saludable: os ha conducido á engañar á los débiles, y á mentir á vuestros hijos espirituales.

He aqui como va el mundo, decia D. Abundio entre sí : al otro diablazo (hablaba por el innominado), le echó los brazos al cuello, y conmigo tanta bulla solo por una mentirilla, dicha únicamente con el fin de salvar mi pellejo. Paciencia : es mi signo que todos hasta los mas justificados han de pegar conmigo. Es cierto, dijo en alta voz, que hice mal, lo conozco; ¿ pero qué podia yo hacer en apuro semejante?

¿ Y aun lo preguntais? ¿ No os lo he dicho? ¿ Y sin que yo lo dijera no debíais saberlo? Amar, hijo mio, amar y orar. Entonces hubiérais comprendido muy bien que la iniquidad puede amenazar, puede ofender, pero no puede imponer preceptos: hubiérais unido segun la ley de Dios, á los que el hombre queria separar: hubiérais prestado á aquellos infelices el servicio que tenian derecho á exigir de vos, y en cuanto á las consecuencias Dios hubiera cuidado, pues se hubiera seguido su órden, y siguiendo la de otro vos habeis quedado responsable: ¡ y de qué consecuencias! Pero tal vez to-

dos los recursos humanos os faltaban; tal vez no habia ni una salida, cuando hubiéseis querido buscarla; pero entonces debíais pensar que aquellos infelices una vez casados, hubieran ellos pensado en buscársela: estaban dispuestos á huir de la faz del poderoso; y ya se habian propuesto el lugar de su refugio. Pero aun sin esto no se os acordaba que teneis un superior, el cual ¿cómo ahora tendria la autoridad de reprenderos porque habeis faltado, si no tuviese la obligacion de ayudaros á cumplir vuestros deberes? ¿Por qué no habeis pensado en informar á vuestro Obispo del impedimento que una infame violencia queria poner al ejercicio de vuestro ministerio?

El consejo de Perpetua, pensó al instante D. Abundio, quien en medio de aquel discurso únicamente tenia en su imaginacion los valentones, y la idea de que D. Rodrigo estaba bueno y sano, y que el mejor dia volveria glorioso, triunfante y rabioso. Y aunque aquella dignidad que le hablaba y aquel lenguaje le hacian es-

tar confuso, y le daban algun temor, este no disipaba el otro que tenia á D. Rodrigo, pues al fin veia que el Arzobispo no llevaba escopeta, ni espada, ni comparsa de valentones.

¿Cómo no habeis pensado (proseguia Federico) en que si aquellos inocentes perseguidos no hubiesen tenido refugio, yo estaba alli para buscárselo, para acogerlos, para ponerlos en salvo, cuando vos me los hubiéseis dirigido: dirigido, repito, como unos desamparados á su Obispo; como cosa suya; como parte preciosa, y acreedores no solo á su cariño, sino á sus bienes? En cuanto á vos, yo os hubiera cuidado: yo no hubiera debido dormir hasta que no hubiera estado seguro de que no se os tocaba ni á un cabello. ¿Pues qué yo no hubiera puesto en salvo vuestra vida, como debia hacerlo? ¿Y aquel hombre que fue tan atrevido, creeis que no hubiera disminuido mucho su osadía, cuando hubiese sabido que sus tramas eran conocidas fuera de aqui; conocidas de mí, y que yo velaba, y estaba resuel-

to á usar para vuestra defensa de todos los medios puestos en mi mano? ¿No sabíais que la iniquidad no se funda solamente en sus fuerzas, sino mucho mas en la credulidad y en el terror de los otros?

Las propias palabras de Perpetua; dijo entre sí D. Abundio, sin reflexionar que hacia poco honor á su talento aquella conformidad de palabras entre las del Cardenal y de una criada.

Pero vos (prosiguió y concluyó Federico) no vísteis, ó no quisísteis ver sino vuestro peligro temporal: ¿que maravilla es que os pareciese tan grande, que no quisiéseis ponerle en balanza con otra cualquier cosa?

Fue, se atrevió á responder Don Abundio, porque yo ví aquellas caras, y escuché aquellas palabras. Vueseñoría Ilustrísima habla muy bien; pero era preciso haberse visto en el lugar de un pobre Cura, y haberse hallado en el caso.

Apenas pronunció estas palabras, cuando se mordió la lengua, se puso colorado pareciéndole se habia dema-

siado atrevido, y dijo entre sí: *ahora viene el granizo;* pero levantando los ojos quedó maravillado al ver el aspecto de aquel hombre, que pasó de aquella gravedad severa de un juez á otra gravedad compungida y pensativa.

Demasiado me hago cargo, dijo Federico: tan mísera y terrible es la condicion nuestra. Debemos exigir rigorosamente de los otros lo que Dios sabe si estaríamos prontos á hacer; debemos juzgar, corregir y reprender, y Dios sabe lo que haremos en el mismo caso, y lo que hemos hecho en lances semejantes. Pero ¡ay! si yo tuviese que tomar mi debilidad por reglas del deber de los otros, y por norma de mi doctrina! Pero es cierto que con la enseñanza yo debo dar el ejemplo para no hacerme semejante al Fariseo, que impone á otros pesos enormes á los que él no se atreve á llegar ni con un dedo. Ahora bien, hijo y hermano mio, pues los errores de los que mandan son mas bien conocidos de los otros que de ellos mismos, si sabeis que yo por debilidad ó por otro

cualquier respeto haya faltado á mi obligacion, decídmelo por caridad con toda franqueza: hacédmelo conocer para que la confesion supla al menos la falta del ejemplo. Manifestadme libremente mis debilidades, y entonces las palabras que he dicho adquirirán mayor fuerza, pues conocereis mejor que no son mias, sino de aquel que á vos y á mí puede darnos la fuerza necesaria para hacer lo que nos manda.

Oh que santo hombre, pero tambien que juez tan severo, aun consigo mismo, dijo D. Abundio en su imaginacion, y luego prosiguió en alta voz: ¿Monseñor, se burla tambien vuestra Ilustrísima? quien no conoce su pecho fuerte, y su zelo impertérrito.... (y aun demasiado, dijo para consigo.) — Yo no buscaba un elogio que me hace temblar, (dijo Federico) porque Dios conoce mis faltas, y aun aquellas que yo conozco son suficientes á confundirme. Queria y quiero que nos confesemos juntos delante de su Divina Magestad, para confiar juntos. Quisiera por amor vuestro que conociéseis

cuan opuesta es vuestra conducta y vuestro lenguaje á la ley que predicais, y por la que sereis juzgado.

- Todo viene á parar contra mí, dijo D. Abundio; pero esas personas que os informaron no habrán dicho que á traicion se introdujeron en mi casa para sorprenderme, y que hiciese un matrimonio contra las reglas.

- Lo dijeron, hijo mio; pero me desanima y me aterra el que deseeis todavía escusaros: que penseis en disculparos culpando á otros, y que los acuseis de lo que debia ser parte de vuestra confesion. ¿Quién los puso, no digo en la necesidad sino en la tentacion de hacer lo que hicieron? ¿Hubieran ellos buscado aquella via irregular, si no se les hubiese cerrado la legítima? ¿Hubiesen pensado en sorprender al Pastor si él los hubiese acogido, auxiliado y aconsejado? ¿Y os ofendeis porque lo dijeron? Y os enojais porque despues de tantas desventuras..., ¿que digo? ¿dentro de ella misma se han desahogado diciendo una palabra á su Pastor, y al vuestro?

Que las quejas y reclamaciones del afligido sean odiosas al mundo, ya lo entiendo; ¿pero á nosotros? ¿Y qué provecho hubiérais sacado si ellos nada hubiesen dicho? ¿Os traia cuenta que su causa y la vuestra llegase íntegra al juicio de Dios? No es para vos un nuevo motivo (despues de tantos) para amar á esas personas que os han puesto en la ocasion de oir la voz sincera de vuestro Pastor, y os han dado un medio de disminuir una parte del gran débito que teneis con ellos. Ah si os hubiesen provocado, ofendido, atormentado, deberíais amarlos por eso mismo. Amadlos, porque han padecido, porque padecen, porque son vuestros, porque son débiles, porque teneis necesidad de un perdon; para obtener el cual pensad de que fuerza puedan ser sus ruegos.

D. Abundio callaba, no ya por un silencio de despecho ó falta de persuasion, sino porque tenia mas cosas que pensar que decir. Las palabras que oia eran consecuencias inesperadas, aplicaciones nuevas, pero hijas de una

doctrina ya antigua para él, y jamás contrariada. El mal de otro, de cuya consideracion siempre le habia separado el temor del mal propio, le causaba ahora una nueva impresion; y si no sentia todos los remordimientos que el predicador queria excitar (porque aquel temor estaba siempre en su corazon haciendo el oficio de abogado) sentia algunos, y sentia un disgusto de sí propio; una compasion para los otros, y una mezcla de ternura y de confusion. Estaba (si me es lícito usar de esta comparacion) como el pedazo de leña húmeda aplicada al fuego que al principio se ennegrece, chisporrotea, arroja humo, pero al fin bien ó mal arde. Él se hubiera acusado claramente, hubiera llorado, si no hubiese sido por pensar en D. Rodrigo; pero al fin se mostró conmovido lo bastante para que el Cardenal pudiese conocer que sus palabras no quedaban sin efecto.

Ahora, prosiguió Federico, el uno anda fugitivo; la otra en vísperas de abandonar su casa; ambos con demasiado motivo para vivir separados, y

sin probabilidad de reunirse tan pronto: ahora ni os necesitan, ni vos podeis servirlos de nada; ni podemos conjeturar cuando llegará esta ocasion. ¿Pero quién sabe lo que Dios misericordioso los prepara? Ah, rogad, rogad por ellos.... — No dejaré de hacerlo, Monseñor; no dejaré de hacerlo con todas veras, contestó D. Abundio con un tono que manifestaba que la voz salia del corazon.

Ah, sí, hijo mio, sí, exclamó Federico, y concluyó diciendo con una dignidad afectuosa: Dios sabe cuanto hubiera deseado tener con vos otros discursos. Los dos hemos ya vivido mucho: sabe el cielo cuán duro me ha sido tener que contristar con reprensiones esas vuestras canas; cuanto mas hubiera querido consolarme con vos en nuestras penas y cuidados comunes hablando de aquella bienaventurada esperanza á que nos llaman. Quiera Dios que las palabras que por obligacion he tenido que usar con vos nos sirvan á ambos. Aprovechemos el tiempo, la media noche está

cerca, el esposo no puede tardar, tengamos nuestras lámparas encendidas. Presentemos á Dios nuestros corazones compungidos, vacíos, para que se digne llenarlos de aquella caridad que enmienda lo pasado, que asegura lo futuro, que teme y confia, que llora y se alegra con sabiduría, y que en todo caso es la virtud de que necesitamos.

Dicho esto se levantó, salió de la pieza, y le siguió D. Abundio.

A la mañana siguiente vino Doña Praxedes á cumplimentar al Cardenal, y buscar á Lucía segun estaba convenido. Recomendósela Federico con el mayor interés, y ella se despidió de su madre con el mas amargo llanto dejando por la segunda vez su casita y su patria con aquella afliccion que se experimenta al despedirse de un lugar que nos fue el mas querido, y que ya no puede serlo. Pero la despedida de la madre no era la última, porque Doña Praxedes habia anunciado que se reunirian alguna vez en aquella aldea, que no estaba muy distante, y

Agnes prometió á su hija ir á darla y recibir otra segunda despedida, y aun mas dolorosa.

El Cardenal iba ya á ponerse en marcha para visitar otra Iglesia, cüando le anunciaron queria hablarle el Cura de la parroquia donde residia el innominado. Presentóse y entregó á Federico un cartucho de dinero; y una carta en que le suplicaba hiciese aceptar á Agnes aquellos cien escudos de oro á fin de que sirviesen de dote á Lucía, ó para lo que ellas mas quisiesen, y añadia que las rogaba que si alguna vez pudiesen creer que él las era útil, la pobre jóven sabia demasiado donde estaba su castillo, y que para él aquella ocasion sería la mas venturosa. El Cardenal hizo llamar á Agnes, la manifestó lo que decia la carta, que ella escuchó con tanta maravilla como satisfaccion, y la presentó el dinero que ella sin mucha ceremonia se dejó poner en la mano. Dios se lo pague á aquel Señor, dijo, y doy igualmente las gracias á Vueseñoría Ilustrísima, y le encargo no di-

ga nada, por cuanto una vive en ciertos pueblecillos.... perdonadme: bien sé que un Señor de su clase no va á charlar de estas cosas, pero con todo.... ya me entendeis.

Fuese derecha á su casa, se encerró en la sala, desenvolvió el cartucho, y aunque estaba ya prevenida vió con admiracion tantas monedas, y todas suyas, tantas piezas de aquellas que jamás habia visto sino una sola, y muy de tarde en tarde: las contó, dudó si ponerlas todas juntas ó en paquetitos, las colocó de mil modos, se enfadó viendo que siempre hacian panza y se querian salir del envoltorio: compuestas en fin lo mejor que pudo las envolvió en un pañuelo viejo, ató su lio con una cuerda, y le colocó en una punta de su jergon. En todo el resto del dia no hizo mas que hacer y deshacer planes para lo futuro, suspirando porque llegase el dia siguiente. Púsose en el lecho, estuvo un gran rato dispierta con el pensamiento en los escudos que tenia debajo, y aun cuando se durmió los vió en sueños; por fin al alba se

levantó y se puso en camino para el pueblo donde se hallaba su hija.

Esta por su parte, aunque no estaba muy deseosa de hablar de su voto, se hallaba ya resuelta á descubrir el secreto á su madre en aquella conversacion que por mucho tiempo debia llamarse la última. Apenas quedaron solas cuando Agnes con el rostro animado de alegría, y bajando la voz como si hubiese delante alguien á quien quisiese ocultar lo que decia, la dijo: tengo que darte una gran noticia, y prosiguió refiriéndola.

Dios bendiga á ese Señor, dijo Lucía: con ese dinero podeis vivir con comodidad y hacer bien á otros.

¡Cómo! respondió Agnes. ¡No ves cuantas cosas pueden hacerse con tanto dinero! Oyeme, yo no tengo sino á tí, ó por mejor decir á vosotros dos; pues á Lorenzo siempre le he mirado como hijo. El punto está en que no le haya sucedido alguna desgracia como es de temer, viendo que no da noticia de su vida, ¡pero qué! ¿hemos de ponernos en lo peor? Esperemos.

En cuanto á mí, bien hubiera querido dejar mis huesos en mi tierra; pero ya que no puedes vivir en ella por aquel bribon, me ha llegado á ser odiosa, y con vosotros iré á cualquier parte. Antes de ahora ya estaba yo dispuesta á seguiros al fin del mundo, y siempre estaria en eso; ¿pero sin dinero cómo se hace? Oyeme bien: aquellos cuartejos que el pobre habia ido ahorrando á fuerza de tiempo y economía, vino la justicia y se los llevó; en recompensa el Señor nos ha dado esta fortuna. Asi cuando Lorenzo haya encontrado el modo de darnos noticias de su suerte, y cuáles son sus intenciones, vengo yo á buscarte; sí, yo misma, porque aunque en otro tiempo no hubiera pensado asi, la desgracia enseña á vivir; yo fui hasta Monza, y ya sé lo que es caminar. Llevaré conmigo un hombre de satisfaccion, un pariente como, por ejemplo, Alejo Magiánico, que es todo un hombre; vengo con él, lo costeo todo, y.... me entiendes.

Al ver que Lucía en vez de alegrar-

se andaba escondiendo la cara y daba señas de estar mas enternecida que contenta, cortó su discurso para decirla ¿qué tienes? ¿No apruebas lo que pienso?

Pobre mamá, exclamó Lucía echándola un brazo al cuello, y reclinando el rostro sobre su hombro. — ¿Qué es eso? la preguntó con ansia su madre. — Debiera haberlo dicho antes, contestó Lucía levantando la cara y serenándose: sí, antes; pero no tuve ánimo. Compadecedme. — ¿Por qué motivo? — No puedo ser esposa de aquel pobrecillo. — ¿Cómo? ¿cómo?

Lucía con la cabeza baja, el pecho oprimido, derramando lágrimas sin llorar decididamente, á manera del que cuenta una cosa que aunque triste es irremediable, reveló el secreto del voto, y juntando las manos la pidió perdon par habérselo ocultado, y la rogó que sin hablar de ello con nadie, la ayudase á cumplir lo prometido.

Agnes quedó aturdida y consternada. Queria enojarse por el silencio de

su hija, pero otros pensamientos mas graves se lo estorbaban; queria reprenderla por el voto, pero la parecia que era ir contra el cielo, tanto mas cuanto Lucía volvió á pintar el desamparo tan absoluto, y el consuelo tan inesperado, á cuya consecuencia habia hecho aquella promesa tan expresa y tan solemne. Entre tanto la ocurrian tambien algunos ejemplos que habia oido contar algunas veces, y que ella misma habia contado á su hija sobre castigos extraños y terribles que habian sucedido á la violacion de un voto. Despues de haber estado algun rato suspensa dijo: ¿y ahora cómo nos compondremos? — Eso, respondió Lucía, toca al Señor, y á su Madre Santísima: en sus manos me he puesto: no me han abandonado hasta ahora, ni me abandonarán en adelante, hasta que.... La gracia que pido al Señor, la única gracia es que me haga volver á vuestro lado; y me la concederá.... sí, me la concederá. Aquel dia.... en aquel coche.... ah, Virgen Santísima, con aquellos hombres: ¿quién

me hubiera dicho que me llevaban á la casa de aquel que debia conducirme donde me hallase con vos al dia siguiente?

¿Pero no decírselo al instante á su madre? dijo Agnes con cierto resentimiento cariñoso y compasivo.

Compadecedme: no tenia valor.... ¿y á qué hubiera servido afligirse un poco de tiempo antes? — ¿Y Lorenzo? dijo Agnes meneando la cabeza. — Ah, exclamó Lucía con la mayor viveza: yo no puedo pensar en ese pobrecillo. — Ya Dios no habia querido.... Ved como parece propiamente que su voluntad es que estemos separados. ¿Y quién sabe?... Mas no, no. El Señor le habrá preservado de los peligros, y le hará ser dichoso, y mucho mas que á mi lado. — Pero entre tanto, respondió Agnes, á no ser que tú te hayas negado para siempre á todo, lo que es en cuanto á Lorenzo si no le ha sucedido alguna desgracia, ya habia yo pensado un remedio valiéndome de este dinero. — ¿Pero ese dinero, replicó Lucía, estuviera hoy en vues-

tras manos, si yo no hubiese sufrido tantas penas en aquel castillo? El Señor ha querido que todo pasase como ha pasado. Hágase su voluntad, y al decir esto prorumpió en un amargo llanto.

Agnes quedó pensativa al oir este argumento inesperado. Despues de algunos momentos, Lucía comprimiendo sus sollozos dijo: ahora que la cosa está hecha es preciso abrazarla de buen corazon, y vos, mamá mia, vos me podeis ayudar, lo primero rogando al Señor por mí, y despues..... es preciso que aquel desgraciado lo sepa. Tomad esto á vuestro cargo: hacedme este favor. Cuando sepais donde se halla, haced que le escriban. Buscad un hombre... precisamente vuestro primo Alejo, que es prudente y caritativo, nos ha estimado siempre, y no publicará el suceso. Haced que este le escriba todo como ha pasado: lo que he padecido, donde me habeis encontrado, que Dios lo ha querido así: que tranquilice su corazon, y que yo nunca puedo ser de ninguno. Hacédselo en-

tender con dulzura, explicadle que he prometido.... que he hecho un verdadero voto.... Cuando sepa que lo he ofrecido así á nuestra Señora.... y que me ha favorecido tanto.... Y la primera vez que tengais noticias suyas escribídmelas: hacedme saber que está bueno, y despues.... despues no me hableis mas de él.

Agnes enternecida la aseguró que todo se haria segun deseaba. — Quisiera deciros otra cosa, continuó Lucía. Si aquel pobrecillo no hubiese tenido la desgracia de pensar en mí no le hubiera sucedido lo que le sucede. Va rodando por el mundo, le han estropeado su casa, le han quitado su ropa, y aquel dinerillo que el infeliz habia juntado, y ya sabeis el motivo.... ¡Y nosotras tenemos tanto dinero! Ah, mamá: pues el Señor nos ha enviado tanto bien, y es verdad que mirábais á Lorenzo como á un hijo. Oh: dadle la mitad, que Dios no nos faltará. Buscad la ocasion de un hombre seguro y enviádselo, que Dios sabe la falta que le estará haciendo.

Sin duda, respondió Agnes: lo haré con todas veras. Pobre jóven. ¡Y por qué piensas tú que yo estaba tan contenta con este dinero! Yo habia venido aqui de exprofeso, y tan alegre.... Basta: yo se lo enviaré. Pobre jóven.... Pero tambien él.... bien sé lo que me digo. Es cierto que el dinero da gusto á quien le necesita; pero no será este dinero lo que mas le alegre.

Lucía dió gracias á su madre por aquella tan pronta y liberal condescendencia; pero lo hizo con un afecto y con una gracia, que daba á entender que su corazon era de Lorenzo, aun mas acaso de lo que ella creia.

¿Y qué haré yo sin tí? pobre muger, dijo Agnes llorando. — ¿Y yo sin vos, mamá mia? ¡y en una casa extraña, y allá en aquel Milán!... Pero el Señor nos asistirá, y nos reunirá algun dia. Dentro de ocho ó nueve meses volveremos á esta quinta, y para entonces, ó tal vez antes, ya estarán dispuestas las cosas para nuestro consuelo, con el auxilio de Dios. Dejémosle obrar. Yo pediré siempre, siempre

esta gracia á nuestra Señora. Si tuviese otra cosa que ofrecerla lo haria; pero es tan misericordiosa que admitirá mi deseo.

Repetidas mil veces estas y semejantes expresiones de consuelo y de penas, de resignacion y esperanzas, y despues de muchas lágrimas y tiernos abrazos, se separaron las dos prometiéndose recíprocamente verse al otoño inmediato, como si esto consistiese en ellas, y segun se hace siempre en semejantes casos.

Entre tanto no habia noticia alguna de Lorenzo, y no solo era Agnes la que la solicitaba, sino tambien el Cardenal Federico, quien no por cumplimiento las habia ofrecido tomar algunas informaciones de sus acaecimientos. Efectivamente habia escrito apenas concluyó su visita, pero la respuesta que tuvo fue que no se habian podido adquirir noticias positivas de aquel jóven. Que era verdad que habia estado en aquel pais; pero que ni su pariente que le habia albergado sabia lo que le habia sucedido, ni para

donde se habia marchado. Que unos decian que habia sentado plaza para Levante, otros que habia pasado á Alemania, y otros que habia perecido al pasar un rio. Concluia el corresponsal con decir que estaria á la mira, y avisaria apenas se supiese algo.

Iguales noticias aunque mas tarde se divulgaron por el terrtiorio de Lecco, y llegaron por consecuencia á los oidos de Agnes. La pobre no hacia mas que buscar el orígen de ellas, pero no hallaba mas que aquel *se dice*, que hasta hoy mismo suele bastar para acreditar las noticias. Y aun muchas veces la sucedia que apenas la habian dicho una cosa, venia otro diciendo que era falso, y para desmentirlo contaba otra cosa igualmente extraña ó funesta. Todo era gana de hablar, pues el hecho es el siguiente.

El Gobernador de Milán y Capitan general de Italia, D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, habia manifestado su resentimiento al Señor residente de Venecia en Milán, porque un bribon, un ladron público, un motor de sa-

queos y alborotos, el tunante de Lorenzo Tramaglino, despues de haberse fugado de las propias manos de la justicia, hubiese sido acogido en el territorio de Bergamo. El residente habia respondido que ignoraba el caso; pero que escribiria á Venecia, para poder dar á S. E. la contestacion exacta.

En Venecia se tenia por máxima favorecer y cultivar las inclinaciones de los operarios milaneses que querian pasar al territorio de Bergamo, y hacer que alli encontrasen muchas ventajas, y sobre todas la seguridad; sin la cual nada valen las otras. Sin embargo entre dos contrincantes poderosos es preciso que el tercero sufra algun daño, y asi luego que Bartolo fue advertido en secreto, no se sabe por quien, de que Lorenzo haria bien en mudar de pueblo y de nombre, no perdió un instante, informó al interesado, y le condujo á otra fábrica distante de alli quince millas, y bajo el nombre de Antonio Rivolta le presentó al dueño del establecimiento, que era Milanés, y muy amigo suyo. Este aunque los tiem-

pos eran calamitosos no dudó admitir un oficial recomendado por un amigo, y mas cuando al probar su destreza quedó bien satisfecho, notando solamente que era algo sujeto á distracciones, pues cuando se le llamaba Antonio, las mas veces no respondia.

Poco despues el Capitan de Bergamo recibió de Venecia la órden para hacer las averiguaciones competentes para saber si se hallaba en su territorio el sugeto buscado; y el tal Capitan, evacuadas las diligencias del mejor modo que pudo, las habia dirigido á Venecia de donde pasaron á Milán.

No faltaban curiosos que tratasen de adquirir por el mismo Bartolo la causa de la ausencia de aquel jóven, pero él á la primer pregunta respondia, se marchó, y para satisfacer á los mas preguntones sin darles motivo de sospechas habia encontrado el modo de regalarlos ya con una ó ya con otra de las noticias referidas, cuidando siempre de dejar la cosa incierta, y sin autorizarla con ninguna prue-

ba. Pero cuando la pregunta le fué hecha por comision del Cardenal, aunque sin nombrarlo, con un cierto aparato de importancia y de misterio, dejando entender que era en nombre de un gran personage, por esto mismo juzgó Bartolo que convenia no solo responder lo que á todos, sino reunir todas sus respuestas para satisfacer mejor que á nadie á semejante personage.

CAPITULO XXVI.

Antonio Rivolta en su nuevo domicilio pensaba sin duda en escribir á su amada, y suspiraba por saber sus noticias, pero habia que vencer dos grandes dificultades. La primera no sabia escribir, ni aun leer, pues aunque en su conferencia con el Doctor Azzeccagarbugli habia dicho que sí, era precisamente en letra impresa y gordita; pero de ningun modo en la manuscrita. Erale preciso fiarse de otro tan callado como diestro en la pluma, cuya última circunstancia no era fácil en

aquellos tiempos, y luego, que es la segunda dificultad tenia que buscar un portador de toda confianza que fuese á aquel pais y llevase la carta.

A fuerza de buscar y preguntar halló por fortuna un amanuense; pero ignorando si las interesadas se hallaban en Monza ó en otra parte, juzgó conveniente dirigir la carta á fray Cristobal, con otra para él, y todo lo entregó al escribiente, quien tomó tambien á su cargo hallar quien llevase las cartas, y se las dió á uno que debia pasar por cerca de Parasenico. Este efectivamente la dejó muy recomendada en la posada mas inmediata á aquel punto, y como el sobre iba dirigido á un Religioso, llegó á su destino, pero no se sabe luego lo que se hizo de ella. Lorenzo cansado de aguardar la respuesta hizo escribir otra, incluyéndosela á uno de sus parientes en Lecco, y esta tuvo la fortuna de llegar á manos de Agnes, la cual hizo que se la leyese Alejo su primo; concertó con él la respuesta, fue escrita, y se halló modo de enviarla á Anto-

nio Rivolta, pero todo esto no tan de prisa como lo contamos. Lorenzo recibió su contestacion, mandó otra carta, y quedaron en una correspondencia no seguida ni regular, sino con sus intervalos, pero al fin continuada. Mas para tener una idea de este carteo, es preciso saber como en aquel entonces iban estas cosas, y aun como van ahora, pues en este punto creo que poco se ha adelantado.

El aldeano que no sabia escribir y tenia que hacerlo, se dirigia á uno que conociese el arte, buscándole todo lo posible en los de su misma clase, porque asi iba poniendo por su órden todo lo que él queria, y con las mismas palabras; pero al contrario un amanuense algo instruido, parte escribe, parte suprime como que de lo dicho puede entenderse; toma la pluma, y hecho cargo del asunto en globo, dice: *dejadme* á mí, con lo cual va tirando tajos y reveses, poniéndolo y ordenándolo á su modo; porque no hay remedio, el que sabe mas no quiere ser instrumento ciego del que

menos sabe, y asi al tratar los negocios agenos quiere tratarlos á su manera. Asi pues el tal amanuense instruido muchas veces no viene á decir todo aquello que se le encargó, y aun hay ocasiones en que dice todo lo contrario, como acaso sucede á los que escribimos para el público. Escrita ya la carta, y llegada á manos del que ha de recibirla, este como no sabe leer, busca quien se la lea y se la explique, y como regularmente el intérprete y lector es un docto de igual calibre, nacen varias cuestiones, porque el interesado fundándose en el conocimiento de los antecedentes, pretende que las palabras tienen tal ó tal sentido, y el lector apoyándose en la práctica que tiene de la composicion, sostiene que dicen otra cosa. Finalmente, el que no sabe es preciso que se fie del que sepa, y le encargue la respuesta, la cual hecha y leida como la otra queda sujeta á iguales interpretaciones. Y si ademas el sugeto de la correspondencia es un poco celoso, si ha de tratar asuntos secretos, y no quiere que le

entienda otro, si acaso la carta va á distintas manos, y si con esta idea se propone no hablar con toda claridad, entonces por poco que dure la correspondencia, al cabo las dos partes llegan á entenderse entre sí, como en otro tiempo se entendian dos estudiantes que por espacio de cuatro horas disputaban sobre la entelechia.

Este era precisamente el caso de nuestros corresponsales. La carta primera que escribió Lorenzo abrazaba muchos puntos. En primer lugar ademas de una narracion de su fuga, harto concisa y peor ordenada que la que hemos puesto, entraba en una descripcion de su estado actual, pintado de tal modo, que tanto Agnes como su dragoman estuvieron bien lejos de entenderle. Encargo del secreto, mudanza de nombre, estar alli seguro, pero tener que estar escondido, cosas todas no muy familiares para su inteligencia, y ademas puestas en la carta como en cifra. Habia ademas preguntas afectuosas y apasionadas sobre los sucesos de Lucía, con señales os-

curas y dolientes acerca de las voces que allá habian llegado, y habia finalmente esperanzas muertas y lejanas, proyectos para lo futuro; promesas y súplicas de mantenerse en la fé dada, y consejos sobre no perder la paciencia, y dar tiempo al tiempo.

Un poco despues de todo esto, Agnes halló un medio seguro de dirigir á Lorenzo una carta con los cincuenta escudos que le habia designado Lucía. Al ver tanto oro, no sabia que pensar, y agitado de un asombro, y de una suspension que no daban lugar á la alegría, corrió á buscar su secretario para hacerse interpretar la carta, y hallar la llave de tan extraño misterio.

El secretario de Agnes en su carta despues de quejarse de la falta de claridad de la carta, pasaba á describir de un modo igualmente lamentable la tremenda historia de aquella persona (asi decia) y aqui daba razon de los cincuenta escudos. Despues pasaba á hablar del voto, pero por via de perifrasis, añadiendo con palabras mas cla-

ras y terminantes el consejo de tranquilizar su corazon y no pensar mas en la novia.

Poco faltó para que Lorenzo no riñese con su lector é intérprete. Temblaba, votaba y se volvia loco de lo que habia entendido y de lo que no habia podido entender. Tres ó cuatro veces hizo le leyesen el dolorido escrito, y ya entendiéndole mejor, ya pareciéndole confuso lo que antes habia tenido por claro, agitado de mil pasiones, quiso que el secretario tomase inmediatamente la pluma, y respondiese. Despues de las expresiones mas fuertes de piedad y de terror sobre los sucesos de Lucía.... «*Escribid*! proseguia dictando, —" «que el corazon tranquilo yo no lo quiero tener, ni lo tendré nunca, y que no son esos consejos para darse á un hombre como yo; y que el dinero yo no le tocaré, y que le guardo, y le tengo en depósito para dote de la jóven: que la jóven ha de ser mia, y que yo no entiendo de promesas, y que yo siempre he oido decir que María Santísima in-

terviene para ayudar á los afligidos, y alcanzar gracias; pero para hacer perjuicio á nadie, ni para faltar á las palabras no lo he oido nunca; y que esto no puede ser asi; y que con este dinero hay para poner aqui una casa, y que si ahora me hallo un poco embrollado es una borrasca que pasará pronto. — " Agnes recibió esta carta, la contestó, y el carteo prosiguió segun hemos dicho.

Lucía, luego que su madre, no sé por qué medio, pudo avisarla que aquel sugeto estaba bueno, en salvo y ya advertido, sintió un gran consuelo, y no deseaba mas sino que él se olvidase de ella, ó por mejor decir que ella le olvidase. Por su parte hacia cada dia cien veces está resolucion, y buscaba todos los medios que podia para conseguirlo; trabajaba incesantemente, procurabà tener su atencion fija en las labores, y cantando ó rezando intentaba distraerse cuando la imágen de Lorenzo se la presentaba á la memoria. Pero aquella imágen, como si lo hiciese con malicia, no venia re-

gularmente sino por sorpresa detrás de otra, de modo que la mente no supiese que habia venido sino despues de estar alli algun rato. Lucía tenia regularmente puesto el pensamiento en su madre; ¿y cómo no habia de hacerlo? pero el Lorenzo ideal venia poco á poco á entremeterse en la conversacion como el Lorenzo de carne y hueso habia ido repetidas veces; y asi es que con todas las personas, en todos los lugares y en todas las memorias de lo pasado Lorenzo se hallaba presente. Si la desdichada se dejaba llevar de su imaginacion á la region de lo futuro, tambien Lorenzo se la presentaba; y en fin aunque el olvidarle era empresa dificilísima, tal vez ella lo hubiera conseguido hasta cierto punto si hubiese estado sola; pero estaba alli D.ª Praxedes, que empeñada en borrársele de la memoria, no habia encontrado mejor recurso que el hablarle de él contínuamente. Y bien, la decia, ¿no pensamos ya en él? — Yo no pienso en nadie, respondia Lucía.

No se contentaba D.ª Praxedes con esta respuesta: decia que buscaba hechos y no palabras, y se extendia raciocinando sobre la costumbre de las jóvenes, las cuales, decia ella, cuando han puesto su corazon en un calaverilla (y siempre se inclinan mas á estos), jamás quieren apartarse de aquel objeto. Un partido honesto, razonable, de un hombre de juicio que por cualquier accidente llegue á faltar pronto se resignan; pero la llaga que causa un jovenzuelo atolondrado es llaga incurable. Y entonces principiaba el panegírico del pobre ausente, de lo que habia trabajado en Milán para excitar al saqueo y al degüello, y queria hacer confesar á Lucía las tunantadas que aquel habia antes cometido en su propio pais.

Lucía con la voz trémula de dolor, de rubor y de aquella indignacion que cabia en su alma dulce y en su humilde fortuna, aseguraba que jamás aquel infeliz habia dado motivo de hablar sino muy bien: quisiera, añadia, que se hallase presente alguno de allá pa-

ra que oyéseis su informe. Aun en los sucesos de Milán sobre los que no podia tener conocimiento, tambien le defendia por la experiencia que tenia de su carácter desde la infancia. Le defendia y se proponia defenderle por pura obligacion de la caridad, por el amor á la verdad, y para servirnos de sus expresiones por el amor del prógimo. De tales apologías tomaba D.ª Praxedes motivo para convencer á Lucía de que su corazon era todavía de aquel mozo, y á la verdad que en aquel momento ¿sabremos decir si acertaba? Al indigno retrato que la vieja hacia de aquel desgraciado, resaltaba con mas viveza y mas distinta que nunca en la mente de Lucía la idea que de él se habia formado despues de un trato tan largo: las memorias suyas amortiguadas por la fuerza volvian en tropel: la aversion y el desprecio injusto reclamaban otros antiguos motivos de estimacion y simpatía: el odio ciego y violento excitaba con mas fuerza la piedad. En fin, el discurso de

Lucía siempre acababa en amargo llanto.

Si D.ª Praxedes hubiese estado animada de algun odio inveterado contra él, acaso las lágrimas de ella la hubieran convencido y hecho callar; pero como hablaba creyendo que era por su bien, se enternecia viéndola llorar, pero no cesaba, asi como las súplicas de un hombre pueden detener la espada del enemigo, pero no el hierro del cirujano. Despues de haber hecho lo que segun su opinion debia, pasaba á las exhortaciones y á los consejos, azucarados con algunos elogios, para modificarlos y obtener todo el efecto, obrando sobre su alma en todos sentidos. Ciertamente de todos estos altercados que siempre tenian un mismo principio, medio y fin, no quedaba á Lucía ningun tédio contra su cruel predicadora, quien en todo lo demas la trataba con el mayor cariño, y aun en sus sermones mostraba que deseaba su bien: lo que la quedaba era un trastorno de ideas y un laberinto de pensamientos y de afec-

tos tal, que necesitaba un buen rato para recobrar aquella especie de calma que antes tenia.

Por dicha suya no era ella la única á quien D.ª Praxedes tenia que hacer semejantes favores, por lo cual sus sermones no podian ser tan frecuentes. Ademas del resto de la familia, que todos mas ó menos necesitaban ser corregidos y dirigidos, ademas de todas las ocasiones que se la ofrecian ó que ella sabia buscar para prestar igual servicio, á veces á personas con quienes ninguna obligacion tenia, se hallaba con cinco hijas, ninguna en casa, pero que la daban mas que pensar que si estuviesen á su cargo. Tres eran monjas y dos casadas; por manera que Doña Praxedes se hallaba naturalmente con la superintendencia de dos casas y tres monasterios; empresa árdua y vasta, y tanto mas difícil cuanto los dos maridos escoltados de padres, madres y hermanos, y tres abadesas acompañadas de otras dignidades y de sus monjas, no admitian con gusto aquella intervencion oficio-

sa. Era una guerra, ó por mejor decir cinco guerras ocultas; urbanas hasta cierto punto, pero activas: habia en cada uno de aquellos partidos una atencion contínua á evitar sus cuidados, á cerrar el paso á sus opiniones, á eludir sus preguntas y hacer que ella, en cuanto se podia, quedase á oscuras en cualquier negocio. No hablo de los contrastes y de la dificultad que ella encontraba en el manejo de otros negocios aun mas extraños; pues ya se sabe que muchas veces hay que hacer bien á los hombres á viva fuerza. Donde con mas libertad podia ejecutar su celo era en su casa, pues toda persona que alli vivia estaba en todo y por todo sujeta á su autoridad, á escepcion de D. Ferrante, con quien la cosa tomaba diverso aspecto.

Este era un hombre estudioso que no queria ni mandar ni obedecer: llevaba con gusto que en todas las cosas de la casa dispusiese su señora esposa; pero el ser su esclavo, eso de ningun modo; y si alguna vez buscado la prestaba el servicio de su pluma, era por-

que en esto tenia un genio particular, y aun á veces en esto sabia decir que no cuando no estaba persuadido de lo que ella queria escribir. Que se ingenie ella, decia entonces; haga por sí, ya que la cosa la es tan grata. Su esposa despues de haber intentado por mucho tiempo en vano dominarle, se habia reducido á criticarle contínuamente, llamándole estripa-pensamientos, cabezudo y literato, título en el que se mezclaba el desprecio con algo de complacencia.

Don Ferrante pasaba muchas horas en su estudio, donde habia reunido hasta trescientos volúmenes, todos escogidos, de los mas acreditados y de varias materias, en las cuales mas ó menos se hallaba instruido. En la astrología era con razon tenido por mas que un mero aficionado, porque no solo poseia aquellas nociones generales y aquel vocabulario comun de *aspectos*, *influjos* y *conjunciones*, sino que sabia hablar con oportunidad y como ex-cátedra de las doce casas del cielo, de los círculos máximos, &c.;

en fin, de los principios mas ciertos y mas recónditos de la ciencia. Y aun hacia cerca de veinte años que en disputas frecuentes y largas sostenia la domificacion del Cárdano contra otro docto empeñado ferozmente en defender la del Alcabicio, por mera obstinacion, decia D. Ferrante, quien reconociendo con gusto la superioridad de los antiguos, no podia sufrir que se desatendiese á los modernos, cuando evidentemente deben tener razon. Conocia tambien mas que medianamente la historia de la ciencia, y en caso de necesidad sabia citar las mas célebres predicciones cumplidas, y raciocinar hábil y sutilmente sobre otras que no se habian verificado, para demostrar que no era culpa de la ciencia sino de aquellos que no habian sabido explicar sus principios.

No menos gusto tenia en elegir los libros de filosofía, de historia y de política; pero si en todos estos ramos podia llamarse instruido, nadie le negaba el título de profesor en la ciencia

caballeresca. No solo hablaba de ella con maestría, sino que cuando se le rogaba que interviniese sobre casos de honor, siempre decidia. Tenia entre sus libros, y aun puede decirse en su cabeza, las obras de los mas famosos escritores en esta materia, Paris del Pozzo, Fausto de Longiano, &c. &c., y sabia de memoria y aun citaba cuando era preciso pasos enteros de la *Gerusaleme liberata*, y aun de la *Conquistata*, que pueden hacer texto en punto á cosas de caballería. Pero el maestro de los maestros en este punto en su concepto era el célebre Francisco Birago, con quien mas de una vez habia concurrido á ser juez sobre casos de honor, y quien por su parte hablaba de D. Ferrante con señas de particular aprecio. En fin, cuando se dieron á luz los *discursos caballerescos* de aquel insigne escritor, pronosticó él con toda seguridad que esta obra arruinaria la opinion del Olevano y quedaria con sus hermanas como códice de primera autoridad, á quien se atendrian los venideros, y cualquie-

ra puede ver como esta prediccion se ha cumplido.

Hasta el otoño del siguiente año de 1629 permanecieron todos estos individuos, cual por gusto y cual por fuerza, en la disposicion que dejamos referida, sin que á ninguno de ellos sucediese cosa digna de escribirse. Vino por fin aquel otoño en que Agnes y Lucía debian verse segun habian convenido; pero un gran suceso público frustró sus esperanzas, y este fue ciertamente uno de sus menores efectos. Siguieron despues otros grandes acaecimientos, los que sin embargo no produjeron mudanza notable en la suerte de nuestros personages, hasta que sucedieron nuevos casos, mas fuertes que alcanzaron á ellos y aun á los que eran menos que ellos segun la escala del mundo; asi como un uracan furioso que del propio modo arranca la veleta del elevado campanario, que va á buscar una paja, que otro viento menos impetuoso alza, arrinconando en el ángulo de un patio, y sacándola de alli la envuelve en su

torbellino. Y para que estos hechos particulares que tenemos que contar se entiendan con toda claridad, es indispensable referir algo de aquellos públicos, tomando la narracion desde un poco mas arriba.

CAPITULO XXVII.

Despues de aquella sedicion del dia de San Martin y siguiente, parecia que como por encanto habia renacido en Milán la mayor abundancia. Las tiendas bien provistas de pan, el precio como en los años mas abundantes, y la harina á proporcion; por manera que aquellos que en los dias anteriores se habian dedicado á robar y á hacer otras cosillas (excepto los pocos que habia presos) tenian motivo de elogiar su idea. En las plazas, en las esquinas, en las tabernas, eran un hablar contínuo, un congratularse mútuamente y un lisongearse á media voz de haber encontrado el secreto de reducir el precio del pan á buenos límites. Sin embargo, en medio de

tanta algazara, habia (y era preciso que hubiese) un presentimiento de que no podia durar aquella abundancia. Con este temor cada cual procuraba emplear el dinero que podia en pan y en harina, sin advertir que cuanto mas se apresuraban á gozar de la ventaja presente, mas hacian, no digo imposible su permanencia, que ya lo era por sí misma, pero mas difícil su duracion momentánea. Con efecto, fue preciso mandar que todo el que tuviese granos ó harinas las presentase: hubo que poner tasa al pan que se comprase; y en fin, hubo que acudir á providencias duras, pero tan necesarias como poco eficaces cuando la escasez dimana de las malas cosechas. No cesando estas causas, sobrevino una hambre la mas general y mas desastrosa que se puede pensar, en términos que Milán presentaba el aspecto de una ciudad habitada por esqueletos y sembrada de cadáveres. El buen Federico tuvo bien en que ejercitar su caridad fervorosa: algunos le imitaron; ¿pero quiénes podian con-

tener el torrente de tantos males y remediar á millares de individuos? No hubo clase por privilegiada que fuese que se librase de este azote general; alcanzó á todos los paìses circunvecinos, y fue una de las mayores desgracias públicas que pueden citarse.

Asi pasó el invierno y la primavera, y ya hacia algun tiempo que el tribunal de Sanidad andaba oficiando al de las Provisiones sobre el peligro de contagio, proponiendo que todos los mendígos y vagabundos fuesen puestos en diversos hóspicios. Interin se ventilaba este punto, se aprobaba y se buscaban los medios y lugares para realizar el plan, crecia el número de cadáveres en las calles; igualmente crecia el fastidio, la compasion y el peligro. En el tribunal de Provisiones se propuso como mas fácil y pronto otro plan, que era reunir todos los pobres sanos y enfermos en el lazareto, y alli curarlos y alimentarlos á expensas del público, lo cual se resolvió contra el dictámen del tribunal de Sanidad, que objetaba el que tanta

gente reunida en un punto aceleraria el peligro que se queria evitar.

El lazareto de Milán, si por acaso esta historia llegase á manos de quien no haya visto ni el edificio ni su descripcion, es un recinto casi cuadrado fuera de la puerta llamada Oriental, á su izquierda, dividido del bastion por el foso, con un camino que le circunda y con un foso pequeño que corre alrededor de sus tapias. Los dos lados mayores podrán tener quinientos pasos, y quince menos los menores: todos por la parte que mira afuera, están divididos en aposentillos de un sòlo piso: por de dentro gira alrededor de tres de estas un pórtico contínuo, en parages sostenido por pequeñas y débiles columnas. Los aposentillos eran uno mas ó menos; pero en nuestros dias, una gran abertura hecha en el medio y otra pequeña en el lado que mira al camino real, han quitado no sé cuantos. En el centro del espacio interior habia y hay todavía un templete. El primer destino de todo este edificio, comenzado en 1489 con un lega-

do particular, y despues continuado con las limosnas de varios, fue, como atestigua su nombre, recoger los enfermos de la peste que ya mucho antes de aquella época acostumbraba á presentarse dos, cuatro, seis ú ocho veces cada siglo, ya en este, ya en aquel pais de la Europa, ya en una sola parte, ó ya, por decirlo asi, recorriéndola toda. En el momento de que hablamos no servia sino para depósito de los géneros sujetos á esta ceremonia.

Entonces para darle su nuevo destino se omitieron las precauciones acostumbradas, y hechos á toda prisa los espurgos y los experimentos presentes. Todas las mercancías fueron despachadas de una vez. Se extendió paja en todos los cuartitos, se acopiaron los víveres que fue posible, y por un edicto se convidó á los enfermos. Muchos acudieron voluntariamente, se llevaron los que se encontraron en las calles, y á pocos dias entre unos y otros llegaban al número de tres mil. Pero muchos mas eran los que que-

daban fuera, ya fuese porque algunos pensaban que disminuyéndose el número quedarian á gozar mejor de la beneficencia pública, ó ya por la natural repugnancia á la clausura, y por aquella desconfianza con que los pobres miran todo lo que les viene propuesto por los ricos y las autoridades, ó en fin, fuese por lo que fuese, el hecho es que la mayor parte, sin atender al llamamiento, continuaban arrastrando por las calles de la ciudad su miserable existencia. Visto esto fue preciso pasar desde el convite á la fuerza, y se comisionaron alguaciles que llevasen al lazareto cuantos se encontrasen por los parages públicos, de manera que se aumentó prodigiosamente el número, y por consecuencia las incomodidades. A todas estas causas de mortalidad, tanto mas activas cuanto obraban sobre cuerpos ya enfermos ó mal sanos, se añadió el rigor de la estacion, lluvias continuadas seguidas de una sequedad aun mas larga, y con ella un calor anticipado y violento.

En tan tristes circunstancias tomaron las autoridades nuevas medidas, se abrió el lazareto, se dejaron salir los pobres que aun no estaban enfermos, y los que lo estaban pasaron á Santa María de la Estrella, que ahora es hospedería de Franciscos, donde la mayor parte perecieron. Entre tanto comenzaron á dar señales de vida aquellos benditos campos: los pobres jornaleros y mendígos salieron cada cual por su parte á contribuir á aquella tan deseada siega: el buen Federico haciendo otro esfuerzo y encontrando en su caridad nuevos recursos dió á cada ciudadano que se presentase al arzobispado una limosna y una hoz. Con las nuevas mieses cesó la carestía, la mortalidad epidémica ó contagiosa fue disminuyendo de dia en dia, aunque se alargó hasta el fin del otoño; y ya estaba para concluir, cuando he aqui un nuevo azote.

Muchas y muy importantes cosas de aquellas á que señaladamente se da el título de históricas, habian ocurrido en aquel intermedio. El Carde-

nal de Richelieu tomada la Rochela, y ajustada de cualquier modo la paz con la Inglaterra, habia propuesto y conseguido en el consejo de Francia que se socorriese eficazmente al Duque de Nevers, y aun habia persuadido al Rey mismo á que en persona mandase la expedicion. Mientras se hacian los preparativos para ella, el Comisionado imperial intimaba en Mántua al nuevo Duque que entregase sus estados en manos de Fernando, ó que este enviaria un ejército á ocuparlos. El Duque que en circunstancias mas críticas no habia querido admitir condiciones tan duras, animado con el socorro de la Francia no quiso admitirlas, y el Comisionado se retiró diciendo se acudiria á las armas. En Marzo ya el Rey de Francia se hallaba en campaña al frente de un buen ejército, y lograda la victoria en un encuentro habia celebrado un convenio con el Duque de Saboya, en el que entre otras cosas se estipulaba que Don Gonzalo de Córdoba levantase el sitio del Casal, empeñándose el Du-

que, si esto no se verificaba, á unir sus armas con las de los franceses para invadir el Ducado de Milán. Efectivamente D. Gonzalo habia abandonado el sitio de aquella plaza, donde entró un cuerpo de franceses á reforzar la guarnicion.

Mientras este ejército se extendia por una parte, el de Fernando, mandado por el Conde de Collalto, avanzando por otra habia invadido el pais de los Grisones, y amenazaba la Valtelina; disponiéndose á entrar en el Milanés. Ademas de los terrores que causaba el anuncio de este paso, corria la triste voz, y aun se sabia por avisos ciertos, que aquel ejército estaba contagiado de la peste que antes de entonces habian padecido las tropas alemanas.

Para remediar en algun modo el mal que amenazaba se propusieron algunas medidas como era preciso, y entre tanto el ejército aleman recibió la órden positiva de dirigirse á la empresa de Mántua, y en el mes de Setiembre entró en el Ducado de Milán.

La milicia de aquellos tiempos se componia en gran parte de aventureros alistados por una especie de contratistas por comision de algun Príncipe, y aun á veces por su propia cuenta, con la intencion de venderse luego ellos y sus soldados á otro. Mas que por la paga militaban por la esperanza del saqueo y del desórden: no habia disciplina alguna, ni esta podia conformarse con la autoridad independiente de tantos interesados, ademas de que estos no eran muy escrupulosos sobre la calidad de la gente que admitian.

Eran veinte y ocho mil infantes con siete mil caballos los que venian de la Valtelina; y tenian que costear mas ó menos la corriente del Adda, ya en sus dos brazos, ya en su curso como rio, hasta que desemboca en el Pó, y ademas tenian que seguir un buen trozo la orilla de este. En fin ocho jornadas del Ducado de Milán.

Una gran parte de los habitantes se acogia á los montes, llevándose consigo cuanto podian; otros se queda-

ban ó guardando algun enfermo, ó para librar su casa del incendio, ó para no perder de vista lo que habian escondido, y algunos otros para adquirir lo que no tenian. Luego que la primera escuadra llegaba á un pueblo para alojarse, se extendia por los inmediatos y los saqueaba, desapareciendo al punto cuanto podia ser transportado, sin hablar de lo que estropeaban, de las casas de campo que incendiaban, y otras violencias que cometian. Los que eran sorprendidos en su fuga, ó los que intentaban defenderse, volvian estropeados. Aquellos soldados como gente demasiado práctica en las estratagemas de semejante guerra registraban exactamente las casas, derribaban tabiques, cavaban, y en las huertas y campos descubrian con facilidad la tierra húmeda y movida; iban á los montes guiados por algun bribon del mismo pueblo que los conducia á fin de participar del robo, y si hallaban escondido algun hombre de conveniencias le traian á su casa, y á fuerza de tormentos ó

amenazas le obligaban á descubrir lo que tenia escondido.

Cuando por fin se marchaban, daba gusto á los vecinos oir á lo lejos el sonido del tambor ó de las trompetas. Sucedian algunas horas de quietud, pero pronto otro maldito tambor anunciaba la llegada de la nueva escuadra. Estos no encontrando ya que saquear cosa de provecho ardiendo en ira hacian mas estrago en lo que habia quedado, y maltrataban las personas. Asi de mal en peor se pasaron veinte dias, pues en otras tantas escuadras iba dividido el ejército.

Colico fue el primer pueblo del Ducado que invadieron: cayeron despues sobre Bellano, entraron y se esparcieron por la Valsassina, y desde alli desembocaron en el territorio de Lecco.

CAPITULO XXVIII.

Aqui entre los pobres aterrados hallaremos gente conocida. Quien no vió á D. Abundio el dia que se esparció la noticia de la venida del ejérci-

to, y se refirieron las gracias que venia haciendo, no sabe lo que es el terror y la angustia. Ya vienen: son veinte, treinta, cincuenta mil hombres: son diablos, son arrianos, son antecristos: han saqueado á Cortenuova; han puesto fuego á Primaluna: quedan desiertos Introbbio, Parturo, Barcio: han venido á Balabbio: mañana están aqui: tales eran las voces que pasaban de unos á otros, y al mismo tiempo todo era correr, encerrarse en sus casas, consultar tumultuosamente, titubear entre huir ó quedarse, reunirse las mugeres, y hacer extremos de dolor y desesperacion. D. Abundio aunque ántes que nadie, y con mas gusto que ninguno se habia decidido por la fuga, en todos los modos de verificarla, y en todos los sitios donde pensaba refugiarse hallaba obstáculos insuperables. ¡Qué haré! exclamaba: dónde iré. Los montes, dejando aparte la dificultad del camino, no eran seguros, pues ya se sabia que algunos de aquellos soldados trepaban por ellos como gatos, y

subian adonde habia algun indicio ó esperanza de coger presa. El lago estaba alborotado: corria un fuerte viento, y ademas la mayor parte de los barqueros temiendo los obligasen á conducir soldados ó equipages se habian refugiado con sus barcas á la otra orilla. Las pocas que habian quedado habian ya salido, y tan atestadas de gente, que por esto y por el temporal se decia que peligraban á cada momento. Ir mas lejos y fuera del camino que tenia que recorrer el ejército era cosa imposible, pues donde se habia de hallar carruage, ni caballería, ni algun otro medio para el viaje, y D. Abundio no era hombre para hacerle andando. Los confines del pais de Bergamo no estaban tan distantes que sus piernas no hubieran podido llevarle; pero habia corrido la voz de que desde la ciudad se habia enviado un escuadron de Cappelletes, á fin de contener á los Lanzichenecchi, recorriendo todo el confin, y si estos eran malos, los otros eran peores y hacian cuanto daño podian. El po-

bre hombre casi sin sentido andaba corriendo por la casa detrás de Perpetua, para consultar con ella, y acordar la resolucion que habia de tomarse; pero Perpetua, atareada en recoger lo mejor que tenian, y esconderlo debajo de tierra, pasaba corriendo con las manos ocupadas, y sin detenerse respondia: ahora, ahora acabaré de guardar esto, y despues haremos lo que hacen otros. D. Abundio queria detenerla y discutir con ella los varios planes que tenia formados; pero ella entre la fuerza, la prisa y el espanto, añadido con la rabia que le causaba el de su amo, era en aquella ocasion menos afable que nunca. — Pues otros se ingenian, decia, tambien acá nos ingeniaremos. ¿Creeis que cada uno no tiene que salvar su pellejo? ¿Os parece que los soldados vienen solo contra nosotros? Bien haríais en ayudarme, en lugar de venir tras mí llorando, y estorbándome. Con estas y semejantes respuestas se deshacia de él, teniendo yá pensádo que luego que concluyese aquella tumultuaria

operacion, le agarraria por un brazo como á un niño, y le haria subir á un monte. Viéndose asi abandonado se ponia á una ventana, miraba, aplicaba el oido, y apenas pasaba gente gritaba con voz dolorida. Favoreced á vuestro pobre Cura, buscándole un caballo, un mulo, ó un borrico. ¿Es posible que ninguno quiere favorecerme? ¡Oh que gente! Al menos aguardad para que vaya con vosotros. Esperad á juntarse quince ó veinte, y acompañadme para que yo no me vea abandonado. ¡Quereis dejarme en manos de esos perros! ¿No sabeis que la mayor parte son luteranos, que tienen por obra meritoria degollar á un sacerdote? ¿Quereis dejarme aqui á recibir el martirio? ¡Oh que gente: que gente!

¿Pero á quien decia esto? A hombres que pasaban agoviados con el peso que iban á esconder, y pensando solo en lo que dejaban en sus casas expuesto al saqueo: á otros que llevaban delante su vaquita, seguidos de sus hijos tambien cargados cuanto podian,

y al lado su muger llevando en brazos los que no eran capaces de andar. Algunos pasaban de largo sin responder, ni aun mirar á la ventana; otros le decian: Ah, Padre Cura, dichoso vos que no tiene familia en que pensar; otros decian: ingéniese, ayúdese como pueda.

¡Oh pobre de mí! exclamaba Don Abundio. ¡Qué gente! ¡qué corazones! Ya no hay caridad: cada cual no piensa sino en sí mismo, y en mí no quiere pensar ninguno. Y con esto volvia en busca de Perpetua. — Ahora que me acuerdo, dijo esta: ¿y el dinero? — ¿Qué haremos con él? — Venga acá: le enterraré en la huerta. — Pero.... — Pero.... pero. Venga acá: guárdese algo por lo que pueda suceder, y déjeme hacer.

D. Abundio obedeciéndola sacó su tesoro, y se le entregó, y Perpetua diciendo voy á enterrarle en la huerta al pie de la higuera, marchó inmediatamente, volviendo dentro de poco con una cesta que llenó de provisiones de boca, y colocando en otra cestilla al-

guna ropa blanca suya y de su amo, le dijo: vos llevareis al menos el breviario. — ¿Pero dónde vamos? — Donde van los demas. Lo primero saldremos al camino real, y alli veremos lo que mas conviene.

A esto entró Agnes igualmente con su cestita, y en guisa de quien viene á hacer una propuesta importante. Ciertamente ella desde un principio habia resuelto no aguardar huéspedes de aquella clase, y viéndose sola y con un poco de aquel oro que la habia enviado el innominado, estuvo algun tiempo dudosa sobre el lugar que elegiria para su retiro. Precisamente el resto de aquellos escudos que en los meses de la hambre la habian sido tan útiles, era la causa principal de su angustia é irresolucion, por haber oido que en los pueblos ya invadidos, habian escapado peor los que tenian algun dinero, expuestos igualmente á la violencia de los extrangeros, y á las tentativas de sus paisanos. Ella por su parte á nadie habia confiado la fortuna que el cielo la habia deparado si-

no á D. Abundio, quien de cuando en cuando la cambiaba un escudo en moneda menuda. Pero el dinero escondido, especialmente hablando de quien no está acostumbrado á tenerle, hace que el poseedor esté siempre sospechoso de las sospechas de otros. Entonces mientras ella andaba escondiendo acá y allá lo que no podia llevar consigo, pensaba tambien en sus escudos que ténia cosidos en su jergon, y se acordó de que el innominado juntamente con ellos la habia enviado las mayores promesas de servirla siempre que se la ofreciese, y no se olvidó tampoco de lo que habia oido contar de aquel castillo, puesto en un lugar tan seguro, y donde contra la voluntad del amo no podia subir nadie sino los pájaros; por todo lo cual se decidió á elegirle por refugio. Pensó como podia darse á conocer á aquel Señor, á quien no habia visto, y la ocurrió el nombre de Don Abnndio, quien desde aquella conversacion con el Cardenal le habia siempre hecho demostraciones de particular benevo-

lencia, y con tanta mayor verdad cuanto podia hacerlo sin comprometerse con nadie estando tan lejos los dos jóvenes, y aun mas lejos el caso de que se pudiese hacer alguna pregunta, que hubiera hecho peligrosa esta benevolencia. Supuso que en semejante baraunda el pobre hombre debia estar mas asustado que ella, y venia á proponerle este partido, no dudando que le admitiria. Asi es que encontrándole con Perpetua le manifestó al punto su idea. — ¿Qué te parece de esto, Perpetua? dijo D. Abundio. — Me parece que es una inspiracion del cielo, y que sin perder un instante debemos ponernos en camino. — ¿Y despues?... — Despues cuando estemos allá nos hallaremos muy contentos. Es notorio que aquel Señor no desea otra cosa que hacer bien al prógimo, y asi nos recibirá con gusto. Alli en aquella tierra, y tan altos, no veremos soldados, y ademas hallaremos que comer; pues en los montes nos veríamos muy mal cuando se acabase esta gracia de Dios que aqui llevo: y diciendo esto

se acomodaba en los brazos las cestas. — Y.... ¿estará convertido de veras?... — Quién lo duda despues de todo lo que se sabe, y lo que vos mismo habeis visto. — ¿Y si fuésemos á meternos en una trampa? — Señor.... ¿qué ha de hacer con estas dos viejas? Dejemos eso.... viva Agnes que tan buen pensamiento ha tenido, y marchemos. — ¿No se pudiera buscar un hombre que viniese con nosotros para servir de escolta á su Párroco? Lo digo por que si encontramos algun bribon ¿qué defensa puedo tener en vosotras?—Otra manía para perder tiempo, exclamó Perpetua. ¿Dónde hemos de ir ahora á buscar ese hombre? Pues que no tiene cada uno que pensar en sí mismo? Ea, pronto: coged el breviario y el sombrero, y marchemos.

D. Abundio no pudo menos de obedecer, y volvió con su breviario debajo del brazo, su sombrero en la cabeza y su baston en la mano, y los tres salieron por una puertecita que caia hácia el cementerio. Perpetua la cerró, mas por no faltar á una formalidad

tan usada, que por confianza que tuviese en aquella cerradura, y se guardó la llave. Don Abundio al pasar dió una ojeada á su Iglesia y dijo entre sí: al pueblo toca defenderla, si esos hombres tienen estimacion á su Iglesia ellos la defenderán, y si no asi saldrá ello.

Empezaron su viage cabizbajos pensando cada cual en sus negocios, y mirando alrededor, especialmente Don Abundio, por si descubrian alguna figura sospechosa, pero ninguna encontraron, pues la gente del pueblo unos estaban en sus casas para defenderlas, otros ocupados en hacer lios, y los que habian huido habian tomado el camino mas recto para dirigirse á los montes.

Despues de algunos suspiros, y tal cual interjeccion, comenzó D. Abundio á soliloquiar, tomándola principalmente con el Duque de Nevers, que pudiendo estarse en Francia propiamente como un Príncipe, queria ser Duque de Mántua á pesar de todo el mundo: pegaba luego con el Empera-

dor, de quien decia que no debia haber tomado parte en las locuras de otro, sino dejar correr el agua por donde quisiese, que él siempre sería Emperador aunque el Duque de Mántua se llamase Tizio ó Sempronio; y sobre todo echaba pestes contra el Gobernador, diciendo que á él tocaba haber buscado los medios de librar el pais de aquel azote. Bueno sería, decia, que aquellos Señores estuviesen aqui para ver qué gusto es este. Ya, ya tendrán que dar buena cuenta; pero entre tanto pagamos los que no tenemos culpa.

Deje estar esa gente, exclamó Perpetua, que ninguno de ellos ha de venir á ayudarnos: lo que me da mas pena es.... — ¿Qué es? preguntó Don Abundio.

Perpetua que en todo el camino que habian andado no cesó de pensar en lo que dejaba escondido, comenzó á dolerse de haber olvidado tal cosa, de haber mal escondido otras, y de haber dejado algunos indicios que pudiesen servir de guia á los ladro-

nes. — Bravísimo, exclamó D. Abundio, ya sereno lo bastante para poder pensar en sus ropas. Bravísimo: eso has hecho. ¿Y dónde tenias la cabeza?

¿Cómo, cómo? exclamó tambien Perpetua, parándose, y poniéndose en jarras todo lo que permitian las cestas; ¿cómo? ¿Ahora venís con esas reconvenciones cuando vos érais quien mas me aturdia en lugar de ayudarme y darme ánimo? He pensado mas en su ropa que en la mia: no he tenido quien me diese una mano: me he visto sola para todo. Si algo malo sucede, no soy responsable, porque he hecho mas de mi obligacion.

Agnes interrumpia estas disputas hablando de sus aflicciones, y no sentia tanto sus trabajos y pérdidas como el ver desvanecida la esperanza de abrazar pronto á su Lucía, pues ya se acordará el lector de que era aquel otoño la época en que habian convenido reunirse en casa de Doña Praxedes, y esta en semejantes circunstancias no era regular que tratase de volver á su casa de campo, cuando los que esta-

ban en ellas las dejaban para buscar asilo mas seguro.

La vista de aquel terreno por donde caminaban daba mas viveza á estos pensamientos de Agnes, pues luego que salieron de las trochas entraron en aquel camino real, por donde ella habia venido acompañando á su hija para tan poco tiempo, y aun bien pronto vieron la aldea de aquel buen Sastre en cuya casa se hospedaron en aquellos dias cuando las visitó Federico.

Iremos á saludar á aquella buena gente, dijo Agnes. — Y tambien á descansar un rato, que ya me molestan demasiado estas cestas; ademas para tomar un bocado, respondió Perpetua: á lo que contestó Don Abundio, pero sea con la condicion de no perder tiempo, pues no viajamos por gusto.

Fueron recibidos con los brazos abiertos: Agnes al abrazar á la muger del Sastre prorumpió en un amargo llanto, que la sirvió de mucho consuelo, y sollozando contestaba á las preguntas de ella sobre la suerte de Lu-

cía. — Está mejor que nosotros, decia Don Abundio, y en Milán, lejos de estas diabluras. — Con que va de fuga el señor Cura y la compañía, dijo el Sastre. — Si señor, huyendo, respondieron á un tiempo D. Abundio y su criada. — Los compadezco. — Nos dirigimos al castillo de.... dijo D. Abundio. — Muy bien pensado, contestó el Sastre. — ¿Y no hay por aqui miedo? preguntó Don Abundio. — Os diré, señor Cura, contestó el Sastre. Hablando propiamente por pasage, ó por tránsito, como sabeis que se dice hablando con pulidez, no deben venir aqui, pues gracias á Dios nos hallamos demasiado lejos de su ruta. A lo mas á lo mas alguna escapatoria, que no quiera Dios suceda; pero en todo caso hay tiempo, pues antes se han de oir otras noticias de los pueblos por donde vayan.

Con esto se determinó descansar alli un rato, y como era medio dia, dijo el Sastre: Señores habeis de honrar mi pobre mesa: á lo que contestó Perpetua, que ellos traian algo con que quebrar el ayuno, y despues de algu-

nos cumplimientos de parte á parte, se resolvió que juntarian las provisiones, y comerian en sociedad.

Los muchachos se habian colocado con gran algazara alrededor de Agnes su antigua amiga. El Sastre mandó á su hija (la que llevó aquel regalo á la pobre viuda), que fuese á sacar de los erizos algunas castañas escogidas y las pusiese á tostar, y tú, dijo al muchacho, ve á la huerta, da un golpe al albérchigo y trae algunos; y tú, dijo al otro, ve á la higuera y tráenos higos. Él mismo fue á sacar vino, y su muger á buscar los manteles. Perpetua sacó sus provisiones, las puso en la mesa, ocupó D. Abundio el puesto de honor, y se comió sino con gran alegría, con mucha mas sin duda de la que habian esperado.

Qué nos dice el señor Cura de estas cosas, dijo el Sastre. Me parece que estoy leyendo la historia de los Moros en Francia. — ¿Qué quereis que yo os diga? que aun debia tocarme tambien un lance semejante. — Pero en fin, habeis escogido buena retirada, di-

jo el Sastre; ¿quién diablos ha de entrar allí por fuerza? Y no estaréis solos, pues ya hemos oido decir que se ha recogido allí mucha gente. — Quiero esperar, dijo D. Abundio, que seremos bien recibidos. Conozco á aquel buen caballero, y la otra vez que tuve el honor de hablarle estuvo tan atento conmigo. — Y á mí, dijo Agnes, me envió á decir por Monseñor, que cuando tuviese necesidad de alguna cosa, me dirigiese á él. — Grande y completa conversion, excláinó Don Abundio. ¿Y persevera?

El Sastre contestó extendiéndose sobre la vida ejemplar que hacia en su castillo, y cómo era el bienhechor de todo el pais de que antes habia sido el espanto. — ¿Y todos aquellos que tenia consigo? aquella familiota, preguntó D. Abundio, el cual aunque ya habia oido algunas noticias, no tenia aún mucha confianza.

Salieron de allí los mas, dijo el Sastre, y los que han quedado han mudado enteramente de vida. En una palabra, aquel castillo es como la Te-

baida. Ya me entendeis la comparacion.

Púsose despues á recordar con Agnes la visita del Cardenal. Gran hombre, decia, ¡gran hombre! Lo que siento es que se detuviese tan poco que no me dió tiempo para.... en fin mucho diera por hablarle algun dia mas despacio.

Cuando se levantaron de la mesa les hizo observar un retrato suyo que tenia en la sala, por muestra de respeto á su Arzobispo, y por tener ocasion de decir que el retrato no se le parecia, pues él habia tenido el gusto de verle de cerca, y en aquel mismo cuarto. — ¿Y le han querido pintar asi? dijo Agnes. El vestido es el mismo; pero lo demas.... — ¿Es verdad que no se le parece? contestó el Sastre. Siempre lo estoy diciendo; pero al fin basta que tenga su nombre.

D. Abundio daba prisa: el Sastre se empeñó en buscarle un borrico para seguir su viage: salió á hacer la diligencia, volvió muy pronto, y dijo á Don Abundio: Señor Cura, si quereis

llevar algun libro para pasar el tiempo, yo puedo serviros, que aunque un pobre hombre ignorante tambien me divierte la lectura. Bien conozco que no son cosas para vos.... libros en nuestra lengua.... pero con todo....

Gracias, respondió D. Abundio. En tales circunstancias apenas tiene uno la cabeza para leer lo de obligacion.

Mientras se cumplimentaban mútuamente, se daban consuelos, y se prometian esperanzas, ya estaba el borrico á la puerta, acomodaron en él las cestas, montó D. Abundio y empezaron la segunda parte de su viage con mas tranquilidad y comodidad que la primera.

El Sastre habia dicho la verdad en cuanto al innominado. Desde aquel dia cuyos sucesos referimos, siempre habia continuado haciendo lo que se habia propuesto, recompensar daños, buscar la paz, proteger desgraciados, y no perder coyuntura de hacer beneficios. Aquel valor que antes habia mostrado para ofender y defenderse, ahora le mostraba en no hacer ni lo uno ni

lo otro. Habia abandonado las armas, andaba siempre solo, dispuesto á encontrar las consecuencias posibles de tantas violencias como habia cometido, persuadido á que sería cometer otras si usase de la fuerza para defender una vida deudora de tantas, y creyendo que cualquier daño que le hiciesen, así como sería una ofensa para Dios, sería respecto á su persona una justa retribucion de lo que habia hecho. Sin embargo aun con esto habia quedado tan inviolable como cuando tenia para su defensa tantas armas y tantos brazos. La memoria de su antigua ferocidad comparada con la presente mansedumbre: aquella que debia haber dejado tantos deseos de venganza, y esta que la hacia tan fácil convidaban á mantenerle en un predicamento, y en una admiracion que le servia de salvaguardia. Era aquel hombre á quien ninguno habia podido humillar, y que se habia humillado él mismo. Los rencores otras veces irritados por su desprecio y el miedo que infundia, se olvidaban delante

de aquella nueva humildad. Los ofendidos habian obtenido fuera de toda esperanza y de todo peligro una satisfaccion que no hubieran podido prometerse de la mas afortunada venganza, la satisfaccion de ver un hombre semejante arrepentido de sus hechos, y partícipe, por decirlo así, de la indignacion con que otros le miraban. Alguno de ellos, que por muchos años habia mirado como el tormento mas amargo y mas intenso el no ver probabilidad de hallarse en ningun caso mas fuerte que él, para evitar cualquier desgracia, encontrándolo luego solo, desarmado, y en actitud de no oponer resistencia, no habia sentido otro movimiento que el de hacerle demostraciones de honor. En aquel abatimiento voluntario su presencia y su serenidad habian adquirido sin que él lo supiese, un no sé que de mas elevado y mas noble, porque mejor que antes le representaba incapaz de todo temor. Aun los odios mas encarnizados y antiguos se sentian como enfrenados, y se mantenian en respeto, á

vista de la veneracion con que el público miraba al hombre penitente y benéfico. Esta era tal que él mismo tenia dificultad en huir de las demostraciones que le hacian, y debia poner mucho cuidado en no dejar conocer en su semblante ni acciones el interno sentimiento de compuncion, y en no abatirse demasiado, para no verse tambien demasiado elevado. En la Iglesia se habia escogido el último lugar, y hubiera hecho mal quien se le hubiera usurpado, pues era como quitarle el puesto de honor. Ofender despues de esto á un hombre semejante, y aun solo tratarle con menos respeto, podia parecer no solo un delito y una vileza, sino tambien una especie de sacrilegio.

Estos principios y otras causas desviaban igualmente de él el rigor de las autoridades, y aun por esta parte le procuraban una seguridad en que no habia pensado. Su elevada clase, y su parentela que en todos tiempos le habian servido de defensa, le valian entonces tanto mas, cuanto á aquel nom-

bre ilustre é infame se habia añadido la recomendacion personal, y la gloria de la conversion. Las autoridades y la nobleza se habian alegrado de esta mudanza tanto como el público; y hubiera parecido extraño el ensangrentarse contra un hombre que era objeto de tantas congratulaciones. Por estas y otras muchas causas, aquel mismo hombre que si hubiera caido hubieran ido con gusto grandes y pequeños á pisarle, ahora echándose él propio en el suelo era admirado de todos y acatado de muchos.

Pero habia otros á quienes tan estrepitosa mudanza debia causar otra cosa que alegría: tantos ejecutores de delitos pagados para ellos, tantos cómplices que perdian aquel poderoso apoyo con que antes contaban, que en un solo golpe veian roto el hilo de tantas infames tramas tan despacio dispuestas, y acaso tal vez cuando aguardaban la noticia de su feliz éxito; pero ya hemos visto los varios sentimientos que produjo aquella conversion en los bribones que se hallaban á

su lado, y que le oyeron de su boca, estupor, dolor, abatimiento, cólera; un poco de todo menos de desprecio ni odio. Lo mismo acaeció á los otros á quienes tenia distribuidos en diversos puestos, cuando supieron la terrible noticia, y á todos por la razon misma. El odio principal, como leemos en Ripamonti, recayó especialmente contra el Cardenal, pues le miraban como un enemigo que habia desconcertado sus planes, y en cuanto al innominado decian: ha querido salvar su alma: nadie tiene razon de culparle.

Con el tiempo la mayor parte de los bribones que tenia en casa, no pudiendo acomodarse á la nueva disciplina, y no viendo probabilidad de que se mudase, se habian despedido. Cual habia buscado amo, tal vez entre los amigos del que dejaba, cual habia sentado plaza en algun tercio, como entonces llamaban, de España ó de Mántua, ó de cualquier otra potencia beligerante, y cual se contentó con briboneár por su cuenta y

en libertad. Igual partido es probable que tomasen los demas que estaban asalariados por él en diversos paises. De los pocos que habian podido acostumbrarse al nuevo tenor de vida, ó que le habian abrazado de buena voluntad, los mas de ellos hijos de aquel valle, habian vuelto á los campos á ejercer el oficio aprendido en sus primeros años, y abandonado despues por la vida airada: los forasteros se habian quedado como criados de casa, y unos y otros convertidos como su amo vivian á su ejemplo, sin hacer ni recibir daño, desarmados pero respetados. Cuando la invasion de las tropas alemanas, vinieron á refugiarse al castillo algunos vecinos de los paises invadidos, ó amenazados, y el innominado regocijándose de que sirviesen de refugio á los débiles aquellos muros que por tanto tiempo se habian mirado de lejos como un terrible fantasma de terror, acogió á los emigrados con demostraciones mas bien de gratitud que de cortesía; hizo correr la voz de que su casa estaria abierta á cuantos quisie-

ren acogerse á ella, y pensó en poner en estado de defensa no solo ella sino todo el valle si alguno de los saqueadores querian presentarse por alli á hacer de las suyas. Reunió los criados que se habian quedado con él, pocos y valientes; les hizo una arenga sobre la buena ocasion que Dios proporcionaba asi á ellos como á él, de emplearse en auxilio del prógimo á quien tanto habian oprimido y aterrado; y con aquel antiguo acento de mando que expresaba la certeza de la obediencia, les anunció en general lo que queria que hiciesen, y sobre todo les prescribió como habian de portarse para que los que viniesen á buscar amparo no viesen en ellos sino unos amigos y defensores. Hizo reunir todas las armas asi de fuego como blancas que se hallaban abandonadas, las distribuyó, hizo advertir á los vecinos del valle que todo el que tuviese ánimo viniese á reunirse con armas á su castillo, donde las recibiria el que no las tuviese: eligió algunos que fuesen como oficiales: asignó los puestos en to-

das las avenidas: estableció las horas y disciplina como en un campamento, y como él mismo habia hecho en el tiempo de sus desórdenes y peligros. Ninguno sin embargo tocó á las armas ofensivas y defensivas de que él habia usado, y preguntándole sus criados ¿ á quien las destinaba ? á nadie, les contestó, y fuese por voto, ó por otra causa, siempre se mantuvo desarmado á la cabeza de aquella especie de guarnicion.

Al mismo tiempo habia empleado otros hombres y mugeres de la familia en preparar alojamiento á cuantas mas personas se pudiese, y preparar camas de varias clases en las piezas que podian servir de dormitorios, haciendo tambien reunir comestibles para los huéspedes que Dios le enviase. Él mismo á todo esto no paraba en casa, recorriendo los puestos, estableciendo otros, reforzando algunos, empleado en ver y dejarse ver para conservarlo todo en regla por sus palabras y su presencia. En casa recibia con el mayor cariño á cuantos venian,

y todos, ó ya le hubiesen visto ó le viesen por la vez primera, le miraban estáticos, olvidando en un momento los ayes y temores que le habian ocultado hasta entonces, y aun volvian á mirarle cuando él se apartaba de ellos.

CAPITULO XXIX.

Aunque el mayor concurso no era por la parte donde iban nuestros tres caminantes sino por la opuesta, no tardaron en encontrar compañeros de viage y de infortunio que de los caminos de travesía habian salido ó salian al camino real. En tales circunstancias son amigos todos los que se encuentran, y asi cuando el borrico emparejaba con alguno que iba á pie empezaba un diálogo de preguntas y respuestas. Cómo habia escapado, si habia oido los tambores y los timbales, si habia visto al enemigo, y los que podian decir que sí, los pintaban como suele pintar las cosas el miedo.

= Hemos tenido fortuna, decian las dos

mugeres. Demos gracias á Dios. Piérdase la ropa enhorabuena como salvemos las personas. Pero D. Abundio no hallaba motivo para alegrarse tanto. Aquel concurso, y el que oia venir por el lado opuesto comenzaba á hacerle sombra. ¡Qué lance! decia á las mugeres un momento que pudo hablarlas sin que hubiese gente al lado. ¡Qué lance! ¿No veis que reunirse tanta gente en un lugar es lo mismo que convidar á que vengan precisamente los soldados. Todos traen cosas que guardar, en sus casas nada dejan, creerán que todo aqui está lleno de tesoros. Venimos á parage muy seguro. ¡Oh, pobre de mí, donde me he metido!

Qué han de subir allá tan arriba, decia Perpetua. Tambien ellos tienen que seguir su camino. Ademas, yo siempre he oido decir, que en los peligros mejor están muchos juntos. ¡Muchos, muchos! exclamaba Don Abundio. ¡Pobre muger! ¿no sabes que cualquier lancicheneco se come cien de estos. Y luego, si quisiesen

hacer una locura, ¿os parece que es gusto hallarse en una batalla? Menos malo era andar trepando por los montes. ¡Es buen empeño que todos nos hemos de meter en un lugar! ¡Imprudentes! murmuraba entre sí: todos aqui, y venir, y venir, y venir unos tras otros que parecen rebaños de carneros descarriados.

Si es por eso, dijo Agnes, lo mismo pudieran decir ellos por nosotros. Calla, calla, dijo D. Abundio, que ya el charlar es inútil. A lo hecho pecho; ya estamos aqui y es preciso callar. Será lo que Dios quiera.

El mayor apuro fué cuando á la entrada del valle vió un buen puesto de hombres armados, parte de centinela y parte esparcidos en las inmediaciones. Los miró de medio lado, y aunque no tenian aquellas caras que tanto le asustaron en su primer viage, sin embargo, no se puede decir que le dieron gusto. Ay pobre de mí, decia, es fijo, tratan de la locura de defenderse. En verdad no podia ser otra cosa; y yo debia haberlo pensado de

un hombre de su especie. Pero ¿qué querrá hacer? ¿querrá declarar la guerra á los otros? ¿se le figurará que es un rey? Pobre de mí. En circunstancias que cualquiera debe desear meterse debajo de la tierra, este hombre busca todos los caminos de hacerse visible. — Veis, Señor amo, dijo Perpetua, si aquí hay gente de valor que sabrá defenderse. Que vengan por acá los soldados: esta gente no es como la de allá que no son buenos sino para sus labores.

— Callad, respondió en voz baja pero airada D. Abundio. Callad, que no sabeis lo que decís. Rogad á Dios que los soldados vayan de prisa ó que no se les antoje venir á saber lo que aquí pasa, y que se pone esto en defensa como una plaza. ¿No sabeis que el oficio de los soldados es tomar las fortalezas? No quieren otra cosa. Para ellos dar un asalto es como ir á una boda, porque cuanto encuentran otro tanto es para ellos, y degüellan la gente como quien parte pan. ¡Pobre de mí! Basta: veré si hallo modo de escon-

derme entre estas peñas. No, lo que es en una batalla no me cogen.

—Si teneis miedo aun estando defendido, empezó á decir Perpetua; pero su amo le hizo callar prosiguiendo: cuidado con lo que se habla, aqui es preciso hacer buena cara y aprobar todo lo que se vea.

En la taberna de la Malanoche encontraron otro cuerpo de guardia, y D. Abundio se quitó el sombrero diciendo entre sí: lo dicho dicho, he venido á meterme en un campamento. Aqui se desmontó del borrico, gratificó al conductor y siguió su viage con las dos compañeras. La vista de aquellos lugares le trajo á la memoria las angustias que pasó en su primer viage; ya Agnes aunque jamás los habia visto sino en la fantástica imágen que de ellos se formaba siempre que se hablaba del tal castillo, ahora que los veia experimentaba un vivo y mas doloroso sentimiento de aquellos sucesos. Ah, señor Cura, exclamó: cuando pienso que mi pobre Lucía pasó por este camino! —Quereis callar, mu-

ger sin juicio, la dijo D. Abundio al oido. ¿Son cosas esas para decirse aqui? ¿No sabeis que estamos en su casa? Fortuna que nadie viene ahora. pero no hableis de ese modo. — ¡Oh! dijo Agnes, ¡ahora que ya está hecho un santo! — Silencio, le contestó D. Abundio en voz baja, pensad solo en darle gracias por el bien que os ha hecho. — En cuanto á eso ya lo he pensado. ¿Creeis que no sabemos un poco de crianza? — La verdadera crianza es no decir lo que puede desagradar, especialmente á los que no están acostumbrados á oirlo. Y entended bien las dos que este no es lugar para charlar ni para decir todo lo que se viene á la cabeza! Esta es la casa de un poderoso, ¿veis que familia le rodea? aqui viene gente de toda clase, con que así juicio si podeis tenerle: pesad las palabras, y sobre todo hablar poco y solo cuando sea necesario, pues en callar nadie yerra.

Peor os sale á vos la cuenta con todos esos reparos, comenzaba á decir Perpetua, cuando D. Abundio la gritó: silencio, y quitándose con toda

prisa el sombrero, hizo una profunda reverencia por haber visto al innominado, que habiéndole conocido desde lejos bajaba á recibirle.

Señor Cura, dijo cuando se acercó, me hubiera alegrado haberle ofrecido mi casa en una época mas feliz; pero de todos modos me complazco en poderle servir en cualquier cosa.

Confiado en la gran bondad de Vueseñoría Ilustrísima, contestó Don Abundio, me he atrevido á venir á incomodarle en estas tristes circunstancias, y aun me he tomado la libertad de venir acompañado. Está es mi ama de gobierno... — Bienvenida sea, dijo el innominado. — Y esta, continuó D. Abundio, es una muger á que Vueseñoría ha hecho ya muchos favores. Es madre de aquella... de aquella... — De Lucía, dijo Agnes. — ¡De Lucía! exclamó el innominado inclinando la cabeza y volviéndose hácia ella, ¿y decís que yo la hice favores? ¿yo? ¡Dios inmortal! Ella sí que me hace favor en venir aquí á mi casa. Seais bien venida, vos me traeis la

bendicion del cielo. ¡Oh! dijo Agnes, vengo á incomodaros, y tambien (continuó acercándose á su oido) á daros las gracias porque....

El innominado la interrumpió preguntando nuevas de Lucía, y luego que las hubo oido se volvió para acompañar hasta el castillo á sus nuevos huéspedes, lo que hizo á pesar de su ceremoniosa resistencia. Agnes dirigió al Cura una ojeada que queria decir: ¿Veis si necesito de que os metais en darme consejos? — ¿Ha llegado esa gente á vuestra Parroquia? preguntó el innominado. — No señor, respondió Don Abundio, yo no he querido aguardar á semejantes diablos. Dios sabe si hubiera escapado vivo de sus manos y venir á incomodar á Vueseñoría Ilustrísima.

Ahora ya podeis respirar, contestó el otro, porque estais bien seguro. Aqui no vendrán y si viniesen estamos prontos á recibirlos. — Esperemos que no vengan, dijo Don Abundio, y continuó señalando con la mano los montes que por el frente cercan el va-

lle: siento que tambien por esa parte anda una manada de gente; p-ro.... pero.... — Es verdad; pero no dudeis que para todos tenemos.

Entre dos fuegos, decia entre sí Don Abundio, propiamente entre dos fuegos. ¿Dónde me he dejado traer y por los consejos de dos tontas?

Entrando en el castillo el innominado hizo conducir á las dos al sitio señalado para las mugeres, que ocupaba tres de los cuatro lados del segundo patio, y los hombres se alojaban en los lados del otro patio á derecha é izquierda, y en el que daba sobre la esplanada. El cuerpo de enmedio, que separaba los dos patios y formaba la comunicacion entre ellos, estaba en parte destinado á las provisiones, y en parte debia servir para depositar las ropas que trajesen los refugiados, y en el cuartel de los hombres habia un pequeño departamento destinado á los eclesiásticos, y alli fue donde el innominado condujo á D. Abundio, que fue el primero que tomó posesion.

Veinte y tres ó veinte y cuatro dias permanecieron nuestros refugiados en el castillo enmedio de un gran movimiento y muy bien acompañados, pues en los primeros dias no cesaba de venir gente; pero al fin no tuvieron sucesos raros. No se pasó dia sin que se tocase al arma: los lancichenecos vienen por aqui; por allá se han visto cappelletos; y al primer aviso, el innominado enviaba gente á hacer la descubierta, y si era preciso él mismo salia con algunos que tenia dispuestos para tales casos: salia del valle y se dirigia á la parte por donde amenazaba el peligro. Y era cosa rara ver una porcion de hombres armados hasta el pescuezo y formados como militares al mando de un hombre sin armas. Las mas veces eran foragidos y ladrones desbandados que huian antes de ser sorprendidos; pero una ocasion, cogiendo á algunos de estos para enseñarlos á no venir por aquella parte, supo el innominado que un pueblecillo inmediato habia sido invadido y medio saqueado. Eran lanciche-

necos de varios cuerpos, que quedándose rezagados se habian reunido y andaban echándose sobre los pueblos inmediatos á la ruta del ejército, y despojaban los habitantes y aun imponian contribuciones. El innominado hizo una breve arenga á su gente y los condujo hácia aquel parage.

Llegaron antes que se supiese que venian, y los saqueadores, que habian creido robar sin peligro, viendo acercarse gente ordenada y en guisa de combatir dejaron el saqueo, y á toda prisa, sin esperarse unos á otros, se volvieron por donde habian venido. Él los siguió un buen pedazo de camino, y haciendo alto se mantuvo en observacion, hasta que viendo que no habia novedad, se retiró, pasando por el mismo pueblo, donde todos aclamaron la tropa libertadora y á su gefe.

En el castillo á pesar de aquel grueso de gente reunido por casualidad y compuesto de personas de varias condiciones, costumbres, edades y juicio, no sucedió ningun desórden. El inno-

minado habia distribuido guardas en varios puntos, y estos atendian á prevenir todo inconveniente con aquel celo que cada uno usaba en el cumplimiento de cosa que el hubiese mandado.

Igualmente habia rogado á los eclesiásticos y á los hombres de mas autoridad que se hallaban entre los refugiados, que celasen para mantener el órden; y aun él mismo procuraba dejarse ver en todas partes siempre que podia: bien es que aun en su ausencia solo la idea del dueño de aquella casa bastaba para imponer respeto. Es verdad tambien que toda era gente fugitiva, inclinada á la quietud, pensando en sus bienes y en sus casas, otros en sus familias y amigos que habian quedado en el peligro: las nuevas que venian de afuera abatian los ánimos, y los conservaban mas y mas en aquellas disposiciones pacíficas.

Con todo eso habia algunas cabecillas mas alegres, gente de mas espíritu, que deseaban pasar la tempestad alegremente. Habian abandonado sus

casas por no ser bastante fuertes para defenderlas; pero no querian llorar ni suspirar por cosa que no tenia remedio, ni entretenerse en contemplar con la imaginacion los daños que despues verian demasiado con sus ojos. Varias familias conocidas ó habian ido juntas, ó alli se habian encontrado: habíanse formado nuevas amistades, y en fin, el grupo se habia dividido en cuadrillas segun los genios y las costumbres. Los que tenian dinero y gusto bajaban á comer al valle, donde á toda prisa se habian puesto hosterías y tabernas: en unas se alternaban los tragos con los suspiros; en otras se habia prohibido suspirar ni nombrar los males presentes sino para decir que era preciso no pensar en ellos. Para aquellos que no podian ó no querian gastar dinero, habia en el castillo la órden de distribuirlos pan, vino y menestra; y ademas se servian diariamente algunas mesas para los que el amo habia expresamente convidado, en cuyo número estaban nuestros amigos.

Agnes y Perpetua deseosas de no comer el pan en vano, habian querido ser empleadas en el servicio que exigia tal concurrencia, y en esto gastaban una buena parte del dia, y el resto le ocupaban hablando con algunas amigas que allí habian grangeado, ó con el pobre D. Abundio. Este no tenia nada en que ocuparse, pero sin embargo no se fastidiaba porque el miedo le hacia perpétua compañía. Lo que es el temor de un asalto es probable que ya se le hubiese borrado, ó si aun le tenia era el que menos le atormentaba, porque siempre que en ello pensaba debia entender cuán poco fundado era. Pero la imágen de todos aquellos contornos inundados de tropas, ya por una parte ó ya por otra: las armas y los armados que veia á cada instante; el pensamiento de las varias cosas que en un momento podian nacer de aquella situacion, le tenian siempre en un espanto indistinto, general y contínuo, ademas del que le causaba el recuerdo de lo que pasaria en su pobre casa. En todo el

tiempo que estuvo alli no se atrevió á separarse mucho del castillo. Su único paseo era la esplanada, y dirigirse, ya á un lado, ya á otro á mirar desde lo alto aquellas peñas, por ver si hallaba algun sendero ó algun paso por donde pudiese escapar y esconderse en caso de que hubiese alguna zalagarda. A todos los compañeros de asilo hacia mil cumplidos, pero conversaba con poquísimos, siendo su trato mas frecuente con las dos mugeres con quienes andaba manifestando sus miedos aunque á riesgo de que ellas le burlasen. En la mesa, donde se detenia poco y hablaba poquísimo, oia las noticias del terrible tránsito, noticias que llegaban cada dia de pueblo en pueblo y de boca en boca, ó traidas alguna vez por uno que habiéndose decidido á permanecer en su casa, habia tenido que abandonarla por último, sin poder salvar nada, y acaso mal parado. Asi cada dia se contaban nuevas historias de desgracias; y aun varios novelistas ó noticieros de profesion, recogian todo lo que se hablaba,

y despues lo comunicaban forjado á su manera. Disputábanse cuales eran los regimientos mas diabólicos, si eran peor los infantes que los caballos; se repetia lo mejor que era posible los nombres de los gefes; se contaban los hechos de algunos; se especificaban los tránsitos y las marchas; tal dia se hallaba en tal parte tal regimiento, mañana debe llegar á tal pueblo, donde otro regimiento estaba haciendo los mismos ó acaso mayores estragos. Sobre todo se procuraba adquirir informes, y se tenia cuenta de los regimientos que pasaban por el puente de Lecco, porque de estos se podia decir con verdad que habian recorrido el pais de nuestros interesados. Pasa la caballería de Walenstein; pasa la infantería de Marradas; pasa Altringer; pasa Turstemberg.... pasan otros y otros, y en fin, cuando Dios quiso, pasó Galasso que cerraba la retaguardia. El escuadron volante de los venecianos acabó tambien de alejarse, y quedó libre todo el pais á derecha é izquierda. Ya habian comenzado á sa-

lir del castillo los que habian venido de las tierras que primero habian sufrido la invasion, y todos los dias se marchaba gente, como despues de un temporal se ven salir de un frondoso árbol los pájaros que alli se habian acogido. Creo que nuestros tres personages fuéron los últimos, y esto por seguir la opinion de D. Abundio, quien temia que si regresaba presto á su casa habia de encontrar algunos que se hubiesen quedado rezagados á espaldas del ejército. Perpetua decia una y mil veces que cuanto mas alli se detuviesen, mas lugar se daba á la gente del pais para entrar en la casa y completár la funcion; pero todo era en vano, pues cuando se trataba de conservár el pellejo, Don Abundio la vencia siempre.

Llegado el dia de la marcha el innominado hizo que en la taberna de la Malanoche se hallase un coche donde habia hecho poner alguna ropa blanca para Agnes, y antes llamándola aparte la obligó á aceptar un cartuchito de escudos para que pudiese re-

parar las pérdidas que hallase en su casa, aunque ella poniendo la mano en el pecho le aseguraba que aun conservaba algunos de los otros. — Cuando veais á vuestra buena y desgraciada Lucía, añadió él, aunque estoy cierto de que ruega por mí, porque la he causado tantas penas, encargádselo de nuevo, y decidla que la doy gracias, y confio en Dios que sus ruegos serán tambien en provecho suyo.

Quiso acompañarlos hasta el mismo coche, y ya puede imaginarse el lector cuales serían los expresivos y humildes cumplimientos de D. Abundio y de Perpetua. Partieron, y segun habian convenido hicieron una corta visita al Sastre, donde oyeron contar otras varias anécdotas del tránsito de las tropas, pero allí por su fortuna no habian llegado. ¡Ah, señor Cura! dijo el Sastre dándole el brazo para montar en el coche: algunos libros se han de escribir sobre estas cosas.

Despues que se apartaron del pueblo empezaron á ver por sus ojos algo de lo que solo por relacion habian

sabido. Viñas despojadas no como en las vendimias sino arrancadas ó cortadas las cepas, árboles derribados, casas quemadas, y la gente unos empleados en componer las puertas rotas ó desquiciadas, otros llorando sus pérdidas, y otros que se acercaban al coche solicitando limosna.

Con tales imágenes á la vista, con otras semejantes en la imaginacion, y con la seguridad de hallar lo mismo en su casa, llegaron á ella, y encontraron en efecto cuanto esperaban.

Agnes puso sus lios en un rincon del patinillo, que era el parage mas limpio de la casa; púsose á asearla y recoger y componer la poca ropa que la habian dejado, hizo venir un carpintero y un cerrajero para poner corriente su puerta, y guardando su nueva ropa blanca, y encerrándose para contar sus escudos decia: he caido de pies: bendito sea Diós, y la Vírgen, y aquel buen caballero; puedo decir con toda verdad que he caido de pies.

Don Abundio y Perpetua entraron en casa sin necesidad de llave, y á ca-

da paso que daban sentian un hedor insoportable; de modo que con la mano en la nariz avanzaron hasta la cocina, en puntillas, y buscando con estudio el parage donde pudiesen pisar. Nada entero habia quedado en aquella pieza, y en su lugar se veian restos y pedazos de lo que en otro tiempo habian sido aquellos muebles, viéndose en todas partes plumas de las gallinas de Perpetua, pedazos de ropa blanca, y hojas de los calendarios y libros de D. Abundio. En solo el hogar se podian distinguir muchas señales de un gran saqueo, asi como en un solo período sabe un hombre de provecho reunir muchas é interesantes ideas. Los tizones que estaban apagados manifestaban aun lo que antes habian sido: pedazos de sillas, de mesas, de armarios, de camas, y duelas del tonelillo de vino con que Don Abundio vigorizaba su estómago. Aun con los carbones mismos habian hecho daño aquellos hombres, emporcando las paredes, con rayas, con letreros, y con disformes dibujos, poniendo par-

ticular estudio en que la pintura fuese ridícula y feísima; bien es que para esto no tuvieron que trabajar mucho semejantes pintores.

¡Ah puercos! exclamó Perpetua, ¡ah bribonazos! añadió D. Abundio, y como quien va huyendo salieron por la puertecilla que daba á la huerta. Respiraron el aire libre, y uno tras otro se dirigieron hácia la higuera buscando lo que habian escondido, pero antes de llegar vieron la tierra movida, y ambos á un tiempo prorumpieron en un doloroso grito: se acercaron, y efectivamente hallaron en vez del muerto la sepultura abierta. Aqui se movió algun escándalo. Don Abundio pegó con Perpetua diciendo que no habia sabido esconder el dinero; y ya se deja conocer que ella no sufriria en silencio estas reprensiones; gritaron ambos perfectamente, y despues con el brazo extendido, y el índice apuntando á la tal sepultura, regresaron á casa murmurando entre dientes: trabajaron nó sé cuantos dias en limpiar y compo-

ner su casa, cosa dificil y mas en aquel tiempo, pues por ningun dinero se hallaba quien ayudase: tuvieron que pasar no sé cuantas noches como acampados, acomodándose por los rincones como mejor pudieron, y poco á poco mediante el dinero que les prestó Agnes fueron renovando sus muebles y utensilios.

Ademas aquella desgracia fue por algun tiempo una fuente de conversaciones fastidiosas, porque Perpetua á fuerza de indagar é inquirir, vino á saber de cierto que algunas cosas que creia destrozadas ó en poder de los soldados, se hallaban salvas y enteras en el mismo pueblo, y molestaba á Don Abundio para que las reclamase. No era él capaz de dar un paso tan odioso, ademas de que sus prendas estaban en manos de bribones, especie de gente con quien él queria vivir en la mejor armonía.

No quiero que me hable de esas cosas, decia él: ¿cuántas veces he de repetir que lo pasado pasado? ¿Quereis que me ahorque porque me han

saqueado la casa? Eso es lo que yo digo, contestaba Perpetua: os dejareis sacar los ojos de la cara. Pecado es robar á otros; ¿pero á vos es pecado no robarle? ¿Y es ese modo de hablar? decia él: vamos, callad.

Perpetua callaba pero no tan pronto, y siempre en disposicion de renovar la querella, tanto que el pobre hombre se hallaba reducido á no quejarse ni decir una palabra sobre sus pérdidas, ó sobre la falta que le hacia esto ó aquello, pues luego saltaba Perpetua: id á buscarlo en casa de quien lo tiene, y no lo tendria ahora si no hubiese dado con un pobre hombre.

Otra mas viva inquietud le daba oir que todos los dias pasaban algunos soldados á la deshilada, como él con razon habia previsto, y á cada instante esperaba ver que se le entraban por las puertas, y empezaban de nuevo el saqueo; pero gracias á Dios no se verificaron sus temores. Sin embargo aun no habian cesado estos cuando sobrevinieron otros nuevos, y aqui le dejaremos, pues tenemos que hablar

de cosa mayor que las penas de un hombre solo, el estrago de algunos pueblos, y en fin un mal pasagero.

CAPITULO XXX.

La peste que la Junta de Sanidad habia creido que podia entrar en el Milanés con las tropas alemanas entró en efecto, y no se limitó allí, sinó que invadió y asoló una gran parte de Italia.

En todo el camino que recorrió el ejército se habian hallado algunos cadáveres asi en las casas como en los campos y calles. Bien pronto en varias partes comenzaron á enfermar, y á morir personas y familias enteras de enfermedades violentas, extrañas con síntomas desconocidos de la mayor parte de los que entonces vivian. Habia sin embargo algunos que no los desconocian, y eran los que se acordaban de la peste que cincuenta años antes habia afligido una porcion de la Italia, y en especial el Milanés, donde se llamaba, y aun se llama la peste de

San Carlos. Tal es fuerza de la caridad que entre las memorias tan varias y tan solemnes de una calamidad general, puede ocupar el primer lugar la memoria de un hombre, porque á este hombre inspiró sentimientos y acciones aun mas memorables que las mismas desgracias; presentarle al entendimiento como un signo de todos aquellos sucesos, porque en ellos está pintado como guia, como auxilio, como ejemplo y víctima voluntaria: y en fin la caridad puede hácer que una calamidad general sea como una empresa para este varon, y ponerla su nombre como á una conquista, ó un descubrimiento.

El Protofísico Luis Settala, que no solo habia visto aquella peste, sino que habia sido uno de los mas activos, intrépidos, y á pesar de sus pocos años uno de sus mas famosos médicos, entonces sospechando que volviese, estaba alerta, y el 20 de Octubre avisó á la Sanidad que en la tierra de Chuito, (la última del territorio de Lecco, hácia los confines del de

Bergamo) se habia descubierto el contagio; pero su aviso no tuvo resultado alguno. Otros semejantes llegaron de Lecco y de Bellano, y el Tribunal se contentó con enviar un Comisario, que en Como se asociase con un médico, y fuesen á visitar los lugares indicados. Ambos, fuese por ignorancia, ó por otro motivo, se dejaron llevar de la opinion de un viejo é ignorante barbero de Bellano, quien les dijo que aquellas enfermedades no eran contagio, sino en algunos pueblos un efecto de comun del Otoño y las lagunas, y en otros de los trabajos, sustos y afanes del paso de ejército aleman. El Tribunal parece que se tranquilizó con este informe.

Sobreviniendo sin cesar otras funestas noticias de varios parages, se enviaron dos comisionados para que observasen y tomasen providencias, y cuando estos llegaron, ya el mal se habia extendido tanto que las pruebas se presentaban sin necesidad de buscarlas. Recorrieron el territorio de Lecco, la Valsassina, las orillas del la-

go de Como, y los distritos llamados el monte de Brianza, y la Gera del Adda, y en todas partes encontraron pueblos cercados con barreras, otros casi desiertos y sus habitantes esparcidos por los campos. Se informaron del número de muertos que era espantoso, reconocieron enfermos y cadáveres, y en todas partes hallaron la triste y terrible marcha de la peste. Participaron por escrito estas funestas nuevas, y el Tribunal al recibirlas, que fue el 30 de Octubre, se decidió (dice el Tadino, pág. 26) á mandar salir de la Ciudad las personas que venian de los paises contagiados, y mientras se extendia el bando, dieron órdenes particulares á los guardas de las puertas.

Entre tanto los comisionados tomaron con precipitacion aquellas providencias que pudieron ó entendieron mejores, y regresaron con el sentimiento de no poder remediar ni contener un mal ya tan adelantado. Con efecto, ni las providencias que se tomaron, ni el zelo con que á ellas con-

tribuyó el Cardenal Federico, fueron capaces de salvar á Milán, y segun dice la historia, los cuidados urgentes de la guerra y otras causas, demoraron las resoluciones en términos que el bando que dijimos acordó la Sanidad en 30 de Octubre, no se extendió hasta el 23 de Noviembre, ni se publicó hasta el 29 cuando ya Milán estaba infestado.

El Tadino y el Ripamonti quisieron averiguar el nombre de quien introdujo allí la peste, y las demas circunstancias de la persona y el hecho, y ciertamente al observar los principios de una calamidad tan grande, en que las víctimas apenas pueden numerarse por millares, se experimenta un cierto interés en conocer cuales fueron los primeros y pocos nombres que ciertamente pudieron ser notados y conservados; esta especie de distincion, la precedencia en el exterminio parece que hacen hallar en ellos mismos alguna cosa de fatal y de memorable, aunque bajo otros respetos sean del todo indiferentes.

Uno y otro historiador dicen que fue un soldado italiano al servicio de España, pero no convienen en el nombre. Segun el Tadino fue un tal Pedro Antonio Lovato, de cuartel en el territorio de Lecco: segun el Ripamonti, un tal Pedro Pablo Locati, de cuartel en Chiavena. Difieren tambien en el dia de su entrada en Milán: el primero la pone el 22 de Octubre; el segundo en igual dia del mes siguiente; pero no nos podemos atener ni á uno ni á otro. Ambas épocas están en contradiccion con otras bien comprobadas. A la verdad el Ripamonti escribiendo de órden del Consejo de Decuriones debia tener á su disposicion muchos medios de tomar las informaciones necesarias, y el Tadino por razon de su oficio podia mejor que otro estar informado de los hechos.

Sea el dia que fuese, lo cierto es, que este hombre desventurado y portador de la desventura, entró con un gran lio de ropas compradas ó robadas á los soldados alemanes, y fue á

hospedarse á casa de un pariente en el barrio de la puerta Oriental junto á los Capuchinos. A poco de haber llegado cayó enfermo: fue llevado al hospital, y un bubon que se le advirtió debajo del sobaco, dió á su médico la sospecha de que fuese, lo que era en efecto. El infeliz murió al cuarto dia.

El Tribunal de Sanidad hizo encerrar aquella familia en su casa, y se quemaron sus ropas y la cama en que habia muerto. Dos dependientes del hospital que le asistieron y un buen religioso que le auxilió cayeron enfermos, y murieron de la peste. La duda que desde el principio se tuvo de la naturaleza del mal y las cautelas de que se usó en su consecuencia, hicieron que alli el contagio no se propagase.

Pero ya aquel militar habia dejado fuera un gérmen que no tardó en desarrollarse. El primero en quien se descubrió fue un tal Carlos Colone, músico de laud, dueño de la casa donde el otro se habia alojado, y entonces

todos los inquilinos de ella fueron por órden de la Sanidad llevados al lazareto donde algunos murieron de manifiesto contagio.

Ya este se habia difundido por la ciudad, no solo por el roce con aquellas personas sino tambien por las ropas que los parientes, los amigos y los criados ocultaban para librarlas de la quema que prescribian las órdenes, y por los efectos, que mal observadas ó eludidas estas, entraban de nuevo; pero la enfermedad anduvo como oculta en lo restante del año y en los primeros meses del siguiente de 1630. De cuando en cuando, ya en este, ya en aquel barrio, se veia algun enfermo, algunos morian, y la misma rareza de los casos alejaba la sospecha de que fuese peste, y confirmaba la opinion de muchos médicos, que siendo ecos de la voz del pueblo se reian de los funestos pronósticos de los pocos que decian la verdad, y siempre tenian á mano el nombre de alguna enfermedad para calificar todo caso de peste cualesquiera que hubiesen sido

los síntomas que se hubiesen manifestado.

Los avisos de estos accidentes aunque llegaban á la Sanidad era tarde y por la mayor parte inciertos. El terror de la contumacia y del lazareto aguzaban los ingenios: se disimulaban las enfermedades, esto es, se ocultaban los enfermos, se sobornaba á los enterradores y á cuantos intervenian ó tenian parte en los sucesos.

A cada nuevo descubrimiento de enfermo el Tribunal acudia á sus providencias de quemar las ropas, aislar las casas y enviar las personas al lazareto, y es fácil conocer cuál sería el odio que contra él se excitase y la murmuracion general de la nobleza, del comercio y de los pueblos contra unas providencias que se creian fuesen vejaciones sin causa y sin resultados. El odio principal recaia sobre nuestro célebre Tadino y el senador Settala, hijo del Protomédico, de modo que apenas podian dejarse ver en público sin sufrir insultos. Y ciertamente merece conservarse en la memoria la si-

tuacion en que por algunos meses se hallaron aquellos hombres, viendo venir á pasos largos un terrible azote, procurando con todos sus medios evitarle, hallando ademas de las dificultades de la empresa, obstáculos insuperables por todas partes, y con todo sufriendo el odioso nombre de enemigos de la patria.

Otros médicos habia que convencidos como ellos de la realidad del contagio sugerian precauciones, y procuraban comunicar á otros la triste seguridad: los mas discretos callaban por obstinacion, y para la mayor parte todo era impostura, cabala urdida para procurarse ganancias con el terror público.

A fines de Marzo comenzaron á desplegarse los síntomas de la peste, primero en el barrio de la puerta Oriental y despues en otros de la Ciudad, muriendo todos con las señales evidentes de ella, y aun algunos de repente sin habérseles advertido ántes enfermedad alguna. Los médicos opuestos á la opinion del contagio, no querien-

do confesar como cierto aquello de que se habian burlado, hecho ya demasiado público para ocultarse, acudieron al recurso de llamarlas fiebres malignas ó fiebres pestilentes; miserable juego de palabras que fue tambien muy perjudicial, pues mostrando reconocer la verdad, contribuia á no creer lo que mas convenia, y era que el mal se comunicaba por el contacto. Los magistrados, como quien se resiente de un largo sueño, comenzaron á dar oidos á las propuestas de la Sanidad. Pedia esta tambien dinero continuamente para atender á los gastos del lazareto que cada dia se aumentaban, y se le pedia á los Decuriones mientras se deliberaba si estos fondos debian salir de la Ciudad ó del Real Erario. El gran Canciller los estrechaba por órden del Gobernador que de nuevo habia ido á sitiar al Casal, y los estrechaba el Senado para que viesen el modo de abastecer la Ciudad antes de que extendiéndose el contagio se la cerrase la comunicacion con otros paises, é igualmente para que buscasen

medio de mantener una gran parte de la poblacion que no hallaba donde trabajar. Los Decuriones procuraban hacer dinero, ya por empréstitos, ya por impuestos, y de lo que recogian daban un poco á la Sanidad, otro poco á los pobres; compraban algunos granos, y atendian á una parte de la necesidad; pero aun no habian llegado las mayores angustias.

En el lazareto donde crecia cada hora el número, era empresa árdua asegurar el servicio y la subordinacion, hacer observar las separaciones prescritas, y mantener, ó por mejor decir, establecer el régimen ordinario del Tribunal de Sanidad; pues hasta los primeros momentos todo habia sido confusion por la terquedad de muchos de los reclusos, y por la incuria y concurrencia de los empleados. El Tribunal de los Decuriones no sabiendo que hacerse, pensaron dirigirse á los Capuchinos, y suplicaron al Padre Comisario de la Provincia, que hacia veces de Provincial, por haber este fallecido poco antes, que les proporcio-

nase un sugeto hábil para gobernar aquel caos de desórden. Efectivamente propuso en primer lugar al Padre Felix Casati, que gozaba gran reputacion de hombre caritativo, activo, humilde y á un mismo tiempo dotado de gran fortaleza de alma, y le dió por segundo ó compañero al Padre Miguel Pozzobonelli, jóven todavía; pero grave y severo asi en sus pensamientos como en su aspecto. Aceptaron con gusto el encargo, y el 30 de Marzo entraron en el lazareto acompañados del Presidente de la Sanidad que los dió á reconocer por gefes de aquella casa. Luego conforme fueron agravándose las circunstancias se agregaron otros Padres que hicieron los oficios de confesores, administradores, enfermeros, cocineros, guardaropas, y en una palabra, oficio de todo. El Padre Felix siempre solícito no descansaba un instante, animaba á los desconsolados, arreglaba el servicio, componia las querellas, reprendia, amenazaba, y enjugaba y derramaba lágrimas. Contrajo muy luego la peste, pero curó y

volvió con nueva alegría á sus piadosas tareas. Los Padres que le acompañaban murieron la mayor parte, con el nombre glorioso de víctimas de la caridad. Los servicios que á la humanidad hicieron aquellos varones pueden entenderse leyendo al Tadino (pág. 98), quien dice que si aquellos Padres no se hubieran hallado, toda la Ciudad quedaba destruida, porque fue cosa milagrosa el haber hecho ellos en tan poco tiempo tantas cosas en beneficio público; sin tener auxilio sino muy corto por parte de la Ciudad; con su industria y prudencia mantuvieron en el lazareto tanto número de pobres.

Aun en el público se iba debilitando la tenacidad de negar la peste conforme la enfermedad se iba difundiendo por el contacto y el trato con los enfermos, y mas cuando vieron que habiendo permanecido algun tiempo solo entre los pobres, comenzó á atacar á personas conocidas. Entre estas asi como entonces fue mas notado, asi ahora exige expresa mencion el

Protofísico Settala. ¿Habrán dicho al menos el pobre viejo tenia razon? Quien lo sabe. Cayeron enfermos de la peste él, su muger, dos hijos y siete criados, todos los cuales fallecieron excepto él y uno de sus hijos. Estos casos (dice Tadino) que acaecieron en las casas nobles, dispusieron la nobleza y la plebe á pensar; y los incrédulos médicos, y la plebe ignorante y temeraria se vieron precisados á cerrar la boca y arquear las cejas.

Pero á veces son tales las represalias y la venganza de la tenacidad vencida, que hacen desear que ella hubiese quedado victoriosa contra la razon y la evidencia, y esta fue ciertamente una de semejantes veces. Los que habian impugnado por tanto tiempo y con tal resolucion que existiese en medio de ellos el gérmen que por medios naturales podia comunicarse y causar estragos, no pudiendo ya negar su propagacion, y no queriéndola atribuir á dichos medios (que hubiera sido confesar á un mismo tiempo un gran engaño, y una gran culpa),

estaban plenamente dispuestos á buscar cualquier otra causa, ó admitir la primera que se les ocurriese. Por desgracia tenian á la mano una en las ideas y en la tradicion comun, no solo de alli sino de la Europa: artes de encantamiento, operaciones diabólicas, gente conjurada á esparcir la peste por medio de los venenos contagiosos y de los hechizos. Ya cosas semejantes se habian supuesto y creido en otras pestes, y señaladamente en la que cincuenta años antes habia ocurrido. Agregábase á esto que á fines del año antecedente habia recibido de Madrid un despacho real el Gobernador, de haberse fugado de dicha Corte cuatro franceses buscados como sospechosos de esparcir ungüentos venenosos y pestíferos; y que asi estuviese con vigilancia por si se dirigian á Milán. El Gobernador habia comunicado esto al Senado y á la Sanidad, pero por entonces parece que no llamó mucho la atencion. Despues ya declarada la peste, el recuerdo de aquel aviso pudo servir de confirmacion y de apoyo á

la sospecha indeterminada de un maligno fraude.

Pero dos hechos, el uno producido por un ciego y necio miedo, y el otro por no sé que malicia, fueron los que convirtieron aquella sospecha en un atentado posible y en una trama efectiva. Algunos á quienes se les figuró haber visto la tarde del 17 de Mayo unas personas que en la Iglesia del Domo andaban untando una barandilla que servia para dividir los lugares de ambos sexos, habian hecho sacar de la Iglesia por la noche la barandilla y cuanto estaba unido ó en contacto con ella, aunque el Presidente de la Sanidad habiéndola reconocido con otros cuatro facultativos, no solo ella y sus agregados sino las pilas del agua bendita, no encontrando cosa que pudiese confirmar la sospecha de un atentado habia pronunciado mas bien por condescender con la imaginacion de otros, y por un *exceso de precaucion mas que de necesidad*, que bastaba se la lavase. La vista de aquellos objetos produjo un gran espanto en la

multitud, para quien un objeto se convierte bien pronto en un argumento. Se dijo, y se dijo y se creyó generalmente que toda la Iglesia y aun las cuerdas de las campanas estaban untadas, y no se dijo solamente entonces, sino que todas las memorias de los contemporáneos hablan con igual seguridad de este hecho, y era preciso adivinar la verdad del caso, sino se hallase consignada en un oficio de la Sanidad al Gobernador, que se conserva en el Archivo llamado de San Fidel, del cual oficio son las palabras *por un exceso de precaucion &c.*

La mañana siguiente consternó á todos un espectáculo mas nuevo, mas extraño y mas significante. Por toda la Ciudad se vieron las puertas de las casas y las paredes en larguísimas rayas manchadas con no sé que cosa asquerosa amarillenta. O fuese el depravado gusto de hacer general la consternacion, ó algun malicioso designio de aumentar la confusion pública, ó alguna otra causa, lo cierto es que la cosa está bien asegurada, y aun el mismo

Ripamonti (pág. 75) que se rie de semejantes unturas, afirma haber visto esta que describe. En iguales términos habla la Sanidad en su oficio que dejamos citado, y añade los reconocimientos hechos con aquella materia que aplicada á los perros no produjo ningun mal efecto; por lo cual cree que esta temeridad procedió mas bien de insolencia que de algun fin de hacer daño.

La Ciudad ya conmovida se aterró mucho mas. Los vecinos de las casas encendian paja para limpiar los parajes untados; los transeuntes se paraban, miraban y temblaban; y los forasteros haciéndose sospechosos por solo esta cualidad eran arrestados en las calles por el populacho, y llevados á la cárcel. Se hicieron mil diligencias judiciales, se publicó un bando ofreciendo premio é indulto á quien descubriese el autor de aquello, pero no se halló reo alguno.

Aun restaba un cierto número de personas que negaba la peste, y viendo que asi en el lazareto como en la

ciudad curaban algunos, se decia que no era peste, pues si fuese moririan todos. Para quitar toda duda, halló el Tribunal de Sanidad un recurso semejante á la necesidad; un modo de hablar á los ojos, cual el tiempo aquel exigia. En uno de los dias de la Pascua de Pentecostés acostumbraban todos ir al cementerio de San Gregorio fuera de la puerta Oriental, para hacer oracion por las almas de los que habian muerto en el contagio anterior, cuyos cadáveres estaban alli sepultados; y tomando de la devocion un motivo de paseo, iban con toda la gala que á cada uno permitian sus facultades. Habia precisamente aquel dia muerto del contagio una familia entera; y en la hora del mayor concurso entre los coches, y los que se paseaban á pie ó á caballo, fueron llevados por órden de la Sanidad los cadáveres de dicha familia, al mismo cementerio en un carro, y desnudos, á fin de que la multitud pudiese ver las señales manifiestas de la peste. Un grito de asombro y de terror se levanta-

ba por donde pasaba el carro, un sordo murmullo le seguia, otro se notaba por donde iba á pasar. La peste fue algo mas creida, pero ella por sí misma iba adquiriendo crédito, y aun tal vez aquel mismo concurso serviria para mas propagarla.

CAPITULO XXXI.

Haciéndose cada dia mas difícil cubrir las necesidades que exigian aquellas circunstancias, se trató el 4 de Mayo en el Consejo de los Decuriones, acudir al Gobernador, y el 22 fueron despachados dos individuos del mismo, para que pasasen al campo delante de Casal, y expusiesen las necesidades de la ciudad, los enormes gastos, el erario exhausto, y adeudado, las rentas futuras empeñadas, no pagados los impuestos corrientes, por la pobreza general nacida de tantas causas, y tambien por los acaecimientos militares. Igualmente se acordó que se suplicase al Cardenal Arzobispo que permitiese sacar por la ciudad en pro-

cesion solemne el cuerpo de San Carlos. Rehusó este permiso el buen Prelado por varias causas, una de las cuales fue que si efectivamente habia aquellas unturas de que se hablaba, la procesion daria mucha mayor oportunidad al delito, y si no habia tal cosa, al menos era preciso que tanta reunion de gente fuese por sí misma un nuevo motivo para difundir el contagio.

Tambien se habia vuelto á ver, ó acaso únicamente se habia creido verlo, algunos edificios, puertas de casas y aldabones untados, cuyas noticias corrian de boca en boca, y como suele suceder en las grandes preocupaciones el oirlo decir era lo mismo que el verlo. Los ánimos mas afligidos ahora con la presencia del mal, é irritados con la existencia del peligro, abrazaban con mas gusto esta creencia, pues la ira estimula á la venganza, y como observa muy bien el Padre Verri, quiere atribuir los males á una malicia humana contra la cual pueda desfogarse, mejor que reconocerlos hijos de una causa que no deje mas re-

curso que la resignacion. Un veneno exquisito, instantáneo, sumamente penetrante eran palabras mas que suficientes para explicar la violencia y todos los accidentes mas oscuros y desordenados que en la enfermedad se advertian. Decíase que aquel veneno se componia de sapos, de culebras, de esputos de apestados, y de todo lo mas malo que era posible imaginar; á lo cual se añadian los conjuros, para los cuales todo efecto se hacia posible, toda objecion perdia su fuerza, y toda dificultad quedaba resuelta. Si aquellos efectos no se habian verificado inmediatamente cuando aquella untura primera, tambien se decia el motivo, y era el que habia sido un ensayo de envenenadores aun novicios, pero que ya el arte se habia perfeccionado, y la voluntad estaba mas adherida al infernal proyecto. Ademas quien hubiese sostenido aun que aquello habia sido una burla, ó quien hubiese negado la existencia de una trama, hubiera pasado por ciego, ó por obstinado, cuando no hubiese incurrido en la sos-

pecha de hombre interesado en desviar de la verdad la opinion pública; siendo cómplice y *untador*, palabra que bien pronto se hizo comun, solemne y temible. Con esta persuasion de que habia *untadores*, debia descubrirse infaliblemente los que lo eran; cada cual velaba por hallarlos, toda accion podia dar sospecha, esta fácilmente pasaba á certidumbre, y se convertia en furor.

Dos casos refiere el Ripamonti (página 94) advirtiendo que los cita no como los mas feroces entre tantos como entonces sucedieron, sino porque de ambos puede hablar como testigo de vista. En la Iglesia de San Antonio un dia que se celebraba una funcion, un anciano mas que octogenario, despues de haber orado de rodillas quiso sentarse, y antes de hacerlo limpió el banco con su capa. *Aquel viejo está untando el banco*, dijeron algunas mugeres: la gente que se hallaba en la Iglesia (en la Iglesia!!!) Se tiran á él, le arrancan sus respetables canas, le golpean, le sacan medio muerto del

templo para entregarlo al juez y á la tortura. Yo le ví maltratado de este modo, dice el Ripamonti, y aunque no supe en lo que paró, bien creo que no podria sobrevivir sino pocos instantes.

El otro caso, sucedido al dia siguiente, fue igualmente extraño, aunque no tan funesto. Tres jóvenes franceses, uno literato, otro pintor, y otro mecánico, que habian ido á Italia para ver los modelos de la antigüedad, y aun procurarse alguna ganancia en sus profesiones, se habian parado junto al Domo y estaban contemplando el edificio. Algunos que pasaban se pararon, formaron rueda y empezaron á observarlos, conociendo por su trage y sus caras que eran extrangeros, y lo que es peor, franceses. Para cerciorarse de que eran de mármol las columnas alargaron la mano á tocarlas. No fue menester mas: al punto se vieron cercados, maltratados, y llevados á golpes hasta la cárcel. Por fortuna estaba cerca el palacio de la Justicia, y por mayor fortuna se les halló inocentes.

Y no solo en la ciudad acaecian cosas semejantes; pues este frenesí se habia propagado como el contagio. El transeunte que era hallado fuera del camino real, ó que en este se le veia andar dando vueltas, ó sentándose: asímismo el desconocido á quien en la cara ó trage se le notase algo de sospechoso, al primer aviso, al primer grito de un muchacho, se tocaba á rebato, caian sobre aquel infeliz, disparaban contra él una nube de piedras, ó se le conducia á una cárcel, la cual por entonces se miraba como un puerto de salvacion.

Pero los Decuriones lejos de desanimarse con la negativa del sábio Prelado, repetian sus instancias, que apoyaba tambien el voto público, de manera que á pesar de su justa repugnancia, tuvo que condescender, permitiendo que el arca donde están las reliquias de San Carlos, fuese llevada en procesion general y por espacio de ocho dias permaneciese expuesta á la veneracion pública en el altar mayor de la Iglesia del Domo.

No consta que el Tribunal de Sanidad se opusiese; pero sí que ordenó algunas precauciones que sin evitar el peligro, indicaban que se temia. Prescribia las reglas mas estrechas sobre la admision de forasteros, y para asegurar la ejecucion mandó que estuviesen cerradas las puertas, á fin de disminuir todo lo posible la reunion de los ya infestados y sospechosos: mandó clavar las puertas de las casas ya infestadas, las cuales eran cerca de quinientas, si es que merece fé el dicho de un solo escritor, y escritor de aquel tiempo.

Tres dias se emplearon en los preparativos, y el 11 de Junio al amanecer empezó la procesion saliendo del Domo. Iban delante dos larguísimas filas de devotos, la mayor parte mugeres cubierto el rostro, muchas descalzas, y otras vestidas con un saco de penitencia: seguian los artesanos, las hermandades, los religiosos, y luego el clero secular cada uno con un cirio encendido. En medio entre el resplandor de muchas hachas, y el ru-

mor de los cánticos sagrados, se veia sobre unas ricas andas el arca, que llevaban en hombros cuatro canónigos vestidos de toda pompa. Los cristales que tenia á los lados dejaban ver el venerable cadáver vestido con sus ropas Pontificales, con la mitra en la cabeza, y entre las formas mutiladas y ajadas por el tiempo, aun se conocia algun vestigio del antiguo semblante, cual le ponen algunos retratos, y cual algunos se acordaban haberle visto y honrado cuando vivia. Detrás del arca y próximo á ella, como sus méritos, su familia, y su dignidad exigian, iba el Cardenal Federico, con otra porcion del clero, luego los magistrados, con los trages de la mayor ceremonia, y detrás los nobles, unos obligados como á una solemne demostracion del culto, otros en forma de penitentes, descalzos, vestido un saco, y cubierta la cara con la capucha, y en fin un enorme grupo de gente del pueblo.

Es fácil comprender cual sería el adorno de las casas, y el gentío que

cubria las calles, y basta decir que la procesion recorrió todos los cuarteles de la ciudad. Al otro dia la mortandad creció en toda la ciudad y en todas las clases con tal desproporcion, y tan de repente, que no hubo quien no debiese ver que era la causa la misma procesion. Pero oh fuerza admirable y dolorosa de una preocupacion general: la mayor parte no atribuyó aquel efecto al concurso que tanto tiempo y tan numeroso habia estado en las calles, ni á la casi infinita multiplicacion de los roces continuos, sino á la facultad que los *untadores* habian tenido para poner en práctica sus deprabados planes. Se decia que mezclados entre la gente habian infestado con su ungüento á cuantas personas habian querido, y no pareciéndoles bastante este medio para explicar una mortandad tan pronta y tan excesiva, acudieron á otro expediente ya antiguo, y creido entonces por toda la Europa, que era el de los polvos de maleficios; y se decia que estos polvos esparcidos por la carrera, y en parti-

cular en los sitios donde hacia parada la procesion, se habian pegado á los vestidos, y mejor á los pies de los concurrentes, que segun hemos dicho iban muchos descalzos.

Desde aquel dia el contagio fue creciendo furiosamente; en breve apenas hubo casa sin enfermo, y los del lazareto, segun dice Someglia, llegaron desde dos mil al número de doce mil, y en adelante, segun todos dicen, subieron á diez y seis mil. El 4 de Julio, como dice un oficio de la Sanidad al Gobernador, pasaban de quinientas las víctimas diarias, y asi fueron subiendo, de modo que si hemos de creer al Tadino (pág. 115 y 117) hubo dia en que murieron tres mil quinientas.

Cualquiera puede figurarse cuales serían los apuros de los Decuriones á cuyo cargo estaba el proveer á las necesidades públicas, y remediar aquello que en tal desastre era remediable. Era menester cada dia reemplazar y aun aumentar sirvientes de muchas clases. *Monatti*, asi se llamaban los que corrian con la parte mas pe-

nosa y arriesgada, como era el sacar de las casas y del lazareto los cadáveres, conducirlos en carros, y enterrarlos, llevar los enfermos al lazareto, quemar, ó purificar las ropas infestadas, ó sospechosas, *Aparitori*, cuyo oficio especial era preceder á los carros advirtiendo con una campanilla á los pasageros que se retirasen; Comisarios que arreglaban el servicio de unos y otros, bajo las órdenes de la Sanidad. Era preciso tener provisto el lazareto de facultativos, de medicinas, de provisiones, y de tantas otras cosas indispensables. Se construyeron tiendas de campaña en lo interior del lazareto; se hizo otro provisional capaz de albergar cuatro mil personas, y no bastando se empezó á construir otros dos que no se concluyeron por falta de medios, pues estos, las personas y el valor se disminuian al paso que crecian las necesidades, exceptuando de esta falta de celo y de valor al ilustre Cardenal Federico que hizo por la humanidad cuanto exigian su piedad y la magnanimidad de su co-

razon, y los PP. Capuchinos á cuyo celo se debió el proporcionar fosos capaces de contener los cadáveres que á centenares permanecian insepultos.

En todas las calamidades públicas sucede que al paso que en unos se nota aumento de virtudes, en otros por desgracia se nota un increible refinamiento de malicia. Entre los varios hombres que la peste perdonaba y no asustaba, hubo muchos que hallaron en la confusion comun, y en la relajacion de la fuerza pública, un nuevo estímulo, y una seguridad de que las acciones quedaron impunes. A los oficios de *Monatti*, y de *Apparitori*, no se dedicaban generalmente sino aquellos hombres para quienes el atractivo de la ganancia y de la licencia tenia mas fuerza que el terror del contagio, y otro cualquier reparo. Se les habian prescrito estrechísimas reglas, é impuesto graves penas, y aun señalado superiores, y aun sobre estos últimos y sobre aquellos habia en cada cuartel ciertos magistrados y nobles, con facultades pa-

ra providenciar en los casos que pudiesen ocurrir; pero aunque esta órden produjo buen resultado hasta cierto tiempo, luego aumentándose los estragos de la peste, y creciendo el desaliento de los que sobrevivian, quedaron los *Monatti* dueños absolutos de las casas, entrando en ellas como amos, ó como enemigos, y sin hablar del saqueo, y del modo con que trataban á los infelices que la peste sujetaba á tales manos, ponian aquellas manos infestadas y malvadas sobre la demas familia de casa, amenazando llevarlos al lazareto sino se rescataban por dinero. Otras veces señalaban precio á su servicio, rehusando sacar los cadáveres ya en malísimo estado, sino se les dabàn tantos escudos. Se cuenta (y atendida la calidad de los sugetos es peligroso creerlo y negarlo) se cuenta, digo, y el Tadino lo afirma (página 102) que los *Monatti* y *Apparitori*, dejaron de intento caer de los carros ropas ya infestadas; para propagar y mantener el contagio que para ellos habia llegado á ser un tesoro,

y una fiesta. Otros bribones, fingiéndose *Monatti*, y llevando las campanillas atadas á los pies, que era la señal que se habia puesto á aquellos para que fuese su distintivo, y al mismo tiempo avisasen que los sanos se apartasen de ellos, se introducian en las casas á cometer mil desórdenes. En otras, ó abandonadas ó habitadas por algun enfermo, entraban ladrones con toda libertad, y hacian á mano salva sus robos.

A la par de la malicia de unos creció la locura de otros, y adquirieron mayor crédito las historietas de las unturas; entre cuyos lances merece particular mencion el siguiente; porque fue generalmente creido, y porque pasó aun á los paises extrangeros. Se contaba, aunque no siempre del mismo modo (que esto hubiera sido un privilegio particular de la fábula) pero con poca diferencia, que un tal dia, tal persona habia visto parado en la plaza del Domo, y con un gran séquito, un personage de aspecto noble, pero terrible, con los ojos encendidos en có-

lera, los cabellos erizados, y el gesto amenazador, que convidando á aquella persona á entrar en un coche, le habia conducido á un palacio; donde entrando con los demas habia visto mil delicias, y mil horrores, desiertos y jardines, cavernas y salas, y en estas una porcion de fantasmas sentadas como en consulta. Finalmente le presentaron grandes arcas llenas de dinero, diciéndole que tomase cuanto quisiese si se convenia en admitir un botecito de ungüento para irle esparciendo por la ciudad, y que habiéndose negado á ello, inmediatamente se halló en la misma plaza de donde habia salido. Esta historia creida alli generalmente del pueblo, y como dice Ripamonti (pág. 77) no bastante reida entre los sábios, corrió por toda Italia, y aun por fuera; en la Alemania se tiraron láminas de ella, y el Elector Arzobispo de Maguncia escribió al Cadernal Federico, preguntándole qué debia creer de tal suceso, á lo que respondió aquel docto Prelado, que todo era sueño.

No menos que el pueblo soñaban los doctos, aunque de diverso modo. La mayor parte de ellos veian el anuncio y tambien la causa de la peste en un cometa que se dejó ver en 1628, y en una conjuncion de Saturno con Júpiter inclinando (escribe el Tadino) la tal conjuncion sobre este año de 1630, tan clara, que cualquiera podia entenderla. *Mortales parat morbos, miranda videntur.* (pág. 56). Esta prediccion fabricada no sé en donde, ni por quien, dice Ripamonti (pág. 273) que corria por todas las bocas, sin exceptuar aquellas que apenas podian proferirla. Otro cometa que se descubrió en Junio del mismo año de la peste, se tuvo por un nuevo aviso, y aun por una evidente prueba de las *unturas.* Dábanse á buscar en los libros (y por desgracia hallaban demasiados) ejemplos de pestes como decia *artificiales.* Citaban á Livio, Tácito, Dioti, ¿qué digo? á Homero, á Ovidio y otros antiguos que han contado ó visto casos semejantes. Citaban otros muchos autores que han tratado doctrinalmen-

te ó tocado por incidencia de los venenos, de los maleficios, de las unturas y de los polvos, como Cesalpino, Cardano, Gredino.... y aquel *Delrio*, quien si la nombradía de los autores siguiese la razon del bien ó el mal que han producido sus obras, deberia ser el mas famoso: aquel Delrio cuyos escritos costaron mas vidas que las empresas de algun conquistador; de aquel Delrio cuyas *desquisiciones mágicas*, (la quinta esencia de cuanto hasta entonces habian delirado los hombres) llegando á ser el testo mas autorizado é irrefragable, fue por mas de un siglo la norma y el mas poderoso agente de mil clarísimas injusticias.

De las opiniones del vulgo ignorante tomaban los doctos lo que convenia á sus ideas, y de lo que pensaban ellos recogia el vulgo lo que podia entender, y del modo que podia, saliendo de todo un conjunto de necedades. Pero lo que mas me admira es que los médicos, hablando en general de los que desde el principio habian creido la peste, y en particular del Tadino,

que la habia pronosticado, vístola entrar, observado sus progresos: que habia dicho y pronosticado que era peste, y se comunicaba por el contacto, y que sino se tomaban precauciones se convertiria en una calamidad general; este mismo asombra verle despues sacar de estos propios argumentos un motivo para creer en las *unturas*, y en los maleficios. Él, que asistiendo á Carlos Colona, el segundo que en Milán falleció de la peste, habia notado el delirio como un síntoma de la enfermedad, no se avergonzó de presentarle luego como prueba de las unturas, y de los diabólicos conjuros. Este mismo dice que dos testigos afirmaban haber oido contar á un amigo suyo enfermo de la peste, que una noche habian entrado en su cuarto varias personas á ofrecerle la salud y dinero si queria untar las casas inmediatas, y como hubiese respondido que no, habian desaparecido aquellas personas quedando debajo de la cama un lobo, y tres gatazos encima, que permanecieron alli hasta el dia. (pág.

124 y 128). Por lo demas este Tadino era en Milán uno de los hombres mas famosos de su tiempo; pero tal es el poder de las preocupaciones generales. Volvamos á los principales personages de nuestra historia.

CAPITULO XXXII.

Una noche á fines de Agosto cuando la epidemia estaba en su mayor fuerza, regresaba á su casa de Milán D. Rodrigo acompañado del Griso, uno de los tres ó cuatro que habian quedado vivos de toda su comparsa. Volvia de una reunion de amigos que acostumbraban á celebrar comilonas para divertir la melancolía del tiempo, en cuyas francachelas todos los dias habia nuevos comensales y desaparecian los antiguos. Don Rodrigo habia estado aquel dia de bellísimo humor, y habia hecho reir á sus camaradas con una especie de elogio fúnebre del Conde Atilio, á quien dos dias antes habia arrebatado la peste.

Conforme iba andando sentia una

desazon general, abatimiento, debilidad en las piernas, dificultad en respirar, y un ardor interior que hubiera querido atribuir únicamente al vino y á la estacion. No abrió su boca en todo el camino, y lo primero que dijo al llegar á su casa fue mandar al Griso que llevase una luz á su cuarto. Apenas entraron en él no dejó de observar el Griso la cara de su amo, y sus ojos encendidos, y se mantuvo lejos de él, porque en aquellas circunstancias el mas ignorante se veia en la precision de tener ojos de médico. Me siento muy bueno, dijo Don Rodrigo, que conoció lo que el otro pensaba: muy bueno, pero creo que he bebido demasiado, y luego el vino parecia mosto: durmiendo bien me serenaré. Cabalmente.... Pero tengo mucho sueño.... Apártame esa luz que me deslumbra.... me da un disgusto.

Efectos del vino, contestó el Griso desde lejos: pero pronto se corrige eso. El dormir os aprovechará. — Tienes razon: si es que puedo dormir.... por lo demas estoy completamente bueno.

Por lo que pueda suceder ponme aqui esa campanilla y ten cuidado si oyes que llamo. Pero no tendré necesidad de nada.... Quítame esa maldita luz.... y añadió mientras que el otro la cogia acercándose á la cama lo menos posible. ¡Que diablos será lo que me da tanto fastidio!

El Griso se llevó la luz, deseando buenas noches á su amo, y salió á toda prisa, mientras el otro se acostaba. Pero la ropa de la cama le parecia una montaña: apenas cerraba los ojos los abria sobresaltado como si alguno hubiese venido á asustarle, y cada instante sentia mas calor y mas angustias. No hacia sino pensar en el mes de Agosto, en la mala calidad del vino, y en el desórden, deseando atribuir á estas causas todos aquellos efectos; pero á estas ideas se asociaba pronto la otra que entonces era general, quiero decir, la peste.

Despues de un largo batallar pudo adormitarse, pero comenzó á entrar en los ensueños mas oscuros y mas disparatados. Entre otros se le figuró

hallarse en una Iglesia entre un numeroso concurso, sin poder entender como habia entrado, ni aun pensado ir allí en semejante ocasion. Miraba á los concurrentes y los veia todos desfigurados, pálidos, y con ciertos ropages extraños. Afuera canalla, los gritaba en su imaginacion mirando la puerta que estaba allá muy lejos, y amenazándolos, pero sin moverse por no tocar á aquellos cuerpos infestados, que ya demasiado le tocaban. Pero ninguno de ellos se movia, ni daba señales de haberle oido, y sobre todo le parecia que alguno de ellos con el codo le estrechaba el lado izquierdo donde sentia un dolor punzante. Si mudaba de postura para buscar alivio; luego un nuevo no sé que venia á fijarse en aquel punto. Enfurecido quiso echar mano á la espada, y al momento le pareció que por la apretura en que estaba se le habia subido y le punzaba en aquel lado, pero alargando la mano no halló la espada, y con el movimiento sintió un dolor mas fuerte. Se angustiaba y que-

ria gritar mas fuerte, cuando he aqui que toda aquella turba se dirigió á otro lado. Miró él tambien hácia alli, descubrió un púlpito, y vió subir por la escalera un bulto blanquizco, reluciente, y luego alzarse y descubrirse claramente una cabeza calva, luego dos ojos, y en fin una cara con su barba blanca; en fin un fray Cristobal. Este mirando al auditorio, le pareció á D. Rodrigo que fijaba en él la vista, levantando hácia él aquella mano en la misma actitud que cuando le habló en su Palacio. Tambien Don Rodrigo furioso levantó su mano, lanzándose á coger en el aire la otra, y una voz que le andaba bullendo en la garganta sordamente prorumpió en un aullido, y se despertó. Dejó caer el brazo que efectivamente habia levantado, y tuvo mucha dificultad en recobrar bien los sentidos, y en abrir los ojos, á quienes la luz del dia molestaba no menos que antes la luz artificial: reconoció su cama y su alcoba, vió que todo habia sido un ensueño, y que todo habia desaparecido

menos el dolor del lâdo. Al mismo tiempo sentia latir con viveza su corazon, mucho afan, zumbido en los oidos, ardor interior, y un peso en todos sus miembros peor que cuando habia entrado en la cama. Titubeó algun tiempo antes de mirarse la parte que le dolia, al fin fijó la vista en ella, y descubrió un bubon de color violado.

Nuestro hombre se dió por perdido: le sobrecogió el temor de la muerte, y acaso mucho mas el terror de verse en poder de los *Monatti* y ser llevado al lazareto. Pensando en el modo de evitar esta horrible suerte, sentia que sus ideas se embrollaban, y conoció que bien pronto no le quedaria mas conocimiento que el que bastase á desesperarlo. Cogió la campanilla y la tocó con mucha fuerza, y el Griso que estaba con cuidado se presentó inmediatamente, parándose á cierta distancia de la cama, y mirando á su amo se confirmó en lo que habia sospechado. Griso, dijo D. Rodrigo esforzándose á sentarse en la cama: tú siempre me has sido fiel. — Si

señor. — Yo siempre te he favorecido. — Por vuestra bondad. — ¿Puedo fiarme de tí? — ¡Que diablos! — Griso, estoy malo. — Ya lo habia conocido. — Si curo, te haré mas beneficios que hasta aqui.

El otro no contestó, aguardando el fin de este preámbulo. No quiero fiarme de nadie sino de tí, continuó Don Rodrigo. Hazme un favor que voy á pedirte. — Mandad, respondió él con la fórmula que acostumbraba. — ¿Sabes dónde vive Chiodo el cirujano? — Lo sé muy bien. — Es un hombre bellísimo, que si se lo pagan sabe curar en secreto. Búscale, dile que le daré cuatro escudos por visita, ó seis, ó mas si quiere, y que venga al instante. Haz la cosa bien hecha, y con secreto. — Bien pensado, contestó él: voy y vuelvo. — Mira, Griso, dame un poco de agua. Me siento arder vivo. — No señor, nada sin el parecer del Doctor. Estos son males caprichosos, y no se puede perder tiempo. Estaos quieto. En un instante vuelvo con el cirujano. Dicho esto salió entornando la puerta.

D. Rodrigo desde su cama le acompañaba en su viage á casa del cirujano, contaba sus pasos, calculaba el tiempo, variaba de posturas, escuchaba á ver si venia su Doctor, y aquel esfuerzo de atencion suspendia un poco la sensacion del dolor. De repente oye el sonido de unas campanillas, le pareció que sonaban en la puerta inmediata, y no en la calle; redobló su atencion, conoció que se aproximaba, oyó pisadas, y le ocurrió una horrible sospecha. Se incorporó: observó un rumor extraño en el cuarto inmediato: sacó las piernas de la cama, miró á la puerta, y la vió abrirse, y presentarse dos *Monatti*, y reconoció la cara del Griso, que escondido detrás de la puerta habia quedado observando.

Ah traidor infame, gritó Don Rodrigo.... Afuera canalla. Biondino, Carlos.... socorredme, me han vendido.... y echó mano á la cabezera de la cama, cogió una pistola, la preparó; pero á su primer grito los *Monatti* se habian apresurado hácia la cama, y antes que él pudiese hacer otra

cosa, uno de ellos le quitó la pistola, la tiró lejos, y le obligó á acostarse diciéndole con tono de cólera y de ironía. ¡Ah temerario! ¡Contra los *Monatti*! ¡contra los Ministros del Tribunal! ¡contra los que hacen la obra de misericordia! — Tenlo bien sujeto, dijo el compañero, hasta que le saquemos fuera, y se dirigió á un armario, á cuyo punto entró el Griso, y se puso á ayudarle en la obra de forzar la cerradura. ¡Malvado! gritó D. Rodrigo, mirándole por la espalda del que le sujetaba, y procurando desasirse de sus nerviosos brazos. Dejadme matar á ese infame, y luego haced de mí lo que querais. Despues volvia á llamar á los otros criados; pero el abominable Griso habia tenido la precaucion de enviarlos bien lejos, con fingidas órdenes de su amo, antes de ir á hacer á los *Monatti* la propuesta de venir á aquella expedicion, y dividir los despojos. Estaos quieto, le decia el que le sujetaba, y mirando á los otros que estaban robando, les decia: haced la cosa como hombres de bien.

¡Tú! ¡tú! gritaba Don Rodrigo al Griso, viéndole que se afanaba en sacar dinero, y ropa; y en repartirla.... tú.... ah diablo del infierno. Yo puedo sanar todavía: puedo vivir.... El Griso no se cuidaba de estas voces, ni aun volvia la cabeza hácia el lado de donde venian.

Tenle bien sujeto, decia el otro: está delirando. Los dos le cogieron luego en volandas, y le sacaron para ponerle en una camilla que habian dejado en la pieza inmediata, cuando ya él rendido de su enfermedad y de forcejear en vano habia quedado como un tronco. Uno de ellos volvió á tomar su parte del botin, y luego cargaron con él al lazareto.

El Griso quedó haciendo su negocio, cogió lo que mas le convino, y á toda prisa formó un lio. Se habia guardado de tocar á los otros; pero con aquella ansia del pillaje habia quitado del lado de la cama las ropas de su amo, registrando los bolsillos sin pensar en mas que en buscar dinero. Al otro dia tuvo motivo de acordarse

de su imprudencia, pues estando comiendo en una taberna, se sintió repentinamente acometido del mal, se le nubló la vista, perdió las fuerzas, y abandonado de sus compañeros fue á dar en manos de los *Monatti*, que le despojaron de cuanto habia robado, y le echaron en un carro, donde murió antes de llegar al lazareto donde estaba su amo.

Dejémosle en aquella mansion de penas, y vamos á hablar de otro cuya historia no se hubiera mezclado con la de D. Rodrigo, si este no lo hubiera buscado con todo empeño; quiero decir, que vamos á hablar de Lorenzo que dejamos en su nuevo obrador de seda, bajo el nombre de Antonio Rivolta.

Cinco ó seis meses habia pasado en aquella casa, cuando declarada la enemistad entre la República de Venecia y la Corte de España, y cesando todo recelo de las pesquisas por parte de esta, Bartolo habia pensado en sacarle de alli llevándosele á su lado, porque le tenia afecto, y porque á fuer

de hábil oficial era de gran provecho en una fábrica, sin poder aspirar jamás á tenerla, porque como hemos dicho no sabia escribir. Lorenzo habia continuado trabajando á su lado; pero mas de una vez, y especialmente despues de haber recibido aquella bendita carta de Agnes, le habia pasado por el magin hacerse soldado, cuya ocasion se ofrecia especialmente entonces. La tentacion era tanto mas fuerte para él, cuanto se trataba de invadir el Milanés, y se le figuraba que sería una cosa bellísima volver como vencedor á su casa, ver á Lucía, y explicarse con ella; pero Bartolo supo con buenas razones desvanecerle esta idea. Otras veces intentaba disfrazarse, y pasar allá con nombre supuesto; pero aun de esto supo tambien disuadirle la elocuencia de su primo.

Declarada despues la peste en el territorio Milanés, y precisamente come hemos dicho en los confines del de Bergamo, no tardó mucho en extenderse por él, y fue uno de los enfermos nuestro Lorenzo, que por su ro-

bustez venció la enfermedad, y en pocos dias estuvo fuera de peligro. Al volver, por decirlo asi, á la vida, renacieron con mas fuerza las ideas de pasarla con todo gusto: las memorias, los deseos, los planes.... en una palabra, su amor á Lucía. ¿Y qué habia de hacer en aquel tiempo, en que el vivir era como una excepcion de la regla general? ¿A tan poca distancia de su amada, carecer de noticias suyas? ¡Y permanecer, Dios sabe cuanto, en tal incertidumbre! Y aun cuando esta cesase, cuando pasado todo peligro supiese que Lucía conservaba la vida, aun quedaba otra dificultad, que era el voto.... Yo iré: yo iré á cerciorarme de todo. Y si la hallo viva.... ah, yo la hablaré de esta promesa, la haré entender que no pudo hacerla, la traeré conmigo, y tambien á la pobre Agnes si vive. Siempre me ha querido mucho, y estoy cierto de que me quiere todavía. ¡Pero, y si me prenden! Vah: En otras cosas tienen que pensar ahora los que han quedado vivos. Y todos dicen que en Milán hay

otra confusion de distinta especie. Si dejo escapar una ocasion tan buena como es la peste.... (véase como cada uno sabe acomodar las palabras y las cosas á lo que directamente le pertenece) no se me vuelve á presentar otra semejante.

Apenas halló coyuntura fue á buscar á Bartolo, que hasta entonces estaba encerrado en su casa por miedo del contagio, y dándole una voz desde la calle le hizo asomar á una ventana. Ola, dijo Bartolo: has escapado. Dichoso tú. — Aun me flaquean las piernas, como ves; pero ya no tengo peligro. — Yo quisiera estar como tú. Me hallo bueno; pero esto que en otro tiempo era cuanto habia que decir, ahora vale poco. El que puede decir estoy *mejor* dice una bella palabra.

Lorenzo despues de otras expresiones de esperanza le dió parte de su proyecto. Anda con Dios, le respondió el otro. Procura huir de la justicia como yo procuraré huir del contagio, y si salimos con bien, ya nos veremos. — Oh, yo ciertamente volveré: y si pu-

diese no venir solo.... Basta: lo espero. — Vuelve acompañado, que si Dios quiere, todos haremos una buena sociedad. Lo que es menester es que me halles vivo, y que concluya pronto este maldito tiempo.— Nos veremos, nos veremos. Tenemos que vernos. — Repito que Dios lo quiera.

Por algunos dias Lorenzo se dedicó á hacer ejercicio para recobrar las fuerzas, y luego que le pareció podia resistir el camino se puso en marcha. Colocó en un cinturon los cincuenta escudos, á que no habia tocado, se echó en el bolsillo otras monedas que dia por dia habia ido recogiendo viviendo con economía, se proveyó de una certificacion de su amo con el nombre de Antonio Rivolta, y equipándose lo mejor que pudo segun el tiempo, comenzó su camino tres dias despues que D. Rodrigo habia sido llevado al lazareto. Dirigióse á Lecco, queriendo antes de aventurarse á ir á Milán, dar un vistazo á su casa, buscar á Agnes, si aun vivia, y comenzar á saber de su boca algo de lo mucho que deseaba saber.

Los pocos que habian curado de la peste estaban en medio de la poblacion como una clase privilegiada. Una porcion de la otra gente sufria ó moria, y los que hasta entonces permanecian intactos vivian en continua sospecha, y con el terror que da la idea de que todo podia servirles de arma que les hiciese una herida mortal.

Lorenzo se dirigia á su casa bajo un cielo sereno, y recorriendo un hermoso pais; pero no hallando despues de muchos parages de absoluta soledad, sino algunas sombras de hombres que mas que personas parecian cadáveres que por sí mismos iban á la sepultura. A la mitad casi de su jornada hizo alto en un bosquecillo á comer las provisiones que habia llevado consigo, y en cuanto á fruta tenia la que quisiese coger, pues el año habia sido abundantísimo, y solo faltaba hombres que quitasen de los árboles y las viñas sus hermosos frutos.

Al ponerse el sol descubrió su patria, y á su vista, aunque ya debia estar preparado, sintió latir su corazon;

y se vió asaltado de una porcion de memorias y pensamientos: le parecia oir aquella campana á rebato cuyo sonido le habia acompañado cuando salió huyendo, y en su lugar no sentia sino un silencio sepulcral que reinaba en todo el pueblo. Mayor turbacion experimentó al llegar al cementerio, y otra peor le ayudaba en el parage donde él habia pensado hacer alto, que era la casa que antes se llamaba de Lucía. Ahora no podia ser sino la de Agnes, y la única gracia que pedia al cielo era hallarla buena. En aquella casa se proponia hospedarse conociendo bien que la suya no estaria capaz de servir de posada.

Para salir á aquel sitio sin atravesar el pueblo tomó aquella misma vereda por donde la última noche habia ido tan bien acompañado á asustar á D. Abundio. Hácia el medio estaba una viña, y al otro lado la casa de Lorenzo, de modo que al paso podia ver como estaba su hacienda. Conforme iba caminando miraba deseando y temiendo hallar á alguno, cuando

vió un hombre en camisa, sentado en el suelo, y tan parado como un lelo; por cuyas señas y las de su rostro le conoció que era aquel pobre Antonio que habia ido como segundo testigo de su expedicion malograda. — ¡Oh Tonio! ¿eres tú? — Tonio levantó los ojos sin mover la cabeza. — ¿Tonio, no me conoces? Tonio no respondió sino palabras inconexas; y Lorenzo viendo que no le podria sacar otras se separó contristado, cuando he aqui al doblar una revuelta del camino, vió á lo lejos un bulto negro que luego conoció era Don Abundio. Caminaba despacito apoyándose en su baston, y conforme se iba acercando, se dejaba conocer que tambien habia corrido la borrasca. Él tambien le miraba, le parecia Lorenzo, y no le parecia, pues descubria alguna cosa de extraño en el trage, que ciertamente era el que se usaba en Bergamo.

Él es en persona, exclamó levantando las manos al cielo con un movimiento de sorpresa, pero no gustosa, manteniendo levantado en el ai-

re aquel baston que tenia en la derecha, y se veian aquellos pobres brazos nadar en las mangas donde antes no sin dificultad habian cabido. Lorenzo se adelantó hácia él, y le hizo una cortesía, pues aunque se habia portado con él como sabemos, al cabo siempre era su Párroco. — ¿Aqui estais? dijo Don Abundio. — Aqui estoy como veis. ¿Se sabe algo de Lucía? — ¿Qué quereis que yo sepa de ella? Allá en Milán estará si vive. Pero y vos.... — ¿Y Agnes vive? — Puede ser; ¿ pero cómo quereis que lo sepa? Pero vos.... — ¿Dónde está? — Marchó á la Valsassina á casa de aquellos parientes suyos, á Pasturo: ¿sabeis? Allí dicen que la peste no hace daño como por estas tierras; pero vos, os digo.... — ¿Y el Padre fray Cristobal? — Hace tiempo que está fuera.... Pero.... — Lo sabia porque me lo escribieron. Preguntaba si habia vuelto por acá. — No se ha hablado mas de él.... Pero vos.... — Lo siento que no se halle aqui. — Pero vamos: ¿vos qué habeis venido á hacer aqui? No sabeis que os quieren pren-

der. — Bobada. Otras cosas tienen en que pensar. He querido dar una vuelta y saber de mis negocios. ¿No se sabe de positivo, si....? — ¿Y qué quereis ver? ahora no hay nadie, ni se sabe de nada. Y digo, con aquella bagatela de la requisitoria encajarse aqui mismo, ¿no es una locura? Haced lo que os aconseja un viejo que está obligado á tener mas juicio que vos, y que os habla porque os estima, no os dejeis ver de nadie y volveos adonde estábais; y si alguien os ha visto, volveos mas aprisa. ¿Os parece que esta tierra os es favorable? No sabeis que aqui han venido á buscaros, y que han indagado, y han hecho..... — Demasiado sé lo que han hecho. ¡Bribones! — Pues entonces. — Sí, digo que no pienso en eso. ¿Y aquel vive todavía? ¿Se halla aqui? — Repito que no hay nadie: que nada se sabe, y que.... — Pregunto si está aqui aquel.... — Por amor de Dios hablad con mas miramiento. Es posible que conserveis tanto fuego, despues de lo que ha pasado. — ¿Pero está, ó no está? — No está, pero está

la peste. La peste, hijo mio, la peste.— Si no hubiese mas que la peste en este mundo.... digo por mi parte. La he tenido, y estoy libre. — Y bien: ¿no son esos unos avisos? Cuando el hombre ha salido de un apuro semejante, me parece que debe dar gracias á Dios, y.... — Yo se las doy de todo corazon. — Y no andarse á buscar otros laberintos. Tomad mis consejos. — Tambien me parece que vos habeis tenido la peste. — Como que estoy aqui por un milagro: basta decir que me ha dejado en la conformidad que veis. Por eso tenia necesidad de un poco de sosiego para restablecer: ya comenzaba á sentirme mejor.... Por Dios, ¿qué habeis venido á hacer? Volveos. — Siempre estais con esa palabra en la boca. Para volverme tan pronto no tenia que haber salido de allá. ¿Dónde venís? ¿á qué venís? Vengo á mi casa. — ¡Vuestra casa! — Decidme si han muerto los que.... — ¡Ay, ay! exclamó D. Abundio, y comenzando por Perpetua hizo una larga enumeracion de personas y de familias enteras. Ya lo

aguardaba Lorenzo; pero al oir tantos nombres de parientes, de amigos, y de conocidos (pues en cuanto á sus padres hacia años que los habia perdido) estaba contristado, con la cabeza baja, y no hacia sino repetir: ¡pobrecillo: pobrecilla: pobres! — Ya veis, pues aun no he dicho todos. Si los que quedan no piensan en echar los duendes de su cabeza, no creo que les falta mas que ver que el fin del mundo. — No penseis que yo trato de quedarme aqui. — Bendito sea Dios que asi pensais. Por supuesto que tratareis de iros cuanto antes. — No os dé cuidado de eso. — ¡ Qué! ¡ no quereis hacer otra locura peor que las pasadas! — Digo que no pienso en ello. Espero que no direis á nadie que me habeis visto. Sois Sacerdote, yo soy su feligrés, y no quereis causarme daño. — Está entendido, dijo D. Abundio suspirando. Quereis arruinaros y arruinarme. No basta lo que habeis pasado, ni lo que yo he sufrido. Está entendido: entendido, y siguió su camino repitiendo entre dientes estas palabras.

Lorenzo se estuvo quieto y pensando en buscar otro albergue. En la lista fúnebre de Don Abundio habia una familia entera arrebatada por la peste sin que quedase mas que un jóven de su misma edad, y que desde la infancia habia sido su camarada, cuya casa estaba fuera de la aldea, á corta distancia, y alli fue donde resolvió buscar posada.

Hallábase junto á su viña, y sin entrar en ella pudo conocer el estado en que la encontraba. Por dos inviernos enteros la gente del pueblo habia ido á proveerse de leña. En igual estado de abandono y ruina vió su casa, donde aun habia restos de la mansion de los soldados, y en fin se dirigió á la casa de su amigo. Ya era de noche, y este se hallaba sentado fuera de la puerta en un banquillo con los brazos cruzados mirando al cielo como un hombre abrumado de desgracias, y fastidiado de la soledad. Al sentir pisadas, volvió á mirar quien venia, y segun lo que le pareció distinguir entre las matas y la oscuridad, dijo en alta voz,

poniéndose en pie y levantando las manos. ¿Soy yo el único que hay en el pueblo? ¿No me han hecho trabajar ayer bastante? Dejadme en paz un poco, y esta será tambien una obra de misericordia.

Lorenzo sin entender por lo que decia esto le respondió llamándole por su nombre. — ¿Es Lorenzo? dijo él, exclamando y preguntando á un tiempo. — El mismo soy, contestó, y se apresuraron á acercarse. ¿Eres tú? dijo el amigo luego que se juntaron. ¡Oh que gusto tengo de verte! ¿Quién podia esperarlo? Yo pensé que eras ese hombre que viene siempre á atormentarme para que vaya á enterrar los muertos. ¡Sabes que he quedado yo solo; solo como un espárrago!

Demasiado lo sé, respondió Lorenzo, y mezclando alternativamente preguntas y respuestas, se dirigieron á la casa. Allí sin interrumpir sus discursos el amigo se esforzó á hacer los honores á su huésped segun lo permitian sus circunstancias y las del tiempo. Puso á calentar agua, para hacer la po-

lenta, pero cedió el almirez á Lorenzo y se marchó diciendo: son para mí...: son para mí. En breve volvió con una jarra de leche, un poco de carne salada, y otras frioleras, y se pusieron á la mesa, congratulándose el uno por la visita, y el otro por la buena acogida. Despues de una ausencia de casi dos años, descubrieron que eran mas amigos que lo que pensaban serlo en el tiempo en que se veian diariamente, pues á los dos, como dice nuestro manuscrito, habian sucedido aquellas cosas que hacen conocer cuan dulce es al alma la benevolencia, tanto aquella que se siente, como la que en otro se encuentra.

Ciertamente ninguno mejor que él podia con Lorenzo ocupar el lugar de Agnes ni consolarle de su ausencia, y de su boca supo cosas que del todo ignoraba, aclaró otras que medio sabia sobre las desgracias de Lucía, sobre sus persecuciones y como D. Rodrigo habia marchado del pais, como suele decirse, rabo entre piernas, y que no se le habia vuelto á ver en aquella

tierra. Supo tambien (y esto no era para él lo menos importante) el nombre bien pronunciado de la quinta de Don Ferrante, pues aunque Agnes se lo habia hecho escribir por su amanuense, Dios sabe como él lo puso, y luego el lector de Bergamo lo habia interpretado de tal modo, dándole un nombre tan raro, que si por aquellas señas hubiese preguntado en Milán, ciertamente nadie hubiera adivinado de lo que hablaba. Y este era el único hilo que le podia conducir á la morada de Lucía. En cuanto á la justicia, se confirmó en que era peligro demasiado remoto para temerle. El señor Podestá habia muerto en la peste: Dios sabe cuándo se le daria un sucesor: de los esbirros la mayor parte habia desaparecido, y los que quedaban tenian muchas cosas que pensar antes que acordarse de las antiguas.

Lorenzo contó igualmente á su amigo sus aventuras, y en cambio oyó mil historietas del paso de las tropas, de la peste, de los *untadores* y de los

prodigios. Son cosas extrañas, dijo el amigo acompañándole á una salita, que el contagio habia dejado sin habitantes, cosas que jamás se hubieran esperado y que serán bastantes á quitarme la alegría toda la vida; pero sin embargo es un consuelo hablar de ellas con un amigo.

Al amanecer ya los dos estaban á campo raso. Lorenzo con todos sus atavíos de viage, menos el fardito de ropa que dejó depositado en casa de su camarada, diciéndole: si allá me vá bien, si la hallo viva, si.... basta. Entonces ciertamente vuelvo por aqui, paso á Pasturo á dar la buena noticia á la pobre Agnes, y despues, despues.... pero si por desgracia, lo que Dios no quiera.... entonces no sé lo que haré ni donde iré. Cierto que por este pais no me vereis nunca. Y hablando asi y caminando volvia la cabeza para ver la aurora de su patria que no habia visto tanto tiempo. El amigo le dió buenas esperanzas, quiso que llevase de su casa algunas provisiones, le acompañó un pedazo de ca-

mino, y le despidió pronosticándole felicidades.

Lorenzo caminaba despacio, contentándose con acercarse á Milán lo bastante para entrar por la mañana á tiempo de empezar sus investigaciones. El viage fue sin novedad ni hallar cosa que llamase su atencion, exceptuando la general miseria y melancolía. Cuando le pareció tiempo se detuvo como el dia antecedente á comer en un bosquecillo. Al pasar por Monza vió una tienda donde habia panes de muestra, y quiso proveerse por lo que le pudiese suceder. El tendero intimándole que no entrase le presentó al extremo de una pala una taza con agua y vinagre, diciéndole que pusiese dentro el dinero de dos panes que le entregó con iguales precauciones.

Por la tarde llegó á Greco, aunque sin saber este nombre, solo por una memoria confusa de aquellos lugares, fruto del otro viage; y por el cálculo de lo que habia andado desde Monza, y creyendo que debia estar

cerca de la ciudad, salió del camino real, buscando algun caserío donde pasar la noche, pues aun no habia podido reconciliarse con las posadas. Halló mas que deseaba, pues viendo abierto un portillo de la cerca que rodeaba una casita entró sin mas ceremonia. No habia gente, y halló en un rincon una porcion de heno y á su lado una escalera. Registró de nuevo, y viéndose solo se acomodó sobre aquella cama y bien pronto cogió un sueño que le duró hasta el dia. Con igual soledad se halló á la mañana, salió por donde habia entrado, y continuó su camino tomando por norte la torre del Domo, con cuya guia en poco tiempo se halló en los muros de Milán, entre la puerta Oriental y la Nueva, y muy próximo á esta.

CAPITULO XXXIII.

En cuanto al modo de entrar en la ciudad ya habia oido en globo que estaban dadas órdenes muy estrechas para que nadie entrase sin papel de sa-

nidad, pero que en realidad cualquiera que supiese manearse entraba fácilmente. Asi era, y dejando las causas generales, porque en aquel tiempo ninguna órden se observaba, dejando tambien las particulares que dificultaban la ejecucion, Milán se hallaba en tal estado que no habia de quien se pudiese guardar, y quien á él llegaba mas bien parecia enemigo de su propia salud que peligroso para la de los habitantes. Con tales noticias, su plan era intentar el pase por la primera puerta, y si hallaba obstáculo dar la vuelta por la parte exterior hasta que hallase entrada mas fácil, y entonces Dios sabe cuantas puertas se le figuraba que Milán tendria.

Llegando delante de los muros se detuvo á pensar lo que haria, pero no vió sino dos pedazos de camino, y nadie á quien preguntar, y solo notó una densa columna de humo, que eran las hogueras que se hacian con las camas, ropas y muebles de los apestados. El tiempo estaba oscuro pero sin señal de próxima lluvia, la campiña de

alrededor árida, lo que unido á aquella soledad y aquel silencio junto á una ciudad tan populosa, le consternaban dando un colorido fúnebre á todos sus pensamientos.

Despues de un rato de irresolucion tomó á la aventura el camino de la derecha, acercándose sin saberlo á la puerta nueva. A pocos pasos comenzó á oir el sonido de unas campanillas que cesaba y se repetia por intervalos, y luego algunas voces humanas. Al volver el ángulo del bastion, la primera cosa que vió fue sobre la esplanada, enfrente de la puerta, un cuerpo de guardia formado de tablas y á su entrada un centinela apoyado en su mosquete. Detrás una estacada y en el fondo la puerta, esto es, dos pedazos del muro con una cubierta para reparar las hojas de la puerta que estaban abiertas, como igualmente el portillo de la estacada. Sin embargo, delante precisamente de la entrada vió un triste obstáculo: una camilla puesta en el suelo sobre la cual dos *Monatti* estaban acomodando un en-

fermo que era gefe de los guardas que poco antes habia caido con la peste. Paróse Lorenzo hasta que ellos marcharon, y viendo que nadie salia á cerrar el portillo le pareció ocasion y aceleró el paso; mas el centinela le gritó: ola. Se detuvo al instante, y haciéndole una seña sacó del bolsillo unas monedas y se las mostró. El soldado, ya porque hubiese pasado la peste ó porque fuese menos su miedo que su amor al dinero, hizo otra seña de que tirase al suelo las monedas, y viéndolas caer le gritó: *pasa presto.* No fue menester repetírselo, pasó la puerta y siguió sin que nadie le incomodase, hasta que á sus espaldas oyó otro ola que le gritaba un guarda. Lorenzo aparentó no oir esta voz, el que la daba la repitió pero con un tono que indicaba mas enfado que resolucion de hacerse obedecer, y viendo que el otro se hacia sordo se encogió de hombros y se metió de nuevo en su casucha.

El camino, entrando por aquella puerta, corria entonces como ahora en línea recta hasta el canal llamado

de *Naviglio*, formado entre paredes de huertos, iglesias y conventos con poquísimas casas: al frente de esta calle, y enmedio de la que vá por el lado del canal, se levantaba una cruz llamada de San Eusebio. Junto al crucero que divide el camino cerca del comedio, y mirando á derecha é izquierda, descubrió en la primera un paisano que venia hácia él. Ah, por fin es un cristiano, dijo entre sí, y entró al punto en la misma calle con la idea de adquirir algunas noticias. El hombre tambien miraba desde lejos y con susto al forastero que se le iba acercando, y mas cuando vió que se pasó á su lado. Lorenzo cuando llegó mas cerca se quitó el sombrero, y llevándole en la izquierda puso la mano derecha en lo interior de la copa y se dirigió directamente al desconocido. Este, mirándole con espanto, dió un paso atrás, levantó un nudoso baston que llevaba con una contera puntiaguda á manera de estoque, y gritó: atrás, atrás.

Ola, ola, gritó el jóven igualmen-

te, y como entonces, segun decia despues contando el suceso, en nada pensaba menos que en buscar una pendencia, volvió la espalda al descortés y siguió su camino. Asimismo lo hizo el otro volviendo á cada instante la cabeza, y cuando llegó á su casa contó como le habia salido al paso un *untador* con un modo humilde, afable, con su botecito de la untura ó su cartuchito de polvos (no estaba cierto si era uno ú otro) escondido en la copa del sombrero para dirigirle el tiro si él no hubiera sabido detenerle á tiempo. Si dá un paso mas aquel bribon, añadia, le dejo en el sitio antes que hubiese tenido lugar de tocarme. La desgracia fue que estábamos en un parage tan solo, que si hubiera sido enmedio de la ciudad, llamo gente y se le coge. Estoy cierto de que le hubieran hallado en el sombrero esa composicion asquerosa é infame. Pero alli cuerpo á cuerpo harto hice en preservarme sin aventurarme á algun riesgo, porque unos pocos polvos pronto se tiran; y ademas estos bribones

tienen una destreza particular y llevan el diablo consigo. ¿Quién sabe los estragos que hará, ya que estará dentro de la ciudad? Mientras vivió, que fue largo tiempo, siempre que se hablaba de las unturas repetia el mismo caso, añadiendo: los que aun sostienen que era falso vengan á contármelo á mí que lo he visto.

Lorenzo, lejos de pensar en el lance en que se habia visto, y movido mas de despecho que de miedo, pensaba en aquella brusca acogida, pareciéndole tan agena de razon, que concluyó que aquel hombre estaba medio loco. Mal empezamos (decia entre sí), no parece sino que un funesto planeta hay contra mí en esta ciudad. Para entrar en ella encuentro facilidad, y dentro solo hallo disgustos y peligros. En fin, con la ayuda de Dios.... si hallo.... si llego á encontrar.... eh, todo entonces será nada.

Llegado al puente no dudó tomar la calle de San Marcos, por parecerle que ella le llevaria mas pronto al centro de la ciudad, y conforme an-

daba iba mirando si podia descubrir alguna criatura humana; pero no vió sino un cadáver desfigurado en el foso que corre entre aquellas pocas casas y el camino. Luego que pasó oyó gritos como de alguien que le llamaba, y efectivamente en un balcon de una casa tapiada vió una pobre muger rodeada de niños que con la voz y la mano le pedia que se acercase. Obedeció, y cuando estuvo cerca le dijo ella: por las almas de vuestros difuntos haced la caridad de ir á buscar al Comisario y decirle que estamos aqui abandonados. Me han cerrado la casa como sospechosa porque mi pobre marido ha muerto, me han tapiado la puerta como veis; y desde ayer mañana nadie ha venido á traernos alimento: en tantas horas que estoy aqui no he podido ver un cristiano que me haga esta caridad, y estos pobres inocentes perecen de hambre. — ¡De hambre! exclamó Lorenzo; y sacando los dos panes que habia comprado, dijo: buscad modo de cogerlos. — Dios os lo pague, contestó ella:

esperad un momento, y fue á buscar una cesta con una cuerda para subirlos al balcon. Lorenzo entre tanto se acordó de aquellos panes que habia tomado junto á la Cruz en su primer viage, y dijo entre sí: he aqui una restitucion y tal vez mejor que si la hiciese al dueño de aquellos panes, porque esta es verdaderamente una obra de misericordia. En cuanto al Comisario que decís, señora mia, prosiguió acomodándolos en la cesta, no me es posible serviros, pues á la verdad soy forastero y no tengo conocimiento de lo que aqui pasa; mas si encuentro algun hombre que sea algo doméstico y humano se lo encargaré. La muger le rogó que asi lo hiciese, y le dijo el nombre de la calle donde el Comisario habia de buscarla. Tambien vos, respondió Lorenzo, creo que podreis hacerme un favor, una verdadera caridad sin incomodaros. ¿Sabreis enseñarme donde vive el caballero....? — Sé que tiene su casa en Milán, dijo ella, pero ignoro la calle. Dirigiéndoos al centro por aqui no

dejareis de encontrar quien os la enseñe. Y si le hallais ocordaos de hablarle de mí. — Lo haré sin duda, contestó él, y siguió su camino.

A cada paso sentia crecer y aproximarse un rumor de ruedas y de caballos acompañado del sonido de varias campanillas, y de cuando en cuando chasquidos de látigos y gritos desaforados. Miraba delante y no veia nada; pero al llegar al extremo de aquella tortuosa calle, y desembocando en la plaza de San Marcos la primer cosa que le llamó la atencion fueron dos maderos con una cuerda y ciertas garruchas, y no tardó en conocer (pues era cosa familiar en aquellos tiempos) la abominable máquina del tormento. Las habia en todas las plazas y en las calles mas anchas, á fin de que todos los Comisarios de cuartel, autorizados para esto, pudiesen aplicarle inmediatamente á cualquiera que les pareciese digno de pena, ó á los secuestrados que saliesen de sus casas, ó á los ministros que no cumpliesen las órdenes &c.; en fin, era uno de los reme-

dios inmoderados é ineficaces de que en aquellos tiempos, y especialmente en aquellas circunstancias se hacia tanto exceso.

Mientras Lorenzo le consideraba sin poder entender el motivo porque alli le habian puesto, sintió aproximarse el ruido, y vió salir por el lado de la Iglesia uno de los *Apparitori* tocando su campanilla, y detrás dos caballos que alargando el pescuezo y haciendo fuerza con todo su cuerpo apenas podian arrastrar un carro de cadáveres, y detrás de aquel otro, y otro, y otro: y varios *Monatti* á los lados arreando los caballos con golpes y votos. La mayor parte de aquellos cadáveres iban desnudos, otros mal envueltos en alguna sábana ó camisa sucia, mezclados ó puestos unos encima de otros, que á cada vaiven del carro tomaban diversas posturas, sacando uno la cabeza, otro los brazos sobre las ruedas, de modo que aquella vista por sí misma horrorosa, se hacia mas insufrible.

Lorenzo parado al otro extremo de la plaza encomendaba á Dios las almas

de aquellos infelices, cuando un atroz pensamiento le ocurrió de improviso: Si tal vez irá allí.... si irá.... Oh, Señor, haced que no sea verdad; haced que yo no lo piense.

Pasado el tren de la muerte, siguió Lorenzo por el lado del canal á la izquierda sin otro motivo sino que el carro habia tomado el camino de la derecha: se halló en el Puente Marcelino, y pasándole salió al *Borgo nuovo*, y mirando delante siempre con la idea de buscar quien le encaminase, vió un Sacerdote con su baston en la mano, puesto de pie junto á una puerta medio cerrada, inclinada la cabeza y el oido puesto á la ventanilla, y poco despues le vió levantar la mano y echar la bendicion. Conoció que aquel clérigo acababa de confesar á algun contagiado, y dijo entre sí: he aqui mi hombre. Si un Sacerdote ejerciendo sus sagradas funciones no tiene caridad ni afabilidad, es preciso decir que ya se acabaron estas cosas en el mundo.

Entre tanto el Sacerdote separándose de la puerta venia hácia Lorenzo,

con mucha precaucion, y por medio de la calle. Lorenzo cuando estuvo á cuatro ó cinco pasos se quitó el sombrero, y le dijo que deseaba hablarle, parándose al mismo tiempo á fin de que entendiese que no queria acercarse inmediatamente. Tambien se paró el Sacerdote, como que queria escucharle, poniendo delante de sí el baston, cual si en él tuviese un baluarte. Hízole su pregunta Lorenzo, á la que el otro contestó no solo diciéndole el nombre de la calle donde estaba la casa, sino dándole el itinerario á fuerza de repetir á derecha, á izquierda, y nombrarle las seis ú ocho calles que tenia que pasar para ir donde deseaba. — Dios le mantenga sano en estos tiempos y siempre, dijo Lorenzo, y viendo que el clérigo comenzaba á andar le llamó de nuevo y le dijo la afliccion de aquella pobre encerrada con sus hijos. El buen Sacerdote le dió gracias por haberle proporcionado ocasion de socorrer al prógimo, y se despidió prometiendo ir á dar parte á quien correspondia.

Lorenzo prosiguió recordando las señas que habia oido, para verse lo menos posible en la precision de hacer otras preguntas, cuando una especie de fúnebre presentimiento se apoderó de su alma, cuanto mas se iba acercando á aquella casa que debia terminar sus dudas. Procuró lo posible desechar las ideas melancólicas que le ocurrian, y siguió internándose en la Ciudad. ¡Pero qué Ciudad aquella! ¡cuán diversa de la que habia visto el año antecedente cuando la hambre! Lorenzo iba á pasar precisamente por uno de los parages donde la enfermedad habia hecho mayores estragos: tal habia sido éste, y tal la infeccion de los cadáveres esparcidos, que los pocos que sobrevivian se habian visto obligados á dejar sus casas. Apresuró él el paso creyendo hallar pronto un barrio menos triste, y en efecto salió á otro parage que podia llamarse Ciudad de vivientes: ¡pero qué Ciudad, digo otra vez, y qué vivientes! Cerradas por sospechas ó por terror todas las puertas, á excepcion de las que estaban

abiertas por no estar las casas habitadas, ó haber sido robadas. Otras tapiadas por haber en ellas muerto apestados: otras con unas cruces formadas con carbon, para advertir á los *Monatti* que habia cadáver que sacar, todo ello por si acaso pasaba un Comisario ú otro oficial que hubiese querido cumplir las órdenes ó hacer un cargo. Por todas partes se veian ropas asquerosas, unas en la calle, otras que tiraban de las ventanas, y aun algunas veces se veian cadáveres, ó de los que repentinamente habian muerto en la calle, ó de los que alli ponian hasta que pasase un carro; aun algunos medio estropeados por las ruedas de los que habian pasado, ó arrojados por las ventanas: pues á tal término habia endurecido los corazones la tenaz duracion de la desgracia, despojándolos de todo sentimiento de piedad y de respeto social. Concluido enteramente el ruido de los talleres, el de los coches, las voces de los vendedores, las pisadas de los transeuntes. Bien raro era que aquel silencio sepul-

cral se interrumpiese sino por el rechinar de los carros, por los lamentos de los infelices, por los ayes de los enfermos, por los gritos de los delirantes, ó por la horrorosa voz de los *Monatti*. Al alba, al medio dia y al oscurecer una campana de la Catedral anunciaba la hora de recitar unas preces que habia mandado el Arzobispo: respondian igualmente todas las demas campanas, y era de ver abrirse las ventanas, y ponerse en ellas los que podian á rezar á coros, formándose un confuso rumor de voces y de gemidos que inspiraba tristeza, aunque tambien daba algun consuelo.

Ya por entonces habrian muerto las dos terceras partes de los habitantes, emigrada ó enferma una gran parte del resto, y reducido casi á nada el concurso de los que andaban por las calles, de modo que se podia andar un largo trecho sin hallar ni un solo hombre en quien no se notase algo de extraño, y no diese por sí mismo causa para inferir la mutacion de las cosas. Se veian los hombres mas conde-

corados sin capa, ni capote, parte entonces esencial de todo trage decente: los clérigos sin sotana; los regulares sin capilla, suprimida en fin toda prenda del trage que alzándose pudiese tocar á alguna cosa, ó dar facilidad á los *untadores*, los que entonces eran mas temibles que todo el resto. Nadie cuidaba de su aseo, ni se afeitaban ni se peinaban, no solo por la natural incuria que inspira el abatimiento, sino por haberse hecho sospechosos los barberos desde que habia sido preso y condenado como *untador* famoso uno de ellos llamado Guiangiacomo Mora, nombre que por mucho tiempo conservó una celebridad de infamia, y que tal vez merecia una mayor de piedad y de compasion. La mayor parte llevaban consigo un baston, otros una pistola para aterrar á los que hubieran querido acercárseles por sorpresa. En unas partes quemaban pastillas de olor; en otras se precavian usando de varias drogas. Los nobles no solo no paseaban con su acostumbrado acompañamiento, sino que muchos de ellos

llevaban una esportilla en el brazo para buscarse por sí mismos lo que habian de comprar para sus casas. Los amigos cuando se encontraban se saludaban de lejos y de paso: todos procuraban ir por medio de las calles temiendo lo que pudiese caer de las ventanas, temiendo los polvos que se decia tiraban desde ellas, temiendo en fin las paredes que se creian untadas. Asi la ignorancia tan tranquila cuando no era menester añadia ahora angustias á angustias, y daba falsos terrores en recompensa de los razonables y saludables que habia despreciado al principio.

De todo lo que le rodeaba, lo menos triste y lo menos digno de compasion eran los sanos ya agitados, que despues de tantas imágenes de miseria, iban pensando en otras mayores que les faltaba que pasar: no nos detendremos á pintar los enfermos que iban medio arrastrando, ó que se dejaban caer en las calles; los mendígos, los niños, las mugeres. Ya habia caminado Lorenzo un buen trozo en me-

dio de esta desolacion, cuando separado todavía muchos pasos de una calle por donde tenia que ir oyó una terrible gritería, alternada con el ruido de las funestas campanillas. Al llegar á la calle, que era una de las mas espaciosas, vió en medio cuatro carros parados, y asi como en un mercado se ve ir y venir gente á cargar y descargar costales de granos, asi alli iban á poner cadáveres. *Monatti* que salian de unas casas, otros que entraban en las inmediatas; algunos con su vestido de color rojo, otros sin este distintivo, y aun otros guarnecidos sus sombreros con plumas de varios colores, que aquellos insensibles llevaban como en demostracion de fiesta entre tanto luto. Desde algunas ventanas salia una voz lúgubre: aqui, *Monatti*, y con sonido aun mas lúgubre respondia otra voz de enmedio de aquel horrible grupo, *ahora*, *ahora*. En otras partes se escuchaban los ruegos de los vecinos para que fuesen presto, á los cuales respondian con votos y porvidas.

Entre tanto seguia andando con el cuidado de no mirar aquella escena, sino lo que era necesario para alejarse de ella, cuando sus miradas errantes se fijaron en un objeto de singular piedad, de una piedad que obligaba al alma á contemplarla, de modo que se detuvo casi sin voluntad de hacerlo. Venia hácia aquellos carros una muger de edad regular, en cuyo rostro se advertia una belleza ofuscada, pero no acabada; aquella belleza á un tiempo afable y magestuosa que brilla en la sangre lombarda. Su paso era fatigado, pero no vacilante ó trémulo; sus ojos no vertian lágrimas, pero indicaban haber derramado muchas, y estaba entregada completamente á su dolor profundo. Llevaba en sus brazos una niña como de nueve años, difunta, pero vestida, con el pelo dividido sobre la frente, con un vestido blanco sumamente limpio como si la hubiese adornado para una fiesta. Llevábala sentada en su brazo como si estuviese viva, con el pecho arrimado al suyo: su manita blanca como una

cera caia por un lado, y apoyaba la cabeza sobre el hombro de su madre de un modo que indicaba era muerta y no dormida. A esto uno de aquellos *Monatti* se llegó á ella, y parecia como que queria quitarla aquel peso, mas lo hizo con una especie de respeto no acostumbrado entre ellos. La Señora retirándose un poco, sin manifestar esquivez ni desprecio, le dijo: no la toques, yo la pondré en el carro, toma, y le alargó un bolsillo que dejó caer en la mano que él la presentaba; y continuó: prométeme no tocarla á nada de lo que lleva puesto, ni permitir que otro la toque, y entiérrala. Púsose el otro la mano en el pecho como en seña de obediencia, y con un modo obsequioso, mas acaso por la nueva sensacion que aquello le causaba que por el regalo que habia recibido, se llegó al carro y separando algunos cadáveres hizo lugar á la niña difunta. Su madre dándola un beso en la frente, y colocándola alli como en una cama, la cubrió con un pañuelo blanco, y por últimas pala-

bras la dijo. A Dios, Cecilia, descansa en paz, esta noche nos reuniremos para no separarnos, y volviéndose al hombre le dijo: esta noche cuando volvais por aqui pondreis en el carro mi cadáver, y no solo el mio.

Dicho esto entró en su casa, y despues de un instante se presentó en la ventana teniendo en sus brazos otra niña mas pequeña viva; pero ya el rostro con las señales de pronta muerte. Estuvo mirando las mezquinas exequias de la otra hija hasta que perdió de vista el carro, y despues se entró en su casa. ¿Y qué otra cosa tenia que hacer aquella infeliz, sino colocar en la cama la hija que la quedaba, y acostarse á su lado para morir juntas?

Oh Señor, exclamó Lorenzo: despenadla, llevadla con vos á ella y á su criaturita: ¡han padecido bastante, bastante! Volviendo en sí despues de aquella conmocion singular, y mientras procuraba recordar el itinerario, oyó otro diverso estrépito, un confuso sonido de gritos imperiosos, de la-

mentos, de suspiros, de llantos de mugeres, y chillidos de niños. Era una porcion de enfermos que llevaban al lazareto, algunos por fuerza, resistiéndose y gritando en vano que querian morir en sus camas, á lo que sus conductores respondian con finalas palabras; otros que marchaban en silencio sin aparente dolor, y sin esperanza como lelos: mugeres con sus hijos en brazos, niños espantados de la gritería, mas que de la idea de la muerte, que igualmente clamaban llamando á sus madres, y deseando permanecer en su casa. Ah, tal vez la misma madre que creian dormia en su cama estaba ya atacada de la enfermedad, y pronto iria á parar al carro, ó si este tardaba algo iria á parar al hoyo. Tal vez, oh idea tristísima, la propia madre, ocupada en lo que padecia, se habia olvidado de todo, aun de sus propios hijos, no pensando sino en morir en paz. Pero entre tanta confusion aun se veian ejemplos de constancia y de piedad. Padres, hermanos, hijos, esposos que iban sosteniendo á los que

amaban, animándolos con palabras de consuelo, y no solo hacian esto los adultos, sino que se veia jovencitos acompañando á sus hermanos pequeños, y con misericordia varonil los exhortaban á ser obedientes, asegurándolos que iban á un parage donde otros tendrian cuidado de ellos hasta que sanasen.

Entre la tristeza y la ternura que le inspiraba tal espectáculo, una ansia diversa le oprimia el corazon á Lorenzo. La casa que buscaba debia estar inmediata, y quien sabe si entre aquella gente.... Luego que hubo pasado aquel tropel se dirigió á uno de los *Monatti*, y le preguntó ¿dónde vivia D. Ferrante? ¡Anda en hora mala, aldeano! fue su única respuesta, y Lorenzo sin replicarle hizo la misma pregunta á un Comisario que venia detrás del convoy, y que tenia facha de hombre mas afable. Este señalándole con su baston le dijo: la primera calle á la derecha, y luego la última casa grande de la izquierda.

Encaminóse á ella nuestro jóven

palpitándole de nuevo el corazon, la encontró fácilmente, estuvo un poco agarrado al aldabon de la puerta luchando entre el temor y la esperanza de lo que iba á saber, y por fin llamó, á cuyo golpe se asomó una muger á la ventana con mal gesto. — Señora, dijo él con voz no muy segura: ¿está aqui sirviendo una jóven forastera que se llama Lucía? — Ya no está, respondió ella haciendo ademan de cerrar la ventana. — Un momento por caridad. ¿Dónde está ahora? — En el lazareto, y otro ademan para cerrar. — Otra palabra por Dios: ¿tiene la peste? — ¡Qué cosa tan nueva! ea, idos, y cerró de veras la ventana. — Señora, Señora, una sola palabra por el alma de sus difuntos: oidme: pero ya esto se lo decia á las paredes.

Sin acertar á moverse de la puerta, agarró el aldabon, y unas veces le daba vueltas en la mano, otra le alzaba como para llamar desesperado, y en tal estado se volvió para ver si algun vecino podia darle mejores noticias, pero la única persona que vió

fue una muger que parada á veinte pasos de él, con un rostro que indicaba terror, odio, impaciencia y malicia, mirando á un mismo tiempo á él y á los lados de la calle, abriendo la boca como para dar un grito, pero deteniendo la voz: alzando los brazos descarnados, y alargando y retirando las manos como si cogiese alguna cosa, daba manifiestos indicios de querer llamar gente. Al encontrarse con las miradas de Lorenzo, se llenó de nueva ira. Qué diablos, decia él entre sí levantando la mano hácia la espectadora, cuando ella perdida la esperanza de hacerlo prender por sorpresa, dejó escapar el grito que habia detenido. ¡El untador! el untador! dale, cógele.

¿Quién, yo? bruja embustera, gritó Lorenzo, y dió un salto hácia ella como para atemorizarla y hacerla callar; pero pronto conoció que solo tenia que pensar en su persona. Al grito habia corrido gente por ambos lados, no tanta como en semejante caso se hubiera reunido tres meses antes, pero

la suficiente para acabar con un hombre solo. Al mismo tiempo se abre la ventana, y aquella descortés que antes habia respondido con tal despego, gritaba: á él, á él: ese ha de ser uno de los bribones que van untando las puertas de los hombres de bien.

Lorenzo pensó de pronto que era mejor huir que detenerse á justificarse, dió una ojeada alrededor para reconocer por donde venia menos gente, se dirigió hácia allí corriendo cuanto podia, apartó de un rempujon á uno que le cerraba el paso; y con un fuerte golpe en el pecho hizo retirar á otro que le venia detrás. La calle que tenia al frente estaba libre, pero sentia ya muy cerca los gritos de los que le seguian, y aun las pisadas de los que casi le alcanzaban: entonces el peligro le infundió desesperacion, y echando mano á su cuchillo se paró, y blandiéndole en el aire exclamó: Venga quien sea hombre: canalla: que yo le untaré muy de veras con este.

Entonces vió con asombro y con gusto que sus perseguidores se habian

parado á alguna distancia como dudosos, gritando todavía y haciendo señas á otra gente que á lo lejos estaba á su espalda. Volvió á ver lo que era, y advirtió que era una fila de aquellos fúnebres carros con su acostumbrado acompañamiento, y detrás á lo lejos otra porcion de gente que hubieran querido acudir á matar al *untador* y cogerle en medio, si no se hubiesen visto detenidos por el mismo estorbo. Hallándose así entre dos fuegos pensó que lo que á otros aterraba podia á él salvarle, envainó su cuchillo, echó á correr hácia los carros, y notando en uno cierto lugar vacío, se embocó dentro de un salto. ¡ Bravo! bravo, exclamaron á una voz los *Monatti*, algunos de los cuales venian á pie detrás, otros sentados en los carros, y aun otros, para decir la cosa como era, sobre los mismos cadáveres dando cuenta de un gran frasco de vino que andaba de mano en mano.

¿ Has venido á ponerte bajo la proteccion de los *Monatti*, dijo uno de los dos que estaban en aquel carro?

pues has cuenta que estás en la Iglesia.

Los enemigos al acercarse el convoy habian vuelto la espalda la mayor parte, y sin embargo gritaban: al *untador*, al *untador*: y alguno hubo que volviéndose de cuando en cuando le miraba con gestos amenazadores, á los que él contestaba con otros iguales. Déjame hacer, dijo uno de los *Monatti*, y cogiendo de encima de un cadáver un pedazo de lienzo muy sucio, le hizo una pelota, y amenazó tirársele al insolente, visto lo cual él y todos se pusieron en fuga, acompañándola los *Monatti* con gritos como de triunfo.

¡Ea, ves como sabemos proteger á los hombres de bien, dijo á Lorenzo aquel hombre! Verdaderamente vale mas uno de nosotros que ciento de esa gente. — Confieso que os debo la vida, respondió Lorenzo, y os doy de todo corazon las gracias. Nada, nada, replicó el otro: tú lo mereces, se ve que eres un jóven bizarro. Haces bien en untar á esa canalla: úntalos, acaba con ellos, que solo valen algo despues

de muertos, y por paga de la vida que llevamos andan diciendo que en acabándose esto nos han de ahorcar á todos. Primero acabarán ellos que esto concluya, los *Monatti* hemos de quedar solos á cantar victoria, y á saquear á Milán. Viva la peste, y muera la gentualla, exclamó otro, y con tan bello brindis, empinó el frasco alargándosele despues á Lorenzo, y diciéndole: bebe á nuestra salud. — Os la deseo con todo mi corazon, respondió él, pero no tengo sed, ni quiero beber en este momento. Mucho miedo has tenido á lo que parece, le contestó el otro. Tienes cara de ser un pobre hombre: pues para ser untador es menester otra facha. — Cada uno se ingenia como puede, dijo el otro. — Venga acá ese frasco, dijo uno de los que venian á pie al lado del carro, que quiero echar un trago á la salud de su amo que va aqui en tan buena compañía.... alli, alli me parece que le veo en aquella magnífica carroza. Al decir esto indicó con un gesto horrible el carro que

iba delante, y despues mesurando el semblante con una seriedad aun mas bufona, hizo una cortesía al tal carro y dijo: me permitireis, venerado amo mio, que un pobre Monatti pruebe lo que guardábais en vuestra bodega. Ya veis, somos los que os hemos puesto en la carroza para llevaros á tener un dia de campo: ademas á vosotros los Señores os hace mal el vino, por poco que sea; pero nosotros los pobres tenemos el estómago muy fuerte. Entre las risotadas de los compañeros levantó el frasco; pero antes de beber fijó la vista en Lorenzo, y con cierto aire de compasion y desprecio le dijo: es preciso que el diablo con quien has hecho el pacto sea muy jovenzuelo, porque si no hubiéramos llegado á salvarte, te daba muy bello auxilio. Repitiéronse las carcajadas, y él se aplicó el frasco á los labios.

Y nosotros, ola, y nosotros, gritaron á coros los del otro carro. El bribon despues que hubo bebido cuanto quiso le alargó á sus semejantes, los cuales se le fueron pasando hasta que

el último viéndole vacío le tiró contra una rueda diciendo: ¡viva la peste! En seguida entonó una cancion, á que acompañó aquel maldito coro; mezclando la infernal cantinela con el sonido de las campanillas, cuyo estrépito resonaba en las casas, y estrechaba amargamente el corazon de los pocos que las habitaban.

¿Pero qué cosa hay que en alguna ocasion no pueda parecer un beneficio? ¿Qué cosa no puede parecer un bien en algun caso? El peligro de un momento habia hecho á Lorenzo mas que tolerable la compañía de aquellos muertos y aquellos vivos, y ahora me atrevo á decir que le fue grata aquella música que le libraba de los apuros que podian nacer de la conversacion entablada. Aunque todavía medio aturdido daba gracias á la Providencia por haberle sacado de tal apuro, y la rogaba que igualmente le salvase de manos de sus libertadores; mientras él por su parte andaba buscando el modo de salir de entre ellos sin darles ocasion de mover algun es-

cándalo y escitar la malicia de los que pasasen. Al volver una esquina le pareció reconocer el sitio por donde iban á pasar, miró con mas atencion y le reconoció en ciertas señas. ¿ Sabeis donde era? Por cerca de la puerta Oriental, la calle que de ida y vuelta habia recorrido con tal prisa veinte y dos meses antes. Pronto recordó que por allí se iba derecho al lazareto, lo cual y el encontrarse en la misma calle sin haberlo buscado ni tener señas para ello le pareció un manifiesto indicio del favor de la Providencia y un buen pronóstico para lo futuro. En esto ételе que un Comisario comienza á gritar que se detengan los carros para darles no sé que órden: uno de los que iban en el carro con Lorenzo se apeó, y él tomando de pronto su resolucion, dijo al otro que habia quedado: Dios os pague el beneficio que me habeis hecho, y de un salto se puso en el suelo. Anda, anda, pobre untadorcillo, le respondió él, no serás tú quien despueble á Milán.

Por fortuna no habia quien oyese

esta despedida, y Lorenzo se apresuró á ir hácia la Puerta, reconoció el convento de Capuchinos, llega al lazareto, entra en el cancel y se le presenta á la vista la escena exterior de aquel recinto, que sin ser mas que una muestra era una escena dificil de describir. Por los dos lados que se presentan al que mira á aquel punto, era una indecible confusion y tropel de enfermos que entraban en el lazareto: unos se sentaban por cualquier parte faltos de fuerzas: otros que desesperados se habian salido, se detenian por no tener fuerzas para seguir su camino: otros andaban vagando como fuera de juicio, y no pocos de ellos ciertamente sin él: cual estaba enfervorizado contando sus delirios á un infeliz que estaba oprimido de la enfermedad: cual otro se mostraba iracundo, y cual por el contrario aparecia con semblante risueño como si estuviese en una fiesta. Pero la especie mas extraña y alborotadora de tan triste alegría era la de los que cantaban alto y sin parar las canciones vulgares que sabian, y

que tal contraste formaban con la situacion de los cantores.

Apenas habia Lorenzo dado algunos pasos por el lado meridional del edificio, cuando entre aquel gentío se levantó un grito extraordinario y voces á lo lejos que decian: guárdate, guárdate, deténle. Púsose en puntillas, miró con cuidado y vió un caballo á todo correr hostigado por un cadavérico ginete. Era un loco, que viendo aquel caballo macilento, solo junto á unos carros, saltó encima, y dándole golpes en el pescuezo y espoleándole con los talones le obligó á dar aquellas carreras, seguido de los Monatti que gritaban para detenerle, viniendo todos á desaparecer en una nube de polvo que volaba á lo lejos. Nuestro jóven se dirigió á la puerta de aquel lugar donde estaba detenido mayor número que los que andaban por todo el espacio que acababa de recorrer. Por fin pasó aquella puerta y permaneció un momento inmóvil en medio del pórtico.

CAPITULO XXXIV.

Figúrese el lector los cláustros del lazareto poblados de diez y seis mil apestados, aquella superficie llena de obstáculos, por aqui chozas, por allí barracas, por mas allá carros, por todas partes gente: aquellas interminables salas del pórtico á derecha é izquierda cubiertas, atestadas de enfermos y cadáveres, y bajo aquel inmenso techo un bullicio, un movimiento como las olas del mar, un ir y venir, un detenerse, un correr, un sentarse, un levantarse contínuo de enfermos, de freneticos, de asistentes. Tal fue el espectáculo que de un golpe se presentó á la vista de Lorenzo y que le hizo detenerse como atontado. Desde el parage donde se habia detenido hasta el templete central, y desde alli hasta la puerta del frente, habia una crugía vacía de cadáveres y de todo impedimento; pero pronto vió empezarse una gran faena de separar carros, cuya operacion dirigian algunos oficiales y capu-

chinos que al mismo tiempo echaban de alli á los que no servian para la obra. Lorenzo temiendo ser de este número, empezó á ir de choza en choza, mirando dentro de ellas, viendo caras moribundas, escuchando lamentos y deseando y temiendo encontrar alli la que buscaba. Ya habia andado un buen espacio y repetido varias veces aquel doloroso exámen sin haber hallado ni una sola muger, lo cual le hizo pensar que estas estarian en departamento separado. No podia adivinar donde era este, ni se atrevia á preguntarlo temiendo no le hiciesen salir, por lo cual resolvió seguir sus pesquisas hasta que hallase mugeres.

Despues de haber recorrido sin fruto una porcion de filas de cabañas, cuando entre el ruido de los varios lamentos comenzó á distinguir una mezcla singular de voces de niños y cabras. Encaminóse allá y vió un cercado con algunas cabañas esparcidas, y asi en estas como en lo demas del terreno niños acostados en unos col-

choncillos, y nodrizas y otras mugeres trabajando; pero lo que mas le chocó fue ver muchas cabras guiadas por una porcion de niños, y observar como algunos de aquellos animales colocándose encima de los niños que estaban en el suelo les daban de mamar; otras correr al grito del niño como si fuera su hijo; pararse á su lado, y con su voz y sus posturas llamar quien viniese á ayudar á ambos. Algunas nodrizas estaban sentadas con los niños al pecho con tal cariño, que hacian dudoso si se hallaban alli por el salario que recibian ó por aquella caridad que sabe ir á buscar las necesidades. Una de estas separaba de su exhausto pecho un niño que lloraba, y andaba tristemente buscando una cabra que hiciese sus veces: otra miraba con placer el niño que se habia dormido en sus brazos, y acariciándole iba á ponerle en un colchon dentro de la cabaña: otra abandonando su pecho al niño extraño tenia clavados los ojos en el cielo acordándose de un hijo de sus entrañas que poco

hace habia mamado de aquel pecho y ya no existia. Otras mugeres de mayor edad se ocupaban en otros servicios; cual corria á los gritos de un niño hambriento y le llevaba al lado de una cabra que estaba paciendo, y le presentaba á sus tetas acariciando con la voz al inesperto animal para que se prestase al servicio que se le exigía.

Mas de una vez nuestro jóven habia querido retirarse, pero atraido de aquel espectáculo se habia estado quieto, hasta que por fin se resolvió á buscar nuevas escenas, cuando á mas de cien pasos de distancia vió atravesar y perderse entre las cabañas un capuchino, que á pesar de ir tan lejos, le pareció tenia todo el aire de fray Cristobal. Con la prisa que cualquiera puede pensar corrió hácia aquella, parte y dando vueltas y revueltas por fin tuvo el gusto de reconocer aquel mismo religioso. Le vió todavía algo lejos, que separándose de una gran marmita iba con un plato en la mano hácia una cabaña. Le vió sentarse á su entrada, echar la bendicion

sobre su plato y ponerse á comer.

Era ciertamente fray Cristobal, cuya historia desde que la dejamos hasta entonces puede reducirse á dos palabras. Nò se movió de Rimini, ni pensába en moverse hasta que vió que la peste en Milán le ofrecia la ocasion que tanto habia deseado de dar la vida por el prógimo. Suplicó con mucha instancia que se le eligiese para asistir á los apestados: el Conde tio habia muerto, y ademas el tiempo pedia mas enfermeros que políticos, y asi fue oida su súplica sin dificultad. Vino inmediatamente á Milán, entró en el lazareto, y alli estaba ya cerca de tres meses. El consuelo que tuvo Lorenzo al verle, se amortiguó muchò viéndole con todas las señales de una naturaleza ya cansada que solo se mantenia por las fuerzas del alma que la animaba.

Andaba el Padre observando á aquel jóven que se le acercaba, y que con los ademanes, no atreviéndose á hacerlo con la voz, queria darle á entender quien era. Oh, Padre Cristobal, dijo

cuando ya estuvo cerca. — Tú aqui, contestó él dejando en el suelo el plato y levantándose. — ¿Cómo estais, Padre, cómo estais? — Mejor que tantos pobres como ves, respondió el Padre, y su voz era débil, y tan mudada como todo el resto. Los ojos solamente conservaban su antigua viveza, y aun se notaba en ellos un no sé que de mas brillante, como si la caridad ejercitándose en sus obras, y alegre de sentirse cercana á su principio le restituyese un fuego mas ardiente y mas puro que aquel que la enfermedad iba por horas debilitando. ¿Pero tú, prosiguió, cómo estás en este lugar? ¿Cómo vienes á exponerte á la peste? — Ya la he pasado, gracias á Dios. Vengo.... á buscar á Lucía. — ¡Lucía! ¿Está aqui Lucía? — Aqui está, ó á lo menos espero en Dios que esté. — ¿Es tu muger? — Oh querido Padre: no es mi muger. ¿Pues qué no sabeis lo que la ha pasado? — No, hijo mio. Desde que Dios me separó de vosotros nada he podido saber; pero ahora que él mismo te manda aqui, digo con verdad que deseo

saberlo todo. Pero y el bando contra tí.... — ¿Sabeis lo que han hecho conmigo? — Pero tú ¿qué habrás hecho? — Oidme. Si dijera que aquel dia tuve juicio, mentiria: pero no hice cosa mala. — Lo creo; y siempre lo he creido. — Ahora se lo podré contar todo. — Aguárdame, dijo el Padre, y saliendo de la cabaña llamó á otro capuchino jóven, diciéndole: fray Victor, hacedme la caridad de asistir en mi lugar á esos pobres un rato, pero si alguno quisiese hablarme llamadme al instante. Principalmente aquel, si diese la mas pequeña señal de volver en su acuerdo haced que me avisen al momento.

El jóven capuchino respondió que lo haria, y el anciano entró con Lorenzo en su cabaña, y mirándole á la cara, le dijo: me parece que tendrás necesidad de tomar algun alimento. Si Señor, contestó él, ahora que me lo nombrais me acuerdo de que aun estoy en ayunas. Aguárdame, dijo el Padre, y tomando otro plato fue á llenarle á la marmita, y le presentó á

Lorenzo con una cuchara, y luego un vaso de vino, y haciéndole sentar sobre un jergon que le servia de cama, volvió á tomar su plato y se pusieron á comer juntos. — Oh, Padre Cristóbal, dijo Lorenzo: ¿os toca á vos servirme? Pero siempre sois el mismo; os doy las gracias con todo mi corazon. — No me des tales grácias. Esta es la hacienda de los pobres, y tú lo eres en esta ocasion. Ahora cuéntame lo que ha sucedido á aquella pobrecilla; pero procura que sea con pocas palabras, porque el tiempo es corto, y ya ves lo mucho que hay que hacer.

Lorenzo entre cucharada y cucharáda fue contando toda la historia de Lucía; como se habia refugiado al monasterio de Monza, como de alli la habian robado. Al oir esto el Padre recordando que él habia sido la causa de que alli fuese, quedó como sin respiracion, peró se consoló escuchándo que milagrosamente habia recobrado su libertad, vuelta al lado de su madre, y últimamente alojada en casa de Doña Praxedes. Luego contó igualmente

su historia hasta aquel momento, y concluyó: aqui estoy ahora á buscar á Lucía, á ver si está viva.... y si aun me quiere;... porque.... ciertas veces...: — ¿Pero has tenido alguna noticia de donde está, ó cuando ha venido? — No sé mas sino que está aqui, ¡y Dios quiera que aun esté! — ¡Pobrecillo! ¿Y qué diligencias has hecho para buscarla? — Andar dando vueltas, sin ver mas que hombres. He pensado que las mugeres estarán separadas, pero no he sabido donde. A bien que vos me lo direis. — Pero no sabes que está prohibido que entren alli los hombres, sino los que tienen precision de entrar. — Y bien. ¿Qué cosa me puede suceder? — La órden, hijo mio, es justa y santa. Y si la gravedad y el número de los males que nos rodean no permite que se observe con rigor, no es esta una razon para que la violen los hombres de bien. — Pero, Padre Cristobal, Lucía debia ser mi esposa: ya sabeis como nos separaron; hace veinte meses que padezco por ella, y con paciencia: he venido hasta aqui

á peligro de tantas cosas una peor que otra, y ahora que.... —No sé que decirte. Tú vas con buena intencion. Dios que ciertamente bendice esa tu fidelidad y constancia en buscar á la que su Magestad te habia destinado, y que al paso que es mas riguroso que los hombres, es tambien mas indulgente, no se ofenderá de lo que pueda haber de irregular en este paso. Dicho esto le condujo fuera de la cabaña.

El templete que estaba en medio era el parage donde el Padre Felix, Presidente del lazareto, iba poco despues de esta conversacion á reunir los pocos convalecientes para llevarlos á otro parage á hacer su cuarentena. Ya habian hecho dos veces la señal con la campana, y á la tercera debian juntarse. Fray Cristobal informó de esto á su ahijado, le dijo que registrase si Lucía iba afortunadamente entre los que salian, y que sino la buscase en el departamento que él le indicó, instruyéndole del modo con que alli habia de portarse, y de que si querian estorbar que anduviese por aquel si-

tio, dijese era recomendado de fray Cristobal. Búscala, añadió, pero sea con confianza y con resignacion. ¡Acuérdate de que vienes á buscar una persona viva en el lazareto. ¡Ah, cuantas veces he visto renovarse este mi pequeño pueblo! ¡Cuantos he visto sacar, y cuan pocos salir por sí mismos! Ve preparado á hacer un sacrificio. — Ya entiendo, dijo Lorenzo demudado el rostro. Andaré todo el lazareto para buscarla, y sino la encuentro.... — ¿Qué harás sino la encuentras? contestó el Padre. Lorenzo que ya estaba encolerizado con la idea de no hallar á su amada, y el recuerdo de lo que por Don Rodrigo habia padecido, respondió: sino la encuentro yo haré por encontrar á otro. O en la calle, ó en su Palacio, ó en el último rincon del mundo, ó en casa del diablo, buscaré á aquel bribon que nos ha separado. Si no hubiese sido por él, Lucía sería mi esposa hace veinte meses, y si estábamos destinados á morir, al menos hubiéramos muerto juntos. Pero si él vive yo le hallaré.

Lorenzo, exclamó el Padre asiéndole por el brazo, y mirándole con rostro severo. — Si le hallo, continuó él ya ciego de cólera, si la peste no ha hecho justicia.... No es ya tiempo de que un bribon, con su escolta de pícaros, venga á reducir á otros á la desesperacion; y se quede riendo. Ha venido el tiempo en que los hombres se vean cara á cara, y.... yo me haré justicia.

¡Infeliz! gritó el Padre con una voz que recobró toda su antigua energía; y levantando la cabeza, hacia girar su mano derecha indicando los objetos que le rodeaban, mientras con la otra tenia agarrado á Lorenzo. ¡Infeliz. mira quien es el que castiga! el que juzga y no es juzgado; el que azota y perdona. ¡Pero tú, gusano de la tierra, tú quieres hacerte justicia! ¿Sabes lo que es justicia? Anda, desventurado: márchate. Yo esperaba que antes de mi muerte me daria Dios el consuelo de ver á la pobre Lucía, y oir que me prometia que pediria á Dios por mí al lado de mi sepultura. An-

da: tú me has quitado esta esperanza. Por tí no la habrá Dios dejado en la tierra. La habrá llevado para sí, porque ella era una de aquellas almas á quienes están reservados los consuelos eternos. Anda: no tengo tiempo de decirte mas: y soltando el brazo de Lorenzo se dirigió hácia una cabaña de enfermos.

¡Ah Padre! dijo Lorenzo siguiéndole, ¿me quereis despedir de este modo?

¿Cómo? respondió con voz menos severa el Capuchino. ¿Te atreverás á exigir que para oir las expresiones de tu rabia y tus propósitos de venganza, robe el tiempo que debo emplear en los que me aguardan para que les hable del perdon de Dios? te escuché cuando me pedias consuelo y direccion: me aparté de los actos de caridad para hacer otros tambien de caridad; mas ahora que tu corazon respira venganza, márchate. — Ah! yo le perdono y para siempre, replicó el jóven. — Lorenzo, piensa en cuantas veces le has perdonado, dijo el Padre, y

deteniéndose un rato sin recibir respuesta, continuó inclinando la cabeza, y con tono humilde: ¿sabes el motivo porque yo llevo este santo hábito?... Lorenzo no le respondia. — ¿Lo sabes? instó él. — Si señor, dijo el otro. Yo he aborrecido, prosiguió el Padre, y he muerto al hombre á quien odiaba. — Sí, es verdad, pero era uno de aquellos orgullosos que..... — Calla: no digas eso, le interrumpió el Padre, crees que si hubiese una razon que autorizase mi hecho no la hubiera yo encontrado en treinta años. ¡Ah si yo pudiese inspirar á tu corazon los sentimientos que tengo ahora, y que siempre desde entonces tuve para el hombre á quien odiaba! Pero Dios lo haga como puede. Oyeme, Lorenzo, Dios te ama mas que tú te amas á tí mismo. Tú has podido pensar en la venganza, pero Dios ha tenido bastante poder y misericordia para impedírtela, y te hace una gracia de que no eres digno. Tú sabes, y lo has dicho mil veces, que Dios puede contener el brazo de un poderoso; pero sabe que tambien

puede contener el de un vengativo. — Sí, sí, dijo Lorenzo oyendo estas y otras razones poderosas que le dijo el Padre, conozco que no le he perdonado de corazon, y que he hablado mas como un bestia que como un cristiano; pero ahora con la gracia del Señor le perdono de veras. — ¿Y si le vieses? — Rogaria al Señor que me diese paciencia á mí, y le tocase á él en el corazon. — ¿No te acordarás que el Señor no dijo perdonad á vuestros enemigos, sino que dijo amadlos? No te acordarás que él le amó hasta el punto de morir por él. — Sí, me acordaré de eso con la ayuda de Dios. — Pues ven á verle. Has dicho *le hallaré*, pues bien, le hallarás. Verás contra quien podias conservar odio, y sobre qué vida querias disponer como dueño.

Dicho esto le condujo á la puerta de una cabaña, volvió á mirarle con gravedad y terneza y le hizo entrar á su lado. La primer cosa que vieron fue un enfermo sentado sobre una cama de paja, pero no agravado, sino

que mas bien podia parecer cercano á la convalecencia, el cual viendo á fray Cristobal, empezó á decir que no con la cabeza: él hizo una cortesía con la suya expresando tristeza y resignacion. Lorenzo entretanto miraba á todas partes con una curiosidad inquieta, y vió unos tres ó cuatro enfermos, distinguiendo uno de ellos tendido en un colchon cubierto con una capa á manera de colcha: le miró con cuidado y reconoció á Don Rodrigo. Dió algunos pasos atrás, pero el Padre estrechándole de nuevo la mano que tenia asida, y haciéndole arrimar al pie de la cama, le señalaba con la otra mano el objeto que tenia presente. Tenia el infeliz los ojos abiertos, pero no veia: cadavérico el rostro y sembrado de manchas negras, y se le hubiera creido difunto si una contraccion violenta no manifestase que sufria.

Ya ves, dijo fray Cristobal en voz baja pero magestuosa, este puede ser castigo y puede ser misericordia. El sentimiento que ahora experimentes para ese hombre que te ha ofendido,

ese mismo sentirá para tí algun dia Dios, á quien tú muchas veces has ofendido: bendice á tu enemigo y serás bendito. Hace cuatro dias que está aqui sin sentido: tal vez el Señor está pronto á concederle una hora de arrepentimiento, pero querrá que tú se lo ruegues: tal vez querrá que tú se se lo ruegues con aquella pobre inocente: tal vez la salvacion de este hombre y la tuya depende ahora de tí, de un sentimiento de perdon, de compasion.... de amor. Calló é inclinó el rostro como para orar, y Lorenzo hizo lo mismo. Estaban un breve rato en esta postura, cuando sonó por tercera vez la campana: ambos á un tiempo salieron; ni el uno hizo mas preguntas, ni el otro hizo nuevas propuestas, pero sus rostros hablaban. Ve pronto, dijo el Padre, ve preparado á hacer un sacrificio y á alabar á Dios sea cual fuere el éxito, y ven á darme cuenta para que juntos le alabemos.

Asi se separaron el uno á sus tareas y el otro al templete que estaba cercano.

CAPITULO XXXV.

Quién hubiera dicho á Lorenzo algunas horas antes que en lo más fuerte de sus investigaciones, al empezar los momentos mas dudosos y mas decisivos, su corazon habia de estar dividido entre Lucía y D. Rodrigo; sin embargo, la cosa era asi. Aquella figura venia á mezclarse entre todas las que la esperanza ó el temor le presentaba en aquel paso: las palabras oidas al pie de aquella cama se ocultaban entre el sí y el no, de que era asaltada su mente, y no podia concluir una súplica por el feliz éxito de su gran empresa sin recordar la que alli habia empezado, y que interrumpió el sonido de la campana.

El templete octangular que se levanta, elevado del suelo por algunos escalones, no estaba como ahora, sino abierto por todos lados sin mas apoyo que unas columnas. Ahora que está convertido en edificio aun indica bastante su antiguo estado.

*

Lorenzo no tardó en ver al P. Felix comparecer en el pórtico del templo y dirigirse al arco del medio que mira á la ciudad, donde estaban reunidos los convalecientes, y pronto comenzó su sermon. En vano buscó en aquella gente el rostro que deseaba; pero sin embargo de su impaciencia, de tal modo le interesó la venerable figura del orador, que oyó algo de lo que decia, encantándole, no solo las palabras, sino el modo con que las pronunciaba. Concluido el piadoso acto vió ponerse al frente de la procesion al mismo Padre descalzo con una cuerda al cuello, llevando una pesada cruz con un aire y un semblante que inspiraba á todos la compuncion y el ánimo. Seguian los niños ya grandecitos, unos descalzos, poquísimos enteramente vestidos, y aun algunos del todo en camisa. Seguian las mugeres, llevando casi todas una niña de la mano y cantando el miserere, y el sonido de sus débiles voces y la languidez de sus rostros inspiraban piedad al espectador mas indiferente. Lorenzo las

examinaba todas sin dejar una, pues la lentitud con que andaban le daba ocasion de hacerlo, de modo que hasta la última todas fueron vistas. Con los brazos caidos y la cabeza inclinada estuvo ínterin pasó la procesion de los hombres, pero se dispertó su atencion y renació su esperanza viendo venir una fila de carros que conducian las que por debilidad no podian hacer á pie su camino. Tan despacio andaban que él pudo examinar á su gusto el rostro de todas; ¿pero qué? Miró el primer carro, el segundo, el tercero hasta el último en que iba solo un religioso Capuchino con aspecto sério y con un baston en la mano como Director de aquel convoy Era aquel Padre Miguel, que como dijimos antes, destinaron como coadjutor del Padre Felix.

Disipada asi toda su esperanza quedó, como suele suceder, en peor estado que antes. Ya la contingencia mas feliz era la de hallar á Lucía enferma, y esta esperancilla, aunque débil, fue la que le hizo moverse, y dirigiendo

nuevamente á Dios sus ruegos del mejor modo que pudo coordinar sus ideas, volvió hasta el templete y se halló en la otra ala ó crujía que no habia recorrido, y poco despues siguiendo las indicaciones del Padre, entró en el departamento de las mugeres. A la entrada halló una campanilla en el suelo con su cinta como las que llevaban los Monatti, y pensó que tal instrumento podria servirle de pasaporte, por lo cual la recogió mirando si alguno le observaba. Con esta salvaguardia empezó su nueva revista, que solo por la multitud de objetos hubiera sido muy cansada aunque ellos no fuesen tan tristes. Habia ya andado inútilmente una buena parte de la estancia, cuando llegó á sus oidos la voz de un Comisario que le llamaba. Volvió la cabeza y vió que efectivamente era él llamado, é inmediatamente le dijeron que pasase á tal estancia donde era necesario. Lorenzo conoció inmediatamente que la campanilla que llevaba habia dado causa á que le tuviesen por lo que ella sig-

nificaba, y asi únicamente pensó en quitársela al momento. Contestó al Comisario con un ademan como que iba á obedecerle, y escondiéndose entre las cabañas, eligió para quitarse con seguridad su insignia, un callejoncillo entre dos cabañas chicas cuyas puertas estaban de frente. Se inclinó para desatar su cinta, cuando llegó á su oido una voz.... ¡Oh cielo! ¿Será posible? Toda su alma pasó á sus oidos, suspendió hasta la respiracion.... ¡Miedo! ¿y de qué? (decia aquella voz suave), otras cosas peores que una tempestad hemos pasado. Quien nos sacó bien de aquellas nos librará de esta.

Si Lorenzo no dió un grito, no fue por temor de que no le descubriesen, sino porque aun para ello le faltó el aliento. Dobláronsele las rodillas, se le ofuscó la vista, pero esto fue solo por un momento; al siguiente ya estaba en pie mas listo y mas vigoroso que antes. En tres saltos dió vuelta á la cabaña: llegó á su puerta y vió á la que habia hablado puesta en pie al la-

do de una cama. Volvióse ella al ruido que él hizo, creyó que soñaba, miró con mas atencion, y gritó: ¡Oh bendito sea el Señor! — Lucía, ¿os he hallado, os hallo, sois vos misma, estais viva? exclamó él adelantándose poco á poco. — Bendito sea Dios, respondió con voz mas trémula Lucía. ¿Pero qué es esto? ¿vos aqui? ¿de qué manera?... ¡La peste! — Ya la he pasado. ¿Y vos? — Ah, yo tambien. ¿Y mi madre? — No la ha tenido porque está en Pasturo, y creo que goza salud. Pero vos, qué amarilla estais, ¡qué débil pareceis! ¿Estais curada del todo? — El Señor ha querido dejarme aun en la tierra. Pero vos ¿por qué habeis venido? — ¿Por qué?... dijo Lorenzo acercándose mas; ¿y me preguntas por qué? Por qué debia venir. ¿Es necesario que yo lo diga? Aqui tengo yo el sugeto en quien pienso. ¿No me llamo yo Lorenzo? ¿No sois vos Lucía? — ¡Ah! ¿qué decis? ¿No os ha escrito mi madre? — Demasiado me ha escrito: bellas cosas para escribírselas á un pobre desgra-

ciado, atribulado, fugitivo; á un jóven que nunca os habia dado disgusto. — Pero, Lorenzo, ya que lo sabíais ¿por qué venir? — ¿Por qué venir? — ¡Oh Lucía! ¿eso me decis? ¡Despues de tantas promesas! ¿No somos ya los mismos? ¿No os acordais?... ¿Qué cosa faltaba? — ¡Oh Señor! exclamó dolorosamente Lucía juntando las manos y levantando los ojos al cielo. ¿Por qué no me habeis hecho la gracia de llevarme con vos?... Oh, Lorenzo, ¿qué habeis hecho? Ya comenzaba yo á esperar que.... con el tiempo.... se me hubiera olvidado..... — ¡Bella esperanza! ¡Bellas cosas para decírmelas en mi cara! — ¡Ah! ¿qué habeis hecho? Y en este lugar, entre tantas miserias, tan tristes espectáculos, aqui donde no se hace mas que morir habeis podido pensar.... — Es preciso encomendar á Dios los muertos, pero no es justo que por esto los que vivamos hayamos de vivir desesperados. — Pero Lorenzo, no pensais en lo que decís. Una promesa á nuestra Señora.... un voto.... — Yo os digo que son

promesas que no deben cumplirse. — ¡Ay Dios! ¿qué decis? ¿Dónde habeis estado este tiempo? ¿Con quién habeis tratado? ¿Cómo hablais? — Hablo como buen cristiano, y creo que la Vírgen no quiere promesas con daño del prógimo. Sabeis lo que debíais prometer, que la primera niña que tengamos se llamará María, que esto yo tambien lo prometo. Estas son buenas devociones que no acarrean daño á nadie. — Callad que no sabeis lo que decis. Ignorais lo que es un voto, no habeis estado en el caso en que me hallé. Dejadme, dejadme por amor de Dios; y se separó de él impetuosamente volviéndose hácia la cama. — Lucía, dijo él sin moverse, decidme á lo menos si me cumpliríais la palabra de esposa si no fuese por ese voto. — Hombre cruel, respondió ella volviéndose y deteniéndose las lágrimas, cuando me hayais obligado á decir palabras inútiles, palabras que tal vez serían pecado, ¿estareis contento? Andad, separaos de mí, no estaríamos destinados el uno para el otro: allá arriba

nos veremos: á bien que no hemos de estar mucho en este mundo: andad y haced que mi madre sepa que he curado, que Dios me ha asistido siempre, que he hallado una buena alma, esta señora que me tiene en lugar de hija. Decidla que espero que Dios la librará de esta peste, y que nos veremos cuando el Señor quiera y como quiera: andad por amor de Dios y no os acordeis de mí sino cuando rogueis al Señor. — Oid, Lucía, oid, dijo Lorenzo, pero sin moverse. — No, no, idos por caridad. — Oid, el Padre Cristobal. — ¿Está aqui? — Sí. — ¿Dónde, cómo lo sabeis? — Le he hablado poco hace, y un religioso de sus circunstancias me parece que.... — ¿Está aqui? Ciertamente será para asistir á los pobres enfermos. ¿Y ha pasado ya la peste? — Ah, Lucía, temo, temo demasiado...: y mientras él se detenia en decir la palabra que debia darla tanta pena, ella se acercaba á él.... temo con fundamento que ya la tiene encima. — ¡Oh pobre y buen religioso! ¿Pero qué digo? Pobres de nosotros. ¿Y có-

mo está? ¿está en la cama? ¿está bien asistido? — Está en pie, no sosiega, asiste á otros, pero si viéseis qué cara tiene.... He visto tantos ya que temo.... Sí, no se escapa. — ¿Y dónde está?— No lejos de aqui: menos que de vuestra casa á la mia si os acordais. — ¡Oh Vírgen Santísima! — Pensad si habremos hablado de vos. Me ha dicho tan bellas cosas; y si supiéseis lo que me ha hecho ver: oidme ahora, comenzó á decir, lo que he oido de su misma boca. Me ha dicho que hice bien en venir á buscaros; que el Señor se agrada de que un jóven piense asi; que me ayudaria á que os encontrase, como asi ha sido. Él es un santo. — Pero si ha dicho eso es porque no sabe nada.... — ¿Qué quereis que sepa él de lo que habeis hecho allá guiándoos por vuestra cabeza y sin tomar consejo de nadie. Un hombre de juicio comó él no va á pensar cosas semejantes; y ademas me hizo ver.... entonces contó la visita á la cama de D. Rodrigo, y aunque Lucía tenia ya su alma y sus sentidos bien acostumbrados

á recibir impresiones fuertes, le escuchaba llena de horror y piedad. Y tambien, prosiguió Lorenzo, él ha hablado como un santo: ha dicho que el Señor tal vez habrá determinado hacer gracia á aquel infeliz, y que aguarda á que roguemos juntos por él: juntos: ¿lo entendeis? — Sí, sí: rogaremos cada uno donde Dios quiera que se halle. El Señor sabe unir las oraciones. — Pero si digo sus mismas palabras. — Pero Lorenzo, es porque no sabe.... — Pero no conoceis que cuando es un santo quien habla es el Señor quien le inspira las palabras, y que no hubiera hablado asi si no debiera ser asi; y el ánima de aquel pobrecillo.... Yo he rezado y rezaré por él de todo corazon como si fuese un hermano mio. ¿Pero cómo quieres que le vaya en el otro mundo si aqui no se remedia el mal que ha causado? Lo que si vos quereis ceder á la razon, todo queda como antes, lo pasado ya pasó, él ha tenido aqui su castigo.... — No, Lorenzo, no: Dios no quiere que obremos mal por hacer bien á otros.

— Y vuestra madre que siempre me ha querido, y que tanto se alegraba de vernos casados, ¿no os ha dicho que vuestra idea es muy necia? Ella sobre otras cosas os ha hecho entender la razon, porque ciertas veces piensa mejor que vos. — Mi madre.... ¿quereis que mi madre me aconsejase faltar al voto? Lorenzo, no estais en vos. — ¿Quereis que yo os hable claro? Vosotras las mugeres no podeis entender de estas cosas: el Padre me ha dicho que volviese á buscarle si os hallaba: iré y veremos lo que dice.— Sí, sí: id y decidle que ruegue por mí, que yo ruego por él, que lo nececesito tanto, tanto.... Pero por amor de Dios, por vuestra alma no volvais á verme. El Padre Cristobal sabrá explicaros las cosas y haceros volver en vos: él tranquilizará vuestro corazon. — ¡Tranquilizar mi corazon! Oh eso no lo penseis: Ya me habeis hecho escribir esas palabrotas, y yo sé lo que las he sentido; y ahora quereis repetírmelas: yo os digo claro que nunca me tranquilizaré: vos quereis olvida-

ros de mí y yo no quiero olvidarme de vos; y os protesto, oidme bien, que si me haceis perder el juicio no le recobro nunca. ¿Quereis condenarme á vivir rabiando toda mi vida? ¿Y aquel pobrecillo? Dios sabe que le he perdonado de todo corazon, pero vos.... Quereis hacerme pensar toda la vida que si no hubiera sido por él.... Lucía, habeis dicho que yo os olvidé.... ¡Yo! ¿y en quién he pensado todo este tiempo? ¡Y despues de tantas promesas! ¿Qué cosa he hecho para que me dejeis? ¿Por qué me tratais así? ¿Por que he tenido que ausentarme? ¿por qué me han sucedido desgracias? ¿por qué la gente del mundo me ha perseguido? ¿por qué he pasado tanto tiempo fuera de mi casa, triste, lejos de vos? ¿por qué apenas he podido he venido á buscaros?

Lucía cuando el llanto la permitió hablar, juntando sus manos y mirando al cielo dijo: Vírgen Santísima, amparadme. Bien sabeis que desde aquella noche no he sufrido tanto como en este momento. Entonces me socor-

rísteis; socorredme ahora. — Sí, Lucía, haceis bien de invocar á María Santísima; ¿pero por qué os empeñais en creer que siendo Madre de misericordia querrá hacernos padecer? al menos por una palabra dicha en un momento, cuando no sabíais lo que decíais.... Ademas si esta fuese una disculpa; si es que me aborreceis, decídmelo, habladme claro. — Por caridad, Lorenzo, por caridad: acabemos, no me hagais morir. Buscad al Padre Cristobal, pero no volvais aqui, no volvais. — Voy, ¿pero pensad si querré volver? Volveré, volveré aunque fuera al extremo del mundo. Y desapareció.

Lucía fue á sentarse, ó por mejor decir, se dejó caer en el suelo, y apoyada la cabeza en el lecho, dió rienda suelta á su llanto. La Señora que hasta entonces habia estado oyendo sin hablar palabra, preguntó qué hombre era aquel, y la causa de tal llanto; pero como el lector querrá tambien saber quién era esta, vámos á decírselo en dos palabras.

Era una mercadera como de treinta años, que en pocos dias habia visto perecer su esposo y sus hijos, y cayendo tambien con la peste, y llevada al lazareto, la pusieron en aquella cabaña, cuando Lucía despues de haber vencido la fuerza del mal, y mudado varias veces de compañeras sin advertirlo, comenzaba á mejorar y recobrar el sentido, perdido desde los primeros momentos de la enfermedad que la acometió en casa de Don Ferrante. La cabañita no podia tener mas que dos huéspedas, y entre estas dos afligidas, y solas en medio de tal multitud, nació bien pronto una intimidad y un afecto cual apenas se encuentra despues de un trato de muchos años. En breve Lucía se halló en estado de servir á la otra que se agravó muchísimo: ahora que tambien habia pasado el peligro se hacian compañía, y se asistian mútuamente, prometiéndose no salir del lazareto sino juntas, y haciendo entre sí el pacto de no separarse nunca. La mercadera que habia dejado en poder de un hermano suyo

Comisario de la Sanidad su casa y caudal, se hallaba dueña de unos bienes demasiados para ella sola, quiso tener á Lucía consigo como una hermana, una compañera, á lo que ella se habia conformado dando mil gracias á la Providencia y á ella; pero con la condicion de obtener el permiso de su madre. En cuanto á lo demas, como su carácter era tan reservado nada la habia dicho ni del voto ni de sus pasadas desgracias, pero ahora en tanto choque de afectos, tenia ella tanta necesidad de desahogar su corazon, como la otra gana de oirla, y asi cogiendo con sus dos manos la derecha de su amiga se lo contó todo sin reserva alguna.

Entretanto Lorenzo corrió en busca de fray Cristobal, á quien halló agonizando á un moribundo. Detúvose un rato, vió que espiró el doliente, y que el Religioso despues de haber orado por su alma se levantó. Entonces Lorenzo se le puso delante diciéndole, Ya la he encontrado. — ¿Y en qué estado? — Curada, ó á lo menos

fuera de la cama. — Loado sea el Señor. — Pero hay otro embrollo. — ¿Qué quieres decir? — Ya sabeis cuan buena es la pobrecilla, pero que á veces es algo testaruda. Despues de tantas promesas, y de todo lo que sabeis, me dice ahora que no puede casarse, porque yo no sé que voto ha hecho la noche que tuvo tanto miedo. Cosa disparatada ¿no es verdad? Cosa buena para quien sabe y puede hacerla, pero nosotros no entendemos de eso ¿no es verdad? — ¿Y está muy lejos de aqui? — Oh no, pocos pasos mas allá de la Iglesia. — Espérame un momento, é iremos juntos. — Con que vos la dareis á entender que.... — No sé nada, hijo. Déjame que oiga lo que ella me diga. — Entiendo, respondió Lorenzo, y entregado á su incertidumbre estuvo esperando á que el Padre buscase quien le supliese en la cabaña, y luego juntos se dirigieron á la cabaña donde estaba D. Rodrigo. Entró solo el Padre, y á breve rato salió diciendo: nada; y sin decir mas siguieron á su destino.

*

El tiempo se habia ido oscureciendo mas y mas, y anunciaba una próxima borrasca, y los contínuos relámpagos alumbraban aquellos tristísimos objetos. El jóven iba delante, ocupado en su inquieta esperanza, y acortando el paso para acomodarle á las fuerzas de su compañero, el cual cansado de sus tareas, oprimido de la enfermedad, caminaba fatigosamente levantando de cuando en cuando la cabeza para buscar el modo de respirar sin tanta dificultad.

Lorenzo luego que llegaron á la cabañita, se detuvo diciendo con voz trémula: aqui está.

Mirad, dijo al verlos la Señora que estaba en la cama. Lucía se volvió, y levantándose corrió á su encuentro gritando. — ¿Qué veo? ¡Fray Cristobal! — ¡Oh Lucía! De cuantas angustias os ha librado el Señor. Debeis alegraros de haber confiado siempre en su piedad. — ¡Oh, sí! Pero vos, Padre, ¿cómo estais? ¡cuánto habeis perdido! ¿Cómo estais? decídmelo. — Como Dios quiere, y como por su gracia quiero

yo tambien; y llamándola aparte, oidme, la dijo: yo no puedo detenerme sino pocos momentos. ¿Estais dispuesta á fiaros de mí como antes? — ¿Pues qué no sois siempre mi Padre? — Pues, hija mia, qué voto es ese de que me habla Lorenzo? — Un voto que he hecho de no casarme. — Pero al hacerle ¿pensábais que estábais ya ligada con otra promesa? — Tratándose del Señor y de su Madre Santísima, no he pensado en otra cosa. — El Señor, hija mia, admite los sacrificios que le hacemos de cosa nuestra. Es el corazon lo que quiere, y vos no podíais ofrecerle la voluntad de otro, al cual ya os habíais prometido. — ¿He hecho mal? — No, pobrecilla. Creo que la Vírgen Santísima habrá recibido la intencion de vuestro corazon afligido, y se la habrá ofrecido á Dios por vos. Pero decidme, ¿no os habeis aconsejado con ninguno sobre este asunto? — Yo no pensaba que era cosa para decírsela al Confesor. Ya se sabe que no es regular contar las pocas cosas buenas que una puede hacer. — ¿Y no teneis

otro motivo que os impida cumplir la palabra dada? — ¿Yo que otro motivo he de tener? Ninguno, respondió Lucía con un modo que anunciaba otra cosa muy distinta que la incertidumbre de su pensamiento; y su rostro aun descolorido por la enfermedad, pasó de repente al color mas sonrosado. — ¿Creeis, añadió el Padre, que Dios ha dado á su Iglesia la facultad de relajar y confirmar los votos que los hombres hagan, segun sea mas conveniente? — Sí que lo creo. — Pues sabed que nosotros como encargados del cuidado de las almas en este lugar, tenemos para todos aquellos que recurren á nosotros las mas ámplias facultades, y por consecuencia yo puedo, cuando vos lo pidais, dispensaros de la obligacion que podais haber contraido con ese voto. — ¿Pero no es pecado volverse atrás, y arrepentirse de una promesa hecha á Nuestra Señora? Yo le hice de todo mi corazon. — Hija, ¿llamais pecado acudir á la Iglesia, y pedir á su ministro que haga uso de la facultad que ha recibido de ella, y

que ella recibió de Dios? Yo he visto como vosotros dos habeis sido conducidos á uniros: y ciertamente si algunos me ha parecido que Dios los unia, érais vosotros. Le bendigo ahora, porque me ha dado, (aunque indigno) el poder de hablar en su nombre y devolveros vuestra palabra, y si me pedis que os libre del voto, estoy pronto á hacerlo; y aun deseo que lo pidais. — Siendo así..... yo lo pido, dijo Lucía con su rostro no turbado sino por el pudor.

El Padre hizo una seña para que Lorenzo se acercase, y en su presencia pronunció solemnemente la absolucion del voto, y ya puede el lector figurarse cuan bien sonarian á sus oídos aquellas palabras.

Volved con seguridad y con paz á pensar como antes, añadió el Padre. Pedid de nuevo al Señor la gracia que le pedíais de ser una muger santa, y confiad que os la concederá mas abundante despues de tantos sustos. Y tú, dijo volviéndose á Lorenzo, acuérdate que si la Iglesia te dá esta compañera

no lo hace por procurarte un consuelo temporal y mundano, el cual aun cuando fuese entero y sin mezcla de algun pesar, debia concluir en un gran dolor al momento de separaros, sino que lo hace para poneros á los dos en el camino del consuelo que no tendrá fin. Amaos como compañeros de viage, con la idea de que os teneis que separar, y con la esperanza de reuniros para siempre. Dadle gracias porque os ha conducido á este estado, no entre las alegrías tumultuosas y pasageras, sino entre los trabajos y las desgracias para disponeros á una alegría interior y tranquila. Si Dios os diere hijos tened cuidado de criarlos para él, de inspirarles el amor de él y de todos los hombres, y entonces los guiareis bien en todo el resto. Ahora bien, Lucía, ¿no os ha dicho este (y señalaba á Lorenzo) á quién ha visto aqui? —Oh, Padre, me lo ha dicho. —Vosotros rogareis por él, y tambien por mí. Hijos mios, quiero que tengais una memoria del pobre frayle: y sacando de la espuerta una caja hecha de ma-

dera comun pero con cierto primor, añadió: Aqui dentro está el resto de aquel pan del perdon, el primero que pedí por caridad; aquel pan de que habeis oido hablar. Os le dejo, conservadlo, enseñádselo á vuestros hijos. Vivirán en un mundo triste, en un siglo doloroso, en medio de orgullosos y de insultantes: decidles que perdonen siempre, siempre, todo, todo, y que rueguen por el pobre frayle.

Lucía tomó con respeto el regalo, y despues el Padre con voz mas sosegada dijo: Ahora, decidme, ¿qué apoyo teneis en esta Ciudad? ¿Dónde pensais poder colocaros al salir de aqui? ¿Quién os conducirá al lado de vuestra Madre que Dios quiera haber conservado en salud? — Está buena señora me sirve de Madre. Juntas saldremos de aqui, y luego ella pensará en lo demas. — Dios la bendiga, dijo el Padre acercándose á la cama. — Tambien yo os doy gracias, dijo la viuda, del consuelo que habeis dado á esas pobres criaturas, aunque yo habia hecho cuenta de tener siempre conmigo á Lucía. Pero la ten-

dré entre tanto, y la acompañaré hasta dejarla con su Madre, y.... añadió en voz baja, quiero ser su proveedora. Tengo bastante ropa, y ya no existen los que debieran gastarla conmigo.

Siendo asi, respondió el Padre, podeis hacer un gran sacrificio al Señor, y mucho bien al prógimo. No os recomiendo á esta jóven, porque ya veo el cariño que la teneis: aqui no hay que hacer mas que alabar al Señor, que sabe mostrarse Padre aun en los castigos, y que haciendo que os encontráseis ha dado á una y á otra una gran señal del amor que os tiene. Ahora bien, siguió cogiendo por la mano á Lorenzo, aqui nada tenemos que hacer; y aun hemos estado demasiado. Vámonos. — Oh, Padre, dijo Lucía: ¿os volveré á ver? Yo he curado; yo que no hago falta alguna en el mundo, y vos.... — Hace mucho tiempo, respondió con voz grave y dulce el respetable anciano, que pido al Señor una gracia, bien grande en verdad, y es acabar mis dias en servicio del prógi-

mo. Si me la quisiese conceder necesito que todos los que tienen caridad conmigo me ayuden á darle gracias. Vamos, decid á Lorenzo lo que quereis que diga á vuestra Madre.

Contadla que me habeis visto, dijo Lucía á su futuro esposo: que he hallado aqui una segunda Madre: que en su compañía la veré lo mas pronto que pueda, y que espero hallarla con salud. — Si necesitais dinero, dijo Lorenzo, yo tengo aqui todo lo que me habeis enviado. — No, no, contestó la viuda: yo tengo demasiado. — Vamos, dijo el Padre. — Hasta la vista, Lucía; y tambien á vos, buena Señora, dijo Lorenzo, no hallando expresiones que significasen lo que sentia en su corazon. — El Señor nos conceda vernos todos juntos, exclamó Lucía. — Él sea siempre con vosotras, y os bendiga, dijo fray Cristobal, y salió con Lorenzo.

La noche no estaba lejos, y aun amenazaba tormenta. El Capuchino ofreció de nuevo á Lorenzo recogerle aquella noche en su pobre albergue,

diciéndole: compañía no puedo hacerte, pero al menos estarás á cubierto.

Lorenzo sentia unas ganas de andar terribles, y no se cuidaba de permanecer mucho tiempo allí, cuando no le era permitido ver á Lucía. En cuanto al tiempo se puede decir que noche y dia, sol ó lluvia, todo era igual para él por entonces, por lo cual dándole las gracias dijo que queria ir lo mas pronto á buscar á Agnes.

Cuando se despidieron, fray Cristobal estrechando la mano á Lorenzo le dijo: si la hallas buena como Dios quiera, salúdala en mi nombre á ella y á todos los que vivan y se acuerden de fray Cristobal, y diles que rueguen por él. Dios te acompañe y te bendiga para siempre. —Oh, querido Padre, nos volveremos á ver: sí, nos volveremos á ver. —En el cielo, como confio en Dios; y con estas palabras se apartó de Lorenzo, el cual mirándole hasta que le perdió de vista, salió de aquel edificio dando las últimas miradas de compasion á aquel pueblo de enfermos.

CAPITULO XXXVI.

Apenas Lorenzo habia salido del lazareto tomando el camino de la derecha para ir á la vereda por donde aquella mañana habia llegado al pie del muro, cuando comenzó á granizar y luego á llover con toda fuerza, lo cual, lejos de incomodarle, parecia que le daba consuelo, y de cuando en cuando abria la boca para respirar aquel aire puro y gozar aquel delicioso fresco. Mucho mas se hubiera alegrado si hubiese sabido que aquella benéfica borrasca lavaba, por decirlo asi, el contagio, de modo que si no daba la vida á todos los que estaban en el lazareto, al menos impedia que se poblase de nuevo, y que una semana despues se verian abiertas tiendas y puertas, que solo se hablaria de cuarentena, y que de la peste no quedaria mas que algunas señales.

Nuestro viagero seguia su camino, repasando en la memoria los sucesos del dia, y repitiendo de cuando, en

cuando *al fin la encontré viva*; cuyas palabras acompañaba con un salto ó con un restregon de manos: recordando el encuentro del Padre, su visita á D. Rodrigo, la procesion de convalecientes, la campanilla que se estaba quitando cuando escuchó aquella voz, y en fin, todo lo que le habia pasado.

Llegó á esto al oscurecer, y la lluvia no daba señales de cesar. Con todo tantas ganas tenia de andar, que no pensó en buscar posada, y solo sentia un gran apetito, pues un suceso como aquel debia excitársele. Buscó si habia alguna tienda abierta, vió en una pan, compró dos que le entregaron con las acostumbradas ceremonias: púsose uno en la faltriquera, y comiendo el otro siguió su viage.

Ya era oscuro cuando pasó por Monza, y sin embargo tuvo bastante destreza para hallar el camino, y bastante constancia para ir por él, hallándose convertido en un rio por la lluvia, y por ser el mismo un callejon entre dos márgenes. Y tal era su ale-

gría pensando en su historia, en el encuentro de Lucía, en su próxima boda y en la felicidad que le aguardaba; y tal era tambien su buena suerte, que con ser de noche y apenas saber el camino siempre acertó el que debia seguir. Él mismo contando muy por menor sus aventuras, decia que de aquella noche no se acordaba nada, como si la hubiese pasado durmiendo en su cama.

La luz del alba, aunque debilitada por las nubes, le hizo reconocer su pais, y tambien le hizo ver como se hallaba hecho una sopa de agua desde el sombrero á la cintura, y una costra de lodo de la cintura á los pies. Nada le intimidó, y no cesó de andar hasta que llegó á casa de su amigo, el cual acababa de levantarse y estaba á la puerta. Volvió la cabeza á ver aquella extraña figura tan mojada pero tan animosa, y pudo decir que jamás habia visto un hombre ni peor ataviado ni mas contento. — Ola, ¿ya por aquí, y con este tiempo? ¿Cómo te ha ido? — Alli está, dijo Lorenzo, alli está.

— ¿Sana? — Curada, que es mejor. — Á la verdad con el agua que llevas en el medio cuerpo puedes lavar el otro medio. Aguarda te haré un buen fuego. — No lo rehuso. ¿Sabes donde me empezó el agua? En el lazareto; pero no importa, el tiempo hace su oficio y yo el mio. En efecto se hizo la hoguera, Lorenzo se desnudó con mucha dificultad, y mientras se secaba su ropa se vistió la que habia dejado en poder de su amigo. Este salió á buscar leche, y con ella preparó una polenta para el desayuno. Lorenzo se puso á contarle todo lo que habia visto, diciendo que habia materia para hablar todo el dia; y tenia razon, pues hablando hablando pasó alli todo el dia, parte sentado, parte ayudando á su amigo que estaba preparando los instrumentos para la vendimia. Sin embargo, no pudo menos de hacer una escapatoria á casa de Agnes para ver una cierta ventana y para darse alli un refregon de manos. Se acostó temprano, se levantó al amanecer, y viendo que la lluvia habia

cesado se puso en camino para Pasturo.

Llegó felizmente, preguntó por Agnes, supo que estaba buena, y tomando señas de la casa se dirigió á ella llamándola desde la calle. Al oir su voz se asomó Agnes á una ventana, y miéntras tenia la boca abierta para decir no sé que cosa, el otro la dijo de pronto: Lucía está ya curada: la he visto antes de ayer: os saluda y vendrá presto; ademas, tengo muchas cosas buenas que deciros.

Entre la sorpresa y la alegría, Agnes comenzaba una exclamacion, hacia una pregunta sin concluir nada, y despues, olvidando las precauciones que hacia algun tiempo acostumbraba, dijo: voy á abrir. — Aguardad. ¿Habeis pasado la peste? — Yo no, ¿y vos? — Yo sí; pero vos debeis tener juicio. Vengo de Milán, y he estado metido en el contagio hasta los ojos. Es verdad que me he mudado todo de pies á cabeza; pero la peste es una porquería que se pega como un maleficio; y puesto que el Señor os ha libertado hasta ahora, quiero que os

preserveis mientras esto dura, porque sois nuestra mamá, y quiero que vivamos alegremente, porque ya que hemos padecido tanto, al menos.... — Pero, comenzaba Agnes. — Ea, interrumpió él, no andemos con peros: sé lo que vais á preguntar, y lo sabreis todo. Vamos á cualquier parage abierto donde se pueda hablar sin peligro y con comodidad, y os lo contaré todo. Ella le indicó una huerta á la espalda de la casa, donde fueron; y sentados empezaron una conversacion cual puede figurarse el lector sabiendo lo que uno tenia que decir, y lo que la otra deseaba saber. No se olvidaron los planes para lo futuro, y se trató que hasta que Lucía pudiese venir, él haria otros viagecillos á Pasturo para informar á su mamá de lo que pudiese ocurrir. Antes de marcharse la ofreció sus cincuenta escudos que ella no quiso recibir por no necesitarlos, y despidiéndose volvió él á casa de su amigo, durmió en ella y á la mañana tomó, aunque por otro lado, la direccion á su pais adoptivo.

Encontró allí á Bartolo con buena salud y menos miedo á perderla, pues en aquellos pocos dias habia mejorado mucho el aspecto antiguo. Ya las enfermedades iban á menos, los campos reverdecian: se hablaba de empezar las labores: los amos de casa que habian sobrevivido pensaban en buscar operarios, y especialmente en aquellos ramos donde el número de oficiales no era grande aun antes del contagio, cual era el arte de la seda. Lorenzo sin hacerse el necesario prometió á su primo empezar á trabajar diciendo queria establecerse en el pais. Buscó casa, la proveyó de muebles, para lo cual puso mano en su tesoro sin disminuirle mucho, porque en aquellas circunstancias habia mas abundancia de cosas que de compradores.

Pasados unos dias volvió á Pasturo, y hallando á Agnes buena y deseosa de ver su casa, la acompañó á ella, sintiendo ambos un gozo extraordinario al pisar juntos aquellos campos, y Agnes tuvo la dicha de hallarlo todo como lo habia dejado.

*

Permanecieron allí unos cuantos dias, Agnes ocupada en preparar alojamiento decente á su hija y á aquella buena señora, y Lorenzo, parte cultivando su haciendita, parte ayudando á su huésped, pues su casa estaba tan estropeada que no quiso entrar en ella, antes pensó en deshacerse á cualquier precio de todo lo que pudo.

Si en aquel tiempo los que habian quedado vivos se miraban como resucitados, qué sería para estos cuando en su patria podian decir que habian renacido dos veces. Cada uno le hacia mil caricias: cada uno queria oir de su boca su historia. En cuanto á Don Abundio no le veia sino poquísimo, porque á cada instante temblaba oir hablar de matrimonio, y á esta voz se le representaba Don Rodrigo con sus valientes por una parte, y el Cardenal con sus argumentos por la otra, y Lorenzo no le buscaba teniendo resuelto no hablarle de boda hasta la precisa, no fuese que suscitase alguna otra dificultad. Asi sus conversaciones eran con Agnes. ¿Os parece que vendrá

presto? decia uno: creo que sí, respondia el otro; y á poco rato el que habia respondido hacia la misma pregunta.

Volviendo á lo que en este tiempo sucedió á Lucía diremos, que algunos dias despues de la visita de Lorenzo, salió del lazareto con la buena viuda; que juntas hicieron la cuarentena que por punto general estaba mandado; que con ella se mantuvo en su casa disponiendo el regalo de la boda; que á su tiempo se pusieron en marcha, y que llegaron á su aldea.

Pero antes de acompañarlas en la alegría de su llegada, diremos tres cosas que naturalmente desearán saber los lectores. La primera, que Lucia, hablando con mas despacio de sus sucesos en Monza, supo que aquella señora que en el monasterio aparentó protegerla, en virtud de sospecha de atentados atroces, habia sido llevada de órden del Cardenal á otro monasterio de Milán, donde despues de mucho enfurecerse y desesperarse se habia acusado á sí propia é impuesto

una vida tan áspera que no se la hubiera podido señalar peor por castigo.

La otra cosa es, que yendo Lucía con la viuda á casa de D.ª Praxedes á darla gracias por sus favores, supo que la tal dama habia muerto de la peste, asi como tambien supo antes el fallecimiento del buen Fray Cristobal.

En cuanto á D. Ferrante, desde el principio habia negado la existencia de la peste, no como el pueblo, sino con argumentos los mas bien encadenados. *In rerum natura*, decia, solo hay dos géneros de cosas: substancias y accidentes; y si yo pruebo que la peste no es ni uno ni otro, habré probado que no existe. Las substancias son ó espirituales ó corpóreas; que el contagio sea substancia espiritual es un disparate que ninguno ha dicho, y asi es inútil hablar de ello. Las materiales ó corpóreas son simples ó compuestas. El contagio no es substancia simple, porque si fuese aérea, en vez de pasar de un cuerpo á otro volaria á su esfera; si fuese acuosa se secaria; si ígnea quemaria, y si térrea se vería.

¿Y este contagio quién le ha visto? ¿Quién le ha tocado? Que sea accidente es un despropósito, pues sería accidente transportado; palabras que se contradicen no habiendo en toda la filósofía un accidente que pueda pasar de un sugeto á otro.

Todas son bachillerías, dijo uno oyéndole. No, no digo yo tanto, dijo él, la ciencia es ciencia, pero es preciso saberla aplicar. Bubones, tumores, &c., &c., son palabras respetables que tienen su significado, pero no hacen nada al intento. Quién niega que pueden ser estas cosas aunque no lo sean.

Aqui empezaron las penas de Don Ferrante. Mientras solo combatió la opinion del contagio, halló oidos atentos y respetuosos, porque siempre es venerable la opinion de un docto de profesion; pero cuando se empeñó en probar que el error de los médicos estaba en asignar las causas, entonces en vez de dóciles oidos halló lenguas rebeldes y mordaces: él respondia como podia á sus contrarios, y en tanto esplayaba su opinion de atribuirlo to-

do á la conjuncion de los astros, cuyo influjo decia era inevitable. Con esta idea no tomó precaucion ninguna, y asi la peste le sorprendió, y fue á su cama á morir por el influjo de los astros.

CAPITULO XXXVII.

Una hermosa tarde oyó Agnes pararse á su puerta un coche. Ella es, exclamó: ella sin duda. Con efecto era Lucía y la buena viuda. El lector puede figurarse con qué cariño serían recibidas.

La mañana siguiente entra Lorenzo á buena hora ignorante de la visita y sin otro designio que consolarse hablando con Agnes sobre la tardanza de Lucía. Lo que él se alegró y las cosas que dijo al verla quedan á la imaginacion del lector; pero las demostraciones con que le correspondió ella son faciles de decir. ¿Cómo estais? le dijo con los ojos bajos. No crea el lector que Lorenzo se disgustó de aquella sequedad ni lo llevó á mal: tomó

la cosa como debia, y como entre la gente educada se sabe valuar los cumplimientos, asi él entendió lo que debia añadirse á aquellas pocas palabras. Por lo demas era fácil conocer que ella tenia dos modos de cumplimentar; uno para Lorenzo y otro para todos los demas que fuesen á visitarla.

Estoy bueno cuando os veo, respondió él: frase como de imprenta, pero que fue hija de su entendimiento en aquel mismo punto.

¡Nuestro pobre Fray Cristobal! rogad á Dios por él, dijo Lucía, aunque casi se puede tener por cierto que él está allá rogando por nosotros.

Demasiado aguardaba yo su muerte, respondió Lorenzo; ni fue esta la única cuerda de tono fúnebre que se tocó en la conversacion; pero qué importa si esta siempre se hacia deliciosa aunque se hablase lo que se hablase. La viuda no solo no estorbaba en la tertulia sino que era un personage muy interesante: ni Lorenzo cuando la vió en aquella mala cama pudo figurársela tan jovial y tan afable. Pe-

ró el lazareto y el campo, la muerte y las bodas no se parecian en nada. Con Agnes ya habia hecho amistad; y en cuanto á Lucía ya se sabe lo que la estimaba.

Lorenzo dijo que iba á casa de Don Abundio á ponerse de acuerdo con él y fijar el dia de la boda. Fue con efecto, y le dijo con cierto aire de burla respetuosa: Señor Cura, ¿se os ha pasado aquel dolor de cabeza que os impedia casarnos? Ahora estamos á tiempo: la novia ha venido y yo me presento para saber qué dia elegís, suplicándoos que sea cuanto antes.

Don Abundio no se negó abiertamente, pero comenzó á balbucear y á proponer ciertas escusas, á hacer ciertas insinuaciones.... ¿Por qué salir ahora al público y que se diga su nombre delante de todos teniendo acuestas aquella requisitoria? En cualquier otra parte os podeis casar lo mismo, y por aqui, y por alli.... — Ya entiendo, dijo Lorenzo, aun dura un poco el dolor de cabeza; pero oid, oid. Y se puso á pintar el estado en que habia

visto á D. Rodrigo, y que ya á aquella hora se habria ido al otro mundo.... Esperemos, concluyó, que el Señor le habrá mirado con misericordia. — Eso no tiene que ver nada con nosotros, dijo Don Abundio. ¿Os he dicho que no? No me niego, pero expongo mis buenas razones. Por lo demas ya veis, mientras que el hombre tiene el alma en el cuerpo.... Miradme, soy una concha cascada, tambien me he visto mas hácia allá que hácia acá, y.... sino me caen encima nuevos disgustos puedo esperar estar aqui un poquillo. Figuraos despues ciertos temperamentos. Pero como digo esto no vale nada.

Despues de otro corto diálogo no mas concluyente, Lorenzo se despidió y volvió á su tertulia á contar el resultado de la visita, y concluyó con decir: me he venido antes que se me acabase la paciencia y exponerme á decirle lo que no quisiera. En ciertos momentos era el mismo que antes, las propias dudas, las propias razones: estoy cierto de que le bullia en la cabeza alguna palabrilla en latin. Veo

que vamos á tener nuevas dilaciones si la cosa no se hace como él dice, y asi lo mejor será ir á casarnos donde hemos de vivir.

Hagamos una cosa, dijo la viuda. Vamos nosotras tambien á hacerle una visita y veremos si le hallámos mas complaciente; asi tendré el gusto de conocer á ese señor y ver si es lo mismo que me han dicho. Despues de comer iremos para no volver tan pronto á incomodarle, y ahora, señor novio, llevadnos á dar un paseo á las dos mientras Agnes dispone la comida, que yo serviré de mamá á Lucía, pues tengo gana de ver esas montañas y ese lago de quien tanto he oido hablar, y que por lo que he visto me parece muy bello.

Lorenzo antes de todo las condujo á casa de su amigo, donde hubo otra fiesta, y le hicieron prometer que no solo aquel dia sino todos si pudiese las acompañaria en la mesa. Despues de pasear y comer partió Lorenzo repentinamente sin decir donde iba: las mugeres permanecieron de sobremesa,

tratando del modo de pillar á Don Abundio, y en seguida fueron al asalto.

Aqui las tenemos, dijo él entre sí; pero las puso buena cara, dió mil parabienes á Lucía, saludó á Agnes, hizo mil cumplimientos á la forastera, las ofreció sillas y despues comenzó á hablar de la peste. Quiso que Lucía le contase cómo habia pasado aquellos apuros: el lazareto ofreció ámplia materia á la conversacion; luego contó él mismo sus cuitas, y felicitó á Agnes porque se habia librado de la borrasca. Asi andaba la cosa meditando las dos señoras viudas el modo de introducir la cuestion principal, y no sé cual de ellas comenzó á tirar algunas indirectas. Don Abundio estaba sordo para este negocio, no porque dijese que no; pero de nuevo volvió á sus reparos y á eludir las preguntas directas. Convenia, dijo, quitar primero el estorbo de la requisitoria: esta señora que es de Milán conocerá mas ó menos el curso de estos asuntos, tendrá buenas relaciones, algun per-

sonage de categoría, pues con estos medios se sana ó se mata. En fin, si quereis tomar el camino mas corto y quitarse de estas historias, á bien que ya las dos familias han resuelto espatriarse, y yo no sé que decir: la patria es aquel pueblo donde uno vive á gusto, y en este caso me parece que todo podria componerse allá donde no hay bando ni requisitoria que estorbe. Por mí no veo la hora de que se concluya este matrimonio, pero quisiera que se hiciese tranquilamente, y digo la verdad, aqui con esa requisitoria publicar en el altar el nombre de Lorenzo Tramaglino no lo haré con el corazon sosegado: quiero bien á ese muchacho y temeria hacerle un triste servicio.

Parte Agnes, parte la viuda procuraban responder á estas razones, pero él las reproducia bajo otra forma, y no salia de su paso, cuando hé aqui Lorenzo que entra pintada en la cara una gran noticia, y dice: Ya ha llegado el Señor Marques....

—¿Cómo es eso? ¿ha llegado? ¿y dón-

de? Preguntó D. Abundio levantándose.— Al Palacio que fue de D. Rodrigo, y ahora es suyo, porque el Marques es su heredero por fidecomiso, como dicen, y asi no queda duda. Por mí quedaria contento si supiese que aquel pobre hombre habia muerto bien. Al cabo ya le he rezado un padre nuestro, y luego le diré un De profundis. ¡Y qué hombre tan bello es este Marques! — Asi es, dijo Don Abundio: le he oido celebrar por un hombre de aquellos antiguos honrados.... ¿Pero será verdad? — ¿Creereis al Sacristan? — ¿Por qué lo preguntais? — Porque le ha visto con sus ojos. Yo solamente anduve por aquellos alrededores, porque á la verdad pensé que alli algo debia saberse. Y mas de uno y de dos me lo han contado todo. Despues encontré á Ambrosio que bajaba de allá, y que le ha visto mandar como amo. Ahora le vereis. Le hice esperar á la puerta. — Oigámosle, dijo Don Abundio. Lorenzo llamó al Sacristan, este confirmó la noticia, añadió otros particulares, quitó todas las

dudas, y se marchó. — ¿Con que de veras ha muerto? exclamó D. Abundio. Ved, hijos mios, si la Providencia conduce á su fin á ciertas gentes. Sabeis que este es un gran consuelo para este pueblo, donde no se podia vivir con ese hombre. Ha sido un gran azote este contagio; pero tambien ha sido una escoba, que nos ha quitado de delante ciertos hombres que, hijos mios, sin la peste no se morian nunca. Robustos, lozanos, era preciso decir que quien estuviese destinado á celebrar sus exequias se hallaba ahora estudiando los nominativos. En un abrir y cerrar de ojos han desaparecido, y otros muchos con ellos. No le veremos ya dar vueltas tieso como un asador, y mirando la gente con aquel aire que parecia nos consentia vivir solo porque queria. En tanto él no existe, y nosotros hemos quedado. Él hizo mucho daño á todos ahora que podemos decirlo. — Yo le he perdonado de corazon, dijo Lorenzo. — Haces lo que debes, respondió Don Abundio: pero se puede dar gracias á Dios porque nos li-

bró de él. Ahora tratando de vuestro asunto, vuelvo á decir que hagais lo que gusteis. Si quereis que yo os case, aqui estoy; si quereis casaros en otra parte sea en buen hora. En cuanto á la requisitoria veo tambien que no habiendo quien trate de hacerte daño, no es cosa que dé cuidado; ademas de que está de por medio el decreto de gracias por el nacimiento del Serenísimo Señor Infante. Ademas la peste, ¡la peste! Oh, esa ha dado alas á muchas cosas. Asi si quereis.... hoy es juéves. El domingo os aguardo en la Iglesia, y tendré el consuelo de desposaros. — Bien sabeis que para eso habíamos venido, dijo Lorenzo. — Muy bien: yo os serviré, y quiero dar parte á su Eminencia. Con que vuelvo á decir, el domingo os amonesto en la Iglesia, y ademas he pensado otra cosa para complaceros mejor. Pediremos dispensa por las otras dos amonestaciones. Y vereis que en seguida no quedará uno de nones. Perpetua hizo una locura en morirse, que esta era la ocasion en que tambien hallaba novio. Y en Mi-

lán, Señora, me figuro que será lo mismo. — Idéntico. Sabed que solo en mi Parroquia hubo el domingo pasado cincuenta matrimonios. — Sí, lo digo. El mundo no quiere acabarse. Y vos, Señora, ¿no ha comenzado á rondaros algun moscon? — No pienso ni quiero pensar en casarme. — Sí: ahora querreis vivir sola. Aun Agnes veremos que.... ¡Uf! El Señor Cura quiere burlarse, dijo ella. — Ciertamente quiero reir, y me parece que ya es hora despues de tanto como hemos pasado. Estos cuatro dias que debemos estar aqui ahora es de esperar que serán menos tristes. Dichosos vosotros, que sino vienen nuevas desgracias teneis un buen pedazo de tiempo para hablar de las pasadas, ¡pero yo, pobre viejo!... Los valentones pueden morir; de la peste se puede curar, mas los años no tienen remedio, y como se dice *Senectus ipsa est morbus.* — Ahora, dijo Lorenzo, hablad latin cuanto querais, que nada me importa. — Aun te enojas con el latin: bien, bien, yo te ajustaré las cuentas. Cuan-

dó me veas delante de tí con esta niña; para oirme decir ciertas palabritas en latin, te diré yo: tú no quieres latines, márchate con Dios. ¿Eh, que tal? — Bien sé lo que me digo, respondió Lorenzo. No es ese el latin que me dá miedo, ese es un latin sincero, sacrosanto como el de la misa. Hablo del otro latin bribon, que viene como á traicion á estropear un buen discurso. Por ejemplo: ahora que todo está acabado, hácedme el favor de traducirme en lengua vulgar aquellos latinajos que andábais buscando allá, para decirme que yo no tenia razon, ó que se requerian otras cosas, ó qué sé yo. — Calla, burlon, calla, no recordemos cosas antiguas, que si ahora hubiésemos de ajustar las cuentas no soy yo quien deberia. Todo lo he perdonado; no hablemos de eso; pero me habeis querido jugar buenas perradas. De tí no me admiro que eres algo picaruelo; pero esta agua mansa.... mas ya sé yo, ya sé quien la ensayó, y diciendo esto señalaba á Agnes; y no se puede figurar con que bondad y con que ai.

re de complacencia lo decia. Aquella noticia le habia dado un humor tan bello, una locuacidad que hacia mucho tiempo que no acostumbraba: por manera que tendríamos que escribir mucho si quisiésemos referir todo lo que él charló, deteniendo varias veces la tertulia pronta á marchar, y todavía otro poquito en el umbral de la puerta cuando ya se habian despedido.

Al siguiente dia se halló con una visita tanto mas grata cuanto menos esperada. Un hombre entre la edad viril y la vejez, y en cuyo aspecto se veia como un indicio de la fama que tenia: franco, benévolo, afable, magestuoso, y manifestando tener una tristeza resignada. — Mi venida es, le dijo, á saludaros de parte del Cardenal Arzobispo. — ¡Oh, qué dignacion, qué bondad la de ambos! — Cuando fuí á despedirme de ese hombre incomparable, que me honra con su amistad, me habló de dos jóvenes de esta Parroquia que desean casarse, y que han padecido mucho por causa de aquel

pobre D. Rodrigo. Monseñor desea saber de ellos. ¿Viven? Están ya arregladas sus cosas. — Si Señor, arregladas: y asi yo me habia propuesto escribírselo á su Eminencia, pero pues tengo el honor.... — ¿Están en el pueblo? — Si Señor, y apenas se pueda serán esposos. — Yo os suplico me indiqueis si puedo hacerles algun beneficio, y aun enseñarme el modo mas conveniente de hacerlo. En esta calamidad he perdido mis dos hijos y su madre, y he tenido tres herencias considerables. Aun sin esto tenia en mi casa algo, con que ya veis que es hacerme un verdadero servicio darme ocasion de emplear mis bienes con utilidad de unas personas honradas. — El cielo os bendiga. No son todos como vos. Basta: yo os doy gracias con todo mi corazon por estos pobres hijos mios, y ya que me lo permitís os indicaré un medio que creo no os desagradará. Sabed que están resueltos á establecerse en otra parte, y vender lo poco que aqui tienen. Una viña del jóven toda abandonada, que no hay que contar sino con el terreno; dos ca-

sas, una suya y otra de la novia: casas asi.... como quien dice dos ratoneras. Un Señor como vos no puede tener idea de cuánto sufren los pobres cuando tienen que vender alguna cosilla. Siempre van á parar á algun taimado, que si se ofrece estará rabiando por aquella finca, y si sabe que el dueño necesita venderla se retira, lo desprecia todo, y es menester buscarle, rogarle y dársela por un pedazo de pan, y máxime en circunstancias como estas. El Señor Marques ha visto ya donde va á parar mi discurso. La caridad mayor que puede hacerse á esta gente es sacarles de este apuro. Confieso que he servido en esto á mis intereses, pues lograré tener en mi Parroquia un propietario de la calidad del Señor Marques: pero vos decidireis, pues yo solo he hablado por obediencia.

El Marques alabó mucho la propuesta, rogó á D. Abundio que fuese el árbitro del precio, encargándole que le pusiese alto, y le acabó de admirar cuando le oyó decir que queria le acompañase á casa de la novia, don-

de probablemente se hallaria el novio.

Iba D. Abundio por el camino tán hueco como puede imaginarse, y pensó y dijo lo siguiente: Pues que Vueseñoría Ilustrísima se halla tan inclinado á favorecer á esa gente, pudiera hacerles otro beneficio. El jóven tiene encima una requisitoria, por alguna majadería que debió hacer en Milán dos años há, el dia aquel del alboroto, donde se halló metido sin malicia, como un bobo. Muchachadas, calaveradas, pero nada de serio. De intento es incapaz de hacer cosa mala: y bien puedo yo decirlo que le he bautizado, y le he visto crecer, y si Vueseñoría quiere distraerse un rato como suelen hacer los señores oyendo á esta pobre gente, podrá hacerle contar la historia y la sabrá de su boca. Ahora tratándose de cosas viejas nadie le molesta, y como he dicho piensa salir fuera del estado Milanés; pero con el tiempo.... quién sabe. Siempre es mejor estar limpio. El Señor Marques hace allá en Milán el papel que es justo, tanto por sí, por su calidad, su.... no, no, dejad-

me decir, que la verdad quiere tener su lugar. Una recomendacion, una palabra de un Señor como vos, es mucho mas de lo que se necesita para obtener una buena absolucion. — ¿No hay acusacion séria contra ese jóven? — ¡Disparate! No lo creais. En un principio le buscaron, pero yo creo que solo quede la simple formalidad. — Entonces la cosa será fácil, y yo con gusto la tomo á mi cargo. — ¿Y luego pretendereis que no diga que sois un hombre como pocos? Lo digo y quiero decirlo aunque os desagrade: ademas de que si callára de poco serviria, pues lo dirian muchos, y *vox populi, vox Dei.*

Precisamente hallaron reunidas las tres mugeres con Lorenzo. Piense el lector como se quedarian. Yo entiendo que las desnudas paredes de aquella casa, las puertas, las vigas se asombraron viendo un huésped tan extraordinaro. Él animó la conversacion hablando del Cardenal y de otras cosas con toda cordialidad y delicadeza, y en seguida pasó á hacer su propuesta,

rogando á Don Abundio que fijase el precio. Él despues de muchas escusas, y repetir que no era de su inspeccion, y que no podia menos de ir á ciegas, y que solo hablaba por obediencia, pronunció el precio creyendo que decia un disparate. El comprador dijo que por su parte quedaba contentísimo, no quiso oir hablar de rectificaciones, y cortó la conversacion convidando á todos á comer el dia de la tornaboda en su Palacio, donde se formalizaria la escritura.

¡Ah! decia D. Abundio para consigo volviendo á su casa. Si la peste hiciese siempre y en todas partes las cosas á este modo sería un pecado hablar mal de ella: casi casi necesitaba una cada generacion, y se pudiera uno dar por contento con padecer una enfermedad.

Viene la dispensa, viene la gracia del indulto, viene en fin aquel bendito dia: los dos novios van como en triunfo á aquella Iglesia donde de boca del mismo D. Abundio recibieron el derecho de llamarse esposos. Otro

triunfo y mas singular fue su ida al Palacio al dia siguiente, y dejo pensar á quien esto lea qué cosas les ocurririan al subir aquella cuesta, al entrar por aquella puerta, y qué discursos harian cada uno segun su carácter. Indicaré solamente que en medio de la alegría general, ya uno, ya otro decian mas de una vez que para el completo de la fiesta faltaba fray Cristobal. Pero á bien, decian luego, que él estará mejor que nosotros.

El Marques les hizo mil obsequios, les condujo á un hermoso comedor, puso á la mesa los dos esposos con Agnes y la viuda de Milán, y antes de retirarse á comer con Don Abundio quiso asistir á los primeros platos, y aun ayudó por su mano á servirlos. Alguno dirá que era mas sencillo el poner una sola mesa, pero yo he dicho que el Marques era un hombre bellísimo, pero no que era un original como ahora se diria: he dicho que era humilde, pero no un portento de humildad; y no tenia de esta lo bastante para igualarse con aquella buena gente.

Concluidas las dos mesas se extendió el contrato por mano de un Doctor, que no fue Azzecca-garbugli, el cual, quiero decir sus restos, estaban y están todavía en Cantarell, pues murió en la peste. Á la vuelta no hubo mas inconveniente que el ir Lorenzo muy incómodo con el peso del dinero que llevaba consigo, sin hablar del trabajo mental, que no era poco, pensando sobre el modo de emplearle útilmente. Al ver los proyectos que pasaban por su mente, los caprichos, el pro y el contra por la agricultura, por la industria.... es preciso decir que era tal debate como si se hubiesen encontrado en su cabeza dos academias del siglo pasado. Y el negocio para él era mas urgente y mas embrollado siendo él un hombre solo, y no se le podia decir ¿qué necesidad tienes de elegir? uno y otro en buen hora que los medios en substancia son unos mismos, y son dos cosas como las piernas, que dos marchan mejor que una sola.

Por fin, no se resolvió otra cosa

que hacer los lios y ponerse en camino: la familia de Tramaglino para su nueva patria, y la viuda para Milán. Los llantos, las gracias, las promesas por ambas partes fueron infinitas. No menos tierna fue la separacion de Lorenzo y de la familia de su amigo, ni se crea que fue mas fria la de Don Abundio. Los tres habian conservado siempre cierto acatamiento respetuoso á su Párroco, y él los habia querido bien en el fondo; pero aquellos incidentes estorbaron los efectos.

Si alguien me pregunta si no se separaron con dolor de aquellos campos, le diré que sí; pues creo que el dolor se mezcla en todo; sin embargo, es de creer que no fue mucho, y aun pudieron haberle evitado quedándose en su casa, ya que habian desaparecido los dos grandes inconvenientes, D. Rodrigo y la requisitoria. Pero ya hacia tiempo que los tres se habian acostumbrado á mirar como patria el pueblo donde iban. Lorenzo habia hecho que ellas amasen aquel pueblo contándolas la facilidad que

alli habia para encontrar trabajo, y otras cosas sobre las comodidades que alli se logran. Ademas los tres habian sufrido mucho en el pais que dejaban, y las memorias tristes acaban siempre por borrar de la mente los lugares que las recuerdan.

¿Y qué dirá el lector, si oye que en el nuevo pais, apenas habian llegado, encontró Lorenzo nuevos disgustos? Niñadas; ¡pero basta tan poco para perturbar la felicidad! Hé aqui en dos palabras el suceso.

Lo mucho que alli se habia hablado de Lucía antes de que llegase: el saber lo que Lorenzo habia padecido por ella siempre fiel y constante, y tal vez alguna palabrilla de cierto amigo parcial por él y por todas sus cosas; habian hecho nacer la curiosidad de verla, y una gran espectacion de su belleza. Ya se sabe lo que es la espectacion tan ponderativa al principio como dificil de contentar en llegando á la prueba: ni jamás queda satisfecha, porque en sustancia no sabe lo que quiere, y hace pagar sin piedad lo que

antes habia dado sin razon. Cuando se presentó Lucía, muchos que creian que ella tendria los cabellos de oro, las megillas de rosas, y qué sé yo, comenzaron á encogerse de hombros, torcer el gesto y decir: ¿Era esta? Despues de tanto hablar y tanto esperar se aguardaba otra cosa. ¿Y quién es en resumidas quentas? una muchacha como tantas otras; y como esta, y aun mejores, las hay en cualquier parte. Descendiendo despues á los particulares, notaban aqui un defecto, allá otro, y no faltaron algunos que la declararon por fea.

Pero como nadie iba á contar esto á Lorenzo, la cosa no era mala; los que hicieron que lo fuese fueron aquellos indiscretos que se lo avisaron. Dió en pensar en ello y en decir á los que de esto le hablaban: ¿y qué os importa? ¿quién os dijo qué esperáseis? ¿fuí yo á hablaros de ella? ¿Fuí á pintaros su belleza? Y cuando vosotros me lo deciais ¿os respondí otra cosa sino que era una buena muchacha? Es una aldeanita. ¿Y os dijo

yo que iba á traer una Princesa? ¿Os desagrada? no la mireis. ¿Teneis otras mas bellas? pues miradlas.

Ved ahora como una bagatela suele bastar á decidir la suerte de un hombre toda la vida. Lorenzo con tales cosas, á fuerza de vivir fastidiado habia llegado á hacerse fastidioso. Estaba de mal gesto con todos porque cualquiera podia ser un crítico de su esposa. No es decir que por eso faltase á la urbanidad; pero bien notorio es cuanto puede hacerse sin faltar á las reglas de la buena crianza; mucho, hasta matarse. Habia un no sé qué de sardónico en todo su porte; en todo hallaba él tambien que criticar. Si hacia mal tiempo dos dias seguidos, decia: pues.... ¡ya! en este pais!... Digo que ya le tragaban mal muchos, aun de los que primero le querian bien, de modo que breve iba á verse en un estado de hostilidad con toda la poblacion sin que él mismo pudiese asignar la raiz de sus males.

Pero puede decirse que la peste se

habia empeñado en quitar á Lorenzo todos los estorbos. Habíase llevado ya al dueño de otro obrador de seda, situado casi junto á la puerta de Bergamo, y el heredero, jóven calavera, que en todo el edificio no hallaba cosa que le divirtiese, estaba deseando venderle aun por menos precio; pero queria el dinero de pronto para irle á emplear tambien de pronto en cosas improductivas. Llegada la noticia á los oidos de Bartolo, fue á ver el establecimiento: comenzó á tratar de ajuste; proporcion mas bella no podia encontrarse; pero aquella condicion del dinero al instante desconcertaba sus planes, porque su capital, compuesto lentamente del fruto de sus ahorros, distaba mucho de aquella suma. Dejó al amigo con alguna esperanza, corrió á buscar al primo y le propuso la compra en compañía. Un partido tan ventajoso quitó á Lorenzo todas sus dudas económicas: fueron juntos y se concluyó el trato. Cuando los nuevos amos llegaron á establecerse por sí, ya Lucía no estu-

vo sujeta á las críticas, porque alli no era mirada sino como otra cualquiera, y aun pareció bien, y Lorenzo llegó á saber que mas de uno habia dicho: ¿Habeis visto esa nueva tonta que ha venido? El epíteto hacia tolerable el sustantivo; y aun del disgusto que habia pasado le quedó una útil enseñanza. Antes de ahora habia sido un poco vivo en sentenciar, y aun se dejaba ir á criticar las mugeres de otro y cualquiera cosa; pero ya conoció que las palabras hacen un efecto en la boca y otro en los oidos, y se acostumbró á escuchar allá dentro las suyas antes de proferirlas.

Y no vaya el lector á pensar que no estaba sin algun disgustillo. El hombre, dice nuestro anónimo con sus raras comparaciones, mientras vive es un enfermo que se halla en una cama mas ó menos cómoda, y que ve á sus lados otras que por lo exterior se le figuran mejores. Resuélvese á cambiar, y apenas ha entrado en otra cuando esto le incomoda por aqui, lo otro por allá, y acaso se

vuelve á la primera. Por eso debemos pensar no en estar bien sino en obrar bien, y de este modo llegaremos á estar mejor. Por lo demas, otras penas de la especie que hemos contado jamás volvieron á presentarse á nuestra buena gente, y su vida desde entonces fue casi envidiable.

Al cumplir el año de su matrimonio dió Lucía á luz una hermosa criatura y con mucha oportunidad para cumplir la promesa de Lorenzo fue niña, y se la puso por nombre María. Con el tiempo tuvieron no sé cuantos de uno y otro sexo, y Agnes atareada en cuidarlos andaba siempre con ellos, llamándolos picaruelos y estampando en sus carrillos besos que les dejaban por algun tiempo una señal blanca. Todos fueron bien inclinados, y Lorenzo quiso que aprendiesen á leer y á escribir.

Daba gusto oirle contar sus aventuras, y siempre acababa diciendo las cosas grandes que habia aprendido para gobernarse mejor en lo sucesivo. He aprendido, decia, á no me-

terme en embrollos, á no predicar en las calles, á no tener en la mano el aldabon de una puerta cuando hay alrededor gente con la cabeza caliente, á no atarme una campanilla al pie antes de haber pensado lo que puede resultarme; y en fin, he aprendido otras mil cosas.

Aunque Lucía no hallase falsa esta doctrina, sin embargo no la satisfacia del todo, juzgando que la faltaba alguna cosa. Á fuerza de oir siempre una misma cancion y meditar en ella, dijo un dia á su moralista: ¿Y yo qué es lo que debo haber aprendido? Yo no he ido á buscar las penas, que ellas han venido á buscarme á mí; á no ser que diga, añadió riendo, que el disparate que hice fue el de quererte y prometerte mi mano.

Lorenzo quedó un poco pensativo, pero despues de reflexionarlo bien dedujo de su raciocinio, que las penas muchas veces vienen porque uno mismo se las busca; pero que sin embargo la conducta mas cauta y mas inocente no siempre nos ponen á cubier-

to de ellas; pero que cuando vienen, sea por nuestra culpa, ó sea sin ella, la confianza en Dios las dulcifica y las hace útiles para otra mejor vida. Esta conclusion, aunque deducida por un pobre hombre, nos ha parecido tan exacta que hemos querido estamparla aqui como el jugo de toda la historia. Si esta, oh lectores, os ha agradado, dad las gracias al anónimo, y alguna parte de ellas á su compendiador; pero si os ha causado tédio, creed que no se escribió con ese intento.

FIN.



